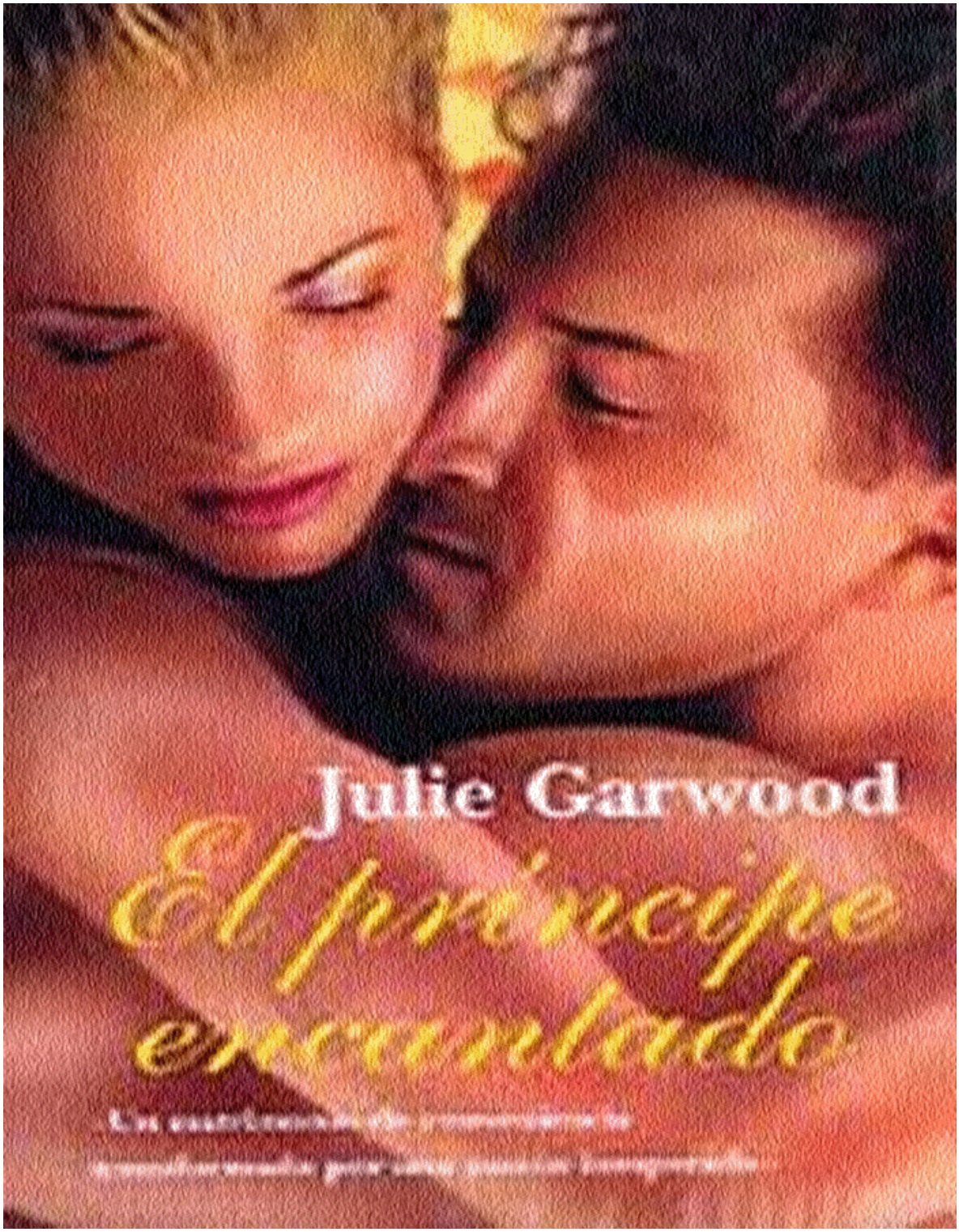
EL PRINCIPE ENCANTADO

Julie Garwood



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

1

Londres, Inglaterra, 1868

Los buitres se estaban reuniendo en el vestíbulo. El salón ya estaba totalmente colmado, al igual que el comedor y la biblioteca de arriba. Había más de esas negras aves de rapiña a lo largo de la escalera curva. De vez en cuando, dos o tres daban un cabezazo al mismo tiempo para tragar el champaña de sus copas. Estaban a la expectativa, vigilantes, esperanzados. Eran detestables e infames.

Eran los familiares.

También se habían hecho presentes unos cuantos amigos del conde de Havensmound. Estaban allí para expresar apoyo y compasión por la infortunada tragedia que se produciría en breve.

La celebración vendría después.

Durante un breve rato, todos trataron de comportarse de una manera digna, adecuada a la solemne ocasión. Sin embargo, el licor les aflojó pronto los pensamientos y las sonrisas; no pasó mucho tiempo sin que se oyeran rotundas carcajadas por encima del tintineo de las copas de cristal. La matriarca agonizaba, por fin. En el último año se habían producido dos falsas alarmas, pero muchos creían que este tercer ataque resultaría ser el de la buena suerte. Era demasiado vieja, la condenada, para seguir desilusionando a todos. Caramba, si ya tenía más de sesenta años.

Lady Esther Stapleton había pasado la vida acumulando una fortuna y ya era sobradamente hora de que muriera, para que sus parientes pudieran comen zar a gastarla. Después de todo, se decía que era una de las mujeres más ricas de Inglaterra. También se decía que su único hijo sobreviviente era uno de los más pobres. No era justo; cuanto menos, eso decían los comprensivos acreedores del conde, cuando ese libertino los tenía al alcance del oído. Malcolm era el conde de Havensmound, Dios bendito, y debía tener autorización para gastar cuanto quisiera y cuando quisiera. Claro que el hombre era un derrochón declarado y, además, un calavera cuyo apetito sexual se dirigía a las muy jovencitas, pero ésos no eran defectos que los prestamistas miraran con malos ojos; todo lo contrario, en realidad. Si bien hacía ya tiempo que los banqueros más respetables se negaban a prestar más dinero al licencioso conde, los usureros lo hacían con mucho gusto. Estaban en la gloria. Disfrutaban plenamente del libertinaje de su cliente. Cada uno le había cobrado intereses exorbitantes por sacarlo de su último fiasco en el juego, por no hablar de las pasmosas cantidades que debían facilitarle para acallar a los padres de las damiselas seducidas y abandonadas por el conde. Las deudas se habían amontonado, sí, pero los pacientes acreedores recibirían muy pronto su rica recompensa.

Al menos, eso creían todos.

Thomas, el joven auxiliar del mayordomo enfermo, sacó a empujones a otro acreedor y se permitió el gran placer de cerrar con un portazo. La conducta de esa gente lo tenía horrorizado. Simplemente nada les importaba.

Thomas había vivido en esa casa desde los doce años y, en todo ese tiempo, no creía haber visto nunca algo tan vergonzoso. Allí arriba, su querida Señora luchaba por resistir hasta que todos sus asuntos estuvieran debidamente arreglados, esperando que llegara Taylor, su nieta predilecta, para poder despedirse de ella; abajo, mientras tanto, el hijo de la moribunda recibía a sus cortesanos, riendo y comportándose como bruto insensible que era. Su hija Jane no se apartaba de su lado, con expresión muy ufana. Thomas supuso que, si parecía tan satisfecha, era por la seguridad de que su padre compartiría con ella su fortuna.

"Dos manzanas podridas en el mismo canasto", se dijo Thomas. Oh, sí: padre e hija eran muy parecidos, tanto en carácter como en apetito. El mayordomo no se consideraba desleal a su ama por albergar tan pobre opinión de sus familiares: ella pensaba lo mismo. Caramba, si en varias ocasiones había oído decir a lady Esther que Jane era una víbora. Y lo era, sí. Thomas, en secreto, opinaba de ella cosas mucho peores. Era una joven cruel, llena de mañas; él no recordaba haberla visto sonreír sino después de destrozar deliberadamente el amor propio de alguien. Los enterados decían que Jane manejaba a la aristocracia con mano

maliciosa; por eso los más jóvenes, los que comenzaban a ocupar sus puestos dentro de la sociedad, le tenían miedo, aunque se cuidaban de admitirlo. Thomas ignoraba si esos chismorreos eran veraces o no, pero de una cosa estaba seguro: Jane era una destructora de sueños.

Pero la última vez había llegado demasiado lejos, al atreverse a atacar lo que más apreciaba lady Esther: había tratado de destruir a lady Taylor.

El mayordomo dejó escapar un fuerte gruñido de satisfacción. Muy pronto esa muchacha y su mal afamado padre se verían obligados a apreciar las ramificaciones de sus actos traicioneros.

La querida lady Esther, afligida por su mala salud y por las pérdidas familiares, no había notado lo que estaba pasando. Su declinación comenzó cuando Marian, la hermana mayor de Taylor, se estableció en Boston con sus bebés gemelas. Desde entonces venía decayendo. En opinión de Thomas, si no se había entregado por completo era porque estaba decidida a ver casada y establecida a la niña que había criado como propia.

La boda de Taylor se había cancelado gracias a las interferencias de Jane. Sin embargo, de esa horrible humillación surgió algo bueno: que lady Esther abrió los ojos, por fin. Hasta ese último escándalo había sido una mujer dada a perdonar; ahora se mostraba simplemente vengativa.

En el nombre de Dios, ¿dónde estaba Taylor? Thomas rogó que llegara a tiempo para firmar los papeles y despedirse de su abuela.

El mayordomo se paseó durante varios minutos más, nervioso y preocupado. Luego se dedicó a hacer que los invitados, que holgazaneaban con tanta insolencia en los peldaños, pasaran al solario de la parte trasera, ya atestado. Usó el ofrecimiento de comida y más licores como incentivo para obtener su colaboración. Después de amontonar allí a la última de aquellas viles criaturas, cerró la puerta y volvió apresuradamente al vestíbulo.

Una conmoción, allí afuera, atrajo su atención, haciendo que corriera a mirar por la ventana del costado. Al reconocer el escudo de armas del carruaje negro que se estaba deteniendo en el centro del camino circular, lanzó un suspiro de alivio y pronunció una breve plegaria de agradecimiento: Taylor acababa de llegar, por fin. Thomas echó una mirada al salón, para asegurarse de que el conde y su hija siguieran entretenidos con sus amigos. Como ambos estaban de espaldas a la entrada, corrió a cerrar las puertas del salón. Si la suerte lo acompañaba podría llevar a Taylor a través del vestíbulo y escaleras arriba sin que su prima ni su tío lo notaran.

Cuando abrió la puerta, Taylor iba atravesando la multitud de oportunistas instalados en el camino. Lo complació notar que la muchacha ignoraba por completo a esos pillastres que trataban de llamarle la atención. Varios llegaron a ponerle sus tarjetas en la mano, jactándose a voz en grito de ser los mejores expertos en inversiones de toda Inglaterra, capaces de triplicar el dinero que ella obtendría muy pronto; no tenía más que entregarles su herencia. Thomas sintió asco de tanto histrionismo. Si hubiera tenido una escoba a mano, la habría emprendido contra la turba.

-¡Fuera, fuera! ¡Alejaos de ella! -ordenó a gritos, adelantándose a la carrera. Sujetó el codo de Taylor en un gesto protector y, echando una mirada fulminante a los transgresores por encima del hombro, la escoltó hasta adentro.

-Criminales todos ellos, si se me pide opinión -murmuró.

Taylor estaba plenamente de acuerdo con esa declaración.

-Estabas dispuesto a arrojarte contra ellos, ¿verdad, Thomas?

El sirviente sonrió.

-Cecil me daría de coscorrones si me rebajara a la altura de esa chusma -comentó-. Para seguir sus pasos debo evitar toda conducta grosera. Un mayordomo siempre debe mantener su dignidad, milady.

-Sí, por supuesto -concordó Taylor-. ¿Cómo está nuestro Cecil? La semana pasada le envié una nota, pero aún no he tenido respuesta. ¿Hay motivos para preocuparse?

-No, milady. Cecil, anciano como es, sigue fuerte como un roble. Abandonó su lecho de enfermo para despedirse de lady Esther. Su abuela ya le ha otorgado una pensión, ¿lo sabía

usted? Lo ha provisto estupendamente, lady Taylor. Cecil no carecerá de nada por el resto de sus días.

-Ha sido su leal mayordomo durante casi treinta años -señaló Taylor-. Es justo que reciba una buena pensión. ¿Y tú, Tom? ¿Qué harás? Dudo que tío Malcolm te permita seguir aquí.

-Su abuela ya me ha asignado una función, lady, Taylor. Quiere que cuide de su hermano Andrew. Tendré que mudarme a Escocia, pero eso no importa. Por complacer a lady Esther iría al fin del mundo. Ella ha apartado para mí una parcela y una asignación mensual, pero supongo que usted ya lo sabía. Fue idea suya, ¿verdad? Usted siempre ha cuidado de Tom, aunque el mayor soy yo.

Taylor sonrió. Había sido idea de ella, pero estaba segura de que a la Señora se le hubiera ocurrido la misma idea, de no estar tan atareada con otros asuntos.

-¿Mayor, Tom? -bromeó-. Apenas me llevas dos años.

Aun así soy mayor -contraatacó él-. Permítame su abrigo. Me complace ver que se ha vestido de blanco, tal como lo pidió su abuela. Es un vestido muy bonito. Si me permite la audacia de decirlo, hoy está usted mucho mejor.

Thomas se arrepintió de inmediato de haber agregado ese cumplido, pues no quería hacerla pensar en la última vez que se habían visto. Taylor no podría olvidar jamás esa ocasión, por supuesto; aun así no era caballeresco recordarle esa humillación.

Parecía estar mejor, sí. Nadie la había visto desde aquella tarde, seis semanas atrás, en que su abuela se había sentado con ella en el salón para darle la noticia sobre su prometido. Thomas montaba guardia dentro, con la espalda apoyada contra el pomo de la puerta, a fin de que nadie se atreviera a interrumpir. Por eso vio lo destrozada que había quedado Taylor ante el anuncio. Era preciso reconocer que la muchacha no lloró ni hizo ninguna escena. Semejante conducta no habría sido adecuada para una señorita. Mantuvo una expresión dominada, pero aun así, el dolor sufrido era obvio: le temblaba la mano con que se echaba el pelo atrás y su tez estaba blanca como nieve recién caída. Sus ojos azules, tan límpidos y encantadores, perdieron por completo su brillo, y también su voz al pronunciar, cuando la abuela terminó de leerle la sucia carta recibida:

-Gracias por decírmelo, Señora. Sé lo difícil que ha sido para usted.

-Creo que deberías salir de Londres por un tiempo, Taylor, hasta que pase este pequeño escándalo. Tío Andrew se alegrará de contar con tu compañía. -Como usted mande, Señora.

Un momento después Taylor se disculpó. Subió a su alcoba, ayudó a preparar sus propias maletas y, menos de una hora después, partió hacia la finca que su abuela tenía en Escocia.

Durante la ausencia de su nieta, lady Esther no estuvo ociosa: pasó ese tiempo con sus abogados.

-Su abuela se alegrará mucho de verla, lady Taylor -anunció Thomas-. Desde que' recibió esa carta misteriosa, el otro día, se muestra quejosa e impaciente. Según creo, cuenta con que usted sepa lo que se debe hacer.

Su voz denotaba una profunda preocupación. Al notar que la muchacha seguía estrujando las tarjetas con la mano, las depositó en el cesto para papeles y la siguió hasta la escalera.

-¿Cómo está, Thomas? ¿Se ha producido alguna mejoría?

El sirviente le tomó la mano para darle una palmadita afectuosa, notando el miedo en su voz. Habría querido mentirle, pero no se atrevió. Ella merecía la verdad.

-Se está apagando, miladi. Esta vez no habrá recuperación. Ha llegado el momento de que usted le diga adiós. Está muy ansiosa por dejar todo arreglado. No podemos permitir que siga tan nerviosa, ¿verdad? Taylor sacudió la cabeza.

-No, claro que no. Los ojos se le llenaron de lágrimas que ella trató de dominar a fuerza de voluntad. A su abuela le haría mal verla llorar. Y, de cualquier modo, con llorar no cambiarían las cosas.

-Usted se está arrepintiendo de haber aceptado los grandes planes que su abuela ha trazado para usted, ¿verdad, lady Taylor? Si ella creyera que la ha obligado a... -Thomas no acabó de expresar su preocupación. Taylor dijo, forzando una sonrisa:

-No me estoy arrepintiendo. A esta altura deberías saber que soy capaz de cualquier cosa por complacer a mi abuela. Ella quiere atar todos los cabos sueltos antes de morir. Y, como yo vengo a ser el último de sus cabos sueltos, a mí me corresponde ayudarla. No voy a rehuir esa obligación, Thomas.

Desde el salón les llegó un estallido de risas. Taylor se volvió hacia el ruido, irritada, y divisó a dos desconocidos vestidos de negro, cómodamente instalados en el fondo del pasillo que conducía a la escalera. Notó que los dos tenían copas de champaña en la mano. De pronto cayó en la cuenta de que la casa estaba llena de invitados. -¿Qué hace aquí toda esta gente?

-Se preparan para celebrar con su tío Malcolm y su prima Jane, milady-informó Thomas. Recibió con un gesto afirmativo la expresión enfurecida de Taylor y se apresuró a añadir-: Su tío invitó a unos cuantos amigos...

Taylor no le permitió completar la explicación. -Ese hombre detestable no tiene una sola cualidad que lo redima, ¿no?

La furia de su voz inflamó la del mayordomo. -Se diría que no, milady. El padre de usted, que Dios lo tenga en Su gloria, parece haber heredado todas las buenas cualidades, mientras que lord Malcolm y su prole... -Thomas se interrumpió con un suspiro fatigado. Notando que Taylor estaba a punto de abrir las puertas del salón, se apresuró a sacudir la cabeza -Ahí adentro están Malcolm y Jane, milady. Si la ven tendremos una escena. Sé que usted querría expulsar a todos de aquí, pero la verdad es que no hay tiempo. Su abuela espera.

Taylor comprendió que él tenía razón. Su abuela estaba primero. Volvió a cruzar el vestíbulo a paso rápido, y, aceptando el brazo del mayordomo, comenzó a subir.

Cuando llegaron al descansillo, se volvió nuevamente hacia él.

-¿Qué dice el médico sobre el estado de la Señora? ¿No cabe la posibilidad de que vuelva a sorprendernos? Podría mejorar, ¿verdad?

Thomas movió la cabeza en un gesto negativo. -Sir Elliott opina que es sólo cuestión de tiempo -dijo-. Simplemente, el corazón de lady Esther está agotado. Fue Elliott quien lo notificó a su tío Malcolm; por eso se han reunido todos aquí. Su abuela perdió los estribos cuando lo supo; creo que a ese médico aún le arden los oídos por la azotaína verbal que ella le aplicó. Lo que me asombra es que a él mismo no se le haya parado el corazón, en ese mismo instante.

Al imaginar a su abuela regañando a un gigante como Elliot, Taylor no pudo menos que sonreír. -La Señora es una mujer asombrosa, ¿no? -Ya lo creo -replicó Thomas-. Es capaz de hacer que hombres hechos y derechos se estremezcan de miedo. Yo mismo debí obligarme a recordar que a mí no me intimidaba.

-A ti nunca te ha intimidado -observó Taylor, desechando la idea.

Thomas sonrió de oreja a oreja.

-Porque usted no me lo permitía. ¿Se acuerda, milady? Mientras me arrastraba de regreso a casa, me explicó que lo de la Señora era puro aspaviento. Taylor asintió.

-Me acuerdo, sí. La Señora no levantó la voz al regañar a Elliott, ¿o sí?

-No, por Dios -aseguró Thomas-. Ante todo y como sea, la Señora es una dama. Pero Elliott se encogía como si ella estuviera gritando. ¡Si usted le hubiera visto la cara cuando ella amenazó con no dejarle dinero para su nuevo laboratorio!

Taylor echó a andar por el largo pasillo, con Thomas a su lado.

-¿Sir Elliott está ahora con ella?

-No. Ha pasado toda la noche aquí y se ha ido hace un rato, para cambiarse de ropa. Ha dicho que tardaría alrededor de una hora. Eso nos da tiempo suficiente. Los invitados de su abuela están en el recibidor contiguo a sus habitaciones. Ella me sugirió que los hiciera subir por la escalera de servicio, para que nadie los viera. Su tío Malcolm no tendrá idea de lo que va a pasar: cuando se entere será demasiado tarde.

-Eso significa que la Señora sigue insistiendo en que llevemos a cabo ese plan.

-Sí, por supuesto -respondió Thomas-. Una palabra de advertencia, querida, si me lo permite. Su abuela se inquietará si le ve lágrimas en los ojos.

-No me verá llorar -prometió Taylor.

Las habitaciones de lady Esther estaban al final del pasillo. Taylor no vaciló ante el umbral del dormitorio. En cuanto Thomas le hubo abierto la puerta, entró precipitadamente.

Dentro reinaba una oscuridad de medianoche. Taylor entornó los ojos, tratando de orientarse.

La alcoba era gigantesca como una plaza. A un lado, sobre una plataforma cuadrada, se alzaba el lecho con su dosel. En el lado opuesto, tres poltronas y dos mesitas laterales formaban un ángulo frente a los densos cortinajes de las ventanas. A Taylor siempre le había encantado esa habitación. Cuando era pequeña solía brincar en la cama, cruzar las gruesas alfombras orientales a saltos y hacer ruido suficiente para despertar a los muertos; al menos, eso decía su abuela con frecuencia.

Dentro de la alcoba no había restricciones. Cuando la abuela estaba de buen humor, le permitía ataviarse con sus maravillosos vestidos de seda y sus zapatos de satén. Taylor se ponía un sombrero de ala ancha, adornado con manojos de flores y plumas arriba; colgaba de su cuello montones de joyas preciosas y se enfundaba un par de guantes blancos que le llegaban hasta los hombros. Una vez así acicalada, servía el té a su abuela, inventando absurdas descripciones de las imaginarias fiestas a las que había asistido. La abuela nunca se reía de ella. Le seguía el juego, agitando el abanico pintado frente a la cara; susurraba "Vaya, vaya", en los momentos adecuados y hasta lanzaba fingidas exclamaciones de horror ante los escándalos que Taylor conjuraba. En casi todos figuraban uno o dos gitanos y damas de compañía. De vez en cuando, la misma Señora ideaba unos cuantos relatos ridículos.

Taylor amaba ese cuarto y todos los recuerdos que encerraba, casi tanto como amaba a la anciana que allí vivía.

-Has tardado demasiado tiempo en llegar aquí, jovencita. Ahora tendrás que disculparte por haberme hecho esperar.

La voz ronca de su abuela resonó en toda la alcoba. Taylor giró para avanzar hacia allí y estuvo a punto de tropezar con un escabel. Recuperó el equilibrio antes de caer de rodillas, esquivando cautelosamente el obstáculo.

-Disculpe usted, Señora -dijo.

-No digas tonterías, Taylor. Siéntate. Tenemos mucho de que hablar.

-Es que no encuentro los sillones, Señora. -Enciende una sola vela, Janet. Eso es todo lo que voy a permitir -ordenó lady Esther a su doncella-. Luego retírate. Quiero estar sola 'con mi nieta. Por fin Taylor localizó las poltronas y ocupó la del centro. Después de acomodar los pliegues de su vestido, cruzó las manos en el regazo. No llegaba a ver a su abuela. La distancia y la oscuridad se lo hacían imposible.

Aún conservaba su postura muy recta, con la espalda rígida como una enagua almidonada. La abuela detestaba ver a la gente con los hombros caídos; como esa anciana tenía la vista de un gato (al menos, eso pensaba Taylor), no se atrevió a relajarse.

La luz de la vela encendida en la mesa de noche se convirtió en un faro en medio de la oscuridad. Más que verla, Taylor percibió a 'la doncella que pasaba frente a sí. Esperó a oír el chasquido de la puerta al cerrarse antes de preguntar:

-¿Por qué está todo tan oscuro, Señora? ¿Hoy no quiere ver el sol?

-No deseo verlo -respondió su abuela-. Me estoy muriendo, Taylor. Yo lo sé, Dios lo sabe y también lo sabe el diablo. No voy a armar bulla. No sería digno de una dama. Pero tampoco voy a ser complaciente. La muerte tendrá que acecharme en la oscuridad. Si la suerte me acompaña, no me hallará antes duque todos mis asuntos hayan sido resueltos a mi satisfacción. La luz podría darle una ventaja. Temo que estés mal preparada para las tareas que tienes ante ti.

El cambio de tema tomó a Taylor por sorpresa, pero se recuperó de inmediato.

-Permítame disentir, Señora. Usted me ha educado bien. Estoy preparada para cualquier eventualidad. Lady Esther resopló.

-Al educarte omití unas cuantas cosas, ¿verdad?' No sabes nada del matrimonio ni de lo que hace falta para ser buena esposa. Creo que mi incapacidad de tratar esos temas íntimos se debe a la época, Taylor. Vivimos en una sociedad muy restrictiva. Todos debemos mostrarnos muy decorosos y pacatos. No sé de dónde te vino, pero tienes mucho amor y compasión dentro de ti.

Y debo reconocer que agradezco no haber podido borrarte esas cualidades. Nunca has podido entender que debías ser rígida, ¿cierto? No importa -continuó lady Esther-. Ya es demasiado tarde para cambiar. Eres una soñadora sin remedio, Taylor, como lo demuestra tu afición a esas novelas baratas y tu cariño por los canallas. Taylor sonrió.

-Se los llama montañeses, Señora -corrigió-. Y me parece que a usted le gustaba escucharme leer esos relatos.

-No niego que disfrutara de ellos -murmuró lady Esther-. Pero eso no viene al caso. Las historias de Daniel Crockett y Davy Boone seducirían a cualquiera, hasta a las ancianas rígidas.

Había mezclado los nombres; a Taylor le pareció que lo hacía a propósito, para dar a entender que no la fascinaban los montañeses tanto como a ella. No volvió a corregirla.

-Sí, Señora -dijo, suponiendo que su abuela esperaba su asentimiento.

-Me pregunto si conoceré a esos montañeses en el más allá.

-Creo que sí -respondió Taylor.

-Vas a tener que poner los pies en la tierra -le advirtió su abuela.

-Lo haré, Señora.

-Hice mal en no dedicar algún tiempo a enseñarte cómo se doma a un hombre para que sea un marido bueno y afectuoso.

-Tío Andrew me explicó todo lo que necesito saber.

Lady Esther volvió a resoplar.

-¿Y qué puede saber mi hermano de ese tema? Se ha pasado todos estos años viviendo en Escocia como un ermitaño. Para saber de qué se trata, Taylor, hay que casarse. No prestes ninguna atención a lo que él te haya dicho; seguramente está equivocado.

Taylor negó con la cabeza.

-Me dio buenos consejos, Señora. ¿Por qué tío Andrew nunca se ha casado?

-Probablemente porque nadie lo ha querido especuló la Señora-. Él sólo se interesaba por sus gigantescos caballos.

-Y por sus armas de fuego -le recordó Taylor-. Todavía trabaja en las patentes.

-Sus armas de fuego, sí --coincidió la Señora- Despiertas mi curiosidad, Taylor. ¿Qué te dijo sobre el matrimonio?

-Si quiero convertir a un pillo en buen esposo, debo tratarlo como a un caballo al que tratara de adiestrar: aplicar mano firme, nunca demostrarle miedo y dosificar el afecto. Tío Andrew predijo que en seis meses lo tendría comiendo en la palma de mi mano. Que habría aprendido a valorarme y me trataría como a una princesa.

-¿Y si él no te valora? Taylor sonrió.

-En ese caso debería dispararle con una de sus bonitas pistolas.

La sonrisa de la Señora se llenó de ternura. -Una o dos veces me habría gustado disparar contra tu abuelo, hija, pero sólo una o dos veces.

Su humor pasó de la jovialidad a la melancolía en el curso de un segundo. Con voz trémula de emoción, dijo:

-Las niñas te van a necesitar. Dios mío, tú misma eres casi una niña. ¿Cómo te las vas a arreglar? Taylor se apresuró a tranquilizarla.

-Me las arreglaré muy bien -aseguró-. Para usted sigo siendo una niña, pero ya soy una mujer adulta. No se preocupe, Señora; usted me ha preparado bien.

Lady Esther dejó escapar un fuerte suspiro. -De acuerdo, no voy a preocuparme --prometió-. Me has dado tu amor y tu devoción durante todos estos años, mientras que yo... ¿Te das cuenta de que ni una sola vez te he dicho que te quiero?

-Me doy cuenta, Señora.

Al asentimiento de Taylor siguió un momento de silencio. Luego lady Esther volvió a cambiar de tema. -No permití que me dijeras a qué se debía la desesperación de tu hermana por abandonar Inglaterra. Ahora te confieso que lo hice porque tenía miedo de lo que pudiera oír. Marian se fue a causa de mi hijo, ¿verdad? ¿Qué le hizo Malcolm? Estoy dispuesta a escuchar, Taylor. Ahora puedes contármelo, si quieres.

De inmediato a Taylor se le anudó el estómago. Aspiró profundamente antes de responder. -Preferiría no hacerlo, Señora. Sucedió hace mucho tiempo.

-Aún tienes miedo, ¿no? Te tiembla la voz con sólo mencionarlo.

-No, ya no tengo miedo.

-Te di toda mi confianza y ayudé a la partida de Marian y ese inútil de su esposo, ¿no es cierto?

-Sí, Señora.

-No me fue fácil, sabiendo que jamás volvería a verlos. No podía confiar en el criterio de Marian, desde luego. Fíjate con quién se casó. George era apenas mejor que un mendigo. No la amaba, naturalmente; se casó con ella por su dinero. Pero ella no quiso escuchar razones. Los desheredé a ambos. Ahora comprendo que actué por rencor.

-George no era un inútil, Señora. Es que no tenía cabeza para los negocios. Puede que se haya casado con mi hermana sólo por su dinero, pero no la abandonó cuando usted la dejó sin herencia. Creo que aprendió a amarla, aunque fuera un poquito. Siempre la trató bien. Y por todas las cartas que nos envió, también creo que era un padre estupendo.

Lady Esther asintió con la cabeza.

-Sí, yo también pienso que era buen padre -admitió de mala gana-. Fuiste tú quien me convenció de que les diera algo de dinero, para que pudieran salir de Inglaterra. Hice lo correcto, ¿no?

-Sí, Señora, usted hizo lo correcto.

-¿Marian quería contarme lo que ocurrió? Por Dios, hace dieciocho meses que murió y apenas ahora puedo hacerte esta pregunta.

-Marian no se lo habría contado -insistió Taylor, con voz urgente.

-Pero contigo habló francamente, ¿no?

-Sí, pero sólo porque deseaba protegerme -Taylor volvió a aspirar profundamente, tratando de mantener la compostura. El tema la afligía tanto que empezaban a temblarle las manos. Para evitar que su abuela notara su nerviosismo, trató de dominar lo trémulo de su voz-. Usted le demostró su amor protegiéndola sin exigir explicaciones. La ayudó a partir. Ella y George fueron felices en Boston y estoy segura de que Marian murió en paz.

-Si te ordenara ahora que traigas a sus hijas a Inglaterra, ¿estarían a salvo?

-No. -La respuesta de la muchacha fue inmediata y enérgica, pero suavizó el tono para agregar-: Esas niñas deben criarse en el país de su padre. Es lo que deseaban George y Marian. -"Y no bajo la custodia de Malcolm", agregó para sus adentros.

-¿Crees que el cólera puede haberse llevado también a las pequeñas? A estas horas ya lo sabríamos, ¿cierto?

-Sí, ya nos habríamos enterado. Están sanas y salvas -aseguró, dando a su voz todo el énfasis posible y rogando que fuera verdad. La señora Bartlesmith, la niñera de las bebés, había escrito para darles la trágica noticia. No estaba en absoluto segura de que fuera el cólera lo que había matado a George y nadie podía saberlo, porque después de su muerte el médico se había negado a exponerse al contagio visitando la casa. La niñera había mantenido a las pequeñas lejos del padre durante su enfermedad, protegiéndolas tanto como pudo. Dios ya se había llevado a Marian; ahora, a George. No podía ser tan implacable como para llevarse también a esas criaturas de dos años. La sola idea la inquietaba demasiado.

-Confío en ti, Taylor. -La voz de la Señora sonaba fatigada.

-Gracias, Señora.

-¿Te protegí bien durante tu infancia?

-Oh, sí -exclamó Taylor-. Me ha protegido bien durante todos estos años.

Pasaron varios minutos en silencio. Por fin lady Esther preguntó:

-¿Estás lista para abandonar Inglaterra? -Sí.

-Boston está al otro lado del mundo. Cuenta a esas pequeñas cosas buenas de mí, aunque debas inventarlas. Quiero que me recuerden con cariño. -Sí, Señora.

Taylor se esforzaba desesperadamente por no llorar. Con la vista clavada en las manos, aspiró profundamente varias veces.

Lady Esther, sin reparar en la inquietud de su nieta, volvió a explicarle detalladamente lo del dinero que había transferido al banco de Boston. Cuando acabó de darle instrucciones, su voz sonaba débil por la fatiga.

-En cuanto regrese sir Elliot, él anunciará que he tenido otra recuperación milagrosa. Por imbécil que sea, sabe muy bien quién le llena los bolsillos. Esta noche tú asistirás al baile y actuarás como si todo estuviera perfectamente bien. Debes reír. Debes mostrarte alegre. Debes celebrar mi buena salud. Te quedarás hasta que el reloj haga sonarlas campanadas de medianoche. Nadie debe saber que partes al rayar el día. Nadie.

-Pero, Señora, yo había pensado quedarme con usted, ahora que está tan enferma.

-Nada de eso -le espetó su abuela-. Debes alejarte de Inglaterra antes de que yo muera. No estaré sola. Me hará compañía Andrew, mi hermano. A Malcolm y a los otros se les informará de tu partida una vez que te hayas hecho a la mar. Accede, Taylor. Tu deber es permitir que esta anciana muera contenta. -Sí, Señora. -La muchacha ahogó un sollozo. -¿Estás llorando?

-No, Señora.

-No soporto las lágrimas. -Lo sé, Señora.

La anciana suspiró de satisfacción.

-Me tomé muchas molestias para hallar al adecuado. Lo sabes, ¿verdad, Taylor? -preguntó-. Por supuesto que sí. Bien, sólo queda un documento más que firmar y certificar. Una última ceremonia que debo cumplir. Luego estaré en paz.

-No quiero que usted muera, Señora.

-No siempre es posible obtener lo que se desea, jovencita. No lo olvides.

-No, Señora.

-Di a Thomas que haga pasar a los visitantes que ha escondido en el recibidor. Luego ven y ponte junto a mí. Quiero verte firmar el documento antes de agregar mi firma como testigo.

Taylor se levantó.

-¿No va a cambiar de idea, Señora?

-No -le aseguró la abuela-: ¿Lo harás tú? Había un desafío en su tono seco, decidido. Taylor se las compuso para sonreír.

-No, no cambiaré -respondió, con la misma energía.

-Date prisa, pues. El tiempo se nos va, Taylor. Y el tiempo es mi enemigo.

Taylor echó a andar hacia la puerta que comunicaba la alcoba con el recibidor adyacente, pero se detuvo a medio camino.

-Señora... -¿Qué pasa?

-Antes de que Thomas haga pasar a los otros... no volveremos a estar solas y... ¿Me permitiría...?

No dijo más. No hacía falta. Su abuela comprendió lo que pedía.

Un fuerte suspiro llenó la alcoba. -Si es preciso... -gruñó la abuela. -Gracias.

-Dilo de una vez, Taylor.

-Muy bien. La amo con todo mi corazón, Señora.

No podía creer lo que había hecho. Por todos los diablos, casi le había sido imposible llevarlo a cabo. Sacudió la cabeza, disgustado. ¿Qué clase de hombre puede exigir a un hermano que compre la libertad de otro hermano? Sólo un verdadero cretino, se decía, un verdadero hijo de...

Lucas Michael Ross se obligó a apartar de su mente esos iracundos pensamientos. A lo hecho, pecho. El muchacho ya estaba libre y dispuesto a iniciar una vida nueva. Eso era lo único que importaba. Tarde o temprano, ese maldito heredero de la fortuna familiar recibiría

su merecido. Por lo que a Lucas concernía, su medio hermano mayor podía pudrirse o prosperar en Inglaterra.

Su furia no cedía. Lucas se reclinó contra la columna del majestuoso salón de baile, observando a las parejas que giraban por el suelo de mármol. Lo flanqueaban Morris y Hampton, dos amigos de sus hermanos. Ambos tenían títulos nobiliarios, pero Lucas no recordaba cuáles. Los dos estaban en medio de un acalorado debate sobre los méritos y los peligros del capitalismo en Norteamérica y por qué jamás podría funcionar. Lucas fingía interés y asentía con la cabeza cuando juzgaba que era adecuado; por lo demás, ignoraba prácticamente a sus compañeros y su discusión.

Era su última noche en Inglaterra. No quería saborear la velada; sino: ponerle fin. Ese lúgubre país no le inspiraba ningún cariño; en realidad, no entendía que alguien quisiera establecer su hogar allí. Después de haber vivido en los páramos de Norteamérica, Lucas no lograba imaginar un motivo por el que escoger deliberadamente Inglaterra. En su opinión, la mayoría de los habitantes eran tan pretenciosos y altaneros como sus líderes y sus movimientos, y tan sofocantes como el aire que respiraban. Detestaba la falta de espacio; las infinitas chimeneas, la película negruzca y grisácea que pendía sobre la ciudad, la chabacanería de las mujeres, la afectación de los hombres. En Londres se sentía acorralado, enjaulado. Súbitamente le vino a la memoria la imagen de un oso bailarín que había visto cierta vez, siendo niño, en una feria de las afueras de Cincinnati. El animal estaba vestido con pantalones de hombre y bailoteaba erguido sobre las patas traseras, describiendo círculos alrededor del propietario, que lo dominaba sujetando una larga y pesada cadena ceñida al cuello del oso.

Los hombres y las mujeres que giraban en la pista de baile se parecían a ese oso amaestrado. Sus movimientos eran espasmódicos y controlados, bien ensayados, ciertamente. Los vestidos de las mujeres diferían en cuanto a su color, pero por lo demás eran idénticos tanto en su corte como en su estilo. Los hombres le parecían igualmente tontos, vestidos con el formal uniforme negro. Caramba, si hasta los zapatos eran todos idénticos. Las normas de la restrictiva sociedad en la que habitaban eran sus cadenas; Lucas descubrió que le inspiraban un poco de lástima, jamás conocerían la verdadera aventura, la libertad, los espacios abiertos. Iban a vivir y a morir sin saber jamás lo que se habían perdido. -¿Por qué estás tan ceñudo, Lucas?

Era Morris, el mayor de los dos ingleses, quien hacía la pregunta, mirando a Lucas.

Éste señaló la pista de baile con la cabeza. -Pensaba que no hay ahí un solo caballo salvaje -respondió, con esa suave entonación de Kentucky que tanto parecía divertir a sus compañeros. Obviamente Morris no entendió lo que significaba ese comentario, pues sacudió la cabeza, confundido. Hampton, más astuto, asintió con la cabeza. -Se refiere a las parejas de bailarines -explicó. -¿Y...? -insistió Morris, aún sin comprender. -¿No te has dado cuenta de que todas las mujeres se parecen? Todas tienen el pelo bien tirante y recogido en la nuca; la mayoría se adorna con esas plumas ridículas asomadas en distintos ángulos. Y los vestidos también son casi idénticos -añadió-. Con esos artefactos de alambre escondidos bajo las faldas, que dan a sus traseros una forma tan extraña. De los hombres no se puede decir nada mejor. Ellos también visten todos igual. -Hampton se volvió hacia Lucas-. La buena crianza y la educación nos han robado la individualidad.

-Lucas también viste formalmente, como nosotros -barbotó Morris, como si la idea acabara de ocurrírsele. Era un hombre bajo y rollizo, de gafas gruesas, calvicie incipiente y firmes opiniones sobre todos los temas posibles. Consideraba que su única obligación era hacer de abogado del diablo y discutir contra cualquier punto de vista que expresara su mejor amigo-. Las ropas que tan súbitamente te ofenden son el atuendo adecuado para ir a un baile, Hampton. ¿Qué preferirías usar? ¿Botas y piel de venado?

-Sería un cambio refrescante-le espetó Hampton. Antes de que Morris pudiera idear una réplica, se volvió hacía Lucas y cambió de tema-. ¿Estás ansioso por volver a tu valle?

-Sí -reconoció Lucas, esbozando su primera sonrisa.

-¿Ya has terminado con todos tus asuntos? -Con casi todos.

-Zarpas mañana, ¿no? -Sí.

-¿Cómo podrás terminar lo que te falta en tan poco tiempo? -preguntó Hampton.

Lucas se encogió de hombros.

-Sólo me queda por cumplir una pequeña tarea -explicó.

-¿Te llevarás a Kelsey? -preguntó Hampton.

-Fue por él por lo que vine a Londres. El muchacho ya va rumbo a Boston con sus hermanos. Partieron anteayer.

Kelsey era el menor de los tres medio hermanos de Lucas. Los dos mayores, Jordan y Douglas, ya eran aguerridos pioneros que labraban su tierra en el valle. En ocasión del viaje anterior de Lucas, Kelsey no tenía edad suficiente; por eso lo había dejado por dos años más con sus preceptores. Ahora tenía casi doce años y estaba bien nutrido en el plano intelectual, porque Lucas se había encargado de eso; en lo emocional, en cambio, había sido descuidado hasta la inanición. De eso se encargó el maldito heredero de la fortuna familiar.

Ya no importaba que Kelsey fuera demasiado niño para la dura vida de los páramos. Si se lo dejaba por más tiempo en Inglaterra, moriría.

-Es una pena que Jordan y Douglas no hayan pasado algo más de tiempo en Londres -comentó Morris-. Habrían disfrutado de este baile. Muchos de sus amigos están aquí.

-Querían adelantarse con Kelsey-explicó Lucas. Estaban decididos a sacar a su hermano de Inglaterra con toda la prisa posible. Reservaron pasajes en cuanto el maldito heredero hubo firmado los documentos de la custodia. Temían que él pudiera cambiar .de idea o aumentar la suma que deseaba a cambio de su propio hermano.

Comenzaba a enfurecerse otra vez. ¡Cómo deseaba verse lejos de Inglaterra! Durante la guerra con el Sur había sido encarcelado en un calabozo no más grande que un armario para escobas; temía enloquecer de claustrofobia hasta que logró escapar. Pero sus tormentos no habían terminado allí; tuvo que soportar otra atrocidad que aún no podía recordar sin cubrirse de sudor frío.

La guerra lo había cambiado, sí. Ahora no soportaba los lugares cerrados. Se le cerraba la garganta y le era difícil respirar profundamente. La sensación comenzaba a crecer otra vez dentro de él. En su mente, Londres se estaba convirtiendo rápidamente en una prisión, sólo podía pensar en liberarse.

Sacó su reloj y lo abrió. Faltaban veinte minutos para la medianoche. Podría resistirlos, se dijo. Había prometido permanecer allí hasta la medianoche; veinte minutos más no lo matarían.

-Cuánto me gustaría ir con vosotros a ese valle -barbotó súbitamente Hampton.

Morris, aparentemente horrorizado, entornó los ojos para mirar a su amigo tras las gruesas gafas. -¡No hablas en serio! Tienes responsabilidades que cumplir aquí. ¿Tan poco te importan el título y las tierras? No puedo creer que pienses así, hombre. Nadie en su sano juicio renunciaría a Inglaterra, con todo lo que tiene que ofrecer.

Gravemente ofendido por lo que, a su modo de ver, era una grave deslealtad hacia su patria, se lanzó en un sermón destinado a avergonzar a su amigo Hampton. Lucas no prestaba atención: acababa de ver al maldito heredero al otro lado del salón.

William Merrit III era el legítimo primogénito. Lucas, el bastardo, tenía tres años menos. El padre de ambos había viajado a Norteamérica en su juventud y, durante su estancia allí, conquistó a una inocente campesina, a la que llevó a su lecho. Le hizo juramentos de amor y se acostó con ella las treinta noches que pasó en Kentucky, pero omitió mencionar que tenía una esposa y un hijo esperándolo en Inglaterra. Ese hijo salió igual al padre: un demonio vicioso, que sólo pensaba en sus propios placeres. La lealtad y los valores familiares significaban muy poco para él. Por ser el privilegiado primogénito, heredo las tierras el título nobiliario y los escasos fondos restantes. El padre no se había molestado en hacer provisiones para sus otros hijos legítimos y el primogénito no estaba dispuesto a compartir la fortuna. Jordan, Douglas y Kelsey fueron arrojados a la calle.

Jordan fue el primero en buscar a Lucas y pedirle; ayuda. Quería ir a Norteamérica e iniciar una nueva vida. Pero Lucas no quería involucrarse en el asunto.

Para él, Jordan y sus hermanos eran perfectos desconocidos. Él no tenía ninguna relación con el mundo de privilegios en que ellos habitaban. Aunque fueran hijos del mismo padre, no

sentía ningún parentesco con sus medio hermanos. Para él, la familia era un concepto completamente desconocido.

No obstante, la lealtad era otra cosa.

No pudo volver la espalda a Jordan, aunque no quiso perder tiempo averiguando por qué. Cuando llegó Douglas ya era demasiado tarde para echarse atrás.

Durante su viaje a Inglaterra, al ver el trato que recibía Kelsey, comprendió que su misión no estaría cumplida mientras no hallara el modo de liberar al menor de su servidumbre.

El precio que Lucas debió pagar bien valía su propia libertad.

El vals terminó con un crescendo, justo cuando Morris ponía fin a su espontáneo sermón. Los de la orquesta se levantaron para hacer una reverencia formal, ante los atronadores aplausos.

El aplauso se cortó de pronto inexplicablemente. Las parejas que aún rondaban la pista de baile se volvieron hacia la entrada. Se hizo el silencio entre los invita dos. Lucas, intrigado por el comportamiento de la multitud, se volvió para ver qué atracción había hechizado a todos de esa manera. En ese momento Morris le dio un codazo.

-No todo está echado a perder en Inglaterra --anunció-. Echa un vistazo, Lucas. Ahí, en la entrada, tienes la prueba de la superioridad inglesa.

Por el entusiasmo que expresaba su voz, a Lucas no lo habría sorprendido ver allí a la reina de Inglaterra. -Apártate para que él vea, Hampton -ordenó Morris.

-Lucas nos lleva una buena cabeza a todos -murmuró el otro-. Puede ver perfectamente. Además, no puedo apartar mis ojos de esa visión; ni siquiera podría dar un paso. Ha venido, Dios la bendiga -agregó en un susurro, con inconfundible adoración en la voz-. Eso es tener valor, digo yo. Mucho valor, sí.

-Ahí tienes a tu caballo salvaje, Lucas-anunció Morris, con voz llena de orgullo.

La joven a la que se referían estaba de pie en lo alto de los peldaños que descendían al salón de baile. Los ingleses no exageraban: era, en verdad, una mujer increíblemente hermosa. Lucía un vestido de fiesta azul real, con un escote que no revelaba ni ocultaba demasiado. Aunque el corpiño no se ceñía a su figura, resultaba imposible no reparar en sus suaves curvas redondeadas y su cutis blanco y sedoso.

Estaba completamente sola; a juzgar por su leve sonrisa, el alboroto que estaba provocando no la molestaba en absoluto. Tampoco parecía preocuparla el hecho de que su ropa no respondiera a la moda. Sus' faldas no se inflaban aquí y allá en ángulos ridículos y era evidente que no llevaba debajo ningún adminículo de alambre. Tampoco se había trenzado el pelo: los rizos largos y dorados caían en suaves ondas en torno de sus hombros esbeltos.

No, no vestía el uniforme de las otras mujeres presentes; tal vez ése era uno de los motivos por los que atraía la extasiada atención de todos los hombres. Constituía una refrescante variación dentro de lo perfecto.

Lucas se sintió afectado por su encanto. Parpadeó por instinto, pero ella no desapareció. No llegaba a ver el color de sus ojos, pero estaba seguro de que eran azules, como la luz de un cirio. No podía ser de otro modo.

De pronto tuvo dificultad para respirar. Sentía una opresión dentro del pecho y su corazón había empezado a marcar un ritmo salvaje. Por Dios, se estaba comportando como un colegial. Era humillante.

-Es un potro salvaje, sí -concordó Hampton-. Mira al marqués, ¿quieres? Está al otro lado del salón. Aun desde aquí puedo ver la lascivia en sus ojos. Y su pongo que su flamante esposa también la ve. Fíjate cómo lo fulmina con la mirada. Dios mío, esto es magnífico. Ahora sí creo que se está haciendo justicia con ese perverso; ahora está recibiendo su castigo. Oh, perdona, Lucas. Hago mal en hablar de tu medio hermano con tanta falta de respeto.

-No lo considero pariente mío -replicó Lucas, con voz dura e inflexible-. Hace años nos rechazó a todos. Y tienes razón, Hampton -agregó-. Se ha hecho justicia en más aspectos de los que tú crees. Hampton lo miró con extrañeza.

-Me despiertas una gran curiosidad, Lucas. ¿Sabes algo que nosotros ignoremos?

-Probablemente está enterado de la humillación -aventuró Morris.

Sin aguardar a que Lucas confirmara o desmintiera esa afirmación, se apresuró a brindarle un informe completo, por si acaso no conocía todos los detalles.

-Esa bella aparición de azul que tan dulcemente sonríe estuvo comprometida con tu medio hermano, pero sin duda ya sabes esa parte -comenzó-. William habría podido tenerlo todo. La cortejó con mucha habilidad y ella, tan joven e inocente, sin duda lo consideró atractivo. Y entonces, dos semanas antes de la fecha fijada para la boda, William se fugó con Jane, la prima de su novia. Había más de quinientas personas invitadas a las celebraciones; por supuesto, fue preciso notificara todos que no habría boda. Iba a ser la sensación de la temporada, sí. ¿Te imaginas la vergüenza de cancelarla a esa altura?

Hampton asintió.

-¿Ves cómo se aferra Jane a William, ahora? Oh, esto es impagable, de veras. Y William no trata siquiera de disimular sus lascivos pensamientos. No me sorprendería que empezara a babear. Jane es una pálida sombra junto a lo que él se perdió, ¿no te parece?

Lucas no parecía divertido. -Es un idiota-murmuró. Hampton asintió con la cabeza.

-¡Cómo desprecio a William Merritt! Es deshonesto y manipulador. Estafó a mi padre y luego se jactó públicamente de su astucia. Mi padre quedó humillado.

-Y mira lo que hizo con sus propios hermanos -añadió Morris.

-Estuvo en un tris de aniquilar a Jordan y a Douglas, ¿no? -preguntó Hampton.

-En efecto -respondió Morris-. William está recibiendo su merecido, sí. Va a ser desdichado por el resto de su vida, porque Jane es tan malvada como él. ¿No son una pareja pavorosa? Corren rumores de que ella está encinta. Dios se apiade de esa criatura, si es cierto.

-Bien podría estar encinta -reconoció Hampton-. Esos dos se veían descaradamente aun estando él comprometido. Pero Jane también se va a arrepentir. Está convencida de que William dispone de una gran herencia

-¿Y no es así? -preguntó Lucas.- Hampton sacudió la cabeza.

-Saldrá a relucir muy pronto. Él ha quedado más pobre que las ratas. El muy tonto perdió en especulaciones hasta su última libra. Ahora sus tierras pertenecen a los banqueros. Probablemente cuenta con que Jane reciba una gruesa herencia cuando muera la anciana lady Stapleton. Estaba muy enferma, pero tengo entendido que ha vuelto a recuperarse milagrosamente.

Recomenzó la música y la multitud tuvo que abandonar su boquiabierta contemplación. Taylor recogió el borde de su vestido para bajar los peldaños. Lucas no podía apartar los ojos de ella. Dio un paso para acercársele, pero se detuvo a consultar otra vez su reloj. Faltaban diez minutos. Podía resistir. Sólo diez minutos más y quedaría libre. Dejó escapar un fuerte suspiro de satisfacción, sonriendo por la expectativa. También lady Taylor sonreía, siguiendo al pie de la letra las instrucciones de su abuela. Se había impuesto esa sonrisa en cuanto cruzó el umbral y nadie podía hacer ni decir algo que la obligara a arrugar el entrecejo. Sonreiría. Celebraría. Era un tormento, una burla tal que se sentía enferma, con fuego en el estómago. Taylor no se permitió ceder a la desesperación. Debía pensar con optimismo en el futuro, se dijo, repitiéndose las palabras de su abuela. Las pequeñas la necesitaban.

Los jóvenes solteros acudieron en tropel. Taylor los ignoró a todos. Paseó la mirada por el salón de baile, tratando de hallar a su acompañante. Divisó a su prima Jane y luego a William, pero no quiso fijar la vista en ellos. El corazón empezaba a palpitarle. Por Dios, ¿qué haría si se le acercaban? ¿Qué decirles? ¿Debía felicitarlos? Oh, Señor, no podría hacerlo sin vomitar o morir. No había tenido en cuenta la posibilidad de que ellos asistieran al baile. Preocupada como estaba por su abuela, en su mente no había tenido sitio para asuntos de menor importancia. Lo irónico era que, esa tarde, la Señora había experimentado una considerable mejoría. Al despedirse de ella, Taylor lo hizo con la esperanza de que en verdad tuviera otra recuperación.

Un joven anhelante al que ella conocía, aunque no recordaba cuándo ni dónde le había sido presentado, suplicó el honor de acompañarla a la pista de baile. Taylor se negó con amabilidad. Apenas se hubo apartado, oyó la característica risa aguda de Jane. Al volverse en esa dirección vio la sonrisa maliciosa de su prima y, de inmediato, a una jovencita que iba

apresuradamente hacia la salida. Taylor la reconoció: era lady Catherine, la menor de los hijos de sir Connan, que apenas tenía quince años.

Por lo visto, el casamiento no había mejorado el carácter de Jane. Catherine acababa de convertirse en su última víctima, a juzgar por la expresión de tristeza de la pobrecita.

De pronto Taylor se sintió abrumada por la melancolía. La crueldad era un deporte que divertía mucho a algunos de sus parientes. La enfermaba esa perversidad y, en su estado de ánimo actual, ya no sabía combatirla. Se sentía inútil, inepta. Nunca se había sentido a sus anchas entre la aristocracia inglesa; tal vez por eso tenía siempre la cabeza en las nubes y la nariz metida en novelas baratas. Sí, era una soñadora, tal corno su abuela decía, pero a Taylor no le parecía tan terrible. La realidad suele ser bastante fea y sería insoportable por completo si una no pudiera soñar despierta de vez en cuando. Era escapismo, puro y simple.

Lo que más le gustaba eran las historias románticas. Por desgracia, los únicos héroes que conocía eran esos deslumbrantes personajes de sus libros. Sus favoritos eran Daniel Boone y Davy Crockett. Aunque habían muerto mucho tiempo antes, las leyendas que rodeaban la vida de ambos aún encantaban a lectores y escritores por igual.

La Señora quería que fuera más realista, todo porque no creía que existiera ya héroe alguno.

Lady Catherine, en su desesperación, estuvo muy cerca de derribar a Taylor en su huida hacia los peldaños. Sólo pensaba en escapar de la crueldad. Taylor sujetó a la afligida muchacha.

-Espera un poco, Catherine.

-Déjeme pasar, por favor -suplicó ella.

Ya tenía la cara bañada en lágrimas. Taylor se negó a soltarle el brazo.

-Deja de llorar -ordenó-. No te irás. Si sales de aquí, te será mucho más difícil volver a mostrarte en público. No puedes permitir que Jane tenga semejante poder sobre ti.

-Pero usted no sabe lo que ha pasado -gimió la jovencita-. Ha dicho... está diciendo a todo el mundo que yo...

Taylor le apretó un poco el brazo para tranquilizarla.

-No importa qué vilezas esté diciendo. Si finges no prestarle atención, si ignoras sus calumnias, nadie le creerá.

Catherine sacó un pañuelo de la manga para limpiarse la cara.

-Estoy tan mortificada... -susurró-. No sé por qué se ha vuelto de ese modo contra mí.

-Eres joven y muy bonita-explicó Taylor-. Por eso te ataca. Tu error fue acercarte demasiado a ella. Pero sobrevivirás, Catherine, igual que yo. Sin duda Jane ya está buscando a algún otro a quien martirizar. La divierte ser cruel. Es repugnante, ¿no?

Catherine logró esbozar una débil sonrisa. -Oh, sí, lady Taylor. Es realmente repugnante. ¡Y lo que ha dicho de usted! Que esos zafiros que usted lleva deberían ser de ella.

-¿De veras? Catherine asintió. -Dice que lady Esther está trastornada y... Taylor la interrumpió.

-No me interesa nada de lo que Jane diga sobre mi querida abuela.

Catherine espió por encima de su hombro. -Nos está observando -susurró.

Taylor no quiso volverse. Sólo un poquito más y podría abandonar ese lugar horrible.

-¿Me harías un favor enorme, Catherine?

-Lo que sea-prometió la muchacha, con fervor. -Ponte mis zafiros.

-¿Qué dice usted?

Taylor levantó los brazos hasta el broche del collar. Luego se quitó los pendientes. Catherine la miraba boquiabierta, con una expresión bastante cómica, que la hizo sonreír.

-No lo dirá usted en serio, lady Taylor. Deben de valer una fortuna. Jane pondrá el grito en el cielo si me los ve puestos.

-Se pondrá nerviosa, ¿no? -musitó la pregunta, sonriendo otra vez.

La jovencita estalló en una carcajada. Su risa resonó en todo el salón. Era un sonido purificante, sincero, jubiloso. De pronto Taylor se sintió mucho mejor.

Ayudó a Catherine a ponerse las joyas antes de hablar otra vez.

-Nunca te dejes dominar por las posesiones. Y nunca jamás pienses que la riqueza es más importante que tu amor propio y tu dignidad. De lo contrario terminarás como Jane -advirtió-. Y eso no te gustaría, ¿cierto?

-¡Cielo Santo, no! -barbotó Catherine, horrorizada ante la mera idea---. Prometo no dejarme dominar por las posesiones. Al menos lo intentaré. Con este collar me siento como una princesa. ¿Eso está bien? Taylor se echó a reír.

-Sí, por supuesto. Me alegro de que te brinden tanto gozo.

-Cuidaré de que papá los esconda en lugar seguro. Y mañana se los devolveré personalmente, lady Taylor.

Ella sacudió la cabeza.

--Mañana no me harán falta -explicó- Son tuyos. Nunca más necesitaré joyas como ésas.

Catherine estuvo a punto de caer redonda. -Pero... -empezó, obviamente atónita-. Pero... -Te los regalo.

La jovencita estalló en lágrimas, abrumada por tanta generosidad.

-No era mi intención hacerte llorar ---dijo Taylor-. Eres hermosa, Catherine, con zafiros o sin ellos. Sécate esas lágrimas mientras te busco un compañero de baile adecuado.

Su mirada se cruzó con la de Milton Thompson. Taylor le hizo una señal y el joven acudió a la carrera. Un escaso minuto después acompañaba a Catherine a la pista de baile.

La muchacha iba radiante, riendo y coqueteando. Una vez más actuaba como una niña de quince años. Taylor estaba contenta. Pero la satisfacción no le duró mucho. ¿Dónde estaba su compañero? Decidió dar una vuelta por todo el salón, cuidando mucho de evitar a su prima, por supuesto; si no lo hallaba se retiraría, simplemente. Había llegado elegantemente tarde y se iría elegantemente temprano. Ya eran suficientes sonrisas para una velada; si pasaba allí quince o veinte minutos escasos, la abuela no se enteraría. Sí, la Señora aprobaría su manera de actuar.

La aparición de tres amigas bien intencionadas le impidió ir a alguna parte. Alison, Jennifer y Constance habían asistido con ella a la Escuela de Elegancia y Actividades Académicas de la señorita Lorrison; desde entonces las cuatro eran grandes amigas. Alison, sólo por ser un año mayor que las demás, se creía mucho más sofisticada.

Era ella quien encabezaba la procesión. Alison era alta, algo desgarbada, de pelo rubio oscuro y ojos color avellana.

-Querida Taylor, hoy estás divina -anunció-. Francamente a tu lado me siento deslucida.

Taylor sonrió. Alison llamaba "querida" a todo el mundo, convencida de que eso la hacía parecer más sofisticada.

-Deslucida tú, nunca -aseguró, sabiendo por intuición que eso era lo que su amiga buscaba. -Estoy preciosa, ¿no? El vestido es nuevo. Ha costado una fortuna, pero mi padre está decidido a casarme esta misma temporada, aunque eso lo lleve a la quiebra.

La sinceridad de Alison era reconfortante.

-No dudo que tienes para escoger entre todos estos caballeros.

-El único que me interesa no me ha mirado, siquiera -confesó Alison.

-Ha hecho todo lo posible por llamarle la atención -intervino Jennifer, enhebrando un mechón de pelo castaño a su trenza-. Podría tratar de desmayarse delante de él.

-Lo más probable es que la dejara caer -aseveró Constance-. Deja ese pelo en paz, Jennifer, que estás haciendo un desastre de tu peinado. Y ponte las gafas, si no quieres terminar con patas de gallo de tanto bizquear.

Jennifer no prestó atención a las sugerencias de su amiga.

-Si ese hombre cortejara a Alison, a su padre le darían palpitaciones.

Constance asintió, haciendo rebotar sus rizos cortos. -No es buen muchacho -informó a Taylor. -¿Muchacho? Es un hombre hecho y derecho, querida -corrigió Alison.

-Un hombre con mala reputación -apuntó Constance-. Dime, Taylor, ¿el rosa no me hace parecer descolorida? Jennifer dice que ningún matiz de rosa es adecuado para una pelirroja pecosa como yo, pero esta tela me gustaba tanto...

-Estás hermosa -aseguró Taylor.

-Es cierto que él tiene mala reputación -admitió Alison-. Y eso es justamente lo que me intriga. -Melinda me dijo que, sólo en esta última semana, se ha acostado todas las noches con una mujer diferente -interpuso Constance-. ¿Os imagináis? Puede escoger a -la que guste. Es muy...

-¿Seductor? -sugirió Alison. Constance se ruborizó inmediatamente. -Admito que tiene cierto encanto brutal. Es tan... enorme... Y sus ojos son divinos, simplemente. Pardos y muy oscuros.

-¿De quién estamos hablando? -inquirió Taylor, ya picada su curiosidad.

-No hemos podido averiguar cómo se llama-explicó Alison-. Pero lo tenemos aquí y no se irá sin que alguien me lo presente. En él hay algo pecaminosamente erótico. -Hizo una pausa para abanicarse la cara-. 'Me paraliza el corazón, de veras.

Taylor notó súbitamente que Jennifer la miraba con el entrecejo fruncido y una expresión que sólo podía ser de compasión.

-¿Ocurre algo, Jennifer? -preguntó.

-Oh, Taylor, has sido tan valiente al venir aquí esta noche...

Alison le pegó en el hombro con el borde del abanico.

-Por Dios, Jennifer, acordamos no mencionar su humillación.

-Ahora sí que la habéis hecho -protestó Constance-. Deberíais avergonzaros de ser tan desconsideradas. ¿Tienes el corazón destrozado, Taylor? -No, en realidad...

No tuvo tiempo de decir más.

-Se comenta que Jane va a tener un hijo de él -susurró Jennifer--. Ese hombre se entendía con ella mientras te cortejaba a ti.

-¿Tenías que sacar eso a relucir? -preguntó Alison.

-Taylor tiene derecho a saberlo.

-Nosotras no lo sabíamos -intervino Constance-. De lo contrario te lo habríamos dicho, Taylor. No habríamos permitido que te casaras con semejante bribón.

-Preferiría no hablar de...

Una vez más la interrumpieron antes de que pudiera terminar.

-Está aquí, ¿sabéis? -informó Jennifer-. Vi que Jane lo aferraba por el brazo cuando entró Taylor. Todavía no lo ha soltado. William Merritt merecería que lo ahorcaran por sus pecados.

-Prefiero no hablar de él -dijo Taylor.

-No, por supuesto -concordó Alison-. Pero recuerda lo que te digo, querida: algún día comprenderás que has tenido mucha suerte de que te desdeñara.

-Nos quedaremos a tu lado durante el resto de la velada-prometió Constance-. Si alguien trata de decir algo desconsiderado, me encargaré personalmente de ponerlo en su lugar. Te doy mi palabra, Taylor.

-Gracias -respondió la joven-, pero no soy tan susceptible. No os preocupéis por mis sentimientos. Puedo cuidarme sola.

-Sí, naturalmente -le dijo Alison, en tono de lástima.

-¿Todavía sientes algo por él? --quiso saber Jennifer. -No. Francamente...

-Claro que siente algo por él. Lo odia -decretó Constance.

-No, no es eso...

-El amor y el odio van de la mano -explicó Jennifer-. Creo que ella debería odiar a todos los hombres en general y a William Merritt en especial.

-No creo que odiar solucione...

-Por supuesto que lo odias -aseguró Constance. Taylor decidió que era hora de recobrar el dominio de esa conversación y cambiar de tema.

-Os he escrito una larga carta a cada una de vosotras para datos una noticia importante -barbotó, antes de que pudieran volver a interrumpirla.

-¿Para qué? -quiso saber Alison.

-¿Una noticia? ¿Qué noticia? -inquirió Constance.

Taylor sacudió la cabeza.

-Tendréis que esperar hasta mañana. Las cartas llegarán a última hora de la tarde.

-Dínoslo ahora -insistió Jennifer.

-Estás muy misteriosa -protestó Constance. -No quiero ser misteriosa -explicó Taylor-, pero a veces es más fácil escribir y no...

-Cuenta, Taylor -exigió Alison.

-No puedes dejarnos así, en suspenso -dijo Constance.

-¿Te vas? -adivinó Jennifer. Y miró a Constance-. La gente siempre escribe cartas cuando se va.

Taylor se arrepintió de haber mencionado esas cartas.

-Es una sorpresa -insistió.

-Ahora tienes que contarnos de qué se trata-dijo Alison-, o no te permitiremos salir de este salón. No podré dormir hasta que me entere de esa misteriosa noticia. Taylor negó con la cabeza.

Por la expresión de su amiga era evidente que no iba a dejar el tema así. Constance, sin darse cuenta, acudió en su rescate. Acababa de ver a lady Catherine en la pista de baile, con el collar de zafiros, e inmediatamente quiso saber por qué lucía las joyas de Taylor.

La joven dedicó algún tiempo a explicar los motivos que la habían llevado a regalar esas alhajas. Lucas la observaba desde el otro extremo del salón, acorralado por una multitud de hombres que se turnaban para asediarlo con preguntas sobre la vida en Norteamérica. Algunos de sus obvios prejuicios lo divertían; otros lo irritaban. Todos los ingleses parecían fascinados por los indios. ¿Lucas había matado a muchos? Respondió con paciencia a las preguntas menos ofensivas, pero no dejaba de consultar su reloj cada dos minutos. Poco le importaba parecer grosero. Se iría en cuanto llegara la medianoche. Volvió a abrir su reloj y, viendo que sólo le restaban algunos minutos, continuó dando respuestas a esos hombres. Mientras explicaba que su finca estaba rodeada de montañas, que los sioux y los crow compartían sus tierras con él y sus hermanos, vio que el maldito heredero de la fortuna familiar se desprendía de su esposa para marchar hacia Taylor. La recién casada corrió tras él.

Taylor también lo había visto y parecía a punto de j huir. Lucas vio que se inclinaba para recoger el borde de su falda, pero de pronto lo soltó, irguiendo nueva mente la espalda. Obviamente había decidido no escapar. Nadie debía saber del pánico que sentía, ni siquiera sus amigas del alma. Taylor hizo interiormente ese voto y sonrió hasta resquebrajarse la cara. "La humillación". Sabía que así llamaban todos a la cancelación de su boda. Probablemente todos esperaban que ella se mostrara humillada. Por Dios que se llevarían una desilusión.

Alison seguía parloteando sobre una u otra cosa, pero Taylor ya no le prestaba ninguna atención. Sin embargo, por no ofender a su amiga fingía un gran interés. Asentía con la cabeza cada vez que Alison se interrumpía para tomar aire y no dejaba de sonreír, suponiendo que se trataba de algo divertido y no de una tragedia.

Se estaban acercando. William se abría paso entre las parejas de bailarines, con Jane pisándole los talones. Taylor habría podido dominar su pánico si no hubiera visto la expresión de su prima. Jane estaba lívida. Si cuando estaba de buen humor se mostraba algo maliciosa, cuando estaba enfadada... El solo pensarlo daba escalofríos.

Taylor temió derrumbarse. Oh, por Dios, no podía enfrentarse a ellos. Su noble decisión de mantenerse firme no había durado más de un minuto. En realidad quería huir. No tenía fuerzas ni voluntad para mostrarse cortés con suprima. Con sus primos, mejor dicho, porque su antiguo prometido era ahora su pariente político. Oh, decididamente iba a derrumbarse, sí.

Lucas vio el pánico en sus ojos e interrumpió en medio de una frase su explicación sobre los indios. Se abrió paso a empujones por entre los hombres que lo rodeaban, con intenciones de cruzar el salón. Tanto Morris como Hampton lo siguieron.

-Por el amor de Dios, Taylor, ¿qué estás haciendo? -inquirió Alison, horrorizada.

-Está tragando aire a bocanadas -señaló Constante, frunciendo el entrecejo ante su propia observación. Se inclinó hacia su amiga, tratando de entender esa misteriosa conducta.

-Pero ¿por qué respira así? -preguntó Jennifer. Taylor trató de serenarse.

-Será mejor que me vaya-dijo.

-¡Pero si acabas de llegar! -protestó Jennifer. -Sí, pero realmente...

-¡Buen Dios, viene hacia aquí!

Alison hizo ese comentario muy alborotada; d inmediato se dedicó a enderezar las mangas de su vestido.

Constance echó un vistazo por detrás de ella y ahogó una exclamación.

-Oh, ya verás cuando lo conozcas -susurró a Taylor-. Aunque mamá ha decretado que es un hombre malo y pecaminoso, debo admitir que habla con una entonación encantadora.-¿Cómo lo sabes? -preguntó Jennifer.

-Lo oí cuando hablaba con Hampton.

-¡Has estado escuchando conversaciones ajenas -Sí -admitió Constance, alegremente. Taylor retrocedía lentamente, apartándose de sus amigas. Echó un vistazo por encima del hombro para apreciar la distancia que la separaba de la entrada. La libertad estaba a unos diez metros de distancia. Si lograba llegar a lo peldaños, podría...

Tienes que hablar con él, Taylor -insistió

Alison.

-¿Os habéis vuelto locas? No pienso hablar con él. No veo nada de encantador en William Merritt. Taylor lo aseguró casi gritando. Sus tres amigas se volvieron a mirarla.

-¿William? ¿Quién habla de William? -Se extrañó Constance.

-Vuelve aquí, Taylor -exigió Alison.-Oh, buen Dios, William también viene hacia aquí -anunció Jennifer, en un grave susurro-. Ahora me explico que Taylor trate de escabullirse.

-No trato de escabullirme -argumentó Taylor. Era una descarada mentira, por supuesto, pero preferí ir a la tumba antes que admitir su cobardía-. Sólo quiero evitar una escena. Si me disculpáis...

Constance la aferró por un brazo.

-No puedes escabullirte -le susurró-. Darías una impresión lastimosa, Taylor. Ignóralo, simplemente. Alison, ¿quieres dejar de mirar a ese hombre como una baba?

-Necesito que alguien me lo presente -insistió la muchacha otra vez, abanicándose violentamente. -Morris podría presentaron -sugirió Jennifer, retrocediendo un paso para que Alison no la golpeara con el abanico-. ¿Verdad que es hermoso?

Y acompañó la pregunta con un largo suspiro. Su amiga asintió con la cabeza.

-Los hombres no son hermosos, sino apuestos, querida. Pero creo que éste es ambas cosas. Dios mío, qué enorme es, ¿no? Se me aflojan las rodillas con sólo mirarlo.

Taylor estaba haciendo lo posible por desprenderse de Constance. Por fin logró liberarse, pero cuando estaba a punto de recogerse las faldas para huir vieron al hombre que tanto interesaba a sus amigas.

Quedó petrificada. Sus ojos se ensancharon apenas. Tal vez se había olvidado de respirar, pues de pronto, inexplicablemente, se sentía muy mareada.

En su vida había visto a un hombre tan increíblemente apuesto. Era un verdadero gigante: delgado, pero musculoso al mismo tiempo, de hombros anchos y pelo muy oscuro. Su piel era como el bronce, seguramente por haber pasado largos días al sol, y sus ojos, buen Dios, sus ojos eran del color más hechicero: un intenso y rico tono de chocolate. Tenían arrugas en las comisuras, pequeñas arrugas maravillosas, probablemente causadas al entornar los ojos contra el sol.

No parecía dado a reír mucho. Tampoco aparentaba ser un tipo de hombre que una quisiera encontrarse en una calle oscura y desierta ni para pasar el resto de su vida con él. Oh, Dios, ¿qué había hecho?

Taylor arrebató el abanico de manos de Alison. Antes de que su amiga pudiera protestar, empezó a agitar furiosamente el adminículo delante de su cara. ¡Por Dios, qué calor estaba haciendo!

¿No sería ridículo que se desmayara a sus pies? Lo más probable era que él le pasara por encima para llegar a las puertas. Taylor sacudió la cabeza. En verdad tenía que dominar sus pensamientos y recuperar su compostura. Sintió que enrojecía. "Qué absurdo"; se dijo. No tenía nada de que avergonzarse. Era el calor. Caramba, si allí hacía ya tanto calor como en el purgatorio.

Ese gigante que caminaba hacia ella ¿era el de tan horrible reputación? Ojalá no lo fuera. En cuanto hubiera recobrado su buen tino, Taylor pensaba preguntar a Constance por qué su mamá no lo quería. Lamentaba no haber prestado más atención a lo conversado ¿No había dicho Constance que él se había acostado con una mujer distinta todas las noches de la última semana? También le preguntaría eso y cien cosas más, cuanto menos, pues súbitamente quería saberlo todo sobre ese misterioso desconocido.

Buen Dios, era un poco tarde para hacer preguntas, ¿no? Estaba perdiendo la cabeza. Sus pensamientos no eran coherentes ciertamente. Y probablemente todo era culpa de él. Al fin y al cabo la estaba mirando directamente. Era una mirada penetrante, que enervaba. Se justificaba estar tan alterada. "Y qué grosero e indisciplinado", agregó ella para sus adentros. No podía dejar de observarlo. Se preguntó si estaría boquiabierta. Dios quisiera que no, pero de cualquier modo ella no podía hacer nada al respecto. "No importa", se dijo. El abanico ocultaría la mayor parte de su cara.

Alison le arrebató el abanico. Taylor se sintió como si le hubieran arrancado el vestido: completamente desnuda. Pero eso duró apenas un par de segundos. Luego cuadró los hombros, se plantó una sonrisa en la cara y trató de actuar como correspondía a una señorita. Oh, sí, era muy apuesto. Una apenas podía respirar mientras lo miraba. Habría querido suspirar de agradecimiento, pero no se atrevió.

Taylor comprendía los motivos ocultos tras su extraña reacción ante ese hombre. Él era su sueño hecho realidad, pues se parecía a los hombres de sus novelas baratas; después de leer tantos relatos sobre Davy Crockett y Daniel Boone, había acabado por ver en ellos a parientes del pasado que le pertenecían. Esa idea romántica no tenía nada malo, ¿verdad? Seguramente nadie fantaseaba como ella sobre los pioneros norteamericanos. Años antes se pasaba el tiempo soñando despierta sobre lo que habría sido su vida como esposa de un aventurero de ésos. Se decía que los indios (los salvajes; como los llamaban en las novelas) mataban a la gente y luego le cortaban el cuero cabelludo para usarlo como trofeo y prueba de su hazaña. Tanto Boone como Crockett habían luchado contra cientos de indios, pero ninguno de los dos había perdido su cuero cabelludo; por el contrario, se habían hecho amigos de los salvajes.

Taylor empezó a temblar. Ese hombre, el que le ponía la piel de gallina, no habría tenido ninguna dificultad en arrancar el cuero cabelludo a los indios por el mero gusto. ¡Pero si bastaba esa mirada penetrante para que a una se le pusieran los cabellos de punta! Era un diablo muy apuesto, sí, pero también había en él un aire de peligro. Y de poder, como si nada lo asustara, como si no fuera en absoluto vulnerable a un ataque.

Sólo por su aspecto parecía muy capaz de proteger su propiedad.

Y a las pequeñas. Él protegería a las pequeñas. ¿No era eso lo que más importaba, al fin y al cabo? Su reputación no tenía por qué preocuparla, como tampoco lo extraño de su propia reacción al verlo. Para sus propósitos era más que adecuado: era perfecto.

Dejó escapar un suspiro. Sus amigas la imitaron. Obviamente estaban tan hipnotizadas por el hombre como ella.

William y Lucas cruzaron el salón desde diferentes ángulos, pero ambos llegaron al mismo tiempo a donde estaba ella. Los separaba un metro escaso. William estaba a su izquierda; Lucas, a su derecha.

William fue el primero en hablar. Su voz encerraba un tono de peligro.

-Quiero que hablemos unas palabras en privado, Taylor.

-No pienso dejarte solo con ella -le espetó su esposa, desde atrás. Taylor ignoró a la pareja. Tenía la cabeza muy echada hacia atrás, para poder mantener la mirada firmemente dirigida hacia el hombre que la había despojado de todo pensamiento lógico. Trataba desesperadamente de no tenerle miedo. En verdad sus ojos eran bellísimos.

-Es usted mucho más alto de lo que yo recordaba. Sus palabras surgieron en un leve susurro. Lucas sonrió; su voz le gustaba: era sensual, suave, muy excitante.

-Y usted, mucho más bonita de lo que yo recordaba.

Constante tenía razón. Esa entonación era adorable.

El caos se arremolinó en torno de Taylor. Salvo ella y Lucas, todos empezaron a hablar al mismo tiempo. Constante y Jennifer exigían saber desde cuándo Taylor conocía al

forastero; Alison le rogaba que la presentara; William discutía con su esposa; Hampton y Morris debatían en voz alta la imposibilidad de que Taylor ya hubiera sido presentada al norteamericano. ¿Cómo podía ser? Todo el mundo sabía que Taylor había pasado las últimas semanas en Escocia, recobrándose de "la humillación", y desde su regreso a Londres permanecía encerrada con su abuela enferma. ¿Dónde había encontrado tiempo para conocer a Lucas?

Taylor no podía seguir el curso de todas las conversaciones que se desarrollaban a su alrededor. Sin embargo, se sentía de pronto muy exaltada. La opresión de su pecho había desaparecido. Las cadenas que la sujetaban a Inglaterra y a su deber se iban desprendiendo. Iba a ser libre. Comprendió que, cuando saliera de ese salón, dejaría atrás todas las restricciones y responsabilidades asociadas con la rígida sociedad de Inglaterra.

También supo que jamás retornaría. No tendría que ver a su tío Malcolm nunca más, nunca más mirarlo a los ojos y fingir que ignoraba la atrocidad cometida por él, nunca más decirle una palabra cortés. No volvería a soportar la presencia ni la crueldad de Jane, aunque eso era poco, desde luego, comparado con los pecados de su tío. Y nunca más volvería a sentirse avergonzada ni humillada.

Taylor dejó escapar otro suspiro. La libertad estaba a pocos pasos de distancia.

-¿Ya es casi medianoche, señor?

Barbotó la pregunta con evidente y pecaminosa ansiedad. La respuesta fue un rápido gesto afirmativo. -Ya podernos retirarnos.

Entonces todo el mundo comenzó a interrogarla. -¿Retiraros? ¿Adónde quieres ir, Taylor? -acusó Constante.

-¿Se va con él? -preguntó Jennifer, señalando a Lucas con mano-. No puede hacer eso, ¿verdad? ¿Qué dirá la gente?

-Pero ¿cuándo y dónde os conocisteis? -preguntó Hampton.

-No pueden haberse visto antes -insistía Morris, con empecinamiento.

-No vas con él a ninguna parte -anunció William, casi gritando para hacerse oír. Estaba tan furioso que se le habían dilatado las venas del cuello; su tez adquirió un tinte rojo, manchado y feo-. Tú vienes conmigo, Taylor. Exijo hablaren privado contigo. Ese tunante que te rebajas a tratar es, en realidad...

Alison lo interrumpió.

-Silencio, William. Taylor, querida, preséntame al caballero, por favor.

William no iba a dejarse acallar. Alargó la mano para asir a Taylor por el brazo, pero una orden de Lucas se lo impidió. Fue suave como un susurro, pero glacial:

-En tu lugar, yo no la tocaría.

No había levantado la voz y su tono era bastante suave, pero la advertencia estaba allí; William reaccionó como si Lucas hubiera aullado: con un pronto paso' atrás. Taylor se dijo que debía de ser una reacción instintiva, pero aun así resultaba reveladora. Por lo visto, William le tenía miedo.

Jane dejó escapar una áspera exclamación. -Retén a Taylor aquí, William, mientras voy en busca de mi padre. Él sabrá qué hacer. -Y añadió, fulminando a Lucas con la mirada-: Puede que mi esposo se deje intimidar por usted, pero no pasará lo mismo con mi padre. El es el tutor de Taylor.

Lucas le prestó tanta atención como a un mosquito. No cambió en absoluto_de expresión ante sus comentarios; ni siquiera se molestó en echarle una mirada.

Taylor decidió seguir su ejemplo.

-Tu padre no es mi tutor -negó, sin mirar a su prima.

-Pero lo será en cuanto muera la anciana -se jactó Jane-. Y entonces lo lamentarás, Taylor. Mi padre va a encerrarte bajo llave antes de que digas o hagas algo más para avergonzarnos. ¡Pero si todo el mundo sabe que necesitas vigilancia!

Morris y Hampton fueron los primeros en salir en defensa de Taylor.

-La vergonzante eres tú, Jane Merritt -aseguró Hampton, casi gritando. Bajó la voz para agregar-: ¿No te has dado cuenta de que ni tú ni William habéis recibido invitaciones para

esta temporada? Los dos habéis sido tachados en todas las listas -agregó, con un gesto enfático.

-Si estás aquí esta noche es sólo porque recibiste la invitación una semana larga antes de fugarte. Pero esta vez se te ha ido la- mano -le espetó Morris-. ¡Comportarte como una cualquiera con el prometido de Taylor! Respóndeme a esto: ¿es verdad que estás embarazada de William, o lo inventaste para cazarlo?

-¿Cómo os atrevéis a calumniarme así? -gritó Jane. Dio una palmada a su esposo en el hombro, tratando de llamarle la atención-. ¿No piensas defender mi honor, William?

Su marido no dijo una palabra. Tenía toda su atención concentrada en Taylor.

-Lady Taylor no está loca ni demente. Tú sí lo estás, si crees que ella ha hecho algo malo. Eres despreciable, Jane. Oh, sí -tartamudeó Morris, indignado-. Tú y William hacéis buena pareja. Pido al cielo que los dos recibáis exactamente lo que merecéis.

La guerra de palabras pasó pronto a los gritos; luego a los empellones. A Taylor le era imposible determinar a quién correspondía cada insulto. Alison volvió a tironearle del brazo, exigiendo su atención; Constance le clavaba un dedo diligente en el hombro desde atrás, suplicándole que se volviera a explicarle qué estaba pasando. Jennifer, la pacificadora del grupo, trataba de que todos bajaran la voz.

Taylor perdió inmediatamente la paciencia. Giró hacia la izquierda para informar a William que no tenía ninguna intención de hacer un aparte con él, pero antes de que pudiera pronunciar una palabra Alison volvió a tironearla del brazo, haciendo que se volviera hacia ella. Pero Constance, decidida a no dejarse ignorar, le clavó nuevamente el dedo desde atrás.

Taylor sentía que le daba vueltas la cabeza. Cuando levantó la vista hacia su acompañante para ver cómo reaccionaba ante la escena, quedó atónita ante su expresión.

El hombre parecía aburrido. Ella se preguntó cómo podía permanecer tan imperturbable ante las calumnias que William estaba tejiendo con respecto a él. Mientras el marqués se explayaba sobre su negra fama, Lucas echó mano de su reloj de bolsillo y lo abrió para verificar la hora.

En ese momento William lo trató de bastardo. Alison, Jennifer y Constance dejaron escapar una fuerte exclamación, casi al unísono. Taylor se quedó esperando a que su acompañante se defendiera. Pasados quince segundos cayó en la cuenta de que él no haría ni diría nada.

Entonces ella se convirtió súbitamente en su defensora. Como William repitiera su blasfema acusación, Taylor se volvió hacia Alison, enfurecida, y le arrebató el abanico. Antes de que William pudiera sospechar sus intenciones, ella lo golpeó en plena cara con el adminículo y lo devolvió a su amiga, diciendo: -Gracias.

Alison había quedado boquiabierta. Taylor encorvó los hombros. Detestaba provocar escenas, pues eso no era digno de una dama, pero llegaba un momento en que la conducta decorosa estaba de más.

William tardó en comprender que ella había llegado a su límite.

-Si me escucharas -exigió-, comprenderías que digo la verdad. Éste no es más que un...

Taylor volvió a apoderarse del abanico de Alison y se enfrentó a él una vez más. -Si pronuncias una sola difamación más, juro que te arrancaré un ojo. -¡Taylor! ¿Qué te ha dado? -susurró Alison.

Su amiga le arrojó el abanico y apuntó la mirada hacia su compañero.

-¿Podemos retirarnos, caballero, por favor?

Su voz sonó desesperada, pero no le importó. La reacción de Lucas fue una sonrisa.

-Sí -dijo-. Ya es medianoche pasada.

Ella dejó escapar un largo suspiro. Lucas saludó con la cabeza a Morris y a Hampton y echó a andar hacia la entrada. Al pasar junto a Taylor no se detuvo, pero la tomó con firmeza de la mano y continuó la marcha. Su paso era largo y decidido. Ella, sin resistirse, giró en redondo y se dejó arrastrar. Y sabe Dios que en ese momento sonreía.

El grito de Hampton hizo que Lucas se detuviera en el último escalón.

-¿Taylor está a salvo contigo?

Habría debido sentirse insultado por esa pregunta. Pero la preocupación que percibió en la voz del joven se impuso a su irritación inicial. Decidió que la pregunta era lógica, puesto que el inglés no lo conocía mucho. Giró para responder:

-Está a salvo, sí.

Alison se adelantó a la carrera para implorar a gritos: -Antes de retirarte, Taylor, ¿tendrías la bondad de presentarme al caballero?

-Sí, por supuesto -aceptó Taylor-. El señor es... Su mente quedó en blanco. ¡Por Dios, no lograba recordar su nombre! El pánico se apoderó de ella. No sabía si romper en una carcajada o deshacerse en llanta. Quizá Jane tenía razón, al fin y al cabo. Quizás estaba demente y necesitaba vigilancia.

Abrió la boca para responder. No surgió una sola palabra.

-¿Y bien? -exigió Alison, con los brazos en jarras y el entrecejo fruncido por la impaciencia-. ¿Quién es? -Sí -barbotó Constante-. ¿Quién es?

Taylor miró a su acompañante, con la esperanza de que él acudiera en su rescate. Él tampoco dijo una palabra. Se limitaba a mirarla desde su altura, esperando ver qué hacía.

Taylor se sintió mortificada. ¿Por qué no podía recordar su nombre? Aspiró hondo, sacudiendo la cabeza ante su propia y lamentable conducta, y por fin se volvió hacia su público.

No lograba recordar quién era él, pero al menos recordaba qué era.

-Es mi esposo.

2

La verdad es la verdad hasta el fin de los cálculos
William Shakespeare
Medida por medida

La noticia no les cayó nada bien. Alison, Jennifer y Constance quedaron demasiado atónitas para decir algo, de modo que prefirieron turnarse para gritar. A

Hampton y a Morris, en cambio, el anuncio les provocó un obvio entusiasmo, por lo que lanzaron sus vítores al unísono. Jane bramó una sucia e irrepetible blasfemia, sólo parcialmente ahogada por el inmediato rugido con que William quiso negar aquello.

Lucas, sin prestar ninguna atención al caos, recogió el manto de Taylor de manos del mayordomo, le cubrió los hombros con aire desenvuelto y volvió a tomarla de la mano para salir. Ella tuvo que correr para seguirle el paso. Ni siquiera tuvo tiempo para despedirse con un gesto de sus amigas, pues debía usar la mano libre para levantar el borde de su vestido, a fin de no tropezar mientras bajaba la escalinata.

Él sólo aminoró el paso al llegar al camino circular. Entonces se detuvo y, después de indicar por señas al cochero que trajera el carruaje, soltó la mano de Taylor y se volvió á medias para mirarla.

Ella se dedicó inmediatamente a reparar su aspecto. Se echó el pelo hacia atrás, reacomodó la capa y hundió la mano en el bolsillo, en busca de sus guantes.

Le temblaban las manos. Lucas notó que tenía dificultades para ponerse los guantes. Estaba obviamente nerviosa y hasta un poco asustada. Él se preguntó si se debería al modo en que sus amigos y enemigos habían reaccionado ante el anuncio o si la responsabilidad era suya, por algún motivo. Iba a preguntarle por qué temblaba, pero descartó la idea. Probablemente a ella no le gustaría saber que él había notado su alteración.

En verdad no acababa de entenderla. Era muy delicada y femenina, pero también nerviosa, ciertamente. Se ruborizaba como una colegiala y no podía mirarlo a los ojos. Su timidez lo divertía. Cuando trató de imaginarla en los páramos del Territorio de Montana, estuvo a punto de echarse a reír: lady Taylor no duraría allí cinco minutos. Sabía que la estaba juzgando precipitadamente, basándose sólo en el aspecto, pero no creía equivocarse. Parecía tan frágil y exquisita como una pieza de porcelana fina, un objeto a admirar desde lejos, sin tocarlo. La porcelana se rompía con facilidad y, a juzgar por su observación inicial de aquel

montoncito de pelusa, también ella. No, no podría sobrevivir en territorios salvajes; gracias a Dios, jamás tendría que intentarlo.

A su mente volvió de pronto la imagen de Taylor golpeando a Merritt con ese ridículo abanico de papel. En ese momento no había mostrado ninguna timidez. Lucas frunció el entrecejo ante esa contradicción.

Por fin la joven reunió el coraje suficiente para mirarlo. Sintió que se ruborizaba; era lamentable ser tan transparente. Ese hombre debía de creerla estúpida, y realmente así se sentía. Estaba decidida a disculparse, por mucho que eso la abochornara. Por desgracia, debía admitir que no recordaba su nombre.

Taylor lo sorprendió mirándola con aire ceñudo y de inmediato se olvidó de la disculpa. Supuso que él estaba irritado por esa brusca revelación de su secreto. Demasiado culpable se sentía ya sin necesidad de que él la censurara. -Por favor, no se irrite conmigo, señor. Sé que no debía decir a todo el mundo que estábamos casados, pero el nerviosismo me impidió pensar. William estaba diciendo cosas horribles y yo esperaba que usted se defendiera. Comprendo que, desde edad muy tierna, le han enseñado a comportarse como un caballero, pero aun así hay situaciones en lasque es preciso olvidar los buenos modales. Debería-aprender a hacerse valer, señor. En mí opinión, defender el propio honor es más importante que ser caballeresco. ¿Usted no lo cree así?

Aguardó todo un minuto a que él respondiera, pero el silencio fue tenaz. Probablemente no opinaba lo mismo que ella. Taylor dejó escapar un pequeño suspiro para disimular su inquietud.

-Por favor, piense en lo que le he dicho. Creo que, con el tiempo, comprenderá que mi sugerencia tiene sus méritos.

Lo había dejado mudo. Lucas estaba demasiado estupefacto como para decir nada. Nunca en su vida lo habían tomado por un caballero. Y nadie había tratado nunca de defender su honor. Era divertido e inspiraba humildad. Por la severa expresión de la muchacha. Resultaba obvio que hablaba muy enserio. Bueno, qué diablos, ¿correspondía aclarar las cosas o era mejor esperar?

Por fin el cochero había logrado maniobrar con el carruaje entre el amontonamiento de vehículos que bordeaban el camino y la calle. Aún no se había detenido del todo cuando Lucas abrió la portezuela para que Taylor entrara. Lo detuvo el bramido de William y una exclamación ahogada de la muchacha.

-¡Espera, Taylor! Oh, Dios mío, ¿Qué quiere ahora?

Ella giró instintivamente hacia la escalinata. William corría hacia ella, bajando los peldaños de dos en dos en su prisa por alcanzarla.

A Lucas se le estaba agotando la paciencia. -Suba al carruaje, Taylor-ordenó, en tono irritado-. Yo me encargaré de él.

Ella ignoró su orden.

-Quiero que este hombre me deje en paz y tengo toda la intención de hacérselo saber. Usted no puede resolver estas cosas por mí, señor. Debo librar mis propias batallas. ¿Sabía que estuve a punto de casarme con él? -Hizo una pausa para agregar un dramático estremecimiento-. ¿Se imagina usted? No pasa hora sin que dé gracias a Dios por haberme salvado de semejante tragedia.

Lucas se volvió hacia ella, sonriendo al ver su expresión disgustada.

-¿De hora en hora? -se extrañó.

-De hora en hora-confirmó ella, asintiendo con la cabeza.

Por fin William llegó al pie de la escalinata. -Tenga en cuenta mi, sugerencia de defenderse, señor -susurró Taylor a Lucas.

-No estás jugando limpio, Taylor -comenzó William, deteniéndose a menos de medio metro-. No me has dado tiempo de explicarte por qué tuve que casarme con Jane. Me debes esa oportunidad, por lo menos. Después de todo el tiempo que pasé cortejándote... -No te debo nada, William. Vete y déjame en paz. No tengo nada más que decirte.

Él actuó como si no hubiera escuchado. -Podemos seguir como antes. Ya verás. Puedo hacerte olvidar que estoy casado.

Taylor lanzó tal exclamación indignada que habría podido caer, de no aferrarse al brazo de Lucas. Él sintió deseos de reír ante esa reacción tan dramática, pero no se atrevió. Se dirigió hacia la muchacha, pero sin apartar los ojos de Merritt.

-Será un placer poner fin a esta discusión en su nombre, señora. Basta con que usted me autorice. Ella sacudió la cabeza.

-Te visitaré mañana a primera hora, antes de que Jane despierte -continuó William, como si tal cosa-. Tú y yo buscaremos un sitio tranquilo donde podamos conversar. Debo hacerte comprender. Sé que te he ofendido, pero eso no es motivo suficiente para que mientas, diciendo que te has casado. ¿Cómo se te ocurrió inventar algo tan absurdo?

Taylor quedó tan estupefacta ante la sugerencia de William que sólo pudo fulminarlo con la mirada. ¿Qué había visto en ese hombre, por Dios? ¿Cómo pudo alguna vez encontrarlo atractivo? Su pelo oscuro y sus ojos verdes ya no la impresionaban. Ya no le parecía encantador. Era un demonio zalamero. ¡Qué idiota había sido! William Merritt no tenía atractivo alguno. Ahora la asqueaba, pues carecía de todas las cualidades que ella valoraba: lealtad, honor e integridad.

-¿Te atreves a sugerir que puedo continuar tratando contigo después de... después de...? -La indignación no le permitió continuar. No quería hacer una escena. Además, nada de lo que ella pudiera decir le haría comprender lo mucho que acababa de insultarla. ¿Cómo podía pensar que ella aceptaría convertirse en su querida?

La sola idea le revolvió el estómago. Le ardía la cara. Sacudió la cabeza y le volvió la espalda, buscando el picaporte de la portezuela. Lucas se le adelantó. Después de ayudarla a subir sosteniéndola por el codo, hizo ademán de trepar tras ella.

William se adelantó un paso.

-No debes permitir que ese hombre te acompañe a casa -gritó, para que ella no dejara de oírlo-. Es un bastardo, ¿sabes?, con una reputación más negra que el diablo.

Taylor, ya colérica, empujó la portezuela para abrirla más. Podría haber golpeado a Lucas con ella, pero el joven alargó la mano para sujetarla e impedir que, al rebotar, se estrellara contra la cara de la muchacha.

-No te atrevas a hablar de mi esposo con tal falta de respeto. ¡Fuera de mi vista, William! ¡Y note atrevas a dirigirme la palabra nunca más! Eres un hombre despreciable y no quiero saber más de ti.

Habiendo aplicado al tunante la lección que merecía, Taylor asió el picaporte para cerrar la portezuela. Lucas la oyó murmurar. William estaba demostrando ser más terco que una mula: se negaba a creer la verdad. Lucas se apoyó contra el costado del carruaje, los brazos cruzados contra el pecho, y se limitó a esperar su reacción.

-Estás demasiado afligida, Taylor. Comprendo tu situación. Crees que te abandoné y por eso inventaste lo de tu casamiento. Pero mañana a primera hora mantendremos una buena conversación. Y entonces me perdonarás.

Taylor se dio por vencida. Después de alzar las manos en un gesto de contrariedad, sacó una por la ventanilla para tocar a Lucas en el hombro.

-Suba, por favor. Desearía. Partir ahora mismo. -¿Todavía no me ha llegado el turno? -preguntó él-. Estoy seguro de poder persuadirlo.

William le clavó una mirada fulminante. Lucas respondió con una sonrisa.

-Preferiría que no se involucrara, señor-respondió ella, a través de la ventanilla.

-Ya estoy involucrado, Taylor, puesto que usted ahora mi esposa.

William rugió como un animal herido. A Taylor le ó como el chillido de un cerdo. Irritaba los oídos y era y muy desagradable.

-Pero al fin ese obtuso había captado la verdad. -¿Es cierto que te has casado con él? ¿Estás loca? ¿Te das cuenta de lo que has hecho?

Taylor volvió a abrir la portezuela y se asomó, decidida a espetarle la azotaina verbal definitiva, pero la expresión de su acompañante le sugirió que era mejor guardar silencio. Sus ojos se habían vuelto... fríos. Taylor supuso que deseaba evitar cualquier escena, puesto que la

escalinata comenzaba a poblarse de parejas que observaban en silencio las tonterías de William.

Hampton y Morris bajaron a la carrera. Taylor se obligó a sonreírles y volvió a reclinarse en el asiento. -¿Podemos irnos, por favor? -susurró, con la esperanza de que su acompañante la escuchara.

-Sí -concordó Lucas. Y se volvió para subir. Pero las siguientes palabras de William le hicieron cambiar de idea.

-Mejor que desaparezcáis, los dos. ¿Cómo te sienta saber que yo la gocé primero, hermano? Te llevas mis despojos. Ella sólo es digna de un salvaje como tú -gritó.

Taylor quedó horrorizada por la calumnia. Entonces vio la expresión de su acompañante y se echó a temblar, presa de un miedo instantáneo. Que Dios la amparara, nunca había visto a nadie tan furioso. Lucas parecía capaz de matar a alguien. Se había convertido en un bárbaro delante de sus mismos ojos.

Ahora me toca a mí.

A Taylor no le gustó el sonido de esa frase. Sacudió vigorosamente la cabeza, pero él la ignoró.

William, al ver la expresión de Lucas, comprendió que había llegado demasiado lejos. Dio instintivamente un paso atrás y se volvió hacia ambos lados, buscando una vía de escape. No la había. Hampton, blanco como la harina, y Morris, rojo como una brasa, le bloqueaban deliberadamente el paso. Ninguno de los dos le permitiría huir. Tras oír lo que él había dicho sobre Taylor, ambos estaban hirviendo de indignación.

Lucas se irguió en toda su estatura delante de su medio hermano. Alargó una mano para asir a William por el cuello y, levantándolo a medias, le estrelló el otro puño en pleno rostro. Luego le dijo, aún sosteniéndolo en vilo:

-Si vuelves a repetir semejante calumnia, me tendrás otra vez aquí para matarte.

Después de pronunciar esa sombría promesa, lo arrojó hacia la acera. William se derrumbó con un ruido seco. Lucas sonrió a Morris y Hampton, diciendo con voz muy suave:

-No dejéis de informarme si este hombre dice una sola palabra inadecuada sobre mi esposa, ¿queréis, muchachos?

-Por supuesto, quédate tranquilo -prometió Morris, con fervor.

Hampton se limitó a asentir con la cabeza. Estaba muy ocupado observando a William, que se incorporaba trabajosamente sobre las rodillas.

Lucas subió al carruaje y, después de cerrar la portezuela, se repantigó en el asiento, frente a Taylor, sonriendo con satisfacción.

Por fin estaban en marcha. La joven trató de acurrucarse en el rincón opuesto, para poner toda la distancia posible entre los dos. Era un objetivo ridículo, dadas las pequeñas dimensiones del vehículo y el gran tamaño de su acompañante, pero en esos momentos ella no pensaba con mucha lógica. Demasiado tenía ya con dominar el pánico. Aspiró hondo un par de veces, en un intento de tranquilizarse. No sirvió de mucho, pero tenía que disimular su nerviosismo. Después de todo tenía su orgullo.

-Los caballeros no resuelven las diferencias a golpes de puño -dictaminó. Aguardó un minuto largo a que él le ofreciera sus disculpas, pero Lucas no dijo una palabra. Entonces decidió acicatearlo-. Creo que le ha roto la nariz. ¿No tiene nada que decimal respecto, señor?

-¡Por Dios, qué bien me hizo! -¿Cómo dice usted?

Lucas vio que se retorcía las manos, con tal agitación que llegó a arrancarse los guantes. La observó por un largo instante. Luego repitió su comentario.

-He dicho que eso me hizo muy bien. ¿O prefiere que le mienta?

-No, por supuesto. Pero ¿no se arrepiente en absoluto?

-No. Hacía tiempo que tenía ganas de golpearlo. -Sí, pero una vez que hubo... ejecutado ese acto espontáneo... una vez que tuvo tiempo para analizar todas las ramificaciones de una conducta tan poco caballeresca, ¿no le parece...?

Iba a preguntarle si no lamentaba haberse comportado como un bárbaro, pero él no le dio tiempo a concluir. -Los deseos se cumplen, sí -dijo, arrastrando las palabras-. Eso es lo que me parece.

Ella dejó escapar un fuerte suspiro. Lucas decidió cambiar de tema.

-No pudo recordar mi nombre, ¿verdad?

Su voz denotaba una gran diversión. Taylor no podía verle la cara, pues el interior del carruaje estaba muy oscuro, pero tenía fuertes sospechas de que estaba sonriendo.

Tal vez algún día ella encontrara también el lado humorístico de esa situación. Por el momento, no. Más aún: la horrorizaba todo lo que había ocurrido durante esa vela da. Y entre los horrores a digerir, su propio olvido ocupaba el primer puesto de la lista. En el segundo figuraba el espectáculo de William, rodando por tierra. Tenía miedo otra vez, y todo porque estaba sola con ese hombre. Cielo santo, se había casado con un perfecto desconocido.

-No suelo tener tan mala memoria -dijo- Es cierto que no pude recordar su nombre, pero fue sólo por mi nerviosismo.

-¿Cómo se le ocurrió decirles...?

Ella no le permitió terminar la pregunta. -Usted es mi esposo, le guste o no.

-Soy su tutor legal -corrigió él, pues esa frase le sonaba mucho mejor.

Ella se encogió de hombros.

-Para convertirse en mi tutor legal se ha casado conmigo; señor. Fue parte del trato, ¿recuerda?

Él suspiró.

-Recuerdo, sí. Parecía irritado. Sólo cabía pensar que las circunstancias no lo hacían muy feliz. Taylor' trató de no ofenderse. Su abuela le había dicho que él no deseaba casarse. Por eso habría sido ridículo sentirse herida en el amor propio. Caramba, si apenas conocía a ese hombre. Además, demasiado tenía con dominar', el miedo que le inspiraba ese gigante. No tenía tiempo' para otras preocupaciones.

¿Cómo podía haberlo tomado por un caballero? ¡Y pensar que había querido enseñarle a defenderse! Sintió que se ruborizaba otra vez y agradeció que el vehículo estuviera tan oscuro.

"Enfréntate al miedo", se dijo. Una mujer libre podía hacer eso, ¿no?

Carraspeó.

-Cuando usted se dirigió por primera vez a William Merritt, me impresionó la expresión de sus ojos, señor. Me inspiró...

-¿Qué le inspiré? -preguntó él, extrañado por esa inesperada timidez.

-Preocupación -barbotó ella. No se decidía a admitir que había tenido miedo-. Ya sé que usted lo golpeó porque él me había difamado, pero tuve la sensación de que usted lo detestaba desde antes. ¿Es cierto eso? -Odio a ese hijo de perra.

No se podía ser más directo. Taylor se descubrió sonriendo sin saber por qué. La preocupación la estaba volviendo tonta, sin duda.

-¿Por eso aceptó casarse conmigo? ¿Quería ajustar cuentas con su hermano por sus pecados?

-No -respondió él-. Necesitaba dinero y su abuela me hizo un ofrecimiento que no pude rechazar. Lo de ajustar cuentas fue un incentivo adicional. Con vendría que discutiéramos cómo cumplir con este acuerdo, Taylor. Hasta ahora no ha habido tiempo.

-No hay nada que discutir. Yo cumpliré con mi parte del trato; no tiene por qué preocuparse, señor. Sé que usted no deseaba casarse. Y ésa es una de las muchas razones que tuvo mi abuela para escogerlo, ¿comprende? No, no comprendía.

-¿Se me escogió porque no quería casarme? -Sí. -Ella no dio más detalles.

-Eso no tiene sentido, Taylor.

-Para mí lo tiene-argumentó ella-. Yo quería ser libre y al casarme con usted lograría ese objetivo. No quería casarme, ciertamente, pero tío Malcolm estaba al acecho para apoderarse de todo. La Señora y yo sabíamos que, en cuanto ella muriera, él me obligaría a casarme con alguien de su elección. Ahora estoy legalmente protegida contra mi tío -añadió, con un gesto de asentimiento- Porque llevo su apellido, señor. A propósito, ¿cuál es?

-Ross -respondió él-. Me llamo Lucas Ross. Taylor aún no recordaba haber oído antes ese nombre, pero no iba a admitir la verdad. De lo contrario, él la tomaría por una perfecta imbécil.

-Lucas Ross, sí, por supuesto. Ahora recuerdo -mintió descaradamente-. Es un... apellido muy norteamericano, ¿verdad?

Lucas no tenía la menor idea de lo que significaba ese comentario. Toda la situación le parecía absurda. Su flamante esposa lo exasperaba y lo divertía al mismo tiempo. ¡Por Dios, estaba casado con esa mujer! Y ahora que lo pensaba, no sabía absolutamente nada de ella, salvo que era increíblemente bonita. Y eso no tenía que importarle, desde luego que no.

-En estos tiempos no se puede obligar a una mujer a casarse contra su voluntad -comentó.

Ella dejó escapar un bufido muy poco señorial. -Eso puede ser cierto en Norteamérica, pero en Inglaterra no. Mucho menos cuando están en juego tierras, fábricas y fondos en fideicomiso. Hay otras circunstancias que usted no conoce y que no necesita conocer, señor. Baste decir que la Señora lo eligió con la seguridad de que usted cumpliría con su parte del trato y luego se iría. Una vez que lleguemos a Boston estaré perfectamente. No me diga que se está arrepintiendo, ¿o sí? Él percibió la preocupación en su voz.

-No -aseguró-, no he cambiado de idea. -Bien. -Ella lo dijo con dificultad. Lucas no sabía qué pensar de ella. Ni siquiera parecía tener edad suficiente para considerarla mujer. Era tan joven, parecía tan inocente... Él tenía la responsabilidad de llevarla a Boston sana y salva, entregarla a sus asesores legales y dejarla allí. El plan le parecía perfecto.

-¿Tiene allá a alguien, aparte de sus asesores legales, que puedan cuidar de usted?

-¿Cuidar de mí? Soy perfectamente capaz de cuidar de mí misma, señor Ross.

Parecía ofendida. Lucas sonrió. Obviamente, esa pregunta mal expresada la había herido en su orgullo. Pero no se percibía ni una pizca de miedo en su indignada reacción. Él archivó esa información para usos futuros: Taylor se olvidaba del miedo cuando se enfadaba. Y tenía miedo, sí, miedo de él. Desde el momento en que lo vio caminar hacia ella, en el salón de baile, había quedado tan asustada como un conejo en la trampa. Sin embargo, ¿no expresaba también cierto alivio? Eso no tenía sentido. ¿Cómo se podía sentir miedo y alivio al mismo tiempo?

-Mi intención era preguntarle si tenía parientes que vivieran en Boston -aclaró él.

-Tengo, sí -respondió ella. Omitió deliberadamente el dato de que las parientas en cuestión tenían sólo dos años. Él no tenía necesidad de conocer ese detalle. -Bien.

Parecía aliviado. Ella trató de no irritarse. -¿Acaso las mujeres de Norteamérica necesitan que las cuiden como a niños?

-Algunas sí -supuso él.

-Pues yo no -anunció ella-. Me basto sola. De cualquier modo, aparte de los familiares y los asesores financieros que me esperan, hay también varios banqueros deseosos de facilitarme la adaptación a la sociedad bostoniana. Estoy segura de que alguien me ha buscado ya un alojamiento adecuado. ¿Dónde vive usted, señor? -No me diga señor. Me llamo Lucas.

-Yo me llamo Taylor. -0h, Dios, él ya lo sabía-. Es decir: tiene usted mi permiso para llamarme Taylor. Usted tiene un rancho en algún lugar salvaje, ¿no es así?

Parecía otra vez preocupada. Lucas quería tranquilizarla, pero no lograba imaginar cómo, si ella era asustadiza como un potrillo. El viaje a Norteamérica iba a durar una eternidad si Taylor continuaba mostrándose tan tímida en su presencia.

-¿Su abuela no le dio detalles?

-No -respondió ella-. No hubo tiempo. Tengo entendido que usted la visitó en varias ocasiones antes de que ella decidiera pedirle que me desposara. ¿Me equivoco?

-No.

-Yo he vuelto de Escocia esta misma tarde. Usted estaba allí, esperando, y la Señora dijo que el sacerdote iba a llegar tarde a otro compromiso. Si yo la hubiera acosado con preguntas, no habría hecho más que ponerla nerviosa.

-¿Y por eso se casó conmigo sin saber nada de mi? -La Señora dijo que usted era aceptable -respondió Taylor-. Usted tampoco sabe mucho de mí, a menos que la Señora lo haya informado; pero en realidad no tiene importancia, ¿verdad?, pues a partir de nuestra llegada a Boston no volveremos a vernos.

-No, supongo que no -reconoció él. Entonces decidió responder a una pregunta anterior-. Tengo un rancho en una zona llamada territorio de Montana, cerca del borde del valle. Es un sitio aislado y con muy pocos pobladores, ahora que se ha acabado la fiebre del oro. La única aldea cercana tiene apenas dos calles a lo ancho y a lo largo. A usted le parecería horrible.

-¿Por qué piensa eso?

-La única vida social es la reunión del domingo, frente al almacén general, para la lectura del periódico que envían desde Rosewood. No hay fiestas ni bailes.

Allá la supervivencia es mucho más importante que la sociedad.

-¿Y eso es lo que le gusta a usted? -No hubo respuesta. -¿Cómo se llama esa ciudad?

-Redención. -A ella le pareció maravilloso. -¿Allí sería posible desaparecer? ¿Hay espacio suficiente para caminar durante un día entero sin ver a otro ser humano?

Si la pregunta le pareció extraña, Lucas no lo dijo. El carruaje se detuvo cerca de la calle que conducía a los muelles de carga. El barco que abordarían se llamaba Esmeralda; era un vapor de paletas de dos toneladas, anclado en el centro del río. Una pequeña embarcación a vapor llevaría a los pasajeros hasta la nave.

Taylor sintió súbitos deseos de iniciar el viaje cuanto antes. Era más de la una de la madrugada, pero las calles y las aceras hervían de actividad. El carruaje que los llevaba se vio impedido de avanzar más por las carretas, los vehículos del correo y los carruajes amontonados delante, descargando cartas, paquetes y pasajeros.

-¿Nuestros equipajes ya están a bordo? -preguntó ella-: ¿O tendremos que buscarlos en este desorden? -Ya están en nuestro camarote.

¿Nuestro camarote? ¿No tenemos alojamientos separados, señor?

La muchacha estaba haciendo lo posible por no volver a caer en el pánico. Lucas ya no le prestaba ninguna atención, gracias a Dios, pues ella estaba segura de haberse puesto pálida. Se sentía al borde del desmayo. ¿Ese hombre pretendería compartir su cama? Buen Dios, ella ni siquiera había tenido en cuenta esa obscena posibilidad.

Lucas abrió la portezuela y retiró la cortina; luego se volvió hacia ella.

-Su abuela, Taylor, quiso que figuráramos en los registros con una sola reserva, compartiendo el mismo camarote. ¿Se siente capaz de cubrir este último trecho caminando?

Ella se sentía capaz de echar a correr, pero asintió con la cabeza. Él se apeó del vehículo y se volvió para ayudarla. Taylor había dejado su manto atrás. Lucas alargó el brazo hacia adentro para recuperar la prenda, recogió también sus guantes, caídos en el suelo, y la ayudó a abrigarse. Taylor pareció sorprendida al ver que no tenía puestos los guantes y se apresuró a guardarlos en el bolsillo. Sabía que él se estaba mostrando sumamente considerado y eso la hizo sentir mejor. Tal vez no era tan bárbaro después de todo.

-¿Cómo pude no darme cuenta de que usted era tan alto?

Sólo tuvo conciencia de haber formulado la pregunta cuando las palabras ya estaban fuera de su boca, imposibles de retirar.

-Usted estaba de pie en la plataforma, junto a la cama de su abuela. Yo no.

Taylor apenas escuchó su explicación. Estaba muy ocupada en observarlo. El hombre tenía una sonrisa maravillosa. Y hermosos dientes blancos, que ella no pudo dejar de notar. Cielo santo, si hasta tenía un hoyuelo en la mejilla. Eso sí que era atractivo. Dejó escapar un pequeño suspiro con sus pensamientos errabundos.

Él la sorprendió mirándolo fijamente y se preguntó qué le habría atacado para ruborizarse así. ¡Qué inocente era! Parecía hipnotizada, casi aturdida. ¿Qué demonios le pasaba?

-¿En qué está pensando? -le preguntó.

-Usted es muy apuesto -barbotó ella. De inmediato se arrepintió de haber dicho la verdad, pues Lucas parecía exasperado. Sintió que le ardía la cara. Oh, Dios, cómo le habría gustado ser más mundana, más madura-. Claro que soy muy mal juez, tratándose de hombres -se apresuró a agregar-. Sin duda usted ya lo ha notado.

-¿Por qué lo dice?

Entonces fue ella la exasperada.

-Porque iba a casarme con William -le recordó. Lucas se encogió de hombros. Ella no supo cómo interpretar el gesto.

-Supongo que debería odiar a todos los hombres -agregó.

Él se echó a reír.

-Usted es demasiado joven para odiar a nadie.

-¿Y usted? ¿Qué edad tiene?

-La suficiente para odiar a todo el mundo.

El asunto estaba cerrado. Lucas la tomó de la mano y echó a andar. Ella tuvo que correr para seguirle el paso. Por suerte, cerca de la esquina la multitud estaba arracimada y eso los obligó a aminorar la marcha.

Él la tenía firmemente asida por la mano. Taylor se sintió segura. Era una sensación interesante, abrumadoramente grata, en realidad, pues hacía mucho tiempo que no se sentía segura. Las cosas parecían así mucho más luminosas.

Se abrieron paso a través del caos. El muelle ardía de luces y actividad. En el centro de la calle había carretas en las que se amontonaban los baúles y las maletas, sin que nadie las vigilara. Los vendedores agitaban sus mercancías, voceando los precios, mientras pujaban por sortear los obstáculos; había parejas abrazadas que esperaban formando fila ante la oficina de reservas. Los carteristas atravesaban la multitud como saetas; los había de ocho años y de ochenta, pero ninguno se acercó a Taylor. Lucas no lo habría permitido. Los hombres la miraban boquiabiertos, pero no la tocaban. Ella notó que varios caballeros la observaban con fijeza y pensó que su atuendo de fiesta estaba llamando la atención. Entonces usó la mano libre para cerrarse la capa, sujetando los bordes contra el pecho.

Lucas reparó en ese gesto. -¿Tiene frío, Taylor? Ella negó con la cabeza.

-Sólo trato de no llamar la atención -explicó-. Mi ropa no es la adecuada para un viaje -agregó, viendo que él continuaba mirándola.

Lucas decidió que poco importaba lo que ella vistiera: no podía cambiar su aspecto. La cabellera rizada le caía en cascada por la espalda; su color, oro puro como los tallos del trigo en la pradera, era como un faro para quien echara un vistazo casual en su dirección. Tenía estatura mediana, pero mantenía la pose erguida y regia de las princesas. También en su andar había una decidida sensualidad; Lucas lo había notado de inmediato. Y ésas eran sólo algunas de las cien razones por las que no parecía posible que ella pasara sin llamar la atención. Era realmente hermosa; cuando lo miraba a uno con esos grandes ojos azules, no había modo de desviar la mirada. Taylor podía vestirse con pantalones de mendigo y una enorme camisa de hombre, aun así atraería miradas lujuriosas.

Verla llamar de ese modo la atención le disgustaba tanto como a ella. Se sentía posesivo sin entender por qué. Eso no tenía sentido, pero la necesidad de protegerla era abrumadora. Caramba, si apenas se conocían. Sin embargo, ella le pertenecía y era su esposa. En el nombre de Dios, ¿qué pensaba hacer al respecto?

La estaba mirando con ojos fulminantes. Taylor decidió que ese hombre tenía cambios de humor tan contrarios e imprevisibles como los del clima.

-Debería haberme cambiado después del baile -anunció, a falta de algo mejor que decir.

-No habría servido de nada -dijo él.

Hablaba con acritud y mantenía un ceño feroz, pero Taylor se alegró de ver que su disgusto parecía centrarse ahora en un grupo de jóvenes apoyados en los postes de amarre. De cualquier modo, no malgastó el tiempo en teorizar sobre ese brusco cambio de humor, pues en ese momento viraron en la esquina y el *Esmeralda* apareció en la distancia. Ella quedó sin aliento. El barco era un espectáculo magnífico. La luna arrojaba un resplandor dorado sobre el poderoso navío, dando a su tamaño una apariencia mística. Contra sus flancos se estrellaba la espuma blanca del oleaje, pero la nave no parecía moverse en absoluto. En verdad, se mostraba tan sólido como una montaña y tan cordial como un predicador en la mañana del domingo.

Taylor quedó sobrecogida ante la visión y se detuvo en seco, fascinada.

-¿Verdad que es bello, señor Ross?

El tono maravillado de su voz le inspiró deseos de sonreír. Contempló el barco antes de volverse hacia ella.

-Es bello, sí ---concordó.

-Ha de pesar al menos cinco mil toneladas.

-Apenas dos -corrigió él-. Pero no estamos en la iglesia, Taylor. No hay necesidad de hablar en susurros.

Ella no se había dado cuenta de que estaba susurrando; su propia conducta la hizo reír.

-Tiene un porte majestuoso, ¿no le parece? -comentó, en voz más alta.

Lucas no quiso estropearle el entusiasmo. Había navegado en barcos más grandes e impresionantes, pero su expresión de placer hizo que se reservara esa información.

Taylor estaba resultando ser un verdadero acertijo. Provenía de una familia muy adinerada y, por lo tanto, debía de haberse criado con todos los privilegios. Sin embargo, estaba actuando como si ése fuera su primer viaje a la gran ciudad. Sin ser una muchacha campesina, se comportaba como tal.

Ella lo sorprendió mirándola.

-¿Parezco una boba, señor Ross?

-Un poquito.

-Temo que no soy muy experimentada -admitió ella, sonriendo.

-¿Es la primera vez que viaja fuera de Inglaterra?

-He ido muchas veces a Escocia, pero nunca he navegado por el océano. Estoy ansiosa por vivir esa experiencia.

-Esperemos que no se maree.

-Oh, no. Soy muy fuerte -se jactó Taylor-. Nunca me mareo.

La mirada de Lucas sugirió que no le creía. Ella decidió cambiar de tema.

-Mi abuelo Taylor navegó en el *Esmeralda* original con Andrew, su cuñado. Andrew era demasiado niño para recordar esa aventura, pero el abuelo contaba muchas cosas sobre la vida a bordo del barco y sobre su amistad con ese famoso pirata miope al que llamaban Harry el Negro. ¿Ha oído hablar de él, señor Ross? Lucas sacudió la cabeza.

-¿Saben su abuelo y su tío que usted va a embarcarse en otro *Esmeralda?*

-Se lo conté a tío Andrew y él me dio su bendición. En cuanto a abuelo Taylor, murió hace más de diez años, pero en mi corazón no dudo que lo sabe. Creo que él vela por mí. Puede reírse si quiere, señor Ross, pero creo que él es mi protector. Él no dejará que me suceda nada.

Se había casado con una chiflada. Lucas no supo qué responder a esas creencias tan tontas. Él era realista; ella, obviamente, no. Con semejante ingenuidad se haría matar en los páramos. Pero se obligó a recordar que ella no iría al Territorio de Montana, sino a Boston, un lugar civilizado, donde estaría más o menos a salvo. Aun así, a su modo de ver esa muchacha necesitaba un protector de carne y hueso, no un fantasma.

-¿Dice usted que su tío Andrew lo sabe? ¿Eso significa que él sí está vivo?

-Vivísimo -respondió ella-. Vive en Escocia. Se lo tiene por la oveja negra de la familia -agregó, con bastante orgullo en la voz-. La Señora solía preocuparse temiendo que su hermano menor influyera demasiado sobre mí.

El tráfico que circulaba por la esquina los estaba acorralando. Como era imposible ir más allá mientras no descargaran las carretas del correo, Lucas tenía una excusa para continuar con la conversación. Su flamante esposa lo tenía fascinado. Era sumamente franca con respecto a su familia y a su pasado y esa sinceridad resultaba refrescante. Por su parte, él solía poner cuidado cada vez que abría la boca. Cuanto menos supiera la gente sobre él y su familia, mejor para todos. Taylor parecía comportarse de otro modo: ella expresaba todos sus pensamientos; al menos, eso parecía.

-¿Por qué la influencia del hermano preocupaba a su abuela?

-¿Por qué? Porque es un hombre peculiar -respondió ella.

-Comprendo -dijo Lucas, a falta de mejor comentario.

-Mi tío-abuelo es un estupendo maestro, que me dio muchas lecciones valiosas.

-¿Por ejemplo?

-Me enseñó a tocar el piano con gran estilo. Él no se rió. -

-Supongo que eso va a ser muy útil en los salones de Boston.

Ese comentario parecía algo condescendiente.

-También me enseñó todo lo referido a revólveres y rifles, señor Ross. Tío Andrew es un coleccionista respetado. Si tuviera que vivir en la frontera podría cuidarme muy bien -añadió-. Él me dio una buena preparación. Como usted ve, señor, sus lecciones me dieron a un tiempo lustre y destreza práctica.

-¿Sería capaz de disparar contra un hombre? Taylor vaciló un largo minuto antes de responder. -Supongo que podría -dijo-. Depende.

-¿De qué depende? -Él no pudo contener una sonrisa. No la imaginaba con un arma en las manos, mucho menos disparándola.

Ella creyó que le estaba tomando el pelo. ¿Por qué otro motivo podía estar sonriendo? La conclusión la hizo erguir la espalda. Explicó su posición con voz llena de autoridad.

-Depende de las circunstancias. Si fuera para proteger a un ser amado, sería muy capaz de herir a alguien. No me gusta la idea, pero lo haría --agregó apresuradamente-. ¿Y usted? ¿Podría tomar la vida de otro?

Él no vaciló en su respuesta.

-Sin parpadear.

No fue lo que dijo, sino su modo -de decirlo, lo que preocupó a Taylor. Su actitud era tan despreocupada como si estuvieran hablando del clima. Eso la puso nerviosa. Sin poder contenerse, preguntó:

-¿Ha matado a alguien?

Él puso los ojos en blanco.

-Estuve en la guerra contra el Sur, Taylor. Por supuesto que he matado.

-Por obligación -comprendió ella, aliviada-. He leído mucho sobre él conflicto entre los estados. -Así que usted lleva el nombre de su abuelo. Era evidente que él prefería cambiar de tema. Taylor le dio el gusto de buena gana.

-Sí.

Lucas asintió, descartando el asunto. Luego le sujetó la mano con más fuerza y volvió a emprender la marcha, abriéndose paso a empujones por entre la multitud. Ella se esforzaba por mirar a dónde iba sin perder de vista al barco. Tropezó dos veces. Lucas sólo supo de la segunda. Entonces aminoró el paso y, cuando el gentío se tornó demasiado espeso, le rodeó los hombros con un brazo para acercarla a su costado.

Sólo cuando estuvieron a bordo del trasbordador, entre los otros pasajeros que iban hacia el *Esmeralda,* sintió Taylor con toda su potencia la magnitud de lo que iba a hacer. Podría haberse sentido aterrorizada. Generalmente reflexionaba sobre cada paso a dar hasta dejarlo gastado como las cuentas de un viejo rosario, pero esta vez no tenía un solo reparo ni lo había pensado dos veces. Cuando la Señora sugirió ese casamiento, Taylor aceptó la idea. A lo hecho, pecho.

Estaba contenta. No se sentía triste ni apesadumbrada por abandonar su patria. No miraba siquiera atrás, hacia la costa, como lo estaban haciendo algunas de las jóvenes. Una mujer se tocaba los ojos con un pañuelo. Otra lloraba sin reparos. La reacción de Taylor era la opuesta: sentía deseos de reír y apenas lograba contener su júbilo. Lo que estaba haciendo era indiscutiblemente acertado. Lucas aún la retenía con un brazo sobre sus hombros. Ella se le acercó más, tratando de obtener un poco más de su calor. Habría querido apoyarle la cabeza en el hombro. Él la hacía sentir segura; aún no podía considerarlo su esposo, pero eso no importaba, puesto que pronto iban a separarse.

Taylor pensó en las pequeñas. Pronto podría abrazarlas otra vez. Se preguntó si la reconocerían. Aún no habían empezado a gatear cuando ella las viera por última vez. Sin duda ya caminaban y hablaban; por Dios, le costaba contener su entusiasmo. Cerró los ojos y dijo una plegaria de agradecimiento, porque al fin iniciaba su camino. Luego dijo otra plegaria de expectativa por la vida nueva que iba a iniciar.

En cuanto llegara a Boston recogería a las pequeñas para llevarlas a un lugar seguro. Las escondería donde a tío Malcolm no se le ocurriera buscarlas.

En su mente surgió el destello de una idea: Redención. Caramba, cómo le gustaba ese nombre. ¿Podría ser el santuario que estaba buscando? Dejó escapar un pequeño suspiro. Redención.

3

Lady Victoria Helmit estaba haciendo una patochada de su intento de suicidio. No cabía sorprenderse, considerando que había hecho una patochada de su vida entera, tal como sus padres preveían. Oh, si la vieran ahora... Reirían de buena gana y harían un mohín de satisfacción. Esa hija caprichosa y buena para nada estaba cumpliendo con todas sus predicciones. Ni siquiera podía dejar de llorar el tiempo suficiente para afirmar el pie y trepar a la barandilla, a fin de arrojarse al océano. Victoria era todo lo que ellos decían y mucho más. Y ahora estaba demostrando que era también una cobarde.

Viendo las cosas desde afuera, cualquiera habría dicho que lo tenía todo. En lo físico, era obvio que los dioses la habían bendecido. Era llamativamente bonita, de pelo castaño muy rojizo y ojos tan brillantes y verdes como la hierba de primavera. Había heredado esos rasgos de su familia materna: la abuela Aisley provenía de Irlanda. Los pómulos altos y las facciones patricias de Victoria también le habían llegado por el lado de su madre: el abuelo había nacido y crecido en una pequeña provincia del norte de Francia. Como los familiares de la abuela no podían pronunciar siquiera el apellido de ese francés sin estallar en una ronda de enérgicas vulgaridades, y considerando que la familia del abuelo despreciaba con igual intensidad a esos irlandeses inútiles y borrachines, los mal emparejados amantes se instalaron en Inglaterra por considerarla territorio neutral.

Mientras vivieron los abuelos, Victoria gozó de todos los mimos. El abuelo se jactaba de que la niña hubiera heredado su talento para el drama y su amor por Shakespeare; la abuela proclamaba, con idéntica alegría, que tenía su temperamento vivaz y apasionado.

En cambio; Victoria nunca fue la mimada de sus padres. De lo contrario no la habrían arrojado a la calle. La hija los había avergonzado y cubierto de desgracia. Le dijeron que su mera presencia les era repugnante. También le aplicaron todos los epítetos viles que se les ocurrieron, pero lo que se le grabó en la mente, lo que sonaba una y otra vez en su memoria, era "tonta".

Y tenían razón: siempre había sido y siempre sería una tonta. Victoria reconoció la verdad con un grave y dolorido sollozo. De inmediato se contuvo para no repetirlo y miró a ambos lados, a fin de asegurarse de que todavía estaba sola. Eran más de las tres de la mañana. Los otros pasajeros del *Esmeralda* dormían profundamente y la tripulación debía de estar ocupada en otra parte.

Era ahora o nunca. El *Esmeralda* llevaba ya tres noches en alta mar. El agua no podía ser más profunda. Si iba a hacerlo, ésta era la oportunidad perfecta, puesto que estaba completamente sola.

En eso estaba equivocada. Al otro lado de la escalera estaba Lucas, observándola. No lograba imaginarse qué demonios quería hacer esa loca.

De pronto oyó otro ruido: seda rozando seda. Al volverse divisó a Taylor, que subía la escalera. La muchacha no podía verlo y él, disimulando su presencia, la observó desde las sombras. Quería saber para qué diantres salía a cubierta en medio de la noche.

Los sollozos de la otra mujer volvieron a atraer su atención: forcejeaba para arrastrar un pesado cajón por la cubierta.

Victoria estaba debilitada por el llanto y tardó una eternidad en trasladar el cajón hasta la barandilla. Sus pies parecían de plomo. Por fin subió a él y se aferró a la borda, tratando de levantar una pierna lo suficiente para saltar. Sus enaguas blancas flameaban como una bandera de rendición. Permaneció allí apenas uno o dos segundos, que le parecieron una eternidad. Ahora sollozaba sin disimulos, derrotada y llena de terror. Santo Dios, no podía. Simplemente, no podía.

Bajó del cajón y se dejó caer al suelo, llorando sin freno. ¿Qué iba a hacer? En el nombre de Dios, ¿qué iba a hacer?

-Perdóneme por entremeterme, por favor, pero me gustaría serle de utilidad, si me lo permite. ¿Se siente bien?

La pregunta le llegó en un susurro. Victoria entornó los ojos en la oscuridad, sacudiendo la cabeza con vehemencia.

Taylor se adelantó un paso, hacia la luz de la media luna. Con las manos cruzadas ante la falda, trató de actuar con toda la calma posible. No quería asustar a la joven, induciéndola a hacer algo drástico, porque a esa distancia no podría detenerla si ella trataba nuevamente de saltar desde la borda.

Vio que la mujer se enjugaba las lágrimas con el dorso de las manos y la oyó aspirar hondo varias veces, como sí tratara de recobrar parte de su compostura. Temblaba de pies a cabeza. El dolor que Taylor vio en sus ojos partía el corazón. Taylor nunca había visto a nadie tan desolado, salvo a su hermana Marian, la mañana en que puso a Taylor sobre aviso de lo que tío Malcolm podía intentar con ella.

Se obligó a bloquear esa imagen.

-¿Qué estaba tratando de hacer, por Dios? -preguntó.

-Ser o no ser.

No estaba segura de haber oído correctamente.

-¿Cómo dice usted?

-Ser o no ser-repitió Victoria, enfadada-. Eso era lo que estaba pensando.

-¿Y ahora cita a Shakespeare? -¿Estaría demente, esa mujer?

El enfado que la interrupción había provocado en Victoria desapareció tan bruscamente como había aparecido. Quedó exhausta, derrotada.

-Citar a Shakespeare me parece adecuado -susurró. Con voz vacía de toda emoción, continuó-: Ya no quiero seguir siendo, ¿comprende usted? Pero no logro reunir el valor suficiente para poner fin a mi vida. Váyase, por favor. Quiero estar sola.

-No pienso dejarla sola-arguyó Taylor-. Dígame qué puedo hacer para socorrerla.

-Ayúdeme a pasar sobre la borda.

-Deje de hablar así. -La voz de Taylor sonó más dura de lo que ella había querido. Su propia falta de disciplina le hizo sacudir la cabeza: lo que la mujer necesitaba no era un sermón, sino ayuda. Dio un paso más

-. Perdóneme por levantarle la voz. Acepte mis disculpas, por favor. No creo que usted quiera saltar, en realidad -agregó precipitadamente-. Ya ha tomado la decisión de no poner fin a su vida. Antes de que yo pudiera detenerla, usted misma bajó de la barandilla. Debo admitir que me dio un verdadero susto, cuando giré en el recodo y la vi tan precariamente encaramada allí. -Taylor se estremeció al recordarlo; se frotó los brazos para quitarse el escalofrío-. ¿Cómo se llama?

-Victoria.

Victoria. Un nombre muy bonito. -No se le ocurría nada mejor que decir. Habría querido asir a esa mujer por los hombros y sacudirla hasta hacerla pensar con algún tino. En vez de sucumbir al impulso, trató de razonar con ella-. Dígame cuál es su problema, por favor. Me gustaría ayudarla.

Al ver que Taylor daba un paso más hacia ella, Victoria apretó la espalda contra la barandilla. Parecía un animal acorralado, esperando la matanza. Tenía los ojos dilatados por el miedo y las manos cruzadas con tanta fuerza que le temblaban los brazos.

-Nadie puede ayudarme.

-Si usted no me explica cuáles son las circunstancias, no sabré si puedo ayudarla o no.

-Si usted supiera... me volvería la espalda y echaría a correr -predijo Victoria.

-Lo dudo -replicó Taylor-. Confíe en mí, por favor, y cuénteme su problema.

Victoria sepultó la cara en las manos, sollozando otra vez. Taylor no podía soportar un momento más el espectáculo de su dolor. Se adelantó corriendo hasta detenerse frente a ella y alargó la mano.

-No tiene más que aferrarse, Victoria. Yo haré el resto.

La joven la miró durante largo rato, tratando de decidirse. Por fin, justo cuando Taylor se convenció de que su ofrecimiento de amistad iba a ser rechazado, Victoria la sorprendió alargando lenta y tímidamente una mano para tomar la suya.

Taylor la ayudó a levantarse; luego le rodeó los hombros con un brazo, pensando apartarla de la barandilla. Quería poner toda la distancia posible entre el océano y la afligida mujer: hazaña poco realista, considerando que el agua las rodeaba por todas partes.

Victoria, desesperada como estaba por un poco de bondad humana y una palabra de consuelo, tierna y sin acusaciones, literalmente se arrojó en sus brazos, con lo que ambas estuvieron a punto de caer. Taylor recobró inmediatamente el equilibrio. Victoria sollozaba contra su hombro sin poder dominarse. Era tres o cuatro centímetros más alta y consolarla resultó un poco incómodo, aunque no imposible. Taylor le dio unas palmaditas tranquilizadoras, pero no intentó otra cosa. Obviamente, Victoria necesitaba llorar. A su modo de ver, el llanto bien podía ser el primer paso hacia la curación. Marian nunca lloraba; Taylor pensaba que ése podía ser uno de los muchos motivos que la llevaran a convertirse en una mujer tan rígida y quebradiza.

Los sollozos de Victoria no tardaron mucho en ponerla nerviosa. Trataba de mantenerse fría, pero descubrió que no podía permanecer impertérrita ante semejante sufrimiento; tras algunos minutos, a ella también se le empañó la vista.

Victoria pronunciaba palabras y frases incoherentes, mezcladas con varias citas de las tragedias de Shakespeare. Por fin confesó que había amado a ese hombre con todo su corazón, confiando que se casaría con ella; entonces Taylor creyó comprender el motivo de su desolación. Estaba embarazada.

Taylor se enfureció de verdad.

-¡Buen Dios! ¿Eso es todo? -exclamó-. Vas a tener un bebé, ¿no? Supuse que habrías cometido algún crimen atroz.

-Es atroz -gimió Victoria.

Taylor emitió un bufido muy poco digno de una dama.

-No -la contradijo-. Atroz sería que hubieras asesinado a ese mentiroso que se aprovechó de tu inocencia. -Hizo una pausa para suspirar-. En realidad, eso tampoco habría sido tan atroz, después de todo.

-Mi vida se ha acabado.

Taylor se obligó a dominar el genio. La pobre mujer ya debía de haber oído demasiadas acusaciones. Buscó algo positivo que decirle, pero hallarlo le llevó varios minutos.

-La vida que llevabas se acabó, sí, pero ahora comenzarás otra, simplemente. Ven, siéntate y arréglate un poco.

Victoria estaba laxa y agotada por el llanto. Taylor la condujo hasta un banco, contra el amparo adyacente a la cubierta de paseo. Su compañera se sentó allí, acomodó las faldas y luego cruzó las manos en el regazo, con la cabeza inclinada por la depresión.

Lucas; alegrándose de que el peligro inmediato hubiera pasado, se ocultó un poco más entre las sombras, para seguir observándolas sin molestar su intimidad.

Taylor estaba demasiado agitada como para sentarse. Empezó a pasearse frente a Victoria, mientras daba vueltas al problema en su mente.

-¿Todavía amas a ese hombre?

-No. -La respuesta fue enfática. Taylor asintió con la cabeza.

-Bien -anunció-. Él no lo merece. ¿Tienes en Norteamérica algún familiar que pueda alojarte?

-No. Yo no pensaba llegar hasta allá. Gasté todo mi dinero en pagar un camarote. Si he traído mis ropas es sólo porque mi padre me las arrojó a la acera.

-¿Tus padres te echaron a la calle? -Taylor estaba horrorizada.

Victoria asintió.

-Y no puedo criticarlos. Para ellos he sido una desilusión.

-Yo sí ¡os critico -adujo Taylor-. Son tus padres. Debieron haberte apoyado. Mi abuela me habría apoyado.

-La mía también, si aún viviera -aseguró Victoria.

-¿Qué me dices del hombre responsable de tu estado? ¿Sabe que vas a tener un hijo suyo?

-Sí.

-¿Y? -la azuzó Taylor, al ver que no continuaba.

-No quiere saber nada.

-¿No es un poco tarde para esa decisión? -Quería casarse con lady Margaret Kingsworth, que tiene una gran dote.

Aquello despertó la curiosidad de Taylor, pues conocía a lady Margaret. Se preguntó quién sería el tunante.

-¿Quién es el hombre que...?

Jamás diré su nombre. -Victoria pronunció su negativa casi en un grito.

Taylor se apresuró a tranquilizarla.

-No volveré a preguntártelo -prometió-. ¿Estás segura de que ya no lo amas?

-Ahora no me explico qué vi en él. Debería haber escuchado el consejo de William, que escribió: "Ama con moderación; es lo que hace al amor largo; el demasiado veloz llega tan tarde como el demasiado lento".

Por Dios, estaba citando otra vez a Shakespeare. Y llorando. Taylor trató de no perder la paciencia, pero le resultó difícil.

-Lo pasado, pisado, Victoria. No se puede deshacer lo que está hecho. Ahora debes mirar hacia el futuro.

-Creí con todo mi corazón que se casaría conmigo.

-Más de un buen ahorcamiento evita un mal casamiento -observó Taylor, devolviendo las palabras de Shakespeare a la afligida mujer.

Victoria encontró su primera sonrisa.

-La verdad es que me gustaría verlo en la horca por las mentiras que me dijo. Aun así, yo participé... voluntariamente.

-Eras ingenua y él se aprovechó. Ese hombre es una víbora.

-Yo fui igualmente responsable de mi error. Taylor no pudo sino admirar a esa joven, que aceptaba la responsabilidad de sus actos. No culpaba a nadie más, ni siquiera al cerdo que la había seducido. Estaba a punto de decirle que la admiraba cuando Victoria le preguntó quién era.

-¿Cómo te llamas? -Taylor.

-¿Taylor? ¿Usted es lady Taylor?

-¿Me has oído nombrar?

-Oh, sí, todo el mundo ha oído hablar de usted, milady.

-¿Por qué? -preguntó Taylor.

-Por la humillación... Oh, caramba, hago mal en mencionar un tema tan delicado.

Taylor dejó caer los hombros. ¿Acaso toda Inglaterra sabía de su desgracia?

-Por lo que a mí concierne, no fue una humillación: fue una bendición. -¿Cuántas veces había tenido que decir esas palabras, allá en Londres? Cien, por lo menos.

-¿Todavía lo ama? -preguntó Victoria.

-Nunca lo amé -admitió Taylor-: Ahora me doy cuenta. Me he casado con su hermano. -Hizo un gesto afirmativo al notar la sorpresa de Victoria-. A él tampoco lo amo -confesó—, pero admito que comienza a atraerme. De cualquier modo, también debe de ser un tunante, puesto que es hombre. Casi todos lo son. Pero mi esposo es honorable, eso ya lo he notado.

-Tal vez con el tiempo se enamore de él -sugirió Victoria.

Qué idea horrible, considerando que Lucas la abandonaría en cuanto llegaran a Boston.

-Tal vez -comentó en voz alta, para que Victoria creyera haber ofrecido una esperanza viable. Taylor fue a sentarse junto a su nueva amiga y, con suavidad, orientó la conversación hacia la delicada situación de Victoria.

-Esta noche has tomado una decisión importante.

-¿De veras? ¿Cuál es?

-Vivir -respondió Taylor-. El resto será fácil; te lo prometo.

Como la joven no comprendía, le dijo que se lo explicaría más tarde. Luego le preguntó qué era lo que más deseaba hacer en su vida, cuáles eran sus esperan zas y sus sueños. Si hubiera podido tener cualquier cosa que deseara, ¿cuál habría pedido?

Victoria respondió a sus preguntas, hablando durante casi dos horas. Taylor se limitó mayormente a escuchar. Analizar los miedos ayudaba a restarles importancia. Victoria admitió que lo desconocido la aterrorizaba. Y estar sola: eso era lo peor. Taylor entendía mucho más de lo que la otra pensaba. También para ella era aterrorizante verse sola... y con dos niñas bajo su responsabilidad; pero haría lo que fuera para mantener a las gemelas a salvo. Y tenía la sensación de que Victoria sería igualmente protectora con su propio bebé.

-Primero tienes que habituarte a la idea --dijo.

-¿A qué idea?

-A la de ser madre. Apuesto a que no pasará mucho tiempo sin que ames a tu bebé con todo el corazón.

-En realidad no he pensado mucho en el bebé. He estado demasiado ocupada en autocompadecerme. Taylor le dio unas palmaditas en la mano.

-Te traicionaron. Es muy natural que te autocompadezcas.

Victoria dejó escapar un fuerte bostezo y, después de disculparse por esa falta de elegancia, observó: -¡Qué viento se ha levantado! El capitán dijo que se avecinaba una tormenta.

Una súbita ráfaga barrió la cubierta. Ella comenzó a temblar. Taylor sólo reparó en lo mucho que había refrescado cuando Victoria lo mencionó. Entonces ella también se estremeció.

-Sería mejor que volviéramos a nuestros camarotes -sugirió.

-Sí -concordó Victoria, poniéndose de pie- Gracias por escucharme. Ha sido usted muy bondadosa. Taylor no supo qué responder. Los elogios la incomodaban. Había recibido tan pocos en su vida... Rara vez se la elogiaba directamente por lo que hacía. Su abuela daba por sentado que debía comportarse de cierta manera y Taylor sólo oía sus comentarios si la había desilusionado.

Como Victoria parecía estar esperando que ella dijera o hiciera algo, se limitó a un gesto afirmativo. Luego carraspeó. Con un tono directo y práctico, bastante parecido al de su abuela, dijo:

-Me gustaría que mañana nos encontráramos en la biblioteca del barco, a las dos de la tarde. En estos últimos días he notado que ese lugar suele estar desierto a esa hora. Allí tendremos toda la comodidad para formular nuestros planes.

-¿De veras?

-Eso creo.

-¿Qué planes, milady?

La pregunta la tomó por sorpresa.

-Planes para tu futuro, por supuesto -explicó- ¿0 pensabas que te volvería la espalda después de haberte dado una palmadita solidaria?

-No sabía qué pensar, milady.

-No soy tu lady; tutéame. En América los títulos no tienen ninguna importancia.

-¿Estás segura?

-Oh, sí. Lo leí en un libro, así que debe de ser verdad.

Victoria asintió con la cabeza.

-¿De veras vas a ayudarme?

-¿Cómo no?

Por Dios, estaba llorando otra vez. Taylor no quiso pasar por otra ronda de sollozos y consuelos.

-Basta, por favor -le rogó-. Te vas a agotar. ¿Cómo has podido creer que te abandonaría? Debería darte vergüenza, Victoria.

-No quiero ser una carga para ti ni...

Taylor la sujetó por un brazo para llevarla hacia la escalera.

-Claro que no quieres. Y no lo serás, te lo prometo. Tengo una costumbre horrible -confesó luego-: me empecino en creer que sé lo que le conviene a cada uno.

-No me parece nada horrible saber qué es lo que conviene a otra persona.

A otra persona no -corrigió Taylor-: a todo el mundo. Y sí que es horrible. Mi abuela dice que es mi gran defecto. Que yo no debería entremeterme y que es pura arrogancia creer que puedo cambiar la vida de los demás. Muchísima arrogancia. Así me lo ha dicho, textualmente, una y otra vez. Temo que está en lo cierto. Te doy mi palabra de no obligarte a hacer nada que tú no quieras, Victoria, pero insisto en ayudarte.

-Gracias, Taylor.

-Mañana, cuando hayas dormido bien y ya no estés tan cansada, seguiremos conversando.

-Te voy a agradecer mucho el consejo -Victoria hizo una pausa antes de continuar

-: ¿Y sabes siempre qué es lo que te conviene a ti?

Taylor encorvó los hombros.

-Eso es lo peor de mi maldito defecto -explicó-: nunca sé lo que me conviene a mí. Sólo a los demás.

Ante el desconcierto de su voz, Victoria sonrió. -Tal vez yo sepa lo que te conviene a ti.

La otra le devolvió la sonrisa.

-Tal vez. Como la escalera apenas tenía espacio para una persona, Taylor le indicó con un gesto que tomara la delantera.

-Te acompañaré hasta la puerta de tu camarote, para saber dónde buscarte.

Victoria se detuvo en el primer peldaño, con expresión solemne.

-¿Vamos a ser amigas?

Taylor no vaciló al dar su respuesta.

-Creo que ya lo somos.

El compromiso estaba asumido. Sabía perfectamente lo que estaba asumiendo, pero esa nueva responsabilidad no la acobardaba. Se encargaría de Victoria hasta que la muchacha recuperara sus fuerzas y pudiera cuidar de sí misma. Y del bebé, por supuesto; no debía olvidarse del bebé.

Los amigos deben ayudarse entre sí, por supuesto, pero en la promesa de Taylor había más que eso. Muchísimo más. Los niños, todos los niños, merecían que todos los adultos capaces los protegieran de cualquier daño. No era una regla, sino un mandamiento sagrado, a los ojos de Taylor; por eso haría todo lo necesario para la seguridad de Victoria y de su hijo...

Cualquiera fuese el precio. No había alternativa. Era su deber.

Sus nobles intenciones morirían con ella. No podría ayudar a nadie, mucho menos a sí misma. El barco se hundía sin remedio. Taylor estaba convencida de que apenas faltaban algunos minutos para que todos fueran a dormir en el fondo del océano. Habría querido arrodillarse a rezar, pidiendo perdón a su Hacedor por todos los malos pensamientos que había tenido en su vida, salvo los referidos a tío Malcolm, por supuesto. Tal vez, si se arrepentía sinceramente de haber sido tan arrogante y autoritaria, podría entrar subrepticiamente en el cielo. Pero arrodillarse era imposible simplemente, por los vientos huracanados que sacudían la embarcación de un lado a otro. Se acurrucó en un rincón de la cama, apretando los hombros contra la pared. Por mucho que se esforzara en no tener miedo, le resultaba imposible. Quizá no habría sido tan espantoso si no se encontrara en medio de la noche, con el interior del camarote tan oscuro. Taylor detestaba la oscuridad, pero no se atrevió a encender la lámpara por miedo a causar un incendio accidental. De modo que permaneció sentada en la oscuridad, con los ojos muy apretados y aferrada a una almohada, escuchando el ruido de sus baúles, que se estrellaban contra las paredes. Mientras aguardaba el fin, combatió el terror con oraciones y súplicas a su Hacedor.

¿Qué sería de sus pequeñas sobrinas? Las gemelas necesitaban una madre. No podía imaginar qué destino correrían las niñas. Y Victoria... ¿qué sería de ella si sobrevivía y Taylor no? Había prometido ayudar a su nueva amiga, pero ¿cómo podría vivir en Norteamérica sin dinero ni familia?

Oh, Dios, era tanto lo que deseaba hacer. No parecía justo morir así. Dejó escapar un fuerte sollozo y cedió a las lágrimas. Nadie, ni siquiera una jovencita autoritaria, arrogante, que creyera saberlo todo, debía morir así. Y no quería morir completamente sola. Necesitaba compañía.

Por encima de todas las cosas, necesitaba a su abuela. La puerta se abrió estruendosamente. Taylor saltó treinta centímetros en el aire. En el vano de la puerta se erguía el señor Ross, llenándolo casi por completo. Lo vio con claridad, pues a su alrededor refulgía la luz de la lámpara instalada en el pasillo.

Nunca se había sentido tan feliz de ver a alguien. En ese momento él era como un dios. O un príncipe. Estaba empapado de pies a cabeza. Tenía el pelo oscuro caído sobre la frente y la ropa pegada al cuerpo. El bulto de los músculos, en los antebrazos y los muslos, le daba un aspecto invencible. Era como un poderoso guerrero del pasado, ese gigante principesco con el que se había casado; Taylor descubrió que bastaba su presencia para serenarla. Lo imponente de su silueta, la desenvoltura de todos sus movimientos, tan elegantes pese a su gran tamaño, le resultaban cautivantes y tranquilizadores.

Lucas Ross no habría podido parecerle más atractivo si hubiera lucido los elegantes atavíos de un rey.

-Se está levantando un viento de todos los diablos. -Él hizo el comentario con voz indiferente y dio otro paso hacia adentro-. Estoy completamente empapado. -Luego se volvió para arrojar el rollo de mantas mojadas en el rincón del camarote, junto a sus mochilas, y sacudió la cabeza tal como lo hacen los perros para quitarse el agua. Las gotas volaron hacia afuera, formando un arco.

Miró a Taylor con una sonrisa. Le bastó esa mirada para ver que estaba despavorida. Las lágrimas le corrían por la cara y tenía los ojos dilatados como platos. Mantenía la vista fija en él, pero no parecía que ese terror se debiera al hecho de que él había entrado en el camarote en medio de la noche. Después de todo, como él tenía su ropa allí, iba y venía varias veces al día. No, no era el responsable de esas lágrimas. Era la tormenta lo que causaba su pánico.

Y nadie podía criticarla. En verdad él sentía el mismo miedo. Había experimentado otras tempestades, pero ninguna tan violenta como ésa. Corrían un verdadero peligro de hundimiento.

Pero no iba a compartir con Taylor su opinión sobre esas horribles circunstancias. Lo único que le faltaba era encontrarse con una histérica entre las manos. Por ese motivo se obligó a moverse con lentitud, a actuar como si tuviera todo el tiempo del mundo. Se mostró completamente despreocupado, incluso llegó al punto de silbar.

El barco se inclinó otra vez, haciendo que Taylor cambiara de posición en la cama.

-¿Prefiere usted permanecer en la oscuridad? Ella tardó un minuto entero en recuperar la voz.

-No -susurró. Se echó hacia atrás, para que él pudiera verla a la luz del pasillo-. Pero tenía miedo de incendiar el camarote si trataba de encender la lámpara.

Lucas se volvió para salir. -¿Adónde va, señor Ross?

El pánico dio a su voz un tono áspero y trémulo. No podía calmarse. Prefería disimular su miedo, para que él no la creyera cobarde. En realidad, era ridículo preocuparse por lo que ese hombre pensara de ella justo ahora, cuando faltaban sólo minutos para que ambos murieran, pero aun así trató de disimular. Él no la conocía muy bien; no era cuestión de que fuera a su tumba de agua convencido de haberse casado con una debilucha.

-Voy a buscar la lámpara del pasillo -anunció Lucas.

Cuando acabó de explicar eso estaba ya nuevamente dentro del camarote. Ella lo vio cerrar la puerta y atar la lámpara al gancho metálico que sobresalía de la pared, en el lado opuesto de la habitación. Uno de los baúles pasó deslizándose a su lado mientras la aseguraba allí. Luego el barco dio un tumbo peligroso. Taylor apretó la espalda contra la pared y clavó los talones en las sábanas, tratando de conservar el equilibrio. Aun así se vio arrojada a un lado. Lucas no se había movido; su equilibrio era impresionante. Y también su actitud, decidió ella. No parecía en absoluto preocupada por lo amenazante de la situación.

Le pareció necesario señalar lo obvio.

-Estamos en medio de un huracán, señor. Creo que vamos a naufragar en poco tiempo.

Lucas se encogió de hombros, fingiendo indiferencia, y se quitó lentamente la camisa. Luego esquivó el baúl, lo empujó hacia el rincón y se sentó en él para quitarse los zapatos.

-¿Esto no lo preocupa, señor Ross?

-Es sólo un viento fuerte, Taylor. Aún no ha llegado la temporada de los huracanes. Pasará en un par de horas.

Pronunció esa mentira sin un parpadeo. Ella lo estaba observando atentamente, alerta a la menor señal de preocupación. No encontró ninguna.

-¿No siente ningún miedo, señor Ross? -Pero no le dio tiempo a responder-: ¿Ha pasado por otras tormentas como ésta?

-Montones -mintió él.

-Bueno, pues... -El largo suspiro de la muchacha estaba lleno de alivio. Hasta se las compuso para sonreír. Ahora se sentía mucho mejor, casi a salvo. Y entonces él, inadvertidamente, arruinó su recuperación al quitarse los pantalones-. ¡Señor Ross! ¡En qué está pensando! -Protestó, casi en un grito.

Él perdió la paciencia.

-¿Quiere dejar de llamarme "señor Ross"?

Lo había exigido en tono brusco. Ella quedó estupefacta ante esa muestra de mal genio.

-Como guste -dijo, cerrando los ojos con fuerza. Lo oyó murmurar algo por lo bajo, pero no llegó a distinguir las palabras. Probablemente era una blasfemia, supuso, sin disimular su gesto ceñudo.

Lucas se quitó el resto de la ropa y se acercó a su maleta en busca de un par de pantalones limpios y secos. Normalmente dormía desnudo, pero como había estado acostándose en cubierta se veía obligado a dejarse la ropa puesta. Esa noche también tendría que usar pantalones, y todo por esa jovencita con la que lo habían cargado, tan remilgada y pacata.

"Dios me salve de las vírgenes", pensó. Lo más probable es que ella sufriera un ataque al corazón cuando se enterara de que él tenía todas las intenciones de compartir su lecho.

Pero no tenía ninguna intención de tocarla. La intimidad con su flamante esposa no haría sino complicar el acuerdo financiero. Lo último que necesitaba era una esposa, pero sabía que, si la tocaba, se sentiría moralmente obligado a seguir adelante con el matrimonio. Y habría preferido la horca. O volver a la cárcel.

Su mente se llenó de pensamientos sobre los horrores vinculados con el matrimonio. Por ese motivo no reparó en que el barco había vuelto a escorarse. El baúl se le estrelló contra el pie derecho. Murmurando una palabrota, se desprendió de sus agrios pensamientos para ponerse los pantalones.

Taylor lo observaba, hipnotizada por su físico. Como tenía la certeza de que él no se sabía observado, lo que estaba viendo apenas la hizo ruborizar.

Lucas Ross era lustroso como una pantera. Los músculos de sus hombros parecían rodar a cada movimiento. Tenía la piel bronceada, sin duda por el sol, la cintura estrecha y los hombros increíblemente anchos. Caramba, era realmente un estupendo espécimen de perfección viril. Si ella hubiera sido propensa a los vahídos, en ese momento habría sufrido uno. En su opinión, ese hombre era magnífico.

Se sorprendió deseando que él girara hacia ella, pero Lucas no le dio el gusto. Después de abotonarse los pantalones, marchó hacia el costado de la cama. Tenía el pecho cubierto por una gruesa esterilla de pelo oscuro, que se estrechaba hacia la cintura formando una V De pronto el barco dio otro tumbo. Taylor, hipnotizada por la visión de su esposo, olvidó sujetarse y salió disparada. Él la recibió en sus brazos justo cuando estaba a punto de ser arrojada al suelo.

La reacción de la muchacha lo sorprendió: reía. Lucas pidió al cielo que no se estuviera poniendo histérica.

-¿Dónde está lo divertido?

Ella se encogió de hombros. Al echarle los brazos al cuello notó que su piel era caliente. El barco volvió a sacudirse. Era la excusa que ella estaba esperando: apoyó la cabeza contra su hombro y lo estrechó con fuerza.

-No pensará usted volver a la cubierta, ¿verdad? No haría sino empaparse otra vez.

-No pienso volver a subir.

Ella no lo soltó. No pensaba dejarlo ir. La soledad la asustaba demasiado. Lucas se había convertido en su refugio contra la tempestad.

-Pero no puede dormir en el suelo -barbotó-. Los baúles lo volverían loco, volando de un lado a otro como están.

-¿Y qué me sugiere?

-Debe dormir conmigo.

Él estuvo a punto de dejarla caer. Taylor se echó hacia atrás para mirarlo. Esa mujer tenía los ojos más bonitos que él hubiera visto. ¡Y qué boca! Cualquiera podía perderse en esos ojos azules, o pensando en lo que le gustaría recibir de esos dulces labios sensuales.

-Yo dormiré bajo las mantas y usted puede hacerlo arriba -aclaró ella, precipitadamente. Su expresión la confundía. No era cuestión de pasar por descarada, sino por práctica-. Es una buena solución -aseguró-. Y muy civilizada.

Lucas la arrojó al centro de la cama. Taylor notó que tenía el camisón amontonado alrededor de las rodillas y se apresuró a estirarlo; luego se metió bajo las sábanas, mientras él la observaba, con los brazos en jarras y una expresión extraña, indefinible. La muchacha se apretó contra la pared y, después de ahuecar la almohada bajo su cabeza, cerró los ojos.

Lucas estaba demasiado exhausto como para preguntarse por qué Taylor ya no se mostraba temerosa ante él. Tenía toda la intención de aprovechar su momentánea buena suerte: se metería en la cama antes de que ella cambiara de idea. Se acercó a la lámpara para bajar la llama y, empujando un baúl para sacarlo del paso, volvió al lecho.

Ella trataba de conservar su lado, pero el bamboleo del barco se lo hacía muy difícil. No tenía suficiente peso que la asentara ni un sitio al que asirse; en cuanto Lucas se hubo tendido de espaldas, la encontró pegada a su flanco izquierdo. Ella se deshizo en disculpas y volvió a echarse hacia la pared.

Pero siempre regresaba. A cada bandazo de la nave se estrellaba contra él. Por la mañana estaría llena de magullones. Y cada vez que chocaba con él, lanzaba un gruñido gemebundo. Esos gemidos se convirtieron pronto en preludio a sus disculpas.

Era como dormir con un pez. Lucas pronto perdió la paciencia. Poniéndose de costado, le rodeó la cintura con un brazo y las piernas con un muslo, atrayéndola hacia sí.

Ella no protestó. Por el contrario, se sintió agradecida por ese anclaje. Levantó una mano para apartarle la cabeza y recogió su cabellera, que había quedado bajo el hombro de Lucas. Luego dejó caer los densos rizos al otro lado del cuello. Debería haber trenzado sus cabellos antes de acostarse, pero parecía una tarea demasiado vulgar cuando la muerte acechaba detrás de la ola siguiente. Al iniciarse la tempestad había corrido al camarote de Victoria, para asegurarse de que ella estuviera bien, y cuando llegó a su propio alojamiento apenas le era posible caminar en línea recta.

Pero todo iba a salir bien. Taylor dejó escapar un fuerte bostezo. Cosa extraña: ya no sentía pizca de miedo. El calor de su esposo la tranquilizaba; apenas tardó unos minutos en relajarse por completo.

-¿Señor Ross? Él no respondió. -¿Lucas?

-¿Sí?

Parecía mohíno. Ella fingió no haberse dado cuenta.

-¿Tiene sueño?

-Sí.

Taylor cruzó los brazos contra el pecho, con cuidado de no tocar el brazo de él.

-¿No es extraño que ninguno de los dos se haya mareado?

-Duerma, Taylor.

Pasó todo un minuto sin que ella hablara. Lucas pensó que iba a colaborar, pero se equivocaba.

-Estoy muy cansada -susurró-, pero nada soñolienta. ¿No le parece extraño?

Él no respondió.

-Tal vez pudiera conciliar el sueño si usted me diera conversación.

-¿Por qué piensa que eso la ayudaría?

-Puede que usted sea aburrido.

Lucas sonrió. Esa mujer decía cosas realmente absurdas.

-Muy bien, le hablaré hasta que se duerma. ¿Prefiere algún tema en especial?

-Háble me de Redención.

A él le sorprendió que recordara el nombre de su aldea. No se explicaba qué podía interesarle de ese desolado lugar.

-Ya le he dicho todo lo que se puede decir de Redención. A usted le parecería horrible. ¿Por qué no piensa en todas las fiestas a las que podrá asistir en Boston? Eso la hará dormir. Al menos a mí me dormiría.

Las fiestas eran lo último que interesaba a Taylor. Detestaba las reuniones formales; le bastaba pensar que nunca más asistiría a esas tertulias artificiales, pobladas por gente pomposa, testaruda y llena de prejuicios, para esbozar una sonrisa. Lucas debía de pensar que ella planeaba integrarse a la sociedad de Boston; no encontró ningún motivo para convencerlo de lo contrario. Probablemente la mayoría de las jóvenes disfrutaban con tanta frivolidad. Pero ella no era como la mayoría. Tal vez la Señora tenía razón al decir que ella era casi tan peculiar como su tío-abuelo Andrew.

-A usted no le parece que Redención es horrible, ¿verdad?

-Empiezo a pensar que sí -respondió él, con un bostezo-. Día a día crece y se va llenando de gente. Será un placer mudarme.

-¿Mudarse? ¿Por qué quiere mudarse?

-Porque no me gustan las multitudes.

-¿Sus hermanos no están allí?

-El rancho está a un día de viaje de la ciudad.

-¿Y bien?

Él dejó escapar un fuerte suspiro. Esa mujer no dejaría de importunarlo mientras no recibiera sus respuestas. Lucas rechinó los dientes, frustrado. Ella lo azuzó en el hombro con un dedo.

-¿De veras piensa abandonar a sus hermanos?

-Jordan y Douglas ya tienen suficiente ganado. Y caballos. Ya no me necesitan. Ahora debo ayudar a Kelsey, el menor; en cuanto se haya establecido, me iré. Ellos se las arreglarán perfectamente.

A Taylor le pareció que esa actitud era insensible y fría, pero se reservó la opinión para no indisponerse con él. Además, lo que buscaba no era una discusión, sino respuestas.

-¿Adónde irá usted? -preguntó.

-A cazar.

-¿A cazar qué?

-A un hombre.

Ella no esperaba esa respuesta. Había imaginado que él querría buscar oro o plata. Si bien oficialmente la fiebre había terminado, las publicaciones decían que aún se des cubrían vetas en el oeste. Pero eso de cazar a un hombre...

-¿Qué hará cuando lo encuentre?

Lucas tardó largo rato en responder. No quería decirle la verdad: que tenía toda la intención de matar a ese cretino. Con su temperamento delicado, la muchacha no parecía capaz de digerir esa idea. Por eso se limitó a decir: -Voy a terminar lo que él comenzó.

-¿Es un hombre malo?

-Sí.

Taylor reflexionó durante varios minutos. Comenzaba a notar con asombrosa claridad las diferencias entre ambos: ella huía del mal, mientras que Lucas iba a afrontarlo. ¿Era un hombre valeroso o estaba permitiendo que la venganza manejara su vida?

Decidió averiguarlo.

-¿Él fue...?

Lucas la interrumpió.

-Cuando haya terminado volveré a las montañas, donde nadie pueda acorralarme.

Ella captó la indirecta: obviamente, el señor Ross quería poner fin a la discusión. Decidió permitir que se saliera con la suya. Era una mujer paciente y podía esperar para enterarse de los detalles.

-La Señora me dijo que usted había nacido en Kentucky.

-Sí.

-¿Pero combatió a favor del Norte?

-Sí. Me mudé al Norte hace muchísimo tiempo.

-¿Antes de radicarse en el Territorio de Montana?

-Sí.

-¿Creía en la guerra?

-Creía que todos los hombres de Norteamérica tenían derecho a la libertad.

-Y todas las mujeres y todos los niños -agregó ella-. Todos deberíamos tener los mismos derechos. Que nadie pudiera ser dueño de otro, ¿no?

-Sí.

-Ha dicho que más adelante volvería a las montañas. Quiere ser completamente libre, ¿verdad? Ir a donde lo lleve el viento.

-Sí.

-¿No se sentirá solo?

-No.

-Es usted muy insociable.

Él no pudo sino sonreír. La muchacha hablaba como si le tuviera lástima.

-No me compadezca, Taylor. No quiero tener una familia.

Ella estuvo a punto de barbotar: "Demasiado tarde". Lucas ya tenía una familia, la quisiera o no. Ante todo estaban las pequeñas, que eran demasiado tiernas para defenderse solas.

-¿Y por eso volverá la espalda a... todos? -"A mí", añadió en silencio, "me darás la espalda a mí". Buen Dios, ¿qué haría si lo necesitaba? ¿Cómo podrían arreglárselas, ella, las gemelas, Victoria y su bebé?

Su ataque de pánico duró poco. Se calmó casi al instante. Se las arreglaría muy bien. Nunca en su vida había planeado contar con Lucas Ross. Era ridículo sentirse nerviosa, siquiera un poquito. Ella era una mujer independiente, con recursos propios.

Cuando tuvo noticias de la muerte de George y supo que debía ir a Boston, para hacerse cargo de sus sobrinas, pensó llevar a las niñas a alguna ciudad pequeña del oeste. Contrataría a un ama de llaves y, más adelante, conseguiría a los mejores preceptores de Norteamérica para que ellas recibieran la educación adecuada. Hasta era posible que existiera alguna escuela aceptable donde enviarlas. Las niñas tendrían todas las ventajas, pero lo más importante era que estuvieran a salvo de todo daño. Taylor quería asegurarse de que tío Malcolm no las hallara jamás.

Ahora estaba reevaluando su decisión. Todas las grandes ciudades de Norteamérica tenían acceso a los telégrafos... y a los trenes. En lugares como St. Louis o Kansas City sería fácil hallarlas. No había sitio demasiado remoto o inaccesible, si su tío decidía enviar a alguien tras ella.

Soltó un pequeño suspiro. Cuando volvió a hablar, su voz era apenas un susurro.

-¿Nunca ha sentido un miedo tan irracional que lo consumiera? -No aguardó la respuesta- Recuerdo que, cuando era pequeña, un halcón que mi padre trajo a casas me inspiraba un miedo irracional. No me bastaba que el ave estuviera enjaulada. Yo no podía entrar siquiera a ese granero. Después tampoco pude acercarme al patio. Y terminé escondiéndome en mi habitación.

A Lucas le despertó curiosidad esa reacción tan extraña.

-¿Por qué le temía tanto?

-Mi tío Malcolm me dijo que a ese halcón le gustaban los ojos azules. Aún siento escalofríos cuando me acuerdo. ¿Ha visto lo afiladas que son las garras del halcón?

-Su tío tenía un sentido del humor muy cruel.

-Él me inspiraba tanto miedo como el ave-confesó Taylor, susurrando otra vez.

-¿Y eso también era irracional?

-No. Tenía razón al temerlo. Hallar a alguien en una gran ciudad es muy fácil, ¿verdad? Ahora que todo el mundo usa el telégrafo y que los trenes llegan casi a todas partes, hallar a alguien es terriblemente fácil... si se busca. ¿No es así?

-Sí -reconoció él-. ¿Por qué lo pregunta?

No quiso decirle la verdad. Tal vez su preocupación era exagerada. Seguramente, una vez que tío Malcolm recibiera el dinero de la abuela no volvería a pensar en ella ni en las gemelas. No tenía motivos para buscarla. Sin embargo, ella sabía que las haría buscar.

-Es una tontería -dijo a Lucas.

-¿Y qué otros miedos irracionales tenía?

-Todas las noches solía echar el cerrojo a la puerta de mi cuarto, por miedo a que entrara alguien mientras yo dormía.

-Eso no me parece irracional.

-Tal vez no -concordó ella-. Pero también empujaba la pesada cómoda de roble para ponerla ante la puerta como barrera adicional.

-¿A quién temía? ¿O a qué?

-A alguien. -Cambió de tema antes de que él pudiera seguir interrogándola-. Si usted vuelve a sus montañas...

-"Cuando" vuelva, no "si" -corrigió él.

-¿Qué pasará si sus hermanos lo necesitan?

-Ellos sabrán dónde buscarme. Sólo tardarían uno o dos meses.

-Sin duda eso les parecerá muy reconfortante en caso de emergencia.

-Pueden arreglárselas perfectamente-insistió él, con terquedad.

-Yo no iría a buscarlo, desde luego.

-Eso pensé.

Taylor resopló. Él sonrió. La mujercita tenía carácter. Se esforzaba por disimularlo y no lo conseguía del todo. Lo aferraba con fuerza por el brazo, clavándole las uñas en la piel. Probablemente no se había dado cuenta de lo que estaba haciendo. Lucas se preguntó por qué se indignaba tanto en nombre de sus hermanos, como si él pensara abandonar a su familia. Esa mujer no comprendía. Había hecho un trato con sus hermanos, cuando éstos le pidieran ayuda, y su parte estaba sobradamente cumplida.

¿Qué sabía ella de su vida, si siempre la habían mimado y protegido, si nunca le había faltado nada? No podía imaginar lo que era verse encerrado en una celda de sesenta por uno veinte, sin ventanas, donde abundaban las ratas y los gritos de muerte a su alrededor. Lucas no trataría de hacerle comprender lo que sentía ni por qué. Nunca hablaba de la guerra y no pensaba hacerlo ahora. Poco le importaba lo que ella opinara de él.

De inmediato reconoció que se estaba engañando a sí mismo. Por algún motivo, lo que ella pensara de él le importaba mucho. No logró imaginar por qué; de cualquier modo, nada de eso tenía sentido. Estaba fatigado, eso era todo. La fatiga no le permitía pensar con claridad. La tormenta continuaba con la misma intensidad; no le habría sorprendido oír la campana de alarma, anunciando que los pasajeros debían abandonar el buque.

Era mejor no preocuparse por las cosas que no podía arreglar. Si el barco naufragaba, sólo cabía asir a Taylor y nadar hacia la costa más cercana o morir en el intento.

Tampoco podía solucionar la proximidad de Taylor. Era tan suave y sedosa... Y olía bien, además. A rosas. Esa piel suave y besable podía enloquecer a un hombre; en realidad, sólo deseaba ocultar la cara contra su cuello y dormirse inhalando su fragancia.

Estaba engañándose otra vez. Lo que deseaba era hacerle el amor, hundirse en ella...

-¿Saben sus hermanos que usted va a abandonarlos? Sintió gratitud por esa interrupción. Sus pensamientos estaban a punto de meterlo en problemas. No lo molestó que la pregunta fuera insultante. Ella no comprendía. Hasta ese momento él nunca había considerado que

Jordan, Douglas y Kelsey fueran su familia. Eran medio hermanos, nada más. Llevaba tanto tiempo solo que la idea de familia le resultaba completamente ajena.

-Parece indignada, Taylor -comentó, bostezando con ganas.

-Creo que estoy un poco indignada, sí -reconoció ella-. Comprendo que sus hermanos y los problemas que ellos tengan no son asunto mío, pero...

Él no le permitió terminar.

-Tiene usted razón: no son asunto suyo. Duérmase.

-¿Así que se ha terminado la conversación sobre las responsabilidades familiares? -ignoró su pregunta, dejando que el silencio fuera la única respuesta.

Sin embargo, ese extraño giro del diálogo tenía su parte favorable. En su indignación por lo que consideraba una conducta desleal por parte de Lucas, ella no tenía tiempo para seguir afligiéndose por la tormenta; mejor así. Él se sentía capaz de soportar unos cuantos insultos, sobre todo si servían para que Taylor olvidara su miedo. No quería que ella pensara en la posibilidad de ahogarse. Sabía Dios si él se estaba preocupando por los dos. Comenzaba a preguntarse cuánto más resistiría la nave antes de hacerse pedazos.

-¿Sabe nadar, Taylor?

-Sí. ¿Por qué lo pregunta?

-Por curiosidad.

-¿Y usted?

-Sí.

Pasó todo un minuto antes de que ella comprendiera el motivo oculto detrás de la pregunta.

-¿Sería usted capaz de nadar hasta Boston? -preguntó.

Nadie era capaz de eso. Aún faltaban dos días largos para llegar a puerto; tal vez más, si el barco había sido desviado de su curso por los fuertes vientos y el oleaje implacable.

-Sin duda -respondió él, sin rastro de risa en la voz. Era de esperar que la mentira la ayudara a dominar sus temores.

-¿Señor Ross?

¡Dios, cómo odiaba que lo llamara así!

-¿Qué pasa ahora?

-No soy tan crédula, ¿sabe usted?

Él sonrió en la oscuridad. Taylor bostezó ampliamente.

-Me pregunto si es posible ahogarse mientras una duerme.

-No nos ahogaremos.

-No -concordó ella-, no nos ahogaremos. Pasaron varios minutos en silencio. A Lucas le pareció que al fin se había quedado dormida. Sin poder contenerse, se -acercó un poco más a ella y posó la cabeza en el hueco de su cuello. Con los ojos cerrados, pasó largo rato tratando de bloquear sus pensamientos lascivos. La disciplina lo abandonó. ¡Debería ser capaz de dominar sus fantasías, maldición! Ella era hechicera, sí, con esos ojos mágicos y esa boca encantadora. Su erección era sólo una reacción normal y saludable. Al fin y al cabo estaba en la cama con ella y con su fino camisón blanco. En la oscuridad una mujer valía tanto como cualquier otra. Taylor no era nada especial.

Y si eso no era otra mentira, ¿qué era? Taylor no tenía nada de vulgar. Lucas apretó los dientes, obligándose a apartarse de ella. Le dio la espalda para que no rodara de un lado a otro y cerró los ojos, aplicando toda su voluntad a conciliar el sueño.

Taylor se: preguntaba en qué estaría pensando él, puesto que le había vuelto bruscamente la espalda. Probablemente estaba nervioso por la tormenta, aunque la arrogancia y el orgullo no le permitieran admitirlo. Era propio de los hombres dejar que el orgullo gobernara sus reacciones aun durante una crisis. Todos ellos eran incomprensibles. Pero prácticamente ninguno parecía tener una manera de pensar muy compleja. Al menos Lucas Ross no parecía demasiado complejo. Lo que era estaba a la vista. Parecía... auténtico. Era un poco brusco con su franqueza, ¿y acaso eso no contaba como cualidad encantadora? Algunas de sus opiniones no le gustaban. Eso de ir a las montañas, dejando que su familia se las arreglara sola, no parecía cosa de buen hermano. Pero Taylor descubrió que lo admiraba

porque había expresado sus intenciones con toda sinceridad. Lucas no parecía ser de los que tienen motivaciones ocultas. Eso era lo que más la atraía. Eso y su deseo de convertirse en montañés. No se le podía criticar ese deseo. Si ella hubiera sido hombre, si no hubiera tenido responsabilidades, habría hecho lo mismo. ¿Habría leído algo sobre Daniel Boone o Davy Crockett?

Era una lástima, en realidad. Los hombres debían tener derecho a concretar sus sueños. Y las mujeres también. Aun así, Lucas no podría vivir en las montañas completamente solo. No podría hacerlo por mucho tiempo, hasta que las pequeñas tuvieran edad y preparación suficientes para cuidar de sí mismas.

Taylor iría a Redención. Lo había decidido sin darse cuenta probablemente. En el fondo sabía que era lo correcto. Esa aldea retirada era perfecta para ella y las gemelas. Si Victoria quería acompañarla, ella la aceptaría de buen grado.

Su plan sólo tenía un defecto. Aunque la irritara admitirlo, puesto que era la hora más oscura de la noche y probablemente naufragarían antes del alba, bien podía admitir su vulnerabilidad.

Necesitaba a Lucas Ross.

4

No veía la hora de alejarse de ella. La atracción física que le inspiraba no había disminuido en todo el viaje. Durante la noche tempestuosa, cuando la tormenta parecía más amenazante, Lucas había despertado encima de Taylor, hociqueándole el costado del cuello. No tenía la menor idea de cómo había llegado hasta allí. Sólo sabía que la deseaba con una intensidad nunca antes experimentada. El sueño había debilitado sus defensas; sin duda por eso la buscó instintivamente para satisfacer su apetito. Y desearla no sólo era doloroso: le producía un miedo mortal. Gracias a Dios, había despertado a tiempo, antes de arrancarle el camisón, con lo cual habría sido ella quien se llevara un susto de muerte. Por fortuna, Taylor nunca sospechó el peligro que había corrido. Exhausta como estaba, durmió durante todo ese ataque involuntario. Sólo despertó cuando él, cobrando conciencia de lo que estaba haciendo, se apartó de ella. Y entonces no tuvo mejor idea que seguirlo al otro lado de la cama. Se acurrucó descaradamente contra él y siguió durmiendo. Esa mujer era demasiado confiada para su propio bien. Pero él era su esposo, aunque fuera sólo de nombre y por un breve período, y debía hacerla sentir segura. Su deber no era gozarla, sino protegerla.

Lucas pasó el resto del cruce oceánico batallando con su lascivia. Cuando desembarcaron en Boston se sentía ya como un ogro libertino. Sólo a fuerza de disciplina lograba no actuar como tal. Taylor había querido que continuara durmiendo en su camarote todas las noches, aun pasada la tormenta. No se lo pidió directamente, por supuesto. No: dio vueltas alrededor del asunto durante más de una hora, elaborando un argumento que a él le pareció él más ilógico de todos los que hubiera escuchado; según ella, la conclusión era que él, por su propio bien, debía continuar compartiendo amistosamente el alojamiento. Y tuvo el descaro de agregar que, en realidad, al permitírselo le hacía un favor enorme.

Según la traducción de Lucas, esa confusa disertación significaba que ella tenía miedo de estar sola, aunque fuera demasiado terca para admitirlo. Obviamente, la tormenta la había asustado. Con él se sentía a salvo; aunque eso era en cierto modo un halago, también resultaba endemoniadamente irónico, pues se habría sentido aterrorizada, de haber tenido alguna idea de lo que su compañero pensaba constantemente.

La noche más difícil fue la última que pasaron a bordo del Esmeralda. Lucas aguardó hasta asegurarse de que ella ya estaba dormida; luego entró en el camarote tan silenciosamente como pudo. Había estado durmiendo con sus mantas en el suelo. No era incómodo. En tantos años de vivir al aire libre había aprendido a dormir en cualquier parte. No, lo duro del suelo no era problema. El problema era Taylor. La encontró sentada en una silla, vestida con un camisón blanco, una bata y un par de pantuflas blancas, adornadas con ridículos lacitos de satén. Se estaba cepillando el pelo y tarareaba. Era hipnótico. Lucas pasó

un largo minuto mirándola. Ella sonrió a manera de saludo. Él reaccionó con un gesto ceñudo; luego se volvió para retirarse. Habría querido echar a correr, pero caminó.

-¿Adónde va usted? -preguntó ella, dejando apresuradamente el cepillo en un baúl para levantarse.

Él respondió sin volverse: -Arriba, a cubierta.

-No se vaya, por favor. Necesito hablarle. Lucas alargó la mano hacia el pomo de la puerta. Acuéstese a dormir, Taylor. Hablaremos mañana.

-Pero quiero que hablemos ahora.

Él rechinó los dientes, frustrado. Al parecer, no había modo de escapar de esa tortura. Tendría que mirar-la otra vez, verla cubierta por ese camisón y esa bata delgados como el papel, y fingir que nada lo afectaba.

Ya comenzaba a imaginar lo que había debajo. -¡Diablos!

-¿Decía usted?

Lucas giró hacia ella y se apoyó contra la puerta, con los brazos cruzados contra el pecho. Luego dejó escapar un suspiro tan fuerte que bien habría podido sacudir el buque.

-¿De qué desea hablar?

-De nosotros -barbotó ella.

Él enarcó una ceja. Taylor forzó una sonrisa: trataba desesperadamente de no dejarse intimidar por esa actitud gruñona. No quería discutir con él. En realidad, detestaba cualquier tipo de confrontación. Siempre había sido una pacificadora. Solía expresar su deseo de que todo el mundo se llevara bien, aunque su abuela le asegurara que eso era inalcanzable. Ahora, ya adulta, se imponía metas más accesibles; por el momento, lo único que deseaba era llevarse bien con Lucas.

-¿He hecho o dicho algo que lo molestara? -preguntó.

-No.

Trató de mantener la compostura. No quería demostrar que el tema la preocupaba.

-¿Está usted seguro?

-Estoy seguro.

No le creyó.

-Pues ha pasado la mayor parte del viaje evitándome. No hemos mantenido una sola conversación que durara más de cinco minutos, y no puedo sino preguntarme si dije algo que...

Él le cortó la frase:

-Es tarde, Taylor. Duerma, que mañana... La muchacha lo interrumpió.

-Mañana desembarcaremos. Es preciso que para entonces ya hayamos discutido nuestros planes. No quiero hablar de algo tan privado delante de extraños.

Se retorcía las manos con obvia agitación. Además, comenzaba a enrojecer. Lucas se sintió horriblemente culpable, sabiendo que la causa de ese nerviosismo era él. Y Taylor tenía razón, por supuesto: la había estado evitando; había hecho todo lo posible para poner distancia con respecto a ella. Pero no iba a explicarle por qué. Con la verdad sólo habría logrado ponerla más incómoda.

Se estaba comportando con nobleza, por primera vez según creía, y ella jamás se enteraría de eso. Se apartó de la puerta para cruzar el camarote y sentarse en la silla que Taylor terminaba de desocupar. Reclinado, con las largas piernas estiradas, la miró con fijeza. Taylor fue a sentarse en el borde de la cama, con las manos cruzadas en el regazo, sin apartar la vista de él. Estaba resuelta a obtener algunas respuestas, aunque eso demandara toda la noche. Se estaba comportando con nobleza, por primera vez según creía, pues estaba decidida a enfrentarse con Lucas Ross, aunque eso terminara en una verdadera reyerta. La mera posibilidad le revolvía el estómago.

Su bella e intocable esposa parecía angustiada, lo cual multiplicó por diez sus remordimientos. Decidió decirle una verdad a medias.

-Es cierto que la he estado evitando en lo posible -admitió. "Y ha sido una hazaña de todos los diablos", agregó para sus adentros. Al fin y al cabo se encontraban a bordo de un

barco, y el *Esmeralda* parecía haberse ido encogiendo más y más desde la partida-. Y ha sido difícil -añadió.

-¿De veras?

-Sí.

-¿Por qué?

-Verá, Taylor: prometí a su abuela que cuidaría de usted. He tratado de que usted estuviera bien y que nadie la molestara, pero al mismo tiempo intentaba mantener las distancias. Sí, ha sido más que difícil.

Ella, con aire de desconcierto, enhebró los dedos en su pelo. Lucas habría querido pedirle que dejara de hacerlo. Era provocativo, excitante. Esa mujer era una seductora, sí, y ni siquiera lo sabía. Él sintió que estaba cerca de la santidad.

-Todavía no me ha explicado por qué sentía la necesidad de evitarme -le recordó ella.

Parecía un oso tras la miel: no iba a renunciar. Lucas decidió que sólo tenía una alternativa: mentirle. -No quería que usted se apegara a mí.

Volvía a sentirse orgulloso de sí mismo, pues había mentido sin reír.

Ella lo miró con el entrecejo fruncido.

-¿Habla usted en serio o está bromeando? -No le dio tiempo a responder-. Ocurre que soy su esposa -le recordó, casi gritando.

Y la condenada volvió a enhebrar los dedos en su cabellera. Él casi pudo sentir entre los suyos esa textura sedosa, casi percibió su fragancia, casi...

Cerró los ojos para no mirarla, completamente disgustado consigo mismo: tenía menos disciplina que una cabra.

-Por favor, perdone si le he levantado la voz-rogó ella. Aspiró hondo y aflojó los hombros, obligándose a recobrar la serenidad. Nada lograría si no dominaba su mal genio. Obtener respuestas sinceras de Lucas Ross estaba resultando un verdadero desafío, irritante y enloquecedor. Ese hombre decía cosas sin ningún sentido. Pero no convenía hacérselo saber, así que decidió enfocar las cosas de otro modo: utilizaría la diplomacia.

-Sé que usted no quería casarse.

-Preferiría la horca.

Taylor debería haberse sentido insultada o, cuando menos, herida por esa actitud. Su reacción fue justamente la contraria. La sinceridad de Lucas le pareció refrescante y humorística. No llegó a reír, pero no pudo disimular una sonrisa.

Él abrió los ojos para ver cómo reaccionaba a su brusquedad. La sonrisa lo tomó por sorpresa; se descubrió devolviéndola.

-Estamos en un verdadero embrollo, ¿no?

-No estoy segura de entender lo que eso significa.

Lucas no tenía muchas ganas de explicárselo. Se inclinó hacia adelante para quitarse los zapatas. Luego, los calcetines. Finalmente se levantó, desabotonándose la camisa, y bostezó sin disimulos, para insinuar, sin mucha sutileza, que estaba cansado.

Taylor seguía sentada en el borde de la cama, observándolo sin decir palabra. Por Dios, qué hombre tan frustrante. Se preguntó si su abuela habría previsto lo terco que Lucas podía ser: decía haber investigado a fondo al señor Ross, con quien mantuvo largas discusiones. Taylor estaba segura de que él habría respondido a todas las preguntas de la Señora. Conociendo el modo de actuar de su abuela, Taylor suponía que esas entrevistas habían sido interrogatorios velados en los que, sin duda alguna, obtuvo todas las respuestas deseadas. Dejó escapar un fuerte suspiro, lamentando no haber heredado ese rasgo de la Señora. Ser un poco prepotente de vez en cuando tenía sus méritos.

Lucas, sin prestar la menor atención a su flamante esposa, se- quitó la camisa, desenrolló sus mantas, apagó la lámpara y se estiró sobre el suelo. Su cama improvisada estaba al otro lado de la habitación. Cuando iba allí a dormir ponía entre ellos toda la distancia posible. Despertar encima de Taylor había sido un peligro extremo, y no pensaba permitir que volviera a suceder.

Taylor renunció a todo intento de conversación. Se levantó para quitarse la bata y, después de esponjar las almohadas y quitar hasta la última arruga de sus cobertores, saludó:

-Buenas noches, señor Ross.

Sabía perfectamente que él detestaba oírse llamar así. Por eso lo había hecho. Estaba obviamente furiosa., Murmuraba por lo bajo y hacía todo el barullo posible con sus almohadas, sólo para hacerle saber que estaba furiosa.

Esa mujercita era transparente como el aire. Al parecer, nunca había aprendido el arte de disimular sus sentimientos. Con su belleza y su inocencia, sería presa fácil para cualquier vividor de Boston. El humor de

Lucas se agrió con rapidez. Lo amargaba imaginar Taylor con cualquier otro. ¿Qué demonios le pasaba: ¿Qué podía importarle a qué manos fuera a parar la muchacha, una vez que el matrimonio estuviera legalmente disuelto?

-¿Está durmiendo? -susurró Taylor en la oscuridad.

La falta de respuesta no la amilanó. Se limité a formular nuevamente la pregunta, en voz mucho más alta.

Él renunció a fingirse dormido. -¿Qué pasa?

Taylor se puso de costado, buscándolo en la oscuridad.

-Quería recordarle nuestro compromiso con los banqueros. En cuanto lleguemos al hotel acordaré una cita. Usted debe quedarse hasta que haya hablado con ellos.

-Así se hará.

-Quizá deba quedarse en Boston uno o dos días más._

-Lo sé.

Durante largo rato ella no dijo nada. Cuando Lucas comenzaba a pensar que se había dormido, la oyó susurrar su nombre.

-¿Qué pasa ahora?

Taylor ignoró su tono irritado.

-Usted renunció a su futuro por mí. Fue un sacrificio muy noble.

-No lo hice por nobleza, Taylor. Ella no discutió.

-¿Podría prometerme una cosa?

-Si se la prometo, ¿me dejará dormir? -Sí -aceptó ella.

-De acuerdo. ¿Qué debo prometer? -Que no se irá sin despedirse.

La preocupación de su voz era muy evidente. -Lo prometo. No me iré a ninguna parte sin despedirme.

-Gracias.

Taylor cerró los ojos para rezar sus plegarias nocturnas. Lucas cerró los ojos y trató de bloquear cualquier pensamiento libidinoso. Decidió hacer una lista con todos los motivos por los cuales no quería ser un hombre casado. En primer término, lo más importante: su libertad. No era un hombre de hogar, sino un vagabundo. Una esposa era como una soga alrededor del cuello, una complicación que no quería ni necesitaba.

Una idea súbita interrumpió su concentración. ¿Por qué decía ella que él había renunciado a su futuro? Puesto que no tenía intenciones de casarse con nadie, una vez que Taylor saliera de su vida, el elogio era inmerecido. No era por nobleza por lo que había aceptado casarse con ella, sino por dinero, para poder comprar la libertad de Kelsey.

Pero ¿cuáles eran los motivos de Taylor? Recordó con sorpresa y curiosidad que, durante la última noche pasada en Londres, ella se había quitado sus joyas para regalarlas. ¿Tan grande era su fortuna que podía reemplazar esas alhajas sin preocuparse por el coste?

Había algo equivocado en esa conclusión. En el tiempo pasado con Taylor, Lucas había descubierto unas cuantas cosas. Por el modo en que ella cuidaba su ropa, plegando cada prenda para guardarla en el baúl, era obvio que estaba habituada a atenderse sola. Tampoco había insistido en llevar consigo a una doncella. Él no le habría permitido viajar con servidores, por supuesto. Pero el caso es que ella tampoco lo pidió.

El *Esmeralda* ofrecía un servicio de ayuda de cámara. Taylor nunca lo había solicitado. También limpiaba el camarote por sí misma, sin permitir que nadie lo hiciera por ella. En una mujer rica y mimada, esa conducta resultaba contradictoria.

-¿Taylor?

-¿Sí?

-Esa última noche, en Londres, ¿por qué entregó usted su collar a esa jovencita?

"Qué extraño que él esté pensando eso", se dijo ella. Y ahogó un bostezo antes de responder:

-Para ella era un placer lucirlo.

Lucas no se conformó con esa respuesta a medias.

-Y yo sabía que ya no iba a necesitarlo más.

Él quedó ceñudo durante un minuto largo, analizando esa explicación.

-¿En Boston no se usan collares costosos? -preguntó.

-Supongo que algunas los usan.

La situación se había invertido nítidamente. A Lucas le resultó frustrante no poder obtener de ella una respuesta sincera. Pero no iba a renunciar.

-Su abuela me dijo que debía casarla para proteger la herencia de su tío.

-Sí, es verdad. ¿Qué más le dijo la Señora?

-Que cuidara de usted.

-Sé cuidarme sola.

Parecía indignada. Lucas sonrió. ¡Qué inocente, pensar que podía vérselas con el mundo y con todo el mal relacionado con él! Puso las manos tras la nuca y clavó la vista en el techo, mientras ordenaba sus pensamientos.

-Pero usted no se casó conmigo sólo por proteger su herencia, ¿verdad?

-La Señora trabajó mucho para acumular esa fortuna y no quiere verla despilfarrada. Yo pienso lo mismo.

-En ese caso, ¿por qué se desprendió de su collar? Supongo que era valioso. Eran piedras preciosas auténticas, ¿no?

-Sí.

-Explíqueme, pues...

-Ya se lo he explicado -insistió ella-. En adelante no necesitaré de esos abalorios.

Estaban nuevamente como al principio. Lucas, a regañadientes, debió admitir que Taylor era tan diestra como él cuando se trataba de dar respuestas evasivas.

-Aun así _quiero saber... Ella lo interrumpió.

-Estoy muy cansada, señor Ross. Déjeme dormir, por favor. -Y se volvió hacia la pared, haciendo oír un bostezo completamente forzado.

Era de esperar que Lucas captara la indirecta y abandonara esa actitud inquisitiva, que se durmiera. Tarde o. temprano tendría que saber lo de las pequeñas, por supuesto, pero cuanto más tarde, mejor. Por el momento, no había ningún motivo para decírselo. Ya había demostrado ser algo empecinado; si descubría que ella pensaba seguirlo a Redención, tal vez tratara de impedírselo. Taylor dejó escapar un suspiro. Se lo impediría, por supuesto, y con motivos nobles, por añadidura. Estaba convencido de que ella sólo estaría bien en los salones de Boston, tomando té y actuando como una tonta. ¿Acaso no había dicho que Redención le parecería detestable?

Taylor olvidó sus pensamientos al sentir que le estaban arrancando las mantas. Se volvió sobre la espalda, dejando escapar una pequeña exclamación de sorpresa. Lucas se erguía muy alto a su lado. Aunque el camarote estaba a oscuras, su expresión ceñuda era visible.

-¿Qué hace usted? -preguntó.

El se sentó. La muchacha trató de apartarse, pero su camisón había quedado bajo el muslo de Lucas. Mientras tironeaba para liberarlo, él le puso las manos sobre los hombros, ordenando:

-Míreme.

Su voz sonaba gruñona, llena de irritación. Taylor decidió mostrarse igualmente disgustada.

-¿Sabe usted, señor Ross, que basta una nimiedad para irritarlo?

-Quiero que me responda a una pregunta.

-De acuerdo. ¿Cuál es?

-¿Por qué se casó conmigo?

No pudo mirarlo a los ojos al responder. Centró toda su atención en el cuello de Lucas.

-Para proteger mi herencia.

-¿Y para qué más? -insistió él. La muchacha suspiró. Él era como un gato con un ovillo de lana: no abandonaría el tema mientras no hubiera logrado todas las respuestas.

-Para impedir que tío Malcolm me casara con el primer truhán que encontrara.

Lucas movió la cabeza en un gesto negativo. Había aun más. Estaba seguro.

-¿Y por qué otro motivo?

-Me casé con usted por el mayor bien. Basta. Ya le he dicho todo lo que necesita saber.

-¿Qué mayor bien?

-No es decoroso que se siente en mi cama -anunció ella, con toda la indignación que pudo-. Yo duermo bajo las mantas y usted, arriba, ¿recuerda?

-Estamos casados -le espetó él-. Todo es decoroso.

Ella abrió la boca para decir algo, pero la cerró con presteza. De su mente habían desaparecido todos los pensamientos. Levantó la vista hacia él y esperó para ver qué haría.

No le tenía miedo. En cuanto recordó ese hecho importante pudo volver a respirar.

No habría podido decir cuánto tiempo pasaron mirándose fijamente. A ella le pareció una eternidad. Lucas parecía estar decidiendo algo importante y, a juzgar por su expresión ceñuda, lo que estaba estudiando no era muy agradable.

-Usted es mi esposa, Taylor.

A ella no le gustó el cariz de aquello.

-¿Quiere decirme que desea ejercer sus... derechos maritales?

Apenas pudo pronunciar la pregunta. La sola idea la horrorizaba. Su reacción irritó a Lucas, que de pronto sintió deseos de acogotarla y besarla, todo a la vez.

De pronto percibió su error: se había acercado demasiado a ella. Sentía el calor de su piel en las manos y sólo podía pensar en tocarla. Quería sentir su sabor, devorarla. "Un beso, sólo un beso", se dijo. Con eso se conformaría.

Otra vez se estaba mintiendo a sí mismo. No quería sólo un beso. Lo quería todo.

-No, no quiero ejercer mis derechos maritales. Parecía enfadado. Taylor no pudo evitar el sentirse ofendida por su actitud: ese hombre no tenía por qué mostrarse tan horrorizado ante la perspectiva. Debería haberse sentido aliviada, por supuesto, pero no era así. Aunque no estaba dispuesta a entregarse a

Lucas Ross, quería parecerle un poco deseable, como cualquier esposa, ¿no? Taylor era lo bastante sincera como para admitirlo: deseaba que él la encontrara bonita, al menos.

En cambio él parecía asqueado por la sola idea de tocarla. Era ridículo sentirse ofendida, pero así era: estaba desolada. Era por su cansancio, sin duda; sólo el cansancio justificaba que ese rechazo la hiciera sentir tan inepta. Esa noche estaba demasiado sensible, sí, y Lucas Ross era un patán insensible.

-Algunos hombres piensan que soy atractiva. -No había sido su intención decirlo en voz alta. Dejó escapar un suspiro-. Al menos, eso creo. A usted no le gusto, ¿verdad, Lucas?

-Me gusta, sí -corrigió él.

Ella pareció no darle crédito. Por su expresión era evidente que estaba ofendida. Lucas decidió tratar de hacerle comprender su posición.

-¿Sabe por qué no quiero tocarla?

-Sí -dijo ella-, Es muy simple: usted no me desea. Cualquier imbécil podría darse cuenta.

-No he dicho que no la desee.

-Sí que lo ha dicho.

-Claro que la deseo.

Ella dilató los ojos, sorprendida. Luego sacudió la cabeza. La conversación había tomado un giro extraño. Lucas decidió poner fin a lo que había iniciado.

-Sí que la deseo, diablos -murmuró. Luego limitó la respuesta-: Pero no quiero estar casado con usted.

-No puede tenerlo todo a su medida, Lucas.

-¿Qué quiere decirme con eso?

Ella no estaba segura, pero comenzaba a sentirse mejor sabiendo que lo atraía. De pronto cayó en la cuenta de que él la había insultado veladamente.

-¿Tengo algún letrero en la frente que pida insultos? -le espetó--. ¡Francamente! Primero me insulta William Merritt, sugiriéndome que sea su querida; ahora usted, diciendo que desea... ya sabe qué, pero sin estar casado. ¿Y bien?

Lucas comprendió que debía responder a esa pregunta. Y ya que estaba, le diría que no le gustaba compartir ningún tipo de categoría con ese malnacido de Merritt. Ella lo distrajo antes de que pudiera defenderse: lo tocó. Sobre su frente había caído un mechón de peló oscuro. Eso la distraía. Sin pensar siquiera en lo que hacía, Taylor le apartó la mano de su hombro y alzó la suya para acomodarle el pelo.

-Según mi abuela, los hombres se aparearían hasta con una piedra, si fuera posible. -Esa declaración absurda hizo que Lucas volviera a prestarle toda su atención-. ¿Sabe usted porqué?

Él se ordenó no preguntar. Sin duda no le gustaría la respuesta. Pero se impuso la curiosidad.

-No, ¿por qué?

-Porque los hombres no piensan con la cabeza, sino con...

Lucas le impidió acabar la explicación tapándole la boca con una mano.

-¡Taylor, por Dios, no hable así!

-Me limitaba a repetirle lo que me explicó la Señora -susurró la muchacha, en cuanto él retiró la mano-. Es cierto, ¿no? En la mente de todo hombre, la lujuria es siempre lo primero.

-No todos los hombres son así.

-¿Y usted?

Él le clavó una mirada fulminante. Luego apoyó una mano a cada lado de su cara y se inclinó lentamente hacia adelante.

-Yo no. Quiero que comprenda algo, Taylor: usted me ha vuelto loco, pero no pienso echar raíces, por mucho que me tiente la idea.

-¿Por eso está sentado en mi cama dándome sermones, en medio de la noche? ¿Quiere hacerme entender que no piensa echar raíces? Creo que ya lo ha puesto perfectamente en claro, Lucas.

-También quería hacerle entender que conmigo no corre peligro. Aunque me atraiga, no voy a aprovecharme de las circunstancias.

-Se comportará honorablemente.

-Sí.

Ella asintió con la cabeza. Lucas se estaba sulfurando mucho. Su voz se había vuelto áspera; su expresión era dura y colérica. Decidió aliviar su preocupación.

-No quiero que se preocupe por mí -le dijo. Él negó con la cabeza.

-No me preocupo.

-Creo poder tranquilizarlo con respecto a esta atracción y lo estrecho de nuestro alojamiento.

-¿Cómo?

-Pregúnteme si quiero que me toque.

-¿Lo quiere?

-Preferiría la horca.

Lucas dio un respingo, pero sólo por un segundo; luego rompió en una ancha sonrisa. La muchacha parecía sincera, pero el chisporroteo de sus ojos revelaba que estaba bromeando. Era agradable, ese modo suyo de devolverle sus propias palabras. Se mostraba pícara y sagaz.

-¿Se burla de mí?

Ella le clavó esa mirada de ojos grandes que tanto lo embriagaba. Caramba, se estaba volviendo irresistible.

-Sí.

Él se echó a reír. Su acritud se evaporó. La miró sacudiendo la cabeza y luego se inclinó para depositar un casto beso en su frente.

A continuación le besó el puente de la nariz. La trataba como a una criatura a la que debiera arropar en la cama. Taylor no pensaba aceptar semejante cosa. De pronto, en su curiosidad por descubrir cómo sería un verdadero beso de Lucas, olvidó toda cautela. Sin po-

der contenerse, le sujetó la cara con ambas manos y se estiró para rozarlo con la boca. Fue un toque ligero como una pluma, que duró lo que un latido del corazón; a su modo de ver, resultó muy agradable, en verdad. Le gustó sentir esa piel áspera contra los dedos. Lucas necesitaba un afeitado, pero la sombra de barba le daba un aspecto muy recio.

Quedó contenta. Satisfecha su curiosidad, lo soltó y se dejó caer contra las almohadas.

Él la siguió, sujetándole la barbilla con una mano para obligarla a mirarlo.

-¿Para qué diablos ha hecho eso? Ella se apresuró a aplacarlo.

-Ha sido sólo un beso, Lucas.

-No, Taylor -dijo él, negando con la cabeza-. Esto es un beso.

Su boca descendió con fuerza hasta la de ella. La posesión fue absoluta. Ella abrió la boca para protestar, cosa que él aprovechó de inmediato. Su lengua se deslizó adentro, para acoplarse a la de Taylor. Ella quedó estupefacta. No sabía si deseaba apartarlo de un empellón o estrecharlo contra sí. Y en el nombre de Dios, ¿qué hacía esa lengua dentro de su boca? Nunca había sabido que nadie besara así. Era demasiado íntimo, demasiado abrasador. Y que Dios la protegiera, porque en verdad le gustaba. Buscó su cuello con las manos para rodearlo.

Se aferró a él, dejándose atacar suavemente. Sin embargo, no pudo mantener la pasividad por mucho tiempo: empezó a devolver el beso, a frotar su lengua contra la de él: lentamente al principio, luego con más audacia. El beso se hizo carnal. El calor que ardía entre ellos era tan excitante como la mezcla de sus olores.

Lucas parecía no cansarse de ella. A través de la fina tela del camisón, sentía sus pechos apretados contra el torso; eso lo enloqueció. La estrechó aun más, encerrándole la cabeza entre sus manos para inclinársela, a fin de que su lengua pudiera hacer una penetración más profunda. Temblaba de deseo. Ella sabía bien, sabía a dulce, y sus pequeños gemidos guturales destruyeron su autodominio. No quería detenerse nunca más. La idea lo devolvió bruscamente a la realidad, haciéndole poner fin al beso. Lograr que ella lo soltara le llevó más tiempo. Tuvo que apartarle las manos y empujarla suavemente hacia la cama. Estaba sin aliento.

Taylor sintió que no podía respirar. Lucas la había sobrecogido. Aún percibía su sabor en los labios, aún sentía el calor de su boca al devorarla. El beso se había transformado por completo en cuestión de segundos. Lucas sintió que el corazón seguía atronándolo en el pecho. La pasión tardaba en calmarse, y ella no estaba colaborando. Tenía los ojos nublados y los labios aún henchidos por el contacto. Se la veía desconcertada y demasiado tentadora, por desgracia.

-Usted es peligrosa, señora.

La frustración dio a su voz una densidad de enfado. Se levantó para recoger las botas, la camisa y las mantas y salió precipitadamente del camarote. No iba a correr más peligros. Estaba sobre ascuas, dolorido por la necesidad de plantarse sólidamente dentro de ella; puesto que no podía hacer lo que más deseaba, estaba decidido a huir.

Fue en busca de un cántaro de agua fría que vertir sobre su cabeza.

En cuanto la puerta se cerró tras él, Taylor estalló en lágrimas, temblando de pies a cabeza.

Estaba completamente avergonzada. ¿Cómo se le había ocurrido provocarlo hasta ese punto? Su pecaminosa conducta la hizo sacudir la cabeza. No podía continuar con esa atracción; sería demasiado fácil, ciertamente, perder de vista sus objetivos.

Taylor ya no confiaba en su propio juicio. ¿No se había comportado como una perfecta estúpida al creerse enamorada de William Merritt? Aunque Lucas fuera diferente, aun así era hombre y, por lo tanto, indigno de confianza en cuestiones de amor y entrega.

Por lo menos, había sido sincero con ella desde el principio. Siempre le dijo que no la quería ni la necesitaba. ¿Y cómo correspondía ella a su honestidad? Arrojándose a sus brazos.

Estaba mortificada. Cualquiera habría dicho que empezaba a comportarse como una esposa. Se justificaba que él hubiera salido huyendo.

Taylor dejó escapar un fuerte gemido y giró en la cama, cubriéndose con las mantas. Hizo votos de disculparse con Lucas a primera hora de la mañana, prometiéndole no volver a importunarlo con su curiosidad. Pocos minutos después se quedó dormida. Soñó con él.

Lucas tuvo pesadillas. Despertó bañado en un sudor frío. Aún se le adherían a la mente los restos de ese horrible sueño. Taylor estaba atrapada dentro de una cueva. Él entraba a buscarla pero, en el momento en que alargaba la mano hacia ella, las paredes y el techo se estrellaban en torno de ambos. De pronto el aire se convertía en polvo. No podían respirar, no podían moverse. Lucas estaba desesperado por sacarla de allí antes de que muriera… como los otros. En su sueño estaba mezclando dos pesadillas: una, real; la otra, imaginaria. Los otros que habían aparecido en la cueva con Taylor, como por arte de magia, eran soldados con los que él había entablado amistad, conducidos con él a una trampa mortal por su propio oficial. El mayor John Caulder vendió lo que restaba de su unidad para salvar su propio pellejo. Pero la cobardía no fue su única motivación: también había codicia. Como Judas, fue generosamente recompensado por su traición con una cantidad mucho mayor que treinta piezas de plata: Caulder, personalmente, confiscó buena parte de un gran cargamento de oro que, supuestamente, debía proteger.

Lucas fue el único que sobrevivió, y sólo porque los renegados informaron a Caulder que los nueve hombres habían muerto. Sin embargo, el mayor era dado a preocuparse. No bastaba con que a cada soldado se le hubiera metido una bala en la espalda: él quiso asegurarse de que nadie estuviera aún con vida. Debía proteger su carrera, por no hablar de su pellejo, y no deseaba que nada empañara su brillante e impecable hoja de servicios.

No, no iba a correr ningún peligro. No quería que, ya terminada la guerra, alguien pudiera olfatear la verdad. Por eso hizo lo que cualquier hombre meticuloso: enterrar las pruebas.

Lucas despertó con un grito de cólera en el fondo de la garganta. El sudor le corría por la frente y respiraba con dificultad. Su mente se despejó muy pronto, borrada la ira, pero aún pasó varios minutos caminando por la cubierta antes de que se aliviara la opresión en su pecho.

Estaba habituado a tener pesadillas sobre la guerra. Encontrar a Taylor en medio de su sueño era algo completamente distinto. ¡Cómo podía haber sucedido!

No estaba preocupado por ella. Tenía la certeza de que estaba perfectamente bien, profundamente dormida en el camarote. No obstante necesitaba ir a verla, sólo para asegurarse.

Entró sin que ella se moviera. Dormía de espaldas, con la cabellera diseminada como un halo de oro alrededor de la cabeza. Se la veía angelical, serena, apacible. Probablemente soñaba con invitaciones a tomar el té y pretendientes apuestos. Caramba, casi la envidiaba. Sus propios sueños siempre estaban llenos de demonios. El y Taylor eran perfectos opuestos en todo sentido; tal vez eso era lo que lo atraía. Ella representaba el calor y la luz del sol para quien había pasado largos años privado de ellos.

Lucas se detuvo junto a la cama y la contempló durante varios minutos. No se decidía a salir de allí. Sabía que sus antecedentes habrían repugnado a la muchacha. En el nombre de la guerra y del honor había hecho cosas indecibles, a fin de sobrevivir.

Sacudió la cabeza. No quería seguir luchando contra la tentación. El cebo de su inocencia y su pureza era demasiado potente como para volverle la espalda. Ni siquiera lo intentó. Después de quitarse las botas y los calcetines, se tendió a su lado. Ella se movió para acercarse. Lucas la rodeó con los brazos, ocultando la cara en el hueco de su cuello y cerró los ojos.

Un minuto después dormía profundamente. Dios demostró ser misericordioso. Los demonios lo dejaron en paz.

5

Las palabras sin pensamientos nunca al cielo llegan.
William Shakespeare
Hamlet

La presteza no figuraba entre las virtudes de Taylor. Lucas esperó durante más de una hora a que se reuniera con él en cubierta. Mientras tanto, tuvo tiempo de sobra para pensar en la noche anterior. ¿Cómo se le había ocurrido meterse en la cama con ella? ¿Qué debilidad lo indujo a tomarla entre sus brazos y estrecharla así? No recordaba haber dormido nunca tan profunda y pacíficamente. Era irritante. Y demasiado confuso. Dejó escapar un suspiro. Gracias a Dios, había despertado a tiempo. Se recordó a sí mismo despatarrado encima de su cuerpo dulce, cálido y suave, pero de inmediato se obligó a no pensar en el asunto. Ella no se había despertado; lo demás no tenía importancia.

Quería ponerse en marcha. Cuando, ya acabada su paciencia, estaba a punto de bajar para sacarla del buque a rastras, la vio subir apresuradamente la escalera.

Se la veía aturullada, afligida y encantadora. Lucía un vestido rosa claro, con diminutos pimpollos blancos bordados a lo largo del corpiño alto, de escote cuadrado. Ese color complementaba el de su tez; a Lucas le pareció la cosa más femenina que hubiera visto nunca.

Soltó un suspiro que se parecía mucho al gruñido de un oso y la miró con el entrecejo arrugado.

Ella respondió con una sonrisa, suponiendo que esa irritación se debía a su demora. Mientras se disculpaba por haberlo hecho esperar, no dejaba de buscar a Victoria en la cubierta. Su amiga no estaba a la vista. Como casi todos los pasajeros ya habían desembarcado, Taylor decidió que Victoria debía de estar esperándolos en el sitio donde habían depositado el equipaje. Ella había ido a su camarote, para asegurarse de que no la estuviera esperando allí, pero lo encontró vacío.

-Estoy muy deseosa de pisar tierra americana -comentó.

-Lo disimula usted bien -replicó él, tomándola del brazo, listo para partir.

Ese comentario era un obvio sarcasmo por la espera. Taylor lo ignoró y puso toda su atención en el puerto.

A primera vista, el horizonte de la ciudad hacía pensar en Londres, pero en mayor escala. Empero, casi de inmediato detectó una diferencia primordial entre las dos ciudades: Londres siempre tenía una película gris suspendida sobre sus edificios; el cielo de Boston, en cambio, era prístino; al menos, eso le pareció a ella.

No volvió a decir otra palabra a Lucas hasta que llegaron a los carros con el equipaje. Estaba tan sobrecogida por los espectáculos y los sonidos de su nueva patria que apenas podía formar un pensamiento coherente. Quería cerrar los ojos y escuchar todos esos acentos, tan diferentes entre sí, tratando de adivinar de qué país provenían. Sin embargo, todos esos idiomas extranjeros no tardaron en fundirse, de modo que renunció a su juego. A continuación, trató de mirarlo todo al mismo tiempo. Había tanto que ver y explorar, tanto...

-¿Quiere prestar atención a lo que le digo, Taylor? Por fin ella lo miró.

-¿Verdad que esto es estupendo, Lucas?

El tono maravillado de su voz lo hizo sonreír.

-¿Boston?

-América -corrigió ella. Lucas asintió con la cabeza.

Aún no conoce América -le dijo-. Pero le gustará vivir en Boston. Es muy cosmopolita y se parece mucho a Londres.

-Boston ya me gusta, pero no quiero que se parezca en absoluto a Londres.

Después de esa declaración se dedicó a observar el caos que la rodeaba. Lucas la contempló durante varios minutos, hasta que cayó en la cuenta de lo que estaba haciendo y sintió asco de sí mismo. Se estaba comportando como un granjero enamoriscado. Pero todo era culpa de ella, qué diablos.

Era una hechicera, sí. Lo provocaba deliberadamente con esa sonrisa que decía: "Ven a besarme". Esa manera de pasarse los dedos por el pelo y de echar la cabeza atrás era, decididamente, una provocación destinada a seducirlo. Hasta su manera de mirarlo, con esos mágicos ojos azules de expresión confiada, tenía la intención de capturar toda su atención.

-¿No deberíamos recoger nuestro equipaje?

La pregunta de la muchacha interrumpió sus pensamientos. Lucas volvió forzadamente su atención a lo que tenía entre manos.

-No se mueva de aquí -ordenó-. Volveré en un minuto.

Taylor apenas tuvo tiempo de asentir con la cabeza antes de que él se alejara. Retenía en la mano la contraseña del equipaje, firmemente sujeta. Lucas había reservado alojamiento en el Hamilton House, en las afueras de Boston propiamente dicho, siguiendo instrucciones explícitas de la Señora. Era uno de los mejores hoteles de Norteamérica, ciertamente equiparable al States Hotel, aunque en menor escala. Después de leer toda la información sobre ambos establecimientos, la Señora había declarado que el Hamilton House era algo más exclusivo; el States Hotel atendía a demasiados comerciantes, y ella no quería que su nieta se mezclara con lo que consideraba "vulgares trabajadores". Lucas no discutió. Depositaría a Taylor donde su abuela lo ordenara, pasaría una o dos noches más en la ciudad, según lo requirieran las entrevistas con los banqueros, y luego partiría hacia su casa.

Pocos minutos después se reunió con Taylor, acompañado por un empleado del Hamilton House. Llegó apenas a tiempo: ella estaba a punto de entregar las contraseñas del equipaje a un hombre que se le había presentado como representante del hotel, con órdenes de hacerse cargo del equipaje.

Lucas arrebató los boletos de manos del ladrón y lo puso en fuga. Taylor se horrorizó ante esa conducta, que le pareció grosera y muy poco decorosa. Al ver que el hombre a quien Lucas entregaba las contraseñas lucía un distintivo del hotel en el sombrero, a diferencia del anterior, se horrorizó de su propia credulidad.

-Nos habría robado el equipaje.

Lucas asintió con la cabeza, pero ella no iba a dejar las cosas así: recogió su falda y partió a la carrera tras el ladrón. Él la sujetó antes de que se perdiera en la multitud.

-¿Qué pretende usted hacer, por Dios? -Atrapar a ese bandido -explicó ella, casi gritando-. Es preciso que alguien avise a las autoridades. Lucas le dejó ver su exasperación. Después de anclarla a su lado, giró hacia la fila de vehículos públicos. -¿No va usted a hacer nada? -acusó ella.

-Se ha ido, Taylor. Jamás lo encontraremos en esta muchedumbre.

-Pero yo recuerdo cómo era -se jactó ella. Hablaba con tanta seriedad que Lucas no rió. -¿Qué haría si lo alcanzara?

Ella no lo había pensado. Después de reflexionar sobre el asunto durante uno o dos minutos, se encogió de hombros.

-Me agarraría a él y pediría ayuda a gritos.

Él puso los ojos en blanco. Taylor comenzaba a comprender que su plan era una estupidez, pera prefería la muerte a reconocerse tonta.

-¿Qué pasaría si él no se estuviera quieto y tranquilo mientras usted gritara, Taylor?

-Supongo que debería golpearlo.

Eso no tenía fundamentos y ambos lo sabían.

-Creo que debe comenzar a pensar en las consecuencias -aconsejó Lucas.

Ahora apenas le prestaba atención. Habían llegado a la fila de vehículos. Él se detuvo para indicar el destino al conductor.

Taylor estaba tratando de desasirse. Él sólo cayó en la cuenta al volverse para abrirle la portezuela del vehículo. -Suba.

-Todavía no podemos irnos. Estoy esperando a mi amiga. Ella tiene que venir al hotel con nosotros. Tenga usted paciencia, Lucas. Debíamos reunirnos junto al equipaje. Discúlpeme un minuto mientras voy a buscarla.

-En medio de este gentío no podrá encontrarla. Allí está -exclamó Taylor. Llamó a Victoria por su nombre, pero su amiga no la oyó. Y, como era imposible lograr que Lucas la soltara, optó por darle el encargo.

-Por favor, vaya en busca de Victoria. Lucas la soltó para volverse hacia la multitud.

-¿Cuál es Victoria? -Estaba hablando con el aire: Taylor había salido disparada en cuanto él la soltó. Murmurando un epíteto, partió tras ella, pero por ser mucho más corpulento no le era tan fácil deslizarse entre la gente. Optó por apartar a varios hombres a empujones y alcanzó a Taylor en el momento en que se detenía detrás de una pelirroja.

Vuélvete, Victoria -pidió ella.

Fue obvio que tomaba a su amiga por sorpresa, pues la muchacha dio un brinco de treinta centímetros y luego giró en redondo. Su expresión fue de profundo alivio; tenía lágrimas en los ojos.

-0h, cuánto me alegro de verte, Taylor. Supuse que me habías dejado aquí. No podía recordar dónde debíamos encontrarnos-agregó precipitadamente.

Trataba de disimular su pánico, pero en verdad se había sentido aterrorizada. Ahora estaba mareada y tenía el estómago revuelto; temió vomitar. Buen Dios, no sabía qué hacer. Habría podido llorar de alivio al comprobar que Taylor no la abandonaba, pero esa conducta era demasiado indigna.

Taylor notó lo atribulada que estaba su amiga y se apresuró a calmarla.

-Yo también me confundí -dijo- Me parecía que debíamos encontrarnos en la cubierta, donde estaban amontonando el equipaje para el desembarco. No importa. De ningún modo te habría abandonado. Además, si nos hubiéramos perdido por algún motivó, sabías el nombre del hotel y habrías podido llegar sola hasta allí.

Victoria asintió con la cabeza; la vergüenza no le permitía admitir que no tenía fondos suficientes para pagar siquiera al cochero. Habría tenido que llegar caminando al Hamilton House. Aun así Taylor tenía razón:

Victoria se consideraba lo bastante despierta como para hallar una solución; lo que lamentaba era ser tan emotiva. La última semana había sido para ella una prueba de resistencia, con tantos cambios como sufrían su vida y su cuerpo; parecía llorar de hora en hora.

-No siempre soy tan emotiva, milady -anunció. Y rompió en llanto. Taylor sacó un pañuelo de encaje de la manga y se lo entregó. Luego la tomó de la mano para hacer las presentaciones.

-Victoria es una amiga muy querida -informó a Lucas.

-¿Por qué llora?

Taylor le dedicó una mirada ceñuda por haber sacado el tema a relucir. Victoria hacía un esfuerzo valeroso por dominarse.

-Ha pasado por momentos difíciles -explicó-. Está de luto.

-¿Yo? -susurró Victoria.

-Tú, sí. -Y a Lucas-: Ha tenido la desgracia de perder a su amado esposo.

Él no hizo preguntas. Sabía perfectamente quién era la pelirroja y recordaba toda la conversación entre las dos mujeres, aquella noche en que Taylor acudió en auxilio de Victoria. Él mismo había estado a punto de arrancar a esa loca del cajón para preguntarle qué diablos le pasaba, pero al intervenir Taylor se quedó entre las sombras. Su intención no era escuchar, sino asegurarse de que ella no corriera peligro, para cumplir con su parte del trato cerrado con la abuela. Al enterarse de que Victoria estaba embarazada y sin marido se conmovió y la compadeció un poco. A la muchacha no le sería nada fácil. Su propia madre se había encontrado en esa situación.

No pudo menos que admirar a Taylor por ampararla.

-¿Piensa usted ayudar a Victoria a instalarse en Boston? -preguntó.

-Ésa es mi intención -respondió ella.

Lucas sonrió. Ella no supo cómo interpretar ese gesto y se limitó a devolverlo.

-¿No deberíamos ponernos en marcha, señor? Se están ocupando todos los vehículos.

El asintió plenamente. De pronto sentía la misma prisa por llegar a destino. Ofreciendo a Taylor la mano izquierda y a Victoria la derecha, marchó hacia los vehículos. Su paso era tan rápido que el sombrero de la pelirroja, cargado de flores, corría peligro de salir volando; ella lo sujetó con la mano.

Taylor se esforzaba por no tropezar con sus faldas.

-No estamos huyendo de ningún incendio, señor Ross -anunció.

Él aminoró el paso. Después de indicar al cochero la dirección a la que iban, abrió la portezuela y preguntó a Victoria:

-¿Su equipaje ya ha sido enviado? -Taylor tiene mis boletos -respondió ella. Parecía hablar con el suelo, pues mantenía la mira da baja. Era tan tímida que él se sorprendió

preguntándose cómo se las arreglaría para sobrevivir con la única ayuda de Taylor. Decidió llevar aparte a los banqueros para decirles una palabrita. Puesto que tenían en su banco un depósito bastante considerable, cuya inversión les producía una bonita ganancia, Lucas tenía la certeza de que tendrían sumo gusto en cuidar de ambas. Además, Taylor decía tener familiares en Boston. Sin duda uno o dos de ellos cuidarían de su esposa y de la amiga.

Su esposa. Lucas sacudió la cabeza, asombrado. Si alguien le hubiera dicho, seis meses antes, que estaba a punto de casarse, a él le habría dado un ataque de risa.

Y luego probablemente habría descargado el puño contra la cara del profeta por sugerir semejante blasfemia.

-Estamos listas, señor Ross.

Taylor le dio un codazo en el flanco para ponerlo en movimiento. También habría querido indicarle que se borrara el ceño de la cara. Le gustara o no, Victoria iría con ellos. La muchacha daba por sentado que su irritación se debía al hecho de sumar otra pasajera. Era obvio que a Lucas no le gustaba ver alterados sus planes. ¿Cómo le sentaría que le alteraran el futuro? Sin duda eso tampoco le gustaría mucho. Taylor lo sabía difícil; sólo rogaba que no fuera imposible.

Lucas se volvió hacia Victoria con una sonrisa. A ella le había parecido innecesario quitarse el sombrero para subir al carruaje. Taylor no tardó en notar que Lucas la trataba con muchísima paciencia, como si fuera una pieza de porcelana fina que podía hacerse pedazos si no se la manejaba con cuidado. ¡Pero si hasta se mostraba ridículamente gentil al ayudarla a subir! Llegó a sostenerle el sombrero mientras ella acomodaba sus faldas. Cuando Victoria estuvo perfectamente instalada, Lucas se volvió finalmente hacia Taylor y prácticamente la arrojó dentro del vehículo.

Ella quiso sentarse junto a su amiga, pero Lucas tenía otras ideas. Cuando ella acabó de incorporarse en el asiento en el que había sido arrojada, ya lo tenía instalado a su lado, arrinconándola con su corpachón. No podría ir a ninguna parte.

Lo miró con un buen ceño para hacerle saber lo que pensaba de esa prepotencia, pero bien habría podido ahorrarse la molestia, pues Lucas no le prestaba ninguna atención: estaba mirando por la ventanilla, perdido en sus pensamientos.

Victoria le llamó la atención.

-Mira, Taylor. Allí está la Cafetería de Morrison. En Londres hay una igual. -A su voz se mezclaba el entusiasmo-. Y allí está la zapatería de Tyler, tan famosa en Inglaterra.

Taylor se inclinó hacia adelante para mirar por la ventanilla.

-Aquí parece haber muchas tiendas inglesas ---comentó- Es una desilusión, ¿no?

-¿Por qué? -preguntó Lucas, atraído a la conversación por esa extraña observación.

Ella no quiso decírselo, pero prefería que nada en América le recordara a Inglaterra. Como Lucas no podía entenderlo, le dio una respuesta a medias.

-Me gustaría que todo fuera diferente.

-0h, pero casi todas las tiendas son diferentes -anunció Victoria-. Habrá que acostumbrarse, ¿no? Norteamérica parece tan grandiosa...

Taylor asintió. Trataba de prestar atención a lo que decía su amiga, pero su mente insistía en extraviarse. El entusiasmo crecía rápidamente en su interior. Apenas podía estarse quieta en el asiento. Pensaba en las pequeñas, que estaban allí, en esa ciudad maravillosa. En cuanto liquidara sus asuntos con los banqueros y Lucas partiera hacia Redención, iría en busca de las gemelas y de su niñera, la querida señora Bartlesmith. Todas tendrían que pasar por lo menos una semana en Boston, mientras Taylor contrataba el servicio necesario y compraba las ropas que las niñas necesitarían para la temporada venidera.

Le habría gustado ver inmediatamente a sus sobrinas. Si actuaba con astucia, podría hacerlo sin que Lucas se enterara de su ausencia. Sólo por una hora. Alquilaría un vehículo para estar de regreso en el hotel antes de que nadie notara su falta.

A la señora Bartlesmith la alegraría tener compañía. Taylor pensaba explicarle sus planes y ofrecerse a contratar a alguien para que la ayudara a preparar el equipaje. En su entusiasmo estiró una mano para asir la de Lucas. Él se sorprendió ante esa muestra de afecto. Al ver la expresión jubilosa de la muchacha, se descubrió sonriendo.

-Veo que Boston la atrae, Taylor -comentó.

-Parece muy bonita.

No parecía muy entusiasmada por la ciudad, pero algo la excitaba, a juzgar por su expresión. Lucas sintió curiosidad por saber qué era. Probablemente pensaba en la inminente reunión con sus familiares y amigos; tal vez se estaba preguntando dónde iba a vivir. Probablemente escogería la Colina, donde habitaban todos los ricos e influyentes. Allí estaría en su ambiente. Y le gustaría, sin duda.

Victoria no dejaba de hacer comentarios sobre la ciudad. Taylor asentía de vez en cuando, pero pronto fue evidente que estaba preocupada.

Por fin Lucas la tocó con el codo para atraer su atención.

-Dígame en qué está pensando.

-En mis parientes -respondió ella. Él sonrió.

-Eso me parecía. -¿Sí?

Ella dejó escapar un suspiro.

-También pensaba en el mayor bien. -Lucas no entendió qué significaba eso. Victoria tampoco.

-¿El mayor bien es Boston? -preguntó la amiga. Taylor negó con la cabeza. Iba a decir algo más, pero de pronto cayó en la cuenta de que estaba asida a la mano de Lucas y la soltó de inmediato.

-Perdóneme por ser tan atrevida, por favor-dijo. Él sacudió la cabeza, exasperado. Taylor se volvió nuevamente hacia la ventanilla, antes de que él pudiera responder a esa disculpa tan ridícula. Victoria, estupefacta, miró a su amiga durante unos instantes, como si esperara que ella dijera algo más. Como Taylor guardaba silencio, volvió su atención a Lucas. Él pensó darle algún tipo de explicación, pero cambió de idea.

-Se está poniendo el sol.

Fue Taylor quien hizo ese anuncio. Parecía descorazonada.

-Oscurecerá en media hora -calculó Lucas-. ¿Eso la molesta?

-Sí.

-¿Por qué?

-Tenía deseos de visitar a mis familiares -explicó ella-. Ahora tendré que esperar a mañana. -Aquí se sale por la noche -aclaró Lucas.

-Pero mis parientes estarán durmiendo.

Sin más explicaciones, la muchacha siguió mirando por la ventanilla. Lucas supuso que los familiares en cuestión serían ancianos enfermos. Sólo así se explicaba que se acostaran tan temprano.

Victoria los observaba a ambos. Habría querido preguntarles por qué se trataban con tanta formalidad, pero supuso que hacerlo era una falta de cortesía y prefirió no tocar el tema. Cubrieron en silencio el resto del trayecto y, pocos minutos después, llegaron a destino.

A primera vista, el Hamilton House fue un grave desencanto. Mientras Lucas pagaba al cochero, las muchachas observaban el enorme edificio de granito gris. Victoria susurró que parecía bastante triste. Taylor, más enfática, declaró que era feo como un demonio.

Por algún motivo, Lucas encontró divertida esa opinión. Le dijo que bajara la voz, pero acompañó la orden con una gran sonrisa. Ella no supo cómo interpretar eso. Notó que, una vez más, se mostraba muy solícito con Victoria. Pero no sintió celos, sino placer. Lucas estaba demostrando que, si se aplicaba, podía comportarse como un caballero.

Victoria estaba tardando una eternidad en ponerse el sombrero. Hicieron falta tres intentos para formar un lazo perfecto con las cintas de satén. Taylor habría querido hacerse cargo de la tarea, impaciente como estaba por continuar. Lucas, en cambio, actuaba como si tuviera todo el tiempo del mundo; se limitó a esperar, con las manos cruzadas a la espalda, a que la pelirroja terminara. Luego le ofreció el brazo. Victoria lo aceptó con una dulce sonrisa.

Habían dejado a Taylor plantada en la acera. Los siguió al interior. Puesto que Lucas cuidaba de Victoria, ella se sintió en libertad de explorar la planta baja, que estaba llena de pequeñas tiendas. En el centro mismo había otra serie de puertas dobles que conducían a la zona de recepción. Frente a la entrada había una multitud de hombres que fumaban.-Casi

todos vestían trajes de calle, aunque algunos lucían chaquetas de venado. Varios la miraron boquiabiertos, con una expresión que intranquilizó decididamente a Taylor. Con la cabeza muy erguida, cruzó presurosa la entrada, mientras el portero le sostenía la puerta.

De pronto Lucas pareció recordar que tenía esposa. Giró en redondo para asirla de la mano y la arrastró a su lado. Ella no pudo entender qué le había atacado. Estaba sonriendo a Victoria y, un segundo después, clavaba una mirada ceñuda a todos los que miraban en su dirección. Victoria parecía comprender, a juzgar por su sonrisa; Taylor pensó que su amiga iba a estallar en una carcajada, por lo mucho que parecía divertirse con la conducta de Lucas.

Decidió ignorar a su esposo hasta que superara su malhumor: Tanto ella como Victoria habían cambiado de opinión con respecto al hotel. Obviamente los propietarios habían decidido gastar su dinero dentro. Tal como Taylor susurró a su amiga, era grandioso. El suelo estaba formado por cuadrados de mármol blanco y negro; alrededor del gigantesco vestíbulo se alzaban magníficas columnas blancas. Todo relucía de limpieza. Los sofás del amplio salón estaban cubiertos con pieles de búfalo. Taylor sintió deseos de acercarse a tocarlas. Victoria la distrajo con un comentario: ¿Has notado que aquí no hay señoras?

-Lo he notado, sí.

-Hay una entrada aparte para las damas que viajan solas -explicó Lucas-. Pero ustedes pueden usar ésta, ya que yo las acompaño. Esperen junto al equipaje, mientras voy a inscribirnos y a pedir una habitación para Victoria.

Lucas subrayó su orden con un gesto ceñudo dirigido hacia Taylor. Luego se alejó.

El equipaje era fácilmente identificable. Formaba una pirámide de bultos acumulados en el centro del salón. Taylor se sintió algo abrumada por el caos que la rodeaba. Había al menos doscientos caballeros que iban y venían; otros leían los periódicos en las poltronas y había grupos numerosos conversando de pie. El ruido dificultaba la conversación.

Victoria tuvo que formular su pregunta dos veces para hacerse oír.

-¿Y si todas las habitaciones están ocupadas?

-En ese caso compartiremos la mía.

-Pero ¿y tu esposo?

-Oh, no dudo que él tiene reservada la suya.

-Pero si estáis casados.

-Sí -concordó Taylor, dándole una palmadita en la mano-. En tu estado no debes preocuparte por cosas sin importancia. Creo que deberías sentarte, te veo cansada. Vamos a probar los sillones de búfalo.

Victoria asintió. Después de pellizcarse las mejillas, tratando de disimular la fatiga con un poco de color, siguió a Taylor hasta un sofá desocupado. Se sentaron juntas. Taylor acarició la piel de animal con la punta de los dedos, sonriendo a su amiga.

-Ahora podemos presumir de haber estado sentadas en un búfalo.

Victoria le respondió con una sonrisa débil, pero cruzó las manos en el regazo, con la mirada gacha.

-Estás preocupada, ¿no?

-Sí -admitió-. No deberías haber dicho a tu esposo que yo estaba casada. Si seguimos adelante con la mentira, tarde o temprano tropezaremos con algún conocido que esté viviendo aquí...

No continuó. Inmediatamente Taylor se sintió culpable.

-Hice mal en mentir. Perdona que te haya puesto en una situación tan incómoda. Si te cuento una cosa, ¿prometes no decir una palabra delante del señor Ross?

-Sí.

-No tengo intenciones de vivir en Boston. Y tú tampoco estás obligada a quedarte aquí, Victoria. Hay por lo menos diez o doce ciudades a tener en cuenta.

La pelirroja dilató los ojos.

-Pero tu esposo mencionó que...

-Oh, él cree que voy a quedarme en Boston y es preferible que todavía no sepa la verdad.

-No comprendo. Si tú te vas, ¿él no se dará cuenta?

-Es complicado -dijo Taylor-. Mañana por la mañana, cuando estés bien descansada, nos sentaremos a conversar largo y tendido. Todo saldrá bien, te lo prometo. ¡Cielos, apenas puedo estarme quieta con el entusiasmo de estar en Boston!

Le llamó la atención una bella estatua de mármol, que medía más de dos metros y medio; representaba a un guerrero griego con un disco en la mano. Taylor se levantó y, después de asegurar a su amiga que volvería en seguida, cruzó el salón para verlo de cerca.

Un caballero tras otro intentaron dirigirle la palabra. Taylor los ignoró, pero cuando llegó a la impresionante estatua estaba ya rodeada por desconocidos deseosos de entablar conversación.

Eran todos norteamericanos; sólo por ese motivo le resultó imposible mantener su fachada altanera. En un abrir y cerrar de ojos estaba sonriendo. Los norteamericanos eran muy abiertos y cordiales, tal como ella había leído. Un caballero le dijo "qué tal" en vez de "hola", con un acento maravilloso. Taylor estaba encantada. Pronto olvidó por completo la etiqueta y se presentó, explicando que acababa de llegar de Londres; Inglaterra. Luego preguntó a cada uno dónde vivía y todos trataron de responderle al mismo tiempo. Uno de ellos vivía en el centro mismo de Boston y estaba allí por una reunión de negocios; hablaba como si se estuviera apretando la nariz. Otro residía en el valle de Ohio; dos eran de Missouri y tres de ellos, primos, vivían en el estado de Texas. Sus acentos eran absurdamente divinos.

Siguió una conversación animada. Cada uno trataba de superar a los otros con descripciones de su tierra. A Taylor le costaba dominar la risa. Eran hombres tan encantadores, de tan buen corazón... Se sentían orgullosos de su patria y, obviamente, deseaban que ella la amara también.

Con la intención de que Victoria conociera a sus nuevos amigos, estaba a punto de sugerir al grupo que la siguieran al otro lado del salón cuando la actitud de los hombres cambió súbitamente. De las risas y las bromas pasaron a poner cara de quien acaba de perder a su mejor amigo. Varios fruncieron la' frente, al punto de hacerle pensar que algo los preocupaba mucho. Los hombres que estaban directamente frente a ella habían dejado de mirarla para observar algo por encima de su cabeza. El caballero de Boston llegó al extremo de retroceder.

El silencio estaba cargado de expectativa. Taylor creyó saber qué (mejor dicho, quién) había provocado ese cambio radical. Giró lentamente para ver si la suposición era acertada.

Lo era: Lucas estaba de pie tras ella. Si bien casi esperaba verlo allí, lo que le sorprendió fue su expresión. A una mujer cualquiera se le habrían puesto los pelos de punta. ¡Caramba, qué intimidante! Se explicaba que los señores hubieran dejado de reír. Lucas parecía capaz de disparar contra dos o tres.

Hasta ella se puso algo nerviosa. Se apresuró a asegurarse que no estaba intimidada ni despavorida, desde luego, pero sí... nerviosa. Decidió tomar al toro por los cuernos. Sabía que él estaba irritado por haber tenido que buscarla entre la muchedumbre, de modo que se limitó a invertir la situación.

Con las manos cruzadas y una sonrisa pegada al rostro, dijo:

-Ah, por fin ha regresado, señor Ross. Lo esperaba para presentarlo a mis nuevos amigos.

El no iba a permitirle escaparse. Movió la cabeza en un gesto negativo.

-Recuerdo haberle dicho específicamente que esperara junto al equipaje, Taylor. Si...

Ella no iba a dejarse sermonear. Lo interrumpió con el simple recurso de tomarle la mano. Luego se volvió hacia su público para presentar a su esposo, pero el mayor de los texanos habló antes de que ella pudiera abrir la boca.

-¿Esta potranquita le pertenece? -Había dirigido su pregunta a Lucas, arrastrando tanto las palabras que pareció tardar un minuto entero en terminarla.

Taylor no supo si correspondía o no sentirse insultada. Abrió la boca para preguntar al texano si en Norteamérica se acostumbraba referirse a las mujeres como si fueran caballos, pero no llegó a hacerlo. Lucas le puso las manos en los hombros y apretó.

El mensaje era claro: debía guardar silencio. Taylor decidió, momentáneamente, actuar con sumisión. Que Dios protegiera a Lucas Ross cuando estuvieran solos, porque entonces le

haría saberlo que pensaba de él por mostrarse tan autoritario en público. Se imaginó dándole un sólido puntapié; aun sabiendo que no era capaz de algo tan poco digno de una dama, la fantasía la hizo sonreír.

-Es mi esposa -anunció Lucas, con una buena proporción de posesividad en la voz. Cosa extraña: no frunció el gesto al pronunciar la palabra "esposa". En verdad, le sonó casi agradable. Casi.

-Pero si no tiene anillo -observó otro de los texanos, mirando a Taylor con suspicacia. Actuaba como si Lucas y ella trataran de jugarle alguna mala pasada. A los ojos de Taylor, su actitud no tenía sentido.

-Con anillo o sin anillo, es la señora Ross -aseguró Lucas.

¿Ross? Bueno, bueno, ella no ha dicho que se llame Ross -señaló el primer texano.

Taylor dilató los ojos, casi riendo de su propio error.

-Lo olvidé -barbotó-. Somos recién casados -añadió deprisa. No parecían creerle. Dejando escapar un suspiro, encogió los hombros para liberarlos de Lucas y se plantó a su lado, sin apartar la vista de su público-. Caballeros, quiero presentarles a mi esposo, el señor Lucas Ross.

Lo que sucedió a continuación la sorprendió tanto que no pudo disimular su estupefacción. El mayor de los texanos miró a Lucas entornando los ojos. Luego susurró, en un tono que sólo se podía interpretar como de respeto religioso:

-¿Lucas Ross, el del Territorio de Montana? Lucas asintió rápidamente con la cabeza e hizo ademán de retroceder. Al levantar la vista, Taylor notó que su expresión había cambiado drásticamente. Ahora se lo veía desconfiado y horriblemente incómodo. Ese cambio la intrigó. Experimentó la súbita necesidad de salvarlo, aunque no lograba imaginar de qué. -¿"Ese" Lucas Ross? -preguntó el caballero del valle de Ohio, con un tartamudeo de incredulidad.

-Sí -suspiró Lucas.

Taylor ignoraba que los hombres adultos fueran dados a lanzar exclamaciones ahogadas, pero ésos lo hicieron. Desde ese momento en adelante se vio casi olvidada. Los hombres se lanzaron hacia adelante. Logró apartarse apenas a tiempo, antes de que la aplastaran contra la estatua para rodear a Lucas. Todos hablaban a la vez; querían estrecharle la mano y darle palmadas en la espalda.

Los texanos fueron los más efusivos en su admiración.

-Esto sí que es grande -repetía el mayor de los primos.

La noticia de que Lucas Ross estaba en el vestíbulo del Hamilton House corrió como reguero de pólvora. En pocos minutos, la mayoría de los caballeros presentes en el salón se habían unido al grupo de adoradores. Todo el mundo quería conocer al legendario personaje. Taylor estaba estupefacta. Oyó una y otra vez las palabras "héroe" y "leyenda". Como el caballero de Boston mencionó la guerra en sus alabanzas, supuso que Lucas se había ganado esa reputación durante la disputa entre el Norte y el Sur. Naturalmente, estaba familiarizada tanto con la causa como con el resultado de esa guerra, pues había leído cuanto cayó en sus manos sobre la división del país. Cosa extraña: no recordaba haber visto mencionado el nombre de Lucas Ross.

Pasó quince largos minutos observando a Lucas y a sus entusiastas admiradores. No perderlo de vista resultaba fácil, pues su esposo era el más alto de los presentes. Notó que él también la miraba de vez en cuando, para asegurarse de que aún estuviera allí.

La atención que concentraba no parecía hacerlo muy feliz. Tampoco le gustaba tener a nadie a sus espaldas. Taylor llegó a esa conclusión al notar que se movía lentamente hasta quedar ante la estatua de mármol. Parecía decidido a protegerse las espaldas, como todos los pistoleros famosos, según Taylor había leído en una de sus incontables novelas baratas.

Tras ese pensamiento la asaltó otro: Buen Dios, ¿sería pistolero? ¿Era así como había ganado tanta fama?' Taylor descartó la idea en cuanto surgió en su mente. No, no podía ser. Lucas era temperamental y agrio de carácter, pero nunca asesino. Sus conclusiones no se basaban solamente en el instinto. Su abuela había investigado a fondo los antecedentes del hombre y, si bien no tuvo tiempo ni voluntad de compartir esa información con su nieta,

jamás habría insistido en casarla con él si no se hubiera tratado de una persona honorable, valerosa y noble.

Además, existía el hecho indiscutido de que todos los pistoleros se pasaban la vida buscando problemas. Así lo confirmaba todo lo que ella había leído sobre Eddie el Susceptible, de Wolkum Junction. Eddie siempre quería pelear. Según los relatos, el pistolero se enorgullecía de haber matado siempre a alguien antes de transcurridos diez minutos de su llegada a una nueva ciudad. Oh sí, los pistoleros se pasaban el tiempo buscando problemas. Eddie el Susceptible era sólo un ejemplo, pero había por lo menos cien más mencionados en las novelas baratas.

Lucas, en cambio, mantenía la actitud opuesta. Prefería la soledad y los espacios abiertos Ella recordó haberle oído decir, específicamente, qué ya no le gustaba vivir en Redención, porque esa aldea de dos calles se estaba poblando demasiado. Detestaba sentirse acorralado. Al parecer, también detestaba las aglomeraciones. Así lo decía su expresión: la estaba mirando como si la considerara responsable de haberlo convertido en el centro de atención.

Ella no estaba dispuesta a aceptar la culpa. No tenía nada que ver con su leyenda, por supuesto. Si él se hubiera molestado en mencionar que era toda una celebridad, Taylor no lo habría presentado.

Si estaba incómodo era por su propia culpa. Aun así, la muchacha se sintió culpable. De un modo u otro tendría que rescatarlo. Dejando escapar un suspiro, se abrió paso por entre la multitud de hombres. Cuando llegó a donde estaba Lucas, lo tomó de la mano y, en voz bastante alta, anunció que, sino partían inmediatamente, llegarían tarde a una reunión importante.

-Una pareja en luna de miel no debe ir a reuniones -declaró uno de los texanos, con su entonación arrastrada.

-¿Son recién casados? -preguntó un caballero al que ella no había visto antes.

-¡Eso sí que es bueno! -gritó alguien, en medio de la muchedumbre.

Como Taylor ya había escuchado ese colorido e ilógico comentario, dio por sentado que se trataba de alguna expresión idiomática norteamericana y la archivó para uso futuro.

-Finalmente sucumbió -dijo otro.

A la confirmación siguió una ronda de calurosas felicitaciones y más palmadas a la espalda de Lucas, aunque un caballero de mala puntería asestó un golpe entre los omóplatos de Taylor. Su esposo la sujetó con más fuerza salvándola de caer hacia adelante. Luego clavó en el pecador una mirada ceñuda y empezó a cruzar el gentío.

Por fin los hombres los dejaron en paz. Ya estaban en la mitad del salón cuando Taylor protestó:

-Podría dejar de apretarme tanto, señor, y borrar ese ceño. La gente pensará que nuestro matrimonio no es feliz.

Lucas ignoró ambas sugerencias. Ella lo miró imitando su gesto. Había decidido dar exactamente lo que recibiera.

-Es usted un individuo muy malhumorado -anunció en voz baja, para que nadie más oyera su crítica.

-No siempre he sido así -aseguró él.

-¿Eso significa que antes era simpático?

-Sí.

Ella estuvo a punto de lanzar un bufido de incredulidad, pero se contuvo a tiempo.

-¿Cuándo? -preguntó.

-Antes de casarme. Taylor trató de no ofenderse.

-Me culpa por el caos que se ha armado ahí, ¿verdad? -No le dio tiempo a responder-. Si usted me hubiera dicho que era un personaje tan popular, jamás lo habría presentado a esos caballeros.

-¿Y qué hacía conversando con ellos?

-¿Cómo dice...?

Él soltó un suspiro.

-¿Su abuela no le enseñó, Taylor, que es peligroso hablar con desconocidos?

Había formulado la pregunta casi gruñendo.

-Yo no corría ningún peligro -anunció ella- Nadie se atrevería a atacarme en medio de este salón.

-¿Ah, no? ¿Y por qué no? -

Estaba plenamente preparado para escuchar su respuesta y aplicarle luego un buen sermón sobre su ingenuidad. Atestado como estaba el vestíbulo, cualquiera podría haberla arrastrado por la fuerza a la calle sin que nadie lo notara. ¿No conocía ella los peligros inherentes a las ciudades? Por lo visto, no. Bien, por Dios que él se los haría entender.

Taylor lo miraba con esos ojos inocentes, muy abiertos. Con el deseo de inculcarle alguna cordura, él decidió que lo mejor era darle un buen susto.

-Explíqueme por qué piensa que nadie se atrevería a atacarla ordenó, tratando de que su voz sonara directamente perversa.

Ella lo miró a los ojos.

-Porque usted no lo permitiría.

Lucas se desinfló en el acto. Esa respuesta, tan pronta y despreocupada, atravesó su frustración para llegarle al corazón mismo. Se encontró sin palabras. El cumplido lo había dejado atónito. Esa mujer era demasiado confiada. ¿Cómo podía tenerle tanta fe? Eso le impuso humildad.

-Tiene usted razón. Yo no permitiría que nadie la tocara -se oyó murmurar.

Taylor sonrió. Él le clavó una mirada fulminante. Y de pronto sintió el abrumador impulso de besarla. El comentario siguiente lo hizo cambiar de idea.

-Estoy bien informada y sé que, en este magnífico país, las mujeres pueden viajar solas sin temor a que los desconocidos las molesten.

Lucas volvió a experimentar la necesidad de imponerle un poco de sentido común.

-Taylor... comenzó, como preludio a su conferencia.

-Lo leí en un libro, de modo que debe de ser cierto. El diario de la señora Livingston sobre sus viajes por Norteamérica era muy informativo. Nunca la molestó nadie.

-Por casualidad, ¿era vieja y arrugada?

-¿Qué importancia tiene eso?

Lucas contempló esos increíbles ojos azules durante largos instantes.

-Tiene muchísima importancia -le espetó. Taylor decidió poner fin a la discusión diciendo la última palabra.

-Por favor, Lucas, deje de preocuparse. Le aseguro que no voy a ser atacada por ningún desconocido.

-¿Qué me dice de algún esposo?

6

No aman los que exhiben su amor.
William Shakespeare
Dos caballeros de Verona

El hombre tenía un raro sentido del humor. Taylor tardó un minuto en entender lo que le estaba sugiriendo. No se enfadó; sólo estaba irritada.

-No tengo ningún temor de que usted me ataque, señor Ross. ¿Debo tenerlo?

-Taylor...

Había pronunciado su nombre en tono de advertencia.

-¿Sí?

-Volveré en seguida. No se mueva de aquí. Y le apretó los hombros hasta que ella dio su asentimiento. Luego volvió al escritorio de recepción. Taylor lo vio entregar una llave a un miembro del personal, inclinándose para decirle algo. Luego giró en redondo y volvió junto a ella.

-Nos vamos a hospedar en la misma habitación. Ella dilató los ojos. El señor Ross no parecía complacido en absoluto por ese arreglo. Movió la cabeza en un gesto negativo.

-¿No ha podido conseguir habitación para usted solo?

-La he devuelto.

-¿Por qué?

-Porque usted atrajo a una multitud.

-¿Qué quiere decir con eso?

-No importa. Ahora estamos casados y ya hemos compartido la cama.

-Pero, señor Ross.

-No discuta conmigo.

La llevó de la mano hacia Victoria, siempre ceñudo. Allí soltó a Taylor para ayudar a su amiga a levantarse, sonriéndole.

-¿Vamos al piso de arriba? Allí las ayudaré a instalarse -sugirió, con voz tan agradable como una brisa de verano.

-¿Ha podido conseguir una habitación para mí? -se admiró la muchacha-. Con tantos caballeros como había en el vestíbulo, temí que todas las habitaciones estuvieran reservadas.

Por su expresión atribulada, Taylor comprendió que había estado nerviosa por el alojamiento. La hizo sentir mal pensar que su nueva amiga no habría pasado por esas preocupaciones si ella le hubiera hecho compañía para calmar sus temores. En su estado no debía preocuparse por nada. Las futuras madres necesitaban un ambiente tranquilo. Y también necesitaban descanso. La pobre Victoria parecía exhausta.

Se adelantó un paso para disculparse.

-He sido muy desconsiderada al no hacerte compañía --reconoció-. Perdona, Victoria.

-Todo estuvo bien -replicó la pelirroja, azorada por las atenciones que estaba recibiendo-. Varios caballeros quisieron hacerme compañía, pero me negué. ¿Quieres decirme qué pasaba allí? ¿A qué se debía el entusiasmo de esos hombres?

-El botones espera -anunció Lucas-. Taylor se lo explicará después, Victoria. ¿Subimos?

Su impaciencia era evidente. Mientras subían la escalera echó varias miradas hacia atrás; Taylor pensó que estaba deseoso de dejar atrás a sus admiradores.

Sus habitaciones estaban en el tercer piso. El dormitorio de Victoria se encontraba en un extremo de un largo corredor serpenteante; el de Lucas y Taylor, en el extremo opuesto. El dejó a Taylor junto a su amiga, para que la ayudara a deshacer el equipaje, y continuó con el botones hasta su propia alcoba, a fin de vigilar el traslado del equipaje. Los baúles quedarían en depósito en el sótano del hotel hasta que se retiraran.

La habitación de Victoria estaba pintada de un pálido amarillo limón que Taylor encontró muy sedante. No era grande, pero sí elegante. Los muebles estaban hechos de una oscura y brillante madera de cerezo. Taylor no resistió la tentación de deslizar los dedos por la exquisita talla del ropero. El artesano debía de haber pasado meses enteros dando forma a ese delicado diseño de hojas.

Mientras colgaba los vestidos de Victoria, su amiga se acercó a la ventana para mirar hacia afuera. -No sospechaba que Boston fuera tan sofisticada -comentó-. Es tan moderna como Londres, ¿no?

-Supongo que sí -reconoció Taylor-. Abajo hay una lavandería. Si necesitas lavar y planchar algo, el personal del hotel asegura que te lo devolverá en menos de veinticuatro horas. Mi abuela me dijo que, según los folletos, la mayoría de los buenos hoteles tienen lavanderías a vapor, de modo que los comerciantes no necesitan llevar consigo más de una camisa. ¿Y sabes por qué? La lencería se lava en una máquina que se agita. Se mueve a vapor, ¿comprendes? La ropa se escurre mediante un extraño método llamado fuerza centrífuga. Las camisas se secan por corriente de aire caliente. ¡De veras! Se puede lavar, secar y planchar en pocos minutos. ¿No te parece asombroso?

Victoria no respondió. Taylor, atareada como estaba en acomodar la ropa de su amiga, no había reparado en lo silenciosa que estaba. Ante la falta de respuesta a su comentario sobre la maravilla de las lavanderías a vapor, se volvió para mirarla. Victoria estaba sentada en el borde de la cama de dos plazas, con las manos cruzadas en el regazo y la cabeza tan gacha que el mentón casi le tocaba el pecho. Se la veía deprimida y horriblemente triste.

Taylor abandonó inmediatamente lo que estaba haciendo para acercarse a ella.

-¿Hay algo que te inquieta? -preguntó.

-No -respondió Victoria, en un patético murmullo.

Taylor frunció el entrecejo, preocupada. Algo iba muy mal, sí, y decidió averiguar qué era.

-¿Te sientes mal? -preguntó, con obvia intranquilidad.

-No.

La miró largamente. Quería que Victoria le confiara su problema sin necesidad de que ella la importunara. Las señoritas bien educadas jamás importunan. En opinión de la Señora, ése era el undécimo mandamiento.

-¿Quieres descansar antes de la cena? –

Supongo que me convendría.

-¿Tienes hambre?

-Supongo que sí.

Taylor, tratando de no perder la paciencia, se sentó en la cama junto a Victoria y cruzó las manos en la falda, esperando a que su amiga le revelara a qué se debía su aire atribulado.

Ese súbito ataque de timidez la confundía por completo. En el barco habían pasado mucho tiempo juntas; casi todas las tardes, en realidad. Mientras los viajeros más experimentados se agrupaban para fumar e intercambiar anécdotas o jugar al ajedrez y al backgamon, mientras los hombres más jóvenes y enérgicos practicaban bulliciosos deportes en cubierta para pasar el tiempo, ella y Victoria permanecían encerradas en la biblioteca de a bordo conversando sobre todos los temas conocidos por la humanidad. Resolvieron la mayor parte de los considerables problemas del mundo y unos cuantos de los propios. Victoria habló mucho de su familia, un poquito sobre el hombre que la había traicionado (aunque insistía tercamente en no .revelar su nombre) y también de sus sueños y esperanzas. Taylor nunca hablaba de sí misma, pero sí repitió a su amiga mucho de lo que había leído sobre los territorios salvajes de Norteamérica. La única esperanza que admitía albergar era conocer algún día a un verdadero montañés.

Debido a las tormentas, el viaje había llevado más tiempo del esperado. Pasaron a bordo doce días completos, y en todo ese tiempo Victoria nunca se había mostrado tímida ni reservada con ella. Taylor creía estar al tanto de todos sus secretos. La preocupaba este brusco cambio de actitud. Tal vez había un secreto más que ella necesitaba revelar.

Pasaron largos minutos en silencio. Por fin Taylor decidió que había esperado lo suficiente. Viendo a Victoria angustiada, le dio unas palmaditas en la mano, decidida a llegar al fondo del problema para ayudarla a resolverlo.

-¿Hay algo más que no me hayas dicho? ¿Algo que te tenga nerviosa?

-No.

Taylor dejó escapar un fuerte suspiro.

-Vas a obligarme, ¿verdad? -anunció, en tono dramático.

Por fin Victoria levantó la vista. Taylor notó que tenía lágrimas en los ojos.

-¿Obligarte a qué? -preguntó Victoria, intrigada por ese comentario a pesar de su angustia.

-A importunarte para que me digas qué es lo que te molesta. Victoria logró esbozar una débil sonrisa.

-Deduzco que no te gusta importunar -observó. La sonrisa había pasado a su voz.

-Me encanta -confesó Taylor-. Pero sé que no está bien. Ahora dime cuál es tu problema, por favor. Quiero ayudar.

Victoria rompió en llanto.

-El corazón apesadumbrado no soporta una lengua ágil -susurró. Taylor puso los ojos en blanco, sin que su amiga notara su exasperación. Estaba muy ocupada contemplando sus propias manos. Había vuelto a citar a Shakespeare. Al parecer, cada vez que algo la afligía se ocultaba tras las poéticas palabras del famoso dramaturgo.

-En otras palabras, te cuesta explicarme qué es lo que está mal -interpretó Taylor-. ¿Es así?

La pelirroja asintió.

-Dilo de una vez. No podremos resolver este problema hasta que lo expliques.

-No. puedo pagar este alojamiento.

-Por supuesto que no puedes -dijo Taylor-. Ya lo sé. Voy a...

Victoria la interrumpió antes de que pudiera terminar.

-Me siento como una mendiga. Allá en casa podía comprar lo que se me antojara. Mis padres tenían cuenta corriente en todos los establecimientos elegantes de Londres. Oh, Dios, soy una mendiga -gimió.

Taylor le dio más palmaditas solidarias en la mano. Luego se levantó para pasearse por la habitación. Después de analizar el problema por varios minutos, halló una solución que le pareció razonable.

-Serás mendiga sólo hasta mañana.

Ese pronóstico concentró toda la atención de Victoria, que se limpió los ojos con el pañuelo que Taylor le ofrecía. Luego quiso saber qué diantre significaba ese extraño comentario.

-¿Cómo puedo ser mendiga hoy y mañana no?

-La Señora solía decirme que la mejor manera de entender lo que otro siente es tratar de ponerse en su situación. Sé que a mí no me gustaría estar:..

-¿Embarazada? -sugirió Victoria.

Segura de que ésa era la conclusión de -su nueva amiga, asintió con la cabeza antes de que ella pudiera responder.

Taylor la sorprendió sacudiendo la cabeza.

-No era eso lo que iba a decir -explicó- En realidad, me gustaría mucho quedar embarazada; algún día. Si lo piensas desde otro punto de vista, por supuesto, apartando por un momento los motivos para lamentarte de tu estado...

-¿Sí? -la instó Victoria, al verla vacilar.

A Taylor le costó expresar en palabras las emociones que sentía.

-Es una bendición -barbotó finalmente-. Y un milagro. De veras. Una preciosa vida está creciendo dentro de ti. Piensa en eso, Victoria. Una vida nueva e inocente. Te envidio.

La pelirroja se llevó la mano al vientre.

-Nunca en mi vida he tenido un bebé en los brazos -confesó.

-Vas a ser una madre estupenda -predijo Taylor.

-Para ti es fácil desear el embarazo. Estás casada y... ¿por qué dices que voy a ser una madre estupenda?

-Porque eres buena, cariñosa y considerada. Victoria comenzó a enrojecer.

-Basta de halagos -exigió-. Me llenas la cabeza de orgullo. Me volveré insoportable.

Taylor sonrió. La complacía verla en un estado de ánimo más alegre. Decidió volver al tema de las finanzas.

-Lo que iba a decir era esto -recomenzó-: sé que a mí no me gustaría estar en la indigencia. Por eso mañana, cuando me reúna con los banqueros de la Señora, haré transferir fondos a una cuenta que estará a tu nombre. A primera hora de la tarde serás una mujer con medios propios.

Antes de que Taylor terminara de explicar su plan de acción, Victoria estaba ya sacudiendo la cabeza.

-No puedo aceptar tu caridad. No estaría bien -protestó con vehemencia. Los ojos volvían a llenársele de lágrimas.

Para Taylor era un misterio que pudiera llorar ahora y reír un minuto después. Tal vez su estado la tornaba más emotiva. Si era así, se trataba de algo pasajero. A Taylor le habían enseñado a no demostrar nunca sus sentimientos. Una dama no debía reír en público a todo pulmón; tampoco era digno llorar, cualesquiera fuesen las circunstancias. Resultaba difícil tratar con alguien que se pasaba el tiempo faltando a esa sacrosanta regla.

-Prometí que te ayudaría -recordó a su amiga.

-Y me has ayudado -insistió Victoria-. Has sido muy buena amiga.

Ahora se mostraba terca. Taylor decidió persuadirla con una cita de Shakespeare, ya que ella tenía tan en cuenta sus inteligentes palabras. Por desgracia; no se le ocurría una sola frase

que viniera al caso. Por lo tanto se limitó a inventarla. Con un poco de suerte, la aflicción haría que Victoria no se diera cuenta.

-Es mucho mejor recibir que rechazar -anunció, con voz de gran autoridad-. Shakespeare -aclaró, ante la expresión extrañada de Victoria.

-Él nunca dijo eso.

Adiós a su astuta triquiñuela.

-Lo habría dicho, si hubiera vivido lo suficiente -afirmó Taylor.

Victoria volvió a negar con la cabeza. Por añadidura, dejó escapar un bufido nada elegante. Taylor intentó de inmediato un enfoque distinto.

-El dinero es para el bebé -dijo, segura de que su amiga no podría oponerse a eso.

-Voy a buscar trabajo. Soy fuerte y tengo recursos. -Y estás embarazada -1e recordó Taylor-. No puedo permitirte nada que ponga en peligro al bebé. -Como la pelirroja parecía a punto de discutir, ella levantó una mano

-. Sé que no harás deliberadamente nada que pueda ser un riesgo para tu hijo, pero si trabajas muchas horas por día te agotarás. Necesitas mucho descanso, y también el bebé. No, Victoria, no quiero saber nada de eso. Debes aceptar el dinero. La Señora lo querría así.

Victoria miró a su amiga durante largo rato antes de decir una palabra. Su mente volaba de un pensamiento a otro. La generosidad de su amiga la dejaba atónita, pero también confundida. Nunca había conocido a nadie como Taylor, tan afectuosa, compasiva y amable. Para Victoria era como un ángel que hubiera bajado del cielo en su momento de mayor necesidad, para ponerla bajo sus alas. Pero también era humana. Y de pronto a Victoria se le ocurrió que, en realidad, era muy poco lo que sabía sobre su amiga y benefactora.

-En el barco pasarnos muchas horas juntas, ¿verdad? Taylor se sorprendió ante ese cambio de tema.

-Sí -concordó.

-Yo te conté todo lo mío, ¿no? Taylor asintió.

-¿Por qué...?

Victoria la interrumpió.

-Durante todo el viaje no pensé más que en mí misma -admitió-. Como estaba tan afligida por mis propios problemas, sólo ahora me doy cuenta de lo poco que me has dicho de ti. Eres muy misteriosa.

-Misteriosa no --corrigió Taylor-. Sólo... reservada.

-¿No somos amigas?

-Por supuesto que sí.

-«Un amigo debería compartir las dolencias de su amigo."

-¿Por qué citas a Shakespeare cada vez que estás nerviosa? -preguntó Taylor.

Victoria se encogió de hombros.

-Durante mi adolescencia, leerlo me consolaba -explicó-. Cuando me sumergía en una de sus obras olvidaba mis problemas. A veces, en casa las cosas eran muy... difíciles. Tú haces lo mismo, Taylor.

-No es cierto.

Victoria sonrió.

-Todas esas novelas sobre Daniel Boone y Davy Crockett. Ellos eran tus amigos. A ti tampoco te fue fácil crecer, ¿verdad?

Taylor movió la cabeza en un gesto negativo.

-¿Cambias deliberadamente de tema, Victoria? ¿Confías en mí?

Sólo vaciló un segundo antes de responder:

-Sí.

-Entonces ¿por qué me siento como...?

-¿Como qué?

-Como excluida.

Taylor encorvó los hombros y volvió a sentarse junto a su amiga.

-Siento mucho que te sientas así -dijo-. Es que... me resulta muy difícil hablar de mí o de mi familia, como no sea de una manera superficial.

-¿Por la educación que recibiste?

-Tal vez.

Victoria dejó escapar un suspiro.

-Las amigas se hacen confidencias -dijo-. Tú nunca me has hecho confidencias ni me has hablado de tus preocupaciones. ¿Tienes alguna?

Taylor estuvo a punto de reír por lo ridículo de la pregunta.

-Oh, claro que las tengo -admitió-. Demasiadas.

Victoria le tomó la mano. -¿Yo soy una de ellas?

-Tú no eres una preocupación. Necesitaba muchísimo una amiga y de pronto apareciste tú. Fue casi... místico. Caramba, qué dramática estoy.

Victoria sonrió.

-Yo pensaba que me habías sido enviada por los ángeles-dijo-. Por ilógico que parezca, es la única solución que encontré. Apareciste de la nada para salvarme del desastre.

Taylor, que ya se sentía incómoda con tantos elogios, se apresuró a volver sobre el tema.

-Con respecto al dinero: deberíamos arreglar este asunto ahora mismo.

-Antes quiero hacerte una pregunta.

-¿Sí?

-¿Aceptarías dinero de mí? Sé completamente sincera, Taylor. ¿Lo harías?

-Haría cualquier cosa que hiciera falta para proteger a mis bebés. Cualquier cosa.

Su voz irradiaba convicción. Aun así, el orgullo de Victoria no se calmó por completo.

-¿No me estás diciendo sólo lo que crees que me conviene oír? ¿Serías capaz de aceptar la caridad ajena?

-Si fuera necesario, la exigiría -aseguró Taylor. Dejó escapar un suspiro cansado y enhebró los dedos en su 'peló, en un gesto de frustración-. Por Dios, Victoria, ya he hecho cosas que nunca habría creído posible. Me casé con un perfecto desconocido sólo para...

-¿Que hiciste qué?

La muchacha se levantó y empezó a pasearse, mientras ordenaba sus pensamientos.

-Es una larga historia -dijo por fin-. Mañana te explicaré todo, lo prometo. Por ahora, acepta que tienes un motivo muy especial para mantenerte sana y hacer todo lo necesario para sobrevivir en este mundo confuso. Y yo tengo dos motivos muy especiales. Ahora estoy demasiado fatigada para entrar en detalles. Y a ti debe de pasarte lo mismo. Cenemos tranquilamente y acostémonos temprano. Después de reunirme con los banqueros responderé a todas tus preguntas. ¿Estás de acuerdo?

Victoria había quedado boquiabierta al oírle decir que se había casado con un perfecto desconocido. De hecho, estaba sin habla. Ahora se explicaba que lo tratara de "usted" y de "señor Ros? De cualquier modo, el motivo de ese casamiento seguía siendo un misterio; se descubrió impaciente por llegar al día siguiente.

Por fin recobró el uso de su voz.

-Sí, esperaremos a mañana para conversar. Por ahora respóndeme a una pregunta más, por favor.

-Está bien.

-¿Nunca tienes miedo? Sé que es una pregunta tonta, pero tengo curiosidad -barbotó al ver la expresión de Taylor, increíblemente triste-. Irradias siempre tanta seguridad... Lo cierto es que me sirves de consuelo. Das la sensación de que siempre sabrás qué hacer... aun dentro de veinte años.

De pronto Taylor se sintió abrumada por la fatiga, con los nervios deshechos. Por encima de todas las cosas, quería poder bajar la guardia, siquiera por uno o dos minutos, y cedió al impulso.

-¿Miedo? Sí, claro que tengo miedo. A veces tengo tanto acumulado dentro que llego a temblar.

Lo confesó con voz trémula de emoción. La confidencia le había resultado difícil. De inmediato Victoria se sintió culpable por haber abordado el tema.

-Tienes razón -anunció-. Las dos estamos muy cansadas. Mañana hablaremos.

Taylor asintió abruptamente. -¿Y lo del dinero?-preguntó.

-Aceptaré tu ayuda con mucho gusto.

-Gracias.

-Soy yo la que debe darlas. –

Victoria se levantó, sonriendo a su amiga. Quería alegrarla, pues de pronto la muchacha parecía llevar sobre sus hombros todas las cargas del mundo. Por eso le pidió-: Cuéntame otra leyenda de Daniel Boone.

Taylor, encantada, se lanzó de inmediato a uno de sus relatos favoritos sobre el montañés. Ese cuento llevó a otro y a otro más; sólo las protestas del estómago la hicieron reparar en lo tardío de la hora.

-El señor Ross debe de estar impaciente -dijo-. Pero mañana voy a dedicar un rato igual a Davy Crockett, que también es un personaje muy galante.

-Sí -concordó Victoria-. Y cuando hayas terminado te recitaré mis versos favoritos de una famosa obra de William.

Taylor se echó a reír.

-Creo que las dos somos bastante peculiares -comentó- Has de estar muerta de hambre. Tu bebé necesita alimentación inmediata. No pienso perder tiempo siquiera en cambiarme de vestido. Corro a mi habitación para llamar al señor Ross.

Se dirigió a la puerta, pero Victoria la detuvo con un comentario lanzado al azar.

-Cuando hablábamos de las finanzas, dijiste que harías cualquier cosa por proteger a tus bebés, ¿recuerdas? Taylor giró en redondo.

-Recuerdo, sí.

-Estoy casi segura de que voy a tener uno solo. No me imagino con dos agregó, con voz risueña-. Y en mi familia no se dan los gemelos.

Taylor sonrió.

-En la mía sí.

-¿Eh?

-Georgie y Allie -informó Taylor-. Son gemelas.

-¿De quién son?

-Mías.

Victoria quedó estupefacta. Tuvo que sentarse antes de que se le aflojaran las rodillas.

-¿Tuyas?-susurró.

-Sí.

-¿Tienes dos bebés? -Parecía no poder creerlo. Taylor sonrió. Un golpe a la puerta interrumpió la conversación. Ni ella ni Victoria se movieron.

-Lo que acabo de decirte debe permanecer en secreto por un tiempo más. Mañana te explicaré por qué.

No pensaba abrir la puerta sin asegurarse el asentimiento de su amiga.

-¿El señor Ross sabe lo de las gemelas?

-Todavía no.

-Dios nos ampare.

-Tú lo has dicho.

-¿Son de él?

Taylor dio un paso más y alargó la mano hacia el pomo antes de responder.

-Lo serán -anunció-. Necesito de su ayuda para mantenerlas a salvo -aclaró..

Al abrir la puerta encontró a Lucas de pie en el umbral, impaciente, irritado y totalmente maravilloso a sus ojos. No terminaba de acostumbrarse a su estatura. Parecía enorme junto a ella, aun apoyado en el marco de la puerta en posición tan relajada como para sugerir que llevaba largo rato esperando.

Su ceño no la preocupó. Estaba demasiado ocupada en apuntar todas las diferencias. Él se había puesto una chaqueta y pantalones negros. Su camisa blanca chisporroteaba de limpieza y estaba dura de almidón, lo cual indicaba que había aprovechado la asombrosa lavandería del hotel. La blancura de la camisa daba a su piel un tono aun más bronceado.

Lo recorrió con la mirada de pies a cabeza antes de detenerse en los ojos. Sus zapatos estaban recién lustrados; los pantalones eran decididamente ajustados; sus hombros parecían

haberse ensanchado un poco más en el curso de esa hora. Y aún tenía el pelo húmedo, como si se hubiera bañado. Su olor era tan estupendo como su aspecto.

Ella soltó un pequeño suspiro. Luego posó finalmente la mirada en sus ojos. Decidió que el color era su mejor rasgo. Eran pardos, de un pardo oscuro y aterciopelado, con un matiz de oro. Cuando sonreía, sus pupilas parecían brillar.

Iba a ser un padre maravilloso. Ojalá se encariñara con las pequeñas. ¿Y si no era así? La posibilidad resultaba escalofriante.

Lucas estaba totalmente exasperado. Estaba pensando en preguntarle si había terminado con su inspección, si era correcto que las esposas miraran a sus maridos con curiosidad tan descarada, pero algo en sus ojos le impidió hacer comentarios sarcásticos.

La sonrisa había desaparecido. Ahora se la veía sombría, pero en su expresión había algo más, algo que él no llegaba a determinar. Su propia reacción fue igualmente extraña. De pronto sentía deseos de tomarla en sus brazos para decirle que todo saldría bien.

Quería protegerla de todo daño, mantenerla a salvo.

Quería envejecer con ella.

La horrorosa idea surgió en su mente antes de que él pudiera impedirlo. Sintió que el nudo corredizo se ceñía a su cuello. ¡Ni por todos los diablos pasaría con ella el resto de su vida! Se apartó del marco de la puerta, casi fulminando con la mirada a la mujer que trataba de revolucionar su vida.

Taylor también cambió de actitud. Recobrada la compostura, se obligó a sonreír para beneficio de su agrio esposo. Sólo entonces pareció detectar su irritación.

-¿Por qué está usted tan ceñudo? -preguntó-. ¿Ha recibido alguna mala noticia?

-No.

-Cuando se come estando irritado no se digiere debidamente la comida, señor. Le sugiero que se desprenda de ese humor desagradable lo antes posible.

Él sintió deseos de acogotarla. -¿Sabe usted qué hora es; Taylor? Ella negó con la cabeza.

-Hace más de dos horas que espero -informó Lucas.

-¿De veras?

-Sí -le espetó él-. ¿por qué demonios se ha demorado tanto?

Ella se encogió de hombros, sin dejar de mirarlo a los ojos.

-¿Hace mucho que espera? -preguntó.

¿No acababa de decírselo? ¿Qué pasaba con esa mujer? En vez de la inmediata disculpa que él esperaba, ella lo estaba mirando como si no hubiera prestado la menor atención a lo que le decía. Obviamente estaba pensando en otra cosa.

Lucas decidió que necesitaba su atención completa. Y además quería una disculpa. En cuanto ella acabara de expresarle su arrepentimiento, le diría que detestaba esperar a nadie y. que ella, en adelante, debería aprender a ser puntual.

-¿Señor Ross?

-¿Sí? -respondió él, con voz dura y directamente perversa. Ella sabía demasiado bien que detestaba ese "señor Ross"; aun así insistía con ese tratamiento. Y él prefería la tumba antes que pedirle otra vez que lo llamara Lucas.

Taylor guardó silencio durante todo un minuto. Probablemente buscaba las palabras adecuadas para disculparse. Quizá no le gustaba admitir sus equivocaciones. Lucas sintió alguna solidaridad, pues por su parte no se disculpaba con nadie. Entonces decidió facilitarle las cosas.

-Quería decirme que lo siente mucho, ¿verdad?

-¿Cómo?

-Usted lamenta haberme hecho esperar, supongo. Que no vuelva a suceder. Si ya ha terminado con el equipaje, ahora bajaremos a cenar. Me muero de hambre y dentro de una hora tengo una cita a la que no quiero faltar.

Ella ignoraba a qué venían esas divagaciones. Su mente estaba totalmente atareada con la pregunta que necesitaba formularle. ¿Cómo no se le había ocurrido hacerla antes? De inmediato disculpó su propia estupidez, recordando que había estado demasiado ocupada con

otros asuntos. Además, la Señora no habría dejado de averiguarlo. Al menos, eso esperaba ella.

En cuanto el hombre dejó de hablar, ella dijo:

-¿Lucas?

-¿Sí? -Sin duda iba a agregar una o dos palabras a la disculpa que él acababa de facilitarle tan amablemente.

-¿A usted le gustan los niños?

-No mucho.

Ella pareció aniquilada. Lusas no pudo comprender esa reacción. No era ella la que iba a tener un bebé, sino Victoria.

-¿Por qué no le gustan los niños? -inquirió Taylor. A él le estaba costando conservar la paciencia. Después de soltar un fuerte suspiro, le indicó con un ademán que se apartara de su camino y se acercó a Victoria, que se había levantado. Con tono gentil, le preguntó si estaba lista para acompañarlo al comedor. Se mostró sumamente solícito.

-En el hotel hay dos comedores -explicó-. El Reservado para Damas es para familias y sus invitados. El otro, sólo para empresarios. Dicen que la comida es igualmente buena en ambos. ¿Vamos?

Victoria se ruborizó por las atenciones que él le brindaba. Aceptando su brazo, se dejó conducir al pasillo. Taylor los siguió, después de tomar precipitadamente la llave de la habitación y cerrar bien la puerta de su amiga. La cena fue caótica. De los siete platos, Taylor no comió gran cosa, pues se distraía observando a los norteamericanos. En ese comedor había tanto ir y venir como en una estación de trenes; la puerta de vaivén que comunicaba con el salón se mantenía en movimiento constante. El bullicio también era grande. Notó que los norteamericanos tenían la peculiar costumbre de tragar a toda prisa. Ella se sentía como una campesina en su primera feria: trataba de observarlo todo al mismo tiempo. Era excitante y agotador, todo al mismo tiempo.

La gente demostró ser muy cordial. Hombres a los que ella no conocía siquiera la saludaban calurosamente y trataban de entablar conversación con ella. Lucas puso fin a esos intentos clavando miradas flamígeras en los más efervescentes, pero tropezó con dos conocidos, con los que se trabó en una larga conversación. También Taylor, para su gran asombro, se encontró con un primo de un primo que vivía en Londres. Ella aceptaba sin preocuparse todas las interrupciones. Victoria no. Palideció notablemente cuando una joven de Nueva York se acercó a saludarla, recordándole que se habían conocido el año anterior, en el baile de los Smithers. Quiso saber cuánto tiempo pasaría Victoria en Boston y, antes de recibirla respuesta, insistió en que debían verse pronto; de ese' modo, cuando ella volviera a Londres, podría llamar al querido matrimonio Helmit para hablarles del encuentro con su hija.

Al regresar a las habitaciones Victoria iba muy callada. Taylor supuso que estaba agotada y necesitaba una buena noche de sueño. La acompañaron hasta su puerta. Allí Taylor se despidió de ella con un abrazo y le sugirió que se encontraran a las ocho de la mañana siguiente, para desayunar juntas.

Como Lucas iba a llegar tarde a su cita, la muchacha le sugirió que bajara. Ella no necesitaba compañía pata ir a su cuarto. Después de todo, las puertas estaban numeradas. Él no quiso saber nada del asunto; quería asegurarse de dejarla sana y salva tras una puerta cerrada, antes de ir a alguna parte.

Se trabaron en una discusión bastante enérgica sobre la seguridad en los hoteles. Taylor creía estar bien protegida por el personal de vigilancia. Lucas estaba convencido de que había malhechores acechando en todas las sombras, listos para arrojarse contra cualquier señora que no tuviera acompañante.

La acalorada discusión terminó sólo al abrir la puerta de la habitación. Taylor la cruzó deprisa y se detuvo bruscamente, dejando escapar un susurro:

-Oh, señor Ross, esto es encantador, ¿no?

Él sonrió ante su tono maravillado. Sin embargo, su reacción lo sorprendió un poco, pues suponía que ella se había criado en ambientes mucho más elegantes que lo mejor de Boston. No sólo debía de estar habituada al lujo, sino que debía considerarlo natural. No pudo dejar de comentarlo.

-Yo pensaba que, a estas horas, usted daba por aseguradas las cosas de este tipo.

Ella sacudió la cabeza, tan interesada en observar la habitación que ni siquiera se volvió para contestarle. -He aprendido a no dar nada por asegurado, señor Ross.

Lucas cerró la puerta y se apoyó contra ella, cruzando los brazos contra el pecho. Aun sabiendo que llegaría tarde a su cita, no quería separarse de Taylor.

Se encontraban solos por primera vez en bastante tiempo y deseaba pasar con ella algunos minutos más.

Le gustaba contemplarla. Cada una de sus expresiones era sincera y sus reacciones, sumamente refrescantes. Aun cuando se mostraba en desacuerdo con él y lo enloquecía con sus opiniones ilógicas e impracticables, también lo divertía con su terquedad y su inocencia. Su entusiasmo le agradaba. Pensándolo bien, cayó en la cuenta de que no le había oído una sola queja desde la noche en que la sacara de aquel baile, llevándola de la mano. Taylor se había mostrado cortés y amable incluso cuando temía naufragar, durante aquella horrible tormenta. Sólo expresaba una preocupación, y era por su amiga Victoria.

Dejó escapar un suspiro. Taylor no era en absoluto como él esperaba.

Ella, por su parte, no le prestaba ninguna atención, muy ocupada en explorar sus alrededores; ni siquiera notó la penetrante observación de que era objeto.

Ese cuarto le pareció tan elegante como Versalles; así lo dijo, en otro susurro de respeto sobrecogido. La alfombra era de un color azul muy claro, tan densa y acolchada que una parecía hundirse en ella. Le habría gustado quitarse los zapatos y caminar descalza por allí, pero se resistió al impulso, sabiendo que eso no era digno de una dama.

Delante de sí tenía una zona de estar. Frente a la puerta, pero a unos cuatro metros y medio de ella, un sofá recubierto de brocado dorado, con almohadones azules. Inmediatamente se acercó a probarlo y descubrió que era duro como una piedra; aun así le pareció maravilloso. Adelante había una mesa de madera baja, muy brillante. No resistió la tentación de deslizar los dedos por la superficie.

-Se siente el brillo de esta madera de cerezo -comentó, aun sabiendo que era completamente ilógico. Para ella tenía sentido. Probablemente, para Lucas también, pues no discutió.

Dos sillones de respaldo alto, tapizados de azul claro, flanqueaban los extremos del sofá. Taylor tuvo que probarlos ambos; luego declaró que eran sumamente cómodos.

A la izquierda había dos roperos, de diseño y tamaño idénticos. En el extremo del muro adyacente, una puerta que daba al cuarto de baño. A la derecha, una arcada, cuyos cortinajes recogidos permitían ver la cama, enorme y sin dosel. La decoraba un cubrecama dorado, con almohadas azules y doradas contra la cabecera. Obviamente, la zona de dormir había sido diseñada para la intimidad; le pareció la alcoba más romántica del mundo. Con las cortinas corridas, la privacidad sería absoluta.

A Victoria le habría encantado. Ella merecía gozar de tanto esplendor. Taylor decidió cambiar de habitación con ella en cuanto Lucas abandonara la ciudad. Sería preciso permanecer en Boston una semana, por lo menos, tiempo suficiente para comprar las cosas que necesitaría en el páramo. También existía la posibilidad de que Victoria requiriera su ayuda para comprar una casa adecuada: ella no se movería de allí sin dejarla bien instalada.

-¿Quiere usted que la ayude con el equipaje? Ese ofrecimiento la sorprendió. ¿Acaso los hombres norteamericanos acostumbraban a hacer cosas de mujeres?

-Se lo agradezco, señor, pero no hace falta -respondió-. Sólo retiraré de las maletas lo necesario para cuatro o cinco días. ¿Por cuánto tiempo piensa quedarse usted?

-Me iré pasado mañana. Antes de eso usted y yo debemos mantener una larga conversación y resolver algunos detalles.

-Sí, por supuesto.

Él la miraba con aire extraño.

-Supuse que usted se quedaría en el hotel hasta que hubiera comprado una casa.

Taylor desapareció tras el rincón sin darle explicaciones. Lucas se acercó a la arcada y encontró a su esposa sentada a los pies de la cama, sonriente de placer.

-Tiene un estupendo colchón de plumas -explicó, cuando él quiso saber a qué se debía su felicidad.

-¿Por qué piensa sacar apenas lo suficiente para cuatro o cinco noches?

-Es más fácil -respondió ella, brindándole deliberadamente una respuesta a medias. Luego cambió de tema

-. ¿No llegará usted tarde a su entrevista?

-A ella no le molestará esperar unos minutos más. ¿Ella? Taylor arqueó la espalda. ¿Su esposo iba a encontrarse con una mujer? La sonrisa se le borró de la cara. Tuvo que obligarse a contener la alarma. Lucas podía tener muchos motivos inocentes para citarse con una mujer. Tal vez ella era una socia comercial; parecía extraño, pero bien podía ser, si había heredado dinero o algún tipo de empresa. Sí, probablemente se trataba de eso. Después de todo, Lucas había dicho que era una entrevista. No estaba bien sacar conclusiones precipitadas sin conocer todos los datos.

-¿Tiene asuntos de negocios que discutir con esa mujer? -preguntó.

-No.

El señor Ross no era dado a entrar en detalles. Sería preciso sonsacarle la información.

-¿Qué clase de entrevista es ésa? Lo pregunto por pura curiosidad -agregó Taylor, apresuradamente.

-No es exactamente una entrevista -replicó él- Simplemente nos citamos en el vestíbulo a las ocho. ¿Porqué?

Ella se encogió deliberadamente de hombros. -Curiosidad, como decía -respondió, con toda la indiferencia posible-. ¿Espera también a otras personas?

-No.

-¿Y? -lo instó ella, con más aspereza de la que habría deseado. De pronto sentía deseos de atacarlo a puntapiés. A su modo de ver las conclusiones se habían estrechado notoriamente. No obstante, si él planeaba tener una aventura, ¿por qué no se lo decía?

Se aconsejó no reaccionar con tanta exageración. No tenía por qué interesarle con quién iba a encontrarse él ni por qué. Pero le interesaba. Muchísimo. Sintió una furia repentina contra ese bruto insensible.

Él la notó muy afectada y no pudo imaginar por qué. De la sonrisa había pasado a fulminarlo con los ojos. Puesto que él era el blanco, obviamente había hecho algo que la disgustara. La primera mención de su cita no le había causado ningún efecto; por lo tanto, si ahora estaba enfadada no era porque él fuera a salir. -¿Ocurre algo malo?

-No.

¡Un cuerno que no! Lucas esperó uno o dos minutos, por si ella pensaba decir algo más. Como ella guardaba silencio, renunció a adivinar la causa de su irritación. -Va a llegar tarde a su cita con esa mujer, señor.

-Se llama Belle.

-Belle. -Taylor repitió el nombre en un susurro. No se le ocurría nada que agregar. Su corazón parecía haberse quebrado. Se sentía aplastada, patética.

Tuvo que reunir todas sus fuerzas para disimular sus ganas de llorar.

Al fin y al cabo, no tenía por qué sorprenderse. Los hombres no eran fieles. Ella conocía esa verdad por experiencia propia. ¿No la había traicionado su mismo prometido, acaso? Mientras le juraba amor eterno, se acostaba con su prima Jane. La Señora le había enseñado que no había ningún problema en amar a un hombre, siempre que no se dejara consumir por el amor; en cuanto a la confianza... bueno, si le era necesaria, podía dedicar unos cuantos años a sopesar todas las ramificaciones antes de brindar a un hombre su absoluta lealtad.

La Señora también la había puesto al tanto de las peculiares urgencias masculinas; según decía, todos ellos padecían ansias indominables. Por casualidad, tío Andrew había intervenido en la conversación y se opuso terminantemente a ese punto de vista. Aseguró que la mayoría de los hombres no tenían dificultad alguna en dominar su lascivia. Sólo unos pocos infames se dejaban llevar por sus instintos animales. A eso siguió una acalorada discusión. La abuela se mantenía firme en su creencia de que los hombres no se regían por la mente, sino por la ingle, mientras que tío Andrew sostenía lo opuesto. Acusó a su hermana de pensar como una vieja reseca, de lo cual sólo ella tenía la culpa, por no haber vuelto a casarse tras la muerte de su esposo.

Había sólo un aspecto en el que ambos estaban de acuerdo: todos los hombres mariposeaban. Por desgracia, ni su abuela ni su tío entraron en detalles, y Taylor se quedó pensando qué tendrían que ver las mariposas con el sexo.

Pero no era la conducta mayoritaria de los hombres lo que preocupaba a Taylor en esos momentos. La conducta de Lucas era algo muy distinto. Después de todo, estaban en su luna de miel y le parecía horriblemente grosero que él buscara la compañía de otra mujer. Poco importaba que el matrimonio fuera sólo una formalidad. El señor Ross hacía muy mal en citarse con otras mujeres mientras estaba legalmente casado con ella.

El orgullo le impidió decirle lo que pensaba.

-Tiene que descansar un poco, Taylor. Se la ve exhausta. Nos veremos mañana.

Ella dejó escapar una exclamación. -¿Piensa pasar toda la noche afuera?

-No, pero cuando yo regrese usted estará dormida.

-¿Tanto va a tardar?

El se encogió de hombros. Tratándose de Belle, nunca se sabía. A la vieja amiga de su madre le gustaba conversar. Y beber. ¡Dios, cómo bebía! Se enorgullecía de resistir el alcohol mejor que cualquier hombre, y no era una jactancia vana. Lucas aún recordaba vívidamente la espantosa resaca que había sufrido después del último encuentro, que terminó con él debajo de la mesa. Pero esa noche no pensaba repetir la historia. Ya había decidido que su límite sería una copa de coñac.

-Buenas noches, Taylor -saludó, girando para retirarse.

-Que se divierta.

-Gracias.

Taylor ya no tenía deseos de -patearlo; eso habría sido demasiado amable. Ahora quería matarlo. Cuando Lucas estaba a punto de llegar a la puerta, ella saltó de la cama para correr tras é1: Dijo lo primero que le surgió a la mente.

-¿No está muy cansado para salir?

-No -respondió él por encima del hombro- Cierre la puerta cuando yo salga. Tengo otra llave.

Y alargó la mano hacia el pomo. Ella corrió a ponerse entre la puerta y su esposo, bloqueándole la salida. -¿Cuánto tiempo piensa tardar exactamente?

-Un buen rato.

-¿Ah qué?

Taylor se encogió de hombros. Él le dejó ver su exasperación.

-¿Qué demonios le pasa? -inquirió, con evidente desconcierto tanto en la expresión como en el tono de voz.

-Nada -mintió ella-. Vaya usted, vaya. Que lo pase muy bien.

-Bueno, déjeme pasar.

Ella dio dos pasos a un costado, pero cambió de idea. En el momento en que él estiraba una mano hacia el picaporte, Taylor volvió a interponerse, con los brazos cruzando la puerta. Sabía que era una actitud dramática, pero no podía evitarla.

Lucas la miró como si la creyera loca. Probablemente tenía razón, lo que estaba haciendo no tenía sentido, ciertamente. Pero no le importaba. Ante la posibilidad de que su esposo tuviera relaciones íntimas con otra mujer, se sentía tan mal que no podía actuar con sensatez.

-Respóndame a una pregunta antes de irse.

-¿Cuál?

-¿Piensa mariposear esta noche?

-¿Qué? -parecía incrédulo.

-Mariposear -repitió ella-. Le pregunto si sale a mariposear.

Él no: podía creer que Taylor le estuviera preguntando eso. De pronto captó la verdad: estaba celosa. La sorpresa le impidió decir nada. Se limitó a retroceder un paso, mirándola.

Ella vio su expresión de estupefacción y de inmediato empezó a ruborizarse como una colegiala. Por la reacción de Lucas, era evidente que no había pensado en esa posibilidad. ¡Y ella acababa de ponerle esa obscena idea en la cabeza!

Soltó un fuerte suspiro. Ya que se había adentrado tanto en esas aguas lodosas, lo mejor era llegar hasta el final o, como solía decir la Señora, terminar con lo que había comenzado.

-Señor Ross -empezó.

-¿Está celosa, Taylor? -preguntó él, al mismo tiempo.

-No, por supuesto que no.

-Lo disimula bien -comentó él. Y sonrió.

Ya no podía evitarlo. Ella cuadró los hombros, sacando a relucir su carácter. Después de todo, ese hombre se estaba riendo de ella.

-Será un placer explicarle lo de Belle, Taylor.

-Nada me importa menos que esa mujer -aseguró ella-. Me importa un rábano lo que usted haga con su tiempo, señor.

Lo irritante no era lo que decía, sino su manera de decirlo. ¡Por Dios, qué testaruda! Lucas decidió dejar que se cociera en su propia imaginación. Por la mañana pondría las cosas en su sitio, pero sólo si ella continuaba hablando como una arpía.

-¿Va a permitirme salir?

-Sí.

Pero no se movió. Lucas decidió que sería preciso alzarla en brazos, llevarla de nuevo a la cama y arrojarla allí, con la orden de no moverse. Iba a hacerlo, pero ella lo detuvo apartándole las manos.

-El matrimonio es como el embarazo -anunció.

Él se irguió hacia atrás. El comentario había logrado concentrar toda su atención. En ese momento decidió no dejarse sorprender jamás por lo que Taylor pudiera decir en el futuro. La condenada era la más ilógica de todas las mujeres que conocía. Sintió ganas de reír, pero no se atrevió; ya había notado que ella era muy sensible. También era muy joven. Falta de experiencia. Y, además, dulce, bella y todas las cosas que cualquier hombre en su sano juicio habría querido aprovechar y retener para el resto de su vida.

-¿En qué se parece el matrimonio al embarazo? -se oyó preguntar.

-Se está o no se está -explicó ella, muy directa.

-Taylor...

-No hay matices de gris -lo interrumpió- Mientras no se tramite debidamente la anulación, creo que ambos deberíamos tratar de respetar nuestros votos. Deberíamos ser:..

-¿Fieles? -sugirió él, viendo que Taylor no proseguía.

-Sí, deberíamos guardarnos mutua fidelidad. Sería la manera más cortés de actuar.

Había inclinado la cabeza, para disimular lo mucho que la abochornaba discutir un tema tan íntimo. Al ver que se estaba retorciendo las manos, interrumpió inmediatamente ese acto tan revelador.

Lucas, aprovechando que ella no podía verlo, se permitió el lujo de sonreír.

-¿Me está diciendo que debo ser célibe? -preguntó.

-Es lo que haré yo.

-No es lo mismo, en absoluto.

-¿Por qué no?

Él no tenía una respuesta preparada. En realidad, sólo en ese momento notó lo extraña que sonaba su propia declaración.

-Las mujeres tienen las mismas necesidades -explicó-. Pero sólo cuando se enamoran. Los hombres no. Para él, esa aseveración era perfectamente razonable. Taylor, que no pensaba igual, sacudió la cabeza.

-Lo que usted está diciendo, señor, es que la mayoría de las mujeres son virtuosas y practican la restricción, mientras que la mayoría de los hombres, incluido usted, se acoplan con lo primero que pase.

-Más o menos, de eso se trata -concordó él, sólo para irritarla.

Ella se dominó, aunque le costó horrores. Se negaba terminantemente a entablar discusión. Ya había dicho demasiado. Lucas podía aceptar sus opiniones o rechazarlas. Si resultaba ser lo que su abuela decía de todos los hombres, si tenía tan pocos principios morales como su medio hermano, sería mejor enterarse cuanto antes. Ahora Taylor no era vulnerable, porque no estaba enamorada. Tenía todos los síntomas de la mujer ofuscada por una atracción. Cuando lo tenía cerca, perdía el aliento y le costaba concentrar la mente; se descubría a cada instante deseando que él la besara y quería resultarle atractiva, siquiera un

poco. ¿No era todo eso prueba suficiente de que era susceptible a su encanto y su aspecto? En la cabeza de Taylor sonaban campanas de alarma. A todas luces, él le gustaba demasiado. Había que poner fin a eso, inmediatamente. Esa atracción unilateral, además de ser peligrosa, no tenía futuro.

Y todo por un obtuso que prefería la horca al matrimonio.

Belle. El nombre le parecía tan odioso como la mujer. Decidió dar a Lucas algo en que pensar mientras acudía a su cita.

-Las damas no tienen necesidades, como ha dicho usted con tan poca delicadeza. Sólo las callejeras vulgares padecen pensamientos lujuriosos. "Como Belle" -agregó para sus adentros.

Y trató de apartarse de él. Lucas se lo impidió plantándole las manos a cada lado de la cabeza, inmovilizándola. Obviamente la discusión del tema no había terminado.

-¿De veras? -preguntó.

Ella lo miró a los ojos, con la intención de decirle que sí y recordarle luego lo tarde que era, pero las palabras se le perdieron en el fondo de la mente. La expresión de ternura que vio en su mirada concentró toda su atención. Simplemente no había lugar para otra cosa. Cielos, ¡qué hermoso era!

Él estaba pensando lo mismo de ella. Cada vez que la veía concentrada en él, tenía la sensación de que se le cerraba la garganta. ¡Qué ojos! Eran mágicos, claros y azules como el cielo en el Territorio de Montana.

Era encantadora, sí, pero también terca como una mula vieja y porfiada como un político sin cargo público. La inocente hablaba con autoridad sobre temas de los que no sabía absolutamente nada. Como "las necesidades".

No podía dejar de mirarla. Sabía que era preciso bajar. Belle ya debía de andar por la mitad de una botella de buen whisky. No importaba. No podía apartarse de Taylor. Esa mujercita lo hipnotizaba. Sintió deseos de besarla y decidió hacerlo. Le rodeó el mentón con una mano, impulsándole la cabeza un poquito más atrás. Luego se inclinó poco a poco hasta rozarle los labios en una suave caricia. Comprendió que la había sobresaltado, porque ella trató de desprenderse. No se lo permitió. Volvió a besarla, pero esta vez tomándose su tiempo.

Taylor dejó escapar un pequeño suspiro de placer y se aferró de la pechera de su chaqueta. Él no necesitó de más estímulo para fijar su boca a la de ella en un tipo de beso muy diferente. De la clase que consume.

Sus labios eran duros, calientes, húmedos. Los de ella, blandos y bien dispuestos. A Lucas no le bastó. Le abrió la boca, presionando con el pulgar contra el mentón; una vez que ella hubo cedido a esa callada exigencia, deslizó la lengua adentro para reclamar su sabor, acariciando el interior sedoso con flagrante aire de propietario. Por Dios, qué bien sabía la muchacha.

La pasión alzó su llama con cegadora velocidad. Taylor no se mostró en absoluto pasiva. Ciñó los brazos a la cintura de Lucas y le hundió los dedos en la espalda, sintiendo la piel caliente bajo la camisa. Y su fuerza. Eso también era perceptible. Los músculos eran lisos y duros como acero. Casi la sobrecogió el calor que irradiaban su cuerpo y su boca. Habría querido que él jamás dejara de tocarla.

Lucas no encontraba satisfacción. El sabor de Taylor lo enloquecía. Su lengua parecía batirse a duelo con la de él, ¡y por Dios que ya no tenía nada de tímida! Oyó su propio gemido y volvió a hundir la lengua en la boca de la muchacha. Ella se la succionó. La estrechó contra sí, frotando la entrepierna contra su cuerpo, y ella acercó las caderas por instinto.

La besó una y otra vez. El tiempo que pasaron abrazados pareció una eternidad. Por su modo de acariciarlo, era evidente que ella no pensaba detenerlo. Su boca estaba tan caliente y mojada como la de él. Eso le gustó. Y su lengua también le gustó.

Le comió los labios, devoró su olor; en su vida había experimentado un beso más carnal.

Ella ahogó una queja en el fondo de la garganta. Eso lo llevó al límite de su autodominio. Era hora de cesar. Ya la estaba imaginando desnuda, ya pensaba en lo maravilloso que sería sumergirse en ella, con sus pechos frotándole el torso y sus piernas ciñéndolo.

El gemido grave que se le estaba acumulando en la garganta se convirtió en un gruñido. Lucas desprendió su boca del beso y trató de recobrar el control. Su respiración era áspera y desigual. Apretó la frente contra la puerta, cerrando los ojos con fuerza, y tuvo que obligarse a soltar a Taylor.

Ella no le facilitaba las cosas. Aún seguía acariciándolo, haciéndolo desear más. La sintió temblar y eso le provocó un arrogante placer.

¡Así que las damas no tenían necesidades!

En toda su vida, Taylor nunca se había sentido tan sobrecogida. Temblaba como en el barco, la noche en que temió ahogarse. Aquella vez había sido por miedo; ahora era por pasión.

¡Oh, por Dios, era una cualquiera! De inmediato dejó caer las manos a los costados y se irguió contra él, rígida y con los ojos cerrados, concentrada en aminorar el ritmo de su respiración.

Él reparó en el cambio y se preguntó qué idea absurda se le habría ocurrido.

Taylor habría querido que él volviera a rodearla con los brazos y a darle otro de esos besos que le hacían perder el sentido. Lucas no la estaba ayudando a recobrar su fachada señorial, pues se inclinó para mordisquearle el lóbulo de la oreja. Eso no habría tenido que gustarle, pero le gustó. Un cálido estremecimiento le recorrió la espalda. Su aliento, tan cálido y dulce, le cosquilleaba en la piel. Se le estaban aflojando otra vez las rodillas. Iba a perder nuevamente el autodominio.

-¿Qué hace?

-Te beso.

Sí, sí, eso era obvio, pero por qué, era lo que Taylor quería preguntar. No pudo pronunciar palabras. Sólo emitió un suspiro de placer.

-¿Quieres que pare? -preguntó Lucas, en un susurro sensual.

Por supuesto que sí. Ella acababa de recordar quién lo estaba esperando ¡Qué bruto! Ahora la besaba así y, dentro de un minuto, estaría corriendo detrás de otra mujer.

-¿Paro? -insistió él.

Taylor le rodeó la cintura con los brazos.

-No sé.

Ese hombre la estaba obnubilando, con esa boca abierta y ardiente apoyada contra su cuello. Inclinó la cabeza a un lado para facilitarle el acceso.

-Hueles bien. Hueles a flores.

"Es jabón", quiso decir ella, "jabón perfumado." Pero tampoco logró que esa explicación saliera de su boca. El señor Ross le estaba haciendo papilla el cerebro.

-Los granjeros llaman Belle a sus vacas.

Él sonrió contra su cuello y continuó actuando como si no hubiera oído el comentario. Taylor se sintió obligada a repetirlo.

-Lo leí en el diario de la señora Livingston; si está en letras de molde ha de ser verdad. Decididamente Belle es nombre de vaca. -"Ahí tienes algo en que pensar mientras estés cortejando a tu amiga."

Él la besó en la frente.

-Te gustaría que siguiera besándote, ¿verdad, Taylor?

Por Dios, qué arrogante era ese hombre. Y tenía razón. Ella era lo bastante sincera como para reconocerlo. -Sí.

-¿Sabes qué estoy pensando?

Esa pregunta, así formulada, le dio ganas de suspirar otra vez. Su voz era grave y sensual. ¡Y cuánto le gustaba esa entonación arrastrada!

-¿Qué está pensando? -preguntó, sin aliento. -Que tienes unas cuantas necesidades propias. ¿Sabes qué significa eso?

Quería obligarla a admitir que las mujeres tenían tantas ansias lascivas como los hombres, que él había tenido razón desde un comienzo.

-Lo sé, sí.

Encorvó los hombros y lo empujó, tratando de apartarse. Él la sujetó desde atrás, ciñéndole la cintura para inmovilizarla: Luego se agachó para exigirle una explicación.

-Dime qué es lo que has descubierto, Taylor -ordenó, aguardando con impaciencia la respuesta que le permitiría una buena porción de jactancia masculina.

-Que soy una cualquiera. Ya está. ¿Queda usted satisfecho? Belle ha de estar cansada de esperarlo.

-Seguirá bebiendo hasta que yo llegue.

-Parece una persona encantadora.

-Lo es -confirmó él-. Y tú no eres una cualquiera.

Taylor se apartó de un empellón. Luego giró para mirarlo de frente, con los brazos en jarras. --Habitualmente no lo soy -corrigió-. Pero usted me hace desear cosas en las que normalmente no pensaría. Cuando me toca... Bueno, sólo soy una cualquiera cuando usted se me acerca. Por lo tanto, le sugiero que nos mantengamos a distancia. Váyase, por favor, antes de que vuelva a pasar vergüenza.

Parecía a punto de llorar. Él se arrepintió de haberla provocado. Pero también se sentía muy satisfecho. 'El cumplido que ella acababa de hacerle, deliberado o no, le daba ganas de sonreír. ¡Conque sus caricias la hacían perder la cabeza! No se podía pedir nada mejor.

Se sintió obligado a decir algo para tranquilizarla. Después de todo, era su marido. A los maridos les corresponde tranquilizar a la mujer cuando se pone nerviosa, ¿no? ¿Qué importaba que ese matrimonio fuera a durar sólo unos días?

-Soy tu marido. Conmigo puedes comportarte como una cualquiera.

Ella se contuvo para no resoplar, pero su expresión delataba que se sentía ofendida.

-Recuerde que usted prefiere la horca al matrimonio.

¡Qué encantadora era cuando se irritaba! Sus ojos destellaban de ira; su gesto habría inspirado inmediata contrición a un hombre más débil. Pero él se obligó a recordar que no era débil.

-En eso tienes razón -reconoció.

Taylor enhebró los dedos a su pelo, en obvia agitación.

-Váyase, por favor.

A él le pareció buena idea. Se acercó a la puerta y alargó la mano hacia el picaporte, pero se detuvo. Hundió la derecha en el bolsillo del chaleco, para asegurarse de tener la llave; luego en el otro bolsillo.

Se volvió nuevamente hacia el ropero. Taylor observaba cada uno de sus movimientos, tratando de dominar sus emociones. Sincera como era, reconoció que ya no entendía su propia mente. El señor Ross no había hecho nada que pudiera ponerla tan nerviosa; sin embargo, aún sentía deseos de llorar.

El encontró la llave en el bolsillo de la chaqueta que había usado horas antes. Después de cerrar el ropero, se volvió hacia Taylor.

-Belle se ocupó de mí cuando era niño... al morir mi madre. Eran íntimas amigas.

No sabía con certeza por qué le ofrecía esa explicación. Probablemente porque no quería dejarla preocupada. Tampoco quería que ella lo considerara un ogro.

Taylor se sintió abrumada de alivio. Belle no era una cualquiera, sino una amiga de la familia. Y como el señor Ross había sido franco ahora le tocaba a ella.

-Estaba celosa -barbotó-. En eso usted tenía razón.

Lucas quedó muy complacido por la confesión. A juzgar por lo tenso de su voz, reconocerlo le había costado lo suyo. No sonrió, porque la veía muy solemne. Se limitó a asentir abruptamente con la cabeza y le volvió la espalda.

Taylor no quiso que él se marchara con esa nota tan agria. Tal vez pudiera mejorarle el ánimo si lograba entablar con él una conversación agradable, siquiera por uno o dos minutos. No quería que su esposo saludara a esa vieja amiga con expresión tan ceñuda. Belle podía llegar a la conclusión de que Lucas no era feliz en su matrimonio.

¡Oh, buen Dios, realmente se estaba volviendo loca! Pero en ese momento importaba poco. Lucas debía ir a su cita con una sonrisa, aunque a ella le costara la vida.

Taylor buscó un tema apropiado; justo cuando él estaba abriendo la puerta, encontró uno que sin duda le gustaría.

-No logro decidir si debo solicitar una anulación o un divorcio.

-Habías mencionado la anulación -le recordó él. -¿Sí? No recuerdo. Creo que el divorcio es más fácil de obtener.

-¿Por qué?

-Parece haber más motivos aceptables para los jueces -explicó ella, complacida al ver que él la escuchaba-. Ya he analizado casi todos -se jactó-. Los aprendí de memoria, ¿sabe? Pero no puedo decidirme por uno en particular...

Él sonrió.

-¿Has aprendido de memoria los motivos que puedes alegar para pedir el divorcio?

Ella asintió, feliz de ver que el ceño de Lucas había desaparecido por completo.

-Existe el de abandono, pero no me serviría, por supuesto. No hemos convivido el tiempo necesario. -El tema comenzaba a entusiasmaría y eso se notaba en su voz-. También pensé en el alcohol, pero lo descarté de inmediato, porque nunca he visto que usted beba cuando estamos juntos. Hasta pensé en acusarlo de crueldad extrema y repetida, pero eso sería una gran mentira y no me sentó nada bien. Usted debe proteger su reputación. Yo no doy ninguna importancia a la mía, pero tengo mi orgullo, y jamás habría aceptado casarme con un hombre que me golpeara. Por lo tanto, no puedo mentir.

-Los hombres no pierden tiempo en cosas tan tontas como el orgullo. Eso queda para las mujeres -comentó él.

-A muchos les interesa.

-A mí no.

Tal vez, si él no se hubiera mostrado tan arrogante, Taylor le habría dicho el verdadero motivo que pensaba aducir. Pero esa vanidad masculina se estaba saliendo de cauce. Se convertía en una capa roja agitada delante de sus ojos.

¿Así que el señor no tenía problemas de orgullo? "Ya veremos", se dijo.

-¿A ti no te gusta mentir? -preguntó Lucas.

-No me gusta, no -confirmó ella-. Parece sorprendido.

-Lo estoy. Una mujer sincera-explicó, muy sonriente-. Es toda una novedad.

Ella se negó a recibir la ofensa.

-Usted no ha tratado con muchas mujeres buenas, ¿verdad, señor?

Lucas se encogió de hombros.

-Acabemos -ordenó-. No me hagas perder el tiempo con lo que podrías hacer. Dime qué motivo alegarás para pedir la anulación.

-Sí, por supuesto. -Taylor agregó la más dulce de sus sonrisas y caminó hacia la puerta, empujándolo suavemente hacia ella, mientras le explicaba las complejas diferencias entre solicitar un divorcio o una anulación. Cuando hubo terminado, le dio las buenas noches y se apoyó contra el marco de la puerta. Lo siguió con la vista mientras él se alejaba por el corredor, preguntándose cuánto tardaría en dejarse ganar por la curiosidad.

Lucas iba por la mitad del corredor cuando cayó en la cuenta de que ella no le había dicho qué motivo iba a alegar. Giró en redondo para volver a la puerta, a fin de no verse obligado a levantar la voz.

-Si no soy un borracho, ni un bravucón, ni un salvaje que golpea a su mujer, ¿qué soy? -preguntó, con bastante exasperación en la voz.

Taylor endulzó su sonrisa y, mientras iba cerrando la puerta, se lo dijo con la voz llena de alegría: -Impotente.

8

Le había echado a perder la noche.

Lucas sólo podía pensar en el absurdo comentario de Taylor ¡Impotente él! Por Dios que iría a la tumba antes que permitirle poner ese puerco motivo en la demanda de divorcio, para que la leyera toda la corte de justicia. Debió de pasar una hora echando pestes antes de

sentarse a pensarlo bien. Repasó mentalmente la conversación diez o doce veces, sin olvidar nunca la chispa que había surgido en sus ojos, y al terminar su análisis llegó a la conclusión de que era una amenaza vacía. "Orgullo"; la palabra surgió de súbito en su cabeza. Luego fue su propia vanidad: que los hombres no se preocupaban por el orgullo tanto como las mujeres. ¿Había dicho él eso o algo similar? ¿Y no fue entonces cuando asomó esa chispa en los ojos de Taylor? Oh, sí, era sólo una amenaza vacía. Ella también le había dado una lección. Lucas empezó a sonreír, decidiendo que Taylor era una damisela muy astuta.

-Ya era hora de que te quitaras ese ceño y empezaras a divertirte.

Fue su amiga Belle quien hizo el comentario. De inmediato Lucas se sacudió la preocupación para brindarle toda su atención.

Belle había cambiado considerablemente en los diez últimos años. Había sido una mujer robusta, pero ahora se la veía frágil. Seguía siendo tan alta como siempre (de la estatura de Lucas, en realidad), pero la piel y la postura ya delataban su edad. Había pasado por tiempos difíciles. La vida de frontera maltrataba a las mujeres y las envejecía antes de tiempo.

Ese era el caso de Belle, que había pasado treinta años en el páramo antes de volver a Boston. Lo severo del clima le curtió la piel; el duro trabajo cotidiano que toda mujer debía realizar le encorvó los hombros y la espalda.

Lucas la recordaba con pelo castaño oscuro; ahora lo tenía blanco. Sin embargo, sus ojos no habían cambiado. Seguían siendo cálidos, amables, invitantes.

Aún atraía a los hombres, como lo demostraba el compañero sentado junto a ella, un tal Winston Champhill. El anciano pesaría la mitad que ella, pero había adoración en sus ojos cada vez que la miraba.

Belle ya había sepultado a tres esposos. Lucas se dijo que Winston bien podía convertirse en el cuarto. La pareja ya había tomado asiento en el salón para caballeros, zona estrictamente prohibida a las mujeres, pero Belle no prestó ninguna atención a la norma. Los empleados, por no hacer una escena, mandaron llamar al director del hotel. Lucas apenas tuvo tiempo de instalarse enfrente de la pareja antes de que éste apareciera junto a Belle. El director se inclinó para susurrarle algo y, después de escuchar su respuesta, salió precipitadamente del salón, con la cara enrojecida.

Lucas prefería no saber qué había dicho ella. Una vez que se quitó de la mente la cuestión de su esposa, pudo dedicarse a escuchar todas las noticias de Kerrington, la colonia en la que él había nacido. Cuando tuvo edad y fuerzas suficientes para abandonarla, lo hizo. Desde entonces no había retornado. Según decía Belle, la ciudad no había crecido mucho en los últimos veinte años. Ella regresaba a Kerrington con cierta frecuencia, para asistir a bodas y a reuniones familiares. Con tantos esposos como había tenido, su familia política era necesariamente extensa. Y, dado su afectuoso corazón, apreciaba a todos y cada uno de sus parientes.

Era más de la una de la madrugada cuando acabó de ponerlo al día con las noticias. El señor Champhill había dado el cabezazo definitivo una buena hora antes. A Belle le divertía mucho la conducta de su acompañante. Señaló al caballero con una gran sonrisa. -Está exhausto -dijo en un susurro, para no molestarlo-. Tiene diez años menos que yo, pero no puede seguirme el paso. Por muy jóvenes que los elija, Lucas, siempre acabo por agotarlos. -Hizo ese último comentario con cierto tono de jactancia.

Lucas sonrió.

-¿Vas a casarte con él?

-Supongo que sí -Belle suspiró-. Por la noche tengo frío y él alcanza para calentarme. Puede que éste me dure un poco más que los otros. ¿Y qué me dices de ti, hijo? ¿Cuándo vas a buscar una buena mujer para sentar cabeza?

Lucas se respaldó en la silla, alargando la mano hacia la copa que venía haciendo durar desde el principio de la velada. Nunca había sido gran bebedor. No era el sabor lo que lo molestaba, sino los efectos posteriores. Le gustaba tener siempre el control de sí mismo y la bebida se lo quitaba.

Tampoco era afecto a hablar de sus asuntos, pero su amistad con Belle databa de antiguo. Esa mujer lo había tratado como a un hijo, ocupándose de él a la muerte de su madre.

Para Lucas, ella era lo más parecido a una familia y su único vínculo con su tierra natal de Kentucky.

-Me he casado, Belle.

Tardó varios minutos en convencerla de que estaba diciendo la verdad; luego tuvo que esperar un par de minutos más para que Belle se recuperara de la sorpresa. Su estupefacción era evidente, sobre todo al enterarse de que el matrimonio era sólo una formalidad. Abundó en risas y en sacudidas de cabeza.

-Esto sí que es bueno -repetía una y otra vez. Quiso conocer todos los detalles. Lucas le contó casi todo. Explicó sus motivos para regresar a Inglaterra: lo de su hermano menor, y el súbito cambio de idea de Merritt, que había exigido un rescate para permitirle llevarse a Kelsey.

Cuando él hubo terminado esa parte, Belle estaba más ceñuda que un juez a punto de pronunciar una condena a muerte.

-¿Y dónde está ahora ese muchacho? -preguntó.

-Va hacia el rancho, con Jordan y Douglas. Van a pasar una semana en Denver. Allí hay una escuela que Jordan considera apropiada para Kelsey. Si resulta buena, el chico ingresará allí en el otoño.

-Y esos muchachos mayores, ¿siguen trabajando en tu rancho de Redención? -preguntó Belle.

Lucas asintió.

-El rancho está a una jornada de Redención -corrigió-. Pienso donarlo a mis tres hermanos. Lo más probable es que se lo repartan y a su debido tiempo, cuando se casen...

-¿Serán felices por siempre jamás? Lucas sonrió.

-Tal vez. Ahora están luchando. Douglas quiere cultivarlas tierras llanas, y Jordan, usarlas como pastura para agregar ganado. Han trabajado mucho, Belle, y trabajarán más aún si la tierra les pertenece.

-¿Qué me dices de ti y de tu flamante esposa? -Yo voy a regresar a las montañas. Ella vivirá en Boston. Jamás podría sobrevivir en territorio salvaje, Belle. Es demasiado tierna.

-Puede curtirse.

Lucas movió la cabeza en un gesto negativo. -Es muy refinada, una dama de verdad -explicó-. Taylor proviene de una familia aristocrática. Nunca ha tenido que hacer tareas vulgares y no me gustaría verla... -se interrumpió antes de admitir que no le gustaría verla envejecer y agotarse antes de tiempo-. Merece vivir bien.

-¿Recibe dinero de esa aristocrática familia suya?

-Sí.

-Bueno, las damas refinadas con dinero se las arreglan tan bien como las mujeres vulgares sin él -adujo Belle-. Piensa, hijo, que con dinero puede pagar todo el servicio doméstico que necesite.

-En el páramo, no -señaló él-. En el Territorio de Montana las mujeres son tan escasas que no necesitan trabajar para nadie.

-En estos momentos hay en Bozeman catorce mujeres -arguyó ella-. Y muy pronto irán más a establecerse en la zona.

-Pero yo no vivo cerca de Bozeman.

-Lo mismo da. Puedes contratar a algunos hombres para el trabajo... ¿Por qué sacudes la cabeza? -Por nada del mundo permitiría que otro hombre trabajara cerca de ella.

La sonrisa de Belle fue muy ancha.

-Así que no quieres a otros hombres cerca de ella -comentó-. Es muy curioso.

Lucas, sin saber qué contestar a eso, se encogió de hombros para disimular su inesperada incomodidad. El tema lo perturbaba; se estaba arrepintiendo de haber mencionado lo de su casamiento.

-¿Tú percibes las mismas contradicciones que yo? -continuó ella-. Primero dices que vas a dejar a tu mujer sola en Boston para volver a las montañas; cinco minutos después, que por nada del mundo permitirás la presencia de otro hombre cerca de ella, en el Territorio de Montana.

-Sé que parece...

-¿Contradictorio?

Él suspiró. Belle tenía razón: era contradictorio. Su amiga sacudió la cabeza.

-No te has dado tiempo para pensarlo bien, ¿verdad?

Lucas quiso discutir. Sí, qué diablos, lo tenía bien pensado. Supuestamente era un acuerdo sencillo y fácil, que sólo duraría un tiempo limitado. Pero Taylor complicaba las cosas. Él no había contado con su atracción, con el constante impulso de protegerla ni con la posesividad que experimentaba cada vez que la tenía ante sí.

-Comprendo que hayas accedido al casamiento, por supuesto. Le brindaste tu protección a cambio del dinero que necesitabas para comprar la libertad del muchacho. ¿Cómo se llama el chico?

-Kelsey. Ella asintió.

-¿Recuerdas a ese jovencito MacCowan? Creo recordar que mataste a un par de gusanos para arrancar al chico de sus garras. Y también estuvo lo de aquella pequeña irlandesa... ¿Cómo se llamaba?

-Sucedió hace mucho tiempo, Belle, y no tiene nada que ver con mi casamiento.

-Sólo quiero recordarte que, por temperamento, tiendes a proteger -aclaró ella.

-Por temperamento también tiendo a la libertad. Belle rió entre dientes.

-Ahí percibo otra contradicción, hijo. Dices que estás casado y luego dices que no lo estás. ¿Cuánto tiempo piensas seguir así?

-Tengo que preguntar a Taylor cuánto tiempo quiere seguir casada. Hemos hablado de pedir la anulación o el divorcio. Creo que a ella le da igual.

-¿Y tú qué prefieres?

-La anulación. Sería menos estigmático. Belle resopló de incredulidad.

-Si ella es de familia rica, debe de tener muchas relaciones sociales. De un modo u otro la harán a un lado. ¿Está enterada de eso?

-No parece importarle.

-Eso sí que es muy extraño -comentó Belle-. A cualquier dama de sociedad le importaría.

"Sí", pensó Lucas, "a la mayoría de las mujeres les importaría." ¿Por qué a Taylor no? Recordó un comentario que ella había hecho esa noche, mientras se extendía sobre los motivos legalmente aceptables para una demanda de divorcio; durante esa larga explicación, ella había mencionado que su propia reputación no interesaba.

Belle vació el contenido de su copa, hizo un gesto a Lucas para que se la llenara otra vez y se inclinó hacia adelante. Lo acribilló a preguntas sobre Taylor. Quiso saber cómo vestía, qué comía, qué bebía, cómo se comportaba, cómo trataba al prójimo y cómo pretendía que se la tratara.

Las contradicciones se amontonaban. Taylor provenía de una casa rica y lujosa, pero en el viaje a Boston no se había comportado como una damisela mimada que requiriera atenciones.

-Se las arregla muy bien sola -confesó Lucas.

-Nada en tu novia tiene sentido -anunció Belle-. A mi modo de ver, sólo hay una cosa segura, hijo: ella tenía otro motivo para casarse contigo, algo que le importa mucho más que su reputación.

El bien mayor. Lucas recordó que, ante su insistencia por conocer la verdadera razón de su casamiento, Taylor había terminado por admitir que no lo había hecho sólo para que su tío no la dejara sin herencia. También se había casado por lo que denominó "el bien mayor", ¿Qué diantre sería eso?

Decidió que era sobradamente hora de averiguarlo. En realidad, él no se había interesado en averiguar los antecedentes de Taylor antes de la boda. Ni siquiera se había molestado en echarle un vistazo previo. No, no se había interesado en absoluto; por entonces su pánico era excesivo. Su desesperación. Habría hecho cualquier cosa por rescatar a Kelsey de Merritt. Al ver lo mal que trataba al chico, Lucas había pensado hasta en matar a ese chacal. Fue entonces

cuando la abuela de Taylor le ofreció una solución que no lo enviaría a la cárcel. De inmediato Lucas tomó el dinero y aceptó la deuda. ¿Y ahora?

Belle distrajo su atención inclinándose sobre la mesa para sacudir a su acompañante. La pareja se fue pocos minutos después. Lucas los acompañó hasta las puertas del vestíbulo.

-Si no partiéramos mañana hacia St. Louis, insistiría en que me presentaras a tu novia, Lucas. Le haría responder unas cuantas preguntas.

Él sonrió. Imaginaba a Belle tratando de hacer que Taylor le dijera lo que ella quería saber. Su vieja amiga tenía más años y más experiencia, pero Taylor era más inteligente y habría sabido defenderse.

Se despidió de Belle con un beso y subió al piso de arriba. Estaba decidido a obtener respuestas, pero tendría que esperar al día siguiente. Taylor debía de estar profundamente dormida, y él no estaba de humor para conversaciones largas. Ella necesitaba descanso, y él también. Se sentía aplastado, en las últimas. Era el efecto de la ciudad. Allí no podía mostrarse como era. Tenía que ser cortés, y andar sin armas. Sin sus revólveres se sentía desnudo y vulnerable. El aire de la ciudad no era vigorizante como el de la montaña, aunque Taylor y su amiga se habrían maravillado al verlo tan límpio. No conocían nada mejor, y probablemente Boston no era tan sofocante como Londres. Aun así, a él le parecía horrible, como todas las ciudades grandes. Era como si el hollín, constantemente escupido por miles de chimeneas, le fuera recubriendo las entrañas. Boston se había poblado de gente y crímenes, como todas las metrópolis. Sólo quienes no conocieran las montañas y las planicies podían vivir contentos en un lugar tan atestado. Subsistían en la ignorancia. Era la única explicación de que alguien pudiera establecerse en un ambiente tan febril y ruidoso.

Pero uno sólo puede resistir hasta cierto punto. Lucas ya estaba harto. Necesitaba volver a su casa. Tan silenciosamente como pudo, giró la llave en la cerradura y entró en la habitación que compartía con Taylor. La vio de inmediato: estaba dormida en el sofá, frente a la puerta. El claro de luna daba a su cabellera y a sus hombros un resplandor dorado. Parecía un ángel. Tenía el pelo esparcido sobre el almohadón y las manos pudorosamente cruzadas en la cintura. Se había cubierto con la bata blanca a modo de manta.

Lucas pasó largo rato observándola. Tuvo que obligarse a cerrar la puerta, echarle llave y marchar hacia la alcoba. En el trayecto hacia la cama se quitó la chaqueta. Después de abrir la cama volvió en busca de Taylor. Su intención era llevarla a la cama y ocupar su sitio en el sofá.

En otras ocasiones habían compartido el lecho, pero esa noche no confiaba en sí mismo: la deseaba demasiado. El deseo lo poseía desde el momento mismo en que entró. Sacudió la cabeza, reconociendo que no estaba siendo sincero consigo mismo. Deseaba a Taylor desde que la había visto en el salón de baile, y la necesidad había ido creciendo en él con cada paso dado hacia su desposada. Cuando por fin le vio en la cara que lo reconocía, cuando ella le dedicó esa estupenda mirada de ojos dilatados, corno si pensara: "Oh, Dios mío, qué he hecho", había experimentado un impulso casi irresistible de echársela al hombro y buscar el lecho más cercano. La deseaba desde el primer momento, sí, y le estaba resultando imposible mantener su comportamiento caballeresco.

Pero había dado su palabra e iba a respetarla, aunque se convirtiera en eunuco. Había prometido a la abuela de Taylor proteger a su desposada. La palabra "sexo" nunca figuró en el trato.

Taylor se volvió de costado. El movimiento hizo que Lucas volviera a su tarea. Apartó la mesa de un empellón y se hincó sobre una rodilla, alargando los brazos hacia ella, pero se detuvo bruscamente al ver el papel que ella tenía en las manos. Sólo podía ver parte del encabezado, pero con eso le bastó: era un formulario de telegrama. Desvió la vista hacia la cara de la muchacha. Desde tan corta distancia vio las lágrimas en sus pestañas y las mejillas todavía húmedas. De pronto se llenó de miedo: obviamente ese mensaje había destrozado a Taylor, haciéndola llorar hasta quedarse dormida.

Sus manos sujetaban el papel como en una convulsión de muerte. Lucas tuvo que abrirle suavemente los dedos para leer el mensaje. Ya había adivinado la noticia, pero necesitaba asegurarse.

El papel también estaba húmedo. La pobre había llorado sobre el formulario. Lucas lo desplegó poco a poco para leer la misiva.

La Señora había muerto.

Taylor debía de tener el corazón destrozado. Él agachó la cabeza y cerró los ojos. No era dado a rezar, pero se descubrió recitando una plegaria que le había enseñado Belle, años atrás. Sólo recordaba unas pocas frases, pero sin duda Dios sabría entender su petitorio. Pidió a su Hacedor que diera paz y felicidad a la Señora. Su oración fue una reacción instintiva, pues la noticia lo había afectado. En realidad, estaba lleno de tristeza. Lady Esther le había causado una fuerte impresión en el breve tiempo en que se trataran. Era una mujer fuerte, apasionada y porfiada. Daba definición a la palabra elegancia. Era una anciana recia, sí, pero lo que más impresionó a Lucas fue su decisión de hacer todo lo necesario para ofrecer seguridad a su nieta.

Lucas abrió los ojos y descubrió que Taylor lo estaba mirando fijamente. Ninguno de los dos dijo una palabra. Él se limitó a dejar el telegrama en la mesa y le alargó los brazos. Ella, sin resistencia, se dejó alzar y llevar a la cama. Lucas la depositó en el medio de las sábanas y se hizo a un lado para desvestirse. La muchacha no lo miraba: había cerrado los ojos. Luego le volvió la espalda y se acurrucó entre las mantas.

Él decidió no permitir que se encerrara, dejándolo afuera. Necesitaba dar rienda a su dolor, llorar sin contenerse... iniciar el duelo.

Se metió en la cama para tomarla en sus brazos. Ella lo rechazó, pero sólo por un momento; luego le rodeó la cintura con los brazos y, escondiendo la cara en el hueco de su cuello, comenzó a temblar casi con violencia.

Lucas la consoló de la única manera que conocía: acariciándole la espalda, mientras susurraba palabras que pudieran serenarla. Aun cuando tuvo la certeza de que Taylor se había dormido, la retuvo en su abrazo. No quería soltarla jamás.

Despertó otra vez encima de ella. Era noche cerrada, casi las cuatro de la madrugada. Poco a poco fue recobrando la conciencia. Estaba frotando la nariz contra el cuello de Taylor y tratando de introducir la rodilla entre sus muslos. Ya le había recogido el camisón hasta las caderas. Ella no tenía ropa interior. Tampoco se resistía. Había enredado las piernas a las suyas y le rodeaba el cuello con los brazos. Lucas, aún más dormido que despierto, pensó que debía de tener un sueño tan erótico como el suyo, pues lo estaba besando en el cuello.

No quiso detenerse. Su mano ascendió bajo el camisón, acariciante. Ahuecó la mano en torno de un pecho. Rozó el pezón con el pulgar. Ella dejó escapar un gemido grave contra su oído y estrechó el abrazo. De pronto, Lucas sintió la necesidad de saborearla. Su búsqueda se hizo más recia. Le sujetó la cabeza por la nuca, girándosela hacia él. Su boca selló cualquier protesta que ella hubiera podido hacer. Su lengua irrumpió buscando la de ella. La besó apasionadamente mientras le acariciaba el cuello; luego bajó las manos hasta cubrir un pecho con cada una. El calor de esa piel lo volvía loco. Ese aroma como de flores, leve e irresistible, lo cortejaba, lo drogaba; no podía pensar en otra cosa que en acercarse un poquito más a esa fragancia limpia y femenina. Ella parecía de seda. Habría querido probar cada centímetro de su piel. Bajó las manos hasta abarcarle la cintura. Las bajó más aún, hasta tocar el centro mismo de su calor. Ella arqueó la espalda hacia arriba, dejando escapar una exclamación ahogada.

Había comenzado a temblar. Él apartó la boca para desabotonarse los pantalones. Estaba ya duro y palpitante por la necesidad de plantarse sólidamente en ella.

Tenía la respiración agitada por el deseo. No pudo dejar de besarla aun mientras se quitaba la ropa, y fue sólo al percibir la sal de una lágrima en su mejilla cuando cayó al fin en la realidad.

¿Qué diablos estaba haciendo? Fue como si lo hubieran empapado con agua helada. Aspiró hondo varias veces, tratando de aminorar el ritmo de su corazón. Su primer pensamiento lógico no fue agradable: cayó en la cuenta de que se estaba aprovechando horriblemente de Taylor. Ella no podía pensar correctamente; acababan de comunicarle la muerte de su abuela. Lo que necesitaba no era libertinaje, si no consuelo.

Trató de separarse de ella. Le bajó el camisón y se obligó a tenderse a su lado. Eso requirió hasta su última pizca de fuerza, pero logró la hazaña. Sin embargo, el problema fue que Taylor lo acompañó. Ella tampoco podía soltarlo. Tenía la boca abierta contra el cuello de Lucas y se movía eróticamente contra él, instándolo sin palabras a no separarse.

Él no aceptó aquello. Le apartó los brazos y trató de que volviera a su lado de la cama. Taylor no lo dejaba. Lo abrazó por la cintura, aferrándose a él como para salvar la vida.

Necesitaba que él le hiciera el amor. Taylor se puso rígida contra él en cuanto su mente captó la idea. Oh, Dios, ¿qué estaba haciendo?

De pronto se sintió desolada y llena de lástima por sí misma. La Señora se había ido. Eso era todo lo que podía pensar. No imaginaba la vida sin ella. ¿Cómo se las arreglaría para continuar así, completamente sola? Su abuela se había convertido en una red de seguridad. Si los problemas de la vida en el páramo se tornaban insuperables, Taylor podría haber escrito a la querida anciana para pedirle consejo... y amor. La Señora le habría dicho qué hacer; Taylor podía seguir su consejo o no, pero al menos habría sentido que alguien se interesaba por ella. Su abuela había tomado el papel de madre, en todo el sentido de la palabra. Aún tenía a tío Andrew, por supuesto, pero él no se parecía en nada a un padre. Era su querido tío, excéntrico y solitario, compañero de juegos en su infancia, íntimo amigo ahora. ¿Quién sino tío Andrew habría podido persuadirla para que pasara un mes viviendo en una choza, a fin de descubrir si tenía agallas y fortaleza para vivir en la frontera, si se presentaba la oportunidad? Sí, aún podía escribir a tío Andrew, pero no era lo mismo en absoluto.

Echaba de menos a su mamá. El dolor era aplastante. Creía estar preparada para perder a la Señora, pero dolía, oh, Dios, tanto que se había propuesto deliberadamente seducir a su esposo, en un intento de encontrar consuelo... y amor, por más que fuera una burla, sólo para aliviar el horrendo pesar de su corazón.

-¿No me quieres, Lucas?

Él percibió lo ahogado de su voz. Le parecía imposible que ella necesitara hacer esa pregunta. Su manera de responder no fue muy caballeresca: rodó sobre la espalda y le sujetó la mano para apoyársela bruscamente en la entrepierna. Después de eso no hicieron falta palabras. La reacción de Taylor fue la que él esperaba: apartó la mano como si se hubiera quemado.

Se apartó de él, incorporándose. -Entonces ¿por qué no continúas?

Él apoyó la nuca en las manos antes de responder. Contó hasta diez. Necesitaba concentrarse para no arrancarse los pantalones para darse el gusto con ella. -No quería que pararas.

Gruñó. Tenía los dientes muy apretados y la frente cubierta de sudor. En la oscuridad Taylor apenas podía distinguir su expresión. Las lágrimas le caían por las mejillas, abundantes. Se las limpió con el dorso de la mano. Se sentía humillada y miserable. Sentía deseos de esconderse a llorar. Y, ¡oh, Dios, cómo necesitaba a la Señora!

Sin decir otra palabra, se escurrió hasta el borde mismo de la cama, tratando de alejarse en lo posible de él, y se cubrió con las mantas. Apretada en un ovillo, con los ojos cerrados, luchaba por no sollozar abiertamente. Pasaron varios minutos en silencio, hasta que ella creyó que Lucas se había dormido. Quería volver a la sala. Dormiría nuevamente en el sofá. Sabía que estaba próxima a perder la compostura, pues en ese mismo instante se estaba desintegrando, y nada sería más humillante que derrumbarse frente a él. En los últimos años ni siquiera su abuela la había visto llorar. Una escena así la habría horrorizado, haciendo que se avergonzara de su nieta. La idea de que el señor Ross presenciara su dolor le pareció insoportable. Sin duda, pensaría que su falta de disciplina y autodominio era repugnante. La mera posibilidad la llenaba de bochorno.

Tenía que salir de allí. Apartó las mantas y se sentó. Cuando estaba a punto de sacar las piernas de la cama, él le impidió levantarse. Taylor no tuvo siquiera tiempo de forcejear. Lucas se movió con cegadora rapidez: la atrajo hacia sí y le ciñó los brazos a la cintura, estrechándola contra su cuerpo. El trasero de la muchacha quedó cómodamente alojado contra su entrepierna. El le apoyó el mentón en la coronilla. No la dejaría ir a ninguna parte.

'-¿Taylor?

Ella no respondió. Eso no lo detuvo.

-Querías que te hiciera el amor por los motivos más erróneos.

La joven trató de apartarse. Él estrechó el abrazo. -Me deseabas, ¿no?

No pensaba responder a esa pregunta, pero él le dio la sorpresa de estrecharla más. Taylor comprendió que no la dejaría levantarse mientras no le diera lo que quería.

-Te deseaba, sí -susurró.

-Por la mañana lo habrías lamentado.

Ella se quedó pensando en esa aseveración. Luego murmuró, sólo para apaciguarlo:

-Probablemente.

Pero no lo creía. Esa noche deseaba a Lucas con una intensidad que nunca había experimentado antes. Sus propios sentimientos la aterrorizaban. Taylor siempre había querido conservar su autodominio. Necesitaba ser disciplinada con sus emociones y sus reacciones. El miedo le había hecho eso. Y Marian. Taylor había aprendido de su hermana mayor. Marian no se había limitado a protegerla de la lujuria de tío Malcolm: también le había enseñado a tomar todas las precauciones imaginables, tanto en lo mental como en lo físico, para no caer jamás víctima de un hombre.

Y ahora aparecía Lucas Ross. Taylor no sabía cómo protegerse de él. Se las había arreglado muy bien durante unos cuantos años, aun mientras estaba comprometida con William Merritt y planeando su boda, sin dar jamás una parte de su corazón al novio. Aunque su traición la dejó destrozada, lo cierto fue que el escándalo y la humillación la afectaron más que la pérdida de William. En realidad, no se sorprendió demasiado; después de todo, Merritt no hacía otra cosa que responder a sus expectativas.

Lucas, en cambio, pertenecía a un tipo muy diferente. No se parecía en absoluto a los otros hombres que ella conocía. Era amable, considerado, afectuoso. ¡Y cuánto deseaba ella que dejara de ser así! Sin intentarlo siquiera le estaba arrancando todos los escudos; si no se mantenía constantemente en guardia, él acabaría por entrar a hurtadillas para robarle el corazón. -¿Taylor? -su voz era un susurro áspero.

-¿Sí?

-Cuando te tome sólo vas a pensar en mí. -Le frotó la barbilla contra la cabeza, en una suave caricia-. Esta noche estabas pensando en tu abuela. Está bien -agregó-. Necesitas ese duelo.

Ella sacudió la cabeza.

-La Señora me dijo que no podía -explicó, girando en sus brazos para apoyar la mejilla contra su pecho-. Me hizo prometer que no me vestiría de negro. Se supone que debo mirar hacia el futuro, no hacia el pasado.

El sollozo la tomó por sorpresa. Lucas le frotó la espalda, acercándola más.

-¿Qué otra cosa te dijo?

-Que la recordara -susurró ella. Las lágrimas corrían ahora con más rapidez, sin que ella pudiera detenerlas-. Que contara a las criaturas cosas buenas de ella.

Lucas supuso que se refería a sus futuros hijos. -Nadie la olvidará -dijo.

Difícilmente Taylor lo hubiera oído. Ahora sollozaba abiertamente y se disculpaba por su conducta a cada minuto.

-Está bien que llores, cariño.

Ella no estaba de acuerdo, pero los sollozos le impidieron decírselo. Continuó así durante un tiempo incalculable, que a ella le pareció una eternidad. Luego tuvo un ataque de hipo. Oh, Dios, era un espantajo; no dejaba de mojar a Lucas con su llanto y hacía unos ruidos horrendos, nada dignos de una dama.

A él no parecía molestarle. Se levantó en busca de un pañuelo y volvió a la cama para entregárselo. Dejó que ella se secara la cara y lo tomó para arrojarlo a la mesilla. Luego la tomó nuevamente en sus brazos. Se mostraba sumamente gentil, pero tanta bondad sólo servía para que Taylor llorara con más fuerza. Después de un rato trató de serenarla.

-Basta, amor. Todo está bien.

Tuvo que repetir diez veces esa promesa. Nada estaba bien ni lo estaría jamás. La Señora no regresaría, y Taylor estaba ahora completamente sola, con un par de gemelas de dos años

bajo su responsabilidad. Lucas Ross no tenía la menor idea de lo que estaba bien y lo que estaba mal. Pero ella estaba demasiado exhausta como para discutir. Lloró hasta quedarse dormida, aferrada a su esposo, dejándose consolar. Se sentía segura y protegida. Buen Dios, no quería soltarlo jamás.

9

La fortuna sabe que cuánto más la desdeñamos es cuanto más golpes ofrece.
William Shakespeare
Antonio y Cleopatra

Taylor durmió hasta tarde. A las ocho y media se presentó Victoria, buscando a su amiga. Estaba preocupada por ella y, en cuanto Lucas abrió la: puerta, explicó que Taylor no había ido a buscarla para desayunar. ¿Estaba enferma o se había olvidado de que debían desayunar juntas en el Reservado para Damas?

Lucas no le dijo lo de la Señora. Despertó a su esposa con una sacudida y se ocupó de acompañar a Victoria al comedor. Como él no tenía hambre, comió una sola porción de salchichas, pescado, bizcochos, salsa de carne, huevos escalfados, patatas y manzanas asadas con canela. Victoria comió sólo un bizcocho seco con un vaso de jugo de manzanas recién hecho.

Esa mañana, la amiga de su mujer parecía nerviosa y no dejaba de pasear una mirada inquieta por el atestado comedor. Probablemente la preocupaban los otros comensales. Lucas intentó serenarla tratando de hacerla hablar sobre su familia, pero comprendió su error al ver que a la pelirroja se le nublaban los ojos. Cualquier mención a sus parientes y amigos de Londres la atribulaba visiblemente. Entonces él le preguntó sobre su futuro en Boston. Eso la agitó aún más.

Alguien dejó escapar una risa chillona al otro lado del comedor. Victoria dio un brinco de treinta centímetros y se volvió a echar un vistazo por encima del hombro, con un ceño intenso en la cala.

-¿Ocurre algo? -preguntó él.

Antes de que la joven pudiera responder, Taylor apareció junto a la mesa. Lucas se levantó inmediatamente para acercarle la silla. Ella se lo agradeció sin mirarlo.

Mantenía la cabeza gacha, pero aun así él notó el leve rubor de sus mejillas. Obviamente algo la avergonzaba. Probablemente el modo en que él la había tocado la noche anterior.

Vestía completamente de negro. A él no le gustó cómo le sentaba ese color; tampoco le agradó la idea de que estuviera desobedeciendo deliberadamente las órdenes de su abuela en cuanto a no llevar luto.

Se había recogido la cabellera en la nuca, en una especie de nudo, y el severo peinado destacaba lo perfecto de sus facciones. Una vez más él admiró su apabullante belleza; de pronto se descubrió mirando a su alrededor, para asegurarse de que ninguno de los comensales masculinos la estuviera mirando. Ella le pertenecía, qué diablos, y ningún otro hombre tenía por qué echarle miradas lascivas.

Casi de inmediato comprendió lo ridículo de su conducta. Después de sacudir la cabeza ante lo contradictorio de su comportamiento, empezó a ladrar órdenes.

-Come algo, Taylor. Y usted, Victoria, explíqueme qué es lo que la preocupa.

Su esposa aseguró que no tenía hambre. Tras beber todo un, vaso de leche, declaró qué estaba muy satisfecha y plegó la servilleta para demostrarlo. Todo eso sin mirarlo. Lucas, exasperado con ambas, decidió enfrentarse primero a su esposa. Después de averiguar por qué estaba así, se ocuparía de Victoria. Con esa decisión en la mente, alargó una mano para cubrir la de Taylor y, en voz baja, le ordenó que lo mirara.

Ella tardó un poco en obedecer. Lucas esperó con paciencia a que alzara la vista para decirle:

-No tienes por qué avergonzarte. Anoche no ocurrió nada.

Iba a recordarle que, de cualquier modo, estaban casados y unos cuantos besos entre marido y mujer no eran motivo para el bochorno.

Nunca tuvo oportunidad de pronunciar ese argumento tan lógico, porque ella le clavó una mirada incrédula. -Lloré delante de ti. Por supuesto que me siento avergonzada. -Su rubor se intensificó-. Pero prometo que no volverá a suceder. En general soy muy disciplinada. Él no supo qué responder. Iba a discutir, pero cambió de idea. Victoria había dejado de echar miradas de soslayo a los comensales para concentrarse en el diálogo de ambos. Además, arrojaba chispas por los ojos y el blanco parecía ser él.

Lucas quiso preguntarle qué diablos le pasaba, pero suavizó la pregunta ponlo delicado de su condición. -¿Ocurre algo malo?

-¿Usted hizo llorar a Taylor?

Él suspiró. La muchacha actuaba como si estuviera convencida de que él había insultado a su amiga. -No -respondió-. Estaba afligida por otra cosa. -Decidió dejar que Taylor le explicara lo de su abuela. -¿Has terminado de desayunar, Victoria? -preguntó Taylor, intentando cambiar de tema.

Pero su amiga no la escuchó. Toda su atención estaba centrada en Lucas. Parecía haber resuelto algo. En el momento en que él iba a levantarse de la mesa, le pidió que no se moviera.

-Si usted conociera mejor a su esposa, señor Ross, sabría que jamás llora.

-¿De veras?

Victoria asintió. La voz le temblaba de nerviosismo.

-Y nunca come nada en el desayuno. Sólo bebe un vaso de leche. Usted tampoco sabía eso, ¿verdad? Lucas sintió deseos de sonreír, pero no se atrevió. La pelirroja se estaba enfureciendo en nombre de Taylor. Al parecer, la conocía mucho mejor que él.

-Vivió en una choza durante...

Taylor la interrumpió. No quería que Lucas supiera de su adiestramiento para vivir en la frontera. De lo contrario él empezaría a hacer preguntas que ella no estaba dispuesta a responder.

-Los banqueros -barbotó- Los señores Sherman y Summers nos esperan a las diez. Sus oficinas están a sólo un par de calles. Creo que deberíamos ir caminando, ¿no te parece, Lucas?

El asintió, pero sin apartar los ojos de Victoria.

-¿Dónde vivió?

La muchacha enrojeció.

-No tiene importancia -dijo- Taylor, si tienes un minuto libre, me gustaría hablarte de algo muy importante.

-Sí, por supuesto -accedió Taylor, aliviada por el cambio de tema.

-Creo que no podré vivir en Boston. Hecha esa declaración, Victoria bajó la vista a la mesa.

-De acuerdo.

Levantó bruscamente la cabeza. -¿No vas a discutir?

Taylor sonrió ante su cara de sorpresa.

-No, por supuesto. Tú sabes mejor que nadie lo que puedes y no puedes hacer, Victoria.

Su amiga creyó necesario explicar en un susurro: -Ya he tropezado con gente conocida.

Lucas, al oírla, encontró tanto sentido a su explicación como a la vergüenza de Taylor por haber llorado. -¿Y encontrarse con conocidos es un problema? -preguntó.

-Sí-respondieron Victoria y Taylor simultáneamente.

Jamás las entendería. Arrojó la servilleta sobre la mesa y se levantó.

-Si las señoras me disculpan, vuelvo a nuestra habitación. Taylor, usted debe cambiarse de ropa antes de ir al banco.

Sin darle tiempo a discutir, giró en redondo y abandonó el comedor. Victoria atrajo entonces la atención de Taylor.

-¿Por qué te has vestido de negro?

-En memoria de mi abuela -respondió Taylor-. Anoche recibí un telegrama. La Señora murió hace cuatro días. A mi tío Andrew no le fue fácil localizarme -agregó.

Había tratado de hablar con voz serena, pero no pudo lograr la hazaña. Cuando terminó la explicación, estaba otra vez próxima al llanto.

Victoria no tenía tantos reparos sobre el control de las emociones. Al verla estallar en lágrimas, Taylor se dijo que la Señora se habría horrorizado ante semejante conducta. Aun así la habría querido, porque Victoria, pese a su falta de disciplina, era sumamente leal a su amiga, y para la Señora la lealtad era la segunda entre las cualidades importantes que podía tener una persona. En su lista moral estaba muy por encima del amor y apenas un puesto por debajo de la cualidad suprema: el coraje.

El dolor volvió. Taylor hizo lo posible por disimularlo, pero el esfuerzo era abrumador. Los otros comensales, sin saberlo, la ayudaron a recobrar la compostura. Varios habían reparado en la angustia de Victoria y le echaban miradas curiosas. En opinión de Taylor, eso era grosero y de mala educación. Irguió la espalda en la silla y les hizo con la mano un gesto dramático para que reanudaran sus respectivas conversaciones. Añadió un buen ceño, para asegurar su colaboración.

Victoria se estaba limpiando las lágrimas con la servilleta. El intento era vano, porque seguían brotando.

-"Las palabras sencillas y sinceras son las que mejor penetran en el oído del dolor" -citó de memoria, en un susurro.

-¿De William? -preguntó Taylor, aun sabiendo perfectamente quién había escrito ese consejo.

-Sí -respondió Victoria-. Y tenía razón. Las palabras sencillas son las mejores; por eso te diré simplemente que lamento mucho tu pérdida. Sé que la Señora era como tu madre y que debes de tener el corazón destrozado...

No pudo continuar. Ahora lloraba sin reparos. Taylor no se sorprendió ante esa escena; por el contrario, la reacción de su amiga le inspiraba humildad. Sus palabras de consuelo tampoco la habían dejado fría; tuvo que aspirar hondo varias veces para dominarse.

-Eres una gran amiga -susurró, cuando pudo confiar en su voz-. Tuve mucha suerte al encontrarte. -Y yo a ti -replicó Victoria, con la voz sofocada por la servilleta-. "Cualquiera puede disimular una pena, menos quien la tiene", agregó. Y me doy cuenta de que sufres.

Taylor no pudo responder, por el simple motivo de que temía echarse a llorar si abría la boca. La posibilidad era inaceptable. No se atrevería a mancillar la memoria de la Señora quebrando la sagrada regla de no llorar en público. Antes prefería morir.

-"Llorar es menguar la profundidad del dolor" -citó Victoria.

En eso la Señora no habría estado de acuerdo con Shakespeare. Taylor decidió dar un tono más ligero a la conversación.

-¿Crees que sólo porque eso lo dijo Shakespeare no puedo discutir contigo?

La pelirroja se las compuso para sonreír.

-No, no puedes discutir. Después de todo, William es una autoridad.

-¿Sabes qué pienso hacer?

-¿Qué?

-Iré a la librería más cercana para comprar todas las obras de William Shakespeare. Las he leído, por supuesto, pero no me he tomado el trabajo de memorizarlas palabra por palabra, como tú. Dentro de uno o dos meses, te prometo que podré citar a tu William como me convenga cada vez que deba persuadirte de algo.

Victoria parecía entusiasmada. Por lo visto, no se había dado cuenta de que Taylor estaba bromeando.

-Puedo prestarte mis ejemplares con mucho gusto -dijo, fervorosa.

Taylor le dio las gracias y llamó por señas a un camarero, para pedirle sendas tazas de té. El comedor se había despejado lo suficiente como para mantener una conversación en privado.

-Si no quieres vivir en Boston ni en sus cercanías, Victoria, ¿a dónde te gustaría ir?

-Contigo -barbotó la muchacha. De inmediato agregó, enrojeciendo-: Si me aceptas, claro. Y si al señor Ross no le molesta.

Yo estaría encantada de contar con tu compañía -aseguró Taylor. Y se detuvo a ordenar sus pensamientos. Victoria interpretó mal esa vacilación. Sus hombros se encorvaron.

-Pero no crees que sea buena idea. Lo comprendo. Una mujer embarazada sería una carga para ti y para... Taylor la interrumpió.

-Déjame terminar. No hay nada en el mundo que desee tanto como llevarte conmigo. Has llegado a ser como de la familia.

-Pero aun así hay un problema.

Taylor asintió. En ese momento apareció el camarero con el juego de porcelana. Puso la tetera floreada en la mesa, agregó dos tazas con sus platillos y, después de hacerles una reverencia, las dejó solas.

Después de servir el té, Taylor continuó:

-No puedes tomar una decisión sin conocer todos los hechos. Debes saber a dónde voy y por qué. Después de que te haya explicado...

-¿Lo de las pequeñas? -interrumpió su amiga.

-Sí. Georganna y Alison son hijas de mi hermana mayor. Ahora tienen dos años y medio. Marian, mi hermana, murió poco después de que se instalaron en Boston. Las niñas quedaron al cuidado de George, su padre. Él también murió hace poco más de un mes. Como no tenía familiares cercanos, las pequeñas han quedado bajo la atención de su niñera, la señora Bartlesmith.

-'`Las penas, cuando llegan, no lo hacen como espías solitarios, sino en batallones."

Taylor asintió. Sobre eso Shakespeare tenía razón. Las penas llegaban en batallones, sí.

-¿Volverás a Inglaterra con las niñas?

-No -respondió Taylor-. De hecho, quiero que estén bien lejos de Inglaterra. Mi hermana tenía miedo a nuestro tío Malcolm. Y tenía buenos motivos para temerlo -añadió-. Ella no quiso que sus hijas estuvieran cerca de ese hombre vil; fue su principal razón para mudarse a Boston. George, su esposo, era norteamericano y estaba plenamente de acuerdo con esa decisión.

-¿Tú también temes a ese hombre?

Se sintió obligada a ser completamente sincera con su amiga.

-Hay que ser estúpida para no temerlo. Es un hombre perverso.

-¿Sería capaz de hacer daño a las bebés?

-Llegado el caso, sí.

-¿Cómo?

Taylor movió la cabeza en un gesto negativo. -No puedo hablar de Malcolm sin que se me revuelva el estómago. Pero ahora que George ha muerto y la Señora también, puede haber problemas con la cuestión de la custodia. Tío Malcolm podría solicitar a los tribunales que las pequeñas fueran puestas bajo su tutela, pero yo lo mataría antes de permitirlo. Esas niñas correrían menos peligro con el mismo Lucifer. Ruego a Dios que Malcolm se haya olvidado por completo de ellas. Como no le comunicamos la muerte de George y la Señora no dejó dinero para las gemelas, espero que no nos cause problemas. De cualquier modo, no quiero correr el menor riesgo. Tengo que desaparecer, Victoria. ¿No comprendes? Hasta que las pequeñas estén en condiciones de defenderse solas, la responsabilidad me corresponde a mí. Marian me protegió durante todos esos años; ahora me incumbe proteger a sus hijas.

-Temo que desaparecer será muy difícil -observó Victoria-. El mundo se ha vuelto muy pequeño. Ahora tenemos el telégrafo y los vapores que pueden viajar de Londres a Norteamérica en menos de dos semanas. Hay trenes que conectan casi todas las ciudades importantes y...

-Ya he tenido todo eso en cuenta -dijo Taylor-. Al principio pensaba llevarme a las niñas a alguna ciudad remota, pero he cambiado de parecer. Existe un lugar en el que Malcolm no nos buscará nunca: la frontera. El señor Ross me habló de una aldea llamada Redención. Dice que allí uno puede caminar uno o dos kilómetros sin ver a nadie más. Allí podría esconderme con las niñas.

-¿Crees sinceramente que tu tío va a buscarte? Taylor asintió con la cabeza.

-Me parece un temor razonable -respondió-. Le gustaría hacerme sufrir. Es un hombre rencoroso y vengativo. Tiene una cicatriz que le cruza el ojo izquierdo.

-Se la hice yo, Victoria, cuando tenía sólo diez años. Estuvo a punto de perder la vista. Lo único que lamento es no haberlo dejado ciego. Cada vez que se mira en el espejo recuerda lo que le hice... y por qué. Me va a buscar, sí. Supongo que ha estado contando los días que faltaban para hacerse cargo de la herencia, de las fincas... y de mí.

Victoria se estremeció. Comenzaba a entender lo que Taylor callaba. Decidió buscar una manera indirecta de comprobar sus sospechas.

-Si las gemelas fueran varones, ¿Marian se habría obsesionado tanto por huir?

-No.

La pelirroja dejó escapar un suspiro. -¿Malcolm es vanidoso?

-Sí.

Victoria sonrió.

-Bien-anunció-. ¿Y la cicatriz es tan fea como yo quisiera?

-Sí.

-Muy bien.

Taylor asintió, decidiendo que había revelado bastante. Victoria, pese a su embarazo, parecía aún muy inocente. No podía comprender los retorcidos apetitos de algunos hombres. Apenas los entendía la misma Taylor, de modo que su amiga se habría horrorizado ante la verdad completa.

-Es irónico -dijo luego-. Mi sueño más grande era vivir un día en el páramo. Tío Andrew apoyaba la idea. Cada vez que yo iba a visitarlo, tenía algo nuevo para leerme. Creía en mi sueño y quería prepararme. Supongo que era un juego entre los dos.

-¿Como eso de construir una choza para que vivieras en ella? -preguntó Victoria.

-Sí -reconoció Taylor, con una sonrisa-. Sus criados creían que yo era tan peculiar como él. No nos importaba. Era sólo un juego.

-¿Sabes qué pienso? En el fondo siempre has sabido que un día vendrías a vivir en los territorios salvajes de América. Las gemelas te complicaron los planes y por eso pensaste en una ciudad más pequeña, en algún lugar del oeste.

-Pensaba, sí, que tarde o temprano acabaría en las montañas. Desde que leí ese primer relato sobre Daniel Boone, me sentí...

-¿Intrigada?

-Intrigada, sí.

-Haré todo lo que pueda para ayudarte -prometió Victoria-. Dime una cosa, por favor. ¿Qué dice Lucas de...?

-Él no sabe nada de Malcolm ni de las gemelas. Debes prometerme que no le dirás una palabra.

-Por amor de Dios, Taylor, piénsalo bien. ¿No te parece que, si te instalas en Redención, él se va a enterar?

Taylor se echó a reír.

-Por supuesto que sí, pero por entonces será demasiado tarde. Si descubre ahora mis planes, tratará de impedírmelo. No cree que yo pueda sobrevivir en territorios salvajes; opina que debo dedicarme a mis vestidos para lucirlos en las fiestas de Boston. ¿Se te ocurre algo más absurdo?

Victoria sonrió. Ahora que conocía mejor a Taylor, era absurdo, en realidad, esperar que malgastara sus días en frivolidades.

-Quiero desaparecer contigo, Taylor. Escúchame antes de hacerme una advertencia. Soy joven y fuerte; tengo alguna inteligencia. Puedo arreglármelas muy bien en el páramo.

-¿Y el bebé? ¿Has pensado lo que sería dar a luz en una choza?

-Otras mujeres lo han hecho.

-Tendremos que analizarlo bien -resolvió Taylor-. Quizá sería mejor que te reunieras conmigo después del nacimiento. De ese modo, sería menos peligroso. Victoria apretó las manos.

-Entonces ¿estás de acuerdo en que, ahora o más adelante, puedo mudarme a Redención?

-¿Tienes idea de en qué te estás metiendo?

-Sí.

Taylor suspiró. Luego hizo una señal afirmativa. -Deberíamos brindar. -Levantó la taza de té y, cuando su amiga hizo otro tanto, susurró-: Por el páramo y nuestra nueva vida.

Las tazas se tocaron.

-Y por la libertad -agregó Victoria.

-Vamos a llegar tarde, Taylor.

Era Lucas quien hacía ese anuncio. La joven, concentrada en su conversación, no había visto entrar a su esposo. No parecía muy feliz. Ella se obligó a sonreír, en un intento de compensar su gesto ceñudo.

-Aún tenemos tiempo de sobra -aseveró. -Quiero acabar con esto. -Él la tomó de un brazo, tironeando para levantarla-. No nos llevará mucho tiempo, ¿verdad? A mediodía me espera un amigo y no me gustaría darle un plantón. Tiene un buen potro para vender.

-La entrevista con los banqueros no llevará más de una hora -aseguró Taylor-. Iré a tu cuarto en cuanto regrese, Victoria. Esta tarde podríamos salir de compras. ¿Quiere usted acompañarnos, señor Ross?

Lucas las había seguido al corredor. La idea de salir de compras con dos damiselas le parecía penosa. -Te recuerdo que tengo un compromiso -señaló.

-¿Para toda la tarde?

-Hasta después del anochecer. La granja está fuera de Boston. Tardaremos un par de horas en llegar. No volveré al hotel antes de las ocho.

-¿Por qué está tan malhumorado, señor Ross?

-Detesto que me hagan esperar.

-También yo -informó ella, con voz ásperamente alegre.

-No creo que debamos ir de compras, Taylor -intervino Victoria-. Estás de luto.

-No debes guardar luto -anunció Lucas-. Tu abuela lo hizo prometer.

-Voy a buscar una iglesia para encenderle una vela -decidió Taylor.

-A ella le gustaría -aprobó su amiga.

Taylor no estaba de humor para ir de tiendas, pero necesitaba comprar montañas de cosas para las gemelas. En realidad, lo que deseaba era verlas. El tiempo era es caso, por supuesto, y debería hacerlo todo cuanto antes.

Como Lucas estaría ocupado hasta la noche, ella decidió visitar a sus sobrinas. Él no se enteraría siquiera de que había abandonado el hotel. De ese modo tampoco tendría que abreviar la visita; Taylor se descubrió sonriendo ante la perspectiva. Si la suerte la seguía acompañando, quizá pudiera persuadir a la señora Bartlesmith para que las acompañara. Era muy improbable, pero bien valía la pena hacer el intento.

Taylor no tenía intenciones de dar mucha información a la niñera hasta que estuvieran ya en pleno viaje. Cuanto menos se supiera de su destino, mejor. Hasta podía insinuar que se dirigían hacia Texas.

Al llegar al piso de arriba, Victoria tomó una dirección; Taylor y su marido, el corredor opuesto. Los largos pasos de Lucas hacían que fuera imposible seguirlo sin correr. Y Taylor se negaba a correr en un hotel tan elegante.

-Por favor, camina más despacio o suéltame, para que yo pueda seguirte más atrás.

Lucas la soltó inmediatamente y se adelantó hasta la puerta. Después de abrirla, se quedó esperando.

-¿Nunca has oído la expresión "más lento que un caracol"? -preguntó.

Taylor entró antes de responder. -No.

-Pues te sienta de maravillas.

Pasando por alto la pulla, la muchacha pasó al dormitorio en busca de los papeles que deseaba llevar a los banqueros. Había preparado una considerable lista de preguntas que hacer y no quería olvidar ninguna. Era preciso arreglarlo todo antes de desaparecer... y antes de que "Lucas volviera a sus montañas.

Después de plegar los papeles, fue en busca de sus guantes. Lucas le bloqueó el paso.

-Quiero que te cambies ese horrible vestido, Taylor.

-Es un atuendo apropiado.

-Le hice una promesa a tu abuela: -Se acercó al ropero y abrió las puertas de par en par. Luego empezó a revolver el contenido. No sabía por qué daba tanta importancia al asunto, pero Taylor había dado su palabra y tendría que cumplirla. La última voluntad de un difunto debía ser respetada; él se encargaría de eso.

Sacó un vestido con su percha y se volvió hacia Taylor.

-Toma. Ponte esto. Y date prisa,' que llegaremos tarde:

Ella estuvo en un tris de echarse a reír al verlo que había escogido.

-¿Rojo? ¿Pretendes que me ponga un vestido rojo?

-Servirá.

Ella reía.

-Es un vestido de noche, nada adecuado.

-Me gusta -insistió él-. Y a tu abuela también le gustaría.

Iba hacia ella con el vestido en la mano. Ese hombre no estaba en sus cabales si pretendía convencerla de usar un vestido de terciopelo rojo para una entrevista con los banqueros.

-No me sienta bien -mintió.

-Póntelo.

-La Señora no estaría de acuerdo.

Cruzó los brazos contra el pecho, decidida a no ceder.

Por la forma en que él apretaba la mandíbula, dedujo que él tampoco pensaba dar su brazo a torcer. Por lo visto, estaban empantanados. Entonces él sopesó el argumento a su favor.

-Por supuesto que la Señora estaría de acuerdo. En el cielo usan colores intensos, Taylor. Estoy seguro. Y ahora ponte esto, si no quieres que lleguemos tarde.

Esas palabras la abrumaron. El hombre era completamente absurdo. Y maravilloso. Así que en el cielo usan colores intensos. Sin duda alguna, era lo más bonito que podría haberle dicho. Lo que importaba no eran los colores ni las ropas que se usaran allá arriba, si acaso usaban algo, sino esa insinuación de que la Señora había ido al cielo.

-Lucas Ross, eres un hombre encantador. ¿Sabes que, cuando la Señora me habló de ti, dijo que eras mi príncipe?

Lucas estaba exasperado. Esa mujer decía cosas sin sentido. Su voz se había vuelto tan queda y sedante como una suave brisa de verano. ¿A qué se debía esa repentina transformación? Un momento antes sacudía la cabeza, ceñuda como una vieja maestra solterona; ahora parecía a punto de llorar o de besarlo. Aun sin saber qué bicho le había picado, Lucas decidió aclarar ese asunto del encanto.

-No soy ni príncipe ni encantador, Taylor. Y sólo me comporto como un caballero para darte gusto. Me cuesta mi buen esfuerzo -agregó-. Si he de ser franco, no sé durante cuánto tiempo más podré guardar las apariencias.

Ella no le creyó.

-¿Ah, sí? -lo desafió-. Haz el favor de decirme qué harías ahora, en este mismo instante, si no tuvieras que comportarte como un caballero.

-¿Lo que realmente me gustaría hacer?

-Sí.

Él sonrió. -Desnudarte.

Ella se puso tan roja como el vestido. Lucas se echó a reír.

-Querías que fuera sincero, ¿no?

-Sí, por supuesto. -La había alterado de tal modo que no podía pensar con claridad-. Me pondré ese vestido -tartamudeó-. Con un abrigo encima. -Sería un abrigo negro que la cubriera de pies a cabeza. Y no se lo quitaría, por mucho calor que hiciera dentro del banco.

Le arrebató la percha de las manos y giró hacia la alcoba.

-Es terriblemente escotado -comentó-. La verdad es que tiendo a desbordarlo.

Él alargó una mano por encima de su hombro y le quitó el vestido de las manos.

Taylor terminó poniéndose una blusa blanca y una falda azul marino. Cuando acabó de atar una cinta de color intenso a sus cabellos, Lucas ya estaba paseándose de un extremo al otro.

Al final llegaron con cinco minutos de anticipación. Lucas se apresuró a señalar que, de no haber tomado un carruaje, habrían llegado tarde.

El señor Harry Sherman, que los esperaba a las puertas del banco, los acompañó hasta la oficina del presidente, donde los aguardaba el señor Peter Summers.

Sherman era el más anciano de los dos. En Inglaterra había sido, durante muchos años, amigo y asesor de la Señora. Aunque él también se aproximaba a los sesenta, cinco años antes había anunciado que emigraba de Inglaterra; apenas un mes antes, su esposa había sucumbido finalmente a una larga y agotadora enfermedad, tras veinte años de matrimonio. Él explicó que deseaba un poco de aventura, por lo que se había ofrecido para la sucursal que el Banco abriría en Boston. La Señora quedó atónita, pues creía a Harry muy apegado a sus hábitos. Aun así lo apoyó en su decisión y hasta depositó una gran suma en la sucursal norteamericana, a fin de ayudarlo a establecerse. Continuaron siendo amigos y escribiéndose al menos dos veces al mes.

La Señora siempre había dicho que Sherman aportaba el cerebro y Summers, el encanto. Y su evaluación era acertada, según pensó Taylor, con una sonrisa, mientras Peter Summers se deshacía en cumplidos. Era escurridizo como el aceite y tan sincero como un petimetre seductor. Aunque Taylor no guardaba recuerdos de él, al parecer se habían conocido. Summers recordaba que ella era muy niña y se había pasado casi toda la visita escondida entre las faldas de su abuela. Por mucho que lo intentó, no pudo arrancarle una sonrisa.

-En verdad era una conducta muy divertida -dijo él-. Y algo peculiar. Su tío Malcolm estaba presente, pero cada vez que él salía de la biblioteca, usted soltaba las faldas de su abuela y se convertía en un diablillo, de travesura en travesura. Su abuela era muy indulgente y la dejaba hacer. Usted escarbaba en el escritorio, supongo que a la búsqueda de tesoros. Pero, en cuanto veía entrar a su tío, ¡vuelta a las faldas de la abuela! Eso se repitió varias veces, pues el caballero entraba y salía cada diez minutos, probablemente para beber un trago de whisky en el vestíbulo.

-Probablemente -confirmó Taylor-. La Señora no permitía que nadie consumiera licores en su presencia. El banquero continuó recordando incidentes humorísticos. Todos se referían a la extraña conducta de Taylor cuando tenía cerca a su tío Malcolm.

Esos recuerdos no la hacían sonreír. Lucas se preguntó cuánto tardaría Summers en notar que la joven no encontraba nada gracioso en su tío. De niña le había tenido miedo: ésa fue la conclusión de Lucas; tras escuchar las anécdotas. Lo sorprendente era que aún le temiera. El modo en que apretaba las manos y la expresión de sus ojos sugerían que su miedo lindaba con el terror.

Ya estaba a punto de intervenir para cambiar de tema cuando Summers terminó con sus recuerdos y preguntó si el viaje había sido tranquilo. Sherman se unió a la conversación. Lucas permanecía detrás de su esposa mientras los dos caballeros continuaban afanándose por atenderla. Parecían bastante inofensivos, pero aun así no le gustaba la manera en que el más joven miraba a Taylor.

Harry Sherman aguardó a que Taylor volviera a entablar conversación con su colega para hacer señas a Lucas y llevarlo hacia el fondo de la habitación. En voz baja, le preguntó si la muchacha estaba enterada de la muerte de su abuela.

-Lo supo por un telegrama de su tío Andrew -explicó él.

El banquero pareció aliviado.

-No quería ser yo quien le diera la noticia. Las dos estaban muy unidas, como madre e hija. Yo mismo apenas puedo aceptarlo. Voy a echarla de menos.

Mientras Taylor tomaba asiento, Sherman preguntó a Lucas si ella estaría en condiciones de conocer todos los detalles del testamento.

-Su abuela hizo varios cambios y no creo que Taylor tenga conciencia de todas sus ramificaciones. Los términos van a causar una gran conmoción en la familia. Recuerde usted

lo que le digo: esto va a traer problemas. Una hora después, ya explicadas todas las condiciones del testamento, la muchacha sentía el estómago revuelto.

Lucas temió que se pusiera enferma. Parecía al borde del desmayo: estaba tan blanca como sus guantes. Summers había abandonado el despacho en busca de testigos para los documentos que la muchacha debía firmar. Sherman, al observar la repentina alteración de su clienta, salió también para traerle un vaso de agua. Según dijo a Lucas, la causa debía de ser el dolor; conocer la última voluntad de la querida lady Esther era demasiado para ella, sin duda.

Lucas se sentó junto a Taylor. Cuando estuvieron solos le tomó la mano.

-¿Te sientes mal, Taylor?

Ella no respondió. Mantenía la vista clavada en las manos, como si estuviera perdida en sus pensamientos. Él le estrujó la mano, tratando de despertar su atención. Como con eso no logró reacción alguna, le sujetó la barbilla; obligándola suavemente a mirarlo.

Tenía los ojos llenos de lágrimas y temblaba. Pero el combate no era contra el dolor, sino contra el miedo. Sus ojos decían la verdad: estaba aterrorizada, sí, y Lucas decidió averiguar por qué.

-0h, Lucas, ¿qué ha hecho mi abuela?-exclamó ella, apretándole la mano.

Esa pregunta lo desconcertó.

-¿Te inquieta que haya dejado tanto dinero a obras de caridad, Taylor? -Él mismo respondió a su pregunta antes de que la muchacha pudiera hacerlo

No, claro que no. Probablemente fuiste tú misma quien le sugirió que dividiera así su fortuna. Aun así, recibes mucho dinero. ¿No lo esperabas?

-La Señora no debió hacer eso. ¿No lo comprendes? Ahora él tendrá que venir por mí. No le queda alternativa., Es capaz de cualquier cosa por obtener ese dinero.

Le apretaba la mano con fuerza convulsa. Se estaba poniendo muy nerviosa, y él no sabía qué decir, cómo tranquilizarla. Necesitaba saber cuál era la amenaza para poder confrontarla.

Taylor bajó la vista a su regazo. Debía dominar sus emociones. Lucas la creería chiflada.

-Ya me siento mejor -mintió. Y se las compuso para sonreírle.

Él tenía el entrecejo arrugado por la preocupación. -Lo siento. No era mi intención desatarme así. Ha sido la sorpresa. Ya estoy bien, de verdad.

Lucas no creyó esa tontería ni por un minuto. -Has hecho una pregunta: "¿qué voy a hacer?". Ahora eres una mujer casada, Taylor. Por lo tanto, la pregunta se transforma en qué vamos a hacer los dos. ¿Comprendes?

Parecía enfadado. Y volvía a actuar como un verdadero príncipe. Su Príncipe Azul. ¿Qué le había hecho, por Dios? El merecía algo mejor que cargar con un matrimonio no deseado y con parientes como Malcolm.

En ese momento Lucas le estrechó la mano y ella cayó en la cuenta de que estaba esperando una respuesta. Asintió con la cabeza, sólo para aplacarlo.

-Comprendo, sí -dijo-. La pregunta debería ser: "¿Qué vamos a hacer?"

Él gruñó. Probablemente, eso significaba que estaba satisfecho.

-Eres un hombre encantador, Lucas Ross, aun cuando haces esos ruidos obscenos desde el fondo de la garganta.

La miró sacudiendo la cabeza. No pensaba permitir que cambiara de tema.

-Dime cuál es el problema. De lo contrario no podré ayudarte.

-Sí, por supuesto.

Lucas aguardó todo un minuto; por fin comprendió que ella no iba a decir una palabra más. Decidió que era necesario arrancarle la preocupación.

-Has dicho que vendría por ti a causa del dinero. Te referías a tu tío Malcolm, ¿verdad?

Taylor levantó la mirada con un lento ademán de asentimiento.

-Ahora que estás casada, él no puede tocar tu herencia.

-Lo sé. -Trató de levantarse, pero él se lo impidió sujetándola.

-No tan deprisa -ordenó- Explícame por qué estás tan alterada.

La salvó de responder el regreso de Summers y Sherman, que entraron en la oficina. El segundo le entregó un vaso de agua. Lucas tuvo que soltarle las manos para que ella pudiera tomarlo. Taylor aprovechó la oportunidad para levantarse. Después de beber un sorbo, devolvió el vaso al banquero, agradeciéndole su amabilidad, y cruzó la oficina para detenerse frente a la ventana, con los brazos cruzados contra la cintura, contemplando a los peatones que recorrían apresuradamente la calle.

Summers ocupó su asiento tras el escritorio y giró en la silla para mirar a su cliente.

-Tendrá que firmar algunos papeles, querida, a fin de obtener acceso a sus fondos.

Ella se volvió.

-¿Qué sucede si me niego a firmar?

Summers creyó que era una broma. La idea de que alguien pudiera rechazar una suma de dinero, de cualquier importe, lo hizo sonreír.

-Poco importa que usted firme o no -dijo-. En realidad, es sólo una formalidad para los registros del banco. El dinero permanecerá en un fondo en fideicomiso y, si usted decide no tocarlo por ahora, le rendirá buenos dividendos.

-Explíqueme otra vez los detalles, por favor -pidió ella-. ¿Cómo debe repartirse el dinero, con exactitud?

-Dos tercios de los bienes son para obras de caridad, como ya le expliqué -recomenzó Summers. Ella se echó el pelo hacia atrás, impaciente. -Sí, sí, las obras de caridad. Eso ya lo sabía. Pero tío Malcolm... Usted dijo que él no va a recibir el resto. No comprendo. ¿Quiere decirme que la Señora no dejó nada para su propio hijo?

-Vamos por partes -sugirió Sherman. Se daba cuenta duque Taylor estaba muy nerviosa y trataba de calmarla actuando metódicamente-. El tercio que resta tras las donaciones a obras caritativas sigue siendo una suma considerable, querida mía. Su tío abuelo Andrew recibirá una buena pensión y la finca de Escocia. El resto se divide entre usted y las niñas.

Taylor cerró los ojos.

-¿La Señora dio detalles específicos o mencionó simplemente a unas niñas?

-Fue muy específica. Georganna y Alison Henson reciben un tercio cada una. -Summers se volvió hacia Lucas-. Las gemelas son bisnietas de lady Esther.

-¿Ya se ha leído el testamento en Londres? -preguntó Taylor.

-La lectura está prevista para el martes -respondió Summers.

-Mañana -dijo Sherman al mismo tiempo. -Pero ¿la Señora no dejó nada a su hijo ni a la familia de éste? -insistió Taylor.

-Sí -respondió Summers-, pero es una miseria.

-No tanto -argumentó Sherman-. Malcolm recibirá un pequeño estipendio mensual. No es mucho, pero le bastaría perfectamente para mantener un estilo de vida frugal. Además, lady Esther dejó cien libras para la esposa, diciendo que ése era, exactamente, el peso aumentado por su nuera desde que se casó con Malcolm: cien libras, unos cuarenta y cinco kilos. Ciertamente la Señora tenía un sentido del humor bastante extraño. -Y se volvió hacia Lucas para explicar otra vez-: Lady Esther no sentía mucho afecto por Loreen. Argumentaba que ella vivía quejándose.

-¿Y Jane? -preguntó Taylor-. ¿La Señora no le dejó nada?

-La misma cantidad que a su madre -fue la respuesta de Sherman-. Cien libras, exactamente; ni un chelín más.

Taylor sacudió la cabeza, llena de miedo por el futuro.

-Cuando Malcolm se entere, sus rugidos cruzarán el océano. Se pondrá hecho una furia.

Sherman, que conocía a Malcolm mejor que Summers, hizo un gesto de asentimiento.

-Tratará de causar dificultades, sí. Yo se lo advertí a su abuela, Taylor, pero ella no quiso escuchar. Encomendó a sus asesores legales asegurarse de que el testamento fuera indiscutible.

-¿Y las tierras de Malcolm? -recordó Taylor. -Como usted ha de saber, él ya ha hipotecado esas propiedades. Su abuela' apartó una suma de dine

ro, suficiente para saldar las considerables deudas de su hijo. El total supera las cincuenta mil libras.

Lucas parecía ser el único estupefacto ante esa suma. ¿Cómo era posible que un hombre debiera tanto? ¿Qué había comprado a crédito?

Inadvertidamente Taylor le aclaró la cuestión al pronosticar:

-No va a dejar de jugar por dinero.

-Su abuela, Taylor, tenía perfecta conciencia de ese vicio. Decidió brindarle por última vez la posibilidad de comenzar de nuevo. Si él vuelve a endeudarse, tendrá que hallar otro método para pagar, porque no podrá recurrir a las propiedades de su madre.

-Oh, ya encontrará otro medio -susurró Taylor-. Mi tío es muy creativo.

-Bueno, bueno, no se preocupe por los problemas ajenos-aconsejó Summers.

Taylor encorvó los hombros.

-Comprendo lo que está pensando, querida -dijo Sherman-: que no pasará un mes sin que ese hombre le pida un préstamo. -Y explicó mejor a Summers-:

Malcolm es dado a los excesos. No aceptará esto cruzado de brazos.

-Se arrojará contra mí.

Taylor dijo eso mirando a Lucas. Él parecía medio dormido. Tenía las largas piernas estiradas hacia adelante, las manos apoyadas en los brazos del sillón y los ojos semicerrados.

-No importa -insistió Summers-. Aun si usted quisiera darle parte de la herencia, no podría. Su abuela fue muy específica. Lo que usted no gaste permanecerá depositado en fideicomiso para los hijos que usted tenga.

-¿Y si yo muero? -preguntó ella.

Lucas rechazó esa pregunta.

-No te vas a morir.

-Pero si así fuera -insistió ella, dirigiendo la pregunta a Harry Sherman.

Aun así Malcolm no recibirá ese dinero. El único beneficiado sería su esposo, Taylor. -Hizo una pausa para sonreír-. Por la manera solidaria en que acaba de hablarle, debo suponer que él hará todo lo que sea necesario para asegurarle "una vida larga y saludable. No vuelva a hablar de muerte, señora mía. Malcolm no puede hacerle daño. Usted no tiene por qué seguir temiéndole. Yo también la recuerdo cuando pequeña: su tío le inspiraba miedo, sin duda. Pero ahora es toda una mujer y está casada. Debe dejar atrás esos temores infantiles. Recuerde que hay todo un océano separándola de Inglaterra.

-Sí, tiene usted razón. -Ella fingió una sonrisa para hacerle creer que la había tranquilizado con sus argumentos.

Por fin pudieron dedicarse a los asuntos pendientes. Taylor firmó los documentos necesarios y, una vez certificado el acto por testigos, abrió dos cuentas: una, a nombre de ella y del señor Ross, para lo cual se requirieron las firmas de ambos; la otra, a nombre de Victoria.

El señor Sherman accedió a llevar los documentos necesarios al hotel, a las cuatro de la tarde, para que Victoria pudiera firmarlos.

-Es usted sumamente generosa con su amiga-comentó, mientras Taylor se ponía los guantes para abandonar el despacho. Lucas le sostuvo el abrigo.

-La Señora estaría de acuerdo -aseguró. Pocos minutos después iban de regreso al hotel. Taylor quería caminar, pero Lucas adujo que no tenía tiempo. Tampoco quiso permitirle que circulara sola por la calle. Detuvo un vehículo, la ayudó a subir y luego ocupó el asiento de enfrente.

No anduvo con rodeos para abordar el tema que deseaba discutir.

-¿Por qué temes tanto a tu tío? Ella no suavizó la respuesta.

-Es una víbora.

-¿Y...?

-Detesto las víboras.

Él sonrió, pese a su frustración. Esa mujer era hábil con las palabras y más aún para evitar las respuestas directas. Si pasaba mucho tiempo cerca de ella se volvería loco.

-¿Cuándo te irás de Boston?

No pensaba ausentarse sin tener-la certeza de que ella no tendría problemas. Y sólo Dios sabía cuándo sería eso. Ansiaba ponerse en marcha, pero la sola idea de dejarla le revolvía el estómago. La verdad lo miraba a los ojos: no quería partir sin ella.

De inmediato trató de bloquear ese pensamiento. No estaba dispuesto a aceptar lo que, en el fondo, sabía inevitable. Palideció interiormente; tal vez se estremeció. No, no estaba dispuesto a pensar en algo siquiera remotamente definitivo.

Sin embargo, la verdad persistía.

Taylor no estaba segura de lo que estaba pasando con su marido. La miraba con esa expresión que comenzaba a disgustarle profundamente, como si le dijera: "Preferiría la horca a vivir contigo", y no la habría sorprendido que comenzara a rugir como un oso.

Su mente saltó de esa idea a otra.

-¿Hay osos en el Territorio de Montana? ¿De dónde había surgido esa pregunta?

-Sí.

-Eso pensaba yo, pero quería estar segura. ¿Cuál es el tipo que más abunda?

-El negro -respondió él.

-¿No hay osos pardos americanos?

-También.

-Son tremendamente astutos.

-¿De veras?

Taylor asintió con la cabeza.

-Suelen cazar al cazador. Describen un círculo y atacan por la espalda a quien los acecha. Además, son malignos. Daniel Boone mató a diez o doce antes de cumplir los diez años.

Por Dios, qué ingenua era.

-¿De veras?

-Cada vez que dices "¿De veras?", en realidad estás ex presando que no me crees una sola palabra. ¿No es así? Él no se molestó en responder. El vehículo se detuvo frente al hotel. Lucas la ayudó a descender, pagó el viaje y luego la asió de la mano para arrastrarla por el vestíbulo.

-Soy perfectamente capaz de llegar a nuestra habitación por mis propios medios, señor Ross. Suéltame, por favor.

Atraes multitudes dondequiera que vas -contraatacó él, sin dejar de arrastrarla.

Ella resopló.

-El famoso eres tú, no yo.

Lucas iba subiendo los peldaños de a dos en dos. Cuando llegaron al piso de arriba, Taylor estaba ya sin aliento.

¿Tienes algún apodo especial?

-Lucas -la interrumpió él-. Mis amigos me llaman Lucas. Y mi esposa también, ¿entendido?

Ya estaban ante la puerta de su habitación. "Él revolvía sus bolsillos en busca de la llave. Taylor se dejó caer contra la pared; le habría gustado tener un abanico a mano. Hacía años que no corría así.

-Sería una gran falta de respeto que yo te llamara Lucas, pero si insistes...

-¿Porqué?

Acababa de poner la llave en la cerradura, pero se volvió a mirarla. Sólo entonces cayó en la cuenta de que la joven estaba sin aliento. No pudo menos que sonreír: del recatado moño había escapado una hebra de pelo que ahora se rizaba delante de la oreja. Se la veía totalmente femenina. Y absolutamente tentadora.

Estaban a pocos centímetros el uno de la otra. Taylor no podía apartar la vista de su esposo, que tenía una sonrisa encantadora. Sus ojos parecieron tomar un castaño dorado y cálido. Una mujer menos fuerte se habría fundido bajo ese estrecho escrutinio, pero ella no. Dejó escapar un largo suspiro.

-¿No vas a responderme? -preguntó Lucas. Ella no pudo recordar la pregunta, de modo que él se vio obligado a repetirla.

-Las mujeres de los territorios salvajes llaman "señor Fulano" al marido, para darle mayor importancia. A los peones, en cambio, se los llama por el nombre de pila. Es la manera respetuosa de actuar.

Él parecía no creerle. Su pregunta lo confirmó.

-¿Quién te ha dicho eso?

-La señora Livingston -explicó ella-. Figura en su diario.

-Debí haberlo imaginado.

-Y ya que estamos en el tema de lo correcto y lo incorrecto, me gustaría señalar que la mayoría de los hombres, casados o solteros, nunca dicen palabrotas delante de una mujer. Se considera una falta de educación, señor Ross, y de respeto.

-¿De veras?

Ella comenzaba a detestar esa expresión.

-Sí, de veras.

Lucas le abrió la puerta, pero en el momento en que ella entraba la sujetó por los hombros para hacerla girar.

Inclinó la cabeza hacia ella.

-Quiero aclarar esto. Cuando me llamas "señor Ros", ¿lo haces como muestra de respeto, no para enfurecerme? ¿Es así?

Ella respondió con un ademán afirmativo. Él sonrió sin soltarla. Considerando que llevaba prisa, de pronto actuaba como si tuviera todo el tiempo del mundo. Taylor habría querido dejar de mirarlo así. ¿Era pura imaginación suya o la piel de ese hombre se había bronceado más aún en las últimas veinticuatro horas? ¿Tendría idea de lo apuesto que era?

-Creo que voy a llegar tarde.

Lucas le apoyó la mano derecha en el costado del cuello y apartó con los dedos el mechón de pelo, poniéndolo detrás de la oreja. Por los brazos de Taylor pasó un escalofrío. Tuvo que contenerse para no recostar la cara contra esa mano. No podía dejar de mirarlo a los ojos. Él le miraba la boca.

-No me esperes levantada.

-Es probable que pase la velada en la habitación de Victoria -respondió Taylor. Era mentira, por supuesto, pero no estaba segura de lo que tardaría en llegar a la residencia de la señora Bartlesmith ni cuánto tiempo dedicaría a familiarizarse con sus sobrinas; por lo tanto optó por jugar a lo seguro. No quería que Lucas la buscara-. Hay unas cuantas cosas que debemos discutir, ella y yo. Tal vez me quede con ella hasta pasada la medianoche.

Lucas apenas le prestaba atención. Quería besarla y estaba esperando con paciencia a que ella acabara de hablar. Cuando la joven se detuvo para tomar aliento, él se inclinó.

Acababa de ocurrírsele la idea de que él pudiera besarla, y ya estaba recostada contra él, con la cabeza inclinada hacia atrás y esa boca a dos centímetros de distancia.

Alguien cerró de golpe una puerta en el corredor. Un instante después se oyó una risa de hombre. Luego una de mujer. Se despejó el hechizo que Lucas Ross había arrojado sobre ella; de pronto cobró conciencia de dónde se encontraba y lo que estaba haciendo. De inmediato quedó horrorizada por esa conducta, tan poco digna de una dama.

Actuó como si la hubieran sorprendido robando. Se apartó de él con un verdadero empellón, chocando contra la pared que tenía a sus espaldas; luego giró en redondo y entró apresuradamente, diciéndole adiós por encima del hombro, y cerró.

Lucas no podía creerlo. ¡La condenada acababa de darle con la puerta en las narices! ¿Y qué diantre la había hecho ruborizar así?

-¡Oh, mujeres! -murmuró para sus adentros. En su mayoría no tenían una pizca de sentido común. Se alejó por el pasillo, sacudiendo la cabeza, pero al llegar a la escalera se detuvo.

Taylor se dejó caer en uno de los sillones, con un fuerte suspiro. En ese momento sonó un golpe a la puerta. Suponiendo que se trataba de Victoria, cruzó apresuradamente la habitación, acomodándose las faldas, y se obligó a sonreír, para que su amiga no detectara lo irritable de su humor. ¡Y todo porque no la habían besado! Abrió la puerta.

Lucas llenaba todo el vano. Estaba apoyado contra el marco, con un tobillo apoyado contra el otro y los brazos cruzados contra el pecho, como si llevara mucho tiempo esperando allí. Su ceño era imponente.

-¿Ha olvidado algo, señor Ross?

-Sí -aseveró él. Y se movió.

Sucedió tan de súbito que ella no tuvo tiempo de lanzar una exclamación. El le sujetó la nuca con la mano derecha para atraerla hacia sí, enredándole los dedos a la cabellera. Las hebillas que la sujetaban volaron en todas direcciones. La pesada masa de rizos cayó en cascada por la espalda, cubriendo el brazo de Lucas. Él bajó la cara hasta detener la boca directamente sobre la de ella.

-Me olvidé de besarte.

-Oh...

Susurró la palabra contra su boca abierta. Sonó como un quejido. Lucas posó los labios en los suyos con descarado aire de propiedad, clausurando efectivamente cualquier otro sonido que ella pudiera emitir. La besó, famélico. Taylor se aferró de su chaqueta para no caer. Y, cuando su lengua le invadió la boca, frotándose tan eróticamente contra la de ella, tuvo la sensación de que se estaba disolviendo en esos brazos. Se le aflojaron las rodillas y el corazón comenzó a marcarle un ritmo salvaje. Sentía calor, pero temblaba al mismo tiempo. Buscó con los brazos el camino de su cintura, asiéndose de él, dejándose arrebatar. No trató siquiera de dominar su propia reacción apasionada. No quería que eso cesara. Quería otro beso ardoroso, con la boca abierta y duelo de lenguas. Lucas, afectado por esa desinhibida reacción a su contacto, no se lo negó. Los dos estaban igualmente hambrientos y ella le tornaba imposible el dominio de sí. Le cruzó la boca con la suya, una y otra vez, y en cada ocasión el beso fue más largo, más pecaminosamente erótico. Estaba excitado, ardía. Y aún deseaba más. Le recorrió la espalda con las manos, frotando, acariciando... Encerró su dulce trasero para elevarla sobre la punta de los pies, hasta que se frotaron íntimamente. Ella acunó instintivamente su excitación entre las caderas y se movió contra él, inquieta.

Lo estaba haciendo arder de deseo. Tenía que contenerse. Si no aplicaba un poco de disciplina para apartarse de ella, acabaría poseyéndola en el corredor. Por

Dios, qué mujer. El control se le escapaba a toda prisa. ¡Y qué maravilloso era sentirla presionar contra él, tan suave y femenina! ¡Y qué bien besaba, por Cristo!

Fue brusco en la partida. Se echó atrás y empezó a desprenderse de esas manos. Era preciso poner alguna distancia cuanto antes, pero cometió el error de mirarla. Al ver la pasión de sus ojos estuvo a punto de perder la batalla. Taylor tenía los labios enrojecidos e hinchados por su ataque, no demasiado suave, y él sólo podía pensar en saborearla una vez más.

Apretó los dientes, frustrado. Ella tenía una expresión extrañadísima. Eso lo llenó de arrogante satisfacción. Obviamente los besos la habían afectado tanto como a él. Quería decirle que retrocediera, para poder cerrar la puerta al salir, pero no la creyó capaz de actuar tan de prisa como para obedecerlo... ni para salvar su virginidad.

Taylor no podía saber lo cerca que estaba de llevarla en brazos a la cama para hacerle el amor. Era demasiado ingenua e inexperta como para comprender su propio riesgo. Él sí lo comprendía bien. Estaba excitado, palpitante, dolorido. Y si esa mujer no dejaba de mirarlo con ojos tan bellos, tan azules, lo que iba a suceder era perfectamente previsible.

Tenía que huir. Con ese único pensamiento en la mente, la asió ponlos hombros para obligarla a retroceder y giró en redondo, cerrando la puerta detrás de sí. Taylor se quedó mirando la puerta.

-Oh, Dios mío -susurró. De pronto necesitaba una silla. También necesitaba un abanico. Hacía un calor inesperado.

Comenzó a cruzar la habitación hacia la silla más cercana, a fin de derrumbarse debidamente, pero en ese momento alguien volvió a tocar a la puerta. Por Dios, no estaba en condiciones de soportar otra ronda de besos. Sin embargo, se descubrió corriendo hacia la puerta.

Era Victoria quien estaba en el corredor. Taylor apenas pudo disimular su desilusión. Invitó a su amiga a pasar y la condujo a los sillones, frente a las ventanas.

-¿Te sientes mal, Taylor? -preguntó ella, con la voz cargada de preocupación.

-No, estoy muy bien. ¿Por qué?

-Estás arrebatada.

No era de extrañar. En un esfuerzo por impedir que Victoria hiciera preguntas embarazosas, cambió de tema.

-Esta tarde no podremos salir de compras -anunció-. El señor Sherman quiere que lo esperes en el vestíbulo a las cuatro en punto. Tienes que firmar algunos papeles, Victoria.

-¿Por qué?

-Como te dije, he abierto una cuenta a tu nombre. El Banco necesita tu firma para que puedas retirar fondos, por supuesto.

Victoria asintió.

-Te lo agradezco nuevamente. Tu generosidad es... abrumadora.

Taylor aceptó el cumplido con un gesto. Luego le contó sus planes para la tarde.

-Voy a anotarte las instrucciones que debes dar al señor Sherman. Después iré a visitar a mis sobrinas.

Quería hacerlo ayer, pero el señor Ross no se fue hasta las ocho. Si yo salía antes, él habría querido saber a dónde iba. Y una vez que él fue a encontrarse con su amiga ya era demasiado tarde; habría encontrado a las niñas acostadas. Es mejor que salgamos de compras después de que yo las vea; de ese modo podré tomarles las medidas para saber qué cantidad de tela necesito comprar. Harán falta ropas de abrigo en abundancia.

-¡Pero si está a punto de llegar la primavera! -protestó Victoria.

-Debemos ser precavidas -aconsejó Taylor-. Cuando estemos en territorio salvaje, no podremos comprar las cosas necesarias. Es preciso ir bien preparadas, en lo posible. Creo que tú también deberías comenzar a hacer tu lista.

Victoria hizo un ademán afirmativo.

-Tu entusiasmo es contagioso. Redención será un nuevo comienzo también para mi bebé y para mí. Creo que allí estaré a salvo. ¡Qué contradicción! Esta remos entre animales salvajes e indios hostiles, con un clima riguroso y sabe Dios qué más. Pero sinceramente, Taylor, no veo la hora de partir. En cuanto termine de almorzar subiré a mi cuarto para hacer esa lista. ¿Quieres acompañarme al Comedor dé Señoras? Me vendría bien un bizcocho para asentar el estómago. Parece que el malestar matinal me afecta en medio del día.

Taylor acompañó de buena gana a su amiga y pasaron otra hora juntas. En cuanto terminaron de comer, Taylor le explicó qué ruta tomarían para llegar a destino. Victoria se sorprendió al enterarse de que harían la mayor parte del trayecto en barco, remontando el Missouri.

-No olvidemos comprar mapas cuando salgamos de tiendas -sugirió Taylor.

-¿Quieres explicarme una cosa, por favor? Tu tío abuelo Andrew... es el hermano menor de tu abuela, ¿no?

-Sí.

-¿Sabe él que piensas criar a las bebés como si fueran tuyas?

Taylor se encogió de hombros.

-No estoy segura. Mi tío suele olvidarse de las cosas.

-¿Se olvidaría de sus sobrinas-nietas?

-Quizá.

-¿Él también leía esas novelas baratas sobre los páramos?

Taylor sonrió.

-0h, sí. Lo apasionaban casi tanto como a mí esos relatos de territorios salvajes. Solíamos discutir sobre lo que sería la vida allí. Yo pensaba hacerlo algún día, pero él dudaba de que tuviera tantas agallas.

-¿Por eso hizo construir la choza?

-Sí. Habíamos leído que los colonos solían vivir en chozas de barro y él hizo que sus sirvientes me construyeran una. La levantaron en el prado delantero. Él dirigió al personal. No creí que insistiera en hacerme vivir allí, pero lo hizo -añadió Taylor, riendo-. Me instalé en la

choza y pasé en ella un mes casi entero. Al principio fue horrible. Cada vez que llovía me caía barro del... Victoria la interrumpió:

-¡No me digas que el tejado era de barro! Taylor asintió.

-Todo el tejado. Y el suelo era de tierra, a menos que lloviera; entonces se convertía en barro. Tenía una sola ventana, sin nada que la cubriera. Por allí entraba volando cualquier cosa.

-Suena espantoso -comentó la amiga-. ¿Te parece que viviremos en una choza?

-Si puedo evitarlo, no -prometió Taylor-. Pero, si es necesario hacerlo por un tiempo, lo haremos. Aprendí a convertir la choza en un verdadero hogar. Ahora que reflexiono, fue mucho lo que aprendí. Después de un tiempo no resultaba tan horrible. A fines de junio el tejado se había convertido en un jardín de flores encantadoras: rosadas, purpúreas y rojas, que se volcaban por los costados como si fueran hiedra. Desde lejos, la choza era de una belleza apabullante. Por dentro, en cambio, era como vivir en un tiesto con plantas.

-Espero que algún día tengamos suelos de madera y un tejado de verdad. Pero, si es necesario vivir en un tiesto, no me quejaré. Prometo no decir una palabra.

-No hará falta-aseguró Taylor-. Yo me quejaré por las dos.

Las dos amigas continuaron formulando sus planes durante varios minutos más. Luego volvieron a sus respectivas habitaciones. Victoria estaba deseosa de comen zar con su lista. Taylor quería escribir una carta para el señor Sherman, detallando sus instrucciones. Era preciso dejar todo arreglado antes de partir hacia el páramo. Pasó largo rato trabajando en la carta. Cuando estuvo satisfecha con el contenido, puso al pie su firma y tomó una segunda hoja de papel. Era necesario redactar ese documento con toda la claridad y la concisión posibles, para que pudiera ser presentado a los tribunales. No podía incluir peticiones ni explicaciones nebulosas.

Taylor dejó escapar un suspiro. No le gustaba esa tarea. Se descubrió imaginando que asistía a un baile de gala en Londres y estuvo apunto de estallaren una carcajada. ¡Qué rumbo tan diferente había tomado su vida! Con otro suspiro, volvió a la tarea, dejando atrás sus ensoñaciones y su pasado. Después de hundir la pluma en el tintero, comenzó a redactar su testamento.

10

El miedo es tan malo como la caída.
William Shakespeare
Cimbelina

Lucas se quedó dormido mientras esperaba a Taylor. Pensó en ir hasta el cuarto de Victoria para arrastrar a su esposa hasta la cama, pero cambió de idea. Ella sabía qué hora era; si quería pasarse la mitad de la noche levantada, conversando con su amiga, a él no tenía por qué importarle.

Pero le importaba. Taylor necesitaba descansar y él necesitaba tenerla a su lado. Le gustaba su modo de acurrucarse a su lado. Le gustaba abrazarla y dormirse inhalando su dulce fragancia. Pero en esa necesidad de tenerla cerca había algo más que el mero consuelo físico: cuando dormía, Lucas era vulnerable. En el pasado sus noches habían sido tan previsibles como el trueno después del relámpago. La misma pesadilla se apoderaba siempre de él, estrujándolo hasta hacerle sentir que lo desgarraba. Despertaba con el grito atrapado en la garganta y el corazón a punto de estallar.

La pesadilla nunca variaba. Cada noche era la misma que la noche anterior. Eso, hasta la aparición de Taylor. Lucas no sabía qué había sucedido, pero ella era su chamán particular. Ya no había demonios que se filtraran en sus sueños. Si Lucas hubiera sido un hombre tonto y crédulo, habría pensado que la bondad y la pureza de la muchacha mantenían a raya las pesadillas.

Sacudió la cabeza, tratando sin mucho éxito de apartar esos pensamientos. Sólo un tonto podía permitir que una mujer tuviera tanto poder sobre él. Si no comenzaba a cuidarse de

Taylor, acabaría por creerlo todo. Hasta podía considerarse capaz de ser como otros hombres, de envejecer rodeado por una familia que lo quisiera, que lo amara.

Lucas era demasiado realista para albergar esos pensamientos imposibles. Dejó escapar un suspiro cansado. Quizás Hunter tenía razón, después de todo, al afirmar que, si él se había salvado de morir, debía de ser por alguna razón. Hunter era el único a quien Lucas había hecho confidencias después de la guerra; lo sabía todo sobre los asesinatos de los hombres de su unidad. Todos los otros soldados tenían una familia que los esperaba en casa. A Lucas no lo esperaba nadie. De todos esos hombres, él era el más indigno. Había nacido bastardo y vivido como tal. No habría debido sobrevivir.

Sin embargo, sólo él se había salvado. Hunter aseguraba que había un motivo, que el tiempo y Dios se lo harían conocer en el momento apropiado. Lo del tiempo Lucas lo entendía. En cuanto a Dios... bueno, no estaba tan seguro. Creía en su existencia, sí, pero no lograba comprender una pizca de sus razonamientos. Y en un rincón de la mente aún albergaba su creencia infantil de que Dios se había olvidado por completo de él.

Si su propia madre no podía amarlo, ¿por qué Dios sí?

Se negó a seguir pensando en eso. Lo pasado, pisado. No tenía remedio. ¿Y dónde diantre estaba Taylor? Ya era más de medianoche. Pensó otra vez que ella necesitaba dormir; la quería descansada por la mañana. Sólo por eso se estaba preocupando por ella. Los dos necesitaban seriamente una larga conversación sobre el futuro. Tenían que trazar planes. Él no podía dejarla sola en Boston, por Dios, sin saber qué sería de ella. Le había dicho que tenía parientes en la ciudad. ¿Dónde diablos estaban? ¿Por qué no habían ido al puerto para recibirlos? Las preguntas se amontonaron. Lucas decidió insistir para que le presentara a esos familiares. Quería asegurarse de que Taylor no correría peligro si la dejaba con ellos.

Necesitaba salir pronto de Boston. Los muros de la ciudad parecían aplastarlo. Cuanto más tiempo se quedara con Taylor, más difícil le sería alejarse de ella.

Por Dios, ¡si lo estaba volviendo loco! Le metía en la cabeza ideas imposibles. Sueños. Sueños irrealizables. Lucas se quedó dormido pensando en su esposa. Se había quitado los zapatos y la chaqueta, pero se durmió sobre las mantas.

Despertó por completo en cuanto la llave entró en la cerradura, pero mantuvo los ojos cerrados. Pocos segundos después la puerta se cerró violentamente. Como reacción, Lucas arrugó el entrecejo. Taylor se estaba mostrando muy desconsiderada, cosa nada habitual en ella.

Algo andaba mal. Se incorporó en la cama, sacando las piernas por el costado. En ese momento ella apareció a toda prisa en la alcoba. Una sola mirada bastó para comprender que había sucedido algo horrible. Se la veía frenética. Como había pasado esas últimas horas con Victoria, Lucas supuso que algo malo pasaba con su amiga.

Ella no le dio tiempo a hacer preguntas.

-¿Tienes tu revólver?

Él no pudo disimular la sorpresa ante pregunta tan extraña.

-Sí. ¿Por qué?

Tienes que acompañarme. Date prisa, Lucas. Ponte los zapatos y toma tus revólveres. Yo tengo uno en la maleta. Gracias a Dios no se me ocurrió guardarlo en uno de los baúles.

Giró en redondo para correr a su ropero. El arma estaba en el fondo de la maleta, con la pequeña caja de municiones arriba. Se incorporó, pero estaba tan nerviosa que se le cayeron la maleta y el revólver a un tiempo. Recogió primero el arma para guardarla en el bolsillo de su abrigo; luego alargó la mano hacia la caja de municiones. Eso también se le cayó. Las balas salieron volando por todas partes. Taylor se arrodilló otra vez para recoger un puñado, que guardó en el otro bolsillo, pero dejó el resto de los proyectiles y la maleta tumbada en la alfombra.

Lucas la observaba desde la alcoba. La oía murmurar algo, pero no llegaba a distinguir todas las palabras. Algo sobre gusanos...

-¿Qué pasa, Taylor? Ponte los zapatos -ordenó ella, una vez más-. Tienes que darte prisa.

Él no pensaba dar un paso mientras no recibiera explicaciones. Obviamente la muchacha estaba fuera de sí por el miedo. Era preciso calmarla y averiguar qué causaba ese pánico. Si alguien le había hecho daño, no hacía falta arma alguna: él mataría al cretino a mano limpia.

Se adelantó, decidido a tomarla en sus brazos para exigir algunas respuestas, pero ella lo evadió y cruzó la habitación a toda carrera, resuelta a que él cumpliera sus órdenes.

Al ver la chaqueta de Lucas a los pies de la cama, la tomó para arrojársela.

-No te quedes ahí, por Dios. Busca tus revólveres. Tal vez necesites dos. Él te dirá dónde las tiene escondidas. Debes obligarlo a que te lo diga. No podemos permitir que escape. De lo contrario no las hallaré jamás.

Sus palabras se atropellaban. Lucas nunca la había visto así. Se comportaba como si hubiera perdido la cabeza; la expresión de sus ojos era de terror. Había comenzado a sollozar y a tironearle del brazo, gimoteando una palabra, pronunciando la siguiente a gritos, exigiendo y suplicando a la vez.

Se arrodilló para tratar de ponerle los zapatos. Él la levantó a viva fuerza.

-Trata de calmarte, Taylor -ordenó-. ¿A quién temes no hallar?

Mantenía la voz suave, sedante. Ella respondió a gritos: -A mis bebés. Él ha escondido a mis bebés. Por favor, Lucas, ayúdame. Haré lo que me pidas, siempre que me ayudes.

Él la rodeó con los brazos.

-Escúchame. Voy a ayudarte, ¿entiendes? Pero ahora debes tranquilizarte. Estás diciendo cosas sin sentido.-Sin dominar del todo su exasperación, agregó-: Tú no tienes hijos.

-Sí, claro que tengo -exclamó ella-. Tengo dos pequeñas. Él se las ha llevado. Mi hermana... ella murió y yo... Oh, Dios, créeme, por favor. Te lo contaré todo en el trayecto. Estoy segura de que él va a escapar. No podemos arriesgarnos.

Mientras le suplicaba lo estaba tironeando de la camisa. Por fin Lucas captó su urgencia. No perdió más tiempo tratando de hacerle decir con claridad qué ocurría. Recogió sus armas y, después de revisarlas para asegurarse de que estuvieran completamente cargadas, se abrochó la pistolera a la cintura. Sabiendo que la chaqueta no llegaba a cubrir las armas, sacó la capa negra impermeable del ropero, que le llegaba bien por debajo de las rodillas. Eso ocultaría las pistolas a quien los viera cruzar el vestíbulo del hotel.

Taylor corrió tras él, llevándole los zapatos. Lucas se los puso a la puerta; luego la tomó de la mano y echó a andar por el corredor.

-Una vez que estemos en marcha, Taylor, tendrás que explicarte.

Su voz era tan amenazante como su aspecto. La sombría capa negra ponía eco a ese humor, con el cuello levantado cubriéndole la parte inferior de la cara.

De pronto su aspecto era el de un auténtico pistolero, y Taylor tuvo un destello de esperanza. La consolaba ver esos ojos fríos, esa expresión temible. Y todo porque él estaba de su parte. Ahora necesitaba de alguien frío y temible. Lucas, lo quisiera o no, acababa de convertirse en su vengador.

-Date prisa, por favor -suplicó.

Ya estaba corriendo para no perderle el paso. El terror no le permitía darse cuenta de lo que decía. En su conmoción, ni siquiera se percató de que iba llorando hasta que él le ordenó cesar.

Lucas no dijo una palabra más hasta que se encontraron fuera del hotel. Taylor dio la dirección al cochero que esperaba a la entrada.

-¿Fort Hill? No acepto viajes a esa parte de la ciudad -anunció el hombre-. Demasiado peligroso -añadió, dirigiéndose a Lucas con un ademán nervioso.

Cuando el cochero se negó por segunda vez, en la mandíbula de su esposo se contrajo un músculo. Taylor prometió pagar el triple, pero fue Lucas quien por fin obtuvo la cooperación del hombre. Lo que hizo fue aferrarlo por las solapas, arrancándolo prácticamente de su pescante.

-Si no conduces tú, lo haré yo. De un modo u otro todos partiremos en diez segundos. Sube, Taylor.

El cochero reconoció de inmediato lo débil de su posición.

-Los llevaré -tartamudeó-. Pero una vez que estemos allí no voy a esperarlos.

Lucas no discutió. No quería seguir perdiendo tiempo con ese hombre. Después de subir al vehículo, tomó asiento frente a su esposa.

Taylor había sacado su revólver. Era un Colt tan reluciente y nuevo como si aún estuviera en el escaparate. Él llegó a la conclusión de que nunca lo había utilizado.

Tenía las balas en el regazo. Ante los ojos de Lucas, sacó diestramente el cilindro, cargó las cámaras y volvió a cerrarlo. Con el revólver de nuevo en su bolsillo, volvió a cruzar las manos.

Lucas estaba estupefacto. Bastante lo sorprendía ya el hecho de que ella poseyera un arma, pero su modo de manejarla era asombroso. Había cargado el revólver en menos de medio minuto, aunque las manos le temblaban violentamente.

-¿Sabes disparar? -le preguntó.

-Sí.

-Te lo enseñó tu tío Andrew, ¿verdad? No bromeabas al decir que él te había enseñado a disparar y a tocar el piano. Ahora me acuerdo.

-No bromeaba, no. Él es coleccionista de armas. Las desarma y las vuelve a armar. Yo soy torpe y lenta con los de seis balas, pero...

Él no le permitió terminar. Taylor estaba a punto de decirle que era muy certera en su puntería y que eso, a su modo de ver, compensaba la falta de velocidad. Su tío le había dicho que tenía vista de águila y que, en realidad, no importaba cuánto tardara en prepararse. Los hombres tenían que ser rápidos, aseguraba, pues les gustaba trabarse en duelos a pistola. Las mujeres sólo necesitaban puntería.

-Dame el revólver, Taylor, o acabarás por matarte accidentalmente. No tienes por qué llevar un arma cargada en el bolsillo.

-¿No puedes ordenar al cochero que vaya más deprisa?

Lucas sacó la cabeza por la ventanilla, dio la orden a gritos y volvió a su asiento, estirando las piernas. Luego cruzó los pies y los brazos. Parecía relajado, pero ella no se dejó engañar. La cólera estaba allí, en su voz y en sus ojos, cuando le hablaba.

-Supongo que esta noche no has estado en el cuarto de Victoria, sino en Fort Hill.

-Sí.

Aun sabiendo que ella iba a admitir esa atrocidad, la respuesta lo enfureció.

-¿Con quién has ido?

-Sola.

También esperaba esa respuesta. Súbitamente sintió deseos de acogotarla. Trató de no imaginarla paseando por la zona más amenazadora de la ciudad. Habría sido más aceptable imaginarla en Sodoma o en Gomorra. -¿Tienes idea del peligro que corrías?

No había levantado la voz; desde que Taylor lo conocía, él nunca había gritado. Tampoco le hacía falta: el filo acerado de su voz era tan efectivo como un buen grito. Ella estuvo a punto de encoger el cuerpo, pero se contuvo.

-Empieza a explicar, Taylor -ordenó él-. Y no omitas nada.

La muchacha no sabía por dónde comenzar, cuánto decirle. Su pánico interior era tal que apenas le permitía pensar con claridad.

Se estrujó las manos, implorándole que tuviera paciencia. Luego le contó casi todo.

-He ido a visitar a las hijas de mi hermana -comenzó-. Marian murió hace dieciocho meses. Estaba enferma de tisis desde hace varios años. Una ola de frío que azotó Boston...

-¿Sí?-la acicateó él, tras un momento de espera.

-Marian no era muy fuerte. Tomó frío y eso le afectó el pecho. Murió en un mes. George, su esposo, cargó con la crianza de las hijas.

-¿Y...? -insistió él, después de otro minuto. -Hace algunas semanas, George también enfermó. Como había un brote de cólera en la zona, creemos que ésa fue la causa de su muerte, pero no estamos seguros. Fue la señora Bartlesmith quien nos escribió para darnos la noticia.

-¿Quién es la señora Bartlesmith?

-La niñera. Prometió quedarse con las pequeñas hasta que yo llegara a Boston.

-Continúa-dijo él, tras una nueva pausa.

-Fui a la dirección adonde enviaba mis cartas, pero no encontré a la señora Bartlesmith. La mujer que me atendió era muy comprensiva y trató de ayudarme. No tenía noticias de la niñera ni de las pequeñas. Me preparó una taza de té y pasó una hora larga revisando sus papeles. Por fin halló la dirección de una pareja, Henry y Pearl Westley, que habían trabajado para mi cuñado. La mujer cocinaba y el esposo hacía diversas tareas en la casa. Los Westley esperaban que los nuevos inquilinos los contrataran, pero la mujer me dijo que no quería tenerlos allí, porque los dos olían a whisky. Cuando les dijo que no necesitaba sus servicios, Pearl Westley insistió en darle su nombre y su dirección por si cambiaba de idea.

-Entonces fuiste a casa de los Westley en busca de las niñas -adivinó él.

Taylor asintió.

-Estaba segura de que no estarían allí, pero esperaba que los Westley supieran a dónde las había llevado la señora Bartlesmith.

-Fuiste a Fort Hill?

-Sí. Eso está al otro lado de la ciudad. Cuando llegué ya había oscurecido. Doy gracias a Dios de que el cochero no me haya abandonado. Me pidió que me diera prisa y prometió esperarme. Henry Westley abrió la puerta. Me dijo que la señora Bartlesmith había muerto, pero no aclaró cómo ni cuándo. La esposa estaba allí, escondida en la otra habitación, y se pasó todo el tiempo pidiendo a su esposo que se deshiciera de mí. Los dos estaban borrachos. La voz de Pearl Westley sonaba terriblemente gangosa. Parecía asustada. Él, en cambio, no tenía miedo. Se mostró... insolente, odioso. Gritó a su esposa que yo no podía hacer nada, que ya era demasiado tarde. Actuó con verdadero desafío. -¿Entraste?

-No. Me quedé en el porche.

-Gracias á Dios tuviste el tino de no entrar en la casa.

-No era una casa, sino una pocilga -corrigió ella, con voz trémula de renovado temor-. Henry y Pearl fingieron no saber de las gemelas. Mentían, por supuesto.

-¿No oíste ni viste a nadie más dentro? Ella sacudió la cabeza.

-Puede que hubiera alguien arriba, pero no oí a nadie más.

Se echó a llorar. Se odiaba por demostrar tanta debilidad frente a su esposo, pero no podía dominarse.

Lucas quiso buscar en el bolsillo el pañuelo que estaba casi seguro de haber olvidado en el hotel, pero ella se lo impidió inclinándose para tomarle la mano.

-No soy alarmista, Lucas. Percibí el miedo en la voz de Pearl. Y la insolencia en él. Ellos saben dónde están las niñas. Tú los obligarás a hablar, ¿verdad? Tú encontrarás a mis sobrinas.

-Las encontraré, sí -prometió él, reduciendo la voz a un murmullo sedante-. ¿No es posible que la señora Bartlesmith las haya entregado a alguno de tus parientes? Ella sacudió la cabeza.

-¿Qué motivos tienen esos Westley para fingir que nunca oyeron hablar de esas niñitas? Si trabajaban para mi cuñado, las conocían, por supuesto. Están ocultando algo. Si a las pequeñas les ha sucedido algo, si les han hecho daño o...

-Basta -ordenó él-. No te dejes dominar por la imaginación. Tienes que mantener la calma.

-Sí, es cierto -concordó ella-. Tengo que mantener la calma. Haré todo lo que me ordenes, pero déjame ayudar.

Irguió la espalda contra el asiento, con las manos nuevamente cruzadas en el regazo. Trataba de mostrarse compuesta, pero era una hazaña imposible.

-Quiero que te quedes donde estás, con las portezuelas cerradas -dijo él.

Ella no discutió. No tenía intención alguna de esconderse dentro del coche, dejando que él se enfrentara solo a los Westley, gente vil e imprevisible. Lucas podía necesitar de su ayuda, y ella tenía que estar allí para brindársela.

Por no mentirle, guardó silencio. Un momento después miró por la ventanilla, para ver si ya estaban llegando. La casa de los Westley debía de estar cerca, porque las viviendas tenían un aspecto ruinoso y nada respetable. El aire olía a agrio. Estaban cerca, sí. Taylor se estrujó

las manos por la expectativa. Luego empezó a orar. -¿Sabía tu abuela que tu cuñado había muerto?

-Sí -respondió Taylor-. Se lo dije en cuanto llegó la carta.

-¿Y luego qué hiciste?

-Cuando la Señora hubo formulado su plan, escribí a la niñera. -Él aguardaba más explicaciones. Como Taylor no se las daba, la azuzó:

-¿Cuál era ese plan?

-Tú.

Él no comprendía. Su ceño lo dijo con toda claridad. Pero Taylor no estaba dispuesta a aclarárselo. Ya lo comprendería todo después, cuando hubieran hallado a las niñas.

-Cuando yo era pequeña, Marian me protegía. Era como mi ángel guardián. Ahora haré todo lo necesario para proteger a sus hijas, que están bajo mi responsabilidad.

-¿De qué te protegía Marian?

-De una víbora.

-De Malcolm -adivinó él, recordando que, al salir del Banco, Taylor se había referido a su tío llamándolo "víbora".

-De Malcolm, sí -susurró ella. No quería hablar de ese hombre vil. Sólo deseaba concentrarse en las pequeñas.

-¿Qué va a pasar con tus sobrinas, ahora que sus padres han muerto? ¿Vivirán con los familiares del padre? ¿O pensabas llevarlas de nuevo a Inglaterra?

Ella no le respondió directamente.

-Las pequeñas necesitan de alguien que las ame, las cuide y les enseñe a ser buenas y gentiles, como su madre. Necesitan un protector, Deben estar a salvo de todas las víboras del mundo. Tienen ese derecho, Lucas. "Y yo tengo esa responsabilidad" -agregó para sus adentros. ¿Que si pensaba llevarlas de nuevo a Inglaterra? ¡Ni hablar! Se alejaría de Inglaterra tanto como fuera posible. No quiso revelar su plan a Lucas. Sí, sabía que el páramo tenía sus peligros; Lucas le diría que no era sitio adecuado para niños pequeños. Sólo Dios sabía que ella ya había analizado todos los problemas posibles, y de un modo u otro llegaba siempre a la misma conclusión: las gemelas estarían mejor en la frontera que en Inglaterra, bajo la tensa vigilancia de Malcolm. El era un peligro mucho mayor. Sin duda alguna, los años no lo habrían librado de sus apetitos. Después de todo, las víboras siguen siendo víboras hasta el día en que se marchitan y mueren. Y Malcolm, diez años menor que el padre de Taylor, aún no había cumplido los cincuenta. Tenía mucho tiempo de libertinaje por delante.

El vehículo estaba disminuyendo la marcha. Taylor miró otra vez por la ventanilla, para ver si reconocía la zona. El claro de luna le permitió leer algunos de los letreros. Las casas (mejor dicho, los cobertizos) se alzaban tan juntas que parecían tocarse. Las calles estaban desiertas, quizá por lo avanzado de la hora, por supuesto, pero también porque había empezado a lloviznar y, junto con la humedad, llegaban las rachas invernales.

El hogar de los Westley se alzó a la vista, irradiando luz por todas las ventanas de ambos pisos. Los Westley aún estaban allí; Taylor divisó una silueta a través de la cortina del piso superior. Alguien corría de un lado a otro. Estuvo apunto de sollozar de puro alivio: ellos no habían podido huir.

-Todavía están allí -dijo-. Mira. Hay una mujer en la ventana del piso de arriba, correteando de un lado a otro. "Como una rata" -pensó.

-Podría estar preparando el equipaje -observé él. Mientras abría la portezuela, empujó suavemente a Taylor contra el respaldo-. No importa qué veas u oigas. No te muevas de aquí. Prométemelo.

-Sí, me quedaré aquí -accedió ella-. A menos que me necesites -corrigió deprisa.

Él comenzó a apearse, pero Taylor lo sujetó por el brazo.

-Ten cuidado -susurró.

Con un gesto afirmativo, Lucas abandonó el vehículo, cerrando la puerta detrás de sí. La joven se asomó por la ventanilla.

-En tu lugar no confiaría en el conductor -susurró-. Se irá en cuanto entres.

-No se irá -prometió él. Se inclinó hacia adelante para rozarle los labios con la boca. Luego subió al pescante, para reunirse con el malhumorado cochero.

-Mi esposa esperará dentro hasta que yo regrese. El hombre sacudió la cabeza negativamente.

-Será mejor que la saque. No pienso esperar a nadie en esta zona. No es segura.

Lucas actuó como si no hubiera escuchado su protesta. Le indicó por señas que se inclinara para oír lo que iba a decirle.

-Cuando despiertes nos llevarás de nuevo al hotel. El conductor no tuvo tiempo para preguntarse qué significaba ese comentario. Lucas le descargó el puño en plena mandíbula, con toda su fuerza, y el hombre se derrumbó en el asiento.

Taylor, que no podía ver lo que estaba ocurriendo, supuso que Lucas había podido persuadir al cochero.

Vio que su esposo cruzaba el camino de tierra y subía los peldaños de la casa para cruzar el porche desvencijado. Cuando llegó a la puerta, en vez de golpear, probó el picaporte. Luego aplicó el hombro al obstáculo. Un momento después desaparecía en el interior.

La joven comenzó a rezar. Lucas estuvo ausente durante largo rato. Pareció una eternidad. Por dos veces ella alargó la mano hacia el picaporte. Por dos veces se contuvo. Había dado su palabra de esperar allí y, a menos que oyera algún disparo, debía cumplir. Pero, si Lucas volvía con las manos vacías, sin haber descubierto dónde estaban sus pequeñas, ella probaría suerte con esa pareja. Sacó el revólver del bolsillo y lo depositó en su regazo. Le temblaban las manos, pero no sabía si por miedo o por ira.

Se oyó un estruendo, seguido por el ruido de vidrios rotos. Ella imaginó un florero estrellado contra la cabeza de Lucas. No podía permanecer quieta un segundo más. Quitó la traba a la portezuela y bajó de un salto. Iba a avanzar, pero se detuvo al ver que Lucas aparecía en el vano de la puerta.

Sólo al ver que estaba bien cayó en la cuenta de lo mucho que la preocupaba su seguridad.

-Gracias, Dios mío -susurró.

El cochero dejó oír un fuerte gemido. Parecía enfermo.

-En un momento nos iremos, buen hombre -anunció ella, sin volverse a mirarlo. Tenía toda la atención puesta en su marido, tratando de discernir, por su expresión, si traía buenas o malas noticias.

Él no le dio ninguna pista. Cuando llegó al camino, en el vano de la puerta asomó una figura. Era un hombre. Cuando movió el cuerpo hacia la luz, Taylor reconoció con claridad a Henry Westley. Obviamente

Lucas le había dado un golpe en la nariz, pues la sangre le cubría la boca y la barbilla. Ella vio que se limpiaba con el dorso de la mano izquierda, manteniendo la derecha a su espalda. Miraba fijamente a Lucas, con expresión de odio. Cuando alzó la mano derecha, ella vio el revólver.

Lo que sucedió a continuación pareció desarrollarse a cámara lenta, pero sólo pasaron un segundo o dos. Westley levantó el arma para apuntar. Su blanco era Lucas; su intención, evidente. Iba a dispararle por la espalda.

No había tiempo siquiera para gritar una advertencia. Taylor apuntó en el momento en que Lucas se volvía súbitamente. Él disparó un segundo antes que la muchacha. La bala de Taylor alcanzó a Westley en el hombro izquierdo. La de Lucas fue más certera: le arrancó el revólver de la mano.

Los disparos sacaron al cochero de su estupor. El hombre se incorporó en el asiento y, asiendo las riendas, estaba a punto de lanzar a los caballos a todo galope cuando Lucas llegó al carruaje. Abrió la portezuela de par en par y, después de arrojar literalmente a Taylor en el asiento, la siguió. La portezuela se cerró por sí sala cuando el vehículo giró en la esquina sobre dos ruedas.

Taylor se acomodó en el asiento, frente a su marido. Estaba tan nerviosa que no recordaba tener el revólver en la mano, apuntado directamente hacia Lucas. El se lo quitó antes de que, en un tumbo del coche, un disparo accidental lo convirtiera en eunuco. Taylor lo

miraba sin decir palabra. Lucas guardó el arma en su bolsillo y se reclinó contra el asiento, dejando escapar un suspiro largo y fatigado.

-¿Cómo te diste cuenta? -Lo había preguntado en un susurro.

-¿De qué? -preguntó él, con voz bastante más potente.

-De que Westley iba a dispararte. No tuve tiempo siquiera de prevenirte... pero tú sabías que estaba allí. ¿Fue por instinto? ¿Sentiste su presencia a tu espalda?

Él negó con la cabeza. -Tú me advertiste.

-¿Cómo?

--Te estaba observando. Tu expresión me dijo todo lo que necesitaba saber -respondió Lucas-. Y cuando levantaste la mano...

Ella no lo dejó terminar. -Disparaste antes que yo.

-Sí.

-Debí haberlo matado.

-Pudiste hacerlo, pero es simple, Taylor: decidiste no matarlo.

-Igual que tú.

-Sí -respondió él-, pero por un motivo muy diferente. -Antes de que ella pudiera interrogarlo, dio su explicación-: Tú no lo mataste por razones morales, supongo. Yo lo dejé vivir por no tener problemas con las autoridades. Matarlo habría complicado las cosas. Boston no es como las montañas.

-¿Por qué?

-En Montana no tienes que dar explicaciones a nadie. Allá aún no hay... ¯complicaciones.

-No hay leyes, quieres decir.

Él sacudió la cabeza.

-Las hay, sí. Pero allá las leyes son diferentes. Honradas, la mayoría de las veces. Otras veces, no. Lucas estaba dando rodeos, porque no sabía cómo decirle lo que acababa de averiguar. Eso iba a romperle el corazón y no se le ocurría una manera de aliviarle el tormento.

-Detesto ese olor -barbotó ella.

-¿Qué olor?

-El de las armas. Detesto el olor que dejan cuando las disparas. Se te adhiere a las manos y a la ropa durante horas enteras. El jabón no lo quita. Lo detesto.

Él se encogió de hombros. -Nunca lo he notado -reconoció. Taylor aspiró hondo y susurró, con voz tensa: -¿Has averiguado algo?

-Sí. -Lucas se inclinó hacia adelante para tomarle las manos-. La mujer que cuidaba de las niñas... -¿La señora Bartlesmith?

El asintió.

-Murió. Pero no fue de cólera. Según la mujer de Westley, se tambaleó y ya estaba muerta cuando llegó al suelo. Tenía una dolencia cardiaca.

-¿Y las pequeñas?

-Westley admitió que se llevaron todos los objetos de valor que había en la casa y los vendieron. También se llevaron a las niñas.

-Comprendo -susurró ella, aferrada a las manos de Lucas.

Él no pudo soportar el dolor que veía. -Escúchame, Taylor. Vamos a encontrarlas. ¿Comprendes lo que te digo? Vamos a encontrarlas.

-Oh, Dios -murmuró ella.

Era obvio que su marido no le había dicho todo. De pronto el miedo le impedía preguntar.

-Ya no están con los Westley.

-¿Están con vida aún?

-Sí. -La voz de Lucas sonaba solidaria. Eso la alentó.

-¿Dónde están, pues? ¿Qué han hecho con mis pequeñas?

Él le soltó las manos para rodearla con los brazos y la sentó en sus rodillas para estrecharla. No lo hacía sólo por consolarla. Francamente no quería verle la cara cuando le dijera lo que habían hecho esos mal nacidos. -Las vamos a encontrar -prometió una vez más.

-Dímelo, Lucas. ¿Dónde están las niñas? ¿Qué hicieron con ellas?

No era posible suavizar la verdad.

-Las vendieron.

11

El mundo ha empeorado tanto que los trogloditas cazan donde las águilas no osan posarse.

William Shakespeare

Ricardo III

No se puso histérica. Durante largo rato no dijo una palabra. En realidad, estaba demasiado aturdida como para reaccionar a la noticia. Después se impuso una cólera tal como nunca la había sentido. Le invadió la mente, el corazón, el alma misma. La dejó rígida. Habría querido matar a Henry y a Pearl Westley; en esos horribles momentos de desolación e ira al rojo vivo, se creyó capaz de un asesinato frío y premeditado. Libraría al mundo de esas bestias viles y despreciables; las enviaría a los fuegos del infierno, donde debían estar.

Por fin prevaleció la razón. El diablo le habría agradecido, ciertamente, el regalo de otras dos almas, pero de ese modo también la de Taylor le habría pertenecido. El asesinato era un pecado mortal. ¡Buen Dios, cómo habría querido no tener conciencia! Quería que los Westley sufrieran tanto como estaba sufriendo ella, pero en el fondo sabía que no era posible ser a un tiempo juez, jurado y verdugo.

Sintió deseos de recostarse contra el pecho de su esposo, envolverle el cuello con los brazos y exigirle consuelo. De pronto ansiaba depender de su fortaleza, pero la idea la horrorizó tanto que inmediatamente se arrancó de su regazo para ocupar el asiento opuesto. Mientras acomodaba los pliegues de su falda, rezó pidiendo recuperar unas pocas hebras de su compostura.

-Ahora debo ser fuerte. Puedo llorar después. Sólo se dio cuenta de que había susurrado la súplica en voz alta cuando Lucas se declaró de acuerdo.

-Las vamos a recuperar, Taylor.

Se mostraba tan seguro que ella se animó. Rezó una plegaria, pidiendo que las pequeñas no sufrieran malos tratos. "Guárdalas sanas y salvas", imploró a Dios. "Por favor, guárdalas sanas y salvas."

De pronto cayó en la cuenta de que Lucas le estaba hablando y trató de concentrarse en lo que le decía. ¿Cablegrafiar a un amigo suyo? ¿Por qué? Se inclinó hacia adelante, pidiéndole que comenzara de nueva.

-Las niñas fueron llevadas a Cincinnati -explicó él, por segunda vez-. Allá hay un comprador. -"Que está esperando", agregó para sus adentros.

-¿Cuánto hace de esto? -Dos días.

-Oh, Dios, a estas horas pueden estar en cualquier otro sitio.

Él sacudió la cabeza.

-El tren tarda cuarenta horas en llegar a Cincinnati, Taylor. Si tenemos suerte, mi amigo estará esperándolo.

-Pero ¿y si no fueron en tren?

-Entonces tardarán más en llegar-razonó Lucas.

-Cierto.

-En cuanto lleguemos al hotel, cablegrafiaré a Hunter.

-¿Está en Cincinnati?

-No, pero sí bastante cerca.

-¿Estás seguro de poder encontrarlo? Él asintió.

-Si tus sobrinas no están en el tren, Hunter nos será aún más necesario. Es el segundo entre los mejores rastreadores del continente.

-¿Y quién es el primero? -preguntó ella, pensando que Lucas debería contratar también a ese caballero. Cuantos más fueran los expertos que participaran de la búsqueda, mayores serían las posibilidades de hallar a las pequeñas antes de que les sucediera algo peor.

-Yo.

Ella suspiró de alivio.

-Mientras tú envías el telegrama a tu amigo, yo conseguiré los horarios de trenes para que el conserje nos saque los pasajes. Debemos partir cuanto antes.

El tuvo la prudencia de no pedirle que aguardara en Boston. Cincinnati podía ser tan sólo una parada. Existía la posibilidad de que las niñas ya estuvieran allí.

Westley había hablado de dos días... cuarenta y ocho horas. Sí, era posible que ya hubieran llegado a Cincinnati y estuvieran en marcha hacia cualquier otro sitio. Si se encaminaban hacia las colinas de Kentucky o hacia más allá del valle del Ohio, Lucas insistiría para que Taylor lo esperara en Cincinnati. La ciudad era más segura y civilizada. Si quedaba tiempo, contrataría a alguien para que cuidara de ella.

-No debes quedar sin protección.

-¿Cómo dices?

-No importa.

-Voy contigo, Lucas. Las encontraremos juntos. No te retrasaré.

-No he discutido -aseguró él-. Puedes acompañarme.

-Gracias.

Ella cerró los ojos, súbitamente presa de estremecimientos.

-¿Por qué hay tanto mal en el mundo? Él la miró largamente antes de responder:

-Porque hay mucho bien.

Taylor abrió los ojos para mirarlo.

-No comprendo -admitió-. ¿Quieres decir que si hay una cosa debe existir la otra?

-Así parece. Sacudió la cabeza. -En estos momentos no veo ningún bien.

-Yo sí -replicó él, enfurruñado-. Lo tengo delante de mí.

Taylor no comprendió lo que insinuaba. Lucas se sintió incómodo por el cumplido en cuanto hubo pronunciado las palabras. Pasaron un rato en silencio.

-¿Qué harás con Victoria? -preguntó él, al fin. -Esta noche iré a su cuarto para explicarle todo. Hubo otro largo silencio. Lucas estaba dedicado a planear su curso de acción y a hacer una lista de lo que necesitaría para el viaje. Taylor rezaba por las niñas.

-¿Lucas?

-¿Sí?

-Sé que esta guerra no te incumbe. Las pequeñas son responsabilidad mía, no tuya. Quiero que sepas lo agradecida que estoy por contar con tu ayuda. –Antes de que él pudiera decir algo, continuó-: Siento mucho haberte cargado por la fuerza con todo esto. Tienes entre manos mucho más de lo que esperabas al casarte conmigo, ¿verdad? Al menos mereces una compensación. En cuanto...

Él la interrumpió.

-Si estás ofreciendo pagarme los servicios, te voy a estrangular.

Ese enfado la complació. En esos momentos necesitaba a un campeón y eso era lo que Lucas estaba demostrando ser.

-Disculpa -dijo-. No quería insultarte. Te estoy agradecida-por la expresión de su marido era obvio que no quería agradecimientos, de modo que cambió de tema-. Los niños no son una propiedad cualquiera.

-No, desde luego.

-Casi todos los adultos creen que sí. Muy pocos creen que los niños tengan derechos, pero los tienen, ¿verdad?

Él asintió.

-Deberían tener derecho a contar con padres amorosos y protectores.

-Sí -susurró ella. Entonces: su mente saltó a otro asunto

-: ¿Y si los Westley nos acusan ante las autoridades?

-¿De qué?

-Por lesiones -respondió ella-. Los dos disparamos contra Henry Westley.

Él desechó la idea.

-Si nos denunciaran, tendrían mucho que explicar -adujo-. ¿Quieres dar parte a las autoridades?

---No -respondió ella-. No nos serviría de nada. Ya se han llevado a Georgie y a Allie. Habría mucha demora mientras diéramos explicaciones, llenáramos formularios y... A menos que tú pienses lo contrario, Lucas. Por naturaleza, él desconfiaba de todo el que exhibiera una insignia. El símbolo daba demasiado poder al hombre y él sabía por experiencia que el poder era como el agua de mar para el sediento: cada sorbo hacía desear más y más, hasta convertirse en un anhelo insaciable. El poder rara vez eleva al hombre; con mucha más frecuencia lo corrompe.

-Sería complicado. Y no me gusta tener a la policía pisándome los talones mientras busco a tus sobrinas. Respóndeme una pregunta.

--¿Cuál?

--¿Sabe Victoria que tienes sobrinas?

-Sí.

-¿Y por qué no me las mencionaste a mí? Ella no respondió.

-¿No confías en mí? -insistió él.

Taylor vaciló todo un minuto antes de hablar. -Creo que sí -dijo. Y agregó, con más potencia en la voz-: Sí que confío. Es lo que me recomendó la Señora.

-¿Y si la Señora no te hubiera dado esas instrucciones?

-Eres un hombre, Lucas.

- ¿Qué significa eso?

-Generalmente no se puede confiar en los hombres. Victoria y yo hemos aprendido esa importante lección. Sin embargo, tú no eres como otros. No te pareces en nada a tu medio hermano. Ahora comprendo que William es un debilucho. Tú, lo opuesto. Las rescatarás, ¿verdad? Dímelo otra vez para que te crea.

Ese cambio de tema no lo perturbó. Una vez más le dio su palabra

-¿Crees que puedan haberles hecho daño?

La tristeza de su voz le desgarró el corazón. Al responder se mostró más brusco de lo que habría querido. -No pienses en eso. Concéntrate sólo en recuperarlas. De lo contrario perderás la razón.

Ella trató de seguir su consejo. Cada vez que un pensamiento horrendo le surgía en la cabeza, lo apartaba por la fuerza. Hizo una lista mental de todas las cosas que debía llevar en el viaje.

Cuando por fin llegaron al hotel, Taylor cruzó precipitadamente el vestíbulo en busca del conserje. Este le dio un horario de trenes. Al descubrir que acababa de partir un tren, ella sintió deseos de gritar. El próximo no saldría de Boston sino a las diez de la mañana. De inmediato envió a un mensajero a la estación, con fondos suficientes para sacar dos pasajes. El director ofreció cablegrafiar a la sede que el mismo hotel tenía en Cincinnati para reservarles habitaciones. Ella aceptó, encargándole que consiguiera una segunda habitación para su amiga.

Todos esos planes la ayudaron a mantenerse tranquila. Subió apresuradamente a la habitación, preparó el equipaje y, después de buscar la contraseña de sus baúles, los llevó a la habitación de Victoria. Eran casi las dos de la mañana cuando llamó a su puerta. Victoria apenas podía mantener los ojos abiertos, pero cuando Taylor le contó lo ocurrido la noticia fue tan efectiva como si le hubiera arrojado a la cara un vaso de agua fría. De inmediato se despabiló por completo; los ojos se le llenaron de lágrimas ante la aflicción de Taylor.

-Pobres pequeñas -susurró-. Voy contigo -agregó casi de inmediato-. Te ayudaré en lo que pueda. A Taylor no se le había pasado por la cabeza que su amiga pudiera negarle ayuda. Confiaba por completo en ella. Le entregó las contraseñas de los baúles y le dio instrucciones para que tomara el siguiente tren disponible a Cincinnati. Explicó que ya había hecho enviar un telegrama reservándole alojamiento, con la esperanza de que Victoria se hiciera cargo del

equipaje y la siguiera. -Lo único que ruego es que estén todavía en Cincinnati -dijo-. Creo que se llevan a mis sobrinas hacia el oeste. Quiero creer que será fácil encontrarlas.

Si las han llevado a Nueva York, donde hay tanta gente, la búsqueda se nos hará más difícil.

-¿Qué más puedo hacer para ayudar?

-Ve mañana al banco y retira todo el dinero posible. Tráelo contigo. Por la mañana, antes de partir, te firmaré una declaración jurada. Por, favor, no digas a Sherman ni a Summers hacia dónde vas.

-No diré nada-prometió Victoria. Luego abrazó a su amiga, deseándole buena suerte. Finalmente recordó la lista de artículos que Taylor había pensado comprar en Boston.

-Dame tu lista --ordenó-. Ya que voy a quedarme aquí un día más para hacer las operaciones bancarias, bien puedo hacer esas compras.

-Sí, por supuesto. Por la mañana te daré la lista. -Taylor iba a salir, pero se volvió hacia su amiga También debes hacer que el personal del hotel traslade tus cosas a nuestra habitación.

-¿Para qué?

-Es más bonita -explicó Taylor, mientras salía al pasillo-. Mereces vivir con lujos, Victoria. Iba a cambiar de habitación contigo cuando Lucas se fuera. Me complacerá saber que dormirás allí mañana por la noche.

-Y a mí me complacerá saber, a esas horas, que las niñas ya están contigo.

Taylor sacudió la cabeza.

-Lucas dice que tardaremos cuarenta horas en llegar a Cincinnati. No puedo enviarte un telegrama porque por entonces ya estarás a bordo de un tren.

Tendrás que esperar hasta que llegues allá. Cuídate, querida amiga.

-Trata de dormir un poco -le aconsejó Victoria. Había hecho esa sugerencia con buen corazón. Taylor fingió que lo intentaría. No se creía capaz de dormir, pero no era cosa de que Victoria se preocupara por ella.

Un rato después entró Lucas. Después de cerrar la puerta con llave, se apoyó contra el marco para sacar el revólver de Taylor del bolsillo. Lo descargó y puso revólver y balas en la mesa. Luego preparó su equipaje. Esa tarea le demandó apenas unos minutos.

-Ven a la cama, Taylor -ordenó-. Mañana será un día pesado.

Mientras daba esa orden iba hacia el cuarto de baño, quitándose la ropa. Ella negó con la cabeza. -Todavía no -le dijo. Y se acercó a la ventana, detrás de los sillones, para contemplar la noche oscura. Él no discutió, pensando que necesitaba algunos minutos de soledad para calmar sus emociones. Por respeto a ella, no se quitó los pantalones y durmió sobre las mantas. Despertó una hora después, sabiendo, aun antes de abrir los ojos, que ella no estaba en *la* cama. La vio al otro lado de la habitación. No se había apartado de la ventana. Tenía la cabeza gacha y los brazos cruzados contra el pecho. Estaba doblada en dos; aunque Lucas no le vio la cara ni oyó ningún sonido, comprendió que estaba llorando.

Su tormento le destrozó el corazón. Abandonó la cama para cruzar silenciosamente el cuarto. Sin decirle una palabra, la alzó en brazos para llevarla a la alcoba y la puso de pie junto a la cama para desvestirla. Ella no protestó ni hizo ademán de ayudar. Se limitó a estarse quieta mientras él la dejaba en camisa. Lucas trató de no reparar en la suavidad de su piel. Cuando rozó con la mano la curva de los pechos habría querido recrearse en *la* tarea, pero no cedió a ese bajo impulso. No le parecía correcto ni honorable, en esos momentos, tener pensamientos lascivos. Ella estaba demasiado vulnerable. Sin duda se dejaría hacer el amor y hasta era posible que lo recibiera de buen grado, pero con la luz de la mañana no dejaría de arrepentirse. Y él no deseaba aprovecharse de ella.

¡Diablos! Al fin y al cabo, se estaba portando como un caballero. Su dulce desposada las había pasado negras en *los* últimos meses. Había sido traicionada por el hombre a quien creía amar y a quien había dado palabra de casamiento; después murió la mujer que la había criado y dado como esposa a un perfecto desconocido, sin que ella tuviera una sola hora para llorarla. Ahora creía, sin duda, que jamás volvería a ver a sus sobrinas. Lucas comprendió que

pasaría *el* resto de su vida buscando a las pequeñas; si era necesario, dado su fuerte sentido de la responsabilidad y la obligación familiar.

La lealtad de esa muchacha era asombrosa. Actuaba -como si fuera a tomar sobre sí los deberes de la maternidad. Lucas suponía que pensaba compartir la crianza de las gemelas con los otros familiares.

"Mis bebés", las llamaba. Lucas ignoraba qué planes tenía para el futuro. A él sólo le incumbía el presente. Las bebés. Iría hasta el infierno, si era preciso, para recuperar *a* esas inocentes.

Esta vez el mal *no ganará.* Lucas repetía calladamente ese voto, una y otra vez, en el tren que los llevaba a Cincinnati. No sabía si estaba rezando a Dios o desafiándolo. Sólo de una cosa estaba seguro: de que recuperaría a esas niñas.

Hunter los esperaba en la estación. Lucas interpretó su aparición como señal de que la suerte, quizá también Dios, estaban de su lado. Su amigo había llegado a caballo desde lejos y parecía cansado. Tenía la camisa y los pantalones cubiertos de polvo. Usaba una pistolera similar a la de él, preferencia que se consideraba algo extraña en el oeste, donde la mayoría de los pistoleros y los montañeses metían las armas en el bolsillo o en el mismo cinturón con que se ceñían los pantalones.

Hunter era tan alto como Lucas, flaco como un junco, de pelo negro azulado y ojos pardos. Había heredado esos rasgos de su abuela Crow, junto con su temperamento. Era suave al hablar, rara vez se enfadaba y tenía un código moral que la mayoría no habría podido cumplir. Como Lucas, había sido despreciado durante la infancia. A Lucas se lo trataba con desdén por ser bastardo y huérfano; a Hunter, por lo que los ignorantes llamaban "sangre mestiza". Se habían hecho amigos siendo niños, porque estaban solos y se necesitaban. Esa relación se fortaleció con los años y la vida dura. Hunter había vuelto al aislamiento de las montañas antes que Lucas, pero éste se le unió después de la guerra. Ambos se guardaban mutua lealtad y cada uno había salvado el pellejo al otro más de una vez. Hunter era el único hombre a quien Lucas toleraba a su espalda. Y Lucas era uno de los pocos a quienes Hunter dirigía siquiera la palabra, ermitaño como se había vuelto con el correr del tiempo.

Taylor echó una sola mirada a ese hombre intimidante y se arrimó a su marido. Parecía recio y malvado. No se podía pedir nada mejor.

Cuando Lucas los presentó, él se levantó un poco el sombrero, diciendo:

-Señora... -luego concentró la atención en su amigo

-. Un par de posibilidades.

Lucas asintió. Sujetando el codo a Taylor, trató de ponerla en marcha, pero ella no pensaba dar un paso sin expresar su gratitud.

-Lucas me ha dicho que usted rara vez deja su casa de la montaña, señor Hunter. Probablemente me creerá tonta, pero creo que Dios le envió esa tarea a cumplir que lo trajo tan cerca de Cincinnati, porque necesitábamos a otro hombre fuerte, astuto y lleno de recursos. Quiero agradecerle desde ahora cualquier ayuda que usted pueda prestarnos.

El mestizo quedó desconcertado ante esas palabras y no encontró respuesta. El hecho de que lo aceptara tan pronto y sin reservas lo dejó atónito. Se limitó a mirarla, a la espera de lo que seguiría. Ella no lo hizo aguardar mucho.

-Lucas me ha dicho que usted es el segundo entre los mejores rastreadores de Norteamérica. Después de hacer esa declaración permitió que su esposo la impulsara hacia adelante. Hunter ajustó su paso al de ellos.

-¿El segundo? ¿Quién es el primero? -preguntó.

Taylor le respondió, sonriendo:

-Lucas. Es lo que me dijo él.

Hunter no sabía si estaba bromeando o si hablaba en serio, pero se creyó en el deber de aclarar las cosas. -Lucas lo ha dicho al revés, señora. El segundo es él.

El otro alzó la voz, dirigiendo sus comentarios al amigo.

-Dejaremos a Taylor en el hotel y... Ella lo interrumpió.

Quiero ir con vosotros.

Lucas movió la cabeza negativamente. -Necesitas dormir un poco. Apenas puedes mantenerte en pie. Yo dormí en el tren. Tú no.

-Me siento bien, Lucas. De veras.

--Tienen muy mal aspecto. Si no descansas un poco, enfermarás.

La discusión podría haber continuado, pero Hunter le puso fin con un dato indiscutible:

-Usted nos retrasará.

-Entonces esperaré en el hotel -aceptó ella de inmediato.

Le dolía en el alma que la dejaran allí, pero comprendía ese razonamiento. Esos hombres irían a lugares donde una dama no sería bien recibida. No era eso lo que la preocupaba, sino que Lucas dedicara la mayor parte del tiempo a cuidar de ella en vez de concentrarse en la búsqueda de las niñas.

No hizo falta que le recomendara ir armado. Lucas y Hunter la ayudaron a ocupar la habitación del hotel, pero se quedaron menos de un minuto. Después de poner la maleta sobre la cama, Lucas tomó su pistolera, cargó los revólveres y se ciñó el cinturón a las caderas, ya en marcha hacia la puerta. Ni siquiera malgastó un momento en decirle adiós.

Ella pasó más de una hora paseándose nerviosamente por el cuarto. Por fin decidió mantenerse ocupada con algunas tareas mundanas. Se dio un baño, se lavó la cabeza, deshizo el equipaje y, finalmente, se tendió en la cama, en bata. Pensaba descansar un par de minutos antes de volver a vestirse.

Durmió cuatro o cinco horas. Al despertar se sentía desorientada Tardó un minuto en recordar dónde estaba. Parte de su confusión se debía a que esa habitación era casi idéntica a la que habían ocupado en Boston. Los propietarios del hotel, obviamente, habían decidido construir un duplicado exacto del original. Allí estaba la misma sala, con un sofá y dos sillones; la alcoba con la cama y hasta dos roperos contra la misma pared. No obstante, los colores diferían un poco. Esta habitación estaba decorada en tonos de oro claro con acentos blancos. También había otra diferencia: dos puertas a la izquierda de los roperos y no una sola. La primera conducía al cuarto de baño. La segunda, a la habitación reservada para Victoria. El cuarto contiguo era de menores dimensiones; su rasgo principal, una gran cama con dosel y cobertor azul real. Una silla, una cómoda y un ropero ocupaban el resto del espacio. Aunque no daba la misma sensación de intimidad que la alcoba, tenía su propio encanto y su decoración era exquisita.

A Taylor le agradó que la segunda habitación estuviera tan cerca de la suya. Victoria quedaría complacida. "Cuando llegue estará exhausta", pensó. Se arrepentía de no haber pedido a Victoria que le enviara un telegrama anunciándole la hora de su llegada, pero los nervios no le habían permitido pensar en esos detalles.

De pronto sintió que le gruñía el estómago. Llevaba mucho tiempo sin probar bocado, pero con sólo pensar en la comida se sintió mal. Aún estaba demasiado alterada por la preocupación y el miedo como para comer, de modo que reanudó sus paseos y sus oraciones. Los minutos se hacían tan largos como las horas. Miró el reloj, diez o doce veces, por lo menos. Anochecía; eran las ocho pasadas. Hacía ya siete horas que Lucas y Hunter se habían ido. Taylor se preguntó si volverían esa noche. Cuando se cansó de caminar por el cuarto, fue a apoyarse contra el antepecho de la ventana para contemplar la noche. Afuera la oscuridad era total, pues la luna estaba oculta tras nubes de lluvia.

¿Dónde estarían Lucas y Hunter? ¿Habrían encontrado a las niñas?

Había un par de posibilidades. ¿No era eso lo que había dicho Hunter a Lucas en la estación? Oh, ¿por qué no se le había ocurrido pedirle explicaciones, en vez de comportarse como un ratoncito tímido? Porque ese hombre la apabullaba, se dijo en silencio. En vez de preocuparse por sus deficiencias, le convenía concentrarse en la posibilidad de que ya hubieran encontrado a las pequeñas. Caramba, bien podían estar ya camino al hotel, con las niñas en brazos.

Por mucho que lo intentó, no pudo traer alas gemelas por pura fuerza de voluntad. Lucas y Hunter llegaron a su puerta varias horas después, con las manos vacías.

Ella habría querido sacarlos a empellones y exigirles que continuaran la búsqueda, pero se impuso la razón. Los dos parecían exhaustos.

-¿Volveréis a salir pronto? -preguntó. -Dentro de un rato -respondió Lucas. Y dijo a su amigo-: Ahí dentro hay una cama.

Hunter hizo un gesto afirmativo y desapareció en el segundo dormitorio. Taylor corrió tras su marido, que iba hacia la alcoba.

-¿Has averiguado algo?

Lucas se quitó la pistolera para colgarla de uno de los postes de la cama; luego comenzó a desabotonarse la camisa. Taylor se acercó; en su ropa había olor a pólvora.

-Has disparado tu revólver.

Él actuó como si no hubiera oído el comentario.

-Por la mañana Hunter y yo volveremos a salir. Aún nos quedan un par de posibilidades que verificar.

-¿Crees que aún estén en Cincinnati?

Taylor se retorcía las manos, tratando sin éxito de mantener la calma. Él no sabía si las niñas estaban aún en la ciudad. Hasta entonces todas las pistas habían terminado en vía muerta, pero no le pareció necesario compartir con ella esa amarga noticia.

-Las encontraremos -repitió.

Taylor se sentó en el borde de la cama, mientras Lucas iba al cuarto de baño. Volvió minutos después, limpio y refrescado. Ahora olía a jabón pero aún perduraba el olor de la pólvora. Cosa extraña: a Taylor no le pareció ofensivo en absoluto; sin embargo, le hizo recordar que él había disparado su arma.

-¿Tuviste que matar a alguien?

Obviamente, la pregunta lo exasperó. -No -dijo abruptamente.

Ella no se dejó intimidar. -Pero disparaste el revólver.

-Sí.

-¿Por qué?

-Sólo para llamar un poco la atención.

Taylor comenzaba a detestar esas respuestas parciales; iba a decírselo, pero cambió de idea. No quería iniciar una disputa. Lucas estaba cansado. Necesitaba reposar para poder reanudar la búsqueda de las bebés. -No te darás por vencido, ¿verdad? -apretó las manos con fuerza mientras esperaba la respuesta. Lucas se irguió en toda su estatura junto a ella. Su expresión indicaba que no le gustaba la pregunta. Ella no tardó en adivinar por qué.

-¿He vuelto a insultarte? Él asintió.

-Lo siento -susurró Taylor.

No parecía aplacado por la disculpa. Taylor se apartó con un suspiro, para que él pudiera retirar los cobertores.

¡Por Dios, cómo deseaba creerle! Tendría que haberse hincado de rodillas para agradecer al Creador que le hubiera enviado a Lucas Ross. ¿Qué habría hecho sin su ayuda? Él era, en verdad, su príncipe azul. ¿Acaso la Señora no lo había sabido desde un comienzo?

Pero sus emociones se estaban desmandando. De pronto sentía ganas de llorar. No cedió al impulso, por supuesto, pues su llanto habría molestado a Lucas. Después de todo el trabajo que él se había tomado en esos días, lo último que ella deseaba era preocuparlo. Lo que él necesitaba era descansar.

De cualquier modo, estaba tan nerviosa que no podía dormir. Decidió ir al otro cuarto, para que Lucas tuviera un poco de tranquilidad, pero sólo dio uno o dos pasos antes de que él la atrapara entre sus brazos para atraerla hacia la cama. Giró sobre sí mismo, reteniéndola en sus brazos hasta tenerla de espalda; con él encima.

Movió el peso para no aplastarla y se apoyó en los codos.

-Quieres creer que no voy a abandonar la búsqueda, pero aun así tienes miedo de que lo haga. ¿verdad?

-Si tú dices que no cejarás, te creo.

Él le apartó con suavidad el pelo de la frente. -¿Sabes qué voy a hacer?

Ella negó con la cabeza.

-Voy a contarte un cuento para que te duermas. ¿Qué bicho le había picado para que se mostrara tan tierno con ella?

-Tienes que descansar, Lucas. No te molestes en calmar mis temores.

Él se inclinó para besarla. Luego se tendió a un costado, estrechándola contra sí, y le susurró al oído: -Había una vez...

Su relato trataba de un muchachito cuyo único bien había sido robado por un indio. El tesoro era un viejo cuchillo de monte, con el filo embotado, que el niño usaba para cazar; aunque a los ojos de cualquiera habría parecido bastante inútil, era todo lo que el muchacho poseía y por eso tenía suma importancia para él.

Taylor se volvió para mirarlo. Quería preguntarle cómo había obtenido el niño ese cuchillo y por qué era su único bien, pero Lucas la acalló rozándole la boca con los dedos. Luego continuó con su narración. El niño había ido tras su cuchillo. Siguió a los indios hasta el sitio donde pasaban el invierno. Los extremos a los que llegó para recuperar su arma debían de estar muy exagerados, pues según el relato había perseguido al indio desde las colinas de Kentucky hasta el centro del valle del Ohio. Taylor tuvo la certeza de que Lucas estaba inventando todo; nadie, mucho menos un jovencito sin experiencia, podía dedicar un año y medio a correr tras un cuchillo inútil.

No obstante, Lucas era buen narrador y la cautivó. La fascinaron las pruebas de valor que el niño debió superar durante su viaje. Rió en voz alta al oírlo contar que un oso negro había trepado a un árbol siguiendo al muchachito.

-Los osos no pueden trepar-le recordó, preguntándose cómo sacaría a su personaje del dilema.

Él no dio detalles. Simplemente dijo que el jovencito había tenido que matar al oso para poder continuar con su gesta.

Taylor no se burló. No habría sido cortés. Y Lucas no terminó el relato como ella esperaba, diciendo que por fin el chico había recuperado su tesoro. Sólo dijo que, con el tiempo, halló al indio.

Era de suponer que el cuchillo se había perdido para siempre. La moraleja de la historia era una lección de coraje. Claro que Taylor era demasiado práctica como para tomar ese relato por verídico.

Un bostezo de Lucas le recordó lo cansado que debía de estar. Él le dio las buenas noches con un beso, pero su boca se entretuvo más de la cuenta en la tarea.

Cuando al fin se apartó de ella, la dejó trémula, deseando más.

No iba a darle el gusto. Volvió a estrecharla contra sí y cerró los ojos. Le gustaba dormirse inhalando su fragancia, estrechándola. Ella tenía la espalda contra su pecho, el trasero contra su entrepierna y la cintura envuelta en su brazo. Se le ajustaba a la perfección. Ése fue su último pensamiento antes de quedarse dormido.

Taylor apenas podía moverse, envuelta en el calor de su esposo. Y en su fuerza, pensó con un bostezo soñoliento. No pudo evitar el relajarse contra él, pensando descansar sólo algunos minutos.

Despertó una hora después. Abandonó la cama para no molestar a Lucas y pasó al otro dormitorio. No sabía por qué, pero necesitaba echar un vistazo a Hunter, probablemente para asegurarse d_e que aún estuviera allí. Entró sin hacer ningún ruido perceptible. Hunter estaba donde debía estar, profundamente dormido sobre las mantas. Como era tan alto, dormía cruzado en diagonal, igual que Lucas. Descansaba boca abajo, con una mano al costado y la otra oculta bajo las almohadas, descalzo y con el torso desnudo. Taylor se estremeció: una de las ventanas estaba abierta y la fuerte brisa hinchaba las cortinas hacia adentro. Probablemente Hunter había buscado un poco de aire fresco, pero sin imaginar el frío que acabaría haciendo en esa habitación. Caramba, si casi se podía ver el aliento. Tan quedamente como le fue posible, ella se acercó a la ventana y la cerró a medias. Luego fue al ropero de la habitación grande, en busca de una manta con la que cubrió a Hunter de pies a cabeza. Mientras lo arropaba, reparó en las cicatrices que le cubrían la espalda y los hombros. ¿Cómo se las habría hecho? La mano del mestizo se movió apenas bajo la almohada, pero no pareció despertar. Temblando de frío, Taylor volvió a su propia cama, para que Lucas la hiciera entrar en calor.

En cuanto ella salió del dormitorio, Hunter volvió a poner la mano en la culata del revólver que había escondido bajo la almohada. Estaba completamente despierto desde el momento en que ella cruzó el umbral. Su pequeño acto de bondad lo tenía estupefacto. Ella era considerada, afectuosa y dulce.

Y terriblemente estúpida. Hunter habría podido volarle la cabeza. Dejó escapar un suspiro. No, nunca le habría disparado accidentalmente. Supo desde un principio que se trataba de Taylor. Había oído el susurro de la seda al entrar ella; luego, el vago perfume de flores en el aire, cuando la muchacha se le acercó para cubrirlo, y el contacto suave y femenino contra su piel, cuando lo arropó con la manta.

No podía olvidar su propia reacción. El placer no se iba. Se sentía... reconfortado, y eso no tenía remedio. Sentía deseos de sonreír, sólo por un simple acto de consideración. Para Hunter era una experiencia nueva y abrumadora: alguien se había ocupado de él.

Eso sí que era bueno. Se quedó dormido con una sonrisa en el corazón.

Taylor se durmió con su esposo encima. El hombre tenía la extraña costumbre de rodar hasta cubrirla por completo; luego, sin despertar, le hociqueaba el cuello. Taylor apenas podía respirar bajo semejante peso. Habría podido pellizcarlo para que se quitara, pero no lo hizo. En realidad, le gustaba tenerlo así pegado. Cerró los ojos, fingiendo que él estaba bien despierto y actuaba a plena conciencia. Luego le rodeó la cintura con los brazos y, estrechándolo con fuerza, volvió a conciliar el sueño.

La mañana llegó demasiado pronto. Taylor despertó abrazada a una almohada, sola en la cama. Por el silencio que la rodeaba comprendió que Lucas y Hunter ya habían salido.

Permaneció en la cama algunos minutos más, formulando sus planes para la jornada. Lo primero que debía hacer era consultar el horario de los trenes para calcular cuándo llegaría Victoria. Si todo había salido según lo planeado, lo más probable era que su amiga hubiera tomado el tren de las cuatro.

Sus pensamientos se empecinaban en volver a las gemelas. ¿Estarían bien atendidas y bien alimentadas? ¿No pasarían frío? Oh, Dios, si las estaban haciendo sufrir en ese mismo instante, mientras ella...

Taylor se obligó a desechar esos pensamientos elevando una plegaria a Dios y a sus ángeles guardianes, para que cuidaran de las pequeñas hasta que ella pudiera rescatarlas. Sabía que, si se ponía a calcular todas las horribles posibilidades, acabaría perdiendo la razón. Por eso trató frenéticamente de pensar en algo agradable.

Le vino a la mente el relato de Lucas. Era una grata distracción, aunque llena de patrañas, se dijo, sacudiendo la cabeza. Ahora que tenía tiempo para pensar, bien podía ver que todo había sido una guasa; tal vez él tenía la equivocada idea de que ella era una campesina crédula, capaz de creerse cualquier cosa. Cuando volviera al hotel, ella se encargaría de decirle que no era tan ingenua. El chico del cuento había sobrevivido al ataque de un oso y a una tormenta de viento que silbaba como un tren en marcha, arrancando del suelo árboles enteros para arrojarlos al otro lado del valle. ¿Quién podía imaginar semejante cosa? Ah, sí, también había estado a punto de ahogarse, oportunidad en la que compartió una balsa improvisada con un... ¿Cómo se llamaba ese animal? Un gato montés, sí. La necesidad de supervivencia había mantenido al gato demasiado atareado como para atacar al muchacho.

Y si ella se tragaba todas esas tonterías, Lucas trataría de convencerla de que el polvo era tan valioso como el oro.

Ese cuento no estaba destinado tan sólo a decirle que no perdiera el valor. También le explicaba que algunas personas jamás se dan por vencidas. Era una dulce parábola.

Buen Dios, otra vez se le estaban llenando los ojos de lágrimas. Era tan fácil amar a Lucas Ross... -Basta -susurró, para detener sus pensamientos errabundos. Si no se andaba con cuidado, acabaría deseando algo que no podría tener jamás.

Taylor arrojó la almohada a un lado y sacó las piernas de la cama para levantarse. Entonces vio el cuchillo en la mesilla. ¿Cómo había llegado eso hasta allí?

Entonces comprendió. De súbito se llenó de esperanza. Pasó largos instantes contemplando ese cuchillo. No necesitaba tocarlo. Sabía que era un cuchillo de monte, inútil y desafilado, que un niño podía usar en sus cacerías.

Lucas era el muchacho del relato, por supuesto, pero sin duda había embellecido la realidad para hacerla más interesante, para darle mayor impacto. No importaba. Ella captaba el mensaje. Esa mañana, Lucas había dado una respuesta a su pregunta de la noche anterior.

No cejaría jamás.

12

Una mala noticia infecta al portador.
William Shakespeare
Antonio y Cleopatra

Victoria no llegó en el tren de las cuatro. Taylor aguardó en la estación hasta que se retiraron todos los pasajeros. A pesar de la desilusión, no se preocupó. Todo habría tenido que marchar demasiado bien en Boston para que su amiga pudiera cumplir con todo en tan poco tiempo. "Mañana", se dijo Taylor. "Llegará mañana."

La desgracia era que, mientras esperaba en la estación, varios hombres trataron de acosarla. A uno lo disuadió con la simple recomendación de que se comportara como correspondía a un caballero. Hubo otros dos que no se dejaron desalentar con tanta facilidad. Taylor decidió mostrarse directamente grosera, pero eso no les importó. Lo alarmante fue que la siguieron hasta afuera. Ella se unió a la multitud que caminaba por la calle, mirando con frecuencia por encima del hombro para ver si aún iban tras ella.

Los dos hombres seguían allí, en efecto, y con expresión muy decidida. La ropa que llevaban estaba mugrienta. Sus caras también. El más alto no dejaba de chasquear los labios; se había encasquetado el oscuro sombrero de ala ancha muy bajo sobre la frente. El otro lanzaba risitas burlonas. Taylor sintió que el pánico la ganaba por dentro. Buscó frenéticamente a su alrededor una manera de escapar.

Ya había cometido una tonta equivocación al abandonar la seguridad de la estación. Todos los cocheros estaban allí, a la espera de los pasajeros. ¿Por qué diantre no había subido a uno de ellos? La protección de la multitud disminuía a cada paso. La mitad de esas personas habían entrado ya en diversos edificios; cuando llegaron a la esquina, el grupo volvió a dividirse: varios giraron a la derecha y otros a la izquierda. Sólo una pareja entrada en años continuó la marcha hacia adelante.

Taylor decidió seguir con ellos. No quería desviarse por las calles laterales. No sólo tenía la certeza de extraviarse: además, había una fuerte posibilidad de que alguna de ellas acabara en un callejón sin salida.

Notando que los dos canallas se le estaban acercando, se recogió las faldas y cruzó apresuradamente la calle, manteniendo a la pareja de ancianos entre ella y sus perseguidores. Hacia adelante había varias tiendas. Su pánico cedió un poco. Decidió entrar en uno de esos establecimientos y pedir ayuda contra los hombres que la acechaban.

Se arrepentía de no haber llevado su revólver. Como Cincinnati era una ciudad tan pulida y sofisticada, no había pensado que pudiera necesitar de esa protección. ¡Pero si allí la gente era civilizada! Los campesinos ignorantes que la seguían, ¿no estaban enterados de eso? Al volverse para ver a qué distancia la seguían, cayó en la cuenta de que la pareja de ancianos se había desviado por la callejuela anterior. No podía seguirlos. ¡Por Dios, estaba sola en la calle! Oyó que uno de los tunantes lanzaba una risita aguda y el estómago le dio un vuelco. Estaba asustada, sí, pero también comenzaba a enfurecerse. No pensaba convertirse en víctima. Estaba dispuesta a gritar, morder y patear, haciendo suficiente bulla como para atraer a toda una multitud.

¿Dónde demonios estaba la policía cuando una la necesitaba?

Su pánico iba en aumento. Lo que necesitaba era un pequeño milagro. Nada del otro mundo, indicó a su Creador; sólo un pequeño milagro, apenas detectable. Por favor, buen Dios...

Su ruego tuvo respuesta. El milagro estaba apenas a cincuenta metros. Una armería, plantada en medio de la manzana siguiente. Con la última palabra de su plegaria vio el letrero audazmente pintado, que ondeaba como un estandarte sobre la entrada, a la vista de todos.

"Dios bendiga al señor Colt", pensó Taylor, al ver los revólveres expuestos en el escaparate. Dejando escapar un suspiro de placer, entró precipitadamente.

La campanilla que pendía de la puerta advirtió de su presencia al comerciante. Parecía ser la única persona presente en la tienda. Ella lo saludó con una sonrisa y se acercó de prisa al mostrador, que estaba en el fondo del local.

A primera vista, el propietario era algo intimidante. Resultaba obvio que ese pobre hombre había estado en un incendio, pues tenía el cuello, la cara y las manos cubiertos de gruesas quemaduras cicatrizadas. Carecía por completo de cejas. Esas marcas impedían calcular su edad, pero por la abundancia de su pelo castaño, apenas teñido de gris, ella supuso que tendría cuarenta años, por lo menos. Llevaba gafas de montura metálica, que se le escurrían constantemente por el puente de la nariz, obligándolo a subirlas una y otra vez.

Obviamente, el tendero se sentía incómodo por su aspecto, pues desvió la cara y le preguntó, en tono seco y directo, si necesitaba alguna ayuda. La pregunta parecía dirigida al mostrador.

-Sí, gracias -respondió ella-. Me gustaría mirar el Colt que está en el estante, a su espalda. ¿Está cargado, por casualidad?

El hombre le entregó el revólver y retiró del estante una pequeña caja de proyectiles, que dejó en el mostrador, junto al arma, explicando:

-Aquí no tenemos armas cargadas.

Taylor abrió la caja y tomó el revólver. Antes de que el propietario pudiera impedírselo, ya tenía el arma cargada.

-¿Qué hace, señorita? -preguntó él, con obvia alarma.

Se atrevió a echarle un vistazo. Ella le dedicó una amplia sonrisa. Cuando estaba a punto de explicarle sus razones, sonó la campanilla.

-Ahí tiene un arma cargada -tartamudeó él. -Sí, gracias a Dios-confirmó ella-, y muy a tiempo. ¿Tendría usted a bien disculparme por un momento?

No tenía tiempo para discutir. Giró en redondo en el momento en que los dos matones comenzaban a acercarse por el pasillo central, haciendo crujir bajo las botas las tablas del suelo.

Al ver el revólver que ella tenía en la mano se detuvieron en seco.

-No está cargado, Elwin -dijo el más bajo de los dos. Luego dirigió a Taylor una sonrisa maliciosa, en la que faltaba un considerable número de dientes. Sin duda alguna, era el individuo más repugnante que ella hubiera visto en su vida.

-Claro, está tratando de intimidarnos, Wilburn dijo su amigo.

El hombre llamado Elwin miró a su alrededor. Luego dio un codazo a su compañero.

Aquí hay montones de revólveres finos-comentó, con otra risita aguda.

Wilburn asintió.

-¿Tú eres el único aquí? -gritó al propietario. -Apuesto a que síespeculó Elwin.

El dueño se estaba agachando bajo el mostrador, pero Wilburn gritó:

-No te muevas. -Luego se volvió hacia su amigo-. Ya que estamos, podríamos asaltar esto. En la trastienda debe de haber un depósito. De la damisela nos encargaremos por turnos. -

Elwin volvió a reír. Taylor sintió deseos de dispararle. -Dios mío -susurró el propietario, a su espalda. Sin apartar la mirada de los dos tunantes, ella trató de tranquilizarlo.

-No habrá ningún problema, señor.

-Tú sí que vas a tener problemas, jovencita --graznó Elwin. Y dio un codazo en las costillas a su amigo, emitiendo una risita. El sombrero cayó un poco más sobre sus cejas. No se le veían los ojos, pero debían de ser tan feos como el resto.

Dieron un paso hacia ella. Taylor amartilló el arma. Elwin se detuvo con una gran sonrisa, se echó el sombrero hacia atrás y dio otro paso.

Taylor le hizo volar el sombrero.

El hombre dejó escapar un aullido. El ruido del disparo ahogó su grito, reverberando en toda la tienda. El vidrio del escaparate se estremeció. El proyectil quedó clavado en la puerta, detrás del villano.

Elwin parecía estupefacto. En opinión de Taylor, era una reacción adecuada.

-¿Te ha dado, Elwin? -preguntó su amigo, estudiándolo con ojos entornados, en busca de alguna marca. El otro sacudió la cabeza.

-Ni siquiera me ha rozado -dijo jactancioso. -No era broma -susurró Wilburn.

Elwin, enrojeciendo, dio otro paso hacia ella. Taylor le abrió un agujero en la punta de la bota.

El siguiente intento fue de Wilburn. La joven, que empezaba a perder la paciencia, le agujereó también una bota. El hombre dio un salto atrás y movió los dedos de los pies, para asegurarse de tenerlos todos. Luego fulminó con la mirada a la mujer que acababa de destrozarle el calzado.

-No está bromeando, no -dijo a su compañero-. Tendremos que tomarla por embestida.

Ella suspiró dramáticamente.

-Son muy estúpidos, ¿no le parece? -comentó al propietario.

Detrás de ella sonó una risa sofocada. -Realmente -reconoció él.

A Elwin no le gustó ese insulto. Se puso rojo como un tomate maduro y metió la mano en el bolsillo. Taylor amartilló otra vez su armar

-Tenemos que quitarle el revólver -decidió Wilburn.

Elwin sacudió la cabeza.

-Quítaselo tú-sugirió en un murmullo-. ¿No ves a dónde está apuntando? Tiene en la mira mis efectos personales, Wilburn. Está loca. Quién sabe qué va a hacer. Con el próximo disparo podría acertarnos.

Los dos discutieron el asunto un par de segundos y acabaron por retroceder.

-No nos olvidaremos de ti -prometió Elwin. -Ya verás -añadió Wilburn.

Entonces el tendero se puso en acción. Levantó el rifle cargado que tenía escondido en el último estante y lanzó una advertencia.

-Dispararé contra los dos, si es preciso, y os daré en el medio. Ahora caminad hacia la pared y mantened las manos en alto, a la vista.

Taylor se volvió hacia él.

-¿Cuánto pide usted por este revólver? Le he tomado afecto y me gustaría comprarlo, señor.

Él sacudió la cabeza.

-Puede quedárselo, señorita. Me ha salvado de un asalto y, probablemente, también de que me mataran. Estoy en deuda con usted. Si me deja su nombre y su dirección, la anotaré en mi registro. Como usted verá, cada Colt está registrado con su propio número. De esa manera se puede identificar al propietario.

-Me llamo Taylor Ross -respondió ella-. Y me hospedo en el Cincinnati Hamilton House. Muchas gracias por este regalo.

El comerciante seguía apuntando con el rifle a los dos delincuentes, que se apretaban ahora contra la pared. Taylor guardó el revólver en el bolsillo de su abrigo y dio un rodeo para dirigirse a la puerta.

-¿Me haría el favor de retenerlos aquí durante un rato, señor? No quiero que me sigan.

-No se preocupe, señorita. En cuanto llegue mi socio mandaré a buscar a la policía.

-Buenos días, señor-saludó ella, mientras abría la puerta.

-¿Señorita? -la llamó el tendero. Ella se detuvo en el umbral.

-¿Sí?

-¿Dónde aprendió a disparar así?

-En Escocia. Al cerrar la puerta a su espalda oyó el comentario:

-Eso sí que es bueno.

Taylor siguió caminando hasta el hotel. En la primera iglesia católica que vio se detuvo a encender una vela para la Señora. Pasó cerca de una hora sentada en el banco: primero, rezando; después, discutiendo algunas cosas con su abuela. Después de esa visita a la iglesia

se sintió mejor y más dominada. En verdad, no sabía si era gracias a sus oraciones o porque contaba con la protección de un revólver.

Cuando llegó al Hamilton House, ya era hora de cenar. Por mucho que le repugnara la idea, era preciso comer algo. Ya comenzaba a sentir náuseas.

Entró de prisa en el comedor para señoras y ocupó una mesa en un rincón; pidió sopa, dos bizcochos y una tetera llena. El camarero la instó a comer algo más sustancioso, pero ella se negó graciosamente. Después de mordisquear un bizcocho, decidió llevarse el otro a su cuarto por si volvía a sentir el estómago revuelto. Apenas tocó la sopa de verduras, pero el té le pareció estupendo. Al terminar su frugal cena se sentía reanimada, pero la sensación no duró mucho. Cuando acabó de bañarse y de ponerse el camisón, estaba exhausta. Se quedó dormida en la poltrona, mientras esperaba el regreso de Lucas.

Sólo despertó a la mañana siguiente. Estaba en la cama. Lucas debía de haberla llevado hasta allí. Él también parecía haberse cambiado de ropa, pues la camisa que llevaba puesta el día anterior estaba colgada de una silla.

Aún buscaban a las bebés. ¿Por qué tardaban tanto en hallarlas? Taylor trató de no desalentarse. Después de vestirse, se sentó ante el escritorio para hacer una lista de las cosas que podía hacer para colaborar en la búsqueda.

Cuanta más gente buscara a las niñas, menos tardarían en hallarlas. Por lo tanto, redactó un anuncio para publicarlo en los diarios locales. Luego estudió la posibilidad de contratar a varios investigadores privados. Si vivían en la ciudad y estaban enterados de lo que pasaba en ella, era posible que alguno tuviera noticias de las gemelas. Quizás el director del hotel pudiera recomendarle a unos cuantos investigadores buenos.

También pensó mandar imprimir volantes para pegar por toda la ciudad, ofreciendo una sustanciosa recompensa por cualquier información sobre sus sobrinas. Si aún estaban en la ciudad...

El día pasó lentamente. Decidió que esa noche mostraría la lista a Lucas. Si él no oponía objeciones válidas, por la mañana publicaría el anuncio. Tal vez él o Hunter quisieran hacer algunas sugerencias propias.

La ociosidad la estaba volviendo loca. Se paseó por la habitación, rezando, pero el tiempo seguía arrastrándose. ¡Oh, cuánto le habría gustado tener allí a Victoria! Necesitaba alguien con quien hablar. Y su amiga era una mujer tan compasiva y afectuosa que habría comprendido su tormento.

Era de esperar que llegara en el tren de las cuatro. Ya eran casi las tres y media. Taylor se acercó al ropero en busca de su abrigo. Volvería a la estación, por supuesto, pero esta vez con su revólver.

Después de cargarlo, lo puso en el bolsillo. Cuando se estaba poniendo el abrigo se abrió la puerta, dando paso a Hunter y a Lucas. Fue una alegría verlos... hasta que pudo echarles un buen vistazo. Los dos parecían desalentados.

-No las habéis encontrado, ¿verdad?

Lucas cerró la puerta y se recostó contra ella, sacudiendo la cabeza.

-Todavía no -aclaró, al ver su expresión afligida. Parecía exhausto. El cansancio era evidente en sus ojos y en su voz.

Ella quería decirle que no perdiera las esperanzas, que no se diera por vencido, pero se contuvo, pues él lo habría tomado como un insulto.

-Lo que necesitas es dormir un poco -dijo-. El descanso te despejará la cabeza. ¿Tienes hambre? En la mesa hay un bizcocho. -De inmediato comprendió que el ofrecimiento no era adecuado-. Será un placer ir a traeros una buena comida.

Se volvió hacia Hunter, que estaba apoyado en un ropero, observándola.

-¿Y usted, Hunter?

-Más tarde iré a comer algo -respondió él. Taylor asintió con la cabeza. Su expresión estaba llena de ansiedad. Se retorcía las manos y parecía a- punto de derrumbarse. Hunter miró a Lucas, esperando que hiciera algo para reconfortar a su esposa. Allí no conseguiría ninguna ayuda: su amigo estaba cansado hasta los huesos. El mestizo sacudió la cabeza.

-Nunca pudiste seguirme el paso, ¿eh?

-¡Cómo que no! -replicó Lucas.

Hunter lanzó un bufido y se volvió hacia la mujer. -Tenemos una pista que podría resultar útil. Estamos esperando novedades.

-Es sólo una posibilidad -apuntó Lucas, antes de que Taylor pudiera concebir demasiadas esperanzas. No quería verla otra vez desencantada.

-Lo sabremos dentro de un rato -agregó Hunter. ¿A dónde ibas? -preguntó el marido, notando sólo entonces que ella tenía el abrigo a medio poner. Esa pregunta le recordó lo que debía hacer.

A la estación, para ver si Victoria llega en el tren de las cuatro -explicó, mientras forcejeaba por meter el brazo en la manga.

El mestizo iba a cruzar la habitación, pero se detuvo súbitamente.

-Tiene un revólver en el bolsillo -dijo a su amigo-. ¿Siempre va armada?

Como Taylor estaba directamente frente a él decidió responder en persona.

-Cincinnati es mucho más peligrosa de lo que yo pensaba -explicó-. Ayer me salvé por poco. ¿Cómo ha sabido que voy armada?

-Por el bulto -respondió él.

Ella lo elogió por su astucia y sacó el revólver para mostrárselo.

-Fue un regalo -explicó.

Lucas aún estaba apoyado contra la puerta, tan cansado que apenas prestaba una vaga atención al diálogo. Quería darse un baño caliente y comer algo más caliente todavía. Necesitaba ocho buenas horas de sueño, pero no podría permitirse esos lujos. El tiempo era cuestión de vida o muerte. Las pistas aún estaban frescas y, para recuperar a las sobrinas de Taylor, era preciso moverse con rapidez.

La intuición le decía que las pequeñas estaban todavía en la ciudad. Hunter pensaba lo mismo. Había interrogado a un hombre, más ebrio que sobrio, pero aún coherente; éste juraba que había visto a las gemelas con los hermanos Border, apenas dos días atrás.

Los hermanos Border. A Lucas se le erizaba la piel ante la sola mención del apellido. Esos dos eran más malos que Satanás, más escurridizos que un chacal y más crueles que una serpiente. Lucas no veía la hora de echarles mano. En otros tiempos, ambos se dedicaban a explotar un par de prostitutas, pero el menor de los hermanos se aficionó a darles navajazos y no pasó mucho tiempo sin que la carnicería pusiera fin a la empresa. Entonces se dedicaron a algo más ventajoso. Aún comerciaban con cualquier cosa, pero se especializaban en niños. Según el hombre, preferían los huérfanos, porque con ellos no había complicaciones. Los más afortunados eran vendidos a parejas de los territorios salvajes, que necesitaban ayuda para explotar sus fincas. Los más bonitos no tenían tanta suerte, pues había hombres con... ¿Cómo había dicho el hombre? Apetitos extraños.

Oh, sí, los hermanos Border. Merecían una muerte lenta y torturante. Lucas consideraba que era el hombre adecuado para aplicarles ese castigo, pero lo más probable era que Hunter también quisiera participar. Ya había declarado sus intenciones de desollarlos vivos.

No había duda alguna. De un modo u otro, por el cuchillo de Hunter o por su propia mano, los hermanos iban a morir. Se haría justicia.

Lucas se apartó de la puerta, haciendo girar los hombros para quitarse la rigidez y concentró la atención en su esposa. En los últimos días se había visto obligado a moverse en las sombras de esa oscura y maloliente cloaca de la ciudad. Ahora necesitaba con desesperación limpiarse la mente. Necesitaba de Taylor, que representaba la calidez, la luz, la belleza. Más tarde confrontaría a la bestia. Por ahora sólo quería rodearse del aroma de Taylor, de su contacto mágico. Era tan grata como el sol para el hombre que ha pasado demasiado tiempo en la oscuridad.

Hunter también se sentía atraído hacia ella. Lucas nunca lo había visto pasar tanto tiempo hablando con una mujer. Pero la conducta de su amigo no le despertaba celos. Su confianza en él era absoluta. Comprendía sus necesidades, pues los dos eran muy parecidos.

Taylor no se percataba del efecto que tenía sobre Hunter. Aceptaba su sonrisa como si fuera un hecho común. No tenía idea de lo asombroso que era verlo sonreír.

Hunter parecía tener ganas de soltar una carcajada. Taylor, apoyada contra su costado, señalaba las pequeñas y sagaces innovaciones del revólver que el mestizo tenía en la mano.

Ante las miradas que le arrojaba su amigo, Lucas se adelantó, decidido a averiguar qué lo divertía tanto. -El arma tiene un número especial que está registrado -estaba explicando Taylor-. Pero ¿sabía usted que, antes de armarlo, se graba también el mismo número en cada una de las piezas? De ese modo, con que se encuentre sólo una parte del revólver, se puede leer el número. Hunter asintió con la cabeza.

-¿Cuántas veces dice usted que lo disparó? -Tres -respondió ella-. No hubo un solo recule, Hunter. No hizo falta que ajustara la puntería. Es un gran avance sobre los modelos anteriores. Usted debería probarlo alguna vez.

Hunter entregó el arma a su amigo, comentando -Es más liviano.

-¿Está cargado? -preguntó Lucas. El mestizo sonrió de oreja a oreja.

-Tras la aventura de ayer, supongo que sí. Anoche lo limpié y esta mañana volví a cargarlo -informó Taylor a su esposo, para hacerle saber que cuidaba bien de sus posesiones.

Luego trató de recobrar el arma. Lucas no se lo permitió.

-No necesitas esto -dijo.

Hunter sonreía otra vez. Algo estaba pasando, sin duda, pero él estaba demasiado exhausto como para averiguar qué. Su mente sólo registraba un hecho: que su amigo no había sonreído tanto desde que él lo conocía.

-¿No estabas escuchando? -preguntó Hunter. -Creo que no.

-Ella necesita ese revólver.

-Éste no es el que tenías en Boston -advirtió Lucas, notando sólo entonces las sutiles diferencias-. Éste es nuevo, flamante. ¿De dónde: lo has sacado?

-¿No ha escuchado lo que le he dicho a Hunter?

-No.

Ella dejó escapar un suspiro. Su pobre esposo estaba tan cansado que le costaba concentrarse. -Necesita dormir un poco. Devuélvame el revólver. Lo saqué de una armería, por supuesto. Oh, cielos, si no me doy prisa llegaré tarde a la estación.

Tienes tiempo de sobra -aseguró Lucas. De pronto había caído en la cuenta de que ella volvía a tratarlo con formalidad. Ceñudo, volvió su atención al reluciente Colt que tenía en la mano.

-Es bonito -comentó-. ¿Por qué lo has comprado?

-Fue un regalo.

-¿Por qué?

-¿Por qué, qué?

Él trató de no perder la paciencia.

- ¿Por qué te lo regalaron?

A ella no le gustó ese tono de voz. Sonaba brusco. Tampoco le gustaba el modo en que él la estaba mirando, como si fuera un abogado que tratara de demostrar una motivación oculta. Como reacción irguió la espalda. No era un reo, sino su esposa. No obstante, ese destello de irritación duró muy poco. De inmediato se sintió culpable por esa reacción exagerada. Lucas parecía medio muerto. Lo que necesitaba de ella era comprensión.

Como no parecía estar de un humor muy cordial, decidió no entrar en detalles sobre el intento de robo, para que no se alterara.

-No tiene importancia -anunció-. Pero ¡qué cansado está usted! ¿Me permite que le prepare la cama? Por exhausto que estuviera, Lucas fue tan rápido como de costumbre: la sujetó por un brazo antes de que ella pudiera alejarse un solo paso.

-¿Por qué te lo regalaron? -insistió. Ella suspiró.

-El armero me estaba... agradecido.

-¿Por qué?

Lo apretado de sus mandíbulas indicaba que no iba a ceder mientras no recibiera todas las respuestas. -En la armería hubo un pequeño altercado, sir consecuencias, y existió una leve posibilidad de robo -informó ella, encogiéndose de hombros-. Eso fue todo.

-Elwin y Wilburn. -Fue Hunter quien proporcionó los nombres, sonriendo como un bandido que se bañara desnudo en monedas de oro.

-Yo no quería dar detalles al señor Ross -aclaró ella, frunciendo el entrecejo para demostrarle que estaba disgustada.

A él no pareció molestarle. Le guiñó un ojo. -¿Quiere que me arrepienta de haberle contado lo que ocurrió? -inquirió ella. Y sacudió la cabeza, sin darle tiempo de responder-. Se supone que usted me debe lealtad, señor.

-¿De veras? -preguntó Hunter.

Ella asintió, señalando a Lucas con un gesto de la mano.

-Después de todo, soy la esposa de su amigo.

-¿Quiénes diablos son Wellen y Elburn? -inquirió Lucas, en un tono que exigía agriamente: "Será mejor que alguien me explique esto".

-Elwin y Wilburn -corrigió Hunter, con gran placer.

-Comienza a explicar, Taylor. -Podrías irritarte.

Esa preocupación era un poco tardía. Lucas ya tenía cara de enfadado.

-Son los hombres que siguieron a Taylor ayer, desde la estación. Ella me contó que rezó pidiendo un milagro. Y Dios le envió uno.

-¿Eh? -preguntó Lucas, con voz sospechosamente suave.

Su amigo se moría por explicarse. -Una armería.

El otro asintió. -Comprendo.

-Tienes un tic en el párpado -apuntó Hunter. Lucas se volvió hacia su esposa, sin prestarle atención. Ella lo miraba con una dulce sonrisa, tratando de actuar como si no hubiera sucedido nada fuera de lo común.

-¿Y...? -la azuzó él.

-En realidad, no hay nada más que contar. Hunter, que no estaba de acuerdo, acabó repitiendo a Lucas toda la anécdota. Tal como Taylor sospechaba, a éste no le cayó bien. La mano con la que la sujetaba apretó tanto que el brazo empezó a escocerle. Ella lo pellizcó para que la soltara. Cuando el corre ve y dile de su amigo le hubo dado hasta el último detalle, Lucas tenía los dientes muy apretados y una contracción muy visible en el párpado izquierdo.

Ese tic la hipnotizó.

-¿Tienes idea de lo que pudo haberte pasado? Ella estaba esperando la pregunta.

-Si no estuviera tan cansado, señor, se daría cuenta de que usé el ingenio para escapar de una situación preocupante. Debería estar elogiándome, caballero.

El tic se intensificó. Habría debido elogiarla, sí. No se le había ocurrido. La arrastró hasta la poltrona y, después de sentarla allí por la fuerza, se irguió ante ella en toda su estatura, tratando de asustarla a muerte.

No alzaba la voz, cosa que, en opinión de Taylor, empeoraba las cosas. Le explicó con todo detalle lo que habría podido sucederle. Pintó un cuadro horrible. Taylor estaba blanca como un papel antes de que él acabara de enumerar todos los horrores a que habrían podido someterla... antes de darle muerte.

Una vez que la tuvo muerta y enterrada en un camino remoto, puso fin a esas terroríficas tácticas obligándola a admitir que había cometido varias tonterías. -No deberías haber salido sola.

-No, es cierto -reconoció ella inmediatamente, con la cabeza gacha.

Él la notó contrita y tal vez algo sumisa. Eso despertó inmediatamente sus sospechas. En el tiempo que llevaban juntos había podido comprobar que era terca y empecinada. Sumisa, jamás.

La fatiga aumentaba su furia por la estupidez de su esposa. Sabía que estaba reaccionando exageradamente, pero no le importó. El solo hecho de imaginar a Taylor en semejante peligro lo ponía furioso de puro miedo. Si a ella le sucedía algo malo, ¿qué no haría él?

-Prometí a tu abuela que te guardaría sana y salva hasta que estuvieras instalada. ¿Dónde diablos vas a instalarte? ¿Piensas dejar a tus sobrinas con los parientes del padre?

No estarías pensando en llevarlas de nuevo a Inglaterra, ¿verdad? No, por supuesto. ¿Qué te parece Boston? Ella se encogió de hombros. Lucas, al ver el gesto, sintió ganas de estrangularla. Y de besarla. Sacudió la cabeza.

-No soy ningún santo -murmuró. Taylor reconoció, sin mirarlo:

-No, claro que no, señor.

-¿Durante cuánto tiempo más tendré que...? No acabó la pregunta.

-¿Cargar conmigo? -preguntó ella, con voz tan susurrante como la de él al iniciar la pregunta.

No, no era eso lo que iba a preguntarle; gracias a Dios, se había interrumpido antes de barbotar el resto. Quería saber exactamente por cuánto tiempo debía abstenerse de tocarla. Eso de fingirse eunuco en su presencia comenzaba a afectarlo. ¿No entendía esa mujer que él no era de piedra?

Lucas suspiró. No lo entendía, claro. Era astuta para muchas cosas, pero tratándose del lecho conyugal se la veía tan inocente como una... virgen, exactamente lo que debía de ser.

¿Qué estaba pasando con él? Mientras intentaba hacerle comprender que no debía ir por ahí sin protección, en medio de su discurso su mente se dedicaba a pensar cómo sería acostarse con ella. Lucas estaba profundamente disgustado consigo mismo.

Dentro de la habitación, la tensión aumentó hasta lo insoportable. Hunter desapareció en el segundo dormitorio, para que Taylor y Lucas tuvieran la intimidad necesaria. Pero él habría querido tener a toda una multitud en esa habitación. Las preguntas que le daban vueltas en la cabeza exigían respuestas. De pronto se sintió como una barracuda a la que había visto luchar contra el anzuelo, mientras un viejo y curtido pescador la agotaba pacientemente. Comenzó por darle mucho hilo, dejándola pelear hasta quedar exhausta, y luego la recogió con calma.

Lucas apartó ese recuerdo. Mantenía la vista firmemente clavada en su esposa. No podía verle la cara, pues ella mantenía la cabeza muy gacha, con el mentón casi tocando el pecho. Parecía abatida. Él supuso que la había ofendido. Diablos, ¿cómo podía arreglar eso? De pronto Taylor irguió la espalda para mirarlo a los ojos. Bastó una mirada para hacerle entender que se había equivocado al creerla dolida. No había lágrimas en sus ojos, sino fuego. No parecía a punto de llorar. Todo lo contrario: parecía dispuesta a matarlo.

A la sorpresa de Lucas siguió un increíble alivio. Oh, cómo le gustaba esa mujer. Sintió deseos de reír sin saber por qué. Ella lo volvía loco. Esos maravillosos, hechiceros ojos azules capturaban toda su atención. Y su corazón.

Se miraron largamente y en silencio. Ella trataba de ordenar sus pensamientos, para poder expresarlos de manera razonable.

Él estaba aprovechando ese tiempo para entenderse con la verdad. Fue como si lo fulminara un rayo, pero no: no palideció, no se le aflojaron las rodillas, y todo porque lo que acababa de comprender no era horrendo ni pavoroso, después de todo. Por el contrario, lo liberaba.

Sintió que el pescador recogía el hilo, llevándoselo. Las preguntas habían desaparecido. Las respuestas estaban allí desde el comienzo. Ahora lo comprendía.

A no ser por su terquedad de mula, bien habría debido reconocer las señales.

Era un hombre enamorado de su esposa.

Taylor había logrado dominar su ira, pero en ese momento el insensato de su marido le sonrió. Acababa de hacerle una pregunta horripilante y ahora tenía el descaro de sonreírle.

-Será un placer responderle -anunció, con voz trémula de ira-. Usted tendrá que cargar conmigo hasta que recupere a mis bebés. Así de simple es la cosa. Cuando las encuentre podrá marcharse.

Se levantó de un salto, con los brazos en jarras, fulminándolo con la vista.

-Puede ir a donde el viento lo lleve, señor Ross, si eso es lo que desea.

Hunter la observaba desde el vano de la puerta. Como ella no le prestaba ninguna atención, le pareció que no había peligro en sonreír. En realidad tenía ganas de reír. Por Dios, esa muchacha estaba furiosa y era la cosa más bonita que él hubiera visto en su vida. ¿Sabría Lucas lo afortunado que era al haberse casado con ella? No era simplemente hermosa: además estaba llena de vigor. En opinión de Hunter, era una combinación muy atractiva.

Si bien no quería interrumpir, había notado que era tarde y quería ofrecerse para ir a la estación en busca de la amiga. Tendría que esperar a que la señora Ross terminara de ajustar cuentas con el señor Ross para saber si ella quería encargarle la tarea o no.

Taylor no apartaba la atención de su esposo, decidida a hacerle comprender lo que sentía y por qué. Su mente volaba de un argumento a otro.

-Lo que usted o yo deseemos no tiene la menor importancia -empezó-. Los dos debemos anteponer a los niños. Es lo que deberían hacer todos los adultos -agregó en un susurro.

Luego recordó un incidente que podía explicar muy bien su posición.

-Cierta vez vi que una mujer golpeaba a un niño en la cara. Fue en la feria que se celebraba anualmente en las tierras de mi abuela. La mujer lo golpeó con el puño, separándolo del suelo. El chico cayó al barro. Sólo por milagro no se rompió el cuello.

Lucas no mostró reacción alguna ante ese recuerdo. Esperaba oír el resto de la historia.

-Varias personas presenciaron ese acto de crueldad, pero nadie hizo nada. Él tenía apenas doce años. Alguien debería haber acudido en su rescate. La mujer era malvada.

-Tú si hiciste algo, ¿verdad?

-Naturalmente. La mujer era una empleada de mí abuela. La obligué a prometer que no volvería a golpear al niño. Amenacé con pedir a la Señora que la despidiera si volvía a alzar la mano contra él.

-¿Qué edad tenías?

-Diez años.

-Demasiado pequeña para...

-Mi edad no viene al caso -lo interrumpió ella-. La mujer me dijo que el niño era un pariente lejano y que ella se había visto obligada a recibirlo en su casa. No lo quería ni le tenía ningún cariño. Me aseguré de que lo pusieran fuera de peligro. Eso era lo único que me importaba.

-¿Cómo lo conseguiste?

-Llevándolo conmigo a casa.

Él sonrió. Era lógico. No imaginaba a Taylor haciendo otra cosa, aun a los diez años.

-Me gustaría conocerlo algún día -comentó.

--Lo conoce, señor Ross. Thomas fue el que hizo todos los preparativos para nuestro enlace. Cuidó de que no hubiera ningún problema. Lo hizo muy bien.

Entonces Lucas recordó al joven. -Era el mayordomo de tu abuela.

-Sí, señor Ross. Si le he contado este incidente, señor Ross, es sólo para hacerle comprender que no importan los inconvenientes que usted sufra al cargar conmigo, como ha dicho con tanta elocuencia. Usted y yo, y también Hunter, compartimos una misma responsabilidad. Es nuestra obligación, nuestro deber sagrado, proteger de todo daño a los inocentes. Mientras usted no encuentre a esas pequeñas, no podré llevarlas a casa y mantenerlas a salvo.

-Ya te he dado mi palabra de que las voy a recuperar. ¿Estás sugiriendo que quiero abandonarte? Taylor notó que él empezaba a enfadarse. Eso no le importó.

-Usted ha preguntado durante cuánto tiempo más tendrá que cargar conmigo ---le recordó.

-No -corrigió él--=- Tú has dado por sentado que yo iba a preguntar eso. No saques conclusiones precipitadas, que rara vez son correctas.

Se adelantó hasta quedar al otro lado de la mesa, frente a ella.

-Y jamás me digas qué puedo o no puedo hacer. Sobre el tema de las niñas estamos de acuerdo. Tengo muy en cuenta mi responsabilidad, y Hunter también. ¿Nos ves cara de escapar?

Ella sacudió la cabeza.

-Sinceramente, ¿no era eso lo que iba a preguntarme?

-No.

Se sintió estúpida y mortificada por su propia conducta. Se estaba ruborizando. Que Dios la perdonara... Le había espetado un sermón, además de insultarlo. No bastaba con pedirle perdón.

-Voy a pagarle -balbuceó.

-¿Qué has dicho? -Lucas creyó haber oído mal. No era posible que ella volviera a insultarlo deliberadamente, ofreciéndole dinero por hacer lo que, tal como ella misma terminaba de señalar, era un deber sagrado. -Le daré lo que usted quiera -explicó Taylor, precipitadamente. Y movió la cabeza afirmativamente para demostrar su sinceridad.

A Lucas volvía a latirle el párpado. Obviamente, su ofrecimiento no le había agradado. Ella estaba desconcertada.

-No he querido ofenderlo, señor. Es una cuestión práctica. Sé que usted buscará a las niñas, con retribución o sin ella. Francamente, no hay motivo para que se enfurruñe.

-¿Que me enfurruñe? -repitió él, ahogándose con la palabra.

-Oh, muy característico de los hombres, alborotarse por una cuestión práctica. -Taylor hizo un gesto con la mano-. Olvidemos mi propuesta.

-Demasiado tarde.

Ella suspiró. Lo había herido en su amor propio y a ella le correspondía reparar el daño. El problema era simple, pero la solución se le escapaba. No sabía cómo calmarlo. El señor Ross parecía tomar a mal todo lo que ella decía. Estaba a punto de decirle que era demasiado quisquilloso cuando él manifestó:

-Acepto tu propuesta.

Taylor no fue la única sorprendida por ese cambio de posición. Hunter enarcó una ceja, atónito.

-¿De veras? -preguntó ella.

-De veras, sí. Has dicho que me darás lo que yo quiera, ¿no?

-Sí. -Y Taylor agregó apresuradamente-: Después de que recuperemos a las niñas.

-Por supuesto.

Él le dedicó una amplia sonrisa. Luego se volvió hacia Hunter.

-¿Quieres acompañarme a la estación? En el camino de regreso podríamos comprar algo para comer. Hunter miró la hora antes de dar su respuesta. -La reunión es a las seis -recordó a su amigo. -Por entonces ya estaremos de regreso.

Lucas echó a andar hacia la puerta. Taylor rodeó la mesa para correr tras él y lo sujetó por el brazo, pidiéndole que se detuviera.

-¿Sabe usted qué es lo que quiere? -preguntó.

-Sí, sé exactamente qué es lo que quiero. Hunter abrió la puerta para salir al corredor. Lucas trató de seguirlo, pero Taylor se lo impidió.

-Por el amor de Dios -dijo-, si sabe lo que quiere, tenga a bien decírmelo.

Él se volvió a mirarla. Quería verle la expresión cuando se enterara.

-Quiero...-Se inclinó para besarla con fuerza—. una noche de bodas.

13

El amor buscado es bueno, pero si se da sin buscarlo es mejor.
William Shakespeare
Noche de Reyes

Eso la enmudeció. Lucas iba ya por la mitad del corredor cuando ella se recobró. Entonces corrió a la puerta y estuvo a punto de arrancarla de sus goznes al abrirla.

-¿Está usted loco? -preguntó, alzando la voz.

El respondió sin volverse:

-Puede ser. -Su voz sonaba irritantemente alegre. Taylor se dejó caer contra el marco- de la puerta. Esa pregunta a gritos había provocado alguna curiosidad en otros huéspedes. Tres puertas se abrieron a lo largo del pasillo. Dos hombres y una mujer se asomaron para ver a qué venía esa conmoción. Lucas y Hunter desaparecieron por la escalera. A ella le tocó arreglárselas con sus vecinos. Por un momento pensó en ofrecerles una disculpa, pero cambió de idea y entró rápidamente a la habitación, cerrando la puerta.

Mientras se dejaba caer en la silla más próxima, trató de interpretar la absurda solicitud del señor Ross. ¿O era una exigencia? Por fin suspiró. Había sonado a exigencia, ciertamente.

¿No entendía él que cualquier intimidad lo complicaría todo? Era mejor no pensar en eso. ¡Ese hombre! ¿Qué diantre le pasaba? ¿No había dicho que' no quería estar casado?

-Está faroleando --susurró. La posibilidad la llenó de alivio, pues compartir una noche de bodas con Lucas Ross lo complicaría todo.

¿O no?

Buen Dios, apenas podía respirar. Imaginar al señor Ross en la cama con ella, sin los pantalones, hizo que su corazón se detuviera por un momento. Tenía que ser una amenaza vacía. El tampoco deseaba complicaciones. Ni compromisos, agregó con un gesto afirmativo.

Ese hombre era muy grosero al desconcertarla así con sus juegos. Taylor se obligó a apartarlo de su mente. Tenía cosas más importantes en que pensar.

En Victoria, por ejemplo. Puesto que Hunter había ocupado el dormitorio contiguo, Taylor decidió reservar otro para su amiga. No hacía falta bajar al vestíbulo.

Tiró del cordón que tenía en el cuarto. Por una compleja serie de palancas instaladas en el, hotel, abajo se elevó una señal con el número de su habitación. Menos de diez minutos después, un miembro del cortés personal estaba ante su puerta para ofrecerle ayuda.

Una hora después volvieron Lucas y Hunter. El mestizo explicó que el tren se retrasaría cuatro horas. Después de comer un -bocado, se dispusieron a reunirse con el hombre que podía orientarlos hacia las gemelas. Lucas aseguró a Taylor que uno de los dos iría a la estación por Victoria, y agregó, con expresivo entrecejo, que Taylor no debía moverse de la habitación.

Cuando él entró en la alcoba, ella lo siguió para preguntarle si podía asistir a esa entrevista. Él le dijo que estaba loca. Por, lo visto, no pensaba mostrarse razonable.

Lucas había entrado por el cinturón en que guardaba su dinero. Sabía que el hombre en cuestión exigiría una recompensa por vender a sus amigas y él estaba dispuesto a darle lo que pidiera. Tomó el cinturón, guardó la mitad del contenido en su bolsillo y luego dirigió su atención hacia la esposa. Al verle la expresión estuvo a punto de sonreír. ¡Qué disgustada se la veía! Volvió a negarse, pero con voz más amable; hasta explicó que el hombre con quien iban a entrevistarse no hablaría con la misma franqueza delante de una mujer.

Era una débil excusa, pero eso no le importó. De cualquier modo, Taylor tendría que esperarlos allí. Él necesitaba saberla fuera de peligro, pero no se lo dijo.

Salió pocos minutos después. Hunter, que se estaba volviendo tan autoritario como él, lo siguió hasta la puerta, pero se volvió a ordenarle que echara el cerrojo mientras estuviera sola.

-No deje entrar a nadie, por ningún motivo. ¿Entiende?

-Sí, por supuesto.

El mestizo iba a salir, pero se detuvo otra vez. -Lucas ya tiene demasiado en que pensar como para preocuparse por usted.

-Usted también, señor Hunter. No dejaré entrar a nadie, se lo prometo.

El hombre cerró la puerta y aguardó hasta oír el ruido del cerrojo. Sólo entonces se marchó.

Lucas lo estaba esperando al tope de la escalera. Planeaban encontrarse con el hombre en el vestíbulo, con la esperanza de que pudiera darles alguna información.

Se llamaba Morris Peterson. No era mal tipo, pues odiaba a los hermanos Border casi tanto como Lucas y Hunter. No le gustaba eso de comprar y vender gente, pero eso no le impidió aceptar dinero por la información que proporcionaba. Después de todo, estaba aceptando un riesgo; si los Border descubrían que él había "cantado", no dejarían de cortarle el cuello.

Lucas le pagó en efectivo la suma que él pidió. Estaban de pie en un rincón del vestíbulo atestado de comerciantes. Nadie les prestaba ninguna atención, pero

Morris insistió en permanecer oculto tras la considerable mole de Lucas.

-Puedo datos un nombre -susurró-. Boyd. Va todas las noches a beber en la taberna de la esquina de Hickery. ¿Conoces el lugar?

-Lo buscaremos -aseguró Hunter-. ¿Qué puede decirnos ese Boyd?

-Anoche estuvo hablando -susurró Peterson-. Se jactaba del dinero que iba a ganar. Le oí decir que iba a conseguir el doble. Luego rió con ganas, como si supiera un secreto. Creo que se refería a las gemelas que vosotros buscáis.

-¿Cuándo suele comenzar a beber?

-Después de que oscurece.

-¿Algo más?

Peterson negó con la cabeza y se embolsó el dinero que Lucas le había dado. Se retiró pocos minutos después.

Podría ser otra pista falsa -advirtió Hunter. Podría ser-reconoció Lucas-. Pero tengo una corazonada, ¿sabes?

Hunter sonrió.

-Yo también. El instinto me dice que Boyd nos llevará a los Border.

Las cosas se ponían mejor.

-Son las seis apenas pasadas. Subiré a dormir durante una hora; después iré por Victoria; cuando vuelva, tú y yo saldremos en busca de Boyd.

-Yo voy por Victoria. Tú puedes dormir hasta que regrese.

-¿Y tú? ¿No estás cansado?

-Yo no perdí cuarenta horas en un tren. Tú sí. ¿Cómo es la amiga de Taylor?

Pelirroja. Ojos verdes. Hunter archivó esa información.

-Creo que voy a buscar esa taberna, para ir ganando tiempo.

Los dos partieron en direcciones opuestas. Mientras se quitaba la camisa y los zapatos, Lucas contó a Taylor lo que había ocurrido. Cinco minutos después dormía profundamente sobre las mantas.

Hunter localizó la taberna y luego volvió sobre sus pasos, rumbo a la estación. Cuando llegó, todos los pasajeros habían desembarcado. Él indicó al cochero que esperara, le arrojó una moneda para cultivar su paciencia y se apeó en busca de Victoria.

Pelirroja de ojos verdes. Bastante fácil de reconocer. Sin embargo, estuvo a punto de pasarla por alto, oculta como estaba detrás de una pila formada por tres baúles gigantescos, del tamaño de un carruaje. De no haber entrevisto un fragmento de falda en el momento en que se volvía, Hunter habría pensado que la muchacha no había llegado en ese tren.

La estación estaba casi desierta.-Uno de los porteadores había ido en busca de un carro lo- bastante fuerte como para cargar con los baúles. Victoria estaba ya segura de que el hombre se había olvidado de ella. Rezó pidiendo que no fuera así, pues se sentía tan exhausta que sólo podía esperar, recostada contra el equipaje.

Tenía unas náuseas espantosas. Había hecho mal en comer esas manzanas. Estaban verdes, pero como ella tenía hambre y una sensación de vacío en el estómago, supuso tontamente que la fruta la calmaría.

Había ocurrido todo lo opuesto: las manzanas le sentaron mal. Temía vomitar en cualquier momento. Se mantuvo tan quieta como pudo, temiendo que el menor movimiento empeorara su malestar, y rezó por no pasar vergüenza. Una dama nunca devuelve el almuerzo en público. -¿Victoria Helmit?

Se volvió al oír su nombre. Luego retrocedió un paso. El hombre que la llamaba la había dejado sin aliento, además de darle un buen susto. Tenía un aspecto sumamente peligroso hasta que sonrió. Entonces le pareció buen mozo. Era moreno, recio y apuesto. Tenía el pelo tan negro como la medianoche y los ojos también. Su mirada era penetrante. Vestía prendas arrugadas y necesitaba un buen afeitado.

¿Quién era, buen Dios?

Él repitió su nombre. Victoria tal vez asintió con la cabeza. No estaba segura. Sintió la bilis en el fondo de la garganta y aspiró hondo, tratando de mantenerse erguida.

Él pensó que le tenía miedo. Era una muchacha bonita, con esos ojos verdes enormes y el pelo flamígero, convertido en una masa de rizos. Las hebillas le colgaban alrededor de la cara. La cinta que le sujetaba la cabellera a la nuca se había desatado. Era una cinta a cuadros azules y blancos, que ahora oscilaba contra su espalda.

-Me llamo Hunter -dijo él-. Soy amigo de Lucas Ross. Voy a llevarla al hotel, señorita. ¿Todos estos baúles son suyos?

Ella no pudo responder. Sentía la garganta tan seca como un pergamino. Tragó saliva, buscando la voz. -Allí estaba otra vez la bilis. Oh, Dios, iba a vomitar en cualquier momento. Victoria aspiró varias veces en rápida sucesión, tratando de postergar lo inevitable.

Hunter no podía imaginar qué le estaba pasando. La mayoría de las mujeres se ponían algo nerviosas en su presencia, tal vez por su corpulencia y su acostumbrado entrecejo, pero la reacción de esa pelirroja iba más allá del mero nerviosismo. Lo estaba mirando como si él se hubiera convertido en gárgola.

¡Diablos, él no era tan horrible! ¿O sí?

Hizo un esfuerzo por no perder la paciencia. Luego volvió a presentarse, usando una voz tan suave como brisa de verano. Estaba tratando de serenarla. Ella tenía los ojos dilatados por el pánico. Hunter no iba a hacerle ningún daño, pero ella no parecía saberlo. Era una verdadera paliza para su amor propio.

-Me llamo Hunter-repitió. -Yo...

Ella se ahogó. Hunter habría querido darle una palmada entre los omóplatos para ayudarla, pero se contuvo a tiempo. Si la tocaba, lo más probable era que ella perdiera el sentido o se echara a gritar.

-¿Sí? -preguntó, utilizando su tono más razonable y con las manos cruzadas a la espalda, tratando de adoptar una postura desenvuelta.

Ella miró a ambos lados. Obviamente buscaba una vía de escape.

-¿Qué le parece si la pongo en uno de los carruajes y yo tomo otro para volver al hotel? ¿Se sentiría más a gusto de ese modo?

La muchacha sacudió frenéticamente la cabeza. Al ver que volvía a aspirar grandes bocanadas de aire, Hunter perdió la paciencia.

-Mire, señorita, he venido sólo por hacer un favor a Lucas. Si usted no...

Ella se aferró de su brazo. Sorprendido por su gesto, él olvidó lo que iba a decir.

Su extraña conducta cobró sentido un instante después, pero por entonces ya era demasiado tarde. -Voy a vomitar.

Y vomitó. Sobre las botas favoritas de Hunter. Después de aporrear la puerta de Lucas, Hunter se agachó para quitarse las botas y las dejó afuera. Taylor les abrió la puerta. Para Victoria todo fue ver a su amiga y estallar en lágrimas.

Lucas, que se estaba abotonando la camisa, apareció a tiempo para verla arrojarse en brazos de Taylor. -¿Qué ha sucedido? ¿Por qué estás tan alterada, Victoria? -preguntó Taylor, abrazando a su amiga, mientras arrojaba una mirada fulminante por encima del hombro a quien consideraba responsable de ese patético estado.

Hunter la miró igualmente ceñudo. Taylor notó entonces que estaba descalzo.

-No me siento nada bien -confesó la pelirroja. -¿Qué ha sido de tus botas? -preguntó Lucas, deteniéndose detrás de las mujeres.

Hunter entró a zancadas.

-No viene a cuento -murmuró.

-Es que estás agotada -dijo Taylor a su amiga-. Con un baño y una siesta te sentirás mejor. Ven a tu dormitorio, que te ayudaré a instalarte.

Hunter, de pie en medio del cuarto, observaba a la recién llegada echando chispas por los ojos. Una vez que Taylor se la hubo llevado al cuarto contiguo, él desvió la mirada hacia Lucas.

-¿Qué ha pasado? -quiso saber éste. -Me presenté.

-¿Y?

-Me vomitó encima.

Lucas sonrió, sin atreverse a soltar la carcajada. Hunter lo habría matado. Le volvió la espalda, tosiendo para disimular su hilaridad, y terminó de vestirse metiendo los faldones de la camisa dentro de los pantalones.

-No me pidas más favores-le espetó Hunter. De pronto, las risas de Taylor llenaron la habitación. Obviamente, su amiga acababa de confesarlo lo ocurrido. Un momento después se oyó la risa de Victoria. -No tuvo nada de divertido -murmuró el mestizo.

-Tú sí que eres hábil con las mujeres -comentó Lucas, enormemente divertido por la irritación de su amigo.

-El cochero nos ha cobrado el cuádruple de lo habitual.

-¿Por qué?

-Porque ella vomitó dentro del carruaje. No logré calmarla.

Lucas ya no pudo contener la risa. Imaginaba a Hunter completamente inepto en sus intentos de tranquilizar a Victoria. A él le habría ocurrido lo mismo. Ninguno de los dos tenía experiencia en tratar con damas melindrosas; súbitamente agradeció al cielo que no le hubiera tocado en suerte ir por la amiga de su mujer.

-Yo no tuve nada que ver con su mareo-adujo Hunter-. Ella me dijo que fue por el movimiento del tren. Por Dios, necesito un baño. ¿Crees que se pondrá histérica si entro a buscar mi ropa?

Taylor ya las hizo trasladar a tu nueva habitación. Está en este mismo piso, tres puertas más allá. En la mesa tienes la llave.

El mestizo no pudo ocultar su sorpresa:

-¿Me han dado una habitación en este hotel tan fino?

La pregunta era reveladora. Hunter estaba habituado a los prejuicios, pero Lucas no. Su amigo fingía que no le importaba. Nunca hacía escenas cuando lo rechazaban. Cierta vez había dicho a Lucas que no tenía porqué defender sus derechos. Su amigo se encargaba de esa tarea.

-Como no estabas aquí para firmar el registro -señaló Lucas-, Taylor puso la habitación a su nombre. Los dos sabían que no era toda la verdad. La administración del hotel nunca habría dado alojamiento a Hunter sin que se aplicara cierta presión. Lucas estaba dispuesto a hacerlo, pero Taylor, sin darse cuenta, había evitado una escena. Hunter prefirió pasar a un tema más importante, a su' nodo de ver.

-¿Cuándo quieres salir?

-En cuanto estés listo.

Tomó la llave y desapareció. Media hora después regresó al cuarto de Lucas. Taylor había pasado ese tiempo ayudando a Victoria a instalarse y a limpiar las botas de Hunter. Él las encontró esperándolo junto a la puerta. Parecían flamantes. Cuando se las estaba poniendo, entró la muchacha.

-Ha sido usted muy considerada al hacerlas limpiar, Taylor. No creí que hubiera tiempo.

-Las ha limpiado ella misma -aclaró Lucas, apoyado contra la arcada de la alcoba, sin apartar la vista de su esposa. Parecía arrebatada--. ¿Te sientes bien, Taylor? Ella bajó la vista al responder.

-Sí.

Esa timidez no era habitual en ella. Algo debía de andar mal. Lucas se puso la pistolera, verificó que ambos revólveres tuvieran su carga completa (rito que solía apaciguar notablemente su ánimo) y luego le indicó que se acercara. Ella no se dio prisa en cruzar la habitación. Cuando la tuvo a su lado, él la tomó de la mano para llevarla hacia la intimidad de la alcoba.

-Mírame -ordenó.

También eso le llevó algún tiempo;

-¿Por qué no me has preguntado si podías acompañarnos?

Ella dilató los ojos, sorprendida. -¿Me llevarías?

Lucas negó con la cabeza.

-No, pero no me lo has preguntado. ¿Qué te pasa? Taylor ignoró la pregunta.

-Debería estar contigo cuando las encuentres, ¿sabes? Estarán asustadas, Lucas. Me necesitan.

El argumento era válido. Él asintió.

-De acuerdo. Cuando las encontremos, vendré por ti.

-Gracias.

-Aún no me has dicho qué te preocupa. Ella suspiró.

-¿Estabas faroleando? -preguntó-. Yo pensaba que sí, pero ahora no estoy segura. Necesito oírlo de tus labios.

-Nunca faroleo.

-Oh, bueno, está bien.

-¿Taylor?

Ella iba a apartarse, pero Lucas la retuvo poniéndole las manos sobre los hombros.

-¿Sí?

-¿De qué estamos hablando?

-De tu noche de bodas.

Él sonrió. Luego se inclinó para darle un beso rápido.

-Nuestra noche de bodas -corrigió.

Taylor parecía completamente disgustada.

-¿No te das cuenta de las complicaciones que vas a...?

Su boca la acalló. No fue un beso suave. Quería dominarla. Sus labios tomaron una posesión absoluta. Ella se fundió contra su cuerpo, deseando que la arrebatara, deseando fingir, siquiera por un momento, que todo era tan correcto, tan limpio y bello como la luz del sol después de la lluvia.

Sabía que él la deseaba, y quería que la amara. Pero él prefería la horca.

Se apartó.

-Qué manera de comportarse, señor Ross -tartamudeó, jadeante, ruborizada, haciendo lo posible por actuar con pacato decoro.

Él no quiso saber nada. Volvió a tomarla en sus brazos y la besó otra vez, largamente. Cuando por fin se apartó, Taylor apenas podía concebir un pensamiento coherente.

La dejó sentada en el borde de la cama. Ella recobró la cordura un momento después, gracias al silbido. Lucas emitió ese sonido arrogante mientras marchaba a grandes pasos hacia la puerta.

Taylor se acomodó el pelo, soltando un fuerte suspiro, y fue a ver cómo estaba Victoria. Su amiga dormía profundamente. La arropó con las mantas, cerró la ventana para que no tuviera frío y salió de puntillas. De pronto, recordó las notas que deseaba analizar con Lucas y se contuvo para no soltar un epíteto nada digno de una dama. Tendría que esperar al día siguiente para saber qué pensaba su esposo de contratar a un investigador privado y publicar un anuncio en los diarios. Ella no creía que pusiera objeciones, pues necesitaban toda la ayuda posible, pero se sentía en la obligación de consultarlo, puesto que él se había hecho cargo de la búsqueda. Sacó el papel y lo puso en la mesa, a fin de no olvidarlo nuevamente.

Luego se sentó. Desde la noche en qué se enterara de la desaparición de las gemelas seguía un rito personal. Cada vez que Lucas salía a buscarlas, rezaba por él. Su imploración a Dios era doble: le pedía que resguardara a su esposo de todo daño y que lo ayudara a recuperar a las pequeñas. Cuando Hunter se incorporó a la búsqueda, ella agregó naturalmente su nombre al petitorio.

No pudo permanecer quieta durante mucho tiempo. Al parecer, pasearse por el cuarto también se había convertido en un rito. Se pasaba el tiempo caminando y rezando hasta que Lucas y Hunter reaparecían, sanos y salvos.

Tal vez esa noche no llegaran con las manos vacías. -Por favor, Dios mío -susurró, una y otra vez-, permite que encuentren a mis niñas.

Esta vez los dos creían tener una pista firme. Habían localizado a ese tal Boyd y estaban en el proceso de convertirse en sus mejores amigos, todo porque Hunter le estaba pagando el whisky. Ocuparon con él una mesa redonda, en un rincón de la cantina: El objetivo era alcoholizarlo a tal punto que estuviera dispuesto a traicionar a su propia madre.

Una hora después habían logrado su propósito. En cuanto Boyd echó un vistazo al dinero que Lucas le ofrecía, comenzó a hablar. Creía estar haciendo un gran favor a los Border, porque Hunter había insinuado que tal vez comprara a las gemelas. El mestizo se jactaba de no tener problemas de dinero, pues había ganado una fortuna.

Boyd era un individuo sumamente desagradable. Carecía por completo de moral. Además, era feo como un demonio. Tenía el grueso pellejo marcado por las viruelas y párpados tan caídos que los pliegues le ocultaban los ojos. Además, tenía la repugnante costumbre de chasquear los labios cada vez que oía hablar de dinero, como si saboreara su propia codicia.

Lucas apenas intercalaba alguna palabra, temiendo que la voz lo traicionara. Le ardían las entrañas de puro odio por la bestia que tenía ante sí. Ese animal que se fingía hombre analizaba con toda calma los placeres que ofrecía la carne joven.

Lucas habría querido matarlo.

Sin embargo, había que reconocerle méritos a Hunter. Aunque debía sentir el mismo asco por ese hombre obsceno, no permitía que su odio se trasluciera en su expresión ni en su voz.

-¿Cómo has ganado tanto dinero? -preguntó Boyd-. Eres mestizo, ¿no?

Hunter ignoró la segunda pregunta y respondió a la primera.

-Oro -mintió.

-¿Descubriste una veta?

Asintió con la cabeza. Boyd sonrió de oreja a oreja. -Debe de -haber sido una veta grande -comentó.

-¿Qué me dices de los Bordee? -preguntó Hunter, tratando de volver al terna principal.

-Ya tienen un comprador --dijo Boyd-. Pero se los podría persuadir de que deshicieran el trato. Después de todo, el interesado es una mujer.

-¿Una mujer? -repitió Hunter, sin poder disimular su sorpresa.

Boyd miró con preocupación a Lucas. -Tu amigo no es muy conversador, ¿no? Hunter no le respondió.

-¿Dices que una mujer quería comprarlas?

-Quiere gemelas para su burdel. Al menos, eso fue lo que dijo a los Border. ¿De veras estás dispuesto a pagar el triple de lo que piden?

-Tengo dinero -replicó Hunter-. Bien puedo pagarme un lujo. Siempre que las gemelas lo valgan agregó-. Primero quiero verlas.

-¿Y me darás una parte por haberte hablado de ellas?

-Ya te dije que sí.

-¿Y si no son gemelas? Porque no estoy seguro -admitió Boyd. Tomó un largo trago de whisky y, después de soltar un fuerte eructo, se limpió la boca con la manga-. No las he visto. Me dijeron que los hermanos tenían a un par de gemelas y a un hermano mayor. El chico es mestizo y puede que las hermanas también. En ese caso, ninguno de ellos valdría un centavo.

Hunter se volvió hacia Lucas con un mensaje claro en la mirada: quería matar al cretino. No lo aguantaba un minuto más y ya había oído lo suficiente. Alargó la mano hacia el cuchillo.

Lucas sacudió la cabeza. -Todavía no -dijo a su amigo.

-¿Todavía no, qué? -quiso saber Boyd. -Dime dónde tienen a los niños -ordenó Lucas, sin tratar siquiera de disimular su cólera. Boyd no pareció percatarse. Tenía puesta toda su atención en el montón de billetes que él acababa de poner en la mesa. Chasqueando los labios, alargó la mano hacia el dinero. El puñal de Hunter lo detuvo, deslizándose entre dos dedos.

-No tan pronto -anunció el mestizo, cuando se apagó el chillido de Boyd.

-Primero nos darás la dirección -insistió Lucas, llenando nuevamente el vaso del tunante, bajo la máscara de la amistad.

Boyd le clavó una mirada fulminante y se bebió el contenido del vaso. Después de contemplar el dinero durante unos instantes, tratando obviamente de decidirse, barbotó la dirección.

-No vais a contar cómo las encontrasteis, ¿verdad? Hunter no le prestaba ninguna atención. Mantenía la mirada fija en Lucas, esperando su autorización para matar al grandísimo cerdo.

Su amigo se la negó una vez más.

-Boyd viene con nosotros -explicó-. Si está mintiendo, puedes matarlo.

-¿Y si no miente?

Como el otro estaba escuchando el diálogo, Lucas mintió:

-Le daremos la otra mitad del dinero.

-Con esto tengo bastante -argumentó Boyd. Estaba ya tan borracho que las palabras se le entremezclaban-. No pienso ir a ningún lado con vosotros.

Lucas necesitó de toda su disciplina para no aferrarlo por el cuello. Se obligó a adoptar un tono suave. A mi amigo le gusta usar el puñal-dijo, señalando a Hunter con la cabeza-. Hace unos trabajos estupendos con la hoja.

El moreno enarcó una ceja y sonrió.

-Gracias -dijo, fingiéndose complacido por esa ridícula mentira. Boyd había palidecido. A Lucas no le pareció bastante. Como si estuviera hablando del tiempo, continuó:

-Es aficionado a desollar hombres. Los mantiene vivos mientras trabaja. ¿No es verdad, hermano? Hunter asintió con la cabeza.

-Cuando mueren deja de ser divertido. ¿Qué sentido tendría?

-Exactamente. Qué sentido tendría.

Boyd, ya temblando, arrojaba miradas de preocupación a su alrededor, como si buscara ayuda. Nadie le prestaba atención.

-Pero yo soy un hombre blanco -protestó. Hunter sonrió.

-A mí me da igual.

-Tú mismo lo has dicho, Boyd-apuntó Lucas-.Mi amigo es mestizo, es decir, un salvaje, ¿no?

El borracho asintió. Luego negó con la cabeza, como si no supiera qué decir. Por fin soltó un bufido. -No vais a llevarme a ninguna parte. Me quedo aquí mismo. En esta cantina hay mucha gente. Testigos -agregó, con una sonrisa jactanciosa.

Cinco minutos después, con los ojos llenos de lágrimas, iba por la calle entre Lucas y Hunter, llevado a rastras. Estaban buscando un callejón. A dos calles de distancia había uno; allí dejaron a Boyd, atado, amordazado e inconsciente, tras una pila de cajones. No era cosa de que el hombre, arrepentido, pusiera sobre aviso a los hermanos Border. Además, tal como Lucas explicó con paciencia a su amigo, que demandaba el derecho de matar a ese hijo de puta, tal vez necesitaran hacerle más preguntas si los Border habían trasladado a los niños a otro lugar. Y convenía tener en cuenta que ninguno de los dos era dado a asesinar a sangre fría.

Aunque tengamos deseos de matarlo, no lo haremos -aseguró Lucas.

A Hunter no le gustó que le recordaran la verdad. -Si estuviéramos en el Territorio de Montarla:.. -gruñó.

-Aun así sería asesinato -contraatacó Lucas--. Cuando esto termine, nos encargaremos de divulgar por toda la ciudad que Boyd vendió a sus amigos. Eso bastará para que lleve una vida miserable.'

Eso alegró a Hunter, que ajustó su paso al de su amigo para recorrer la calle real. Durante varios minutos, ninguno de los dos dijo una palabra; al fin Hunter rompió el silencio.

-Así que me gusta desollar vivos a los hombres, ¿eh?

Lucas sonrió.

-- Me pareció un bonito detalle.

Su compañero se echó a reír.

-Prejuicios --musitó-. Él esperaba que yo me comportara corno un salvaje.

-Y yo no hice más que reforzar sus creencias de ignorante:

Los dos apartaron a Boyd de sus pensamientos. Veinte minutos después hallaron la dirección buscada. Tuvieron que retroceder dos veces, pues estaban en el centro mismo del barrio bajo, rodeados de inquilinatos. Había ropa colgada de las barandillas quebradas, ventanas rotas, vidrios ausentes por completo y los ecos de la miseria humana, llantos de bebés y gritos de adultos. Los edificios derrengados eran grises. Alrededor de las viviendas, el suelo estaba cubierto de basura y cosas peores. El hedor era casi insoportable.

-Están dentro. Lo siento en las entrañas, Lucas.

-Yo tengo la misma sensación-dijo éste-. Tendré que ir por Taylor.

-¿Por qué?

-Sólo ella puede decir con certeza si las gemelas son sus sobrinas. -Era una excusa débil y ambos lo sabían.

Hunter puso los ojos en blanco.

-¿Cuántas gemelas crees que pueden tener los Border aquí? Por Dios, Lucas, de cualquier manera tenemos que sacar a esas criaturas de aquí.

-Lo sé, pero Taylor merece estar con nosotros. Se lo prometí.

No hubo más discusiones.

-Te espero aquí -dijo Hunter. Ya estaba ocultándose entre las sombras de los dos edificios, en busca de un sitio desde donde poder vigilar tanto la puerta del frente como la trasera. Si los Border decidían trasladar a los niños, él quería estar enterado.

Lucas detuvo un coche a tres calles de distancia e hizo que el conductor lo esperara frente al hotel mientras él subía en busca de Taylor.

Ella le abrió la puerta. Al ver su expresión sombría, trató de prepararse para una mala noticia.

Él cortó sus preguntas con una orden abrupta. -Ponte el abrigo.

Taylor no tuvo tiempo de preguntar a dónde iban. Corrió al ropero en busca de su abrigo y se tocó el bolsillo para comprobar que aún tenía el revólver allí.

Lucas sólo le dio una explicación parcial de lo ocurrido, sin agregar detalles sobre Boyd. No quería perder tiempo.

Taylor se estrujaba las manos, tensa y asustada. -¿Dices que las pequeñas estaban con un hermano mayor?

-Eso es lo que nos dijeron.

Cuando llegaron al coche, Lucas la ayudó a subir. Sólo volvieron a hablar después de reiniciar la marcha. -Si tienen un hermano mayor, no pueden ser las gemelas de mi hermana.

-¿Quieres volver al hotel?

-No, por supuesto -exclamó ella-. Esa pregunta me insulta. Primero tendremos que librar a esos niños de semejantes animales. Después continuaremos buscando a mis pequeñas.

A él le gustó la respuesta.

-Mientras estemos dentro, quiero que te mantengas entre Hunter y yo.

-Sí.

-Haz exactamente lo que yo te diga. Sin discutir. -Sin discutir -prometió ella.

La lista de órdenes continuó. Taylor comprendía por qué su esposo parecía tan duro y colérico: deseaba mantenerla a salvo. Era la preocupación lo que daba a su voz un filo tan agudo. A ella le pareció reconfortante. Cuando Lucas terminó sus instrucciones, ya estaban cerca de los inquilinatos. Al verla tan asustada, él decidió darle algo positivo en que pensar.

-La semana que viene podrás llevar a las gemelas con los parientes de George. Piensa en ese dichoso reencuentro, Taylor.

Le estaba ofreciendo un destello de esperanza; por eso se sorprendió al verla sacudir negativamente la cabeza. Ella miraba por la ventanilla, observando ese horrible panorama, y apenas le prestaba atención. El olor a coles hervidas y a mugre humana le daba náuseas. -¿No conoces a los parientes de George? -preguntó él.

Tuvo que repetir su pregunta, porque ella no estaba escuchando.

-El padre de las gemelas. ¿Conoces a alguno de sus familiares?

Ella no entendió por qué le hacía esa pregunta tan extraña.

-No. George era huérfano y no tenía familiares. Mira, allí está Hunter. Viene hacia nosotros.

Taylor abrió la portezuela antes de que el vehículo se hubiera detenido por completo. Lucas pagó al conductor y le ofreció una suculenta bonificación a cambio de que los esperara allí. El cebo del dinero pudo más que la preocupación por los peligros de ese vecindario. El hombre sacó un rifle de bajo el pescante, se lo cruzó en el regazo y prometió aguardar hasta treinta minutos.

Taylor esperó junto a Hunter hasta que Lucas hubo cruzado la calle. Luego avanzó hasta él y lo tomó de la mano, hundiendo la otra en el bolsillo del abrigo, para aferrar su Colt.

Subieron en silencio los desvencijados peldaños del inquilinato. Lucas fue el primero en entrar, seguido por Taylor. Hunter cerraba la marcha.

El apartamento que estaban buscando se encontraba en el tercer piso, en la parte trasera del edificio. Las tablas del suelo crujían, pero dentro había tanto ruido que habrían podido cruzar el vestíbulo a grandes zancadas sin que nadie los oyera.

Las paredes eran tan delgadas como las puertas. Cuando llegaron al número buscado, Lucas indicó por señas a Taylor que se apretara a la pared, a un par de metros de distancia. Si había disparos, no quería que la alcanzara alguna bala perdida.

Hunter ya había sacado uno de sus revólveres. Lucas afirmó el suyo y, después de hacerle una señal, estrelló el hombro contra la puerta y entró precipitadamente, seguido por su amigo.

En el diván dormía un hombre joven, de unos veinte años. Despertó cuando Hunter le apoyó el arma en la sien.

Una mujer que lo doblaba en edad entró corriendo desde la cocina. Vestía un camisón traslúcido. Tenía el pelo teñido de anaranjado y la cara muy pintada. No hizo nada por cubrirse. Al vera Hunter hizo una mueca y corrió hacia él con las uñas preparadas para atacar. Se detuvo muy pronto cuando él sacó el segundo revólver para apuntarle.

Al parecer, la fulana había decidido tomar otra actitud, pues sacó pecho y puso los brazos en jarras, tironeando del camisón para que se viera bien lo que estaba ofreciendo.

-Me llamo Shirleen. Trabajo en el dormitorio, por allí. ¿Por qué no guardas esas armas, precioso? Puedo hacerte pasar un buen rato. Te costará sólo un dólar; dos, si quieres que use la boca. Y créeme que lo valgo. ¿Verdad, Charlie?

El hombre del diván tenía tanto miedo que no respondió siquiera con un gesto.

-No creo que seas capaz de disparar contra una dama, ¿verdad, precioso? -arrulló ella.

Hunter respondió sin emoción alguna: -Aquí no veo a ninguna dama.

A ella no le gustó el insulto. Sus ojos volvieron a convertirse en ranuras. En su expresión relumbraba el odio.

-Te has equivocado de casa -dijo-. Esto pertenece a los Border. -A su voz había vuelto la burla-. Y a ellos no les gustan los asaltos. Si te pescan te harán jirones. Harías bien en salir de aquí mientras puedas.

Hunter no mostró reacción alguna ante esa amenaza. Se limitó a mirarla, esperando que volviera a moverse. Lucas ya había recorrido el atestado apartamento.

Había dos dormitorios. El primero estaba desierto; a juzgar por lo arrugado y sucio de las sábanas, ése era el cuarto donde la mujer practicaba su oficio. El segundo dormitorio estaba cerrado con llave. Cuando iba a usar el hombro para derribar la puerta, oyó el llanto de una criatura. Era un sonido débil, pero fácil de identificar, y Lucas dio un paso atrás. Temía herir a la criatura si estaba demasiado cerca de la puerta.

Necesitaba la llave.

-Sin duda has oído hablar de los Sarder -murmuró Shirleen-. Todo el mundo conoce a Billy y a Cyrus. -Lanzó una risa burlona-. Debes de ser nuevo en la ciudad, precioso, si no sabes lo peligroso que es robar a... -Dame la llave del dormitorio cerrado.

Lucas pronunció ésa orden desde detrás de la mujer. Ella dio un respingo de treinta centímetros y giró en redondo. Hasta ese momento ignoraba que había más de un hombre dentro del apartamento.

Éste parecía mucho más amenazador que el captor de Charlie. Semovía sin hacer ruido. Solamente los hombres acostumbrados a delinquir sabían moverse como sombras. Shirleen dio un paso atrás, procurando disimular su miedo.

En ese momento entró Taylor. Hunter le ordenó que cerrara la puerta. Después de obedecer, ella giró hacia la mujer semidesnuda.

Apenas le dedicó una somera mirada, pero le bastó para transmitir su disgusto. Luego observó al hombre tendido en el diván. Como Hunter y Lucas tenían la vista puesta en ella, les dio aviso.

-Está buscando un revólver-dijo a Hunter, pero mirando a su esposo-. Debe de tenerlo bajo los almohadones.

Hunter sonrió. -Ya lo sé.

Ella no comprendió. Si estaba enterado, ¿por qué no se lo impedía? Lucas sí comprendió: Hunter esperaba alguna excusa para matar a ese gusano.

-Nada de disparos -ordenó.

Su amigo frunció el entrecejo, desencantado, y suspiró. Hizo girar el revólver en la mano y, antes de que el prisionero adivinara sus intenciones, lo golpeó en la sien con la culata. Eso no lo mató, pero cuando despertara lamentaría no haber muerto, pues sentiría la cabeza como si se- la hubieran partido en dos.

Después de arrojar al suelo al hombre inconsciente, metió la mano bajo los almohadones, en busca de la pistola escondida. Al encontrarla se la metió en el cinturón.

De pronto Shirleen cayó en la cuenta de que esos desconocidos no habían entrado con intenciones de robar. No apartaba la vista de Taylor. La siguió con la vista cuando la muchacha se acercó a la puerta cerrada. Parecía un ángel. Y sólo por eso la amenaza que ella pronunció tuvo más peso.

-Si él no es capaz de matar a una mujer, yo sí. Tienes cinco segundos para darme la llave -dijo Taylor, con hielo en los ojos.

A Shirleen no le pasó por la cabeza discutir. Estaba segura de que el ángel de fríos ojos azules iba a matarla. Uno...

Corrió a las cajas apiladas junto a la ventana y metió la mano en la de arriba para sacar la llave.

-Yo no tengo nada que ver con esos críos. Sólo trabajo aquí. Lo que hagan Billy y Cyrus no es cosa mía.

Lucas le arrebató la llave y abrió la puerta; después de indicar por señas a Hunter que no la perdiera de vista. No permitió que Taylor fuera la primera en entrar. Quería asegurarse de que no hubiera nadie más en la habitación con los niños.

Dentro estaba demasiado oscuro como para ver por dónde se caminaba. Lucas encendió una de las lámparas después de echar un vistazo por si alguna sombra se movía.

De inmediato vio a las niñas al otro lado de la habitación. De pronto su corazón pareció a punto de estallar de alivio. Y de ira.

Las dos pequeñas dormían profundamente en el suelo, frente a la puerta del ropero, abrazadas con fuerza. Una de ellas sollozaba suavemente en sueños. La cara de la otra no estaba a la vista, porque había escondido la cabeza bajo el mentón de su hermana.

Eran dos criaturas hermosas, diminutas; no parecian hacer cumplido todavía los tres años. Las dos tenías el pelo rubio platinado de Taylor. La semejanza era tan acentuada que cualquiera las habría tomado por hijas suyas. Sin duda alguna, le pertenecían.

Indicó por señas a Taylor que podía entrar y guardó el revólver. Luego volvió hacia la puerta, para observar la escena desde lejos. Sabía que las pequeñas se asustarían si él se acercaba demasiado; era mejor que vieran primero a Taylor.

-Son de ella, ¿no? -preguntó la mujer a Hunter. Taylor, sin prestar la menor atención a Shirleen, entró presurosa al dormitorio. Al ver a las niñas se detuvo con la misma brusquedad, llevándose la mano a la boca; su gemido, grave y patético, desgarró el corazón de Lucas. Sin apartar la vista de las gemelas, se les acercó lentamente.

Se sentía débil de alivio y regocijo. Cuando llegó junto a las niñas, estaba llorando. Se arrodilló frente a ellas, pero no quiso tocarlas durante unos instantes. Mantenía la cabeza inclinada y las manos cruzadas con fuerza frente a sí. Lucas supuso que estaba rezando. Por fin alargó una mano para despertar a las gemelas con una suave sacudida.

-Ya es hora de ir a casa --susurró.

Una de las niñas abrió los ojos y se incorporó, frotándose el sueño de los párpados. Luego miró a Taylor con curiosidad; no parecía muy asustada. Cuando Taylor le acarició la mejilla, sonriente, la pequeña se puso el pulgar en la boca, inclinándose hacia adelante. Taylor la sentó en su regazo, estrechándola contra sí, arrullándola; cuando la bebé se relajó finalmente contra ella, alargó la mano hacia su hermana.

La otra gemela despertó llorando, pero al ver a Taylor detuvo inmediatamente sus lágrimas, como si la reconociera. Taylor sabía que eso no era posible, pues sus sobrinas

apenas gateaban cuando ella las había visto por última vez. La niña le estiró los brazos; ella se la sentó en la falda, junto a su hermana, y la abrazó con fuerza:

No podía dejar de llorar. Mientras mecía a las pequeñas, les repitió una y otra vez que todo estaba bien, que iba a llevarlas a casa.

Una se le durmió en los brazos; la otra, después de dejarse mimar durante algunos minutos, comenzó a retorcerse. Quería mirar a Taylor; cuando logró verle el rostro, se quitó el pulgar de la boca para tocarle el pelo.

-¿Eres mi mamá?

-Sí.

-¿Mamá de Allie, también?

Era todo lo que Georganna quería saber. Reclinándose contra Taylor volvió a ponerse el pulgar en la boca y cerró los ojos.

Lucas se acercó para ponerse en cuclillas junto a su esposa.

-¿Están bien? --preguntó en un susurro.

-Creo que sí.

Llevaban sencillos vestidos azules, arrugados y tan sucios como las piernas y los brazos. No se las había atendido debidamente, pero para Taylor fue un alivio no verles ningún cardenal.

Saquémoslas de aquí, Lucas.

Él estaba plenamente de acuerdo, pero vaciló. Se agachó para mirar debajo de la cama. ¿Dónde estaba el niño del que les habían hablado?

Alzó a una de las gemelas, que dejó caer la cabeza en su hombro sin despertar. Taylor le entregó a la otra y se levantó:

Lucas quería interrogar a la mujer sobre el varón. No descansaría mientras no los tuviera a los tres. Abrió la marcha hacia la sala. Hunter mostró tres dedos en alto. Su amigo sacudió la cabeza. En ese momento Taylor le tocó un brazo.

-Espera -susurró. Y volvió a entrar en el dormitorio. Algo le llamaba la atención, pero estaba tan agotada por la preocupación y el alivio de haber recuperado a sus bebés que no lograba identificar qué era.

Lucas la siguió, preguntando en un susurro, para no molestar a las pequeñas.

-¿Qué pasa?

Ella sacudió la cabeza. Iba a salir otra vez, pero se detuvo.

-¿Por qué estaban durmiendo en el suelo, junto al ropero?

Sin darle tiempo a reflexionar sobre ese extraño detalle, corrió hacia el mueble y trató de abrirlo. La puerta estaba cerrada.

-Trae a la mujer -pidió Lucas a su amigo. Pocos segundos después Shirleen aparecía en el vano de la puerta, seguida por Hunter.

-Esta puerta -preguntó Taylor-, ¿por qué está cerrada? -Apenas soportaba mirar a esa mujer, por lo mucho que le repugnaba la visión de tanta malignidad.

-Porque sí -barbotó la mujer. Y agregó apresuradamente-: La ropa de tus niñas no está allí. Está en una caja, junto a la puerta. Te la mostraré.

Hunter le impidió moverse. -Abre el ropero -exigió Taylor.

-¿Para qué? Ya te he dicho que ahí no hay nada -murmuró Shirleen. Ahora se la notaba agitada. Comenzó a parlotear, en un intento de disimular su nerviosismo.

-Los Border creían que esas chicas eran huérfanas. Pero con esos rizos blancos y esos ojazos azules deben ser tuyas, caramba. Son tu viva imagen. De cualquier modo, Billy y Cyrus querrán quedárselas, porque ya tienen comprador. En tu lugar yo saldría volando de aquí.

-Abre esta puerta -repitió Taylor.

Shirleen se encogió de hombros, con forzada indiferencia.

-No sé dónde está la llave -dijo, cruzando los brazos contra el pecho. Y clavó en Taylor una mirada flamígera.

-¿La mato?

Era Hunter quien había formulado esa pregunta, con voz desprovista de toda emoción, por lo cual resultó aun más escalofriante. La mujer lanzó una exclamación ahogada y, después de echar un vistazo al mestizo, concentró toda su atención en Taylor. Esperó la respuesta conteniendo el aliento.

No había visto el guiño de Hunter. Taylor sí, y sabía que era una falsa amenaza. Él quería asustar a Shirleen. Ella quería preocuparla. Esperó varios segundos, para darle tiempo a estudiar la posibilidad y luego miró a Hunter.

-Sí, por favor-decidió, con tanta cortesía como si estuviera pidiendo una segunda taza de té a un solícito camarero.

A pesar de tanto maquillaje, la cara de la mujer palideció considerablemente. Al sentir la mano de Hunter contra su cuello, exclamó:

-Es la misma llave que abre la puerta del cuarto. Voy a buscarla.

Hunter, ordenándole que no se moviera, retiró la llave de "la cerradura. No quería abandonar la entrada de la habitación. Desde allí podía vigilar la puerta principal. Si entraba uno de los Border, él debería estar preparado. Por ese motivo no entregó la llave a Taylor: se la arrojó.

Ella la atrapó en el aire y la puso en la cerradura. Entreabrió apenas la puerta y dio un paso atrás, para poder abrirla del todo. Súbitamente la hoja pareció estallar en su mano.

Taylor se vio lanzada hacia atrás por la fuerza con que la puerta se estrelló contra ella. El pomo se le clavó en el costado. Cayó contra la pared y se irguió lo antes posible, sujetando la puerta antes de que la golpeara otra vez. Lucas le gritó que no se acercara. Hunter apuntó su arma hacia el mueble. El interior estaba tan oscuro que no podía ver el peligro, pero: no quería arriesgarse. Bien podía haber un hombre allí, con la pistola lista esperando que alguien se pusiera en su mira.

Lucas, que había pensado lo misma, se apartó girando a medias para proteger mejor a las gemelas. Si había disparos, las balas tendrían que atravesarlo para llegar a las niñas.

Taylor iba a adelantarse, pero Lucas le ordenó no moverse. Su voz sonó dura y abrupta. Luego giró hacia Hunter con un gesto rápido de la cabeza, haciéndole saber que a él le tocaba ocuparse del asunto.

Hunter ya estaba listo. Dio un paso hacia el costado, con la intención de acercarse a la puerta desde un ángulo más seguro, pero se detuvo súbitamente cuando apenas había avanzado medio metro, No podía creer en lo que veía. Un niño que no parecía tener más de seis o siete años salió volando de su prisión, tan veloz que lo vieron casi como un borrón. Sólo cuando se detuvo en el centro de la habitación, mirando frenéticamente a su alrededor, pudieron los hombres echarle un buen vistazo. Taylor, que estaba tras él, no pudo verle la cara.

El pelo, castaño muy oscuro, le llegaba casi a los estrechos hombros. Sus ojos eran del mismo color y estaban dilatados por el pánico. Se mantenía rígido, como si estuviera listo para lanzarse a la acción.

Durante varios segundos nadie dijo una palabra. Lucas temblaba de ira por ese niño. Sólo Dios sabía cuánto tiempo llevaba esa criatura encerrada en el ropero. Ni a los animales se los trataba con tanta crueldad.

Hunter, igualmente furioso, miró a ese niño y se vio a sí mismo durante la infancia. El dolor que sentía dentro le subió la bilis a la garganta. Ardía por la fiebre de venganza.

Taylor estaba tan estupefacta por la aparición del niño que se apoyó contra el muro, tratando de recobrar el aliento. Y de pronto la golpeó, con toda su fuerza, la atrocidad cometida contra ese pequeño inocente. Los ojos se le llenaron de lágrimas. ¡Dios del Cielo, alguien tenía que pagar por ese pecado!

Las ideas de venganza duraron muy poco. Obviamente, el niño estaba aterrorizado y necesitaba que lo reconfortaran. Taylor se adelantó hacia él con esa única intención.

Él no le prestaba ninguna atención, pero al ver a las mellizas en brazos de Lucas lanzó un aullido de furia y, agachando la cabeza, se arrojó a la carrera contra el hombre que se había atrevido a tocar a sus protegidas. Hunter apartó el arma para interceptar al niño en el momento en que iba a clavar la cabeza contra la cadera de su amigo.

El pequeño gritó, entre dentelladas y puntapiés. Hunter lo aferró por la cintura, alzándolo en vilo, y se apresuró a sujetarle la manita que iba hacia su revólver.

Ordenó al niño que dejara de forcejear, pero su orden fue ignorada. No supo qué más hacer. No quería hacerle daño, pero el niño no parecía entenderlo así. Entonces miró a Taylor, pidiendo ayuda.

Ella acudió a la carrera.

-Déjelo en el suelo -dijo a Hunter.

-Es un pequeño salvaje -anunció Shirleen-. Ya puedes ver que es mestizo. Cree que las chicas están bajo su protección. Hubo que encerrarlo en el ropero porque no permitía que nadie se acercara...

La mirada de Taylor la hizo callar, aterrorizada por la furia que se veía en los ojos del ángel. Se llevó la mano a la base del cuello, aspirando hondo.

-Dice que son sus hermanas -susurró-. Es mentira, por supuesto. Basta mirarlos para ver que no son parientes -agrego, con un bufido.

-Son sus hermanas. -Taylor lo aseguró enfáticamente.

El niño quedó quieto en brazos de Hunter, mirándola.

Ella le hizo un gesto afirmativo con la cabeza. El pequeño no comprendió lo que le estaba diciendo. En cuanto se vio libre de Hunter, trató de pasar corriendo junto a ella para llegar a las gemelas.

Taylor lo aferró por una mano para acercarlo a su costado. Le apartó con suavidad el pelo oscuro de la frente. Él no la miraba; toda su atención estaba fija en Lucas.

Ahora nos iremos a casa -le dijo Taylor. El niño se atrevió a echarle un rápido vistazo. -No podéis llevároslas. No lo voy a permitir. Ella lo sintió temblar. Envolviéndolo en sus brazos, se inclinó para susurrarle algo al oído. Lucas no pudo oír lo que le decía, pero cuando al fin ella irguió la espalda, apartándose, el niño la miró con los ojos llenos de lágrimas.

Taylor alargó una mano que él asió con fuerza. Aún no se atrevía a confiar. Ella lo leyó en su mirada y asintió lentamente, diciéndole sin palabras que iba a cumplir con su promesa.

El niño se aferró de su mano con más tesón. Taylor habría querido llorar.

-¿Dónde están tus zapatos? -preguntó, con voz trémula.

-No tengo. Me los tiraron. Disimulando su reacción, Taylor aseguró: -Mañana te compraremos un par nuevo.

El pequeño dilató los ojos, sorprendido. Ella se volvió hacia Hunter. No pensaba permitir que el niño saliera a la calle caminando descalzo.

-Ya estamos listos para irnos -le dijo-. ¿Quiere llevarlo, por favor?

Hunter asintió con la cabeza, pero el niño se resistió cuando Taylor trató de llevarlo hacia él. Obviamente, Hunter le inspiraba miedo. Al parecer, también Lucas, pues no dejaba de echar miradas temerosas a esos dos gigantes.

Taylor no quiso presentárselos, para evitar que esa mujer horrible escuchara sus nombres. Ya tenían que vérselas con demasiadas cosas y Shirleen no dejaría de proporcionar a los Border todos los detalles que recordara.

Volvió a abrazar al niño, hablándole en susurros, mientras su esposo y Hunter esperaban con paciencia. No hizo falta mucho tiempo. Cuando ella terminó, el pequeño estaba sonriendo.

Lucas y Hunter se sintieron intrigados. ¿Qué podía haberle dicho para provocar un cambio tan asombroso? El niño soltó la mano de Taylor para cruzar la habitación a paso firme. Al pasar junto a Lucas, le sonrió. Tampoco temía ya a Hunter, ciertamente, pues lo tomó de la mano, elevando hacia él una mirada de gran respeto.

Taylor echó un vistazo a Lucas, que enarcó una ceja y señaló al pequeño. Ella se limitó a sonreírle y sugirió que era hora de partir.

Shirleen los siguió hasta la sala. Lucas cerraba la marcha. En el momento en que pasaba junto al diván, el hombre tendido allí dejó escapar un gruñido. Lucas cambió de posición a las gemelas, sujetándolas con un solo brazo, y lo dejó inconsciente con un derechazo a la mandíbula, sin haber interrumpido su paso.

Taylor pidió hablar un momento a solas con Shirleen. Su esposo se lo negó con un gesto de la cabeza. Entonces ella se volvió hacia la obscena mujer.

-Voy a encargarme de que pases el resto de tu vida en la cárcel.

-Yo no he tenido nada que ver con... No le permitió completar su protesta:

-Sabías lo que estaba pasando. Pudiste haber ayudado a los niños. Y no lo hiciste.

En el momento en que iba a salir, Shirleen giró en redondo para correr hacia su dormitorio.

-Volveremos.

Fue Lucas quien hizo ese comentario. No era una amenaza, sino una promesa.

Bajaron por la escalera de atrás. Taylor iba delante, con la mano en el bolsillo del abrigo, los dedos curvados alrededor del revólver.

No tropezaron con ninguna dificultad. Al llegar a la calle, Taylor ofreció hacerse cargo de una gemela. El aire frío las había despertado. Georganna se inclinó hacia atrás para mirar fijamente a Lucas. Alison también lo miraba, pero no tan flagrantemente. Las dos tenían el pulgar en la boca y Georganna emitía un chasquido al chupárselo. Alison lo hacía en silencio.

-Están bien conmigo -aseguró Lucas-. Tómate de mi brazo.

Hunter se puso al otro lado de la joven. Ella dio una palmadita en el brazo al niño y luego se volvió para acariciar a una de las gemelas.

Quería subir rápidamente al vehículo, para que los niños no se enfriaran. Esa posibilidad la tenía preocupada.

Por su parte, Hunter quería desaparecer de ese vecindario antes de que volvieran los Border. No le gustaba la idea de matar a los hermanos llevando en brazos al niño. En eso pensaba mientras caminaban hacia el carruaje.

La mente de Lucas estaba en algo muy distinto: Taylor había dicho que el padre de las gemelas era huérfano y no tenía parientes. Y ella lo había sabido desde siempre. El bien mayor. Por eso se había casado con él, por el bien mayor. Finalmente, ese críptico comentario cobraba sentido.

El plan magistral de la Señora. "¿Le gustan los niños?", le había preguntado Taylor. Oh, sí, el bien mayor. -Que me aspen.

Lo dijo en un susurro tan grave que sólo las gemelas lo oyeron. Georganna se quitó el pulgar de la boca para sonreírle. Alison también le sonrió con timidez, pero sin apartar el dedo.

Pocos minutos después llegaban al vehículo. Taylor fue la primera en ascender. Luego Hunter subió al niño, que se sentó junto a ella.

Lucas le entregó a Georganna. Ella se la sentó en el regazo y alargo los brazos hacia la segunda gemela, para acomodarla también en su falda.

Taylor rodeó con un brazo al niño, para incluirlo en el grupo, y se reclinó contra el respaldo, cerrando los ojos con un suspiro de contento.

En la calle, Hunter y Lucas liquidaban una diferencia de opiniones. El primero insistía en volver al inquilinato para esperar allí a los Border. Lucas no tenía ningún problema en adoptar ese plan, pero sí en quedar afuera. Como no podía dejar a Taylor sola con los chicos, exigía que Hunter los acompañara al hotel. Una vez que todos estuvieran en sus camas, volvería con su amigo para enfrentarse a esos cretinos.

Taylor puso fin a la discusión.

-Estos niños morirán congelados si no los resguardamos del aire frío. Subid los dos.

Un momento después iban en camino. El claro de luna les permitía verse las caras dentro del carruaje. Lucas no apartaba la mirada de su esposa.

-¿Taylor?

Su voz tenía un filo agudo. Ella le sonrió sin preocuparse. Dios, qué contenta estaba.

-¿Sí?

Él paseaba la vista entre ambas gemelas. Era casi imposible diferenciarlas. Por fin su entrecejo volvió a posarse en Taylor.

-Dime una cosa -ordenó. -¿Sí?

Él señaló con la cabeza a las niñas. -Cuál es bien y cuál es mayor.

14

Oh, di la verdad mientras vivas, y averguéncese el diablo.

William Shakespeare

Enrique VI

Las gemelas dominaron su timidez sin pérdida de tiempo. El aire de la noche las había revivido. Parlotearon sin pausa durante todo el trayecto hasta el hotel, trepando sobre Lucas y Hunter.

Ninguno de los dos se había considerado nunca hombre de familia. No tenían ninguna experiencia con niños tan pequeños y los dos se sentían torpes e ineptos para manejar esas cosas frágiles.

Sin embargo, las niñas no se sentían incómodas con ellos. Se lanzaron hacia ellos como los patos al agua. Taylor concentraba toda su atención en el pequeño. Cuando le preguntó cómo se llamaba, él dijo que no recordaba tener un nombre de verdad. Luego, retorciéndose las manos en un gesto de preocupación, susurró todos los apelativos que le habían puesto. Al terminar se encogió de hombros.

-Supongo que puedes llamarme Rata. Así me llama la mayoría.

Taylor quedó horrorizada, pero disimuló su reacción para no abochornar al niño. Casi todos los apodos que había recibido eran muy obscenos; por supuesto, él era demasiado pequeño para entender su significado, lo cual resultaba una bendición.

Tanto Lucas como Hunter estaban escuchando el diálogo. Lucas se enfureció al escuchar esos sobrenombres. Hunter habría querido matar a alguien.

-No volveremos a decir esas palabras -dijo ella al niño, con voz suave y susurrante-. Quiero que las olvides por completo.

-¿Y cómo vas a llamarme? -preguntó él, preocupado.

Lucas y Hunter no ayudaban en absoluto con esos entrecejos de forajidos. El pequeño acabaría por creer que era la causa de tan horrible humor. Taylor les echó una rápida mirada, con la esperanza de hacerles entender que debían abandonar esa agria actitud, y se volvió hacia el niño.

-¿No recuerdas cómo te llamaban tus padres? -Mamá murió. Me esfuerzo, pero ya no me acuerdo de su cara. Padre no tuve.

Entonces Hunter se inclinó para interrogarlo. Comenzó pidiéndole que no le tuviera miedo y luego le preguntó qué había sido de él al morir su madre.

El niño se encogió de hombros.

-Dormía en un cajón, detrás de la tienda de Stoely.

-¿No tenías familia que te recogiera?

Sacudió la cabeza. Luego se irguió en el asiento con una sonrisa.

-No te tengo miedo, porque ella me ha explicado...

Hunter echó un vistazo a su amigo.

-¿Qué te ha explicado, hijo? -preguntó Lucas. -Ya lo sabes -susurró él.

-Dínoslo igual -lo alentó Lucas. Le picaba la curiosidad, por supuesto. El chico los estaba mirando con adoración y él deseaba saber por qué.

-He dicho que vosotros tenéis cara de malos, pero que no pasa nada, porque así debe ser.

Y sonrió a Taylor, que asintió con la cabeza. -¿Debemos tener cara de malos? -repitió Hunter.

-¿Porqué? -preguntó Lucas.

Porque los hay de todos los tamaños y de todas las formas.

El niño lo decía como si se tratara de un hecho importante que ambos debían tener ya sabido. Los dos se volvieron hacia Taylor, esperando obviamente una explicación. Ella no dijo una palabra. Se limitó a mirarlos con una dulce sonrisa.

El acertijo intrigaba a Lucas.

-¿Qué cosas hay de todos los tamaños y de todas las formas?

Hunter se encogió de hombros.

-Todavía estoy tratando de adivinar por qué debemos tener cara de malos.

El niño respondió a ambas preguntas con voz susurrante.

-Sois mis ángeles de la guarda.

-Tus ayudantes -le recordó Taylor, en un murmullo que sólo él pudo oír. Estaba demasiado avergonzada como para mirar a los hombres. Dio unas palmaditas al niño, concentrando su atención en la búsqueda de un nombre adecuado para él.

Lucas tosió para disimular la risa. Hunter sacudía la cabeza.

-Pero no somos ángeles -murmuró. Al niño se le iluminó la mirada. -Ella me dijo que lo negaríais. -Escucha, hijo... -empezó Lucas. Taylor lo interrumpió.

-Casualmente se me ocurren dos bonitos nombres para ti -anunció-. Daniel y Davy, aunque supongo que, en este caso, deberíamos usar la versión más formal: David. Daniel o David, sí.

Lucas se recostó.

-Empezamos otra vez -susurró a Hunter. Taylor salió inmediatamente en defensa de su propuesta.

-Son dos nombres llenos de orgullo y honor, ¿verdad?

Lucas asintió. Hunter parecía confundido. No conocía la obsesión de esa joven por los montañeses y sus leyendas.

-Daniel y David -dijo el niño, probando los nombres.

-Eso es -confirmó ella-. No te apresures en decidir cuál de los dos quieres. Es una decisión importante, porque llevarás ese nombre durante el resto de tu vida. Para mí será un placer ayudarte a escoger. -¿Cómo?

-Todas las noches te contaré un cuento sobre cada uno de esos hombres valientes: un cuento sobre Davy Crockett y el otro sobre Daniel Boone.

-¿Voy a llamarme Davy Crockett o Daniel Boone? -David -corrigió ella-. Es más correcto. Pero tu apellido será Ross.

-¿De veras? Ella sonrió.

-De veras.

-¿Y no se enfadarán ellos si uso sus nombres?

-No, por supuesto que no. Los dos han muerto. No les molestará en absoluto.

Taylor le dijo quiénes eran esos hombres, tan famosos y admirados que la gente escribía libros sobre ellos.

El niño quedó cautivado. Ella no habría podido pedir una reacción mejor. Quería que amara a los montañeses tanto como ella. Por el momento, lo más importante era que el pequeño ya no se retorcía las manos.

-La familia no es cuestión de sangre -le explicó-, sino de compromiso mutuo.

El no entendió y Taylor no trató de darle más explicaciones. Lo único importante era que ella sí comprendía.

Dos horas después todo el mundo estaba ya acostado. Lucas y Hunter se vieron obligados a encargarse de bañar a las gemelas. David Daniel ya estaba limpio y con el pelo recortado. Mientras jugaba en la tina, el servicio de lavandería lavó y secó sus ropas, junto con las de las pequeñas. Taylor había empezado a bañarlas, arrodillada en el suelo, cuando Victoria requirió de su atención, presa de nuevos vómitos violentos.

Como ni Hunter ni Lucas querían acercársele, ella les encargó la tarea de lavar a las gemelas, advirtiéndoles que no debían ahogarlas. Luego corrió al cuarto de baño de Victoria, llevando un paño mojado.

Las dos pequeñas, bien despiertas, estaban alborotando. Lucas enjabonó a una de ellas, pero de inmediato comprendió su error, pues la perdió bajo el agua.

La niñita resurgió entre escupidas y risitas. El jabón las había dejado tan escurridizas como lechones engrasados. Cuando Hunter y Lucas lograron sacarlas de la tina, ambos estaban empapados de pies a cabeza.

Después de secarlas con toallas y de ponerles los calzones ya lavados, las sentaron en la cama de Victoria. No se estuvieron allí ni por un segundo. Lucas y Hunter podían estar

exhaustos, pero ellas no. Los hombres se dejaron caer en el sofá, indefensos y agotados, mientras las bebas los usaban para practicar escalada.

Georganna era la más parlanchina, aunque Alison no se quedaba muy atrás. Las dos hacían pregunta tras pregunta. Si alguna quedaba sin respuesta, se limitaban a repetirla una y otra vez.

Se apodaban mutuamente Georgie y Allie. Hunter aún no podía diferenciarlas, pero Lucas sí.

Mientras los hombres vigilaban a las pequeñas, Taylor ordenó que pusieran un diván en el dormitorio adyacente y pidió otro cuarto en el mismo piso para

Victoria, que por fin se sentía nuevamente en condiciones. Sus cosas fueron trasladadas al cuarto vecino al de Hunter. A David Daniel se le puso una camiseta de Lucas y se lo acostó en el diván, donde Taylor le contó una leyenda sobre Davy Crockett y otra sobre Daniel Boone. Cuando se agachó para darle el beso de buenas noches, el niño ya dormía profundamente.

A las gemelas también se les estaba agotando la cuerda. Ambas se habían apretujado entre los dos hombres, con los ojos entrecerrados y los pulgares en la boca. La conversación de los amigos las estaba adormeciendo.

-¿La oíste decir al niño que su apellido era Ross? -preguntó Hunter, susurrante.

-La oí. -Lucas sujetó el pie de Georgie antes de que se le clavara en la entrepierna.

-¿Sabrá ella lo que se está echando encima?

-Parece saberlo -aseveró Lucas, con un bostezo.

-Dudo que alguien esté buscando a ese niño -comentó Hunter-, pero a estas dos... ¿No tienen parientes que las esperen o que quieran recogerlas?

La entrada de Taylor impidió que Lucas respondiera. Ella quería saber cómo iban a dormir. Él irguió la espalda. Ese comentario había despertado toda su atención.

En opinión de Taylor, lo mejor sería que ella durmiera con las gemelas en la cama grande, junto a David Daniel.

Él tuvo que imponerse. Su esposa dormiría con él y no había más que decir.

Dejaremos la puerta intermedia abierta.

-¿Y si alguna de las niñas se despierta llorando? -Yo las oiré -prometió Lucas.

Hunter sonrió de oreja a oreja.

-Lo más probable es que yo también las oiga -bromeó-. Son pequeñas, Taylor, pero tienen buenos pulmones. ¿No las oíste gritar cuando estaban en la tina? El barullo debe de haberse oído desde el vestíbulo.

Taylor no parecía convencida. Hunter, dándose por vencido, se volvió hacia su amigo para recordarle la tarea pendiente. Lucas le aseguró que no se había olvidado. Entregó a Taylor una de las pequeñas y se inclinó para darle un beso de despedida.

-¿Adónde vas? Son más de las diez-observó ella. Él no respondió. Hunter la distrajo entregándole a la otra gemela. Fingió retorcerle la nariz y, después de guiñar un ojo a la otra, siguió a Lucas hacia la puerta. -¡Señor Ross! Dígame usted a dónde va-exigió ella.

-Cierra con llave, Taylor, y no dejes entrar a nadie. La muchacha no pudo detenerlo para exigir una explicación. Tenía los brazos cargados con las dos bebas inquietas.

Cuando estuvieron debidamente arropadas en la cama, salió de la habitación en puntillas. Al llegar a su alcoba giró en redondo y las encontró pisándole los talones.

Hicieron falta tres intentos para lograr que no abandonaran la cama. Allie fue la primera en dormirse, pero Georgie no tardó mucho más.

Pocos minutos después regresó Victoria y se encargó de vigilar a los niños mientras Taylor se bañaba. Ya en camisón y bata, se sentó en uno de los sillones, junto al sofá, para cepillarse la cabellera, mientras ponía a su amiga al tanto de todo lo sucedido. No omitió ninguno de los detalles, explayándose en la descripción de esa horrible mujer llamada Shirleen y el repugnante hombre que dormía en el sofá, mientras el pobre David Daniel permanecía encerrado en el ropero. Victoria se indignó debidamente.

-¿Por qué no los denunciaste a la policía? -preguntó.

-Lo que más me interesaba era sacar a los niños de allí -explicó Taylor. Y agregó-: No pienso renunciar a David Daniel, pero, como no es legalmente hijo mío, pensó que podrían quitármelo. No quise arriesgarme.

-Esas personas tan viles merecen ser castigadas por sus pecados -aseveró Victoria-. ¿Y qué me dices de esos hermanos? ¿Seguirán alegremente con sus fechorías?

Taylor negó con la cabeza.

-Si los hiciera arrestar, se celebraría un juicio. En América se considera que todos son inocentes mientras no se demuestre lo contrario. Lo más probable es que los diarios publicaran artículos, en los que no dejarían de mencionar mi nombre y el de las gemelas.

-Malcolm -susurró Victoria. Te preocupa lo que pueda hacer tu tío, ¿verdad?

Ella asintió.

-Cincinnati está muy lejos de Londres, Taylor.

-Sí, naturalmente. ¿Qué harías tú, Victoria? Su amiga no pudo darle una respuesta. -¿Qué te sugiere Lucas?

-No le he hablado de Malcolm.

-Lo sé, pero sobre los Border, ¿no piensa él que merecen un castigo?

Taylor irguió la espalda, dejando caer el cepillo al regazo.

-Lucas y Hunter han vuelto al inquilinato -susurró.

-¿Para qué?

-Para esperar a los Border. Habrá dificultades, Dios mío.

-Lucas sabe cuidarse solo. Y Hunter también. El asunto ya no está en tus manos. Es seguro que esos dos entregarán a los hermanos a las autoridades.

Taylor no estaba muy segura de que su esposo o el amigo dieran parte a la policía. Lo más probable era que quisiesen ajustar cuentas personalmente con los Border. Ella les había visto la expresión.

-Siempre existe la posibilidad de que los herma nos no vuelvan esta noche a su casa -comentó la pelirroja-. No te preocupes sin necesidad.

-Pasado mañana deberíamos partir de Cincinnati. Sólo nos queda un día para comprar todo lo necesario. El cambio de tema tomó a Victoria por sorpresa. -Sí -reconoció, tras una pausa-. Yo compré todo lo que me anotaste.

-Pero los niños necesitan calzado.

-Iremos mañana. ¿Qué piensas decir a Lucas, Taylor?

-Ya ha cumplido con su deber -respondió ella-. Lo más probable es que parta mañana mismo. Es lo que voy a sugerirle.

Victoria puso los ojos en blanco.

Sinceramente, ¿crees que ese hombre te dejará abandonada con tres niños en esta ciudad? Es una tontería. Te estás engañando.

Taylor encorvó los hombros.

-¡Pobre señor Ross! -susurró-. El no pidió nada de esto. Ni si quiera desea estar casado.

-Tal vez no le guste estar casado, pero le gustas tú, ya lo creo. No pongas esa cara de sorpresa, Taylor. ¿Acaso no has visto cómo te mira?

-¿Te refieres a esa cara que me pone constantemente, como diciendo: "Si no estuviera prohibido por ley, te estrangularía"?

Victoria sonrió.

-Reconozco que se la he visto varias veces. ¿Qué me dices del personal? Mencionaste que debías contratar a una cocinera, una niñera y una criada. ¿Habrá tiempo para entrevistarlas?

Taylor sacudió la cabeza.

-Antes tendría que publicar un anuncio. No, no hay tiempo. Temo que tendremos que apañarnos solas, por el momento. Tal vez en Redención podamos conseguir personal adecuado.

Era una falsa esperanza. ¿Cuántas cocineras podía haber en una población de dos manzanas?

Victoria estaba pensando lo mismo.

-Me tomé la libertad de comprar un libro de recetas -dijo-. No parecen muy difíciles.

Mientras discutían los problemas con que podían tropezar, elaboraron la lista de cosas a comprar en Cincinnati. Ya era casi medianoche cuando Victoria volvió a su cuarto, tras ofrecer su ayuda para llevar a los niños a desayunar, cuando llegara la mañana.

Taylor estaba demasiado nerviosa para dormir. Su mente se empeñaba en recordar a los hermanos Border. Aunque no era vengativa, se sentía en la obligación de poner fin a ese negocio. A menos que se hiciera algo, habría otros niños en peligro.

Por fin se le ocurrió un plan que parecía adecuado. Pocos minutos después entró Lucas. La encontró sentada ante el escritorio, escribiendo con diligencia. Concentrada como estaba en su tarea, apenas le dedicó una mirada. Puesto que no le prestaba ninguna atención, Lucas pudo observarla sin peligro. Ella lo hacía sentir limpio; sonrió al comprenderlo, aunque no fuera razonable. No importaba. Venía de la peor mugre de la ciudad. Del infierno. El infierno debía ser, sin duda, como la zona en la que había estado. Y ver a los hermanos Border en su asqueroso alojamiento era como ver a un par de demonios.

Ahora Lucas se sentía como si hubiera recorrido todo el camino hasta el cielo. Taylor. Con sus rizos de oro y sus fantásticos ojos azules. Caray, si le gustaba hasta su entrecejo.

La deseaba tanto que estaba temblando, pero optó por darse un baño. Cuando volvió a la habitación principal, ella aún estaba entregada a su tarea.

Y él aún la deseaba. Enumeró al menos diez buenos motivos para dejarla en paz por esa noche. El último era el menos atendible: ya era medianoche pasada y ella estaba exhausta. Necesitaba dormir.

No importaba. Cuando cruzó la habitación sabía lo que iba a suceder. Ahora lo único que le interesaba era obtener la colaboración de su esposa.

-¿Qué estás haciendo? -preguntó. Ella dejó la pluma para mirarlo.

-Acabo de redactar un anuncio. Ofrezco cinco mil dólares por cualquier información que conduzca al arresto y a la condena de Billie y Cyrus Border. ¿Te parece que debería ofrecer más?

El movió la cabeza en un gesto negativo.

-Sus amigos los venderían por mucho menos.

-Es lo que yo pensé. Voy a depositar el dinero en un banco de esta ciudad y a designar a un funcionario para que se encargue de pagar la recompensa. Tengo la esperanza de que eso obligue a los hermanos a pasarse el resto de su vida huyendo.

-Ya no molestarán a nadie más. Ella se levantó de un brinco.

-¿Qué ha pasado?

Lucas se encogió de hombros. Los Border habían muerto, pero no se lo dijo para no ponerla nerviosa. Siendo una mujer tan suave, no podía comprender. El enfrentamiento había sido limpio; Lucas cuidó de eso. Al final, viendo que Cyrus iba a matar a Hunter por la espalda, él lo liquidó, mientras su amigo se encargaba de Billie. Habría podido matarlo a sangre fría, pero no lo hizo: esperó a que Billie desenfundara; sólo entonces atravesó de un balazo el negro corazón de ese mal nacido.

Pero ya no quería hablar de esos gusanos ni seguir pensando en ellos.

-Se han ido -dijo. -¿Abandonaron la ciudad?

Tuvo que pensarlo durante unos instantes. En cierto modo la habían abandonado. Sus almas ya debían de estar en el infierno y sus cuerpos comenzaban a pudrirse allí donde Hunter los había enterrado, fuera donde fuese.

-Se podría decir que sí. Ella puso los brazos en jarras.

-Cuéntame exactamente qué ha sucedido esta noche -exigió.

-Hunter y yo nos encargamos de ese asunto. No necesitas saber más, Taylor. ¿Estás fatigada?

-No, pero...

-Me alegro. Ahora ven a la cama.

La tomó por la mano para llevarla a la alcoba. Iba descalzo y sin camisa.

Su espalda, ancha y sin marcas, estaba profundamente bronceada. Ella adivinó que sería cálida al tacto, pero trató de apartar esa idea. Comenzaba a sentirse sofocada. Él se detuvo

junto a la cama y se volvió a mirarla. Tenía los pantalones desabotonados. Por la abertura asomaba el vello oscuro y rizado.

Taylor, ya ruborizada, dijo lo primero que le vino a la mente.

-No debes ir de ese modo por ahí. Puedes resfriarte. ¿No tienes frío?

Él alargó la mano hacia el cinturón de su bata. -No, todo lo contrario. Tengo calor.

Ella se dejó quitar la bata. El modo en que la miraba la hacía arder por dentro.

-Debes de estar exhausto -balbuceó. Lucas negó con la cabeza.

-En absoluto.

Ella lo miró frunciendo las cejas.

-Si yo no estoy cansada y tú tampoco, ¿por qué venimos a la cama?

Él dejó que descubriera la respuesta por sí sola y fue a correr la cortina. La alcoba se convirtió en un abrigado capullo.

Taylor se sentó en el borde de la cama para quitarse las pantuflas y volvió a levantarse. Quería ver cómo estaban los niños. Cuando pasó junto a Lucas, él la detuvo.

-Ya he ido a verlos -le aseguró-. Las gemelas se han metido en la cama del niño. Duermen profundamente.

Ella asintió con la cabeza y giró para acostarse. Después de ahuecar la almohada y subir los cobertores, lo miró con una sonrisa.

Él se acostó a su lado.

-Te has olvidado de apagar la luz-susurró Taylor.

-No me he olvidado.

Quería ver su pasión. Quería mirarla a los ojos cuando encontrara satisfacción. Pero no le parecía buena idea decirle la verdad; era demasiado asustadiza. Por la manera en que se retorcía las manos se notaba lo nerviosa que estaba.

Lucas se inclinó para besarla pero ella apartó la cara. -¿Te acuerdas de esa primera noche, en el baile de Londres?

La pregunta lo tomó por sorpresa. Se echó hacia atrás.

-Lo recuerdo, sí. Ese día nos casamos.

-Durante la fiesta, tu medio hermano te dijo que había tenido relaciones íntimas conmigo. ¿Recuerdas cómo se ufanó?

Lucas arrugó el entrecejo. No se explicaba por qué sacaba a relucir ese tema. Lo mejor era ver a dónde quería llegar.

-Lo recuerdo, sí.

Ella se volvió a mirarlo.

-No era cierto -susurró-. Él nunca me tocó. Nunca me ha tocado un hombre. Me pareció que debías saberlo.

La sonrisa de Lucas se llenó de ternura. Conque trataba de decirle que era virgen. Y por su manera de ruborizarse, era obvio que el tema le resultaba horriblemente embarazoso.

-Ya lo sabía -aseguró.

-Oh... -murmuró ella, con un largo suspiro. Lucas le rodeó la cintura con un brazo y se inclinó para mordisquearle un lóbulo.

-¿Qué hace usted, señor Ross?

-Complicar las cosas.

Se echó a reír y fue depositando besos húmedos a lo largo de su cuello. Taylor apenas podía respirar. Movió la cabeza hacia un lado, para darle más fácil acceso, aun pensando que era mejor interrumpir inmediatamente esa tontería. Aquello no tenía nada divertido. Si él le hacía el amor, las cosas se complicarían de verdad. Ya no se podría anular el casamiento, ¿verdad? ¿Y ella quería anularlo, en realidad? ¿No era mejor un divorcio? Oh, Dios, todo estaba ya muy complicado.

La verdad le dio en pleno rostro: era ella quien estaba complicando las cosas, no Lucas, y todo porque se estaba enamorando de él.

Se sintió completamente disgustada consigo misma. ¿Aún no había aprendido la lección? ¿Haría falta que le rompieran nuevamente el corazón para que entendiera definitivamente las cosas? No se podía confiar en los hombres. "Salvo en Lucas", susurraba

una voz, en su interior. En él se podía confiar. Pero ¿qué importaba? ¿Y cómo podía enamorarse de un hombre que parecía sentir náuseas con sólo recordar que estaba casado con ella?

Taylor rodó en la cama para enfrentarse a Lucas. Quería decirle que mantuviera las manos quietas y que la dejara en paz. No lo deseaba ni lo necesitaba. Si lo decía con suficiente autoridad y sentimiento, tal vez lograra convencerse de que era verdad.

-¿Señor Ross?

Él le encerró el mentón en una mano para levantarle la cara. Su boca rondaba sobre la de ella.

-¿Sí? -preguntó, con voz tan ronca como papel dé lija.

De pronto Taylor deseó que la besara. "Sólo un beso", se dijo. Luego le ordenaría que la dejara en paz. -Sólo uno -susurró.

Él le rozó la boca con los labios. -¿Un qué?

Ella lo olvidó. Era culpa de Lucas, por tener ojos tan bellos. Cuando la miraba con tal apasionamient$_o$ la dejaba sin ideas, incapaz de hacer otra cosa que sostenerle la mirada.

Deseaba que la besara. Eso la llevó a recordar. -Un solo beso -balbuceó, antes de olvidarlo de nuevo.

Él presionó para acostarla de espaldas. Luego la cubrió con su cuerpo, apoyándose en los codos para no aplastarla, y la miró a los ojos.

-¿Y luego? -preguntó.

-¿Y luego, qué?

Le costaba concentrarse. A él le pareció una buena reacción. Sabía que la estaba conmocionando. Por la manera en que se ruborizaba debía de percibir su erección contra el cuerpo. Descansó entre sus muslos. El camisón se le había enroscado alrededor de las caderas. Taylor trató de bajarlo sin dejar de mantenerse completamente quieta. Oh, sí, claro que lo percibía, puesto que él podía percibir su calor. Eso lo excitó aun más, hasta que el dolor se mezcló con el deseo, haciéndolo palpitar por la necesidad de entrar en ella.

-Sólo un beso -susurró ella-. Y después...

La boca de Lucas acalló esa explicación. Dura y caliente, tan dura y caliente como el resto de él. Su lengua la invadió. Ella lanzó un gemido grave y le echó los brazos a la cintura, clavándole las uñas en el borde de los pantalones. Él gruñó. A Taylor le pareció un sonido muy excitante.

Le gustaba todo de él: su olor, su sabor, el contacto de su piel caliente. Era tan fuerte que habría podido aplastarla, pero siempre la tocaba con increíble suavidad. Sabía dominar su fuerza. Su poder la rodeaba, la reconfortaba.

La cortejó con la boca, con la lengua y con las manos. La acarició hasta enloquecerla, hasta hacerle sentir que era lo más precioso del mundo. La hizo sentir caprichosa y deseable. Y poderosa, puesto que él reaccionaba a cada toque suyo. Taylor descubrió que podía hacerlo gemir con sólo rozarle los hombros con la punta de los dedos. Cuando se movía contra él, Lucas acentuaba el beso y la estrechaba contra sí.

Y nunca era bastante. Él le apartó las manos de su espalda, pero sólo durante uno o dos segundos, para tironear de las mangas de su camisón. Luego le exigió, con un murmullo ronco, que volviera a abrazarlo. Apartó los labios. Antes de que ella pudiera protestar, la estaba besando otra vez. ¿Por qué la provocaba así? Taylor quería que ese beso no acabara nunca. Cuando él se despegó, por fin, la dejó sofocada y buscándolo.

Lucas estaba más o menos en las mismas condiciones. Parecía haber subido corriendo por la ladera de una montaña.

Ella creía estar flotando en un charco de sol. No lograba recordar una sola preocupación. El deseo la tornaba felizmente despreocupada y era obra de Lucas. Con un beso le había llenado la mente de mariposas.

Y aún no había terminado de cortejarla. Trazó un camino de besos por su cuello, deteniéndose en el pulso que latía frenéticamente en la base de la garganta, y bajó más aún. Ella dejó escapar un suspiro satisfecho y cerró los ojos.

Lucas estaba decidido a ir sin prisa. Quería saborear el orgasmo simultáneo, pero sobre todas las cosas no debía asustarla. Le había quitado el camisón, pero se había dejado los pantalones puestos. Se preguntó cuánto tardaría Taylor en notar que estaba desnuda. Rogó porque fuera lo más tarde posible. Quería que el deseo la dominara tanto como a él. Podía detenerse si ella se lo pedía, pero prefería no pensar siquiera en esa posibilidad. Ya estaba ardiendo; no deseaba otra cosa que sentirse estrujado en ella, cuando le vertiera su simiente. Llevaba semanas imaginándola cálida, estrecha y mojada.

Dejó escapar un grave gemido de expectativa. Nunca había tocado una piel tan suave. Quería saborear cada centímetro de esa mujer. Y su perfume era paradisíaco. Ocultó la cara en el hueco de su cuello para inhalar su dulce fragancia, mientras descendía poco a poco hacia ella.

Le cubrió los pechos con el torso. Ella ahogó una exclamación de puro placer y le echó los brazos al cuello para acercarlo más. La densa mata de vello oscuro que le cubría el pecho era una cosquilla provocativa contra sus senos. El calor de su piel hizo que se le endurecieran los pezones. Esas sensaciones eróticas la abrumaban. Se movió contra su esposo, inquieta, deseando de él algo que aliviara la pesadez de sus pechos.

Y Lucas parecía saber lo que ella deseaba. Sus manos descendieron desde los hombros para acariciarle los senos. Los cubrió con las palmas y frotó suavemente los pezones sensibilizados con la yema del pulgar.

Ella dejó escapar un leve grito y le clavó las uñas en los omóplatos. Él gruñó como respuesta a ese dolor placentero; luego descendió a lo largo de ese dulce cuerpo, para acariciarla con la boca. Besó el valle entre los pechos con amorosa atención. Su piel era tan sensible que la barba crecida durante el día la irritaba, pero era una sensación increíble, como si se estuviera desprendiendo de la cama. Arqueó el cuerpo hacia arriba, suplicándole sin palabras que no interrumpiera el tormento.

No parecía posible sentir más placer. Sin embargo, cuando él le cubrió un pezón con la boca y comenzó a succionar, Taylor olvidó hasta la respiración. El placer era tan intenso que la consumía. En el momento en que tuvo la certeza de morir en ese éxtasis, él se apartó.

Se había puesto de pie al costado de la cama. Se miraron en silencio durante largos instantes. Lucas saboreó la pasión de sus ojos, cuyo azul se había tornado brumoso. Le vio los labios hinchados y la piel enrojecida. Por Dios, era la mujer más sensual del mundo. Su acoplamiento sería bueno, de un modo u otro, pero él exigía la perfección. Para ella. Sólo para ella. Debía desearlo tanto como la deseaba él. Como nunca antes había llevado a una virgen a su lecho, no estaba seguro del tiempo que necesitaba para hacerla sentir lo mismo. Estaba decidido a hacer que ella ardiera de ansias de satisfacción, percibiendo toda la intensidad. La deseaba con locura.

Se preguntó si tendría fuerza y resistencia suficientes para contenerse hasta que ella estuviera preparada. Le temblaban las manos cuando, con movimientos convulsos, desabotonó bruscamente sus pantalones para quitárselos.

Taylor no podía apartar la vista de su rostro. Sus ojos, que ardían como brasas, pusieron en su corazón un palpitar descabellado. Cada fibra de su cuerpo respondía a él. El aire nocturno le heló la piel, pero ese nudo caliente que tenía adentro se le estaba extendiendo por el vientre hacia abajo, hasta llegar al centro mismo de su feminidad. No tenía nada que la cubriera, ni camisón ni manta. Habría debido sentir pudor, pero no era así. Tendida de espaldas sobre las sábanas arrugadas, miraba a su marido sin timidez alguna.

Lo desconocido la asustaba, sí, y por ese motivo no quiso mirar por debajo de su barbilla. En otra ocasión había visto desnudo a Lucas, pero sólo desde atrás.

La curiosidad se impuso: bajó lentamente la mirada hasta su cintura. Vio brotar el vello oscuro de los pantalones abiertos, pero en ese momento él se agachó para quitarse la prenda, bloqueándole la visión.

Un momento después la cubría de nuevo. Ella trató de mantener las piernas juntas, pero Lucas no se lo permitió. Usó la rodilla como cuña entre sus muslos y, antes de que ella pudiera apartarse, descendió, estrechándola con fuerza, apretándole íntimamente ese bulto duro contra la pelvis. El placer se trabó en lucha con el miedo. Parecía enorme contra ella. Se

le secó la boca. Se puso tensa, intimidada, y apretó los puños a los costados. Con los ojos cerrados con fuerza, quedó a la espera del inevitable dolor.

Pasó todo un minuto sin que él se moviera. El calor de su cuerpo empezaba a relajarla. Taylor volvió a respirar y abrió los ojos.

Lucas se alzó sobre los codos para mirarla, apretando los dientes para contener la increíble oleada de placer que le causaba apretarse a ella.

Taylor sólo vio la ternura de sus ojos. Súbitamente tanta suavidad la abrumó. Levantó una mano para acariciarle la mejilla. Él se recostó contra su palma y giró la cabeza para besársela. El estremecimiento de deseo la tomó por sorpresa. Quería que él volviera a besarla con fuerza, en la boca. Que usara la lengua. Que...

-Puedes...

Hizo el pedido en un susurro, mirándolo a los ojos, a la espera de que él comprendiera. Lucas se inclinó para besarla en la frente.

-¿Puedo qué? -preguntó. Su voz sonó tan ronca ' como el ruido de las hojas aplastadas. Era muy excitante. -Puedes besarme otra vez-explicó ella, sofocada. Él bajó la boca hacia la suya y Taylor entreabrió los labios, dejando que su lengua la invadiera para saborear, para dar. Le apoyó las manos en la nuca, deslizando los dedos por entre el peló sedoso. No quería apartarse de él. Le buscó la lengua con una audacia que los sorprendió a ambos. Luego el beso adquirió una urgencia que los dejó a los dos deseando desesperadamente más.

Lucas deslizó las manos entre ambos cuerpos para acariciarle los pechos; luego descendió, describiendo un círculo en torno del ombligo. Instintivamente Taylor se apretó contra su esposo.

El cambió de posición, sin dejar de besarla, y siguió bajando la mano hasta hallar lo que más deseaba. Sus dedos se hundieron entre el vello suave y rizado de la entrepierna. Después de acariciar los suaves pétalos que protegían la virginidad, tocó el centro mismo del deseo, sabiendo que eso la enloquecería.

Ella habría querido gritar de placer, pero ya no tenía fuerzas. En cambio dejó escapar un leve gemido. Sin poder contenerse, se movió eróticamente contra la mano de Lucas. Esos dedos eran mágicos.

El rítmico movimiento de la caricia la tornó alocada, caprichosa. Se arqueó contra él, exigiendo más. Le rozó los hombros con las uñas, gimiendo su nombre.

Esa reacción desinhibida hizo que él perdiera su propio dominio. Sus actos se tornaron más recios y decididos. La sujetó por la cabellera, echándole la cabeza atrás, y le selló los labios con los suyos, hundiéndole la lengua en la boca en el mismo instante en que hundía el dedo en su vaina apretada. La sintió mojada y eso lo enloqueció. Ella gritó contra su boca. Lucas comprendió que le estaba haciendo daño.

Sacó el dedo, tratando de calmarla con otro beso aturdidor. Antes de que ella pudiera prever sus intenciones, reemplazó los dedos por la boca para besarla allí, acariciándola con la lengua y los labios. Su sabor lo embriagaba. Ella se retorció buscándolo, aun mientras le rogaba que interrumpiera esa bendita tortura.

Sin dejarse persuadir, él usó la lengua para incitarla a la pasión; sólo cuando la tuvo temblando, ardorosa, suplicante, la hizo por fin completamente suya.

Se arrodilló entre sus muslos, pero sin penetrar de inmediato. Le tomó las manos para apoyarlas contra su rígida vara. Ella dejó escapar un gemido grave. El sonido gutural y profundo que Lucas emitía desde el fondo de la garganta, lleno de crudo gozo, le hizo sentir el vértigo del placer. Lo acarició, lo estrujó. Rozó con el dedo la punta misma. Al percibir la humedad que allí había, se inclinó para probarla con la boca. En ese momento él estuvo a punto de desahogarse. La lengua de Taylor lamió el extremo de su erección; sus labios suaves y dulces lo rodearon. Comenzó a succionar. Lucas perdió por completo la compostura. No quería terminar en su boca. Esa vez no. Antes debía darle satisfacción, aunque la espera lo matara.

Sus movimientos se hicieron más bruscos, menos controlados. La empujó contra el colchón, levantándole las caderas frente a sus muslos. Cuando estaba a punto de poseerla, exigió que lo mirara.

-Ahora somos una familia, Taylor. Tú eres mi familia. ¿Comprendes?

Ella lo rodeó con los brazos, atrayéndolo hacia sí. -Hazme el amor, Lucas, por favor -susurró. Él aún vacilaba.

- Comprendo -dijo ella.

-Voy a hacerte daño. Lo siento, pequeña. Lo siento. Entonces la besó largamente, en tanto intentaba penetrar con suavidad en esa vaina cerrada. Fue un tormento. Quería actuar con delicadeza y no podía. Su cuerpo exigía satisfacción y no había manera de luchar contra ese instinto primitivo. La autorización de Taylor lo había puesto fuera de control. Pujó profundamente, rompiendo la barrera virginal con una sola embestida; plantándose sólidamente dentro de ella, mientras ahogaba su grito con la boca. Aunque no habría parecido posible, penetró más a fondo.

Estaba rodeado por ella, acariciado por su increíble estrechez, invadido por un placer tan intenso que temió morir.

Taylor sintió un dolor quemante y quedó convencida de que Lucas acababa de desgarrarla. Dolía tanto que se echó a llorar. Sin embargo, en el curso de un segundo el dolor comenzó a disminuir, hasta convertirse en una sorda molestia. Cuando Lucas se inclinó para enjugarle las lágrimas a besos, susurrándole dulces mentiras sobre lo hermosa que era, el sufrimiento quedó casi olvidado.

Él quería darle tiempo para adaptarse, pero la decisión de contenerse duró apenas unos segundos. Taylor se movió contra él, inquieta, y comenzó a acariciarle los hombros. Él se meció contra su cuerpo, invadido por oleadas de sensaciones. Se retiró lentamente para volver a pujar. Esos movimientos rítmicos se hicieron más potentes, más rápidos. Cada vez que se hundía nuevamente en ella era mejor que la vez anterior. Perdió la noción de todo, salvo de su satisfacción y la de ella. Taylor le había ceñido los brazos al cuello. Él le alzó las piernas para que lo sujetara por las caderas.

Entonces ella empezó a acompañar sus movimientos. Se arqueaba hacia arriba cuando él se retiraba, hasta que el rito se tornó salvaje, maravilloso, lleno de exaltación. Se movían en perfecta armonía. A cada embate él se tornaba más pleno, más duro. Sabía que estaba a punto de alcanzar la culminación y quería que ella lo acompañara. Introdujo una mano entre los dos cuerpos unidos para sobar el nudo escondido entre los pliegues aterciopelados, hasta que ella se enroscó a su alrededor, llamándolo, sacudida por estremecimientos. Entonó su nombre en las convulsiones del orgasmo, y sólo entonces se permitió Lucas alcanzar el propio, pujando hacia adelante una vez más para verter su semilla caliente.

El éxtasis fue tan fulgurante que él creyó haber muerto y llegado al paraíso. Dejó caer la cabeza contra el cuello de Taylor y lanzó un grave gemido. El corazón le palpitaba con fuerza dentro del pecho; aspiró hondo varias veces. Se sentía débil y poderoso, todo a la vez. La contradicción no tenía sentido. No era necesario, pues la realidad demostraba ser mucho mejor que todas sus fantasías anteriores.

Ella le había brindado la perfección.

Taylor tuvo la sensación de haber llegado a las estrellas y estar descendiendo nuevamente hacia la tierra, en un suave flotar. Nunca había imaginado que semejante pasión fuera posible. La abrumaba, la consumía. Se aferró a su esposo, sintiéndose a salvo y protegida en sus brazos fuertes, hasta que su corazón dejo de latir de esa manera errática y le permitió tomar aliento.

Quedaron largo rato abrazados, satisfechos y exhaustos, escuchando cada uno el corazón del otro. Lucas fue el primero en recobrar las fuerzas suficientes para moverse; emitiendo un gruñido gemebundo, se dejó caer a un lado. Pero no se decidía a soltarla, de modo que la llevó consigo. No podía dejar de mirarla; era tan hermosa... Sus ojos cerrados tenían pestañas increíblemente largas. Hasta entonces no lo había notado, encantado como estaba por sus ojos tan azules. Su cutis era impecable, con un adorable tono dorado. No tenía defecto alguno, se dijo Lucas. Volvió su atención a los labios carnosos, que sabían enloquecerlo. Frotó con el pulgar esa textura sedosa y le inclinó la cabeza hacia atrás para besarla, para saborear una vez más esa blandura.

Cuando se apartó, Taylor abrió los ojos para mirarlo, conmovida por tanta suavidad. Las lágrimas amenazaban con derramársele por las mejillas. El acto conyugal que acababan de compartir, ¿habría sido igualmente maravilloso y abrumador para él?

La Señora había dicho que eso era como lo que hacían los animales en celo y ella le había creído. Ahora comprendía la verdad. No era eso en absoluto. Hacer el amor con Lucas había sido una experiencia pura, gozosa y plena, sin duda la más extraordinaria de su vida. Atesoraría siempre ese recuerdo.

Él vio sus lágrimas y se alarmó de inmediato.

-No he podido evitar el hacerte daño, querida. ¿Te duele ahora?

Ella negó con la cabeza y lo estrechó contra sí, cerrando los ojos.

-Ha sido hermoso -susurró.

Él la abrazó con fuerza, arrogantemente satisfecho por esa admisión.

-¿Verdad que sí? -Se le escapó un fuerte bostezo-. Ha sido perfecto.

Pocos minutos después se quedó dormido con una sonrisa en la cara.

Taylor tardó mucho más en aflojar el cuerpo. El esplendor se borraba con lentitud, pero al fin volvió la realidad. Y con ella, nuevas preocupaciones, unas sobre otras. En el fondo de todos sus miedos estaba la simple conciencia de estar enamorada de su esposo. Ahora era vulnerable y eso la aterrorizaba. Tres valiosos niños dependían de ella. No podía permitir que el corazón gobernara sus actos.

Debía ser fuerte. Se lo repitió una y otra vez, mientras abandonaba la cama para ir a lavarse. Cuando volvió al lecho, permaneció cerca del borde, para no tocar a Lucas. Habría querido abrazarlo, no soltarlo nunca más, pero luchó contra el impulso. ¡Cuánto le habría gustado contar con su apoyo, poder compartir con él siquiera una parte de su carga! No tenía la menor idea de cómo arreglárselas para ser una buena madre. Carecía de la habilidad necesaria; al menos, eso creía, pues nunca había tenido un bebé en los brazos. Su experiencia se limitaba a la especulación; la aterrorizaba la posibilidad de cometer un error espantoso, que arruinara la vida a las niñas. Y a David Daniel. Él necesitaba más que las simples comodidades. Necesitaba que alguien lo ayudara a valorarse a sí mismo. ¿Podría ella fortalecer su autoestima? Ni siquiera sabía cómo.

Oh, sí, quería apoyarse en Lucas, tomar en préstamo una parte de su fuerza. Pero no se atrevía. ¡Qué fácil habría sido permitir que él se hiciera cargo de todos! Lucas era demasiado noble como para volver la espalda a su esposa y a los niños. Pero no habría sido justo pedírselo. A él no le gustaba el matrimonio y nunca había querido una familia. Era un solitario y así prefería vivir. Además, ya había hecho demasiado. En vez de abandonarla en cuanto llegaron a Boston, se había quedado a buscar a sus sobrinas, sin darse por vencido. Cualquier otro hombre se habría librado del problema endosándoselo a las autoridades. Lucas se había comportado con una nobleza de príncipe. A Taylor no le parecía honorable seguir dependiendo de él. Tenía que bastarse sola. Los niños eran responsabilidad de ella, sólo de ella.

¿Se equivocaba al desear vivir cerca de él? Redención. Hasta el nombre significaba para ella un refugio seguro. Y Lucas Ross se había convertido en su red de seguridad. No quería hacerlo caer en la trampa, por supuesto. Pero los niños estaban antes que nada. Y si ellos necesitaban algo, si surgían problemas difíciles de resolver, Taylor quería tenerlo cerca para buscar su ayuda. No le impediría adentrarse por sus montañas. No era tan raro que los montañeses dejaran atrás a una esposa. Daniel Boone siempre se alejaba de la suya, a veces durante años enteros. Según los relatos, ella nunca se quejó y, por el número de hijos que tuvo, era de suponer que Daniel volvía a su casa de vez en cuando.

Divorcio. La palabra le dejaba un gusto agrio en la boca. Daniel Boone había dejado a su esposa en casa, pero siempre volvía al hogar. Él quería una esposa.

Lucas no. Taylor cerró los ojos, tratando de no llorar. Su Príncipe Azul merecía ser libre.

Lucas despertó otra vez sobre ella. Faltaba poco para el amanecer y era la hora en que solía despertar, pero esa mañana le costaba despejar la cabeza. Parecía estar en medio de un sueño erótico. Soñaba que hociqueaba el cuello de Taylor y se frotaba contra ella; lo quedaba mayor realidad a ese sueño era el contacto con su piel cálida. Ella no tenía puesta prenda

alguna. Tampoco él. Le cubrió los pechos con las manos. Sus pezones eran perlas duras. Se escurrió hacia abajo para encerrar uno en la boca. Ella dejó escapar un leve gemido y comenzó a moverse contra él, inquieta. Ambos tenían las piernas entrecruzadas. Lucas cambió de posición, para poder besarle el otro pecho; mientras succionaba, sus manos trazaron un sendero hacia abajo, abarcando la estrecha cintura, el vientre plano, la piel sedosa contra los dedos. La mano de Lucas descendió aun más. Acarició la curva de la cadera y la cara exterior del muslo. Luego ascendió en una trayectoria ardiente por la cara interior, hasta rozar el vello rizado y húmedo en el vértice de los muslos. La acarició con la punta de los dedos, describiendo círculos y más círculos en torno del nudo de su deseo, hasta que la sintió gemir y retorcerse contra él. Cuando por fin empezó a acariciar el punto exacto que la volvería loca, ella se arqueó hacia arriba con una exclamación de placer. Lucas no interrumpió ese dulce tormento sino cuando la tuvo húmeda de deseo y suplicante.

No estaba seguro de que ella hubiera despertado por completo. No importaba. Ella tocó su erección al recibirlo entre las piernas, haciéndolo arder por la necesidad de sentirse estrujado entre esas paredes tensas. La envolvió en sus brazos, le cubrió la boca con la suya y pujó profundamente hacia sus entrañas. No actuó con suavidad. Sólo al encontrarse bien dentro de ella, invadido de un placer intenso y palpitante, cayó en la cuenta de que le estaba haciendo daño. Estaba demasiado arrebatado de pasión como para interpretar mensajes sutiles.

Y ella no fue sutil. Le pellizcó el hombro y le dijo que dolía. El aquietó de inmediato sus movimientos. Cuando Taylor trató de separarse, él apretó los dientes para resistir el increíble placer que, sin darse cuenta, acababa de causarle. No se decidía a dejarla, pero era preciso. ¿Cómo podía actuar así? Era lógico que ella estuviera dolorida. Hacía apenas unas horas que había perdido la virginidad.

Aspiró hondo, obligándose a recuperar algo de fuerza física y mental, y quiso apartarse. Ella interrumpió esa retirada rodeándole las caderas con las piernas.

Lucas dejó caer la cabeza contra su hombro. -Si quieres que te deje en paz, tendrás que soltarme.

Dadas las circunstancias, esa explicación le parecía muy noble y lógica. La respuesta de Taylor fue rodearle el cuello con los brazos y besarle el lóbulo de la oreja.

-Lucas -susurró, como una hechicera. Le rozó el hombro con la mano. Sabía que le estaba dando señales confusas, pero lo importante era su certeza de que él haría lo que ella pidiera. Aún sentía el dolor de su invasión, pero también placer. Y estaba segura de que pronto, con sus besos y caricias, el dolor quedaría olvidado.

-No quiero que me dejes -susurró- Sólo quiero... quiero...

Él se movió dentro de ella. Un embate lento, largo. Taylor emitió un suspiro.

-¿Esto?-preguntó Lucas.

-Sí.

Le cubrió la boca en un beso largo y aturdidor, decidido a actuar con lentitud y con suavidad, aunque muriera en el intento.

Su promesa duró apenas uno o dos minutos. Una vez que empezó nuevamente a moverse dentro de ella, Taylor apuró el paso. El dolor quedó olvidado, reemplazado por un placer tan increíble que su corazón parecía a punto de detenerse, dándole la más dulce de las muertes.

No era una amante pasiva. Lo desinhibido de sus reacciones conmovió a Lucas. Su boca era tan salvaje como la de él; sus caricias tenían la misma curiosidad amorosa. Encontró su satisfacción antes que él, tensándose a su alrededor, pronunciando su nombre; entonces Lucas se permitió el alivio. Se estrecharon con fuerza, consumidos por los estremecimientos de la pasión. Él se derrumbó sobre su cuerpo. El aire, a su alrededor, se cargó con los efluvios del amor, aturdiendo a Lucas, que aún estaba hundido en ella. No se decidía aún a apartarse. Sabía que su obligación era abandonar la cama, como correspondía a un caballero, y traerle un paño mojado en agua fresca. Era deber de un buen esposo desempeñar el papel de criada.

"Sólo un minuto más", se dijo. "Luego me levantaré. Sólo un minuto más..."

Un segundo después roncaba como un bendito. Taylor estaba demasiado satisfecha para moverse. Sabía que era preciso levantarse, limpiarse con un paño mojado y cambiarse el

camisón. No sabía a qué hora despertarían las gemelas o David Daniel; no era cuestión de que la sorprendieran en la cama con Lucas, sin una hilacha encima. No quería pensar en una posibilidad tan mortificante. Se levantaría, sí. Dentro de un minuto. Se acurrucó contra su marido, dejando escapar un fuerte bostezo. Dentro de un minuto...

15

La passion, ya veo, es contagiosa.
William Shakespeare
Julio Cesar

-Mamá está desnuda.

Taylor se incorporó como un rayo al oír que una de las gemelas hacía ese anunció. Debía de ser Georgie, la más extravertida de las pequeñas.

Luego oyó la voz grave de Hunter.

-¿De veras?

Habría querido morir. Con un gemido grave, tironeó de la sábana para cubrirse los pechos. Lucas, que estaba durmiendo boca abajo, se puso de costado al oír la conversación en el cuarto vecino y echó un vistazo hacia la arcada. Gracias a Dios, las cortinas seguían corridas.

-El hombre también está desnudo.

Era Allie quien hacía ese importante anuncio. Obviamente, no quería quedar al margen.

Hunter se echó a reír.

-Ya era hora -comentó, levantando deliberadamente la voz para que su amigo lo oyera.

A Taylor le ardía la cara de bochorno. Lucas no le atrevió a sonreír. Ella le arrojó una mirada fulminante, como si lo culpara por -esa embarazosa situación. No parecía que echarse a reír fuera una respuesta adecuada. No haría sino enfadarla más. Bostezó para darle a entender que todo aquello no lo preocupaba y alargó una mano para deslizarle los: dedos por la columna.

Ella trató de abandonar la cama. Lucas la sujetó por la cintura para atraerla hacia sí.

-Ponte los pantalones -imploró Taylor-. Oh, Dios, ¿con qué cara voy a mirar ahora a Hunter? -Vamos por partes -insistió él, rodando hasta quedar sobre ella. Sonrió al sentir ese grato contacto y le dio un beso.

Ella se debatió, pero sólo por unos segundos; luego le echó los brazos al cuello y respondió a su beso. Luego lo soltó de mala gana. Esa reacción complació tanto a Lucas que volvió a besarla. Por fin abandonó la cama para ponerse los pantalones y pasó al otro cuarto, a fin de ver qué quería Hunter. Por la potencia del sol que atravesaba a torrentes las ventanas, calculó que eran casi las ocho.

-El chico me abrió -explicó Hunter, antes de que Lucas pudiera preguntar nada. Estaba sentado en el diván, lleno de paciencia, dejando que las niñas treparan por él-. Antes de abrir preguntó quién llamaba -agregó, en tono de alabanza-. Es astuto.

-¿Dónde está? -preguntó Lucas.

-Ha venido a vestirse. Estas dos necesitan un poco de ayuda. ¿Taylor ya está despierta?

Lucas asintió. Su amigo sonrió de oreja a oreja.

-Hoy tienes cara de hombre casado.

-¿Has ido a ver cómo está Victoria? -preguntó Lucas, cambiando de tema adrede.

A Hunter se le agrió inmediatamente el humor al oír mencionar a esa mujer. Su expresión era irritada. -Lo he intentado. De veras, Lucas. Y te lo diré sin rodeos: no quiero acercarme a ella nunca más. Uno tiene sus límites.

El otro disimuló la sonrisa. -¿Qué ha pasado esta vez?

-Abrió la puerta, empezó a sentir náuseas y me la 'cerró en la cara. ¿Qué diablos le pasa?

Allie estaba saltando en el sofá, tan alto que Lucas temió verla estrellarse contra una de las ventanas. La atrapó en sus brazos y, después de ordenarle que se portara bien, trató de dejarla en el suelo. Ella tenía otras ideas: se retorció entre sus brazos hasta darse vuelta y se

aferró de él. Lucas la apoyó contra su pecho y se volvió hacia su amigo. No obstante, Georgie no estaba dispuesta a que la ignoraran, de modo que se escurrió del regazo de Hunter para correr hacia Lucas, estirando los bracitos con una orden bastante imperiosa:

-¿Y yo?

Él la levantó con el otro brazo. Allie había empezado a tironearle del vello del pecho y tuvo que regañarla. Georgie, fascinada por la barba incipiente de su mandíbula, le frotó la mejilla con los dedos, chillando de placer.

-Tienes esa cara -dijo Lucas a su amigo.

-¿Qué cara?

-Como si tuvieras algo que decir. Hunter asintió.

-Esta mañana me encontré con un par de cazadores de recompensas. Tenían una noticia interesante: han visto a Caulder en las afueras de Kansas City. Reunieron un grupo para perseguirlo, pero escapó.

-¿De qué estás hablando? ¿Un grupo para perseguirlo? Cuando me embarqué hacia Inglaterra, Caulder había sido ascendido otra vez. ¿Y ahora me dices que se lo busca? ¿Qué diablos pasó durante mi ausencia?

Lucas siempre estaba bien enterado de todo lo referido al cretino a quien pensaba matar. Si lo había dejado vivir hasta entonces, era sólo por el oro robado: tenía la esperanza de que Caulder lo condujera hasta esa fortuna. El oro era la prueba que necesitaba para persuadir a las autoridades. El mundo entero debía saber lo que Caulder había hecho con seis hombres honrados. Casi todo el dinero acumulado se le había ido ya en pagar para que vigilaran a Caulder cuando él no podía hacerlo: Pero su paciencia ya estaba agotada; antes de embarcarse hacia Inglaterra había decidido que, a su regresa, perseguiría a ese hombre para matarlo como al animal que era. ¡Al diablo con las pruebas!

-Por lo que imagino, ese alto funcionaria con quien hablaste debe de haberte creído:

¿Travis?

-Le dijiste lo del oro, ¿verdad? -Sí.

Me comentaste que no era mala persona -le recordó Hunter.

Lucas asintió. Travis era un buen hombre y le había prestado atención. Aunque era sólo su palabra contra la de un oficial del ejército, el funcionarlo aprovechó su autoridad para cambiar los registros, retirando la acusación que pesaba sobre los ocho desaparecidos, que figuraban como desertores. Lucas, que sabía dónde estaban los cuerpos, opinaba que era preciso devolverlos a sus familias; Travis prefería dejarlos donde estaban. El tema aún no se había resuelto.

-Finalmente Caulder fue en busca de su oro, ¿no?

-Y Travis lo siguió -dijo Hunter.

-¡Maldita sea! -susurró Lucas:

Perdido como estaba en sus propios pensamientos, no oyó que las gemelas repetían la blasfemia. -Supongo que él escapó de Travis -murmuró. -Sí. Sus amigos le prestaron alguna ayuda. Travis recibió un balazo, pero no fue grave.

¿Y el oro?

-Lo tiene Caulder.

Lucas soltó un suspiro. Allie y Georgie lo imitaron. -Los cazadores de recompensas querían que yo las ayudara a rastrearlo -comentó Hunter-. Se ofrece una buena suma. Ellos estaban seguros de que había ido hacia el oeste.

-¿Les dijiste algo?

-No.

Lucas asintió.

-Caulder ha ido hacia el norte. Su hermano le dará refugio.

-A Chicago -concordó Hunter. Los dos sabían que allí vivía el hermano.

-Sí. Decididamente, Caulder está en Chicago. Taylor entró a tiempo para oír ese último comentario de Lucas y agradeció que algo los tuviera distraídos. Sin levantar la cabeza, fingió ceñirse el cordón de la bata mientras se acercaba a su esposo.

Dio un beso a cada una de las niñas, sonrió ante sus risitas y luego preguntó a Lucas quién era Caulder. -Nadie que importe-mintió él-. Victoria no se siente bien. Convendría que fueras a echarle un vistazo.

-Se encuentra mal otra vez-añadió Hunter apresuradamente.

Viendo que los dos se esforzaban por cambiar de tema, Taylor les siguió la corriente. Más tarde averiguaría quién era ese Caulder. No creía ni por un momento que no fuera importante, considerando la dura expresión que habían adquirido los ojos de Lucas ante la mera mención de ese nombre.

Dejando a Lucas con las gemelas, pasó al cuarto contiguo, para ver qué hacía David Daniel.

El niño estaba tratando de hacer su cama. Después de darle los buenos días con un beso, ella lo ayudó a terminar con la tarea. Esa mañana se mostraba tímido y muy solemne. Taylor se sentó en el borde de la cama para atraerlo hacia sí.

-¿Tienes algún problema, David?

-Hoy me llamo Daniel -corrigió él. Ella sonrió.

-De acuerdo, Daniel. Ahora dime qué te preocupa. El niño tenía unos cuantos temores acumulados, todos referidos a las gemelas, y el más importante era por la comida. Según dijo a Taylor, los pequeñitos necesitaban comer con frecuencia y, como ninguna de ellas tenía zapatos, ¿tendrían que salir a comer descalzas? Él no quería que nadie se riera de sus hermanas.

Taylor le dijo que desayunarían en la habitación. Luego ella debía ir al banco. Tardaría sólo un rato y, mientras tanto, Victoria se quedaría con ellos. Después todos irían de tiendas. Y ante todo comprarían zapatos: El chico aún parecía preocupado.

-¿Hay algo más que quieras decirme? -preguntó Taylor.

Él le sujetó la mano, clavando la vista en el suelo.

-¿Cómo quieres que te llame?

-¿Cómo te gustaría llamarme?

-Georgie te dice mamá. Para ella todas las señoras son su mamá -agregó-. Se confunde. Allie también te dijo mamá esta mañana. Yo la oí. Ella también debe de estar confundida.

-Yo quiero que ellas me digan mamá. -Entonces sería mejor que yo también -barbotó el niño-. Para que ellas no se confundan, ¿verdad? Si yo te llamo de una manera y ellas, de otra...

Ante su tono anhelante, a Taylor se le estrujó el corazón.

-Me encantaría que me dijeras mamá.

-Pero ¿no eres demasiado joven?

Sus preocupaciones eran infinitas. Taylor sonrió.

-Tengo suficiente edad-lo tranquilizó-. ¿Todo arreglado?

El sacudió la cabeza.

-De cualquier modo, no está bien que te diga mamá. Soy demasiado grande. Ya tengo siete años. "Mamá" dicen los bebés. Yo debo llamarte madre.

A ella le pareció buena idea. Le rodeó los hombros con un brazo para estrecharlo, susurrando:

-Madre. Sea.

Ese tranquilo interludio fue el último minuto de paz que tuvo en todo el día. Lucas no quiso que fuera sola al banco e insistió en acompañarla.

Taylor se vistió apresuradamente con una falda negra tableada y una blusa blanca con encaje alrededor del cuello alto. Luego se cepilló el pelo hacia atrás para atarlo en la nuca con una cinta.

Era el atuendo que habría podido usar alguna maestra pacata y autoritaria, pero en ella tuvo, para Lucas, un efecto devastador. Habría podido arrancarle la ropa para hacerle el amor. Sólo él sabía de la pasión oculta bajo ese recato. ¡Y cómo recordaba la piel dorada y sedosa que cubrían todas esas capas de tela!

Victoria se presentó en el momento en que el camarero les traía el desayuno. Estaba radiante, con un bonito rubor en las mejillas y una sonrisa en la cara. Obviamente su ataque de náuseas había quedado atrás.

Georgie le estiró los brazos, llamándola mamá y exigiendo que la alzara. Ella la levantó en brazos, aclarándole que se llamaba Victoria; luego señaló a Taylor susurrando:

-Ahora tu mamá es ella.

Dejó a la pequeña en el sofá y sonrió a Hunter, que estaba de pie junto a la ventana. Él respondió con un gesto ceñudo. Su conducta era bastante grosera. Ella iba a ofrecerle una taza de té, pero decidió no hacerlo. Para ella fue un placer vigilar a los niños mientras Taylor iba al banco. Hunter trató de retirarse, pero Lucas le pidió que no se moviera de allí. Sin prestar atención a la mirada fulminante que provocó su solicitud, salió con Taylor, dejando que su amigo echara chispas tras él.

No entró en el banco con su esposa, sino que prefirió esperarla ante la puerta, para aprovechar el buen sol. Ella agradeció esa intimidad, pues quería retirar una buena suma de dinero y no deseaba que Lucas le hiciera preguntas. Necesitaba efectivo para el viaje al páramo. La transacción demandó casi treinta minutos, mientras el banquero aguardaba la confirmación cablegráfica de la sucursal de Boston. Después de anotar en los registros la dirección provisional de su dienta, le entregó un grueso sobre lleno de billetes crujientes.

Ella guardó el sobre en el bolsillo de su abrigo y, tras asegurar al preocupado funcionario que no necesitaba una escolta armada para volver al hotel, salió en busca de Lucas.

Mientras caminaban hacia el hotel, él parecía preocupado y apenas le dijo dos palabras. Al llegar a las puertas del vestíbulo se volvió hacia ella.

-Tú y yo tenemos que hablar.

-¿De veras?

-Desde luego.

Ella dilató los ojos ante la vehemencia de su tono.

-Muy bien -aceptó-. ¿puede esperar hasta esta noche, señor Ross?

-Tendré que esperar, señora Ross.

Después de un enérgico gesto de asentimiento, la tomó de la mano para hacerla entrar a rastras.

-¿De qué vamos a hablar? --preguntó ella, mientras subían la escalera.

Él se extrañó de la pregunta.

-De los niños, de Cincinnati, de nuestro matrimonio. ¿Tienes la menor idea de lo que estás asumiendo, Taylor? -Cayó en- la cuenta de que ya era tarde para preguntárselo-. Tendremos que resolver...

Ella lo interrumpió.

-Tu No debería preocuparse tanto, señor Ross. Las preocupaciones envejecen.

En la galería había tanta gente que fue preciso abrirse paso trabajosamente para alcanzar la siguiente escalera. Ella mantenía la mano en el bolsillo, cubriendo el sobre. No permitiría que ningún carterista se le acercara. Los huéspedes parecían respetables, pero cualquiera de ellos podía ser un astuto ladrón.

Lucas no pudo volver a hablar con ella sino cuando iban ya por el segundo tramo de escaleras. -Hasta ahora te he dado el gusto en todo, ¿no? -le preguntó.

-Sí, por supuesto. -Taylor estaba sin aliento por el esfuerzo de seguirlo: El señor Ross subía los peldaños de *dos* en dos, como si estuviera huyendo de una multitud enfurecida.

-Más despacio, por favor -ordenó- Usted ha sido un perfecto caballero... en general. No puedo seguirle el paso, señor.

-No puedo seguir, Taylor.

Entonces vaya *más* despacio, por Dios.

Él cayó en la cuenta de que no estaban hablando de lo mismo.

-Lo que digo es que no puedo seguir portándome como un caballero. No está en mi temperamento. No parecía estar bromeando.

-¿Se disculpa usted por ser gentil?

-No me disculpo por nada-murmuró él-: Simplemente digo que no puedo continuar.

-Ha sido todo un...

-Sí.

Ella inclinó la cabeza para ocultar su sonrisa, por no dejarle ver que no tomaba sus comentarios en serio. Parecía tan sincero y serio...

-Si no le gusta portarse como un caballero, ¿por qué lo hace?

Él tenía la respuesta preparada.

-Tu abuela me dio dinero; a cambio prometí cuidar de ti. Había otras condiciones y las he respetado todas.

-Dígame una de esas condiciones, por favor. Habían llegado a la puerta de su habitación. Ninguno de los dos la abrió.

-Que compartiera tu camarote durante la travesía -dijo él-. Fue una de las estipulaciones de tu abuela. Ella sacudió la cabeza.

-Según me dijo usted, ella sólo quería que en los registros figuráramos con un solo camarote. No creo que la Señora quisiera ponerlo en mi cama.

Él resopló. Taylor se cruzó de brazos, como respuesta a esa grosería. Lucas parecía estar buscando pelea y, de pronto, ella estaba muy dispuesta a darle el gusto.

-¿Eso significa que su comportamiento caballeresco fue otra de las condiciones impuestas por la Señora?

-Sí.

-¿Y también que compartiéramos el-cuarto de hotel en Boston? ¿Y aquí?

-No.

-Pero lo hicimos. ¿Por qué?

Él no encontró ninguna respuesta que tuviera una pizca de lógica.

-Poco importa dónde haya dormido yo -argumentó-. Lo que me interesa no es el pasado, sino el futuro.

Quería hacerle comprender que había cambios indispensables. Ahora eran marido y mujer, y ella tendría que hacer algunas concesiones. Cuando Taylor comprendiera que él estaba dispuesto a vivir en la ciudad, para que los niños disfrutaran de todas las ventajas, sin duda aceptaría soportar sus actitudes ceñudas.

Y también tendría que intentar amarlo un poquito. Por la noche le explicaría todo. Comenzaría por decirle que no pensaba abandonarla, dejarla cargar sola con la crianza de los niños.

-Tú y yo tendremos que resolver los detalles. Lo discutiremos después de acostar a los niños.

Ella no había escuchado una sola palabra. Aún estaba pensando en un comentario anterior.

-¿Por qué se quedó conmigo en Boston? -preguntó-. Ahora que lo pienso, habría podido marcharse en cuanto desembarcamos.

-Lo hice porque tú me lo pediste, ¿recuerdas? Había papeles que firmar. Y después hubo que rescatar a un par de bebés. ¿Te acuerdas?

-No tiene por qué ponerse sarcástico, señor Ross. Veo claramente que esta situación lo pone nervioso. Y creo comprender el motivo.

-¿Sí?

A Lucas volvía a titilarle el párpado izquierdo. Se estaba alterando. A Taylor no le importó.

-Claro que lo sé. Usted durmió conmigo y tuvimos... relaciones íntimas.

-¿Y eso me ha puesto nervioso?

Ella asintió. Lucas sacudió la cabeza. ¿Nervioso? No, qué diablos. Lo que sentía era, antes bien, alivio.

Ahora ella le pertenecía; poco importaba que quisiera o no ser su esposa. A lo hecho, pecho. No habría ninguna anulación, qué diablos. Y si ella mencionaba siquiera la palabra "divorcio", lo más probable era que Lucas acabara con un diente roto a fuerza de apretarlos para no gritarle.

El tic se había trasladado a la mejilla. Ella comprendió que lo estaba enfadando por completo, pero no sabía por qué. Sólo le estaba diciendo lo que él ya sabía. –

--Le dije que, si intimábamos, no haríamos más que complicar las cosas, pero usted no quiso escucharme, ¿verdad? Ahora se arrepiente. Se siente encerrado, atrapado. Quiere volver a sus montañas.

Esa conversación se había desviado de un modo incomprensible. Taylor estaba equivocada en todas sus conclusiones. De pronto Lucas comprendió que tal vez estaba expresando sus propios miedos; ¿Acaso temía que él quisiera abandonarla? Decidió averiguarlo. La haría razonar, para que comprendiera lo incorrecto de sus conclusiones, y luego la induciría a admitir sus temores.

-Si crees que quiero volver a las montañas, ¿por qué no lo he hecho?

-Por las niñas -respondió ella de inmediato-. Las rescató apenas anoche, Además, se siente responsable y hasta algo culpable, porque cree que yo tengo miedo de ser abandonada.

Hunter abrió la puerta. Taylor entró a toda prisa, agradecida por la interrupción.

-Esta noche continuaremos esta discusión -prometió Lucas.

-Si usted insiste.

Él la sujetó, inclinándose hacia su oreja.

-A propósito, señora Ross, nunca en mi vida me he arrepentido de nada.

Por la expresión con que lo miró era obvio que no le creía.

Taylor se dedicó a preparar a los niños para salir de tiendas. Llamó Georgie a Allie y cinco minutos después repitió su error. Le costaba muchísimo diferenciarlas y más aún disimular su confusión. David Daniel no tenía ninguna dificultad, como tampoco Lucas. El problema de Taylor no era sólo embarazoso, sino también humillante. ¿Qué clase de madre es la que no sabe diferenciar a sus bebés? Sentó a las dos gemelas en el sofá y se arrodilló frente a ellas, mirándolas durante largo rato con atención en busca de diferencias sutiles. No encontró ninguna. Todas sus facciones eran idénticas. los ojos violáceos tenían el mismo matiz, los rizos rubios se separaban en el mismo lugar y hasta sus mejillas regordetas parecían idénticas.

La diferencia estaba en su modo de ser. Georgie era la más espontánea. No parecía temerle a nada. Tenía todas las cualidades del líder, y un líder bastante autoritario; Allie, en cambio, ya presentaba señales de ser apaciguadora y señorial. Sin embargo sabía defender su posición ante la hermana y, cuando quería llamar la atención, gritaba con la misma ferocidad.

Ninguna de las dos parecía afectada por la dura prueba sufrida con los hermanos Border. Para Taylor era a un tiempo una sorpresa y un alivio.

Mientras ayudaba a Daniel a abotonarse la camisa, le comentó lo agradecida que estaba por el hecho de que ninguna de ellas hubiera sufrido.

-Yo no iba a permitir que nadie hiciera daño a mis hermanas --aseguró él, can bastante arrogancia. -Tuvieron suerte al contar contigo -lo alabó ella. -Y también me encargué de que las alimentaran bien. Se asustaban mucho. Sobre todo por la noche.

Todavía se asustan -agregó bajando la voz, para que Allie no oyera. La pequeña estaba tratando de subir a su cama-. Cuando todo el mundo está durmiendo, ellas vienen a mi cama. Georgie no me suelta la mano. -Has sido su ángel de la guarda -aseguró Taylor. Daniel sacudió la cabeza.

-Sólo un ayudante, como Hunter y Lucas.

Aunque sólo tenía siete años, se había visto obligado a actuar como adulto. Taylor prometió en silencio que, cuando llegaran a Redención y tuvieran un hogar propio, enseñaría a Daniel a comportarse otra vez como correspondía a un niño. El pobre había cargado con responsabilidades que hubieran intimidado a muchos hombres hechos y derechos. En la superficie era todo lo que una madre podía pedir: cortés, considerado, agradecido por las pequeñas cosas que se le brindaban. ¡Y cómo se esforzaba por complacerla! Eran cualidades maravillosas, pero nada normales en una criatura de siete años. A Taylor le habría encantado oírlo gritar, verlo expresar enfado y hasta mostrarse un poco terco de vez en cuando.

El tiempo era su aliado. Daniel no relajaría su guardia mientras no aprendiera a confiar en ella. Cuando comprendiera que su amor era incondicional, sin duda comenzaría a sonreír.

Apartó por el momento esa preocupación para volver a encargarse de las mellizas. Tardó una hora entera en organizar a todo el mundo. Lucas les alquiló un coche para todo el día. A ella le pareció un gesto generoso y considerado.

Tal como había prometido a Daniel, comenzó por comprar zapatos: tres pares para cada uno. Dos eran más grandes de lo que correspondía, para que les sirvie ran más adelante. Para Daniel resultó fácil comprar, pues la tienda para caballeros tenía ropa de confección para hombres y para niños varones. Cuando salieron de allí, el pequeño tenía un guardarropa completo.

Con las gemelas no ocurrió lo mismo. No había ropa de confección disponible. La empleada les recomendó el buen establecimiento de madame Mason, que no sólo ofre cía una gran variedad de telas, sino también varias costureras que podían encargarse de hacer las prendas. Madame Mason se encargó personalmente de tomar las medidas a las niñas. Taylor ordenó diversas prendas que deberían ser enviadas a la Oficina General de Correos de Redención, Territorio de Montana. Luego llevó a la mujer aparte, para explicarle que las niñas necesitaban con urgencia un poco de ropa. ¿No sería posible terminar algunos conjuntos de inmediato? Madame Mason, convencida de que las niñas habían perdido todo en un incendio, se mostró muy solidaria y sugirió una alternativa que Taylor sabría apreciar: la llevó a la trastienda para mostrarle algunas ropas de segunda mano, disponibles para familias en dificultades financieras. Temía que Taylor se ofendiera, pero ocurrió lo contrario: la dama no tuvo ningún reparo en comprar ropa usada. Siempre sería ropa. Además, madame Mason le aseguró que sólo adquiría prendas de muy buena calidad y apenas usadas.

Pasaron dos horas en la trastienda y salieron de allí con guardarropas completos para las niñas. Victoria ya había comprado telas con las que hacer ropa para su bebé, pero había allí unos camisones tan adorables y unas mantillas tan suaves que no resistió la tentación de adquirir una buena variedad. Daniel no necesitaba nada más, desde luego, pero Taylor agregó tres camisas, dos pantalones y sendos cinturones, asegurando que eran demasiado bonitos para no aprovecharlos.

Almorzaron en un restaurante para familias y fueron en busca de libros y mapas. Como los niños se habían portado tan bien, Taylor permitió que cada uno de ellos escogiera un juguete. Daniel eligió un caballito de madera; las gemelas, muñecos de trapo.

En fin de cuentas, el día resultó delicioso y productivo. Sólo hubo un pequeño inconveniente: cuando ' Taylor dijo a Georgie que no podía trepar al mostrador de la lencería, la pequeña se arrojó al suelo, desatando una verdadera rabieta. Taylor nunca había visto nada igual. La pilluela pateaba y gritaba tanto que atrajo a toda una multitud. Se habría dicho que la estaban torturando. La única que no se horrorizó por esa conducta fue Allie, que se quedó dormida en el regazo de Victoria mientras observaba el espectáculo dado por su hermana. Taylor no sabía qué hacer para tranquilizar a su angelito convertido en diablo. Sabía que era culpa del agotamiento. Georgie necesitaba una siesta.

Una mujer, bien intencionada, le' sugirió que le diera una buena palmada en el trasero, pero Taylor no creía en los castigos corporales. ¿Que habría ganado con eso? Se limitó a pasar por encima de su hija, que se retorcía en el suelo, para pagar apresuradamente los objetos comprados; luego alzó en brazos a la niña y la llevó al vehículo que esperaba afuera. Georgie, ya agotada, se quedó dormida en cuanto el coche se puso en movimiento.

Ese día Taylor aprendió una valiosa lección: no siempre se puede razonar con una criatura de dos años. Al caer la noche, ella y Victoria llevaron a los niños al comedor. Daniel cabeceó durante toda la cena. Taylor tuvo que darle de correr prácticamente en la boca. Las gemelas estaban calladas, gracias a Dios. Aunque tenían hambre, se las compusieron para que la mayor parte de la comida fuera a parar a los vestidos y no a la boca. Sus modales eran deplorables. Taylor decidió que, al día siguiente, comenzaría a enseñarles el uso correcto de los cubiertos. Esa noche estaban demasiado soñolientas como para prestarle atención.

Hubo que llevarlas arriba en brazos. Daniel iba prendido de la mano de Taylor. Estaban todos tan cansados que arrastraban los pies.

Cuando llegó el momento de acostar a los niños, Victoria se ofreció a ayudar, pero se la veía muerta de agotamiento, de modo que Taylor le ordenó irse a la cama.

-Que duermas bien, Victoria. Mañana nos espera otro día largo.

-¿Partiremos mañana?

-Sí, si terminamos con todo a tiempo.

¿Quieres que prepare mi equipaje esta misma noche?

Tenemos demasiado sueño. Lo haremos mañana. Al bajar la vista, Taylor sorprendió la expresión de Daniel. Parecía aterrorizado. De inmediato ella adivinó el motivo.

-Te llevaré a donde vaya, Daniel. Jamás podría dejaros, a ti o a tus hermanas. Siempre estaremos juntas. ¿Lo prometes?

Por Dios, qué solemne era. -Sí, lo prometo.

Por su gesto de asentimiento, estaba convencido. -¿A dónde vamos? -susurró.

Taylor le ello una respuesta parcial: le dijo que viajarían en tren. Aquello lo entusiasmó. Ella le entregó la llave de la habitación, indicándole que abriera. Victoria le entregó a Georgie, pero aún se quedó allí.

¿Dónde fueron Hunter y el señor Ross? -preguntó.

-No me lo dijeron-respondió Taylor-. Supongo que tenían asuntos propios.

-¿Volveremos a ver a Hunter?

-Supongo que sí. Es amigo de Lucas desde hace mucho tiempo. Creo que vive cerca de Redención. ¿Por qué? ¿Te gustaría volver a verlo?

Victoria se encogió de hombros.

-No me ha dicho más de diez palabras. ¿No has notado lo ceñudo que se pone cada vez que me mira? Taylor sonrió.

-Le vomitaste encima -recordó a su amiga-. Creo que sólo actúa con cautela. Además, los hombres de pocas palabras son los mejores.

Victoria se echó a reír.

-No creo que Shakespeare tuviera razón cuando dijo esp. -Dio un paso hacia su habitación, pero se detuvo-. Le dije que acababa de perder a mi esposo. No mencioné lo del bebé.

Daniel tenía la llave al revés. Después de ayudarlo a introducirla en la cerradura, Taylor se volvió hacia su amiga. Georgie le había apoyado la cabeza en el hombro y Allie jugaba con su pelo.

-¿Por qué no le dijiste lo del bebé?

-Porque no parecía interesarle nada de lo que yo decía. Es bastante grosero.

Sin dar tiempo a su amiga para salir en defensa de Hunter, Victoria se alejó rápidamente. Por fin Daniel logró abrir la puerta y entró corriendo. Taylor lo siguió.

Las gemelas estaban más que listas para dormir, ambas con el pulgar en la boca y frotándose los ojos. Ella les puso los camisones y, después de darles los muñecos nuevos para que durmieran, las arropó.

Daniel había puesto el caballito de madera en el antepecho de la ventana, junto a la cabecera de su cama,

y estaba ya bajo las mantas, esperando su cuento. Taylor le contó dos. Daniel Boone y Davy Crockett debían recibir la misma atención.

Cuando quiso arroparlo descubrió que el niño aún tenía puestas las botas. Lo obligó a quitárselas y a ponerlas en el suelo, junto a la cama. Cuando volvió para echar un vistazo, una hora más tarde, encontró a Daniel profundamente dormido y abrazado a sus botas.

Pasó largo rato contemplándolo, mientras se esforzaba por imaginar cómo había sido su vida antes de que los monstruos Border lo arrebataran de la calle.

Lucas susurró su nombre. Estaba apoyado contra la puerta, observándola, sin que ella supiera desde cuándo. Caminó hacia él. El susurro de la seda era el único ruido.

-¿Pasa algo con ese niño? -preguntó Lucas. -No, está bien. ¿Crees que alguien puede estar buscándolo?

-Me parece dudoso. No se acuerda de haber tenido ningún familiar, y ha pasado mucho tiempo viviendo en la calle. Si alguien lo estuviera buscando, a estas horas ya lo habría encontrado. De cualquier modo, sería mejor informar a la policía de que está contigo. -No

quiero que ningún funcionario me lo quite. -¿Crees que podrían quitártelo si hicieras la denuncia?

Ella asintió. Lucas dejó escapar un suspiro. No sabía qué aconsejarle.

-Pensémoslo -le sugirió-. Con tantos chicos abandonados al raso...

-¿Tantos son? -Demasiados.

Habían estado hablando en susurros. Una de las gemelas murmuró en sueños y se dio vuelta. Lucas, por no despertarla, tomó a Taylor de la mano y se la llevó a la habitación principal, hasta la alcoba.

Ella estaba lista para acostarse. Se había lavado y vestía un camisón azul celeste y una bata, Lucas tenía el pelo mojado. Obviamente él también se había bañado, aunque vestía un par de pantalones negros y una camisa blanca, con el cuello medio levantado atrás, Ella se resistió al impulso de acomodárselo.

Cuando estuvieron junto a la cama, él se volvió a mirarla, hipnotizándola con el intenso color de sus ojos. Esa manera de observarla la dejaba sin aliento.

La miró durante largos instantes. Por fin sacudió la cabeza.

-Fue una mala idea. Si queremos conversar, deberíamos ir al otro cuarto. No quise despertar a los niños, pero aquí no podemos discutir nada importante. -¿Por qué?

-Porque la cama está demasiado cerca, -Oh...

Ninguno de los dos se movió. Lucas no le había soltado la mano.

-Debo partir mañana -dijo.

La punzada de dolor la tomó por sorpresa. ¿Por qué, si esperaba que se fuera, si sus propios planes dependían de eso?

Lucas se quedó esperando las preguntas. Después de un minuto comprendió que no habría ninguna. De cualquier modo, estaba decidido a no decirle gran cosa, Le daría sólo unos pocos detalles, para no preocuparla. Taylor ya tenía demasiado en que pensar y él no quería agregarle otro problema.

En toda su vida no había tenido a nadie que se preocupara por él. Hasta la aparición de Taylor. Cada vez que él salía del hotel en busca de las gemelas, ella le susurraba que se cuidase. No quería que le sucediese nada malo, puesto que debía rescatar a sus sobrinas. Pero había otro motivo para esa preocupación: le estaba tomando afecto y, con el tiempo, tal vez llegara a amarlo. La familia. Preocuparse era parte de todo ese asunto de la familia. Ahora cada uno de ellos era responsable de sus actos ante el otro.

Y Taylor se interesaba por él, sí. Se mostraba agradecida, hasta afectuosa. Eso no le bastaba.

-Hunter se quedará con vosotras y con los niños. -No hace falta. Podemos arreglarnos solos. -Él se quedará.

Esperaba su asentimiento. Ella lo dio de mala gana. -No sé cuánto tiempo estaré ausente. Podrían ser tres semanas. Hunter os ayudará a buscar un alojamiento más adecuado. No es posible seguir viviendo en un hotel, ahora que están los chicos. Ellos necesitan espacio para correr y jugar.

-¿A qué hora te irás? -Temprano.

Ella liberó la mano que él le retenía para desatarse el cinturón de la bata. Eso desconcentró a Lucas, quien se quedó contemplándola mientras ella se quitaba lentamente la prenda para dejarla caer en la cama.

Él se obligó a ordenar sus pensamientos. -Si necesitas algo... ¿Qué haces?

-Te desabrocho la camisa. -Taylor percibió el rubor en su propia voz. Era de esperar que él no se diera cuenta. Esa noche no quería mostrarse tímida ni azorada.

-Puedo hacerlo yo mismo.

-Ya lo sé, pero quiero hacerlo yo.

Ahora hablaban en susurros. La voz de Lucas había tomado un dejo gruñón. Eso la excitó. Bajó la cabeza para que él no advirtiera su enrojecimiento y le deslizó la punta de los dedos por el pecho.

Era como la caricia de una mariposa y lo distraía por completo. Lucas le sujetó la mano para detener ese suave tormento.

-¿No quieres saber a dónde voy?

-¿Quieres decírmelo? -Ella volvió a liberar las mános para continuar desabotonando el pantalón.

Él aspiró profundamente.

-Tenemos que hablar, Taylor. Iremos al otro cuarto y...

Y olvidó lo que le estaba sugiriendo, porque ella acababa de introducir los dedos bajo la pretina de los pantalones. La observó con atención mientras ella desprendía lentamente un botón y luego el siguiente.

A Taylor le costaba creer en su propia audacia. Debió recordar que estaban casados y que nada le impedía tocarlo. Y él partiría por la mañana, agregó en silencio. Pasaría muchísimo tiempo antes de que pudiera tocarlo otra vez.

Le encantaba tocarlo. Tenía el vientre duro y la piel caliente. Desprendió otro botón, deslizando los dedos en el vello rizado y seco. Envolvió con los dedos su tensa erección.

-Basta --exigió él-. Estás resentida. Te haría daño. Casi le costaba la vida razonar con ella. Tenía los puños apretados contra el cuerpo y necesitó de toda su voluntad para no abrazarla. No era un ogro; podía dominar sus pensamientos libidinosos.

Taylor se apartó de él.

-No importa si me haces daño -suspiró-. Mañana te irás. Sólo nos queda esta noche, Lucas.

Él no iba a abandonarla. Pensaba regresar. ¿Acaso Taylor no lo había escuchado? "Sólo tres semanas, quizá dos." Le pareció recordárselo en voz alta, pero tenía un nudo tal en la garganta que no estaba seguro. El corazón le atronaba los oídos.

Olvidó por completo su proyecto de mantener una conversación con ella. Era hechura suya, por supuesto. Se había quitado el camisón. ¡Por Dios, qué encantado ra era! Cada vez que la veía quedaba atónito ante su belleza. Dorada de pies a cabeza, con los pechos plenos y los pezones como perlas rosadas, la cintura estrecha y, ¡oh, Señor, toda curvas suaves en los lugares debidos! Y las piernas, largas y bien torneadas. Hermosa.

La imaginó enroscándose a él. Luego se arrancó la ropa y la tomó en sus brazos para besarla con desesperación. Ya nada importaba, salvo tenerla contra sí. El mundo y todos sus problemas dejaron de existir. Sólo existía Taylor.

El acto de amor fue salvaje e intenso; el apetito, insaciable. Él la acarició hasta que estuvo dispuesta; entonces se instaló entre sus muslos para penetrar pro fundamente en ella. Su mente daba vueltas a cada embestida. La pasión de Taylor lo abrumaba; sus gemidos de placer lo llevaban más allá de todo control. Sus movimientos se tornaron más bruscos y exigentes. Ella se tensó en torno de él, estrujándolo en sus entrañas, susurrando su nombre. A su orgasmo siguió el de Lucas, que le cubrió la boca con un beso largo y ardiente mientras le vertía su semilla.

Los momentos posteriores fueron igualmente satisfactorios para él. Le encantaba retenerla en sus brazos y hociquearle el cuello, escuchando el ritmo de su corazón.

-Me estás aplastando, Lucas.

Se dejó caer inmediatamente a un lado y la estrechó contra sí. Taylor escondió la cabeza bajo su mentón.

Las lágrimas le corrían por la cara y no quería que él las descubriera.

-Ningún hombre debería verse obligado a renunciar a sus sueños.

Él no supo si le estaba pidiendo opinión o expresando sus convicciones.

-¿Qué te ha hecho pensar en los sueños del hombre?

-Sólo estaba pensando en voz alta. Hasta un hornbre con responsabilidades debería poder seguir sus sueños, ¿verdad?

¿Qué tratas de decirme?

-Estoy cansada -susurró ella-. Digo cosas sin mucho sentido.

-Creo que será preciso dejar la conversación para cuando yo vuelva.

-Vas a Chicago, ¿no? ¿Cómo lo sabes?

-Oí a Hunter decirte que el hombre que buscabas estaba en Chicago.

¿Cómo se llamaba? -Eso no importa. -Es el hombre al que quieres cazar; ¿no? -¿Cómo lo sabes?

Durante el viaje me dijiste que volverías a tus montañas después de cazar a un hombre que te había hecho algo. Te pregunté si era malo.

Tanta memoria lo impresionó.

-Y yo te dije que era malo -recordó con un suspiro.

-Quieres matarlo, ¿verdad?

¿Era mejor decirle la verdad o mentirle? Taylor desvió su atención con otro comentario;

Tienes responsabilidades, Lucas.

-Sí, es cierto. -Él pensaba en los ocho hombres asesinados por Caulder. El era la única voz restante, el único revólver. Los otros habían sido acallados para siempre. Sólo él los oía reclamar justicia. Y venganza. Quería matar a Caulder, sí. Disfrutaría viéndolo morir. La ley ya no serviría de nada para él ni para esos ocho hombres muertos.

-Cerró los ojos. Necesitaba ajustar cuentas con el pasado antes de poder encarar el futuro. Había hecho un juramento que no podía ni quería romper. Él sabía mucho sobre responsabilidades.

16

El amor no mira con los ojos, sino con la mente.
William Shakespeare
Las alegres comadres de Windsor

Taylor analizó seriamente la posibilidad de demorar la partida por un día más. Preparar el equipaje incluyendo todas sus adquisiciones iba a llevar más tiempo de lo que había calculado. Las gemelas se metían en todo, haciéndole la tarea diez veces más difícil. Georgie había convertido en casita de juguete uno de los baúles comprados por Taylor, y Allie saltaba sobre todo lo que no se moviera. Entre ambas pusieron a prueba la paciencia de la joven; al mediodía estaba convencida de que no sería posible terminar con todo. Dio de comer a los niños, acostó a las gemelas para que durmieran la siesta y retomó el intento de organizar sus cosas. Daniel, que ese día se llamaba David, le prestó ayuda.

Taylor trataba de no pensar en Lucas. Por dos veces, durante la mañana, los ojos se le llenaron de lágrimas sin motivo visible. Por fin admitió la fastidiosa verdad: lo echaba de menos. Oh, cómo se arrepentía de no haberle hecho decir todo sobre el hombre al que iba a perseguir. Su preocupación no habría sido tanta si hubiera conocido todos los datos. Suponía que Lucas iba tras un hombre buscado por la ley, es decir, peligroso; cuanto más pensaba en eso, más se afligía.

Sus temores se multiplicaron al recibir un telegrama de Harry Sherman, el banquero de Boston, en el que le comunicaba que su tío Malcolm había solicitado ante los tribunales la anulación del testamento de su madre, aduciendo como vergonzoso motivo que ella estaba mentalmente incapacitada y bajo una terrible tensión. Sherman agregaba que, mientras la corte no dictaminara, no se podrían tocar los depósitos hechos en Inglaterra. Los asesores legales de Malcolm tenían más dificultades para obtener la colaboración de los bancos norteamericanos.

Victoria, que acababa de entrar en la habitación cuando llegó el telegrama, quedó alarmada ante la noticia. Para Taylor no fue ninguna sorpresa, pues había previsto que su tío utilizaría todas las tretas posibles para evitar que el dinero se escurriera entre sus dedos codiciosos. En cambio, le llevó algunos minutos imaginar cómo había hecho Sherman para localizarla; por fin recordó que había dado su dirección provisional al banco de Cincinnati, al efectuar la transferencia de una parte de sus fondos.

La noticia de su paradero viajó con increíble velocidad. Apenas había tenido tiempo de acordar con Victoria que postergarían la partida hasta el día siguiente cuando le entregaron un segundo telegrama. Ése no le provocó sorpresa, simplemente, la asustó a muerte. Lo enviaba Malcolm, para informarle que había solicitado la custodia de sus sobrinas-nietas a los

tribunales londinenses, que acababan de otorgársela. Por lo tanto, enviaría a una escolta armada para que se hiciera cargo de las gemelas y las llevara a Inglaterra, donde él pudiera vigilarlas.

-¿Cómo supo lo de Georgie y Allie? -preguntó Victoria-. Tú tenías la esperanza de que no se enterara de la muerte del padre, ¿verdad?

-Ha hecho sus deberes-susurró Taylor, tan presa de pánico que le temblaban incontenible mente las manos-. La Señora mencionó a las gemelas en su tes tamento. Dejó para ellas una suma considerable. Malcolm ha de pensar que, como tutor de ambas, podrá manejar esa herencia. Oh, Dios, no conozco las ramificaciones legales. Las autoridades de este país, ¿le ayudarán a apoderarse de las niñas? ¿Hay algún tipo de acuerdo entre los tribunales norteamericanos y los de Inglaterra?

-Tendremos que averiguarlo -resolvió Vicioría-. Cuando lleguemos a Redención. En quince minutos estaré lista para partir.

Media hora después abandonaban el hotel. Taylor dejó una nota para Hunter, sacó los pasajes en la estación y, en menos de una hora, todos iban rumbo al Territorio de Montana.

Hunter pasó el día recorriendo la ciudad en busca de un alojamiento conveniente. Cuando volvió al hotel, ya avanzada la noche, se enteró de que Taylor se había marchado. Tuvo que leer dos veces su nota antes de convencerse. Esa idiota le agradecía su amabilidad, especificaba que había pagado la habitación que había utilizado él y concluía la carta invitándolo a cenar con ella, Victoria y los niños, una vez que estuvieran instalados en su nuevo hogar de Redención.

Convencido de que ella había perdido la cabeza, Hunter preparó su maleta y, dejando una nota para Lucas a cargo del personal del hotel, partió a la carrera para tomar el tren siguiente.

Su humor era negro como la noche. Taylor y su enfermiza amiga estaban chifladas. ¿En qué cuernos estaban pensando? Habían perdida la chaveta, sin duda alguna. Cuando terminara de decirles lo que pensaba de ese absurdo plan, ajustaría cuentas con el verdadero culpable: Ross. Por Dios, toda amistad tiene sus límites, y eso de correr tras dos mujeres dementes iba mucho más allá. Si esa pelirroja volvía a vomitar sobre él, la única manera de saldar la cuenta sería vérselas con Lucas a punta de pistola.

Cuando abordó el tren de medianoche, estaba iracundo. Había llegado a la conclusión de que su amistad con Lucas Ross había sido un error desde el principio. Si hubiera sido posible volver a los comienzos, nunca jamás habría robado ese cuchillo inútil y desafilado. Taylor y su grupo tardaron ocho semanas enteras en llegar a Redención. Primero fueron en tren hasta Sioux City, lowa. Allí permanecieron dos días, para que los niños pudieran correr y jugar mientras Taylor compraba algunos artículos de suma necesidad. El primero de su lista era una carreta grande. Las había en abundancia, por lo que tardó muy poco en completar la transacción. Mucho más difícil fue hallar cuatro caballos fuertes. Tardó bastante en escoger. El precio era absurdo, pero ella sabía que, si esperaba a estar en Fort Benton para hacer sus compras, el coste se elevaría por los cielos. Hunter los alcanzó justo cuando abordaban el paquebote llamado Azul *de medianoche.* Taylor lo había escogido porque llevaba tanto pasajeros como carga. Un camarote costaba la exorbitante suma de ciento veinticinco dólares, cosa que puso bien en claro cuando Hunter trató de hacerla regresar.

Cuando acabó de explicar al mestizo sus planes de criar a los niños en Redención, en la mejilla del pobre hombre había aparecido un tic bastante notable. Fue entonces cuando él trató de arrastrarla, con Victoria y los tres pequeños, de nuevo hacia la estación ferroviaria.

No le importaba cuánto dinero hubiera gastado ella en llegar hasta allí. Hasta le sugirió que lo echara " todo a la basura. Cuando Lucas la atrapara no le haría ninguna falta. Las muertas no necesitaban efectivo, concluyó con una mirada fulminante.

Taylor no se dejó impresionar por esa táctica de amedrentamiento.

-Puede ayudarnos o abandonarnos: elija usted -anunció-. Claro que nos encantaría contar con su compañía -tuvo la gentileza de agregar-. ¿No es así, j Victoria?

Su amiga soltó un bufido. Hunter comenzó a ponerse rojo. Victoria se acercó a él, con los brazos cruzados contra esa cintura que empezaba a engrosar a ojos vista, y dijo:

-De un modo u otro, vamos a Redención. Taylor rezaba pidiendo que el hombre decidiera acompañarlas. Les haría mucha falta su ayuda, su fuerza y su protección. Dio un codazo a su amiga para que no siguiera mirándolo de ese modo.

Pero la pelirroja no pensaba retroceder.

-Nos gustaría mucho contar con usted, sí -dijo-, pero...

-Pero irán igual, amo? -le espetó Hunter.

Ella asintió. Reconociendo la derrota, él alzó las manos en un gesto de desesperación y fue a reservar su propio camarote.

Esa noche, cuando Taylor y los niños ya estaban acostados, Victoria subió a cubierta para tomar un poco de aire fresco. Como el camarote de Hunter estaba justo frente al suyo, él la oyó salir y fue tras ella, para cuidar de que no se metiera en problemas. Una mujer tan bonita no dejaría de llamar la atención. Bastaban veinticinco dólares para viajar en el paquebote, siempre que uno estuviera dispuesto a dormir en cubierta y alimentarse con sus propias provisiones. Siempre había hombres de baja estofa que navegaban de ciudad en ciudad, buscando dinero fácil, y para ellos Victoria sería un precioso bocado. Ella era demasiado bien criada como para saber defenderse de los borrachos. Además, puesto que era amiga de Taylor, no debía tener una pizca de sentido común. Mientras Lucas no se reuniera con ellos, Hunter se: consideraba en el deber de cuidarlas.

Victoria se había reclinado contra la barandilla para contemplar las estrellas. En cubierta, al otro extremo, dos hombres fumaban sus cigarros, observándola. Ella no parecía enterada. Uno de los hombres hizo ademán de levantarse. Hunter se acercó, interponiéndose entre Victoria y sus babeantes admiradores y el hombre volvió a sentarse.

No se lo podía criticar por mirarla así. Esa noche Victoria era digna de ser contemplada. Se había quitado las hebillas, dejando los rizos sueltos, y estaba hermosa. Hunter recordó con dificultad que esa mujer no le inspiraba ninguna simpatía. De cualquier modo, no sirvió de nada. Aún sentía deseos de deslizar los dedos por entre esos rizos densos y llamativos.

-Ha hecho mal en subir sola, Victoria. -Deliberadamente usó un tono amedrentador, para inducirla a pensar un poco.

-¿Había visto usted tantas estrellas, señor Hunter? -Sí -respondió él, conteniéndose para no sonreír-. ¿Cuándo ha decidido dejar de tenerme miedo? Ella respondió sin mirarlo.

-Cuando descubrí que usted me tenía un poco de miedo a mí.

Él se reclinó contra la barandilla, contemplando el cielo.

-Se equivoca, señora. Yo nunca le he tenido miedo. Ella no pensaba discutir. La noche era demasiado hermosa para echarla a perder con disputas. Apoyando los codos en la borda, se quedó mirando la noche.

-Dice el capitán que recorreremos ciento sesenta kilómetros diarios.

-Todas las mañanas tendremos que detenernos a cargar leña. Dado el tamaño de este barco, calculo que necesitaremos entre noventa y ciento diez metros cúbicos de madera por día.

-¿Podremos desembarcar para estirar las piernas mientras se carga la leña?

-Sí -respondió él-. ¿Cuándo debe nacer su bebé?

Ella dilató los ojos ante la pregunta. Por lo visto, el señor Hunter había detectado el abultamiento de su vientre.

-En septiembre.

Pasaron cinco minutos largos sin que ninguno de los dos dijera otra palabra. No fue un silencio incómodo. Hunter cambió de posición y su brazo quedó rozando el de Victoria. Ella no se apartó.

-¿Su esposo llegó a saber que usted estaba embarazada?

-Sí.

-¿Tiene usted idea de las dificultades que le esperan? Dar a luz en el páramo será difícil, Victoria. Si hace falta la ayuda de un médico, no la tendrá. Depen derá de sus propios recursos y, si se presentan complicaciones, nadie podrá solucionarlas.

-¿Trata deliberadamente de asustarme? -preguntó ella.

-Aún estamos a tiempo de regresar. Trato de hacerle comprender que estará mejor en la ciudad.

Parecía sinceramente preocupado por ella. Victoria empezaba a sentirse culpable por haberle mentido sobre su estado civil. Hunter era un hombre bueno y decente. Ella lo había visto ayudar en la búsqueda de los niños.

Le había mentido para que no pensara mal de ella. Y eso no hacía sino agravar su culpa. La confundía su propia actitud ante ese hombre. Su reacción le importaba más de lo que estaba dispuesta a admitir. El la atraía, quizá por ser tan fuerte. Ella siempre se sentía insegura, mientras que él era una persona imponente, casi intimidante, con esos ojos oscuros y esa expresión ceñuda. Tenía el pelo largo, casi hasta los hombros, tan negro como las panteras. Se parecía a ese magnífico felino, por sus movimientos elegantes.

Sólo cayó en la cuenta de que lo estaba mirando fijamente cuando él se lo hizo notar. Entonces se disculpó.

-El señor Ross mencionó que su abuela era india, señor Hunter.

-Sí.

-Me preguntaba si... -¿Sí?

-¿Todos los indios son tan apuestos como usted? Se ruborizó en cuanto lo hubo dicho. Se sentía tonta e ignorante. Soltera y embarazada. ¿Tenía que actuar como una colegiala estúpida?

-He hecho mal en decirle eso. Ha sido un terrible atrevimiento por mi parte, pero sin mala intención -agregó precipitadamente-. Además, usted debe de estar habituado a que las mujeres le digan...

-¿Su esposo era apuesto?

Hunter no había podido explicar el porqué de esa curiosidad por el difunto marido; también sabía que no era correcto interrogarla sobre él. Cuando la pobre todavía guardaba luto, él la obligaba a desenterrar recuerdos dolorosos.

-No era apuesto -respondió ella-. Pero el amor es ciego, como decía William.

-¿Eso decía él? -se extrañó Hunter, deduciendo que William era el difunto esposo-. No estoy muy seguro de que eso sea cierto.

-Claro que es cierto. Lo escribió William.

Él se encogió de hombros. Entonces ella hizo una pregunta:

-¿Le importa la opinión que otros tengan de usted? -No.

-A mí sí -admitió ella. Y se apresuró a aclarar-: Sólo a veces. Y me importa la opinión de ciertas personas, no de todas-. "Por eso miento", completó para sus adentros, suspirando. De pronto, habría preferido que Hunter no la creyera casada. "Mi culpa es más fuerte que mi fuerte intención" -susurró, repitiendo una de sus citas shakespearianas favoritas. -¿Qué ha dicho usted?

Ella repitió la frase y agregó:

-No son palabras mías, sino de William. Hunter decidió que su esposo habría sido algún tipo de erudito intelectual. Seguramente no habían pasado mucho tiempo juntos, pues ella era muy joven. Pero lo amaba, sin duda. De otra manera no habría memorizado todas sus palabras. Cuanto más la miraba, más citaba ella al inglés.

A ellos no les importará que usted esté de luto -le advirtió-. Los hombres vendrán a verla y se pelearán por conquistarla.

-No me casaré jamás.

-¿Que no se casará de nuevo, quiere decir?

-Sí, por supuesto. De nuevo.

Hablaba con vehemencia. Él habría querido disuadirla. El hecho de que hubiera amado apasionadamente a un hombre no significaba que no pudiera volver a amar.

-Las mujeres son escasas allí donde usted va -señaló-. Caramba, la gente misma es escasa. Va a sentirse sola. Apuesto a que dentro de un año estará casada. Acuérdese de lo que le digo.

Ella emitió un bufido muy poco elegante. Luego cambió de tema.

-¿Hay muchas mujeres en Redención?

-En la ciudad, no. Pero hay dos a una jornada. No parecía estar bromeando.

-¿Sólo dos? -se extrañó ella.

-Mamá Browley y su hermana, Alice Browley, que están pisando los sesenta años.

-¿Y los colonos?

-¿Qué pasa con ellos?

Victoria suspiró. El señor Hunter comenzaba a ponerse nervioso. Ella se preguntó qué habría causado su cambio de humor. Durante varios minutos se había mostrado muy simpático. Ahora volvía a ser agrio.

-Lo más probable es que usted muera en esos lugares.

-Tal vez -concordó ella-. ¿Qué puede importarle, señor?

-No me importa.

Ella se apartó de la barandilla.

-Soy fuerte, señor Hunter. Tal vez se lleve una desilusión.

Y volvió a su camarote, dejándolo apoyado contra la borda.

Los días y las noches seguían un patrón fijo. Todas las mañanas el Azul *de medianoche* se detenía a cargar la leña para la jornada. Generalmente el capitán podía comprar la necesaria a ciertas familias emprendedoras que ya la tenían cortada y apilada. Otras veces solicitaba a los pasajeros varones que ayudaran a cortar y acarrear.

A los niños se les permitía desembarcar para jugar en la orilla. Pocos días después, Hunter puso fin a esa actividad con una sola palabra de explicación a Taylor: víboras. Inmediatamente la joven llevó a los pequeños a bordo.

No era nada fácil vigilar a las dos mujeres. Eran mucho más bonitas de lo que les convenía. Atraían a los hombres como los perros atraen a las pulgas. Gracias a Dios, Taylor llegaba exhausta a la noche y se acostaba a la misma hora que los niños. El problema era Victoria, que a esas horas se sentía inquieta y le gustaba subir a cubierta. Hunter siempre la seguía y siempre terminaba discutiendo con ella. Era inevitable que la muchacha volviera al camarote enfurruñada. Mejor para él. Ya estaba harto de las inteligentes palabras de su William. Ese hombre debía de haber sido un insoportable pomposo. A Hunter no le gustaba el lenguaje florido. Si uno tenía algo que decir, lo decía sin más vueltas.

Una soleada tarde de lunes, el mestizo notificó al capitán que su grupo abandonaría el paquebote por la mañana. Luego fue a indicar a Taylor que preparara el equipaje.

-¡Pero si todavía estamos lejos de Fort Benton! -informó ella.

Hunter sólo tardó uno o dos segundos en comprender que no era una broma. Entonces se enfureció.

-¿Usted pensaba navegar hasta Fort Benton y luego viajar en carreta hasta Redención?

Taylor corrió hacia su maleta para sacar el mapa y lo agitó frente a la cara del hombre.

-Según se ve aquí, es preciso llegar hasta Fort Benton y luego retroceder.

Él le arrebató el mapa y le echó un vistazo. Parecía dibujado por un borracho. Había fuertes a lo largo de todo el Missouri, pero allí sólo figuraba uno.

-¿Quería retroceder más de ciento sesenta kilómetros?

-No, por supuesto, pero, a falta de senderos adecuados, me pareció que... ¿Se puede tomar un atajo? Hunter giró en redondo para marchar hacia la puerta. Si se quedaba un solo minuto, acabaría gritándole. Esa mujer no sabía siquiera a dónde iba. -Prepárese -murmuró, mientras salía.

A la mañana siguiente, mientras Taylor vigilaba a los niños, la tripulación del Azul *de medianoche* desembarcó los caballos, la carreta, los baúles, los cajones de embalaje

y las maletas. Después de contar los bultos, Hunter decidió que necesitarían una carreta más. En Jilly Junction consiguió una adecuada y repartió el peso entre las dos. Los caballos escogidos por Taylor no lo hacían nada feliz, pero después de estudiar los que se podían comprar en Jilly, decidió conservar aquéllos. Una yunta de bueyes habría sido mucho mas conveniente para esa carga.

El viaje en carreta hasta Redención requirió más de una semana. El paisaje era estupendo. Por todas partes reinaban los colores de la primavera. Había flores rosa das, rojas, purpúreas, anaranjadas y blancas diseminadas sobre una alfombra de lozano verdor. La

belleza de ese territorio tenía sobrecogida a Taylor, que recogía todas las tardes una muestra de las flores que nunca antes había visto. A la hora de la cena, Hunter le decía sus nombres. A veces las llamaba, simplemente, flores silvestres. Pero la zona no tenía nada simple. Era un calidoscopio de color. Taylor se sentía como si estuviera en el paraíso. A cada recodo del camino había algo nuevo y maravilloso que ver y apreciar. A veces la belleza era tal que se le llenaban los ojos de lágrimas y su voz se reducía a un susurro.

Los niños estaban asombrados por los animales con que se encontraban. Un venado los hizo reír por sus gigantescas orejas. Georgie persiguió a una gacela de cola blanca y Daniel se jactó de haberse acercado tanto que estuvo a punto de tocarle el anca.

El aire también afectaba a Taylor. Era tan puro y cristalino que mareaba, y le inspiraba una paz enorme. Aunque no conocía Redención, ya la consideraba su hogar.

Había algunos factores irritantes, por supuesto. El primer día usó guantes blancos para protegerse las manos, pero aun así las riendas le despellejaron los dedos.

A la mañana siguiente se puso un viejo par de guantes de trabajo que pertenecían a Hunter. Eran demasiado grandes y muy poco atractivos, pero a ella le encantaron.

Daniel era dulce y nunca se quejaba, pero eso acabó el día en que Taylor puso a Georgie -en la carreta de Hunter, para que viajara con él durante la mañana. Allie quería sentarse junto a su madre y llevarlas riendas un rato. El niño, que no podía estar en dos sitios al mismo tiempo, se lanzó en una rabieta digna de aplausos. Esa muestra de carácter dejó atónita a Taylor. El chico, furioso al ver que ella no cambiaba de idea, dio una patada a la rueda con el pie descalzo y soltó un aullido de dolor capaz de ahuyentar a un oso. Taylor se lo sentó en el regazo para apaciguarlo, mientras Victoria le frotaba el pie para calmar el dolor. Sólo que él no se dejó apaciguar. Quería que las cosas se hicieran a su modo. Acabó sentado en la parte trasera de la carreta de Taylor, sin hablar con nadie durante una hora, por lo menos.

En el fondo, esa conducta alegró a Taylor. Obviamente ya se sentía a salvo y no veía peligro en bajar la guardia. Por fin dejaba de comportarse como un perfecto caballerito, para permitir que emergiera su verdadero modo de ser. Daniel podía ser tan fastidioso como cualquier niño de siete años, para gozo de Taylor:

Después del segundo día Hunter tuvo que cargar con Georgie. Sólo a la cuarta mañana comprendió que Taylor lo hacía adrede. La pequeña se apretaba a su lado en el pescante, con la muñeca de trapo en el regazo, y hablaba desde el momento en que iniciaban la marcha hasta que se detenían para almorzar. A esa hora él ya sentía deseos de amordazarla. Por la tarde, Georgie viajaba con Taylor y siempre dormía una larga siesta con su hermana.

Tanto a Victoria como a Taylor les encantaba el atardecer, pues significaba que faltaba un día menos para llegar a destino. Juntas preparaban la cena en la lumbre que Hunter encendía para ellas. Como eran muy malas cocineras, sólo preparaban platos sencillos. Taylor freía bizcochos todas las noches; no estaban mal del todo, si se los cargaba con mermelada de fresas. Victoria freía y quemaba los peces que Hunter pescaba y limpiaba. Generalmente eran truchas, increíblemente deliciosas. Luego agregaban las manzanas que habían llevado y cualquier otra cosa que les resultara fácil de cocinar.

Daniel y Georgie comían todo lo que Taylor les pusiera delante. Allie era la melindrosa: si en su plato había algo que tocara otro tipo de comida, no lo probaba. Si por casualidad le ponían el bizcocho demasiado cerca del pescado, las dos cosas quedaban sin comer. También era exigente con las manzanas: Taylor tenía que mondarlas, quitarles el centro y cortarlas en cuatro partes, como había hecho la primera vez. ¡Y Dios no permitiera que Allie sintiera los dedos pegajosos! Esa criatura, habitualmente dulce, chillaba como un demonio hasta que le lavaban y secaban las manos.

Cada uno de ellos tenía su propia peculiaridad. Victoria solía experimentar una oleada de energía en cuanto se ponía el sol. Daniel seguía empecinado en dormir abrazado a sus botas, y Georgie parloteaba hasta quedarse dormida. El sonido de su voz era su propia canción de cuna.

Hunter se ponía pesado todas las noches. Consideraba su deber recordarles, una vez más, que aún estaban a tiempo de regresar. Como Taylor y Victoria no estaban de acuerdo, él perdía la paciencia.

Al terminar la jornada Taylor solía estar bastante dolorida. Parecía tener fuego en los músculos de los hombros y la espalda. A esas horas no quería escuchar los comentarios de Hunter sobre la estupidez que estaba cometiendo. La noche antes de llegar a Redención, su paciencia estalló. Le dijo que estaba segura de haber envejecido por lo menos veinte años y de estar convertida en un espantajo. Que le dolía todo, desde la cabeza hasta la punta de los pies. Por sus dolores y su aspecto no podía hacer nada, pero sí por la conducta de Hunter: si él no dejaba de recordarle que estaba chiflada, la obligaría a actuar como tal.

En su aflicción no se le ocurrió nada con que amenazarlo. De cualquier modo, él no le habría creído. Por lo tanto, giró en redondo para volver a su carreta. Estaba tan dolorida que sentía deseos de llorar, pero no pudo permitirse el lujo, que habría requerido demasiadas energías.

Hunter debió de comprender que había sido demasiado duro con ella, pues a la mañana siguiente no la despertó con una sacudida al rayar el alba. Permitió que ella y Victoria durmieran hasta pasadas las nueve. Las despertó la risa de Georgie.

Victoria se quedó en la carreta para lavarse y vestirse, pero Taylor se puso una bata y salió en busca de los niños. No le fue difícil hallarlos: bastaba con seguir la voz de Georgie.

Hunter los había llevado al arroyo y estaba sentado en la orilla, con el rifle a su lado, vigilándolos. Daniel, ya con los calcetines y los pantalones puestos, luchaba por calzarse las botas.

Antes de ponerte las botas -aconsejó Hunter-, siempre debes darles la vuelta y sacudirlas bien.

-¿Por qué?

-Pueden tener algún bicho que se haya metido dentro durante la noche.

Taylor agachó la cabeza para pasar bajo una rama y se adelantó. Se le agrandaron los ojos al ver a las gemelas: ambas estaban completamente desnudas y empapadas. Allie, sentada en el agua, peinaba a su muñeca de trapo, mientras Georgie saltaba para ver el chapoteo del agua a su alrededor.

El agua era tan límpida como el aire. Hunter había escogido un rincón del montecillo donde el agua tenía apenas cinco centímetros de profundidad. Más allá el arroyo formaba una hoya bastante más honda.

El agua no debía de estar muy fría, pues las gemelas no estaban temblando. De pronto, Taylor sintió deseos de estar con ellas. Ansiaba lavarse la cabellera y oler a jabón de rosas en vez de apestar a caballo y cuero viejo.

Allie fue la primera en descubrirla.

-Mira, mamá -clamó-. Estoy bañando a mi bebé.

Taylor dio un paso adelante, sonriendo. -Ya veo.

-Buenos días, madre. Se volvió hacia su hijo.

-Buenos días, Daniel. ¿Has dormido bien? -Hoy voy a ser David -informó él-. Creo que he dormido bien. No me desperté.

Taylor caminó hacia el borde del arroyo. Georgie trataba de alcanzarle puñados de agua. Al menos parecía ser Georgie, puesto que parloteaba. La joven se quitó los zapatos y, al llegar a la orilla, siguió caminando, para alegría de los niños. Hunter, también sorprendido, dejó escapar una carcajada que Georgie imitó al instante.

Cuando la muchacha se sentó en medio del arroyo, en camisón y bata, hasta David esbozó una sonrisa. Victoria apareció tras el recodo, deseosa de ver a qué se debía tanto barullo. Le bastó echar una mirada a su amiga para romper en risas.

Mientras Taylor jugaba con las niñas, ella regresó a las carretas en busca de jabón y toallas. Luego ambas lavaron la cabeza a las niñas. David aseguró que él ya lo había hecho. Estaba totalmente dedicado a limpiar sus botas.

Una vez que las gemelas estuvieron perfectamente limpias, Taylor las puso en una manta junto a Hunter y se alejó por el arroyo, en busca de mayor profundidad. Allí se quitó la ropa para bañarse. Victoria permaneció en la orilla, con el revólver en la mano. Sólo cuando su amiga salió para vestirse reconoció que no sabía usar el arma. Taylor prometió enseñarle en cuanto estuvieran instaladas en el nuevo hogar.

Victoria fue la siguiente en bañarse. Cuando Hunter mandó a David a preguntarles cuánto más pensaban quedarse, ella respondió a gritos, para que el mestizo la oyera, que no quería darse ninguna prisa.

Taylor tendió una manta y, con el revólver en el regazo, comenzó a secarse el pelo. No apartaba la vista de la orilla opuesta, pues había visto un movimiento en la maleza, sin distinguir qué lo causaba. Su amiga disfrutaba plenamente, sin prestar atención a nada. Se había enjabonado la cabellera y ahora comenzaba a enjuagarla. David, ya aburrido, se alejó para jugar con sus hermanas.

Otro movimiento llamó la atención de Taylor. Entornó los ojos para protegerlos del sol, pero aun así no logró ver nada. Probablemente era el viento el que movía las hojas. En ese momento vio los ojos. Eran amarillos. A continuación apareció el contorno del cuerpo. Se trataba de un felino, sin lugar a dudas el más grande que ella hubiera visto en su vida.

En una novela había leído que los felinos no entraban en el agua por miedo a mojarse. Ese gato parecía no saberlo. Taylor se puso lentamente de pie para tomar puntería. El animal volvía a adelantarse y parecía listo para saltar. En el momento en que ella iba a lanzar un grito de advertencia a Victoria, una mano le cerró la boca.

-No haga ruido. No se mueva.

Era Hunter quien lo ordenaba, susurrándole junto al oído. Taylor quedó petrificada. Ni siquiera hizo un gesto para darse por enterada, pues había adivinado la Preocupación del hombre: si Victoria se ponía de pie en el agua, quedaría interpuesta entre el animal y el rifle de Hunter.

Ninguno de los dos miraba ya a la pelirroja. Ambos tenían toda la atención fija en el monstruoso felino. Victoria estaba disfrutando como nunca. Se sumergió de nuevo, perezosamente, y se puso de espaldas bajo el agua, para que el pelo no le cubriera la cara al emerger. Luego se levantó, de frente hacia Taylor. ' Estaba sonriendo, pero al ver a Hunter ahogó una exclamación y se cubrió los pechos con las manos, bajo el agua.

De pronto notó que los dos estaban vigilando la ribera, a sus espaldas. Hunter tenía el rifle preparado y apuntaba. Ella tuvo miedo de moverse. Sus ojos se volvieron frenéticamente hacia Taylor, que marcó una palabra muda con los labios: "¡Abajo!". A Victoria se le aflojaron las rodillas y se hundió lentamente.

El animal saltó en un arco. Hunter disparó dos veces en rápida sucesión, aunque estaba seguro de haberlo matado con la primera bala. El felino cayó con un fuerte chapoteo, a un par de metros de Victoria.

La pelirroja salió precipitadamente del agua, con la vista fija en el animal que se hundía hacia el fondo. Luego lanzó un alarido penetrante y cayó hacia atrás, desmayada. Fue Hunter quien la sacó, escupiendo y llorando. En cuanto él la alzó en brazos, Victoria le echó los brazos al cuello aferrándose como si de él dependiera su vida. Taylor la envolvió en una manta, en resguardo del pudor.

Los niños acudieron corriendo para ver qué ocurría. Taylor se los llevó a las carretas, pues su amiga estaba sollozando y necesitaría de cierta intimidad hasta que pudiera dominar sus emociones. Había sido una experiencia pavorosa. Taylor notó que le temblaban las manos al guardar el revólver en el bolsillo del delantal. Las gemelas, mudas y con los ojos dilatados, escucharon su explicación. Georgie quería ir a ver el gato, pero Taylor no se lo permitió. Cuando terminó de vestirlas y peinarlas, Allie lanzó un grito penetrante: acababa de notar la falta de su muñeca.

Taylor ya tenía los nervios destrozados, pero se aferró a su paciencia. Después de sentar a las gemelas en el pescante, les ordenó que no se movieran mientras ella regresaba al arroyo. El niño se ofreció a ir en su lugar.

-Tú debes quedarte, Daniel -ordenó-. Volveré en seguida. Basta de gritos, Allie. Voy a traerte ese bebé. -Hoy me llamo David -le recordó su hijo¿Te habías olvidado?

Ese asunto de los nombres se estaba volviendo muy complicado. Taylor giró en redondo.

-¿Qué te parece si te llamo Daniel David hasta que te decidas? -sugirió-. Sería más fácil de recordar. -¿Dos nombres? -exclamó él, sonriendo. -Dos nombres, sí.

-Pero ¿y si quiero ser David Daniel en vez de Daniel David?

"Ya empezamos otra vez", se dijo Taylor. Mientras el niño estudiaba las posibilidades, ella regresó al arroyo, murmurando por lo bajo. La muñeca estaba en una piedra, cerca del agua. En vez de agacharse para recogerla, la joven dio un rápido paso atrás. En la piedra, junto al juguete, había una serpiente enroscada, cubierta de motas pardas. La miraba emitiendo una especie de repiqueteo. Taylor quedó petrificada. Iba a llamar a Hunter, pero de pronto le llegó el gimoteo de Allie. Lo único que importaba era recuperar esa muñeca, para que la niña dejara de llorar. No siempre contarían con Hunter para que los cuidara. Y tampoco con Lucas. Era preciso que ella aprendiera a valerse sola, aunque no le gustara.

Sacó el revólver del delantal. Habría preferido que la serpiente se fuera por su cuenta, para no verse obligada a matarla, pero de pronto se le ocurrió otra cosa; y si hubiera enviado a Daniel por la muñeca?

Tomó puntería y mató a la serpiente con un solo disparo. La potencia del proyectil hizo que el animal saltara hacia atrás, hundiéndose en el agua.

Hunter estaba besando a Victoria y disfrutando mucho de la experiencia cuando el ruido del disparo lo volvió a la realidad. Dejando a la muchacha en el suelo, tomó su arma y echó a andar hacia allí, bramando:

-¡Taylor!

-Era sólo una asquerosa serpiente, señor Hunter -anunció ella.

Victoria se acercaba también, pero él la detuvo por un brazo. Iba a indicarle que no se moviera de allí mientras él averiguaba lo sucedido. Al oír la explicación de Taylor habría debido soltarla, pero no lo hizo. Ella se estaba acomodando la manta para cubrirse el pecho, con la cabeza inclinada.

-Ha matado a una serpiente -susurró, levantando la vista hacia Hunter.

-No: ha matado a una asquerosa serpiente -corrigió él.

La pelirroja asintió.

-Yo me habría puesto histérica. Taylor se puso furiosa. ¿Por qué me ha besado?

De inmediato él encontró una mentira adecuada. -Para que dejara de llorar.

Ah -suspiró ella.

Pero Hunter no podía dejar de mirarla. ¡Qué adorable era! En su vida había visto ojos tan verdes. Y su pelo parecía fuego de bronce. Tenía una salpicadura de pecas en el puente de la nariz. Él tuvo que contenerse para no besarlas.

Debía de estar loco para pensar esas cosas. Por un momento había olvidado quién era ella y qué era él. Una dama y un mestizo, combinación imposible.

-¿Piensa pasarse el día ahí, de pie?

El enfado de su voz la hirió en el amor propio.

-Sólo hasta que usted me suelte.

De inmediato él se apartó para volver al campamento. Victoria lo siguió a una distancia respetable. Media hora después estaban listos para partir, por fin. Allie aún estaba alterada; apenas había tocado su desayuno. No quería una muñeca mojada y Taylor no pudo hacerla entrar en razones. Por fin sujetó la muñeca a la lona que cubría la carreta, explicando a la llorosa gemela que el sol la secaría en un abrir y cerrar de ojos. Como su promesa no bastó para serenar a Allie, Taylor declaró que el bebé estaba durmiendo la siesta. Georgie tampoco ayudaba, pues estaba atormentando a su hermana con su propia muñeca. Aún no era mediodía y Taylor ya estaba agotada.

Al atardecer llegarían a Redención, y ésa era la raíz de su inquietud. La ponía nerviosa la perspectiva de presentarse a sus habitantes y la preocupaba la necesidad de hallar un albergue adecuado.

Hunter aumentó sus tribulaciones al insinuar que Lucas bien podía estar ya en la aldea, esperándolos. A ella no le parecía posible, pero el mestizo la convenció: si el asunto de Chicago no lo había entretenido mucho, Lucas podía haber viajado en tren desde Cincinnati a Sioux City, para luego embarcarse en alguno de los barcos que viajaban constantemente por el Missouri.

-Aun así, le llevaríamos varios días de ventaja -objetó ella.

Hunter negó con la cabeza.

-Él no viaja en carreta. Ni habrá perdido tiempo en comprar cosas, como hizo usted en Sioux City. Viajó a caballo, Taylor, y puede tomar todas las rutas directas que no son transitables para una carreta. Bien puede estar ya allá.

Taylor rezó por que Lucas no se le hubiera adelantado. Primero debía hallar alojamiento. Luego se las vería con él. Sin duda se pondría furioso, y a ella la inquietaba la perspectiva de enfrentarse a su ira.

Hunter sonreía al enganchar los caballos. Taylor llegó a la conclusión de que sólo buscaba preocuparla. Ya le ajustaría cuentas. En cuanto él tomó las riendas de la segunda carreta, ella se acercó con Georgie. Él la miró como si supiera por qué lo condenaba a soportarla. Taylor se encogió de hombros y le entregó también a Allie.

Georgie quedó apretada contra su lado izquierdo y la hermana, a la derecha, todavía gimiendo como un animal herido.

Hunter la miró.

-¿Vas a llorar mucho tiempo más? -preguntó. Ella asintió con la cabeza. Hunter se echó a reír. Su carcajada corrió por el bosque, en derredor, y resultó contagiosa. Taylor se descubrió sonriendo. Al mirar a Victoria vio que su amiga también sonreía.

Ahora todos estaban esperando a Daniel David, que estaba entre las dos carretas, tratando de decidir en cuál debía viajar. No le gustaba mucho que lo separaran de sus hermanas, pero tampoco le parecía bien que las dos mujeres viajaran sin compañía.

Fue Hunter quien resolvió su dilema, ordenándole que subiera a su carreta de inmediato. Daniel David no vaciló. Por lo visto, le gustaba que otros decidieran por él.

Hunter encabezó el descenso por la última loma hacia el valle. Daniel David pasó casi una hora sentado en la parte trasera, observando a Taylor. Cada cinco minutos la saludaba con la mano y recibía su respuesta con una sonrisa. Por fin se aburrió de esa vigilancia y se instaló en el pescante, junto a Allie.

Algo pasadas las dos de la tarde llegaron a la última pendiente. La aldea se veía ya con toda claridad, acurrucada entre colinas y montañas coronadas de nieve. Por todas partes los rodeaba la gloria de la madre Naturaleza. Taylor se dijo que ésta había utilizado el pincel para salpicar las laderas con todos los colores del arco iris.

Pero al llegar a Redención se había quedado sin pintura. La primera impresión que le causó la aldea fue de desencanto. Victoria pareció horrorizada por el espectáculo. Lucas había tenido razón al decirle que no había allí sino trece o catorce construcciones. Ella estaba preparada en ese sentido, pero no esperaba tanta fealdad. Todas las viviendas eran parduscas y sucias.

Hunter los condujo hasta el centro de la población A ambos lados del camino de tierra había entablados para andar. Todo estaba construido en madera, y Taylor trató de imaginar lo bonita que sería la aldea si se pintaran los edificios.

-Mira, allí hay un almacén de ramos generales -señaló Taylor a su amiga.

-Y una taberna, justo enfrente -agregó Victoria, con cierta crítica en la voz.

-Ojalá esto no fuera tan silencioso.

Las mujeres mantenían la mirada fija hacia adelante, tratando de no reparar en los hombres que las miraban boquiabiertos.

Los había por todas partes: de pie a la entrada de los edificios, colgando de las ventanas y reclinados en los postes. No había dos iguales por supuesto, pero la expresión era la misma: todos parecían estupefactos.

La noticia de que habían llegado mujeres se esparció con la celeridad de una inundación. Antes de que las dos carretas llegaran al almacén general, toda la población había salido a observarlas. Los diecinueve habitantes.

No era un cálculo aproximado. Victoria los contó para asegurarse.

Taylor no sabía qué se esperaba de ella. ¿Debía sonreír y saludar en general? ¿0 eso sería demasiado atrevido? Quería comenzar bien pero no estaba segura de cómo.

El gentío se estaba acercando. Varios comenzaron a lanzar exclamaciones de entusiasmo. Hunter sujetó las riendas a los postes y se volvió para ayudarla a apearse.

-¿Por qué nadie habla? -preguntó ella, en voz muy baja.

-Les cuesta creer en lo que tienen a la vista -respondió él.

Taylor suspiró, decidida a no ponerse nerviosa, y se quitó el sombrero Entonces estalló el caos. Todos se adelantaron en tropel para ser presentados. Hunter les indicó por señas que retrocedieran. Después de dejar a Taylor en el suelo, se volvió hacia la multitud.

-Es la esposa de Ross.

Un hombre de camisa a cuadros y pantalones holgados se adelantó a los otros. Su barba indócil estaba veteada de gris; tenía una nariz gigantesca y ojos pardos. Después de mirar a Taylor con los ojos entornados, se acercó un poco más.

-Llevo tanto tiempo sin ver una mujer bonita que ya no me acordaba de cómo eran.

-Yo nunca he visto ninguna tan bonita como estas dos -gritó otro-. Hace años que Mamá y Alice Browley ya no nos parecen mujeres.

-Atrás, Cleevis -ordenó Hunter-. Deja respirar a las señoras.

--Sólo quiero olfatearlas-admitió el nombrado. Taylor sintió que enrojecía, pero cuadró los hombros y se abrió paso rodeando a Hunter. El llamado Cleevis aspiró hondo al pasar ella y luego exclamó, como si estuviera en éxtasis:

-¡A rosas! Huele a rosas, amigos. -Eso sí que es bueno.

Taylor no pudo dejar de sonreír ante ese extraño comentario. Al llegar a la parte trasera de la carreta conducida por Hunter, retiró la lona apenas lo suficiente para mirar adentro.

Georgie estaba completamente despierta. Por lo visto acababa de usar la bacinilla, pues Daniel David le estaba acomodando los calzones. Taylor se hizo cargo de la tarea y luego levantó a la pequeñita en brazos.

Ella quería bajar, pero al ver a todos esos hombres que la observaban echó los brazos al cuello de Taylor y sepultó la cara contra su hombro.

Hunter estaba tratando de ayudar a Victoria para que se apeara, pero cada vez que le ofrecía los brazos ella negaba con la cabeza.

-No puede pasarse el día sentada allí -le espetó él-. No voy a permitir que nadie le haga daño.

-Ya lo sé -susurró ella-. Además, puedo cuidarme sola. No tengo miedo.

-Demuéstrelo.

Ella decidió hacerlo. Después de quitarse el sombrero, lo arrojo a la parte trasera de la carreta y luego aceptó la ayuda de Hunter para descender.

Todo el mundo estaba bombardeando a Taylor con preguntas. Los hombres hablaban en voz baja. Ella olvidó su nerviosismo al comprender que lo hacían para no asustar a Georgie.

-¿Adónde se dirige, señora Ross? -preguntó un hombre de gafas gruesas.

-Hemos llegado a destino, señor -respondió ella-. Vamos a establecernos aquí.

-¿La pelirroja está casada?

Era un hombre joven y pecoso el que había hecho la pregunta. Taylor se volvió hacia su amiga, pensando que tal vez quisiera responder personalmente. Pero Victoria no le estaba prestando la menor atención. Había aferrado a Hunter por el brazo y no lo soltaba. Él estaba procurando desprenderse de sus dedos.

-Estuvo casada, sí -explicó Taylor-. Su esposo murió hace pocos meses.

Nadie pareció lamentar mucho la noticia. Victoria recibió tres propuestas matrimoniales mientras daba la vuelta a la carreta para detenerse junto a Taylor.

-Estoy de luto -anunció-. Y me encuentro esperando familia. Ninguno de esos datos cambió la actitud de los hombres. No sabían siquiera su nombre, pero seguían solicitando su mano. Un caballero le dijo que estaría muy dispuesto a dejarle conservar al bebé.

Victoria estudió la posibilidad de dar un puntapié al ofensivo, pero Taylor se echó a reír. Por fin Georgia estaba dispuesta a explorar el nuevo ambiente. Taylor subió los peldaños para depositarla en el entarimado. De inmediato, la niña corrió al interior del almacén.

Taylor irguió la espalda, pero de inmediato dio un veloz paso atrás. Otro hombre, vestido con una gruesa camiseta gris, de mangas largas, y traje de mecánico azul, había rodeado a la muchedumbre y se erguía ante ella en toda su estatura. Era un verdadero gigante, que se acercaba a los dos metros de altura, de hombros enormes y brazos musculosos. Tenía pelo

castaño largo y densa barba. Su aspecto era temible. Agitó como enloquecido un periódico delante de su nariz.

Ella apartó el diario de una palmada.

-¿Qué hace usted, señor?

-¿Es usted lectora?

-¿Cómo dice?

El hombre bramó la pregunta por segunda vez. A Taylor empezaban a retumbarle los oídos.

-¿Me pregunta usted si sé leer? En ese caso, la respuesta es sí.

Esa afirmación lo dejó satisfecho, al parecer, pues lanzó un grito de satisfacción que estuvo a punto dederribar a la muchacha.

Victoria se acercó, rodeando con cuidado al gigante para entrar en el almacén. Varios hombres corrieron tras ella.

Daniel David bajó de la carreta y fue a plantarse junto a su madre. Taylor lo presentó a su público. Hunter la observaba. Cuando ella dijo que el chico era su hijo, alguien trató de discutir, pero una mirada de Taylor acalló la protesta.

-Daniel David es mi hijo -repitió-. Yo soy su madre y Lucas Ross, su padre.

Paseó la mirada por el público, desafiándolos a desmentirla, pero nadie dijo una palabra. Varios hicieron un gesto de asentimiento. Taylor, satisfecha, echó un vistazo a Hunter y lo vio sonreír. Luego se volvió hacia el niño y le dio una palmadita, sugiriéndole que entrara en el almacén para averiguar si allí vendían caramelos de menta.

-Pero Allie...

-Yo voy por ella -prometió Taylor.

El niño entró corriendo, mientras ella volvía a la carreta. Allie continuaba durmiendo profundamente. Después de cerrar la lona, ella se volvió hacia Hunter, quien le hizo una señal afirmativa sin darle tiempo a pedirle que vigilara la carreta. Taylor le agradeció con una sonrisa y giró para entrar.

El gigante fue tras ella, con el periódico bajo el brazo. Victoria, que estaba conversando con el propietario, lo presentó a Taylor. El hombre se llamaba Frank Michaels y estaba felicísimo de conocerla. Le agitó el brazo durante un minuto entero, con un entusiasmo que alegraba el corazón. Frank aparentaba unos cincuenta años; usaba gafas, con una de las lentes quebrada; tenía hombros estrechos y manos deformadas. Sus ojos llamaron la atención de la joven: eran del color de las avellanas e irradiaban calidez, igual que su sonrisa. Repetía, una y otra vez, lo complacido que estaba por conocerla.

Georgie echó a andar hacia la trastienda del local. Pocos segundos después apareció Allie, apoyada contra la puerta de la calle, mirando fijamente a la muchedumbre.

-Rápida, la pequeña -anunció Frank Michaels-. Tiene que haber corrido como el rayo para llegar tan pronto al frente.

Allie vio a su madre y corrió hacia ella, con la muñeca en las manos. El propietario se puso en cuclillas a su lado. De inmediato la niña se escondió tras las faldas de Taylor. En ese momento Georgie apareció a la carrera, rodeando la esquina. El señor Michaels dio un respingo. -Gemelas -susurró.

-¿Cuando tenga un minuto libre, señora Ross, me atiende?

Era el gigante, a sus espaldas, quien hacía ese ruego. Taylor giró en redondo y de inmediato esquivó el diario que él le agitaba en la cara.

-¿Puede leer esto?

-Sí, claro que puedo -respondió ella, tratando de disimular su exasperación-. Hace años que sé leer, señor.

-Oye, Rolly, acaba de llegar. Déjala recobrar el aliento. No la molestes con ese diario.

El propietario protestó por ella. Luego se incorporó, dejando escapar un gemido, y se llevó las manos a la parte inferior de la espalda.

-Tiene usted una bonita familia, señora Ross.

-Gracias, señor Michaels.

-Me haría felicísimo si me llamara Frank.

-En ese caso, usted debe llamarme Taylor. -Será un honor -aseguró Frank.

Rolly no se dejó ignorar ni intimidar.

-Ella me dijo que sí, Frank. La oí muy bien. Taylor no sabía de qué estaba hablando. Antes de que pudiera preguntarle a qué había dicho que sí, Rolly le tomó la mano, la sujetó bajo el codo y se la llevó de nuevo hacia la puerta. Para salir a la calle tuvo que pasar junto a Hunter. Se detuvo para echarle una mirada de preocupación. Luego murmuro:

-Hunter... -y agregó una inclinación de cabeza para completar el saludo.

El mestizo actuó con igual descortesía; respondió a su cabezazo con un gesto ceñudo y agregó, en un tono gruñón:

-Rolly.

Continuaron la marcha. Rolly se detuvo al llegar a los peldaños y aulló su orden.

-Traed el cajón, muchachos. Tenemos una lectora.

Se alzó un estentóreo grito de alegría. Taylor quedó atónita ante esa reacción. Apareció un cajón, como salido de la nada, y lo pusieron en el entarimado, junto a ella. La joven le echó un vistazo y se volvió hacia el gigante.

Él le entregó el periódico y la levantó, dejándola de pie en ese cajón. Otro hombre trajo una mecedora del almacén. Rolly se la agradeció con la cabeza y tomó asiento.

-¿Qué haces, mamá? -preguntó Georgie. Taylor se encogió de hombros, susurrando:

-No tengo la menor idea.

-Tu mamá va a leernos las noticias-explicó Rolly. E hizo una señal a Taylor-. Empecemos.

Ella miró a Hunter, para ver qué pensaba sobre la conducta del hombre. El mestizo estaba de pie a la entrada del almacén; parecía aburrido, pero no preocupado. Desplegó el diario. Era EI *Heraldo de Rosewood.* Ella nunca había oído hablar de esa ciudad. Entonces reparó en la fecha.

-¡Pero si este diario es de hace dos semanas!

-Para nosotros todavía es nuevo -explicó Rolly. -Antes recibíamos muchos diarios de los campamentos que armaban los mineros en las montañas -añadió otro-. Pero todos preferimos El *Heraldo de Rosewood,* ¿verdad, Rolly?'

-Parece que sí -reconoció el mencionado. Taylor se moría por preguntar si su impresión era correcta: ¿acaso nadie allí sabía leer? No obstante, no quería ofenderlos. Sin duda se equivocaba. A esa altura del siglo alguno de ellos debía de tener alguna instrucción.

Decidió dar un rodeo para averiguarlo. -¿Quién leía el periódico antes de que me concedieran ese honor?

Todo el mundo esperó a que Rolly respondiera. -Bueno, lo hacía Frank, generalmente. Pero se le rompieron las gafas y no ha tenido tiempo de hacerlas arreglar.

-Después fue Earl continuó alguien. El gigante asintió.

-No nos gustaba su manera de leer. Tenía una tos seca que interrumpía las noticias.

-Una vez leyó Henry -recordó Frank, desde la puerta.

-Tartamudeaba -interpuso Rolly-. Me volvía loco. Casi le disparé.

-Le disparaste -le recordó Frank. Taylor dilató los ojos, pero Rolly aclaró:

-Eso fue por otro motivo. Comience -ordenó a Taylor, una vez más.

Ella contempló a la muchedumbre, que la miraba con grave expectativa. Sólo había una cosa que pudiera hacer. Leyó.

No le permitieron saltar ninguna sección. Querían que leyera cada una de las palabras impresas. Eso le llevó casi cuarenta y cinco minutos, pues había cuatro páginas; era una bendición que Rolly no recibiera periódicos de ciudades importantes; en ese caso habría tardado horas enteras en leerlo. La interrumpían con carcajadas ante cualquier insinuación humorística y con largas discusiones sobre las malas noticias.

El público era muy agradecido. Cuando ella, terminada la lectura, plegó el diario, todos aplaudieron y le dieron las gracias a gritos. Alguien que aún no le había sido presentado le dijo que tenía una voz muy bonita. Acababa de aprender dos cosas. La primera, que esos hombres se morían por tener noticias del mundo exterior; era obvio que no se contentaban con vivir en su pequeño territorio, sino que deseaban saber lo que sucedía a su alrededor; no eran

ciudadanos pasivos y, por lo acalorado de sus debates, ella comprendió que se interesaban por los actos de gobierno. La segunda cosa se refería a Rolly: los otros habitantes de la aldea preferían no vérselas con él. Lo dejaban sentarse a solas y, por las miradas que otros le echaban, era evidente que le tenían miedo. Sin embargo, a ella le había parecido bastante inofensivo. Taylor bajó del cajón y le entregó el periódico.

-Tome usted, señor Rolly. Y ahora, si me disculpa, tenso cien cosas que hacer antes de que caiga la noche.

El gigante se levantó.

-¿La veremos el domingo, pues?

-¿El domingo?

-Para la lectura -explicó él-. Harrison trae el diario el viernes o el sábado. Todos esperaremos hasta el domingo para escucharía leer.

-Será un placer leerles el domingo. Rolly le hizo una reverencia.

-Estoy dispuesto a demostrarle mi agradecimiento, señora Ross. -Se volvió hacia la multitud con una enérgica mirada-. Es lo que corresponde.

Las cabezas se movieron afirmativamente en rápida sucesión. Taylor dedujo que Rolly no quería pecar de excesivamente considerado o cortés.

-¿Hay algo en especial que usted necesite? -preguntó él.

-Necesitamos alojamiento, señor Rolly -explicó ella-. ¿Podría decirme si hay alguna casa desocupada en la zona? Sé que es mucho pedir, pero estamos dispuestos a pasar un tiempo en cualquier choza abandonada. ¿Sabe de alguna?

Rolly le dedicó una sonrisa; luego se volvió hacia el público que observaba la escena desde la calle. -Ella quiere una casa, amigos. ¿Alguien se opone? -Esperó todo un minuto antes de volverse hacia Taylor-. Asunto arreglado.

-¿Qué es lo que está arreglado? -preguntó ella. -Su casa, señora. Mañana mismo comenzaremos a construirle una.

Ella quedó boquiabierta. Rolly levantó la mecedora para llevarla de nuevo adentro. Al pasar a su lado le sugirió que esa misma tarde eligiera un lugar.

No estaba bromeando. Ella le dijo que era demasiado generoso. Rolly aseguró que no le molestaba. Y a los otros tampoco, obviamente, pues un caballero le dijo que sólo podían asegurarse de su presencia allí si le proporcionaban una casa.

-No queremos que Ross la esconda en las montañas -admitió un joven de aspecto severo.

Frank Michaels se había quedado afuera para escuchar la lectura. Ya había echado un vistazo a las noticias, pero le gustaba escuchar su voz.

-Podrían pasar la noche en la casa de Callaghan -sugirió-. Es sólida y bonita.

-Tiene suelos de madera -apuntó alguien.

-Y Callaghan no volverá hasta el verano -agregó Frank.

-¿No se molestará él si usamos su casa? -dudó Taylor.

-No es de Callaghan -explicó Rolly-. A él le gustó y echó a los dueños hace años. Ellos se la dejaron a Lewis.

El joven pecoso llamado Billy se adelantó. -Cuando Callaghan viene a la ciudad, se hospeda en esa casa. Nadie sabe cómo entra, porque hay cuatro buenas ventanas de vidrio y ninguna ha sido rota. No es por allí por donde entra. Las dos puertas también tienen cerraduras. Es un viejo montañés loco -agregó-. No le conviene tropezar con él.

-¿Un verdadero montañés? -repitió Taylor, en un susurro.

-No creo que usted deba hospedarse allí, a menos que su esposo esté de acuerdo -observó Frank-. ¿Dónde está Ross?

-Resolviendo un asunto importante -respondió ella-. ¿Ese hombre es un verdadero montañés? -¿Quién? -preguntó Rolly.

-Callaghan.

-Sí, de veras -confirmó Rolly, asintiendo con la cabeza.

-Y el señor Lewis ¿estaría dispuesto a venderme la casa? -inquirió Taylor.

-Él quiere venderla. Es lo que le encomendaron los dueños. Lewis tiene los papeles. Si logra venderla, se quedará con su comisión y enviará el resto a St. Louis. Hacia allá fueron los antiguos dueños. No querrá usted comprarla, ¿verdad?

-Lewis es el abogado de la ciudad -aclaró Billy.

Taylor quedó impresionada. Resultaba toda una sorpresa que una aldea de esa magnitud tuviera un asesor legal. Entonces Frank comentó que Lewis no tenía ninguna instrucción formal. Había leído un par de libros y pasó un año trabajando con un abogado, cuando vivía en Virginia City; al instalarse en Redención había puesto su propio letrero. Al parecer no se exigía diploma a los abogados.

-El señor Lewis ¿atiende con algún horario específico?

Los hombres se divirtieron mucho con esa pregunta. Cuando dejaron de reír, Frank explicó que Lewis no tenía oficina. Era el dueño del establo y, cuando no estaba atareado con los caballos, se ocupaba de cualquier asunto legal que se presentara.

-¿Y por qué no les lee el periódico? -preguntó Taylor.

-Cobraba demasiado -explicó Rolly-. Creo que ella no corre peligro, Frank. Callaghan la dejará en paz cuando sepa que es la mujer de Ross. No quiere líos con él.

Victoria entró en el almacén seguida por las gemelas.

-¿Dónde está David Daniel? -le preguntó Taylor. -Ayudando a Hunter con los caballos.

-¿No se llamaba Daniel David? -se extrañó Frank-. Creo que he entendido mal.

Taylor sacudió la cabeza.

-No entendió mal, Frank. El niño tiene ambos nombres hasta que decida cuál le gusta más. Señor Rolly, ¿tendría la bondad de indicarme el camino hacia el establo del señor Lewis?

-Será un honor, señora Ross.

Taylor se acercó a Victoria para hacerle un rápido resumen de la conversación que no había escuchado. -¿Y la casa tiene suelos de madera? -preguntó ella. Rolly le dijo que sí. Victoria pareció a punto de desmayarse de puro gusto.

Una hora después, sin que hubieran surgido inconvenientes, Taylor era la orgullosa propietaria de una casa de dos plantas, con suelos entablados y cuatro lujosas ventanas de vidrio. Ella y su amiga habían solicitado también sesenta y cuatro hectáreas de tierra, según los términos de la Ley de Colonos. Lewis no creía que ninguna de ellas reuniera las condiciones: Victoria era todavía súbdito británico y, por lo tanto, quizá no le permitieran poseer tierras en Norteamérica. En cuanto a Taylor, estaba casada, y Lucas ya debía de haber solicitado una porción.

Taylor llegó sin pérdida de tiempo a la conclusión de que el señor Lewis era un perfecto ignorante cuando se trataba de entender e interpretar la ley. Hasta ella sabía que Lucas debería firmar los documentos de transferencia de la propiedad, pero Lewis se mostró dispuesto a registrar la escritura con su firma solamente. Utilizaba palabras difíciles para enturbiar los asuntos legales y disimular su ignorancia.

Ella insistió en llevarse los papeles para hacerlos firmar por su esposo y le dio veinte dólares como señal. Él la felicitó por su nueva propiedad. Taylor no estaba segura de ser dueña de nada, pero de cualquier modo le estrechó la mano.

Hunter aguardaba con Victoria y los niños fuera del establo. Después de mostrarle los documentos, Taylor le explicó lo que había hecho. El mestizo no trató de discutir con ella ni de recordarle que aún estaba a tiempo de emprender el regreso a la civilización. Su reacción fue, en realidad, bastante extraña: rió hasta que se le llenaron los ojos de lágrimas.

Hunter, Victoria y Daniel David echaron a andar por el centro de la calle, seguidos por Taylor y las gemelas. Georgie tenía un zapato desatado. Cuando su madre logró que dejara de bailotear el tiempo suficiente para hacerle un lazo como Dios manda, el terceto de delante ya había llegado al almacén.

Todo el mundo quería ver la casa antes de que cayera la noche. Hunter levantó a Victoria hasta el pescante y sentó a Daniel David junto a ella. Luego se volvió para esperar a Taylor.

Venía con las niñas de la mano, tratando de apretar el paso rumbo al oeste. El cielo era una gloria crepuscular. Una vibrante corona anaranjada y roja circundaba el sol. Taylor quedó sin aliento ante ese magnífico espectáculo. Georgie la devolvió a la realidad.

-Mira, mamá, el hombre.

-¿Qué hombre, tesoro? -preguntó ella, interrumpiendo apenas su adoración para bajar la vista. -Nuestro hombre, mamá -aclaró Allie.

Taylor se detuvo en seco. Por Dios, ¿cómo podía no haberlo visto? "Nuestro hombre", como lo había llamado su hija, estaba de pie en el centro del camino. La distancia era demasiado grande para juzgar su expresión, pero parecía estar ceñudo.

-Ahora sí que estamos listos -susurró.

Habría querido girar en redondo y huir hacia un sitio seguro, pero de inmediato apartó la idea. Lucas no la asustaba. Se enfadaría con ella, sin duda, pero después de un rato comprendería lo acertado de sus actos. Sólo cabía esperar que no la matara antes.

Cuadró los hombros y reanudó la marcha. Cuanto más se acercaba más crecía su alarma. Él vestía de piel de venado y tenía los dos revólveres colgando de las caderas. Mantenía las manos a los lados. De pronto, ella tuvo la extraña sensación de estar encaminándose hacia un duelo. Lucas tenía toda la ventaja. Caramba, tenía que dominarse. Era la luz del sol lo que le daba ese aspecto mágico e invencible. Los rayos dorados lo rodeaban, como si él acabara de salir del mismo sol.

Por fin pudo verle la expresión. ah, Dios, estaba furioso, sí. Sus ojos eran de hielo.

No supo qué decirle. Al echar un vistazo a Hunter vio su gesto ufano, como si le dijera: "Ahora verás", y lamentó no estar cerca para darle un puntapié. Continuó caminando hacia Lucas y se detuvo a un par de metros de él.

Se miraron durante largos segundos. Taylor notó que estaba cubierto de polvo. También le había crecido la barba, lo cual le daba un aspecto aún más intimidante. Y maravilloso. En su alegría por verlo, Taylor sintió deseos de llorar. Él era todo lo que podía pedir de un hombre, pero lo que la enmudecía era ese aspecto de montañés.

-¿Mamá? -llamó Georgie.

Eso la sacó de su trance. Aspiró hondo y, pegándose una sonrisa a la cara, miró a sus pequeñas para ordenarles:

-Niñas, saludad a vuestro papá.

17

Nuestra voluntad y nuestro destino corren opuestos.
William Shakespeare
Hamlet

-¿Te has vuelto loca?

Lucas se lo preguntó en un susurro. Parecía ronco. Trataba con todas sus fuerzas de dominar el genio, pero le estaba resultando difícil. Le dolía la garganta por el impulso de rugir. Temblaba de alivio al verla aún viva y ardía de furia por los riesgos a que se había expuesto. Pero ella estaba bien, se dijo por décima vez. No se había matado en el viaje. Él, en cambio, había muerto mil veces en su preocupación por ella y los niños, durante el raudo viaje hacia ellos.

Taylor nunca lo había visto tan enfadado. Se descubrió temblando como reacción ante esa furia. Pero no le tenía miedo. Eran sólo... nervios. Sabía que era preciso hacerle frente. Él debía entender cómo iban a ser las cosas.

-Esperaba verte alterado -comenzó-. Pero ver tu cólera es mucho peor que imaginarla. Te agradecería que trataras de serenarte.

-Respóndame, señora Ross.

Ella tuvo que contenerse para no hacer un gesto de miedo.

-Muy bien -accedió, tratando de dar a su voz un tono sedante-. No, no me he vuelto loca. Allie, Georgie y Daniel David tienen pleno derecho a llamarte padre.

-Cuadró los hombros y dio un paso más-. Y, mientras no tengan edad y fuerzas suficientes para arreglárselas sin padres, tendrán que cargar con nosotros dos.

Había interpretado muy mal lo que él le preguntaba. A Lucas le pareció que lo hacía adrede. Pasando por alto ese discurso sobre la paternidad, la devolvió a la pregunta cuya respuesta deseaba.

-¿Por qué has venido aquí? ¿En qué cuernos estabas pensando?

-Queríamos estar cerca de ti. Eso no lo convenció.

-Yo estaba en Chicago -le recordó-. ¿Sabes dónde se encuentra Chicago, Taylor?

-Sí, por supuesto. Él asintió.

Y para estar cerca de mí viajaste más de mil seiscientos kilómetros en la dirección opuesta. ¿No es así?

-No creo que haya sido tanto -objetó ella. Lucas cerró los ojos y contó hasta diez. Luego volvió a empezar:

-¿Cuándo decidiste venir aquí?

Decirle la verdad no parecía buena idea, puesto que parecía a punto de estallar. Estaba buscando pelea, pero Taylor no pensaba darle el gusto. ¡En pleno centro de la aldea, por Dios, y ante un público que crecía segundo a segundo! Ella sabía que nadie más podía escuchar esa conversación. Cuando Lucas se enfurecía no gritaba, sino que hablaba más quedo. Ese detalle de su personalidad era una verdadera bendición.

-No quiero hablar ahora de eso -le dijo-. Cuando tengamos un momento a solas, será un placer responder a todas tus preguntas.

-Mañana mismo te llevaré de regreso -anunció él.

Taylor sacudió la cabeza. No pensaba ir a ninguna parte.

Él la sacudió también, pero afirmativamente. Partirían con la primera luz.

Lucas no quería esperar para recibir sus respuestas, pero se había calmado lo suficiente como para comprender que no estaban en el momento ni en el sitio adecuados para discutir.

-¿Sabes una cosa, papá, sabes una cosa? -Georgie le estaba tironeando de los pantalones, repitiendo la pregunta por quinta o sexta vez. Hablaba en susurros, como si quisiera imitarlo.

La alzó para dedicarle toda su atención. Al contemplar esos grandes ojos azules cayó súbitamente en la cuenta de que, cuando creciera, sacaría de quicio a algún hombre amante de la paz. Igual que su madre.

-No, ¿qué?

-Mamá mató a una asquerosa serpiente.

El desvió inmediatamente la vista hacia Taylor. -¿Eso hiciste?

Ella se encogió de hombros. -Los niños exageran.

-Upa -gritó Allie, alargando los brazos.

Lucas la alzó también y se sorprendió al recibir un beso húmedo en la mejilla. Ella le frotó la barba con la palma de la mano, riendo de placer. Luego le contó que su bebé se había mojado y que ella había tenido que llorar un rato muy largo. Lucas escuchó palabra por palabra. Cuando por fin terminó el relato y ella encogió los hombros, sonriendo de satisfacción, le preguntó qué más había hecho su madre.

Las gemelas se turnaron para informarlo. Taylor quedó atónita ante tanta memoria, pero también mortificada. Peor se sentiría Victoria cuando supiera lo que Georgie acababa de contar a Lucas: que ella estaba desnuda y llorando y que Hunter la había besado igual. Taylor echó a andar hacia la carreta donde esperaba Daniel David, con Hunter y Victoria. Al oír que Georgie se quejaba de que su mamá no le había permitido ver al gato muerto, apretó el paso.

Lucas fue tras ella. Al llegar junto a Daniel David dejó a las gemelas en el suelo. El niño se mostraba súbitamente tímido. Tenía las manos hundidas en los bolsillos y la vista clavada en el suelo. Lucas tenía a una melliza aferrada a cada pierna, lo cual le dificultaba los movimientos, pero eso no le impidió levantar al pequeño para darle un fuerte abrazo.

El chico se lo devolvió. Lucas le susurró algo que le provocó una sonrisa y un gesto afirmativo. Con el niño instalado en un brazo, se volvió hacia Hunter.

-Te debo una.

Su amigo estuvo plenamente de acuerdo. -Ya lo creo.

En ese momento, Frank Michaels saludó a Lucas y comenzó a bajar los peldaños. La gente se había mantenido a distancia durante el reencuentro, pero ahora quería participar. Él se vio rodeado de amigos que se turnaban para felicitarlo por su casamiento.

Las mujeres no pasaron desapercibidas. Se las rodeó de inmediato. Rolly pidió permiso para tocarles el pelo. Lucas, al oír la solicitud, ordenó al gigante que mantuviera las manos lejos de su esposa y de su amiga.

De inmediato Rolly se volvió hacia él. Había notado que no besaba a su esposa. ¿Significaba eso que había problemas conyugales? En ese caso, Lewis podría encargarse del divorcio para que Rolly pudiera iniciar el cortejo de Taylor antes de que pasara un mes.

-No habrá ningún divorcio -aseguró Lucas, enfáticamente, sin apartar la vista de su mujer.

No volvió a dirigirle la palabra hasta mucho más tarde. Les llevó dos horas salir de la ciudad. Todo el mundo les ofrecía alojamiento. Cuando Lucas lo rechazó, invitaron a Hunter. Éste también dijo que no. Taylor fue más diplomática. Después de agradecer el ofrecimiento, explicó que las gemelas estaban habituadas a dormir en la carreta y que la rutina era muy importante, dada la conmoción que reinaba en torno de ellas. Estaban exhaustas y necesitaban dormir bien durante toda la noche. Por fin los hombres se declararon de acuerdo.

En verdad, la rutina era importante para los tres niños, pero el verdadero motivo de que ella no quisiera hospedarse en la ciudad era que su esposo no continuaría ignorándola durante mucho tiempo. Y cuando se produjera la confrontación, era mejor no tener público. Puesto que él se mostraba tan intratable, Taylor decidió no hablarle de la casa que había comprado. Bien podían esperar al día siguiente para mudarse.

Amor y confianza. Las dos palabras se repetían en su mente, junto con las preguntas. Se podían tener ambas cosas y ¿bastaba con una? Ella conocía la respuesta, pero se empecinaba en no dar oídos a la razón. ¿Cuánto tendría que contar a Lucas sobre su pasado?

La respuesta era tan clara como el aire: todo. Como la tarea le parecía temible, dedicó toda su atención a los niños. Mientras estaba ocupada casi era posible apartar de sí las preocupaciones.

Acamparon en una pradera, en el límite sur de Redención. A un lado había un arroyo de aguas claras y el sitio estaba rodeado de árboles.

Al terminar la cena, después de acostar a los niños en una de las carretas, Victoria y Taylor decidieron darse otro baño. Hunter las condujo a la parte más profunda de la corriente y las dejó solas, indicándoles que gritaran si necesitaban algo de él.

Victoria estaba un poco nerviosa. El claro de luna les permitía ver dónde pisaban, pero no la orilla opuesta. Ella no dejaba de entornar los ojos para escudriñar la ribera, en busca de cualquier animal salvaje que pudiera saltar sobre ella. Taylor estaba igualmente aprensiva, aunque por diferentes motivos. Lucas la ponía nerviosa. ¿Qué le diría para hacerle comprender que, en realidad, no quería tenderle una trampa?

Su esposo había desaparecido apenas terminada la cena. Una hora después, cuando volvió al campamento, Taylor y Victoria estaban sentadas en una manta, frente a la lumbre encendida por su amigo. Se sentó frente a ellas. De vez en cuando arrojaba un par de ramitas a las llamas, para mantenerlas encendidas.

Las dos mujeres se habían puesto vestidos limpios para defender el pudor, pero Taylor no se había molestado en usar ropa interior. De cualquier modo,en cuanto subiera a la carreta para acostarse se pondría el camisón.

Los hombres hablaban en voz baja. Victoria se volvió hacia Taylor.

-Lucas todavía está enfadado, ¿no? -preguntó en voz baja.

-Ya se le pasará -aseguró su amiga-. En cuanto comprenda que yo no voy a exigirle nada, estoy segura de que se tranquilizará.

-Él no nos quiere aquí. Lo oí decir a Hunter que mañana nos llevará de regreso.

-No nos iremos.

-¿No puede obligarnos?

-Por supuesto que no -afirmó Taylor. Y se desvió un poquito del tema-. ¿Has notado que lleva horas sin dirigirme la palabra?

-Lo he notado, sí. ¿Estás enamorada de Lucas? La joven dirigió la mirada hacia su esposo, que estaba reclinado contra un tronco, con la mano apoyada en la rodilla, escuchando lo que Hunter le decía. Por su expresión agria, lo que escuchaba no lo hacía feliz. -Lo amo, sí -susurró ella-. Debo de estar loca, en realidad.

Victoria no dejaba de echar miradas de soslayo a Hunter. Recordaba lo maravilloso que había sido estar entre sus brazos. Y cuando él la besó...

Apartó el recuerdo. Hunter se marcharía por la mañana.

-"Los hombres deberían ser lo que aparentan' -murmuró.

-¿William?

-Sí. Es de Otelo. Hunter debería ser duro, cruel y atemorizante.

-¿Ésa fue tu primera impresión?

-Sí. Pero entonces comenzó a mostrarse amable, dulce y considerado.

Hablaba como si el hombre la hubiera engañado. Taylor se solidarizó con su amiga, pues comprendía sus sentimientos.

-Georgie dijo a Lucas que Hunter te había besado. La pelirroja se ruborizó. Luego Taylor le contó el resto.

-También le dijo que estabas desnuda.

-Oh, Dios mío.

Victoria se había puesto roja. Ella sonrió.

-¿Querías que te besara?

Su amiga iba a sacudir la cabeza, pero asintió.

-Se va -dijo.

-¿Estás segura?

-Sí. ¿Cómo puedo sentir que me abandona? ¿No es una reacción ridícula? ¡Si apenas lo conozco!

-Lo conoces muy bien -argumentó Taylor-. Has pasado días enteros con él, desde l minuto en que partimos de Sioux City hasta esta noche. Te estás enamorando.

-Se va -repitió su amiga

-.Eso no importa. Somos dos desdichadas, ¿no? Ninguna de las dos ha aprovechado las lecciones del pasado.

-Mi abuela solía decirme que no siempre podría obtener lo que deseaba. Es algo que no acabo de aprender. -Taylor se volvió con un suspiro-. Tendrías que acostarte. Debes descansar.

-Hoy he sentido que el bebé se movía. Se está fortaleciendo.

-Tú también. Ha sido un viaje difícil, pero no te has quejado una sola vez.

-No me pareció difícil. Hunter mantenía un pasa lento. Y recuerda que me obligaba a caminar junto a la carreta todas las tardes.

-Recuerdo que en varias ocasiones tuvo que obligarte a bajar del vehículo.

Victoria se encogió de hombros.

Ahora comprendo que o hacía por mi propio bien. -¿No te ha dicho por qué se va?

-No sigamos hablando de él -pidió la pelirroja. Echó hacia Hunter una mirada ceñuda-. ¿Crees que Lucas querrá hablar esta noche contigo?

-Temo que sí. Francamente, o sé qué voy a decirle. No debo tratar de serenarlo, ¿verdad?

-Dile sólo la verdad ---aconsejó su amiga-. Si lo amas, tienes que empezar a confiar en él.

-Pero si confío. Tan fácil decirlo, tan difícil hacerlo.

Victoria sacudió la cabeza.

-Tienes una manera muy extraña de demostrarlo. Confías en él para que proteja a tus hijos, pero no creo que le hayas confiado tu corazón.

-No tengo por qué hacerlo. Al notar que había elevado- la voz, Taylor volvió a reducirla a un susurro .-Ese hombre no quiere estar casado. ¿Cómo crees que reaccionaría si supiera que lo amo? Y aventuró la respuesta sin aguardar la de su amiga-. Atrapado -susurró. Volvió hacia Lucas una mirada flamígera, preguntándose por qué tenía que tocarle un hombre tan difícil.

-"Los hombres son siempre engañosos: un pie en el mar y uno en la costa, jamás constantes a una misma cosa." William.

-Eso sí que es cierto -murmuró Taylor. Victoria suspiró.

-No soy la persona adecuada para dar consejos --dijo-. Pero te sugeriría que, si Lucas te va ganando la discusión y no encuentras un argumento lógico, podrías citar a William.

Taylor se animó.

-¿Qué frases me sugieres?

La pelirroja se mordisqueó el labio inferior, pensativa. Pasó un minuto en silencio. Luego dijo:

-Ya sé: "En una falsa disputa no hay valor verdadero".

Taylor repitió la cita con un gesto afirmativo. Victoria añadió otra que podía usar si Lucas no se había enfriado lo suficiente. Ahora bostezaba a cada instante. Taylor se puso de pie y ayudó a su amiga a levantarse. Las dos ignoraban deliberadamente a los hombres. Victoria iba a retirarse, pero se detuvo.

-¿No te extraña que se haya dado tanta prisa en venir? Hunter dice que debió establecer algún récord. Parecía muy apurado, considerando que no quiere el matrimonio.

Le dio las buenas noches en un susurro y rodeó la fogata para ir hacia la carreta, sin mirar a Hunter. Sabía que haría el papel de tonta si, por educación, se despedía de él. Esa noche sufría demasiado para mostrarse sofisticada. ¿Cómo diantre se le había ocurrido apegarse tanto a él?

Levantando la lona de la parte trasera, subió al cajón para trepar al interior. Rompió en llanto antes de haber podido desprender el primer botón de su vestido.

Taylor estaba demasiado inquieta para dormir. No quería seguir sentada junto al fuego mientras su esposo la ignoraba. Estaba harta de su grosería. Decidió salir a caminar. Necesitaba estar sola por unos minutos para dominar sus emociones. La expectativa de la inevitable confrontación le estaba destrozando los nervios. Tendría que explicarle todo, él merecía conocer la verdad. Y eso requería decirle lo de Malcolm. Francamente no estaba segura de tener fuerza ni valor suficiente. Volviendo la espalda a su esposo, echó a andar apresuradamente hacia el arroyo.

Los hombres la siguieron con la mirada. Hunter fue el primero en hablar.

-¿Todavía te arde la cara? Porque la mirada que te echó tu mujer debe de haberte quemado. ---Victoria estaba haciendo lo mismo contigo -señaló Lucas-. ¿La vas a abandonar?

-No veo otra salida. ¿Qué pasó en Chicago? Lucas comprendió la indirecta. Hunter no quería hablar de Victoria.

-Caulder estaba escondido en la casa de su hermano.

-Como tú dijiste.

-No pude apresarlo. Se me interpusieron dos cazadores de recompensas. Pero Caulder partió tan deprisa que no tuvo tiempo de preparar el equipaje. -Dejó el oro.

Lucas asintió.

-Telegrafié a Travis para hacerle saber dónde estaba. Caulder cree que me he apoderado de su fortuna. -¿Vas a ir tras él otra vez?

-No será necesario-explicó Lucas-. Él vendrá por mí. Se llevaron al hermano. Iba vociferando que Caulder me culpaba de haberle arruinado la vida, que se lo cobraría. ¿Lo puedes creer, Hunter? El cretino habla de vengarse porque por mí perdió su carrera y su oro. Ha puesto buen cuidado en olvidar que mandó matar a ocho hombres y los vio morir.

-Mandó matar a nueve -le recordó Hunter-. Tú también debías morir, ¿recuerdas?

-Recuerdo, sí.

-Y aún te preguntas por qué todavía estás con vida, ¿no es así?

Lucas descruzó las piernas para levantarse. -Taylor ya debe de estar bastante tierna -anunció-. Y tengo mucha curiosidad por saber qué la hizo venir aquí. Estoy seguro de que sus motivos van a volverme loco.

La muchacha se había detenido a la orilla del riacho, escuchando los sonidos de la noche. Los grillos habían salido esa noche en tropel y su canto tenía un ritmo palpitante, pero tranquilizador. De vez en cuando algún búho agregaba su voz. Mientras Taylor pensaba en lo

apacible que era todo, en la belleza de los árboles moteados por el claro de luna, oyó un susurro de hojas pisadas al otro lado del arroyo. A su mente acudió la imagen del enorme gato montés, saltando hacia Victoria, y la hizo temblar. Luego oyó el aullido de un lobo solitario. Parecía estar cerca. Taylor giró en redondo y emprendió el regreso hacia las carretas.

Lucas le bloqueó el camino. Estaba dé pie junto a un árbol, apenas a un metro y medio de ella, con un brazo colgado de una rama baja.

No había hecho el menor ruido. Taylor no habría podido decir cuánto tiempo llevaba observándola. Los ruidos de la noche dejaron de asustarla. Se sentía a salvo otra vez, y esa sensación reconfortante le devolvió el valor.

Cruzando las manos a la espalda, miró a su esposo. Aún no se había afeitado, y la barba le daba un aspecto más recio. De pronto sintió deseos de besarlo, para que esas puntas crecidas le frotaran la piel.

-Pensé mucho mientras viajaba hacia aquí -dijo Lucas. Su voz sonaba suave, casi agradable-. Y llegué a algunas conclusiones interesantes. ¿Quieres conocerlas?

-Si tú quieres decírmelas

Él la llamó curvando el índice. Taylor dio un paso más.

-Tú y tu abuela lo tenían todo resuelto, ¿verdad? No mentías al decirme que tu plan era yo.

-No es cierto que lo tuviéramos... Él no le permitió terminar.

-Me han manipulado desde el momento en que dije: "Sí, quiero". ¿No es así?

Taylor sacudió la cabeza. -No fue deliberado que...

Lucas la interrumpió una vez más.

-Claro que sí. ¿Tenías miedo de que yo me negara, si me lo pedías?

-¿Si te pedía qué cosa?

-Que fuera padre. -Él mismo se respondió. Empezaba a convertirse en costumbre-. Tenías miedo, por supuesto. No confiabas en absoluto en mí, ¿verdad?

A cada pregunta su voz se tornaba algo más ronca y apasionada.

-¿Qué me respondes? -exigió.

-Espero escuchar mi propia respuesta -dijo ella-. Casi podría volver a la carreta mientras tú sostienes nuestra discusión. ¿Acaso no lo tienes todo resuelto?

-Estoy tratando de entender cómo he acabado corriendo tras una esposa y tres hijos hasta Redención, Taylor.

Ella inclinó la cabeza.

-Tengo muchas explicaciones que darte -reconoció-. Pero no sé cómo hacerlo. “Ni de dónde sacar valor", agregó para sus adentros.

Él sacudió la cabeza.

-No, no es así como vamos a hacerlo. Yo haré las preguntas y tú las responderás. Tengo unas cuantas acumuladas. Y nada de respuestas a medias, Taylor, porque se me ha agotado la paciencia.

-Sí -prometió ella-. Te lo diré todo.-Los ojos se le llenaron de lágrimas-. Y cuando te haya dicho la verdad, prometo no tratar de impedírtelo.

-¿Impedirme qué?

-Partir.

Él se reclinó contra el tronco. -¿Crees que eso quiero hacer? Ella suspiró, negando con la cabeza.

-No, no te irás. Eres demasiado honorable. Pero es lo que desearás -predijo-. No voy a criticártelo, Lucas. Parecía tener el corazón destrozado.

Él resistió el impulso de tomarla en sus brazos para consolarla. Si la tocaba no obtendría ninguna respuesta esa noche. Y ya había jurado que ninguno de los dos se iría a la cama mientras él no hubiera satisfecho todas las dudas que lo importunaban.

-Cuando te casaste conmigo, ¿sabías que ibas a criar a las mellizas?

-Sí.

-¿Lo sabía la Señora?

-Sí.

-¿Cuándo pensabas decirme lo de Georgie y Allie?

-¿Te refieres al principio?

-Sí.

Ella aspiró hondo. La respuesta no iba a gustarle, pero ella había prometido decir la verdad.

-No debías enterarte jamás -susurró-. Íbamos a separarnos en cuanto llegáramos a Boston, ¿recuerdas? Entonces yo me llevaría a las pequeñas.

-¿A dónde?

-Debía escoger alguna ciudad importante del oeste. Oh, lo tenía todo resuelto, Lucas. -Se interrumpió para sacudir la cabeza por su tonta ingenuidad-. Pensaba contratar a un ama de llaves y a una cocinera. También trataría de persuadir a la señora Bartlesmith para que siguiera siendo nuestra niñera. Si ella no aceptaba, contrataría a otra mujer calificada. Pensaba desaparecer con las gemelas. Sólo la Señora y yo sabíamos que George había muerto. No informamos al resto de la familia.

El masculló la información mentalmente. Luego inquirió:

-Entonces ¿es cierto que te casaste sólo por proteger tu herencia?

En su voz eran evidentes el enfado y la exasperación. Ella retrocedió instintivamente un paso.

-Tú eras mi seguridad -explicó-. Por entonces yo misma no lo entendía por completo, pero la

Señora sí. Insistió en que debía casarme contigo. Estaba bien informada sobre ti. Tenía en su cuarto un cartapacio del tamaño de una sombrerera. Estaba segura de que, si yo te necesitaba para que protegieras a las pequeñas, podría contar contigo.

Lucas se había puesto tenso ante la mención de esos archivos.

-¿Leíste esa información?

No había podido disimular su preocupación, pero la lógica hizo que descartara su pánico inicial. Obviamente la abuela no había podido tener acceso a sus registros de guerra. De lo contrario, no habría permitido que su nieta se casara con él. También existía la posibilidad de que Travis y sus cohortes hubieran suavizado la verdad. Al terminar la guerra él se había convertido en una combinación de pistolero y cazador de recompensas, pero el ejército no lo consideraba así. Caramba, si hasta lo habían condecorado por su valor. En opinión de Lucas, matar era siempre matar y las medallas no cambiaban ese hecho. Las había guardado fuera de la vista. Eran una parte de su vida que estaba decidido a olvidar.

Taylor interpretó mal su reacción, pensando que estaba enfadado por lo de los archivos. No podía criticárselo; la Señora había invadido su vida privada y eso estaba muy mal, aunque lo hubiera hecho con intenciones honorables.

-No, no leí esa información. Confié en mi abuela cuando me dijo que eras un valiente, un hombre de honor. Hasta aseguró que eras un príncipe entre los hombres. Le creí.

Él volvió a relajarse contra el tronco del árbol. Taylor cruzó las manos delante de sí y bajó la vista al suelo. -Tú me hablaste de Redención, ¿recuerdas?

-Sí -replicó él-. Me extrañó que me hicieras tantas preguntas, pero nunca pensé que tuvieras intenciones de venir.

-Dijiste que aquí era posible caminar un kilómetro y medio sin ver a otro hombre. Pensé que las gemelas estarían a salvo aquí. Las mujeres también tenemos sueños -agregó con un gesto afirmativo-. Yo siempre soñé con vivir algún día en la frontera, pero pensaba actuar razonablemente, esperar a que las gemelas fueran más grandes. Sólo que las cosas cambiaron.

-Necesitabas mi ayuda para recuperarlas.

-Sí -admitió ella-. Y la Señora mencionó a las niñas en su testamento. Yo quería creer que Malcolm no las buscaría. ¿Qué podían importarle, si estaban viviendo con su padre y no tenían dinero que él pudiera desear?

-Pero al dejar tu abuela una cantidad considerable para cada una de las gemelas, despertó la curiosidad de Malcolm por saber dónde estaban. ¿No es así?

-Ahora él ha obtenido la custodia legal. En Cincinnati recibí dos telegramas. Tú ya habías partido hacia Chicago.-Agregó esa información para hacerle saber que ella no le había escondido los cables.

-Háblame de eso --ordenó él, viendo que tardaba en continuar.

-Uno era del banquero, para decirme que Malcolm había impugnado el testamento. Mientras no se resuelva el asunto, no se puede tocar el dinero. El otro telegrama era del mismo Malcolm. Ya sabe que el padre de las mellizas murió; me decía que el tribunal le había otorgado la custodia legal de las niñas y que enviaba a una escolta armada para que se las llevara.

Lucas, al percibir el miedo en su voz, sintió deseos de tomarla nuevamente en sus brazos, pero se obligó a permanecer donde estaba. Estaba decidido a averiguarlo todo, aprovechando que su esposa se mostraba tan dócil. -Sigue explicando, Taylor. Te escucho.

Ella ya no podía mirar a su esposo. Giró en redondo para contemplar la noche. Contar secretos de familia era difícil, pero la vergüenza que cargaba la suya tornaba la explicación casi imposible. Marian le había dicho que jamás deberían hablar de esa atrocidad. Era demasiado vil y pecaminosa.

Apretó las manos, pidiendo valor al cielo. Al continuar, en su voz había un eco de tristeza.

-Desde que era muy pequeña he estado huyendo de mi tío. Marian me previno contra él. Me advirtió sobre lo que trataría de hacerme. Me protegió del demonio.

Se volvió a mirarlo, en busca de cualquier señal de disgusto. Al no descubrir ninguna, supuso que él aún no comprendía.

-Desde ese momento en adelante dormí con la cómoda cruzada frente a la puerta de mi dormitorio añadió-. Y con un cuchillo bajo la almohada. Lucas cerró los ojos, sintiendo el embate del dolor que percibía en su voz. La imaginó pequeña, tratando de defenderse contra los apetitos enfermizos de un hombre adulto, y se estremeció de ira. No habría debido sorprenderse, pues en el tiempo que llevaban juntos ella le había hecho suficientes insinuaciones. Pero aun sospechando la verdad, oír la confirmación lo dejaba atónito.

-¿Y él trató alguna vez de...?

Ella no le permitió terminar. Sus palabras sonaron apresuradas, pues estaba deseosa de terminar con el resto de sus pecados antes de echarse a llorar.

-Esa pequeña cómoda no fue obstáculo para Malcolm, por supuesto. Una noche, ya tarde, vino a mi cuarto. Sólo desperté cuando él se sentó en el borde de mi cama. ¡Dios mío, qué terror! Busqué el cuchillo bajo mi almohada y, cuando él quiso cubrirme la boca con la mano, lo corté.

Aspiró hondo, estremecida.

-Gracias a Dios, él no sabía que yo tenía esa arma; de lo contrario, habría podido quitármela. Estuve a punto de dejarlo ciego -añadió-. Él soltó un alarido de dolor. Había sangre por todas partes.

-¿Y qué hiciste? -Lucas mantuvo la voz tan suave como pudo. La ira lo quemaba por dentro y apenas podía contenerse para no gritar de furia por cuenta de ella.

-Corrí a esconderme bajo la cama de la Señora. Esa noche ella había salido. Recuerdo que no me dormí hasta que ella entró en la habitación. Aún no sé qué mentira le dijo Malcolm sobre la herida.

-¿Por qué no le contaste lo que había pasado?

-¿Cómo iba a contárselo? -exclamó ella-. Me sentía sucia y avergonzada. En nuestra casa no se mencionaban esas cosas. Recuerdo que cierta vez me hice un rasguño en la rodilla y traté de mostrárselo a mi abuela. Ella se horrorizó al ver que me levantaba el vestido en su presencia. Si mostrar un poquito de tobillo era vergonzoso, ¿qué hacía yo exhibiendo las piernas desnudas? La cocinera se encargó de limpiarme el rasguño.

Lucas sacudió la cabeza, pero Taylor no lo vio. Mantenía la vista fija en las manos, perdida en sus propios pensamientos.

-Me educaron para que fuera una dama -sedefendió-. Y las damas no hablan de cosas tan indignas. La verdad habría matado a mi abuela.

Él no estaba de acuerdo.

-No la juzgas bien, Taylor. Tal vez no le habría gustado enterarse de la verdad, pero habría hecho algo al respecto.

Como persona adulta, Taylor sabía que Lucas estaba en lo cierto. La Señora había sido su gran defensora. La habría protegido, volcando su ira contra el hijo.

-Los niños no piensan como la gente mayor -explicó-. Al menos, yo no.

-¿Y Marian?

-Ella no podía decírselo a nadie más que a mí. No se sentía capaz de admitir que Malcolm había ido a su cuarto. Oh, Dios, no sé por cuánto tiempo se prolongó aquello. Después ella se casó con George. Desde que nacieron las gemelas estaba desesperada por alejarse de Inglaterra y...

-...y de Malcolm.

-Sí. No quería tenerlo cerca de sus hijas. Y George quería volver a su patria, para que sus hijas crecieran en América.

Taylor dio otro paso para alejarse de él.

Ahora ya lo sabes todo -dijo, en tono de desafío.

-¿Y es ahora cuando, supuestamente, debo sentir deseos de abandonarte, cosa que no haré por lo honorable que soy?

Ella asintió. Lucas negó con la cabeza.

-No me iré a ninguna parte. Ven aquí, Taylor. Quiero abrazarte.

Ella volvió a negar con la cabeza, aun mientras se acercaba a él. En cuanto sintió su contacto estalló en lágrimas. Lucas la abrazó estrechamente, dejándola llorar. No hizo nada por calmarla, pues sabía que necesitaba ese llanto. Había estado soportando una carga infernal y por fin llegaba el momento de dejarla caer. Ya no estaba sola. Decidió decírselo en cuanto ella pudiera escuchar.,

Entre sollozos, ella insistía en decirle que no iba a molestarlo, que en verdad él podía dejarla, si quería, pues ella estaba a salvo en ese territorio. Lucas la dejó divagar. Pasaron largos minutos antes de que Taylor recobrara el dominio de sus emociones. El no tenía ningún pañuelo, pero al parecer no importaba: su esposa se enjugó las lágrimas con la camisa.

Taylor se reclinó contra él, analizando los problemas que aún debía afrontar. ¿Podría Malcolm enviar a sus hombres hasta Redención? Corno no encontraba respuesta, lo planteó a su marido.

-Si ofrece suficiente dinero, alguien vendrá. -Yo podría adentrarme en las montañas- susurró ella.

-Escúchame -ordenó Lucas, cuidando de mantener la voz calma, pues percibía el pánico que volvía a apoderarse de ella. Se había puesto rígida en sus brazos y también la voz le temblaba. Era preciso que siguiera siendo razonable-. No debes seguir huyendo. -¡Pero él tiene la custodia!

-En Inglaterra. Aquí no.

Taylor se apartó para mirarlo a los ojos.

-¿Y eso significa...?

-Vamos a hacer exactamente lo mismo que él. Solicitaremos la custodia legal a nuestros tribunales. El padre de las niñas era norteamericano -le recordó-.

Y obviamente deseaba que sus hijas se criaran aquí, pues cuando murió estaban establecidos en Boston. Taylor no podía olvidar su preocupación. -¿Las autoridades de aquí no respetarán un dictamen emitido en Londres?

-Si nosotros hemos presentado otra solicitud aquí, no -le aseguró él.

-No emplees a Lewis -balbuceó ella-. No sabe nada de leyes.

-¿Cómo lo has descubierto tan pronto?

-Esta tarde hablé con él por otro asunto legal. -Antes de que él pudiera pedirle más detalles, desvió su atención-. Quiero agradecerte tu ayuda, Lucas. Sé que te he puesto la vida patas arriba...

Él no le permitió terminar.

-No me agradezcas nada todavía, Taylor. Primero escucha lo que voy a decirte. Luego decidirás si aún quieres darme las gracias.

Ella asintió con la cabeza. Era un alivio increíble saber que Lucas la ayudaría en su batalla legal contra Malcolm. Apenas podía contener la sonrisa. Su esposo hablaba en serio. Su voz había tomado un tono duro, pero a ella no la preocupaba.

-Te escucho --dijo. "Y luego volveré a darte las gracias", agregó para sus adentros.

-Quiero que entiendas cómo serán las cosas de ahora en adelante -anunció él-. Eres capaz de enloquecer completamente a un hombre, ¿sabes?

Ella sacudió la cabeza. Lucas frunció el entrecejo. -En estas semanas me has sacado de quicio. Todavía me cuesta creer que hayas arrastrado a tres niños y a una embarazada por medio país.

De inmediato ella sintió la necesidad de defenderse.

-A Victoria no la arrastré. Ella quiso venir conmigo.

-¿Y tú siempre sabes lo que conviene a los demás? -Había dado justo en el clavo, identificando su defecto.

-A veces creo que sí -admitió ella-. Pero trato de...

-No me interrumpas. Escucha con atención. No sabes lo que me conviene a mí. ¿Has entendido?

Ella asintió precipitadamente.

-¿Fuiste a consultar a Lewis por el divorcio?

-No, por supuesto -respondió Taylor, estupefacta---. ¿Cómo se te ha ocurrido?

-Has dicho que habías ido a verlo por un asunto legal. ¿Qué otra cosa puedo pensar, diablos?

-No quiero divorciarme -susurró ella.

-Y no vas a hacerlo. Respóndeme a otra pregunta. ¿Decidiste abandonar Cincinnati antes o después de recibir el telegrama?

-Cuando lo recibí, estaba preparándome para partir.

No imaginaba qué motivos tenía él para hacer esa pregunta, pero al parecer le importaba muchísimo. A Lucas le palpitaba atronadoramente el corazón dentro del pecho. Se estaba esforzando por no hacer la pregunta más importante, la que lo había acosado día y noche mientras viajaba para reunirse con ella. Cuanto más la miraba, más difícil le resultaba mantener las palabras encerradas dentro de sí. Su necesidad era dolorosa. Estaba harto y cansado de vivir como un marginado. Quería tener un hogar, una familia. Por encima de todo, quería a Taylor. No deseaba seguir viviendo sin ella. Esa mujer era todo lo que él siempre se había creído indigno de tener. Sin embargo, allí estaba, a dos pasos de distancia. No tenía más que alargar el brazo para tenerlo todo.

Sin embargo, los motivos debían ser los correctos. Lucas no quería una esposa que estuviera ligada con él por obligación. No quería su agradecimiento. Necesitaba su amor.

-¿Por qué huiste de mí?

Ella levantó rápidamente la vista y quedó atónita al ver la vulnerabilidad de su expresión.

-¿Eso pensaste? ¿Que estaba huyendo de ti? Estas montañas son tu hogar. Quería estar tan cerca de ti como fuera posible. Sabía que tú no me traerías aquí. Me dijiste que no era lugar adecuado para una dama. Pero aquí tienes tu corazón y tus raíces. Oh, Lucas, ¿no comprendes? Vine a casa.

No estaba segura de haberlo persuadido. La expresión de su marido se tornó cautelosa. Ya no revelaba nada.

-Te robé tantas cosas... -admitió ella, con voz estremecida por los remordimientos-. Tú apreciabas tu independencia, tu libertad, y yo te las quité como un ladrón en la noche. Te arruiné la vida. Estaba segura de que no me dejarías sola con tres niños a criar. Eres demasiado honorable. Y no quise privarte de todos tus sueños.

-¿Crees de verdad que yo te habría permitido hacer algo que no quisiera?

-No se te permitió elegir -exclamó ella-. El hombre debe poder ir tras sus sueños.

-¿Por eso viniste a mis montañas? Ella asintió.

-Se me ocurrió que podíamos vivir como Daniel Boone y su esposa. Él la dejaba durante años enteros; todos los libros que leí mencionaban que él le traía carne. También leí que ella estaba muy satisfecha.

-¿De veras pretendías que viviéramos así? -preguntó él, con voz incrédula.

De pronto Taylor se sintió estúpida.

-Me parecía muy razonable -admitió-. Pero he tenido tiempo de pensarlo mejor. Yo también pensé mucho durante el viaje. Creo que hasta crecí un poco. Aprendí algo interesante -continuó-: no siempre se puede creer lo que dicen los libros. El hecho de que esté en letras de molde no lo convierte en verdad.

Su sonrisa tomó a Lucas desprevenido. Hablaba como si lo que decía pudiera dejarlo atónito.

-Se supone que a los felinos no les gusta el agua. Yo había leído que temen mojarse. Sin embargo, el gato que saltó contra Victoria no sabía nada de eso. Y ahora pienso que, si la señora Boone amaba a su esposo como yo te amo a ti, no pudo hacerla muy feliz que él se ausentara. Debió de sentirse desgraciada. Eso me pasó a mí, cuando te fuiste a Chicago. No podía dejar de pensar en ti.

-Mírame -ordenó él-. Dilo otra vez. -"Y entonces podremos comenzar a vivir."

-Me sentía desdichada -exclamó ella.

A Lucas le parecieron las palabras más dulces y mágicas de cuantas había oído. Su risa resonó en la quietud. Era un sonido lleno de gozo. De pronto volvía a sentirse sano y libre.

Taylor no esperaba que Lucas se mostrara divertido. Le dolió oírlo reír después de haberle confesado su angustia. Cuando él le alargó los brazos, la joven retrocedió. Pero su marido era mucho más veloz; la sujetó por la mano, con fuerza. Taylor forcejeó par liberarse y no pudo.

Ahora estaban a la distancia de un brazo. Por fin ella abandonó el intento de liberar su mano y lo miró, ceñuda.

-Escucha -ordenó Lucas. Y tironeó lentamente de ella, tomándose todo el tiempo del mundo. No se detuvo hasta tenerla bien pegada a su pecho.

-No oigo nada -susurró ella-. ¿Qué pasa? Miró nerviosamente a la izquierda, por si hubiera algo acechando en la maleza. Hacia la derecha no podía mirar. La barbilla de Lucas se lo impedía.

Él le soltó la mano para ceñirle la cintura. No iba a darle explicaciones. En su mente había escuchado el sonido con toda claridad. Eso era lo único que le importaba.

Era el gratificante sonido de su esposa al recogerse el sedal con que la cubría. Ella se sentía desdichada. Él no podía ser más feliz. Ahora la poseía por completo y no la dejaría escapar jamás. La haría feliz, podía darle todo lo que ella necesitara o deseara. No era necesario que ella conociera su pasado. Sólo importaba el futuro. Su futuro junto a Taylor.

Apoyó la mano en la nuca de Taylor y se inclinó para rozarle los labios con los suyos. Eran tan dulces, plenos y suaves... Sabían a manzanas.

Ella levantó una mano para acariciarle las mejillas. La barba crecida le hacía cosquillas en los labios y en la punta de los dedos. Sólo cuando él empezó a mordisquearle la boca, a provocarla con besos suaves, cayó en la cuenta de lo mucho que deseaba su contacto.

A él no le importaba su pasado. No lo ofendía ni lo disgustaba. Taylor-experimentaba un alivio sorprendente. No había sospechado que la reacción de Lucas tuviera tanta importancia. ¡Por Dios, cuánto lo amaba!

-Llévame a la cama, Lucas.

La invitación intensificó su apetito viril. Llevaban largas semanas separados y él no había pensado en otra cosa que volver a tenerla en los brazos. Estaba frenético por gozarlo todo otra vez, por sentirse estrujado dentro de ella, por demostrarle lo mucho que la amaba. Asentó la boca contra la de ella e introdujo la lengua. Le acarició los hombros y la espalda. Luego la alzó contra su erección.

El beso se tornó hambriento; cuando al fin él apartó la boca, los dos estaban jadeando. Estaba perdiendo rápidamente el control. La alzó en brazos, con intención de llevarla de

nuevo al campamento. Le haría el amor en la intimidad de su carreta y, aunque la espera lo matara, se aseguraría de que ella fuese la primera en alcanzar la satisfacción.

Sintió bajo la mano la piel suave y se detuvo en seco.

-¿Dónde está tu ropa interior?

Ella le estaba dando besos fervorosos en el cuello. -No me la puse.'

Estuvo a punto de dejarla caer. Su paso se tornó lento y deliberado. Cuando llegaron a la segunda carreta, cayó en la cuenta de que también Victoria dormía allí. Taylor, en cambio, no se preocupó.

-Se acostó a dormir con los niños -susurró. Él la ayudó a entrar y la siguió. La cama ya estaba hecha; un grueso colchón, lo bastante ancho para dos, dispuesto en el fondo de la carreta, cubierto por una sábana y una manta.

Cuando Lucas dejó caer la solapa, la oscuridad fue total. Él ya se había quitado toda la ropa antes de que ella, arrodillada en el lecho, terminara con las hebillas

que le sujetaban la cabellera. Lucas se tendió a su lado, sobre el flanco, y empezó a acariciar lentamente la cara interior del muslo, hasta la conjunción de las piernas. Sus dedos rozaron la carne dulce.

Taylor dejó caer la cabeza atrás, con los ojos cerrados, y emitió un gemido de rendición. El placer que estaba recibiendo era casi insoportable. Y cuando los dedos de Lucas penetraron lentamente, su cuerpo reaccionó por instinto, moviendo lentamente las caderas en el ritmo de la cópula, para obtener más de ese esplendor.

Tuvo que ser él quien le quitara el vestido. Taylor no parecía recordar cómo se hacía. Frenética por la separación, trataba de estrecharlo entre sus brazos. Ahora estaban los dos de rodillas, frente a frente. Él le cubrió la boca con otro beso largo, aturdidor. Sus manos le acariciaron los pechos antes de caer hacia la curva de las caderas.

Ella tenía las manos abiertas, apoyadas contra su torso en un contacto liviano como una pluma, provocativo. La respiración de Lucas se aceleró cuando sus caricias descendieron por el cuerpo y se hicieron más audaces. Cuando al fin ella lo encerró entre sus dedos, dejó escapar un áspero gruñido de placer, tan intenso que lo consumía.

Estuvo a punto de perder su control allí mismo. Sin dejar de besarla, le apartó la mano para envolverla en sus brazos, bajándola suavemente hacia el colchón.

Luego rodó hasta ponerse de espaldas, manteniéndola apretada contra sí.

Mientras la besaba otra vez, introdujo un muslo entre sus piernas, a manera de cuña. Taylor se frotó contra él, devastando su autodominio. Él movió la mano hacia la carne húmeda y caliente y la atormentó con los dedos hasta sentir que se retorcía. Sólo entonces la levantó para penetrar lentamente. La tenía a horcajadas sobre él; con una suave presión contra sus caderas hizo que lo recibiera. El ardiente nudo de placer que anidaba dentro de ella pareció estallar en mil fragmentos. Ya no podía esperar. Lo estrujó con fuerza en su interior y empezó a moverse.

El placer que se daban mutuamente no tardó en tornarse insoportable. Ninguno de los dos pudo contenerse. Él fue el primero en culminar, arqueando hacia arriba el cuerpo para darle su simiente; la fuerza de su liberación provocó la de ella, que se derrumbó gimiendo su nombre.

Ambos tardaron largo rato en volver flotando hasta la realidad. Lucas permaneció dentro de ella tanto tiempo como pudo, estrechándola contra sí hasta que su respiración se hubo calmado.

-No sabía que se pudiera...

-¿Que se pudiera qué? -preguntó él.

-De ese modo -explicó Taylor.

Lucas percibió el rubor en su voz y se echó a reír. -Hace un minuto parecías una gata en celo -le recordó.

Ella lanzó un suspiro de satisfacción y cerró los ojos, susurrando:

-Me ha gustado.

-Lo sé. Tengo las marcas de tus uñas para demostrarlo.

Parecía muy arrogante y ufano. Taylor estaba demasiado cansada como para protestar.

Se dijo que Lucas comenzaba a quererla. Con el tiempo, si ella se esforzaba por no ser demasiado autoritaria, por no actuar como si supiera lo que convenía a cada uno, y si lograba demostrar que era apta para vivir en el páramo, tal vez entonces ese cariño se convirtiera en amor. Le había dicho que se sentía desdichada y ahora sólo deseaba que su esposo experimentara lo mismo.

Cuando comenzaba a adormecerse, Lucas se dejó caer a un costado y echó la manta sobre ambos. Luego la rodeó nuevamente entre los brazos, cerrando los ojos. -¿Taylor?

-Sí.

-No vamos a criar a nuestros hijos como te criaron a ti. Que nunca tengan miedo de decirnos algo. Que no se avergüencen de su cuerpo. Y te juro por Dios que, si alguien trata de tocarlos, sabrán gritar a todo pulmón.

18

Quienquiera hacer una torta con trigo deberá esperar la molienda.
William Shakespeare
Troilo y Cresida

Amar a Lucas era fácil; entenderse con ese hombre imposible era algo muy diferente. Taylor sólo descubrió su terquedad cuando él se negó a escuchar razones. Lo que se discutía era dónde iban a vivir, aunque en realidad ella era la única que discutía. Lucas le había dicho que se mudarían a una ciudad grande, y no escuchaba ningún argumento contra ese plan. Ella estaba igualmente decidida a permanecer allí mismo.

Sin embargo, el tiempo estaba de su lado. El viaje había agotado a Victoria, que necesitaba descansar antes de partir nuevamente. La pelirroja acababa de salir de la carreta cuando Taylor dijo a Lucas que ella no estaba bien; al oírla, ella volvió inmediatamente a acostarse.

Hunter estaba recogiendo sus cosas, con intenciones de partir hacia las montañas, pero en cuanto supo que Victoria estaba enferma inventó una excusa tras otra para no alejarse.

Rolly y otros tres hombres, que aparecieron en el claro, pusieron inadvertidamente fin a la discusión. -Esta discusión no ha terminado -susurró Taylor a su marido, antes de girar hacia sus visitantes con una sonrisa.

-Aquí no hay nada que discutir -informó Lucas-. En cuanto Victoria se sienta mejor, nos vamos. -Y se puso en cuclillas para averiguar qué requerían Georgie y Allie, que estaban reclamando su atención. Hunter, con la ayuda de Daniel, estaba apagando la fogata que había encendido para preparar el desayuno. -Ross, Hunter -saludó Rolly, con sendos cabezazos. Luego hizo una reverencia a Taylor-. Buenos días, señora Ross. Ya que usted se ha comprado una casa, yo y los muchachos venimos a ver si no necesita algunas reparaciones. Vamos a sacar todos los bichos, para que los chicos no corran peligro de pisar algo feo.

Durante esa parrafada Lucas se había puesto de pie. Allie se escondió detrás de su pierna para observar al gigante. Georgie, más audaz, se acercó para tironearle de los pantalones hasta que él bajó la vista.

La niña perdió el equilibrio con tanto esforzarse por mirar hacia arriba y tuvo que retroceder. Luego alargó los brazos, esperando.

Rolly miró a Taylor, preguntando con nerviosismo: -¿Qué es lo que quiere?

Georgie respondió antes de que su madre pudiera hacerlo:

-Upa:

El hombrón parecía estupefacto.

-Pues yo nunca he alzado a un bebé. Claro que podría probar, si usted no se opone, señora Ross. -Por supuesto, señor Rolly -autorizó Taylor. -Rolly, solamente -aclaró él. Y se agachó para levantar suavemente a Georgie, sosteniéndola en el aire con los brazos estirados-. Pesa lo que una pluma. -¿De qué hablaba Rolly, Taylor? -inquirió Lucas. Ya había tenido demasiada paciencia. Ahora quería una respuesta inmediata,

El gigante se adelantó.

-Ella se ha comprado una casa. ¿Ya puedo bajarla? Tengo miedo de romperle algo.

Taylor recibió a Georgie en sus brazos. Los hombres despidieron a la niña con una sonrisa y luego siguieron al jefe, que ya iba cruzando el claro.

-A primera hora de la tarde la ayudaremos a mudarse, señora Ross -anunció.

Taylor dejó a la pequeña en el suelo, ordenándole que fuera con su hermana a ayudar a Hunter. Luego se volvió hacia su esposo.

Ayer compré una casa. Para eso visité a Lewis. -Y agregó apresuradamente-: Todavía no la he visto, pero no dudo que esté bien. Tiene el suelo entablado y vidrios en las ventanas.

En Redención sólo había una casa que tuviera ventanas de vidrio. Lucas soltó una blasfemia.

-La casa de Callaghan -susurró-. ¿Lewis te vendió la casa de ese viejo loco?

No gritaba, pero era lo mismo. Taylor se apresuró a tranquilizarlo.

-No es de él. Y, aunque partamos pronto, necesitamos algún lugar donde pasar la noche.

-No.

-Sé razonable, Lucas. Él se acercó un paso.

-Soy razonable. Ese hombre está loco, Taylor. Un día, al despertar, lo encontrarás sentado a la mesa, esperando que le sirvas el desayuno. Con sólo sentirle el olor te caerás de espaldas. No creo que se haya bañado una sola vez en veinte años. Se irá cuando a él se le antoje. Y, cuando lo haga, se llevará la mitad de tu equipaje. Taylor disimuló su alarma.

-¿Es peligroso?

Lucas estaba a punto de mentir, pero decidió no hacerlo.

-No -admitió-. No te hará daño, pero a los diez minutos de tenerlo allí querrás matarlo. No se hable más del asunto. Nos quedaremos en la pradera.

Victoria, que había escuchado la discusión, los estaba espiando por entre la lona de la carreta. Cuando parecía que Lucas iba a ganar la discusión, Taylor volcó la balanza.

-Mi querida amiga está enferma -anunció-. Necesita una cama adecuada. ¿Estás dispuesto a llevarnos a todos a la casa de tus hermanos, para que nos den alojamiento hasta que ella se sienta mejor?

A él le habría encantado esa solución, pero no era buena idea.

-El rancho está a un día de viaje a caballo, a todo galope. Con carretas y buscando caminos buenos, podríamos tardar hasta cuatro días.

-Lewis me dijo que Callaghan no suele bajar de la montaña hasta mediados del verano.

-Por entonces estaremos viviendo en la ciudad -dijo Lucas.

-Entonces no habrá problemas en ocupar la casa por una sola noche.

Finalmente él cedió, asegurando que era sólo por una noche y por la salud de Victoria. La última palabra fue suya.

-Partiremos mañana mismo, si ella está mejor. En opinión de Taylor, la casa era tan maravillosa como un palacio. Tenía una gran ventana de vidrio a cada lado de la entrada y otra arriba, en la planta alta. La zona de estar era bastante amplia. A la derecha había una larga mesa de madera, con bancos a cada lado, con sitio para ocho o diez adultos de buen tamaño. Contra la pared posterior, una cocina de hierro negro y un pequeño hueco con estantes y una larga encimera.

Frente a la puerta de entrada se veía una chimenea de piedra. A la izquierda, una cama, cuyo colchón ya había sido ventilado, según aseguraba Rolly. Y, en el rincón opuesto, una puerta que daba a otro dormitorio. Allí había una cama contra la pared, con un cajón al lado, y otra ventana de vidrio.

Los peldaños que llevaban al desván se alzaban al otro lado de la chimenea. Taylor llevó a los niños arriba para que inspeccionaran el sitio donde dormírían. Su único temor era que alguna de las gemelas pudiera tratar de trepar a la barandilla, pero Hunter le aseguró que las niñas no cometían esas imprudencias. Mientras él las defendía, Georgie metió la cabeza entre dos de los barrotes y quedó atascada allí. Lucas había llevado a Victoria adentro, pues su amigo se negaba a acercársele. Al oír los gritos de la pequeña, depositó a la pelirroja en uno de los bancos y subió para liberar a su hija.

Tanto él como Taylor quisieron que Victoria ocupara el dormitorio de atrás. Tanta consideración le llenó los ojos de lágrimas.

-¿Cree usted que mañana se sentirá mejor? -le preguntó Lucas.

Ella miró a Taylor para saber qué responderle. Hunter hizo lo mismo. Al ver que la muchacha negaba rápidamente con la cabeza, Victoria se llevó una mano a la frente, diciendo:

-Eso espero, pero me parece dudoso. Entonces el mestizo se puso furioso.,

-¿Está enferma o no? -interpeló.

La pelirroja quedó atónita ante su enfado. Al ver que se le acercaba a grandes pasos dilató los ojos y dejó caer la mano hasta la base del cuello. Él no esperó respuesta. Se detuvo ante ella, muy erguido, fulminándola con la mirada.

-No puedo irme si estoy preocupado por usted -le espetó-. Respóndame, mujer. ¿Está enferma de verdad?

Ella se aferró a la primera parte del comentario, pasando por alto su pregunta.

-¿Está preocupado por mí? -Su voz se había tornado suave y sofocada. El verde de sus ojos era como el de las esmeraldas, ya empañado de lágrimas.

-No dé a esto más importancia de la que tiene -le advirtió él-. Lo que yo sienta y lo que yo haga son dos cosas muy distintas. Pero usted no tendría que estar aquí.

-¿Por qué?

-Porque es una dama -murmuró él-. Y está esperando añadió con un cabezazo, por si ella lo hubiera olvidado.

La muchacha se levantó, rozándolo con el vientre. No podía retroceder, porque la mesa se lo impedía. Él tampoco, porque se lo impedía el orgullo.

-Tengo todo el derecho de ir a donde me plazca -afirmó ella.

-No es cierto -contraatacó él, por pura tozudez.

-¿Por qué no?

-Porque está gruesa.

A él le parecía completamente lógico. A Victoria, ridículo. Estaba enrojeciendo por la irritación y el azoramiento. ¿Cómo se atrevía ese hombre a decirle qué podía y qué no podía hacer?

-"En una falsa disputa no hay valor verdadero", señor Hunter -citó-. Así lo escribió William.

-¿Qué diablos significa eso? -acusó él, levantando la voz-. Será un gusto verme libre de usted, Victoria. Estoy hasta la coronilla de verla llorar por su esposo y repetirme las grandes cosas que él le decía. Ese hombre murió. Usted no. Entiéndalo de una vez y siga adelante.

Ella quedó boquiabierta. ¿Creería Hunter que William había sido su marido? Se encontró sin palabras, pero no por el error de interpretación, sino por el enfado y los celos obvios que tenía ante sí.

Los rodeaba el caos. Lucas iba y venía entre la casa y la carreta, cargando lo que, según Taylor, eran las cosas indispensables para pasar la noche allí. Los niños estaban en la parte trasera, observando a Rolly y a sus hombres, que limpiaban de maleza un patio. Taylor había subido al desván para preparar camas con las esterillas y las mantas llevadas por Lucas.

A Victoria se le estaba entumeciendo el cuello de tanto mirar hacia arriba, a Hunter.

-No quiero que te vayas -susurró.

Él no pudo contenerse. Le puso las manos en los hombros y oprimió con suavidad. Quería inducir un poco de sentido común en esa mujer, que actuaba como si él tuviera todo el derecho del mundo a quedarse.

Una lágrima se le deslizó por la mejilla. Él la atrapó con el pulgar. Quería hacerle entender cómo debían ser las cosas.

-Mi abuela era crow.

-Mi abuela era irlandesa.

Por lo visto, tendría que ser más directo. Ella aún no entendía que debía tener prejuicios.

-Soy mestizo -le recordó, bajando la voz.

-Yo también -fue la inmediata respuesta. Él se enfureció.

-¡No digas tonterías!

Ella no se dejó intimidar por el grito y le clavó un dedo en el pecho.

-Soy mitad irlandesa y mitad francesa. Y no me digas que no. Así son las cosas.

El renunció a discutir con ella, viendo que se negaba a usar la lógica.

-Me voy.

Victoria lo sujetó por la hebilla del cinturón. -Probablemente no estoy enamorada de ti. -Quiera Dios que así sea.

Ella se irguió de puntillas, al tiempo que él se inclinaba. La boca de Hunter cubrió la suya y sus brazos le rodearon la cintura. La besó largamente, con fuerza.

Cuando recuperó los sentidos y se apartó, ella estaba sofocada, mirándolo con una expresión soñadora y extraña.

Quería besarla otra vez, pero no se atrevió, Dejó caer las manos a los lados. Esa mujer le estaba haciendo creer que lo imposible podía ocurrir.

-Suéltame -ordenó.

-Puedes irte cuando haya nacido el bebé -barbotó ella al mismo tiempo.

-Ninguna mujer va a decirme qué debo hacer. Ella volvió a sentarse en el banco, con la cabeza inclinada.

-Vete, pues. No necesito de ti ni de nadie. Me iba muy bien cuando estaba sola.

El resopló.

¿Y qué me dices de tu marido?

Decidió no quedarse a esperar la respuesta. Probablemente le endilgaría otro de los elegantes dichos del caballero. Y entonces él perdería por completo los estribos. Al llegar a la puerta la oyó susurrar: -Nunca tuve marido. Haces bien en alejarte de una mujer como yo.

Él se detuvo en seco. Sin volverse a mirarla, preguntó:

-¿Y quién es ese William?

-Un dramaturgo famoso. Se llamaba William Shakespeare. Vivió hace siglos.

Hunter permaneció allí durante un minuto entero, sin decir una palabra. Luego salió. Victoria se levantó para correr al dormitorio. Antes de haber cerrado la puerta ya estaba llorando.

El llegó al centro del claro antes de detenerse. Dedicó cinco buenos minutos a reflexionar sobre el asunto. Lucas se estaba disponiendo a cortar leña. Mientras se quitaba la camisa, su amigo salió violentamente de la casa, murmurando por lo bajo. Cuando lo vio detenerse y quedar inmóvil durante tanto tiempo, adivinó con exactitud lo que estaba sucediendo.

Georgie pasó a la carrera a su lado. Él la atrapó en sus brazos.

-No molestes a Hunter -1e susurró, alzándola. Un segundo después era Daniel el que pasaba. Lucas lo *sujetó* también, estrechándolo contra su costado. -Deja en paz a Hunter -dijo.

-¿Qué está haciendo? -preguntó el niño. Él sonrió.

-Debatiéndose. En cualquier momento caerá en la cuenta de que es inevitable. -No apartaba la vista de su amigo-. ¿Por qué no vais a ver qué está haciendo vuestra madre?

En cuanto dejó a Georgie en el suelo, Daniel la tomó de la mano para llevarla a la casa.

Por fin Hunter se había decidido. Giró en redondo y se acercó a Lucas.

-Voy a quedarme por unos días -anunció. -Me vendrá bien contar con tu ayuda.

El mestizo asintió. Por suerte, su amigo no le preguntaba por qué había cambiado de opinión. Se apresuró a cambiar de tema.

-¿Te parece que Caulder puede aparecer por aquí un día de éstos?

-Aparecerá, si está convencido de que yo tengo su oro -respondió Lucas.

-Tal vez lo alcancen antes de que llegue a Sioux City.

-Tal vez.

-Victoria no debería viajar hasta que nazca el niño. El viaje hacia aquí fue muy duro para ella. Necesita descansar.

-¿Estás sugiriendo que nos quedemos? -No veo otra salida -respondió Hunter. Lucas estaba preocupado por ella, por supuesto, pero también por su esposa y sus hijos. El territorio salvaje no era buen lugar para ellos. Se le ocurrían por lo menos diez motivos por los que no

resultaba seguro. Cualquiera de ellos podía pisar una serpiente, ahogarse en el arroyo o ser destrozado por un oso. La lista era interminable.

Pero Hunter tenía razón: era preciso quedarse hasta que naciera el niño.

Hunter fue luego a la aldea, en busca de algunas cosas que necesitaría para reforzar la escalera. Durante la cena, Lucas informó a Taylor de que su amigo había decidido quedarse hasta que Victoria tuviera a su bebé. Ante esa noticia, la pelirroja rompió en lágrimas. Después de pedir disculpas desapareció en el dormitorio.

-¿Qué le pasa? -preguntó Daniel David.

-Está feliz -explicó Taylor.

Lucas sacudió la cabeza. La reacción de Victoria le parecía muy extraña. Luego fijó la atención en su esposa, que esa noche estaba hermosísima, con el pelo suelto a la espalda y la cara sonrosada por el calor de la cocina. Se habría conformado con observarla el resto de la noche.

Ella no le estaba prestando ninguna atención. Georgie había empujado deliberadamente el bizcocho de Allie, haciendo que tocara el trozo de cerdo salado, lo cual provocó inmediatamente un alboroto, y Taylor se encontraba muy atareada en tranquilizar a una y sermonear a la otra, todo al mismo tiempo.

Cuando Allie se interrumpió para aspirar hondo, a fin de lanzar otro alarido, Lucas introdujo la otra noticia:

-Nos quedaremos aquí a esperar el bebé de Victoria. Cuando nazca nos iremos.

Ella le dedicó una sonrisa radiante. Al momento él le recordó que esa vivienda era temporal.

-No creas que he cambiado de idea. Nuestros hijos no se criarán aquí.

-No, por supuesto -aseguró ella.

Él actuó como si no la hubiera escuchado.

-Es demasiado peligroso, para ellos y para ti. Tú eres demasiado frágil para vivir de un modo tan primitivo. En el otoño nos mudaremos a la ciudad.

-¡Pero si tú detestas la ciudad!

-Me acostumbraré.

Taylor, aunque con estuerzo, pudo controlar su genio.

-¿Has pensado en alguna ciudad en especial? -Volveremos al este.

Ella se quedó esperando detalles. Al cabo de uno o dos minutos cayó en la cuenta de que él no diría una palabra más sobre sus planes.

-No soy frágil, Lucas. - Él no quiso escuchar.

-En el otoño nos iremos. No pienses siquiera en instalarte aquí.

Taylor le aseguró que no lo haría.

A la mañana siguiente colgó unas cortinas a cuadros amarillos y blancos. Dijo a Lucas que era sólo por tener intimidad, cosa bastante ridícula, considerando que vivían en el páramo. Se mudarían, claro. Por supuesto que lo sabía. ¿Acaso él no se lo había dicho cien veces, por lo menos? Pero eso no les impedía vivir con comodidad, mientras tanto.

Esa noche él vio el mantel en la mesa. Y los platos pulcramente apilados en los estantes. En la cama de ambos había un cobertor nuevo y, en la repisa, un jarrón lleno de flores silvestres. Aquella casa se parecía cada vez más a un hogar.

Rolly les permitió comprar la mecedora a Frank, bajo la condición de que se la prestarían los domingos por la tarde, para escuchar la lectura del periódico. Taylor accedió de buena gana. En opinión de Frank, Rolly no tenía por qué imponer condiciones. Por más que la mecedora fuera obra suya, eso no le daba derecho a pedirla prestada cada vez que se le antojara. Después de todo, la había vendido a Frank.

Al gigante no le gustaba que le dijeran qué podía hacer y qué no. Por lo tanto, asió a Frank por la pechera y estaba a punto de darle una buena sacudida cuando Taylor se interpuso.

-¿Fue usted quien hizo esta magnífica mecedora, Rolly?

El gran respeto de su voz conquistó la plena atención del gigante. A ella le parecía magnífica. Lo había dicho con toda claridad. Olvidando que aún tenía colgado a Frank, hizo un gesto afirmativo.

-¿Por qué? -preguntó, para no dejar entrever que estaba orgulloso de su obra.

Taylor se sentó en la silla, deslizando los dedos por la madera lustrada. Rolly se volvió a observarla, arrastrando a Frank tal como Allie arrastraba su muñeca de trapo.

-Es sólida -aseguró. Y su voz ya no sonaba gruñona:

-Es estupenda -declaró ella-. No creo haber visto en toda Inglaterra algo tan bien hecho -exageró-. Usted es un gran artesano, Rolly.

El gigante dejó caer a Frank para correr hacia ella. -No tiene un solo clavo -anunció-. Yo no hago trampas.

Hizo que Taylor se levantara para dar vuelta el mueble, a fin de mostrarle mejor su construcción. Frank se recobró muy pronto del arrebato de Rolly. Con el correr de los años se había habituado a que lo sacudiera o lo empujara de un lado a otro. Ya no le temía. Sabía que el gigante no era capaz de matarlo, pues lo consideraba su amigo. Y en esos lugares, un amigo era algo difícil de conseguir. No obstante, Frank conocía los límites de su paciencia; por ese motivo no se atrevió a sonreír cuando los cumplidos de Taylor convirtieron al feroz gigante en un niño ruboroso.

Rolly aseguró que siempre había sido hábil con las manos y que finalmente decidió sacarles provecho. Trabajaba en su casa, agregó, señalando la última construcción de la calle.

-En el cobertizo tengo madera suficiente para hacer veinte mecedoras -aseguró-. Y tardo exactamente dos semanas en hacer una bien sólida.

Taylor le preguntó si se animaría a hacer una cuna para el bebé de Victoria. Le aseguró qué estaba dispuesta a pagar un buen precio. Y él dispondría de todo el verano para trabajar en ella.

Rolly se frotó la barba crecida y musitó que debía pensarlo.

Ya avanzada la noche, cuando todos estaban acostados, Lucas la despertó para hacerle el amor. Ella estaba tan cansada que no creía tener fuerzas ni voluntad para eso, pero sus cálidas caricias y sus besos ardientes pronto la hicieron cambiar de idea. Se tornó tan exigente y desesperada como él. Cuando encontró satisfacción, él acalló su grito de éxtasis con la boca.

Se derrumbó sobre ella; al oírla gemir rodó hacia un costado, acercándola a sí. Ella trató de encerrar dentro sus palabras de amor. No quería cargar a Lucas ni hacerle pensar que ansiaba desesperadamente su juramento de amor. Pero en verdad lo ansiaba. Por mucho que se esforzara por ser razonable, no podía desprenderse de sus ansias.

Esperó a que él se quedara dormido para susurrarle:

-Te amo, Lucas.

Por exhausta que estuviera, el sueño la eludía. Al fin de cuentas, debía agradecer que su esposo no la odiara, después del cambio radical que ella había impuesto en su vida, sin darle ninguna oportunidad. El pobre detestaba el matrimonio. Y ahora debía cargar con una esposa y tres hijos.

Taylor pasó un largo rato compadeciéndose de Lucas. Luego volvió la compasión hacia sí misma. Era un milagro que su esposo tolerara siquiera mirarla. No era tan bonita como Victoria y nada fácil de amar, por cierto. Tenía demasiados defectos. Era autoritaria, terca y rígida. En otros tiempos esos fallos le habían parecido virtudes. Cuanto sabía de la vida provenía de su abuela, que le había enseñado a ser disciplinada y a dominarse. Una no debe exigir ni quejarse; tomas lo que te dan y le sacas el mejor partido posible. A nadie le gustan los gimoteos; cuando no puedas contener el llanto, es preciso buscar un lugar privado para que nadie te vea ni te oiga. Una dama es una dama desde el momento en que abre los ojos, por la mañana, hasta que vuelve a cerrarlos por la noche.

Taylor estaba harta de ser siempre correcta. Era un esfuerzo terrible. El impulso de gritar cuando algo la importunaba se hacía cada vez más fuerte. Cada vez le resultaba más atractiva la idea de atacar a puntapiés a Lucas para hacerlo entrar en razones.

Él la estaba obligando a renunciar también a su sueño. Si se lo hacía notar, él se limitaría a decirle lo mismo que repetía casi desde el casamiento: que ella no era lo bastante fuerte. ¡Frágil, decía! A ella le parecía lo más insultante que hubiera podido decir.

Le demostraría que estaba equivocado. Sí, ésa era la solución. Nada ganaría argumentando que era tan fuerte como él. Las palabras se las lleva el viento. Hacía falta una demostración. Taylor dejó de auto compadecerse para pensar en el verano que tenía por delante. Contaba con tres meses para demostrar a Lucas que ella no era frágil.

Una vez que él comenzara a mirarla en un pie de igualdad, sin duda la trataría como correspondía a una esposa, compartiendo con ella sus esperanzas, sus preocupaciones y su pasado. Había estado en la guerra: eso era lo único importante que sabía de él. Pero ¿qué había hecho antes y después? ¿Cómo había sido su niñez? Ella le había hecho preguntas, sí, pero sin recibir ninguna respuesta. Lucas se cerraba. No le había dicho siquiera si había podido atrapar al hombre que perseguía en Chicago. ¿Cómo se llamaba? No pudo recordarlo.

El amor y la confianza iban de la mano. Taylor se quedó dormida mientras pedía a Dios que le diera ambas cosas.

19

El príncipe de las tinieblas es un caballero.
William Shakespeare
El rey Lear

A la mañana siguiente Taylor puso en acción su plan. Sería la perfecta esposa, madre y pionera. Se levantó una hora antes que de costumbre y, cuando el resto de la familia abrió los ojos, ya tenía el desayuno preparado. Si a Lucas lo sorprendió verla trabajar con tanta diligencia, no dijo nada.

Después del desayuno, cuando los niños salieron con Victoria, él le dijo que se iba.

-Un hombre que pasaba dijo a Frank que en Rosewood habría un juez federal concediendo audiencias, el resto de esta semana y toda la siguiente. Si me doy prisa, tal vez pueda solucionar de inmediato este asunto de la custodia.

-No te parece que yo también debería ir? Él sacudió la cabeza.

-No creo que sea necesario.

Ella no estaba de acuerdo. Sin duda haría falta su testimonio y su firma en los papeles. Sin embargo, no discutió con su esposo, pues él le aseguró que el juez iría a continuación a Virginia City; si era necesario, Lucas la llevaría hasta allí.

Taylor lo ayudó a preparar el equipaje y luego lo siguió al exterior. Hunter ya le había ensillado el caballo. Después de entregarle las riendas, se alejó para conceder a la pareja algunos minutos de intimidad.

-Cuídate, por favor.

Lucas estaba esperando esa orden, pero notó con sorpresa que le hacía bien escuchar esas palabras. Jamás se acostumbraría a que su esposa se preocupara por él. Su amor todavía lo abrumaba.

-Te lo prometo. -Se inclinó para darle un beso de despedida. Ella se dejó caer contra su cuerpo-. En cuanto obtengamos la custodia legal de las gemelas, averiguaré qué debemos hacer para adoptar al niño.

A ella le pareció una idea tan maravillosa que los ojos se le llenaron de lágrimas. Luego Lucas llamó a los niños para explicarles que estaría ausente durante algunos días. Dio un beso a cada uno de los tres y les encargó que cuidaran de su madre. Taylor notó que, al dar esa indicación, miraba fijamente a Georgie.

Allie lloró al ver que se iba; su hermana acabó por imitarla. Taylor no trató de acallarlas: estaban haciendo exactamente lo que ella habría deseado hacer. Después de elevar una plegaria, pidiendo que él no tardara en regresar, volvió a su trabajo.

Durante la ausencia de Lucas, Taylor hizo una huerta con coles, guisantes, nabos y cebollas. Rolly vino a traerle una sorpresa: una segunda silla mecedora, idéntica a la primera,

que había comenzado a hacer meses atrás, sin decidirse nunca a terminarla. Se le había ocurrido que Victoria podía sentir deseos de mecerse mientras Taylor tuviera su mecedora ocupada. Ella se emocionó ante el regalo; después de cubrirlo de alabanzas y entender que él no quería cobrar, por mucho que se le insistiera, cambió de tema y le pidió consejos con respecto a su huerta.

Rolly terminó ayudándola en la tarea. Le hizo desenterrar todas las cebollas, explicándole que estaban demasiado hondo y que jamás encontrarían el camino hacia el sol. Ella tardó dos días enteros, trabajando desde el amanecer hasta el crepúsculo, en terminar la huerta.

Rolly puso un cerco de alambre tejido alrededor. Le advirtió que eso no impediría la entrada a los conejos, pero no pudo sugerirle nada para impedir que ellos le comieran las hortalizas.

Después de cenar, Victoria y Hunter solían salir mientras ella acostaba a los niños. La tarea no habría debido llevarle mucho tiempo, pero le costaba al menos una hora conseguir que las gemelas colaboraran. Ninguna de ellas le prestaba la menor atención, y Taylor no sabía qué hacer para que la obedecieran.

Cuando por fin se dormían, ella dedicaba su atención a Daniel. Los cuentos de la noche eran un rato especial para ambos. El único problema era que se le estaban acabando las leyendas sobre Daniel Boone y Davy Crockett. Ya había abreviado el nombre del niño, llamándolo simplemente Daniel; como él nunca la corregía, era posible que empezara a preferirlo. Sin embargo, cuando le preguntó qué nombre iba a elegir, el pequeño sacudió la cabeza y le dijo que aún no estaba decidido.

Arropó a su hijo y se quedó dormida en la esterilla, a su lado. Hunter la despertó sacudiéndola; Victoria le había pedido que subiera a ver si Taylor estaba allí.

La joven se levantó a duras penas. Él le dio el brazo para a yudarla a bajar, a fin de que no rodara.

-¿Cuánto tiempo piensas seguir así? -le preguntó Hunter.

Ella se dejó caer en la mecedora para destrenzarse el pelo, con aire fatigado.

-¿Seguir cómo? -preguntó.

Te estás matando con tanto trabajo -explicó él.

-Es cierto, Taylor -terció Victoria.

-Esta noche estoy un poquito, cansada, sí -admitió Taylor-. Pero cuando me haya organizado y haga lo que corresponde a cada día de la semana, la rutina será más fácil y menos fatigosa. Ahora todo me lleva el doble de tiempo, pero es sólo porque estoy aprendiendo sobre la marcha. Hacer jabón no requiere más de un día, pero me ha llevado tres.

"-¿Eso significa que debes hacer ciertas tareas en determinados días? -preguntó Victoria, echando un vistazo a Hunter, por si él sabía de qué se trataba.

Él no recibió su mirada, pues observaba a Taylor con aire ceñudo,

-Sí, por supuesto -respondió ella-. Las pioneras tienen días reservados para cada tarea. El lunes es día de colada; el martes se plancha. El miércoles hay que amasar y...

-Por Dios -murmuró Hunter-, ¿de dónde has sacado esas tonterías?

Taylor se ofendió ante ese tono de voz.

-Lo leí en el diario de la señora Livingston. Me pareció muy razonable.

Victoria se sentó en el banco, con las manos cruzadas en el regazo.

-Te estás matando --dijo a su amiga-. Has sembrado una huerta, vaciado todos los baúles, lavarlo ropa y hecho jabón como para tres años.

-Pero no tendré que volver a hacerlo durante mucho tiempo -señaló Taylor, apresuradamente. Victoria se volvió hacia Hunter.

-Mencionó que mañana va a hacer velas. No se para qué, si tenemos lámparas de sobra.

Hunter no apartaba la vista de Taylor. -¿Qué es lo que tratas de demostrar?

Ella estaba demasiado exhausta como para mentir o responder con una verdad a medias.

-Que no soy frágil.

Esa respuesta lo desconcertó, obligándolo a ensanchar los ojos. Estuvo a punto de sonreír, pues esa noche se la veía muy frágil, ciertamente. Parecía medio muerta. Tenía la tez tan pálida como la harina y ojeras muy marcadas.

-¿Quién ha dicho que eres frágil? -preguntó, aunque ya lo había adivinado.

-Apostaría a que fue Lucas -sugirió Victoria. Taylor asintió.

-Quiero demostrarle que soy capaz de vivir aquí. -Para que no te obligue a mudarte -apuntó su amiga.

-Sí.

-Eso sí que es... -comenzó Hunter, pero Taylor lo interrumpió.

-Agradecería que ninguno de vosotros mencionara esta conversación a mi marido. Quiero que vea con sus propios ojos que soy fuerte, decidida... y feliz, demonios. Y ahora, si me disculpáis, voy a acostarme. El día ha sido largo.

-¿Para qué te molestas en acostarte, si vas a estar de pie dentro de una hora? -preguntó él.

Taylor se había preguntado lo mismo diez o doce veces, en la última semana. Tenía la sensación de que, en cuanto tocaba la almohada con la cabeza y cerraba los ojos, el sol ya estaba asomando de nuevo en el cielo.

-No hay necesidad de sarcasmos -murmuró. Y entró en el cuarto de Victoria para lavarse y ponerse el camisón. Al oír que se cerraba la puerta principal volvió a salir.

Victoria había tenido la consideración de abrirle la cama. Un leve rubor le cubría las mejillas. Lo más probable era que Hunter hubiera vuelto a besarla.

-¿Cómo marchan tus cosas con Hunter?-preguntó-. ¿Os entendéis?

-Primero acuéstate. Te estás cayendo de cansancio -aconsejó su amiga.

Taylor obedeció. La hizo sonreír el hecho de que Victoria la arropara. Era bonito que alguien cuidara de ella, para variar. Dio una palmadita en el colchón, junto a ella, y apartó las piernas para que su amiga pudiera sentarse.

Ella respondió a la pregunta que Taylor no se atrevía a formular.

-Todas las noches se despide de mí con un beso -susurró-. A veces, más de uno. Parece no darse cuenta de que me estoy poniendo gorda, torpe y fea.

-No estás fea, sino radiante, y eso es lo que él ve. Aún dice que se marchará en cuanto nazca el bebé.

-Ya cambiará de idea.

Victoria asintió, pero su expresión indicaba que no lo creía.

-¿Qué puedo hacer para ayudarte, Taylor? -Darme un consejo -fue la respuesta-. Dime qué puedo hacer con Georgie y Allie. Sé completamente sincera: ¿qué piensas de su conducta? ¿Ya tienen edad para escuchar y obedecer algunas reglas sencillas, ¿verdad? Victoria sonrió.

-Tú sabes que adoro a Daniel y a las pequeñas, ¿no?

-Por supuesto.

-Daniel es un encanto. He notado que se muestra más empecinado, pero escucha y entra en razones. Con él no hay problemas. Pero las gemelas...

-¿Sí?

La pelirroja suspiró. -Son dos diablillos.

Taylor estaba muy de acuerdo, pero por ser la madre se sintió en la obligación de defender a las gemelas. -No siempre. A Lucas y a Hunter los obedecen. Si cualquiera de ellos ordena a Georgie que se baje de la mesa, ella lo hace. No necesitan amenazarla ni suplicarle; sin embargo, sé que ella no les tiene miedo. De lo contrario no se mostraría tan animada con los dos.

Taylor parecía desconcertada. Victoria respondió con una sonrisa:

-No es el fin del mundo.

-Con hijas así, cualquier madre acabaría dándose a la bebida.

-No soy experta en esto -dijo Victoria, riendo-, pero de una cosa estoy segura: tienes que empezar a decir que no, y a decirlo en serio. Con una criatura de dos años no se puede razonar ni negociar.

-Siempre lo olvido -admitió Taylor-. Es cierto: trato de hacerlas razonar.

-Y tratas de apaciguarlas. Ya están en edad de entender ciertas normas. Y son muy inteligentes. -La pelirroja suspiró-. Y encantadoras, además. Es difícil decirles que no cuando te miran con esos ojazos azules, derramando una lágrima.

Taylor sabía hasta qué punto era difícil no ceder. -Son inteligentes, sí, y tú tienes razón, Victoria. Tengo que mostrarme más firme. De lo contrario se desmandarán por completo.

Una vez que su amiga se acostó, ella se quedó pensando en lo que debería hacer para que las mellizas le hicieran caso. Se durmió preocupada, pues la verdad era difícil de admitir para cualquier madre, por inepta e inexperimentada que fuera.

Sus niñas eran dos malcriadas.

A la noche siguiente apareció Callaghan. Taylor se dio vuelta en la cama, abrió los ojos y estuvo a punto de morir del susto. El montañés estaba sentado a la mesa de su cocina, metiéndose bizcochos del día anterior en la boca, de dos en dos.

Un grito se le formó en la garganta; tuvo la sensación de que su corazón se había detenido. Luego le llegó el olor; entonces comprendió que no iba a morir del susto: la mataría el hedor. Era horrible, como el de las mofetas.

Taylor jamás había olfateado nada por el estilo. Irritaba los ojos y revolvía el estómago. Ya no se atrevió a gritar, pues para eso habría tenido que tomar aliento; su valor no era tanto. Apretándose las mantas contra la nariz y la boca, aspiró a pequeñas bocanadas jadeantes, mientras miraba a aquel hombre con aspecto de loco.

Recordó que se llamaba Callaghan. También recordó la advertencia de Lucas: le había dicho que el olor la tumbaría de espaldas, y tenía razón. También le había dicho que no era peligroso. Ojalá eso también fuera cierto.

Sin embargo, parecía peligroso y salvaje. Era un hombre corpulento, pero como estaba encorvado sobre la mesa no se podía calcular su estatura. Usaba pantalones y camisa de piel de venado, color pardo oscuro, y botas negras con borde de pieles. El pelo era largo, rizado y castaño, pero no había modo de saber si ése era su verdadero color o el de la mugre que lo cubría desde hacía años.

Él se volvió a mirarla. Ella le sostuvo la mirada. Ya no estaba asustada. Si necesitaba ayuda le bastaría con gritar, pues Hunter dormía afuera, bajo las estrellas, y acudiría a la carrera.

Callaghan no era un maniático demente. Sus ojos tenían la claridad del día. Taylor vio curiosidad en su mirada y algo más, que le avivó el genio: decididamente, había una chispa en esos ojos dorados.

-¿No vas a gritar? -Le había hecho la pregunta con voz ronca, llena de diversión. Ella hizo un gesto negativo. El hombre sonrió, mostrando dientes muy blancos. Luego volvió a la sartén llena de bizcochos a medio comer y se metió otro en la boca-. Les falta sal.

Por fin Taylor recobró el dominio de sí. Saltó de la cama y se puso apresuradamente la bata, que había colgado en el respaldo de una mecedora.

En la repisa estaba su revólver. Se acercó hacia allí, para tomarlo si el intruso se mostraba hostil cuando le ordenara retirarse.

-¿Por qué creías que iba a gritar?

-Porque casi todas gritan -respondió él, encogiéndose de hombros.

-¿Y entonces qué pasa?

-Sus hombres me arrojan afuera. Pero no me quedo allí. Vuelvo a entrar. Sí, siempre vuelvo. -¿Cuándo regresas a las montañas?

Taylor levantó la mano hacia el revólver; sólo entonces notó que todas las balas estaban alineadas pulcramente detrás del arma. Callaghan era mucho más astuto de lo que ella había pensado.

Su propia reacción la sorprendió: estaba sonriendo. -Me voy cuando se me antoja.

-Tú eres uno de verdad, ¿no, Callaghan? -¿Un qué de verdad?

-Un montañés.

Ella rodeó la mesa con intención de abrir la puerta. Si no dejaba entrar un poco de aire fresco, se desmayaría muy pronto.

-Te agradeceré que no llames a tu hombre hasta que yo termine mi desayuno.

-No voy a llamar a nadie -prometió ella-. Quiero aire fresco. Eso es todo.

Abrió la puerta y ambas ventanas. No sirvió de mucho. Reclinada contra la jamba, contempló al intruso. Tenía los modales de un cerdo.

-Para mañana quiero café -anunció él-. Y un desayuno como Dios manda.

Seguía echándole vistazos rápidos para apreciar su reacción. Taylor seguía sonriéndole.

-Si quieres gritar, puedes hacerlo. Ya he terminado. -Y el hombre se levantó, haciendo chirriar el banco contra el suelo.

Apuesto a que conoces montones de cuentos sobre la vida de los montañeses.

-Miles -concordó él.

-¿Sabes quiénes eran Daniel Boone y Davy Crockett?

-No soy un ignorante-le espetó él-. Por supuesto que he oído hablar de ellos. Murieron, mujer. Eso también lo sé. Y no eran de estas montañas -agregó-. En estas colinas tenemos nuestras propias leyendas. Nombres como Tom Howard, Sparky Dawson y Montana...

El alarido de Victoria interrumpió a Callagan. Taylor brincó treinta centímetros. Interesada como estaba en la conversación, no había visto abrirse la puerta del dormitorio. Su querida amiga echó un solo vistazo a la espalda del desconocido y lanzó un berrido capaz de despertar a toda Redención.

Taylor se apartó al instante. Hunter venía corriendo, con el revólver en la mano.

-¡Callaghan! -rugió.

-Buen día, Hunter -saludó el intruso.

Taylor cruzó la habitación apresuradamente para ayudar a Victoria, que estaba haciendo arcadas y parecía a punto de desmayarse.

-Es inofensivo -le susurró-. Si vuelves a tu cuarto y cierras la puerta, el olor no te molestará tanto. -Fue eso lo que me despertó -susurró la muchacha, haciendo otra arcada. Taylor levantó el borde de su bata para cubrirle la parte inferior de la cara. -Sostén esto y respira a bocanadas cortas. Victoria hizo lo que se le indicaba. Todavía tenía los ojos dilatados por el susto. Taylor la dejó apoyada contra el marco de la puerta y fue en busca de su revólver. Entonces vio que los niños estaban mirando por entre los barrotes de la barandilla y les sonrió.

Tomó el revólver de la repisa y lo cargó apresuradamente. Hunter estaba amenazando de muerte a Callaghan.

-Tienes diez segundos para salir de aquí -ordenó-. Y, si vuelvo a verte por aquí, te mataré.

-Él no se va.

Taylor tuvo que repetir su dictamen para que los hombres la escucharan. Hunter estaba seguro de haber oído mal.

-¿Qué has dicho?

-Que él no se va. -Sonrió al mestizo. Tenía ganas de reír. Él parecía estupefacto-. Me ha dicho que, de cualquier modo, volvería.

Callaghan aporreó la mesa con una mano y se echó a reír, pero se detuvo bruscamente al ver que la mujer le apuntaba con su revólver.

-¿Vas a dispararme?

-No -respondió ella-, Pero no te irás hasta que yo te autorice.

El montañés se volvió hacia Hunter con expresión preocupada.

-¿Está loca?

El mestizo asintió. -Creo que sí.

-Está exhausta por haber trabajado tanto. No tiene la cabeza en su sitio -gritó Victoria, con la voz apagada ponla tela que sostenía contra su boca-. ¿Has perdido el seso, Taylor?

-Probablemente -fue la respuesta. Taylor se echó a reír, alzando la mirada hacia el desván--, ¿Daniel David?

-¿Sí, madre?

-¿Sabes qué hemos capturado? -¿Qué, madre?

-Un auténtico montañés, vivito y coleando.

La expresión gozosa de Daniel hizo que todo el trabajo a realizar valiera la pena.

-Trae la tina, Hunter.

Callaghan era su sueño hecho realidad.

Lucas estuvo ausente durante tres semanas enteras. Volvió un viernes, ya avanzada la tarde. Hunter le salió al encuentro en el patio. Obviamente sucedía algo malo. El caballo traía los flancos cubiertos de espuma. Lucas nunca exigía de ese modo a su cabalgadura, a menos que hubiera problemas.

-¿Dónde están Taylor y los otros?

-Dentro -respondió Hunter-. Todos bien. ¿Qué pasó?

-El juez accedió. Tengo los documentos firmados. No necesitó explicar nada más sobre el asunto de la custodia, pues había repetido a Hunter todo lo concerniente al tío de Taylor, a fin de que su amigo estuviera prevenido si alguien venía por las gemelas en su ausencia.

-Me alegro de saberlo -dijo Hunter, esperando oír el resto.

-Seguí a dos hombres desde Rosewood hasta South Creek. Son matones a sueldo. Se detuvieron en Cameron para preguntar por el camina más corto hacia Redención. Yo acorté camino. Supongo que todavía están a una jornada de aquí.

-La lluvia de anoche debe de haberlos retrasado -sugirió Hunter.

-Ese hijo de puta ha enviado a pistoleros para que se apoderen de las pequeñas.

-¿Vas a decírselo a Taylor o nos encargaremos del asunto sin preocuparla?

Lucas no quería asustar a su mujer, pero era preciso informarla.

-Es mejor: que esté sobre aviso. Se lo diré después de cenar,

-Tendríamos que ir a la ciudad para hablar con Frank -sugirió Hunter.

-Tienes razón.

Al decirlo, Lucas miraba a través del patio. Acababa de ver allí a un desconocido vestido con piel de venado amarillenta. El hombre viró en la esquina, rumbo a la puerta del frente. El sol poniente llenaba su cara de luces y sombras; además, estaba a mucha distancia como para verlo bien. Pero en él había algo vagamente familiar.

-Buenas noches -saludó el hombre.

Lucas dio un paso atrás, susurrando con incredulidad:

-Callaghan.

Siguió observándolo hasta que él desapareció dentro de la casa. Actuaba como si estuviera habituado a entrar y salir en las horas del día.

Repitió el nombre. Esa vez lo gritó a todo pulmón. Hunter se echó a reír.

-No lo has reconocido, ¿eh? Lucas sacudió la cabeza.

-¿Qué diablos le ha pasado?

-Taylor es el diablo que le ha pasado -respondió Hunter-. Ve adentro. Yo me ocupo de tu caballo.

Callaghan debía de haber dado la noticia a la familia, pues de pronto se abrió la puerta y Taylor apareció corriendo. La seguían los niños. Victoria, de pie en el vano, parecía feliz y aliviada de verlo.

Taylor esperó a que Lucas hubiera saludado a los niños antes de adelantarse para darle un beso. -Bienvenido a casa -susurró-. ¿Pudiste...? Él asintió. Luego la estrechó entre sus brazos para sofocarla con un beso. Los tres niños le estaban hablando al mismo tiempo. Él se apartó de Taylor con desgana, susurrando:

-Más tarde. -Luego se volvió hacia la más exigente de los tres-. ¿Sí, Georgie?

-¿Sabes qué, papá?

-No. ¿Qué? -Tenemos un hombre dentro.

-Eso me han dicho. -Lucas hizo ese comentario mirando a Taylor.

-Todas las noches nos cuenta cuentos -intervino Daniel-. Sobre montañeses de verdad. Hay uno que vive muy cerca y Callaghan me ha dicho que algún día podré conocerlo.

-Mamá no deja que se vaya. Me lo dijo él -barbotó Allie.

Taylor giró hacia la casa para entrar, pero Lucas la su jetó por la mano.

-¿Por qué no dejas que se vaya?

-Porque Daniel todavía no ha escogido su nombre -explicó ella-. Callaghan duerme afuera, Lucas. No nos causa ninguna molestia. Comprendo que no lo quieras. Él me explicó que te fastidia desde hace años.

-Si duerme afuera, ¿por qué no escapa durante la noche? -inquirió Lucas, con obvia exasperación. Conocía la respuesta; Callaghan recibía comida caliente y atención en abundancia.

-Mamá le dijo que, si se iba antes de que yo hubiera escogido mi nombre, lo perseguiría para traerlo a rastras.

-¿Y cuándo te decidirás, hijo? -preguntó Lucas, haciendo un esfuerzo para dominar su irritación, para que Daniel no creyera que su enfado era contra él.

-Pronto -prometió Taylor. Lucas estaba apretando los dientes, señal reveladora de que estaba iracundo-. Pronto se irá.

-La cena está lista.

Era Callaghan quien hacía ese anuncio desde la puerta. Lucas miró a Hunter. Su amigo se apresuró a darle la espalda, pero no antes de que él detectara su sonrisa.

-¿Entramos? -sugirió Taylor.

Tanta ansiedad lo hizo fruncir el entrecejo. Su mujer actuaba como si tuviera como huésped al presidente del país. Se dejó arrastrar. Y cuando por fin estuvo dentro, con la puerta cerrada a su espalda, habría podido jurar que oía las carcajadas de Hunter.

Logró contener su genio durante toda la velada, mientras escuchaba las leyendas absurdas que Callaghan contaba a su familia. Sólo interrumpió un par de veces.

-No fue así como sucedió. Si lo vas a contar, hazlo bien.

Ese áspero recordatorio no impidió al montañés seguir relatando cosas ridículas. Taylor no podía entender por qué su esposo estaba tan alterado.

Callaghan, sí. Cuando inició otro relato sobre cierto oso negro, Lucas adivinó hacia dónde se dirigía. Entonces levantó bruscamente las manos y salió de la casa como una tromba.

Taylor, sin comprender qué lo había atacado, se disculpó para ir tras él. Sólo le dio alcance cuando él estaba ya cerca del arroyo.

-Es un ladrón, Taylor.

Había respondido a su pregunta antes de que ella pudiera formularla.

-Cuando era más joven, tal vez. A nosotros no nos robará nada.

-Puedo tolerar casi cualquier cosa, pero lo que es mío es mío.

-Como tu cuchillo -concordó ella-: El que dejaste aquella noche en el hotel de Cincinnati, para hacerme saber que no renunciarías a recuperar a las gemelas.

-Sí. Venga aquí, señora Ross.

Ella dio un paso hacia él y lo abrazó. Lucas le apoyó el mentón en la cabeza.

-Mañana llegarán unos hombres -comenzó-. Los envía tu tío.

La estrechó con más fuerza mientras le explicaba lo que iban a hacer él y Hunter. Prometió obligarlos alejarse. Lo que no dijo es que eran pistoleros.

Desde ese momento en adelante, Taylor no perdió de vista a las gemelas. El tiempo colaboró con su plan de retenerlas dentro de la casa, pues llovió la mayor parte de la mañana y la mitad de la tarde.

Al atardecer volvió Lucas. Le dijo que los hombres se habían marchado para no regresar.

El domingo, cuando ella bajó a la ciudad para leer el periódico, Frank le dio más detalles.

-Los dos sabían quiénes eran Lucas y Hunter. No estaban dispuestos a enfrentarse a ellos. Además, eran parlanchines. Al parecer, su tío iba a pagarles una recompensa por la devolución de esas niñas.

-Lucas y yo tenemos ahora la custodia legal -explicó Taylor.

Frank se apresuró a tranquilizarla.

-Ya lo sabemos. Si algún otro viene a buscarlas, ninguno de nosotros se quedará cruzado de brazos. No se preocupe, Taylor.

Rolly, que escuchaba esa conversación, la llevó aparte.

-Tengo un pequeño regalo para usted -susurró-. Acabo de terminarlo.

Ella pensó que sería la cuna, pero una hora después Rolly le llevó su presente. Taylor se mostró muy agradecida, asegurándole que su risa era sólo de júbilo.

Luego lo guió al interior de la casa, donde escogió un sitio para su tercera mecedora.

Quiso pagarle, pero él aseguró una vez más que era un regalo. Las tres sillas quedaron formando un semicírculo frente al hogar. Rolly no tenía prisa por marcharse. Las gemelas estaban durmiendo la siesta.

Victoria, afuera, discutía con Hunter. Lucas se había llevado al niño de cacería. Taylor invitó a Rolly a sentarse un rato. Él se instaló en una de las mecedoras.

Ella le ofreció alguna bebida fresca, pero su visitante no aceptó.

-¿Hay algo que quiera pedirme, Rolly?-lo alentó Taylor.

Él asintió.

-Me estoy preparando.

Le llevó más de veinte minutos formular su petición, mientras ambos se mecían en las sillas: ella, esperando; él, incómodo.

Por fin lo barbotó: quería aprender a leer.

Taylor quedó atónita y complacida. Lo que avergonzaba al gigante, preocupándolo a muerte, era que la gente se enterara. Si alguien se burlaba de él por ponerse a estudiar a sus años, habría que matarlo, ¿no?

Ella le aseguró que nadie se burlaría. Como no pudo convencerlo, por fin prometió guardarle el secreto. No se lo diría a nadie, ni siquiera a su esposo.

-Ya es hora de que Daniel aprenda a leer -dilo-. Yo podría sentarme con los dos y...

Pero Rolly no quería que nadie viera sus esfuerzos, ni siquiera un niño de siete años. Le sugirió que diera clases a su hijo por la noche y a él, a mediodía, cuando cerraba su taller para el almuerzo. Taylor le propuso trabajar juntos todas las tardes, entre la una y las dos, pues a esa hora las gemelas hacían la siesta y a ella le sería más fácil escabullirse.

Al día siguiente se iniciaron las lecciones. Taylor anunció a todos que salía a estirar las piernas, caminando hasta la aldea para saludar a Frank. Por no mentir, todos los días entraba por la puerta principal del almacén y saludaba en voz alta, mientras cruzaba apresuradamente el local para salir por la puerta trasera. Una hora después volvía a cruzar por allí para volver a su casa. Frank debía de creerla loca. Ella siempre daba la misma excusa; que había salido para una caminata enérgica, aprovechando el día soleado. Él siempre la miraba como si todo eso fuera sumamente raro.

Enseñar a Rolly era un desafío y un placer, pues el hombre era muy inteligente y estaba deseoso de aprender. Para Taylor aquello era un respiro, el único momento del día en que podía estarse un rato sentada.

Rolly le agradecía el esfuerzo. Lucas no le agradecía nada. Ni siquiera parecía percatarse de los rígidos horarios que ella mantenía. Cada vez se tornaba más distante y reservado. Tal vez comenzaba a notar lo pesado de la carga que había aceptado. Ella se torturaba pensando; todos los días, antes de arrancarse trabajosamente de la cama, rezaba pidiendo paciencia.

Callaghan se estaba preparando para la partida. Dijo a la familia que ya oía la llamada de la montaña y, si bien disfrutaba con la hospitalidad de Taylor, la visita se estaba haciendo larga. Necesitaba volver a la soledad. Según dijo a Daniel, sólo se sentía libre y en paz cuando estaba de pie en una cumbre, contemplando el paraíso del Señor.

Taylor lo echaría de menos, pero sabía que era hora de que se fuera. Estaba destrozando los nervios de Lucas, que detestaba escuchar sus cuentos de sobremesa. Casi todos giraban en torno de un montañés llamado Montana. A la mera mención de ese hombre, Lucas abandonaba la casa, muy ceñudo. Ante esa reacción, Callaghan siempre descargaba una palmada contra su rodilla y reía a carcajadas.

El agotamiento comenzaba a afectar a Taylor. Estaba tan tensa y preocupada, tan harta de fingirse fuerte que por dentro se sentía a punto de estallar. Cuando las cosas se tornaban demasiado difíciles, tomaba el cántaro y, diciendo que salía en busca de agua, caminaba hasta un sitio recoleto junto al arroyo, para llorar hasta que la tensión se aliviaba. A veces iba por agua tres veces en un mismo día.

Sin darse cuenta, Lucas la estaba' empujando hacia el punto de ruptura. Había convertido en un rito el recordarle, todas las noches, que en el otoño se mudarían. Ella interpretaba esa advertencia como una señal de que aún debía esforzarse por convencerlo de que era capaz de vivir en el páramo. Al día siguiente se esforzaba un poco más, trabajaba durante más tiempo. Y un día después, lo mismo, y otro más.

Él tenía su rito y ella, su obsesión. Estaba decidida a lograr que él comenzara a tratarla como se debe tratar a una esposa. Quería que le hablara de sus esperanzas, sus sueños, sus preocupaciones y su pasado. Ansiaba oírlo revelar algunos recuerdos de otros tiempos. Sólo Dios sabía cuánto se esforzaba por hacerlo hablar. Sin embargo, por muy inocuas que fueran sus preguntas, Lucas continuaba respondiéndole con monosílabos. Parecía decidido a reservarse una parte de sí mismo, sin que ella comprendiera por qué.

Nada parecía ser fácil. Taylor llevaba ya una semana librando batalla con las gemelas. Victoria le aseguraba que estaba progresando, pero ella no estaba convencida. Cuando Allie o Georgie se portaban mal, Taylor las sentaba en uno de los peldaños que conducían al desván y las obligaba a permanecer allí hasta que prometieran portarse bien. Las primeras veces, a Georgie no pareció importarle en absoluto que la sentaran allí. Entonces la madre comenzó a ignorarla durante el castigo. No le dirigía la palabra ni permitía que los demás lo hicieran. Ella no tardó en comprender que esa exclusión no era nada divertida. Cuando llegó el viernes, detestaba el castigo; por fin dejó de subir a la mesa y de tocar la comida de su hermana.

Allie resultó mucho más difícil de disciplinar. Permanecer sentada en el peldaño parecía gustarle. También le gustaba llorar. Sus alaridos eran ensordecedores;

Taylor tenía que apretar los dientes para ignorarlos, actuando como si los chillidos no la molestaran. Allie era mucho más empecinada. Cuando ella salía los gritos cesaban; en cuanto ella volvía a entrar, la niña comenzaba de nuevo. Al parecer, quería público.

El sábado por la mañana Taylor ideó otro plan. Llevó a Allie al desván y le dijo que podía gritar cuanto quisiera, pues nadie la oiría. Era mentira, por supuesto, pues sus alaridos llegaban a espantar a los caballos, pero la pequeña lo creyó. Llorar dejó de ser interesante. Si no había quien le prestara atención, la lucha por el poder no valía la pena.

Claro que las gemelas no se comportaban siempre como dos diablillos. Generalmente eran dulces y afectuosas. Todas las noches, después del baño, se acurrucaban en su regazo, turnándose para contarle todo lo que habían hecho durante el día. Parecían olvidar que la madre había compartido cada uno de esos momentos. Ella las elogiaba tanto como era posible. La emocionaba que ambas estuvieran adaptándose al páramo con tanta facilidad.

Daniel estaba encantado con su nuevo hogar. Seguía a Lucas como un cachorrito, pendiente de cada palabra suya. Los dos pasaban mucho tiempo juntos.

Por muy ocupado que Lucas estuviera, siempre tenía tiempo y atención que dedicar a su hijo.

Taylor se aferraba a la esperanza de que, con el correr del tiempo, hiciera lo mismo con ella. Pero no era posible mantener eternamente esa rígida rutina. El sábado por la tarde Taylor perdió el control. Cosa irónica: fue su dulce e inocente hijo quien, inadvertidamente, hizo rebosar el vaso, al revelarle el nombre que había escogido para sí.

Callaghan estaba junto a Daniel, con las manos cruzadas a la espalda, meciéndose sobre los talones. Parecía muy ufano por algo. Eso intrigó a Taylor. Al montañés le gustaba provocar; ¿qué se traería entre manos? Decididamente, había un chisporroteo en sus ojos. Daniel hizo su anuncio. Explicó que deseaba llamarse como el fiero y valiente montañés a quien todos apodaban Montana.

Ella comprendió, pues había escuchado a Callaghan contar, una tras otra, mágicas leyendas sobre ese audaz montañés. También ella se había enamorado de esos relatos, pero el nombre no le parecía adecuado. ¿Quién querría llevar el nombre de un territorio?

-Montana lo llaman todos, pero nunca frente a frente. Él detesta ese nombre, madre. Me lo dijo Callaghan.

Ella asintió, esperando que el pequeño le revelara el verdadero nombre. Daniel tartamudeaba de entusiasmo. No lo apresuró. Para el niño era un momento importantísimo.

Lo vio aspirar profundamente y cuadrar los hombros. Y entonces él le reveló su nuevo nombre. Se llamaría Lucas Michael Ross.

Taylor tuvo que sentarse. Su hijo no pareció reparar en su nerviosismo ni en su estupefacción. Ya se estaba precipitando en uno de sus relatos favoritos sobre Lucas.

-En pleno invierno guió a cuarenta colonos para sacarlos del cañón y los indios no los molestaron siquiera, porque...

Para Callaghan fue un gusto proporcionar el resto de la explicación, mientras el niño hacía una pausa para tomar aliento.

-Le temen y lo respetan -dijo. El pequeño asintió.

-No me puedo llamar Montana. Todos los montañeses tienen que ganarse el apodo. A Callaghan lo llaman Oso, ¿no es así?

-Sin duda-confirmó Callaghan.

-Rolly me contó un cuento sobre mi padre, madre. Dijo que era capaz de rastrear...

-No creo que tu mamá esté en condiciones de escuchar un cuento, hijo. Me parece que está un poco aturdida. Usted no lo sabía, ¿verdad, señora Ross?

Ella sacudió la cabeza. El hombre estalló en carcajadas, pero Taylor lo ignoró. Estaba recordando a la muchedumbre que rodeaba a su esposo en el vestíbulo de Boston, palmoteándolo con entusiasmo, deseando estrecharle la mano. Ella había creído que toda esa admiración tenía algo que ver con la guerra.

¡Dios del cielo, estaba casada con un montañés! Y todo el país parecía saber quién era él. Todos, menos ella.

-Callaghan dijo que no pueden llamarnos Lucas a los dos; sería confuso -continuó el niño-. Y me sugirió que use el segundo nombre de mi padre hasta que sea grande. Ahora me llamo Michael, madre... si a ti te parece bien.

Por no estropearle la alegría, ella se obligó a sonreír. -Michael: sea.

Callaghan se fue pocos minutos después y el chico salió para informar a todos cuál era su nuevo nombre. Lucas ya había salido a cazar. Tendría que esperar para saber cómo debía llamar en adelante a su hijo.

Taylor pasó largo rato sentada a la mesa. Victoria y Hunter habían llevado a las gemelas al arroyo, para que jugaran en el agua. Cuando volvieron, más de una hora después. Taylor aún estaba sentada allí.

Victoria, que había preparado un guiso espeso para la cena, anunció que estaría listo en una hora más. No dejaba de echar miradas de preocupación a su amiga, pues la veía arrebolada y trémula. Le preguntó si tenía fiebre.

Taylor se levantó, negando con la cabeza. -No es fiebre -susurró--. Es furia.

Se ató el delantal a la cintura y, después de guardar el revólver en el bolsillo, echó a andar hacia la puerta. -¿A dónde vas? -preguntó Victoria.

A vigilar la huerta -anunció Taylor-. Después creo que iré hasta la ciudad. Necesito estar sola un rato. Le pareció que su voz sonaba serena y razonable. Victoria no pensaba lo mismo.

-¿Te duele la garganta? Pareces ronca.

Taylor no le respondió. Cuando iba a cerrar la puerta, su amiga le preguntó cuánto tardaría en volver, pues no quería que se perdiera su guiso. Ella le prometió que regresaría a tiempo.

Armada con el revólver, marchó alrededor de su huerta, rezongando por lo bajo al ver los daños que los conejos habían hecho a sus incipientes hortalizas; para sus adentros gritaba a todo pulmón por lo angustioso de su vida.

A Lucas le bastó verla para notar que algo andaba mal. Ella se detuvo al otro lado de la huerta, mirándolo con una expresión que él nunca le había visto. Parecía derrotada.

Taylor esperó a tenerlo a cinco o seis metros; entonces levantó la mano para que se detuviera. -

-Renuncio -anunció a todo pulmón. Él dilató los ojos-. ¿Me has oído, Lucas? ¡Renuncio!

Él le echó un vistazo. -Ya era hora.

Esa reacción fue combustible para la furia de Taylor. -Estabas esperando que fracasara, ¿no? Esto no te sorprende en absoluto.

-No me sorprende, no -respondió él-. En estas últimas semanas te he visto trabajar hasta quedar en piel y huesos. Y he visto qué has ganado con eso.-La preocupación le endurecía la voz-. Has adelgazado y tienes enormes ojeras. Gracias a Dios has recuperado el tino antes de matarte.

Ella sentía deseos de gritarle y no se contuvo. Al diablo con el dominio de sí. Había ido a la frontera para ser libre, y por Dios que lo sería.

-¿Vas a decirme que, con tanto trabajar duro, te he convencido de que no debo vivir aquí?

-Me estás gritando, Taylor. -Parecía atónito. Ella no perdió tiempo en confirmarlo.

¡No te atrevas a decirme que soy frágil, Lucas, o juro por Dios que te mataré a gritos!

-Éste no es el lugar que te corresponde -argumentó él. Su propio enfado crecía rápidamente. Cuanto más miraba a su exhausta esposa más se enfurecía.

¿No entendía esa mujer que se había convertido en su mundo entero? Si algo le pasaba, ¿qué haría él? Ella tenía sus responsabilidades, qué diablos. Los niños dependían de ella. Y él también. Tenía que empezar a cuidarse y él se encargaría de obligarla.

-Ya estoy cansado de dejarte hacer -le dijo te saqué de un salón de baile y juro por lo más sagrado que allí volverás. Deberías estar cubierta de diamantes y..

Ella sacó el arma del bolsillo, rompiéndole la concentración. Giró en redondo y disparó. Un conejo gordo recibió el proyectil, que lo arrojó hacia atrás, contra la cerca.

Taylor guardó el revólver y se cruz de brazos. Miraba a su esposo echando chispas por los ojos. -¡Renuncio! -gritó otra vez-. ¿Sabías que tu hijo ha escogido un nombre? Quiere* llamarse Lucas Michael Ross. Se supone que lo llamaremos Michael. ¿Qué piensas de eso, Montana?

Lucas dio un paso hacia ella. Taylor retrocedió. -Son puras exageraciones. No me gusta hablar de eso. No merezco esa fama. Soy un buen rastreador, nada más.

Con toda deliberación, interpretaba mal lo que ella estaba tratando de decirle. Su expresión se tornó cautelosa. Obviamente, quería cambiar de tema, pero ella no estaba dispuesta a colaborar.

-Toda Norteamérica sabe quién eres. Todo el mundo, menos tu esposa.

Ante eso no había nada que decir. Taylor se sentía traicionada. Necesitaba un rato a solas para resolver qué haría.

-No quiero seguir siendo una carga para ti -anunció. Y recogió sus faldas para iniciar la marcha por el sendero que llevaba a la aldea-. Ahora, si me disculpas, me voy.

-Vete si quieres -murmuró él-. Pero te lo advierto, Taylor: iré tras de ti para traerte de vuelta a rastras. Lo que es mío sigue siendo mío. Ella se detuvo bruscamente. La confundía el pánico que detectaba en su voz. Giró para mirarlo y vio miedo en su mirada. No comprendió su reacción, pero trató instintivamente de calmarlo.

-Voy a la aldea. Volveré dentro de una hora. Él no pudo disimular su alivio.

Durante todo el trayecto a la aldea, Taylor no dejó de pensar en la conducta de su esposo. Corrió un buen trecho y, al darse cuenta de lo que estaba haciendo, aminoró el paso. Aún estaba tan furiosa con ese hombre obstinado que no podía pensar con claridad. Había fracasado en su propósito de demostrarle que tenía las agallas necesarias para vivir en el páramo.

Él era un montañés hecho y derecho, mucho más que un hombre normal. ¿Había algo más irritante? Sabía que la fascinaban Daniel Boone y Davy Crockett. La había oído contar sus leyendas al niño. Sabía perfectamente lo que ella pensaba de sus héroes, pero nunca se le ocurrió decirle que estaba casada con uno de ellos.

Su mal genio volvió a encenderse. No se lo había dicho, por supuesto, porque para eso debía hablarle de su pasado. ¡No lo permitiera Dios, compartir unas pocas experiencias con su mujer!

Taylor alzó las manos, ofendida.

-Renuncio -murmuró. Y luego estalló en lágrimas. Como tenía por costumbre acortar camino por dentro del almacén, cruzó por allí sin dejar de llorar. Y como también tenía por

costumbre saludar a Frank agitando la mano, lo hizo. Sólo al encontrarse otra vez afuera cayó en la cuenta de lo ridícula que había sido la escena.

Taylor había prometido regresar en una hora, pero perdió la noción del tiempo. Trepó hasta lo alto de la colina que se alzaba detrás de Redención, para contemplar la aldea desde allí. De pronto puso los brazos en jarras y dejó escapar un alarido, absolutamente liberador. Le pareció tan estupendo que volvió a gritar. Y sólo calló al notar que comenzaba a dolerle la garganta.

Sabía que estaba actuando como una loca, pero no le importaba. No había allí nadie que pudiera verla ni oírla. Y aun eso no habría importado. Era libre. Si quería *perder* el dominio de sí, lo haría, qué diablos.

Por fin se sentó, con un fuerte suspiro dé satisfacción. Pasó largo rato pensando en su marido. La importunaba la forma en que él había reaccionado al oírla decir que se iba. Al parecer, había pensado que ella renunciaba al matrimonio. Era ridículo que un hombre inteligente sacara esa conclusión, pero lo que la confundía y fascinaba era el miedo que había visto en sus ojos. No era un error: había en ellos miedo y pánico.

Eso no tenía sentido. ¿Acaso la creía capaz de abandonarlos, a él y a los niños? ¿O tal vez pensaba que ella le dejaría a los niños? De ahí el pánico. Taylor sacudió la cabeza, rechazando esa posibilidad. Lucas debía de saber que ella jamás abandonaría a sus hijos. ¿Y cómo había podido temer que lo abandonara a él mismo? Ella le había dicho que lo amaba. ¿Acaso lo tomaba como una enfermedad pasajera?

Obviamente, Lucas no estaba pensando con claridad y eso era muy raro en él, siempre tan razonable. También le había levantado la voz. Lucas jamás gritaba.

Nunca había permitido que las emociones le estorbaran el dominio de sí mismo.

Hasta ese día.

Sólo cabía una conclusión. Y de pronto lo que parecía no tener sentido quedó perfectamente en claro. La amaba.

Se sintió abrumada de alegría. Pasó diez minutos llorando. Luego empezó a preocuparse. Si la amaba, ¿por qué no se lo había dicho?

Taylor se levantó, secándose la cara con el borde de la falda. El amor no tenía por qué confundir a nadie.

Tal vez Lucas aún no se había dado cuenta de que la amaba. Eso tenía sentido. Y, como no halló ninguna otra explicación lógica, decidió que así eran las cosas.

Tendría que mostrarse paciente. Francamente, no se creía capaz. Tarde o temprano, Lucas acabaría por comprenderlo todo. Sólo cabía esperar que ese obtuso no descubriera la verdad cuando ella estuviera ya muerta y enterrada. Amarlo bien podía llevarla a la muerte. La idea la hizo sonreír.

Era hora de volver a casa. Después de sacudirse las hojas de la falda, inició el descenso de la colina. De pronto se descubrió tratando de recordar qué había estado haciendo un año atrás; leyendo con pasión el diario de la señorita Livingston, probablemente. ¡Qué ingenuidad! La señorita Livingston no sabía nada de la vida familiar en el páramo. El lunes no tenía por qué ser día de colada. Las mujeres no tenían que trabajar hasta caer redondas, sólo para demostrar que eran capaces.

La vida era demasiado breve para horarios rígidos. Taylor Comprendió que, con el tiempo, se asentaría en una rutina cómoda, que no fuera exigente. Ya no necesitaba demostrar nada a nadie. Quería vivir muchos años junto a su esposo, viendo crecer a sus hijos, siguiendo sus sueños.

Amaba apasionadamente a Lucas, pero no permitiría que él le quitara sus sueños. Iba a quedarse donde estaba. Ni una palabra más.

Se estaba poniendo el sol. Taylor hizo una pausa para admirar la obra divina; luego apretó el paso hacia la aldea. Había prometido a Victoria volver en una hora y ya habían pasado más de dos.

Tomó el atajo habitual a través del almacén, saludando a Frank, y salió apresuradamente por la puerta del frente.

Allí se encontró cara a cara con su tío Malcolm. Estuvieron a punto de chocar. Esa aparición la sobresaltó de tal modo que se detuvo en seco. Él, por el contrario, no parecía sorprendido de verla. La sujetó por el antebrazo, apretando con fuerza, para apartarla de la entrada.

Mientras ella procuraba liberarse, él la estrelló contra la pared. Su nuca chocó contra la madera. La recorrió un relámpago de dolor, pero no gritó. No pensaba dar a su tío esa satisfacción.

Malcolm era tan feo como ella lo recordaba, aunque había engordado bastante alrededor de la cintura desde la última vez que se vieran. El pelo comenzaba a ralearle en la coronilla y los mechones grises de las sienes se habían ensanchado. Vestía un traje negro con camisa blanca, manchada alrededor del cuello y en la pechera. Hedía a whisky. Sí: Malcolm era tan repulsivo como ella lo recordaba.

-Quítame las manos de encima-exigió, en tono de evidente asco.

-¿Ésa es manera de saludar a tu tío? -arrulló él. Tenía la cara a pocos centímetros de la suya. Taylor fijó deliberadamente la vista en la cicatriz que le cruzaba el párpado y la ceja. Por fin él notó lo que estaba mirando y levantó la mano derecha para darle una fuerte bofetada. En ese momento Frank, que había salido para ver qué pasaba, lanzó un grito y corrió a socorrerla.

Después de apartarlo de un empellón, Malcolm arrastró a Taylor hacia el interior de la tienda. Cerró violentamente la puerta, le echó llave y la empujó contra el mostrador.

-¿Creías poder ocultarte de mí en este sitio perdido de la mano de Dios?

Ella no respondió.

-Te has sorprendido al verme, ¿no?

-Sí -admitió Taylor-. Esperaba que enviaras a otros hombres por las niñas, pero nunca creí que vinieras en persona.

Voy a llevármelas a casa -anunció él, dándose una palmada en el bolsillo de la chaqueta-. Estos papeles demuestran que me pertenecen.

-Ellas no pertenecen a nadie -exclamó Taylor-. Aquí tus papeles no tienen ningún valor. No estamos en Inglaterra.

Él le clavó una mirada fulminante. Luego corrió a echar el cerrojo a la puerta de atrás.

-Esperaremos aquí -informó.

Ella estaba mirando por la ventana del frente. No vio a Frank por ninguna parte. Probablemente había ido en busca de Lucas.

-Podría matarte por todas las molestias que me has causado. Fue idea tuya, ¿no?

Ella se cruzó de brazos, en tanto él se paseaba por el pasillo, sin dejar de mirarla con gesto ceñudo. -¿Qué cosa fue idea mía?

-Cambiar el testamento. Taylor negó con la cabeza.

-Tu madre no me lo dijo. Me enteré después de su muerte, igual que tú. Malcolm emitió un resoplido de incredulidad.

-No me iré sin las gemelas. No me habría molestado, pero tú convenciste a esa perra para que legara una fortuna a las crías de Marian. Gracias a tu entremetimiento, todos los acreedores de Londres me están golpeando la puerta.

-La Señora dejó pagados todos tus créditos -le recordó ella-. ¿Ya has vuelto a enterrarte en deudas?

Disgustado por la pregunta, él dio un paso amenazador. Taylor deslizó la mano en el bolsillo de su delantal. Quería estar preparada para cualquier eventualidad. -Si tengo que matarte, lo haré -amenazó él.

-Hazlo. Será mi esposo quien reciba el dinero. -Fue un placer recordárselo.

Malcolm sonrió.

-Debe de estar muriendo en este mismo instante. Ésta vez no he contratado a dos cobardes. He venido bien preparado: he traído a cuatro pistoleros.

Haciendo un esfuerzo, Taylor logró disimular su alarma.

-¿Sólo cuatro? -se burló.

El tío alzó la mano para abofetearla otra vez, pero un ruido que provenía de la calle desvió su atención. Corrió hasta el costado de la ventana para echar un vistazo afuera. Al parecer no había nadie, pues se encogió de hombros y echó a andar hacia ella, pavoneándose como un pavo real.

-Todo esto es culpa tuya. Si alguien muere, la responsabilidad es tuya. Quiero todo lo que me corresponde, hasta la última libra. No puedo recuperar lo que esa vieja tonta dejó para obras de caridad, pero sí lo que apartó para ti y para las gemelas.

-¿Y cómo piensas hacerlo? -preguntó ella. Sin darle tiempo a continuar, añadió-: Déjame adivinar. No será culpa ni responsabilidad tuya, pero tendré que morir, ¿no es así?

-Sólo hago lo que me has obligado a hacer. -¿De dónde sacaste dinero para contratar a esos pistoleros?

-Me lo dio mi hija. Vendió sus joyas. Voy a darle la mitad de la herencia. -Y Malcolm agregó, riendo entre dientes-: A propósito, Jane te envía cariños.

-Aquí se ahorca a los asesinos -advirtió ella. Malcolm se desabotonó la chaqueta, acercando la mano al bolsillo. Ella tenía la mano apoyada en su revólver, pero no sacó el arma del delantal. No quería matarlo, a menos que fuera necesario.

Su tío traía un revólver metido entre el cinturón y el rollo de grasa, pero no lo sacó. En cambio, extrajo un pañuelo para limpiarse el sudor de la frente.

-Aquí hace un calor de mil diablos -murmuró. ¡Taylor! -aulló Lucas. El vidrio de las ventanas se sacudió con la fuerza del grito.

Malcolm corrió de nuevo a la ventana para echar un vistazo, pero no se detuvo directamente frente al vidrio para no ofrecer un blanco.

-¿Quién te llama? -inquirió en un susurro. Ella respondió con una risa de alivio.

-Lucas.

-¡No! -aulló él.

-Pues sí. ¿Quieres que le responda?

-Cierra la boca, muchacha. Déjame pensar. -Espió otra vez hacia afuera y luego se apretó contra la pared, mirándola con fijeza-. Seguramente salió hacia aquí antes de que mis hombres llegaran. Sí, eso es. Lo alcanzarán en cualquier momento. Mientras tanto, haré que se distraiga preocupándose por ti. Respóndele, maldita. Llámalo para que sepa que aún no te he matado.

-¿Acaso crees que voy a ayudarte? --exclamó ella, incrédula-. ¡Por Dios, qué despreciable eres! Pareces una rata acorralada. Y estás acorralado, ¿sabes? Lo mejor que podrías hacer es darte por vencido. Sal de aquí mientras puedas.

-¡Respóndele! -gritó Malcolm otra vez.

Taylor iba a negarse, pero Lucas volvió a llamarla. Sin duda estaba preocupado. Los hombres que aman a sus esposas siempre se preocupan. En eso es como todos.o, Lucas era

-¿Sí, Lucas? -gritó.

-¿Estás bien? –La voz de su marido temblaba de terror.

-Sí -aseguró ella-. Estoy muy bien.

Pasó todo un minuto antes de que él volviera a hablar. -¡Voy a entrar!

Malcolm forcejeó para sacar el revólver de la cintura. Ya no prestaba ninguna atención a su sobrina. -Dile que se quede donde está -gritó.

-No hace falta que entres -anunció Taylor, en tanto extraía el revólver del delantal. Apuntó.

Lucas no sabía qué hacer. Estaba tan aterrorizado y furioso que habría podido derribar toda la aldea para matar a ese cretino a mano limpia. Durante todo el trayecto a la ciudad había rechazado la idea de que ella ya podía haber muerto. Cuando ella respondió a su llamada, se le aflojaron las rodillas y sintió que el corazón le estallaba.

-Lucas -gritó ella-, presentas un blanco fácil ahí, de pie en medio de la calle.

Malcolm había vuelto a mirar por la ventana, siempre con el revólver en la mano, pero sin apuntar. Sólo por eso seguía con vida.

-Voy a entrar -repitió Lucas. -No hace falta -aseguró ella.

No parecía asustada. Su marido no lograba explicarse por qué. Hasta que ella se lo aclaró todo con un simple recordatorio.

-¿Cómo que no hace falta?

-Tengo puesto el delantal.

Malcolm no comprendió sino cuando oyó el chasquido del revólver amartillado. Entonces se volvió lentamente, levantando su propia arma.

Ella se la arrancó de la mano con un disparo. Con un aullido de dolor, el tío cayó contra la pared. La puerta del frente estalló en fragmentos: Lucas había aplicado el hombro para derribarla. De inmediato la puerta trasera se estrelló contra el suelo y Rolly entró como una tempestad. Lucas echó una mirada a su mujer para asegurarse de que estuviera bien. Luego se volvió hacia Malcolm. Después de levantarlo, le estrelló el puño en la mandíbula y lo arrojó hacia atrás. Malcolm atravesó volando el vidrio de la ventana y cayó en el entarimado, hecho un montón informe.

Lucas quería matarlo. Taylor no se lo permitió. En un primer momento pensó que el mejor castigo sería enviarlo de nuevo a Inglaterra, donde tendría que vivir como un pobretón. Era un hombre destruido; estaba en la ruina. Pero aún tenía los mismos apetitos enfermizos. Mientras Malcolm vagara en libertad por las calles de Londres, ninguna niña estaría segura.

Y los niños estaban antes que nada. Siempre. Quería verlo encerrado por el resto de su vida. Por fin Lucas le dio la razón. Atravesar ese negro corazón con una bala no era buena idea, después de todo. Así no sufriría lo suficiente.

Toda la población se había reunido ante el almacén para contemplar al cautivo, mientras debatían qué hacer con él. Malcolm estaba sentado en el polvo, gimoteando y maldiciendo, mientras se enjugaba el rasguño que la bala de Taylor le había hecho en la mano. Rolly opinaba que debían ahorcarlo sin pérdida de tiempo. Lucas no lo permitió. Tenía un brazo sobre los hombros de Taylor y la estrechaba con fuerza contra sí. Ella notó que temblaba; por el modo en que la estaba mirando, tal vez se había dado cuenta de que la amaba. Parecía muy afectado.

Cleevis y Eddie se ofrecieron a llevar al prisionero hasta Rosewood, para ponerlo en manos del comisario. Lucas aceptó.

¿Qué ha sido de los cuatro hombres que él contrató? -preguntó a Taylor.

Le habían tendido una emboscada. Lucas había matado a dos y dejó que el tercero escapara arrastrándose, con una bala en el vientre. Pero no pensaba dar .esos detalles a Taylor.

Los pistoleros habían preparado su trampa cerca del arroyo. Mientras Hunter los mantenía ocupados con sus disparos, Lucas dio un rodeo para acercarse por el costado. Lo consumía el pánico, pues Taylor siempre regresaba de la aldea por el sitio en que ellos estaban emboscados. Si hubiera vuelto a casa a la hora prometida, la habrían matado.

Pero se retrasó. Siempre se retrasaba. Lucas dio gracias a Dios por ese bienaventurado defecto. Juró que nunca jamás volvería a criticárselo.

-Lucas -insistió ella-, ¿qué ha sido de los cuatro pistoleros de Malcolm?

-Conté sólo tres.

-Yo conté cuatro -era Hunter quien hacía ese comentario, detrás de ella.

Taylor se volvió con una sonrisa. Se negaba a mirar a su tío. Él la había llamado dos veces sin respuesta. -Quiero volver a casa -susurró a su marido-. Frank, si encargas un vidrio nuevo para tu ventana, mi esposo te lo pagará con mucho gusto.

Lucas la soltó para deliberar con Hunter en voz baja. Ella no pudo oír nada. Tampoco lo esperó. De pronto necesitaba alejarse de Malcolm, respirar aire fresco. Se despidió de todos para iniciar el regreso. Lucas la alcanzó en el recodo del camino.

Ella le repitió lo que su tío le había dicho-Nunca se hizo responsable de nada, en toda su vida. Tenía mucha habilidad para hacer que otros se sintieran culpables por sus actos.

-¿Marian?

-Sí. Ella creía haber hecho algo malo. ¿Lo encerrarán?

-Será acusado de intento de asesinato -dijo Lucas-. Lo encerrarán, sí.

-¿Taylor?

-¿Qué?

-Nada. -Le temblaba la voz. Aún le costaba dominar sus emociones. Había experimentado por primera vez el terror ciego al comprender que Taylor estaba dentro, con ese cretino y no quería volver a sentir lo mismo. Aún tenía el estómago revuelto y los nervios a punto de estallar.

-¡Lucas! Deja de mirarme así.

-No quiero volver a pasar por esto nunca más. ¿Me oyes, Taylor? No quiero volver a soportar un susto como éste.

-¿Por qué crees que has tenido tanto miedo? -Ella esperó la respuesta conteniendo el aliento.

-¡Qué pregunta tan ignorante!

Por Dios, ese hombre era imposible. Caminaron durante varios minutos más antes de que ella volviera a hablar.

-Cuando salí de casa, había tomado una decisión. No quería seguir casada con un hombre que no me amaba.

--No es así. -Parecía furioso con ella.

-Lo sé. -Ella parecía encantada.

-¿Has dejado de amarme?

No fue la pregunta en sí, sino el temblor de su voz al formularla lo que aturdió a Taylor. Su angustia era casi insoportable a la vista. Parecía temer que ella lo destrozara con su respuesta. Y creía tenerlo todo adivinado, pues comenzaba a asentir con la cabeza.

Jamás dejaré de amarte-susurró ella, estrechándole la mano con fuerza-. ¿Cómo puedes preguntarme eso? ¿Crees que mis sentimientos cambiarían si hicieras o dijeras algo equivocado? Francamente, Lucas, vas a volverme loca. Mi amor no es condicional ni pasajero. Es para siempre.

-Entonces no vuelvas a interrogarme sobre mi pasado -ordenó él-. Déjalo en paz, Taylor. Estoy harto de temer que tú...

Sin terminar la frase, se apartó de ella, apretando el paso.

-¿Que yo descubra qué cosa? -preguntó Taylor. Él sacudió la cabeza. Ella no se dio por vencida. -Respóndeme -exigió, casi gritando.

Lucas se volvió a mirarla. -Soy bastardo, ¿recuerdas?

-Conozco las circunstancias de tu nacimiento. Me lo contó la Señora, me lo contaste tú y creo que me lo contó William Merritt. No me importó entonces y no me importa ahora.

-¿Por qué diablos no te importa? ¿Cuándo vas a comprender que yo no soy...? -Se interrumpió súbitamente, con otra sacudida de cabeza-. Sé que no te merezco, pero no voy a renunciar a ti, por muy indigno que sea. Si supieras todas las cosas que he hecho, no volverías a mirarme. Comencé a vivir el día en que te conocí. Deja en paz mi pasado. Y ésta es la última vez que hablamos del asunto. ¿Has entendido?

Sin esperar su asentimiento, echó a andar otra vez. Por fin había salido a relucir la verdad. Lucas tenía miedo. Taylor se reprochó haber tardado tanto en comprenderlo. Él se avergonzaba de su pasado; temía que, si ella se enteraba de su niñez, de sus años en la guerra, dejaría de amarlo. En el fondo de su miedo estaba el estigma de su nacimiento ilegítimo. Sólo en ese momento comprendió Taylor lo mucho que eso lo había afectado, lo que habría sido su vida de niño.

Nunca se refería a William Merritt llamándolo por su nombre. Lo llamaba hijo de puta. Lo llamaba bastardo, aunque no era ilegítimo. Tampoco lo era el tío Malcolm; sin embargo, Lucas también lo llamaba bastardo. Y por fin Taylor comprendía por qué. A su modo de ver, que llamaran bastardo era la maldición más horrible, despreciable y deshonrosa que se podía lanzar sobre un hombre.

Verlo tan vulnerable hizo que lo amara todavía más. Su corazón comenzó súbitamente a marcar un ritmo furioso. No deseaba otra cosa que arrojarse en sus brazos, gritando de alegría al saber que él la amaba.

Primero tenía que concentrar su atención; después, persuadirlo de que era sobradamente digno. Él era el hombre de sus sueños.

Lo llamó. Él no le prestó atención. Taylor lo llamó por segunda vez. Él hizo como si no la hubiera escuchado. La joven lanzó un suspiro y echó mano de su revólver, tomó puntería e hizo volar un guijarro del suelo, a uno o dos metros de él.

Lucas giró en redondo para enfrentarse a ella. -¿Qué diablos haces?

-Llamarte la atención.

Él sacudió la cabeza. No quería detenerse a hablar mientras no hubiera dominado sus emociones. Ella ya había visto demasiado su debilidad.

-Guarda ese revólver. Tengo cosas que hacer. Me voy, qué demonios.

Ella le sonrió.

-Vete -le gritó-. Pero te lo advierto: iré tras de ti para traerte de vuelta a rastras. Te amo, Lucas. Eres todo lo que siempre deseé.

Él le volvió la espalda. Taylor disparó de nuevo, arrancando un trozo de corteza a un árbol, cinco o seis metros más adelante. Luego volvió a guardar el revólver en su delantal y, recogiéndose las faldas, corrió hacia él. Sollozaba cuando se arrojó en sus brazos.

Él temblaba de emoción. No podía dejar de repetirle lo mucho que la amaba. Besó cada centímetro de su cara quemada por el sol, susurrándole todas las palabras que había retenido dentro de sí durante tanto tiempo. Quería demostrarle primero que era digno de su esposa. Le daría el tipo de vida que ella, sin duda, deseaba y merecía. Cuando estuvieran viviendo en una casa lujosa, cuando la hubiera envuelto en terciopelos y diamantes, sólo entonces le diría que la amaba.

A ella le pareció la fantasía más bella, amante y tonta de cuantas hubiera escuchado. Ya estaba viviendo en el paraíso y no quería abandonarlo.

Los besos y las promesas les despertaron un mayor apetito. Ella trató de arrastrarlo hacia el patio de la casa, pero Lucas sacudió la cabeza y la condujo hacia un sitio recoleto, escondido entre dos pinos. Allí hicieron el amor con una pasión que los sobrecogió.

Después de lavarse perezosamente en el arroyo, volvieron a hacer el amor. Besándose y acariciándose, volvieron a vestirse; esa vulgar tarea les llevó un tiempo muy largo.

Taylor aún no quería volver a la casa, pero sabía que Victoria estaba preocupada. Lucas la tranquilizó, asegurándole que Hunter esperaba ese retraso.

Luego se tendió de espaldas en una alfombra de césped, con un fuerte suspiro de satisfacción. -¿Cómo sabe que llegaremos tarde?

-Porque yo se lo dije.

-¡Pero si tenías mucha urgencia por volver a casa! El sonrió.

-Sólo cuando empezaste a presionarme.

Taylor se sentó a su lado para contemplar las estrellas.

-Estoy rodeada de lujos -susurró-. Las estrellas son mis diamantes y estoy sentada en una alfombra de esmeraldas.

-¿Estás realmente decidida a vivir aquí? -0h, sí.

-Te resultará arduo. A veces querrás renunciar.

-No lo dudo.

-¿Y qué harás entonces? -Gritar.

Él se echó a reír.

-Como hoy.

-Sí.

-No eres frágil.

Esa admisión la complació tanto que se inclinó para besarlo.

-¿Cómo te diste cuenta?

-Por lo del conejo.

Ella no comprendió. Tuvo que aguardar a que él dejara de reír para escuchar la explicación.

-Fue tu preocupación por la huerta, supongo -dijo Lucas. Y el modo en que ella había extraído su revólver para proteger lo que le pertenecía.

-Lo que es mío sigue siendo mío.

Le estaba respondiendo con sus propias palabras. Él asintió.

-En efecto.

Le rodeó la nuca con una mano para otro largo beso. Cuando por fin Taylor se apartó, él dejó escapar otro suspiro satisfecho.

Su esposa se tendió a su lado y ambos contemplaron la noche. Ella pensaba en el futuro. Él, en su pasado.

Durante algunos minutos no dijeron nada. A Taylor le parecía que la noche estaba llena de magia. Inhaló el perfumado aire de la montaña, con los ojos cerrados.

Nunca había experimentado tanta paz, tanta satisfacción.

Antes solía mirarme contemplando las estrellas. Fingía ser el único que podía verlas. Me pertenecían sólo a mí. En ese entonces yo no tenía nada que pudiera considerar mío, ni siquiera un apellido legítimo.

Pasó casi una hora hablando de sus años infantiles. Ella no lo interrumpió con ninguna pregunta: se limitaba a escuchar. Sonrió al enterarse de algunas travesuras que él había hecho en compañía de Hunter. Los ojos se le llenaron de lágrimas cuando él narró algunas de sus experiencias más dolorosas.

Lucas no mencionó la guerra sino cuando iban ya camino a la casa. A él le costó hablar del tema; a ella le fue casi insoportable escuchar. Y al enterarse de lo que había hecho cierto John Caulder, con él y con otros ocho hombres, sollozó de pena y compasión.

-Yo fui el afortunado -dijo él-. Sobreviví. Entonces no comprendí por qué, si los otros tenían familias que los esperaban, mientras que yo no tenía a nadie.

Hunter me dijo que había un motivo y que, tarde o temprano, yo lo comprendería. Tú me ayudaste a descubrirlo, tesoro. Creo que, si seguí en el mundo, fue por ti y por los niños.

Ella sonrió al percibir el tono maravillado de su voz. Lucas se refirió nuevamente a Caulder, llamándolo "bastardo". Ella lo corrigió con suavidad, señalando que el haber nacido fuera del vínculo matrimonial no era culpa del bebé; la pobre criatura no había podido elegir ni había hecho nada terrible que lo justificara. Caulder merecía todos los insultos que Lucas podía idear, pero lo de "bastardo" no estaba permitido.

-¿Te avisarán cuando lo hayan capturado?

-Sí.

-Debe ir a juicio, para que el mundo sepa lo que hizo con tus amigos.

Lucas sabía que ella estaba en lo cierto. Él sería la voz de todos sus compañeros cuando atestiguara contra Caulder.

Luego le contó otro episodio de la guerra. Al terminar mencionó a sus hermanos. Le habló del rancho que estaban construyendo y de lo estupendas que eran esas tierras. Ella quiso saber cuándo se los presentaría.

Él prometió llevarlos a través del paso, a ella y los niños, cuanto antes. Tal vez fuera buena idea traer a Kelsey cuando regresaran. Al muchachito no le vendrían mal unas cuantas atenciones maternales. Y Daniel, es decir, Michael, tendría la oportunidad de intimar con su joven tío. A Taylor le pareció una idea estupenda.

Lucas quiso saber por qué estaba dedicando tanto tiempo a Rolly. Ella se negó a responder. Él le aseguró que no lo preguntaba por celos, pero insistió hasta que Taylor le dijo lo suficiente como para dejarlo tranquilo: que estaban trabajando en un proyecto especial y que todos se enterarían a su debido tiempo. Lucas supuso que por fin habría convencido a Rolly para que hiciera una cuna para el niño de Victoria y que le estaba ayudando a fabricarla.

Tres semanas después cayó en la cuenta de que se había equivocado: Rolly apareció por la casa con otro regalo a agradecer: otra mecedora.

Lucas le dijo que no la necesitaban, pero el gigante estaba igualmente seguro de que no era así. Por fin el dueño de casa, cediendo, puso la mecedora junto a las otras.

-¿No sabes hacer otra cosa? -preguntó. -Tengo predilección por las mecedoras -replicó el gigante.

Esa noche, después de acostar a los niños, los cuatro adultos se sentaron en las mecedoras. Taylor fue la primera en echar a reír. Victoria la imitó. No pasó mucho tiempo sin que Hunter y Lucas comenzaran también a reír.

Hicieron tanto alboroto que despertaron a los niños. Taylor, secándose las comisuras de los ojos, les explicó que reía de felicidad, por tener tantas mecedoras bonitas.

-Tendré que hacer una cuna -dijo Hunter a Victoria.

-Tendré que construir otro cuarto -musitó Lucas-. A menos que a Rolly se le agote pronto la madera, necesitaremos más espacio.

Esa afirmación hizo que todos rieran otra vez. Las gemelas, acurrucadas en el regazo del padre, no entendían qué era lo que divertía tanto a los mayores, pero también rieron.

El niño se había sentado con Taylor, convencido de que sus padres estaban locos.

-Sólo nos estamos divirtiendo, Daniel -explicó ella .

-Ya no me llamo Daniel, madre. Ahora soy Michael. Recuérdalo, por favor.

Su tono autoritario la dejó atónita. Rompió en carcajadas otra vez, estrechando al muchachito contra sí.

-Trataré de no olvidarlo, Michael.

Le dio las buenas noches con un beso y lo envió a la cama, mientras Lucas subía con las niñas.

Victoria tomó a Hunter por la mano para llevarlo afuera. Por el modo en que ambos se miraban, Taylor comprendió que pronto habría boda.

Ella se reclinó en la mecedora, con los ojos cerrados, dejando que los sonidos de la noche flotaran a su alrededor. Oía a las gemelas enloqueciendo al padre.

Allie estaba afligida porque el papá no había arropado bien a su bebé. Luego arrancó Georgie, dando diversos motivos por los que no podía dormir. Por fin Lucas las acalló a ambas iniciando un cuento que el niño escogió entre sus favoritos.

Lucas era mucho más paciente que ella con los niños, pero no perfecto. Taylor decidió pedirle que dejara de blasfemar; hacía sólo unos días, Georgie se había sentado a la mesa, con la carita apoyada en las manos y los codos en el mantel, preguntando: "¿Qué cuernos hay para cenar, mamá?". Decididamente, Lucas tendría que vigilar su lenguaje.

La mente de Taylor pasaba de un pensamiento ocioso a otro. Se dio cuenta de que estaba a punto de adormecerse y rezó sus oraciones. Dio gracias a Dios por las bendiciones recibidas y, al terminar, agregó un susurro deseando buenas noches a la Señora.

Ella lo sabía. Oh, sí, ella había sabido desde un principio que Lucas era el hombre de sus sueños. Lo sabía todo sobre él, por la información recogida en sus carpetas. "Di a las pequeñas cosas buenas de mí." Taylor no había olvidado ese ruego. Contaría a los niños cientos de anécdotas sobre su bisabuela pero había un relato que ella disfrutaría como ninguno: el del regalo que le había hecho la gran señora. Les contaría cómo había conocido a su esposo, el Príncipe Azul.